George Borrow

La Biblia en España



GENIO MALIGNO

GEORGE BORROW

La Biblia en España

GENIO MALIGNO

La Biblia en España, de George Borrow.

Traducción: Manuel Azaña.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1940 (traductor verificado: Manuel Azaña, m. 1940). Dominio público en Argentina desde el 1/1/2011.

Texto de dominio público, a partir de una transcripción hecha por voluntarios.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Tomo I

Nota preliminar

Tomás Borrow, de familia de labradores establecida desde muy antiguo cerca de Liskeard, en Cornwall, se fugó de su casa, siendo todavía mozo, por esquivar las consecuencias de una fechoría juvenil, y sentó plaza de soldado en 1783. Diez años más tarde, cuando era sargento, se casó con Ana Preferment, hija de un agricultor de East Dereham, Norfolk, de abolengo francés probablemente. En 1798, Tomás Borrow obtuvo el grado de capitán, del que no pasó en su carrera militar. En 1800 le nació un hijo, Juan Tomás, que fué pintor y soldado, y acabó por emigrar a Méjico en busca de fortuna, muriendo en aquellas tierras en 1834. El 5 de julio de 1803 nació en East Dereham el hijo segundo del matrimonio Borrow, Jorge Enrique, el cual, treinta y tres años más tarde, había de ser popular en Madrid con el nombre de *Don Jorgito el inglés*. La infancia de Jorge transcurrió en diferentes poblaciones de Inglaterra y de Escocia, merced a los cambios de guarnición del regimiento en que servía su padre. Viajó primeramente por las provincias de Sussex y Kent, y en 1808 y 1810 estuvo otra vez en su pueblo natal. Jorge era «un niño triste, que gustaba de permanecer horas enteras en un rincón solitario, con la cabeza caída sobre el pecho, dominado por un abatimiento peculiar; a veces sentía una

impresión de miedo muy extraña, hasta de horror, sin causa real». Sus padres le dejaban vagar libremente por los campos. En 1810 conoció a Ambrosio Smith, el gitano a quien después representó en sus escritos con el nombre de Jasper Petulengro, y se juraron fraternidad. El desarrollo mental de Jorge fué algo tardío. Comenzó los estudios de humanidades en Dereham, y los continuó en Edimburgo, después en Norwich, y el año 1815 en la «Academia Protestante» de Clonmel (Irlanda), adonde el regimiento de su padre fué destinado. La vida escolar le curó de sus hábitos insociables y de su reserva. A Jorge le gustaban los estudios, pero no la sujeción de la escuela. Sentía inclinación natural por los idiomas, y los aprendía con desusada facilidad; su memoria era descomunal. Amaba la vida al aire libre y los deportes. Las aventuras, propias o ajenas, reales o soñadas, encandilaban su imaginación. En Irlanda, además de aprender la lengua del país, se había hecho gran jinete. Terminadas las guerras napoleónicas, y licenciado el regimiento, los Borrow se establecieron en Norwich. Jorge leía griego en la *Grammar School*, y de un emigrado francés tomaba lecciones de este idioma, de italiano y de español; cultivaba, además, la caza y el pugilismo. Los gastos y las costumbres de Jorge le hicieron antipático a su padre; no se le parecía en nada, teníale por un verdadero gitano, y, desentendiéndose de él en lo posible, le dejaba hacer cuanto quería. En 1818, Jorge se encontró de nuevo con Ambrosio Smith, o Jasper Petulengro, y, yéndose con él a un campamento de gitanos, los acompañó por ferias y mercados, se inició en sus costumbres y aprendió su idioma.

Llegado el momento de adoptar una profesión que le diese para vivir, Jorge, dudoso entre la Iglesia y el Foro, se decidió por el último; así se lo

aconsejó un amigo, en situación semejante a la suya, diciéndole que la abogacía «era la mejor carrera para quienes (como ellos) no pensaban ejercer ninguna». El padre de Jorge le costeó el aprendizaje, colocándole en 1819 de pasante en casa de unos curiales de Norwich. Pero Jorge debía de tener mediana afición a los pleitos. Aprendió galés, danés, hebreo, árabe, armenio, y en el despacho de sus maestros trabajaba en traducir de esas lenguas al inglés; su amigo William Taylor le enseñó el alemán. Así vivió el pobre cinco años, amarrado a un oficio tan opuesto a su vocación. Quizás la lectura de libros de viajes y aventuras le fué entonces más gustosa y necesaria que nunca, como desquite de la aridez de su empleo. A Jorge Borrow le gustaban mucho *Gil Blas*, el *Peregrino* de Bunyan, Sterne, el *Childe Harold*, y, sobre todos, De Foe. «¡Oh genio de De Foe, yo te saludo!—exclama en su autobiografía—. ¡Cuánto no te debe el mío pobrísimo!»

En 1824, el capitán Tomás Borrow murió, dejando por heredera de sus escasas rentas a su mujer. Jorge, que llegaba entonces a la mayor edad, se marchó a Londres a buscarse la vida en cuanto terminó su contrato de pasantía. Llevaba por todo capital un legajo de traducciones; pero sus esperanzas eran muchas. Su primera estancia en Londres fué poco placentera. Luchaba con la escasez, con la falta de salud, con la inseguridad del trabajo, y padeció además la crisis característica de la juventud al encararse indefensa con la vida, y las amarguras de la vocación que busca a tientas su camino. Jorge se interrogaba acerca del valor de la existencia y de la verdad: «¿Qué es la verdad? ¿Qué es lo bueno y lo malo? ¿Para qué he nacido? ¿Todo perecerá y será olvidado, todo es vanidad?» Y no encontraba respuesta satisfactoria. El futuro misionero era entonces ateo

empedernido; su amigo Taylor, además de enseñarle el alemán, le inculcó la irreligión. La tristeza y el descorazonamiento de Jorge fueron tales, que sus amigos temieron verle poner fin a sus días. Por aquella época publicó Borrow algunas traducciones de poesías extranjeras (varios romances españoles[1]); escribió, por encargo de un editor, una colección de «causas célebres»[2], y tradujo para una revista fragmentos de leyendas danesas[3]. Pero en 1825, el periódico en que escribía desapareció; riñó, además, con el editor que le daba trabajo, y se quedó en la calle con sus manuscritos y un puñado de dinero. Supónese que el anuncio de un librero le indujo a escribir, para zafarse de sus apuros del momento, una *Vida y aventuras de José Sell*, obra publicada, al parecer, con otros cuentos y narraciones en una colección que hoy no se sabe cuál fué. Vendida la obra, Borrow se marchó de Londres, abandonando la literatura, y viajó a pie en busca de salud corporal y de paz para su ánimo. Cuatro meses duró su vida errante. Volvió a encontrar a Jasper Petulengro, y se fué con él a vivir en hermandad con los gitanos, trabajando en hacer herraduras, y preso en las redes honestas de una linda moza de la tribu. Después compró un caballo, y recorrió Inglaterra en busca de aventuras. Cuando estos viajes concluyeron, Jorge Borrow tenía veintidós años. Era alto, flaco, zanquilargo, de rostro oval y tez olivácea; tenía la nariz encorvada, pero no demasiado larga; la boca bien dibujada, y ojos pardos, muy expresivos. Una canicie precoz le dejó la cabeza completamente blanca. Las cejas, prominentes y espesas, ponían en su rostro un violento trazo oscuro.

Jorge Borrow, al escribir, andando el tiempo, sus narraciones autobiográficas, se empeñó en rodear de misterio ciertos años de su vida (1826-1832), y con alusiones más o menos veladas (algunas encontrará el

lector en *La Biblia en España*,) quiso dar a entender que se había visto envuelto en misteriosas aventuras y dado cima a dilatados viajes por países como la India, China y Tartaria. Ignórase, en efecto, lo que Borrow hizo en esos años; pero, en sentir de sus biógrafos más autorizados, es excesivo tanto misterio. Probablemente, Borrow vivió todo ese tiempo sin ocupación fija; viajó un poco, y escribió por gusto y por encargo. En 1826 se publicó una colección de sus traducciones del danés[4] con otras composiciones suyas. Dos años más tarde apareció una traducción de las *Memorias de Vidocq*[5], atribuída a Borrow; insertó en algunas revistas trabajos de menos importancia. Viajó por la Europa occidental, y parece que estuvo en Madrid, pero este viaje no pudo entrar en el marco de *La Biblia en España*.

Un gran cambio sobrevino en la vida de Jorge Borrow durante el año 1833, que decidió de su destino. Conocía Jorge Borrow a una familia residente en Oulton Hall, cerca de Lowestoft (Suffolk), de la que formaba parte Mrs. Mary Clarke, de treinta y seis años, viuda de un marino. Un reverendo pastor, relacionado con esa familia, indujo a Jorge Borrow a solicitar de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera un empleo donde pudiera utilizar su conocimiento de los idiomas. Jorge se fué a pie a Londres, y en veintidós horas recorrió una distancia de ciento veinte millas. En su frugal pobreza, Jorge sólo gastó en el viaje cinco peniques y medio, en un litro de cerveza, medio de leche, un pedazo de pan y dos manzanas. Los señores de la Sociedad Bíblica, después de examinarle de lenguas orientales durante una semana, le preguntaron si estaba dispuesto a aprender en seis meses la lengua manchú. Aceptó Jorge, y con un buen viático se volvió a Norwich, ya en diligencia; estudió con ahinco y a los seis

meses triunfaba en las pruebas a que sus futuros jefes le sometieron. Por aquellos mismos días, Jorge Borrow se retractó de su ateísmo; ya fuese por influjo de Mrs. Clarke, o porque las ideas que le inculcó su amigo Taylor arraigaron poco en su espíritu y se marchitaron al acercarse la treintena, lo cierto es que Borrow profesó un protestantismo tan fanático como el ateísmo que abandonaba. No tardó en asimilarse el «tono misionero» ni en adoptar la jerga propia de sus patronos. Cuando aún se hallaba en curso su nombramiento, uno de secretarios de la Sociedad Bíblica censuraba así el estilo de una carta de Borrow: «Perdóneme usted si, como sacerdote, y mayor que usted en años, aunque no en talento, me atrevo, con la mejor intención, a hacerle una advertencia que podrá no ser inútil.» Acota una frase que ha llamado la atención de algunos de «los excelentes miembros de nuestro Comité»: aquella en que «habla usted de la perspectiva de ser *útil a la Divinidad, al hombre y a usted mismo*. Sin duda, quiso usted decir la *perspectiva de glorificar a Dios*; pero el giro de sus palabras nos hizo pensar en ciertos pasajes de la Escritura, tales como Job, XXI, 2, etc.» La respuesta de Borrow debió de ser tal, que el mismo reverendo le escribía: «El espíritu de su última carta es verdaderamente cristiano, en armonía con aquella regla sentada por el mismo Cristo, y de la que Él dió, en cierto sentido, tan prodigioso ejemplo, que dice: El que se humille será ensalzado.» Finalmente, la Sociedad Bíblica aceptó los servicios de Borrow y le envió a Rusia, para donde salió sin dilación, a mediados de año, a colaborar en la transcripción y colación del manuscrito de la Biblia traducida al manchú, y en la impresión del Nuevo Testamento en la misma lengua.

Jorge Borrow estuvo en Rusia hasta septiembre de 1835. Sirvió con

celo y buen éxito a la Sociedad Bíblica; visitó Moscú y Nowgorod, y proyectó un viaje a China, a través del Asia, para distribuir el Evangelio por el Oriente. El Gobierno ruso le negó los pasaportes. Ese proyecto de viaje fué, en opinión de uno de sus biógrafos, el único motivo que tuvo Borrow para creer, y hacérselo creer a sus lectores, que había estado en el Oriente remoto[6]. Durante su estancia en Rusia tradujo al ruso unas homilías de la iglesia anglicana, y publicó en San Petersburgo dos colecciones de poesías traducidas por él al inglés: *Targum*[7] y el *Talismán*[8].

En octubre de 1835 volvió Jorge Borrow a Inglaterra, y, apenas llevaba un mes en su país, la Sociedad Bíblica decidió utilizar de nuevo sus servicios, enviándole a Lisboa y Oporto con encargo de acelerar la propagación de la Biblia en Portugal. Ni la Sociedad Bíblica ni Jorge Borrow preveían entonces que sus campañas en la Península iban a tener la importancia que después adquirieron. Para la Sociedad, el envío de Borrow a Portugal era un empleo interino, en espera de que se decidiese su viaje a China. Borrow ignoraba si tendría o no en Portugal libertad suficiente para lanzarse a una propaganda intensa, ni si el ánimo de la gente se hallaría bien dispuesto para recibirla. Jorge Borrow se embarcó en Londres el 6 de noviembre de 1835, y llegó a Lisboa el 13 del mismo mes[9]; visitó los alrededores de la capital, hizo una excursión por el Alemtejo, y de estos viajes y de sus conversaciones con el representante de la Sociedad Bíblica en Lisboa nació la determinación de aplazar sus trabajos en Portugal. Borrow resolvió pasar a España. Salió de Lisboa para Badajoz el 1.º de enero de 1836, cruzó la frontera el día 6, detúvose en Badajoz diez días, y por Mérida, Oropesa y Talavera llegó a Madrid. Por el camino fué madurando su plan de campaña: le pareció necesario, ante todo, hacer en España una

tirada de la Biblia en castellano, porque sólo podían circular las impresas en el reino. Pero lo difícil no era eso; lo difícil era obtener permiso para imprimirla *sin notas*. Desde la invención de la imprenta, hasta 1820, no se había impreso en España ninguna traducción de la Biblia descargada de comentarios y notas, y que fuese, por tanto, de tamaño manual y de precio reducido, accesible a todos. En 1790 apareció la traducción de Scio, en diez volúmenes en folio, y en 1823, la de Amat, en nueve volúmenes en cuarto. Al amparo de la fugaz libertad política, instaurada por la Revolución de 1820, se imprimió en Barcelona (1820) el Nuevo Testamento, traducción de Scio, pero sin notas; desde entonces, hasta la llegada de Borrow a España, nada más se había hecho. La propaganda de las Sociedades bíblicas no consiste, esencialmente, en predicar una confesión determinada, sino en difundir la lectura de la Biblia, poniendo al alcance del mayor número el texto genuino de la Escritura. Como, en opinión de los cristianos reformados, los dogmas y prácticas de la Iglesia romana contradicen la letra y el espíritu del libro sagrado, basta la lectura de su texto auténtico, y la restauración del sentido propio en su inteligencia e interpretación, para minar las bases de la dominación papista. Así, Borrow, abundando en las intenciones de sus directores, y con autorización expresa de ellos, gestionó desde luego el permiso que necesitaba para imprimir el Evangelio sin notas, y, vencidas no pocas dificultades, se dispuso a reimprimir en Madrid la traducción del Nuevo Testamento, de Scio, editada sin notas por la Sociedad Bíblica en Londres, 1826. Borrow y la Sociedad Bíblica desconocían las versiones castellanas de la Biblia, hechas por los antiguos reformistas españoles, libros rarísimos entonces.

Borrow se fué de Madrid a los pocos días de la revolución de La

Granja, estuvo en Granada y Málaga (viaje no referido en *La Biblia en España*), se embarcó en Gibraltar, llegó a Londres el 3 de octubre, instó en la Sociedad Bíblica la inmediata apertura de la campaña de propaganda en España, y, aceptados sus planes, se reembarcó el 4 de noviembre, llegando a Cádiz el 22 del mismo mes. Por Sevilla y Córdoba se dirigió Borrow a Madrid, adonde llegó el 26 de diciembre. No perdió el tiempo. En 14 de enero de 1837 firmaba con Andrés Borrego el contrato para la impresión del Evangelio, y en 1.º de mayo siguiente se publicó el libro[10]. Borrow obtuvo de la Sociedad Bíblica autorización para repartir en persona la obra por pueblos, y, dejando en Madrid encargado de sus asuntos a don Luis de Usoz y Río, emprendió, acompañado de su famoso criado griego, el larguísimo viaje por Castilla la Vieja, Galicia, Asturias y Santander, que duró desde mayo a noviembre de 1837. De regreso en Madrid, imprimió dos nuevas traducciones parciales del Nuevo Testamento: una traducción del Evangelio de San Lucas al caló[11], hecha por él, y otra del mismo Evangelio al vascuence, por un señor Oteiza[12].

La publicación del Evangelio en *caló*, la apertura de un *Despacho de la Sociedad Bíblica* en la calle del Príncipe, los métodos empleados por Borrow para llamar la atención del público hacia su obra y ciertas imprudencias de otros agentes de la Sociedad en España, provocaron la intervención de las autoridades y desencadenaron una borrasca, en la que naufragó la propaganda evangélica y, a la larga, puso fin a los trabajos de Borrow en España; de ella nació también un primer disentimiento entre la Sociedad y su agente, disentimiento que terminó en ruptura. En enero del 38, el jefe político de Madrid secuestró los libros existentes en la tienda abierta por Borrow; en mayo, fué preso *Don Jorge* por desacato a un agente

de la autoridad y por vender libros impresos fuera del reino, introducidos en España con infracción de las leyes vigentes. Borrow cuenta en *La Biblia en España* la historia del secuestro y de su prisión; pero omite ciertos hechos que influyeron grandemente en aquellas resoluciones del Gobierno, hechos que Borrow no conoció hasta después de salir de la cárcel. Había por entonces en España otro agente de la Sociedad Bíblica, llamado Graydon, que operaba principalmente en las provincias de Levante. Graydon, que imprimió en Barcelona una edición del Nuevo Testamento y otra de la Biblia (A. y N. T.), sin notas, en 1837, no se limitaba, como Borrow, a propagar el libro, sino que repartía folletos, prospectos y opúsculos atacando al Gobierno moderado, al clero español y a sus doctrinas. Esta conducta produjo algunos escándalos en Valencia, Murcia y Málaga; y como Graydon se proclamaba, no sólo agente de la Sociedad Bíblica, sino íntimo colaborador y asociado de Borrow, dió pretexto para que el Gobierno, movido por los curas, desfogara su inquina tratando a don Jorge con extremado rigor. La prisión de Borrow y las reclamaciones del ministro británico produjeron, como puede suponerse, una reunión precipitada del Consejo de ministros, un ofrecimiento de dimisión por parte del jefe político, e interpelaciones en las Cortes censurando al Gobierno... por su lenidad. Excarcelado Borrow, supo por el ministro británico la parte que la conducta de Graydon había tenido en sus persecuciones, y se le ocurrió escribir sendas cartas al *Correo Nacional* y a la Sociedad Bíblica desautorizando y condenando el proceder de su colega. En la carta al *Correo Nacional*, publicada el 27 de mayo, se titula «único agente autorizado en España de la S. B.». En la carta a sus directores de Londres, luego de referir las entrevistas del ministro británico con Ofalia,

dice respecto de Graydon: «Hasta el momento presente, ese hombre ha sido el ángel malo de la causa de la Biblia en España, y también el mío, y ha empleado tales procedimientos y escogido de tal modo las ocasiones, que casi siempre ha conseguido derribar los planes hacederos trazados por mis amigos y por mí para la propagación del Evangelio de una manera permanente y segura.» La respuesta de la Sociedad fué un cruel desengaño para Borrow: reconocíase en ella que Graydon era tan legítimo representante de la Sociedad Bíblica como él; no se accedía a desautorizar y condenar su proceder, y, además se le advertía a Borrow que, en adelante, se abstuviese de publicar cartas como la del *Correo Nacional*. Por su parte, el Gobierno español, tras algunos artículos oficiosos en que se le excitaba a proceder «con mano dura» contra los escarnecedores de la religión, prohibió de Real orden (25 de mayo) la circulación y venta del Nuevo Testamento editado por Borrow.

En relaciones poco cordiales con sus jefes y frente a la hostilidad resuelta de los gobernantes españoles, Borrow no podía ya realizar en la Península una obra duradera ni fructífera. Aquel verano del 38 anduvo don Jorge por La Sagra y por tierras de Segovia. El 24 de agosto llegó a sus manos la orden de sus jefes llamándole a Inglaterra, y, allá se fué, a través de Francia, y en tres o cuatro meses que permaneció en su país zanjó sus diferencias con los directores y logró que le enviaran a España por tercera y última vez. El 31 de diciembre de 1838 desembarcó en Cádiz, y, salvo los tres primeros meses, que pasó en Madrid dedicado a la propaganda, casi todo el año 39 estuvo en Sevilla, en relativa inacción. Allí fueron a buscarle Mrs. Clarke y su hija, a quienes instaló en su propia casa de la *Plazuela de la Pila Seca*; hizo, solo, un viaje a Tánger, donde le alcanzó la orden del

Comité de la Sociedad Bíblica dando por terminada su misión en España, y en Tánger se acaba bruscamente la narración de sus aventuras. De retorno en Sevilla, anunció su matrimonio con Mrs. Clarke (la *Señá Biuda* con *Don Jorgito el Brujo*), y comenzó los preparativos para volver a Inglaterra. Una disputa con un alcalde de barrio de Sevilla le costó ir a la cárcel, donde le tuvieron treinta horas; todavía estuvo en Madrid gestionando las reparaciones debidas por ese agravio, y en abril de 1840 se embarcó para Inglaterra con Mrs. Clarke y su hija y su corcel árabe. Apenas tomó tierra, se casó, y fué a instalarse a *Oulton Cottage* (Lowestoft), propiedad de su esposa, donde vivió muchos años entregado a las pacíficas tareas literarias.

Lo primero que publicó fué su obra sobre gitanos[13], en la que había trabajado mucho durante su permanencia en España. Contiene una descripción preliminar de los gitanos de diversos países y un estudio de la historia y costumbres de los de España, compuesto de observaciones personales y extractos de libros referentes a ellos. Siguen una colección de poesías populares en caló, recogidas verbalmente por Borrow, y un vocabulario. En *The Zincali* se aprecia «una fuerte personalidad y una observación extraordinaria»[14]; pero cualquiera puede advertir el desorden con que está compuesto el libro. Es importante para conocer las costumbres de los gitanos, y completa además algunas aventuras que en *La Biblia en España* sólo están indicadas.

La publicación de *The Zincali* puso a Borrow en relación con Ricardo Ford, docto en cosas hispánicas, que preparaba por entonces su *Manual* de España[15]. Ford aconsejó a Borrow que publicase sus aventuras personales y se dejara de extractar libracos españoles. Al saber que tenía entre manos una *Biblia en España*, insistió en sus advertencias: nada de vagas

descripciones, nada de erudición libresca; hechos, muchos hechos, observados directamente; arrojo para no caer en las vulgaridades; no preocuparse del bien decir; evitar las gazmoñerías y la declamación. Borrow se aprovechó de esos consejos. En su retiro de Oulton ordenó y completó los materiales de que disponía: diarios de viaje, cartas a la Sociedad Bíblica, y en diciembre de 1842 se publicaba la obra[16] que velozmente le llevó a la celebridad.

Su triunfo fué inmenso. En el primer año se agotaron seis ediciones de a mil ejemplares en tres volúmenes, y una edición de diez mil ejemplares en dos tomos. Dos veces reimpresa en Norteamérica aquel mismo año 43, fué traducida al alemán, al francés y al ruso; en 1911 iban publicadas de *La Biblia en España* más de veinte ediciones inglesas. Borrow saboreó la popularidad; sus escritos posteriores contribuyeron poco a sostenerla. Sus aventuras en España despertaron en el público un deseo muy vivo de conocer otros hechos de la vida del «héroe». Ricardo Ford le aconsejó que escribiese su autobiografía. Don Jorge, sin levantar mano, compuso el *Lavengro*, historia de su niñez y juventud, continuándola años después[17], hasta la fecha en que comienza aquel misterioso período de su vida, de que ya se hizo mención. La obra defraudó las esperanzas del público; los críticos, con gran indignación del autor, pronunciaron sobre ella un fallo adverso; se aguardaba una narración rigurosamente veraz, y aparecía un revoltijo de sucesos reales e imaginarios más que suficiente para desorientar al lector. Borrow se consoló difícilmente de lo que algunos llamaron su «fracaso». La vanidad herida, no iba a contribuir a suavizarle el humor, cada día más áspero y agrio. Llevaba con impaciencia la vida sedentaria de escritor. Sentía, además, inquietudes religiosas; los antiguos «terrores» le

atormentaban. Borrow quería viajar y solicitó empleos fuera de su patria; misiones literarias en Asia, el consulado de Hong-Kong: pero sin resultado. Hizo un viaje por el Oriente de Europa, y recogió nuevos datos acerca de la vida y lenguaje de sus amigos los gitanos en Hungría, Valaquia y Macedonia. Anduvo también por su país; visitó Gales, Escocia y otros lugares, y recogió parte del fruto de estas jornadas en un libro[18] que fué la última obra importante que publicó. Desde 1860 residía en Londres, donde vivió catorce años sin producir nada desde la aparición de Wild Wales, sumido en tanta oscuridad, en tal silencio, que algunos le creían muerto. Estimulado por el deseo de conservar su antigua primacía en los estudios gitanos, que otros cultivaban ya con diferente método, se lanzó a publicar, en 1874, un vocabulario[19] del dialecto de los gitanos ingleses, obra que, al aparecer, era ya anticuada. En suma: Borrow se sobrevivió; tan sólo la muerte—observa Mr. Knapp—podía devolverle la notoriedad perdida. La muerte tardaba en llegar. Borrow se marchó de Londres en 1874, y se refugió en su casa de Oulton; estaba viudo desde 1869. El arriscado Don Jorge de otros tiempos era un anciano de mal humor, que vivía triste y solo en una casa de campo mal cuidada, y se paseaba por el jardín enmarañado cantando poemas de su cosecha. Su extraño continente, su soledad y «sus conversaciones con los gitanos, a quienes permitía acampar en la finca, crearon en torno suyo una especie de leyenda. Los muchachos, en viéndole pasar, le gritaban: ¡Gitano!, o ¡brujo!» Muy cerca ya del fin, su hijastra fué con su marido a vivir en su compañía. En la mañana del 26 de julio de 1881, el matrimonio se fué a Lowestoft a sus asuntos, dejando a Borrow completamente solo; mucho les rogó que no se fueran, porque se sentía morir; pero le dijeron que ya otras veces había

expresado igual temor sin fundamento alguno. Cuando volvieron, a las pocas horas, se lo encontraron muerto.

Aunque *The Bible in Spain* no fuese, en términos absolutos, el mejor libro de Borrow, sería en todo caso, con enorme diferencia respecto de sus otros escritos, el que más títulos tendría a la atención de nuestro público. El mérito intrínseco del libro, y la singular reputación de España, le hicieron popular en Inglaterra y Norteamérica y conocido en varias naciones de Europa, motivos también valederos para su divulgación en nuestro país, con más el de ser los españoles, no lectores distantes, sino parte interesada, actores en las escenas y su tierra marco de aquella narración. No es muy honroso para nuestra curiosidad que hayan transcurrido cerca de ochenta años desde que vió la luz, sin ponerlo hasta hoy, traducido, al alcance de todos. El libro fué compuesto, en su mayor parte, en los lugares mismos que describe. Borrow redactaba un diario de viaje, y remitía, además, a la Sociedad Bíblica cartas de relación de sus aventuras y trabajos. La Sociedad prestó a Borrow esas cartas luego de cerciorarse de que, al aprovecharlas, no cometería ninguna indiscreción. «¡No he revelado los secretos de la Sociedad!», decía después Borrow; en efecto, no mienta su desacuerdo con los directores, y tributa a Graydon, el «ángel malo» de la causa bíblica, ardientes elogios. Las cartas de Borrow a la Sociedad Bíblica[20] son tan extensas como la mitad de *The Bible in Spain*; pero sólo aprovechó la tercera parte de ellas en la composición del libro; lo demás salió de sus diarios, fundiéndose todo al calor de su espíritu cuando recordaba y revivía a distancia las impresiones indelebles recibidas. Tres son los temas de la obra: la difusión del Evangelio, *Don Jorge el inglés* y España. Los tres se enlazan en un conjunto armónico; la propaganda evangélica es

el propósito deliberado de que remotamente trae origen el libro, y constituye su armazón interior; todas las idas y venidas de Don Jorge, todos sus pensamientos, van encauzados a la divulgación de la palabra divina; los hombres y las tierras de España, materia de su explicencia, constituyen, no sólo una decoración de fondo, asombrosa por el relieve y color, sino el ambiente en que se mueve y respira un personaje extraordinario, algo distinto de Borrow, pero que es Borrow mismo despojado de toda vulgaridad y flaqueza, elevado a la categoría de un semidiós. De esos temas, el evangélico es el que nos importa menos. España, país de misiones, España, país de idólatras, era un punto de vista nuevo, dentro de nuestro solar, en 1835, e irritante para quienes, dueños de la religión verdadera, habíanla exportado durante siglos. No será hoy menos irritante para buen número de personas el antipapismo de Borrow; pero es improbable que los españoles descontentos, los no conformistas, rompan a gritar: *¡Al campo, al campo, Don Jorge, a propagar el Evangelio de Inglaterra!* En el fondo, la preocupación de Borrow es de la misma índole que la de los «idólatras», sus enemigos. La regeneración de España por la lectura del Evangelio sería un programa que acaso hiciera hoy sonreír. El mayor número seguiría la opinión de Mendizábal, que a la insistencia con que Borrow solicitaba el permiso para imprimir el Testamento, salvación única de España, respondía: «¡Si me trajese usted cañones, si me trajese usted pólvora, si me trajese usted dinero para acabar con los carlistas!» Pero *Don Juan y Medio*, y los liberales que hicieron la desamortización eclesiástica, no se atrevían a permitir que circulase el Evangelio *sin notas*. Aunque movido por un fanatismo antipático, en favor de Borrow hablan su osadía personal, la consideración de que luchaba contra un poder

omnímodo, irresponsable, y la de que, formalmente, pugnaba por un mínimo de hospitalidad y de libertad, sin las que los hombres en sociedad son como fieras; y eso está siempre bien, hágase como se haga. El libro de Borrow es un precioso documento para la historia de la tolerancia, no en las leyes, sino en el espíritu de los españoles.

The Bible in Spain es un libro autobiográfico. «El principal estudio de Borrow fué él mismo, y en todos sus mejores libros, él es el asunto principal y el objeto principal»[21]. No emplea en esta obra las confidencias, no se confiesa con el lector; su procedimiento consiste en dejar hablar a los que le tratan, para pintar el efecto que su persona y sus hechos causan en el ánimo del prójimo; asomándonos a ese espejo, vemos la imagen de un *Don Jorge* muy aventajado: subyugaba y domaba a los animales fieros; los gitanos le adoraban; era la admiración de los *manolos*; temíanle los pícaros; confundía al posadero ruin y a los alcaldillos despóticos; encendía en sus servidores devoción sin límites; era afable y llano con los humildes; trataba a los potentados de igual a igual y hacía bajar los ojos al soberbio; nunca se apartaba de la razón, ni perdía la serenidad; un prestigio misterioso le envuelve; en suma: el héroe y el justo se funden en su persona; es un apóstol que propaga la palabra de Dios, pero sin el delirio de la Cruz, sin romper el decoro; es un caballero andante que se compadece de la miseria, y a cada momento cree uno verle emprender la ruta de Don Quijote, pero sin burlas, sin yangüeses, en una España que creyese en él y le tomase en serio. Apóstol y caballero están bajo el amparo del pabellón británico.

Borrow se colocó, o colocó a su héroe, en un escenario sin segundo, de tal fuerza que, para nuestro gusto, el aventurero se borra, se disuelve en el paisaje, o queda a la zaga de la muchedumbre española que suscita. Es

difícil encontrar otro caso en que un escritor haya triunfado con más brillantez de la hostil realidad presente. Borrow lucha a brazo partido con la realidad española, la asedia, poco a poco la domina, y con la lentitud peculiar de su procedimiento acaba por poner en pie una España rebosante de vida. No se atuvo a una realidad de «guía oficial». Lo que le importaba era el carácter de los hombres, y no de todos, sino los de la clase popular, donde los rasgos nacionales se conservan más puros. Labradores, arrieros, posaderos, gitanos, curas de aldea, monterillas, mendigos, pastores, pasan ante nosotros, y al verlos gesticular y oírlos hablar, creemos encontrarnos con antiguos conocidos. Unos son pícaros, otros santos; unos son listos, otros muy zotes; casi todos groseros, muchos con sentimientos nobles, pero unidos en general por un aire de familia inconfundible; y la verdad es que, con todas sus picardías o su zafiedad, no puede uno dejar de quererlos. Tuvo además Borrow una espléndida visión del campo, y lo sintió e interpretó de un modo enteramente moderno. Así, don Jorge descubrió y pintó, en realidad, lo que quedaba de España. Arrancados los árboles, agostado el césped, arrastrada en mucha parte la tierra vegetal, asomaba la armazón de roca, con toda su fealdad y su inconmovible firmeza.

El lector apreciará seguramente en *La Biblia en España*, a pesar de la traducción descolorida, el novelesco interés de algunos pasajes que parecen arrancados de un libro picaresco, el movimiento de ciertos cuadros, propios de un «episodio nacional», el sabor de otras escenas de costumbres, los bosquejos de tipos y caracteres, con tantos otros méritos que es innecesario señalar; pero lo mismo ante ellos, que ante los defectos del libro, y frente a la repulsión que ciertos juicios—expresos o

sobrentendidos—del autor puedan suscitar en el ánimo de un español, conviene estar prevenido para no incurrir en las descarriadas apreciaciones que acerca de este libro se han proferido en nuestro país. *La Biblia en España* es un libro de viajes, cierto; pero hay que entenderse acerca de su calidad. No es un informe a la Sociedad bíblica respecto de los progresos del Evangelio en España, ni un «cuadro del estado político, social, etcétera», de la nación, ni un itinerario para recién casados, ni una reseña de las catedrales y otros monumentos pergeñada para uso de los *snobs* de ambos mundos; *La Biblia en España* es una obra de arte, una creación, y con arreglo a eso hay que juzgar de su exactitud, del *parecido* del retrato y de las «invenciones» del autor. Los paisajes, los lugares, las figuras, están notados con puntualidad; es excelente en la inteligencia de las costumbres, y no hay en el libro caricatura ni falsificación de sentimientos. Episodios compuestos, no vistos por Borrow; personajes inventados aglutinando rasgos dispersos, sin duda los ha de haber; pero eso, ¿es ilícito? Pudiera compararse la creación de Borrow a una estatua de mayor tamaño que el natural. La verdad artística del conjunto y su efecto conmovedor son innegables. El libro no es sólo verdadero; es, en ciertos puntos, revelador.

La traducción que hoy ofrecemos al público está hecha siguiendo el texto de la edición de U. R. Burke (1896); hemos aprovechado parte del glosario que la acompaña, poniendo al pie de la página correspondiente las equivalencias del caló y del castellano; las notas de Burke no las reproducimos todas, porque algunas son innecesarias para el lector español, y otras contienen errores de bulto. De la biografía de Borrow, por Míster Knapp, hemos sacado algunas notas que aclaran el texto, o placen, simplemente, a la curiosidad del lector.

M. A.

* * *

Notas

1. «Bernard's Address to his army», a ballad from the Spanish; «The singing Mariner», a ballad from the Spanish; «The french Princess», a ballad from the Spanish. En «Monthly Magazine», volumen 57. (1824).

2. «Celebrated Trials, and Remarkable Cases of Criminal Jurisprudence, from the earliest records to the year 1825». Seis volúmenes. Knight and Lacey. London, 1825.

3. «Danish Traditions and Superstitions». En «Monthly Magazine», vols. 58, 59, 60.

4. «Romantic Ballads», Translated from the Danish and Miscellaneous pieces, by George Borrow. Norwich, S. Wilkin. 1826.

5. «Memoirs of Vidocq», principal agent of the French police until 1827. Writen by himself. Translated from the French. 4 vols. London, Whittaker, Treacher and Arnot. 1828-29.

6. «¿No le ha chocado a usted nunca—le escribía en una ocasión su amigo el danés Hasfeldt—cuánto se parece usted al buen hidalgo Don Quijote de la Mancha? A mi juicio, podría usted pasar fácilmente por hijo suyo.» W. Knapp: *Life, writings and correspondence of George Borrow*. London, Murray, 1899. Vol. I, pág. 190.

7. «Targum, or Metrical translations from thirty languages and dialects», by George Borrow. St. Petersburg, Schulz and Beneze, 1835.

8. «The Talisman», from the Russian of Alexander Pushkin, with other pieces. St. Petersburg, Schulz and Beneze, 1835.

9. Fechas establecidas por Mr. Knapp, separándose de las que Borrow da en *La Biblia en España*.

10. El Nuevo Testamento, traducido al español de la Vulgata Latina, por el Rmo. P. Phelipe Scio de S. Miguel, de las Escuelas Pías, obispo electo de Segovia. Madrid. Imprenta a cargo de don Joaquín de la Barrera, 1837. En 8.º, 534 págs.

11. Embeo e Majaró Lucas. Brotoboro rodado andré la chipé griega, acána chibado andré o Romanó, o chipé es Zincales de Sesé.

12. Evangelioa San Lucasen Guissan. El Evangelio según S. Lucas, traducido al vascuence. Madrid. Imprenta de la Compañía Tipográfica, 1838. En 16.º, 176 págs.

13. The Zincali; or An Account of the Gypsies of Spain. With an original collection of their Songs and Poetry, and a copious Dictionary of their Language. By George Borrow... In two volumes. London, John Murray, 1841.

14. E. Thomas: George Borrow, the man and his books. I. V. London, Chapman and Hall, 1912.

15. *Hand-Book for Travellers in Spain and Readers at Home.* London, Murray, 1845. 2 vols. 8.º «Las ediciones posteriores están abreviadas o adaptadas a los itinerarios del ferrocarril. El verdadero «Ford» no ha vuelto a parecer.» (Knapp.)

16. The Bible in Spain; or the Journeys, Adventures, and Imprisonments of an Englishman, in an attempt to circulate the Scriptures in the Peninsula. By George Borrow, author of «The Gypsies of Spain». In three volumes. London, John Murray, 1843.

17. Lavengro; the Scholar—the Gypsy—the Priest. By George Borrow... In three volumes. London, John Murray, 1851.

18. Wild Wales: its people, Language, and Scenery. By George Borrow... In three volumes. London, John Murray, 1862.

19. Romano Lavo-Lil: Word-Book of the Romany, or English Gypsy Language... By George Borrow. London, John Murray, 1874.

20. «Letters of George Borrow to the Bible Society», edited by T. H. Darlow, 1911.

21. Ed. Thomas, cap. II.

Índices

Páginas.

[Nota preliminar]

v

[Índices]

27

[Mapa]

34

[Prólogo]

35

Capítulo primero.— ¡Hombre al agua!— El Tajo.— Las lenguas extranjeras.— La gesticulación.— Calles de Lisboa.— El acueducto.— La Biblia tolerada en Portugal.— Cintra.— Don Sebastián.— Juan de Castro.— Conversación con un cura.— Colhares.— Mafra.— El palacio.— El maestro de escuela.— Los portugueses.— Su ignorancia de las Escrituras.— Los curas rurales.— El Alemtejo.

49

Cap. ii.— Boteros del Tajo.— Peligros de la corriente.— Aldea Gallega.— La hostería.— Ladrones.— Sabocha.— Aventura de un

arriero.— *Estalagem de ladrões.*— Don Gerónimo.— Vendas Novas.— Un Sitio Real.— Los cerdos del Alemtejo.— Monte Moro.— Un cabrero singular.— Los hijos de los campos.— Infieles y saduceos.

68

Cap. iii.— Un comerciante de Evora.— Contrabandistas españoles.— El león y el unicornio.— La fuente.— Confianza en el Todopoderoso.— Reparto de folletos.— La librería en Evora.— Un manuscrito.— La Biblia como guía.— La infame María.— El hombre de Palmella.— El conjuro.— El régimen frailuno.— Domingo.— Volney.— Un auto de fe.— Hombres de España.— Lectura de un folleto.— Nuevos viajeros.— La mata de romero.

87

Cap. iv.— Dilaciones molestas.— El cochero borracho.— Una mula muerta.— Lamentación.— Aventura en un descampado.— El miedo a la oscuridad.— Un fidalgo portugués.— La escolta.— Regreso a Lisboa.

105

Cap. v.— El colegio.— El rector.— La piedra de toque.— Prejuicios nacionales.— Deportes juveniles.— Los judíos de Lisboa.— Creencias corrompidas.— Crimen y superstición.

119

Cap. vi.— El frío en Portugal.— Me libro de una extorsión.— Sensación de soledad.— El perro.— El convento.— Un paisaje encantador.— El castillo morisco.— Plegaria por un enfermo.

134

Cap. vii.— La piedra druídica.— Un joven español.— Soldados rufianes.— Los males de la guerra.— Estremoz.— La disputa.— La atalaya

en ruinas.— Vislumbre de España.— Ayer y hoy.

147

Cap. viii.— Elvas.— Longevidad extraordinaria.— La nación inglesa.— Ingratitud portuguesa.— Las fortificaciones.— Un mendigo español.— Badajoz.— La aduana.

161

Cap. ix.— Badajoz.— Antonio el gitano.— Una proposición de Antonio.— Es aceptada.— El desayuno gitano.— Salida de Badajoz.— El borrico del gitano.— Mérida.— La muralla en ruinas.— La comadre.— El país del moro.— Los hombres negros.— La vida en el desierto.— La cena.

173

Cap. x.— La nieta de la gitana.— Proyecto matrimonial.— El alguacil.— El ataque.— Trote largo.— Llegada a Trujillo.— Noche de lluvia.— La selva.— El vivac.— ¡Levántate y anda!— Jaraicejo.— El Nacional.— El caballero Balmerson.— Entre jarales.— Una conversación seria.— ¿Qué es la verdad?— Noticia inesperada.

196

Cap. xi.— El puerto de Mirabete.— Lobos y pastores.— La sutileza de las hembras.— Muerto por los lobos.— Se aclara el misterio.— Las montañas.— La hora tenebrosa.— Un viajero nocturno.— Abarbanel.— Los tesoros ocultos.— El poder del oro.— El arzobispo.— Llegada a Madrid.

224

Cap. xii.— Mi alojamiento en Madrid.— La patrona.— El embajador británico.— Mendizábal.— Baltasar.— Deberes de un Nacional.— Sangre moza.— La ejecución.— La población de Madrid.— Las clases altas.— Las

clases bajas.— Las corridas de toros.— El gitano.

244

Cap. xiii.— Intrigas de la Corte.— Quesada y Galiano.— Disolución de las Cortes.— El secretario.— Testarudez aragonesa.— El Concilio de Trento.— El asturiano.— Los tres bandidos.— Benedicto Mol.— El hombre de Lucerna.— El Tesoro.

263

Cap. xiv.— Estado de España.— Istúriz.— Revolución de La Granja.— La revuelta.— Síntomas alarmantes.— Los corresponsales de periódicos.— Arrojo de Quesada.— La escena final.— Fuga de los moderados.— El café.

281

Cap. xv.— El vapor.— El cabo de Finisterre.— La tormenta.— Llegada a Cádiz.— El Nuevo Testamento.— Sevilla.— Itálica.— El anfiteatro.— Los presos.— El encuentro.— El barón Taylor.— La calle y el desierto.

297

Cap. xvi.— Salida para Córdoba.— Carmona.— Las colonias alemanas.— El idioma.— Un caballo haragán.— El recibimiento nocturno.— El posadero carlista.— Buen consejo.— Gómez.— El genovés viejo.— Las dos opiniones.

315

Cap. xvii.— Córdoba.—Los moros de Berbería.— Los ingleses.— Un cura viejo.— El breviario romano.— El palomar.— El Santo Oficio.— Judaísmo.— Los palomares profanados.— Propuesta del posadero.

331

Cap. xviii.— Salida de Córdoba.— El contrabandista.— Treta judaica.— Llegada a Madrid.

347

* * *

LA BIBLIA EN ESPAÑA

* * *

* * *

Prólogo

Muy rara vez se lee el prólogo de un libro, y, en realidad, la mayor parte de los que han visto la luz en estos últimos años, no tienen prólogo alguno. Me ha parecido, sin embargo, conveniente escribir este prefacio, y sobre él llamo humildemente la atención del benévolo lector, porque su lectura contribuirá no poco a la cabal inteligencia y apreciación de estos volúmenes.

La obra que ahora ofrezco al público, titulada La Biblia en España, consiste en una narración de lo que me sucedió durante mi residencia en aquel país, adonde me envió la Sociedad Bíblica, como agente suyo, para imprimir y propagar las Escrituras. No obstante, comprende también algunos viajes y aventuras en Portugal, y concluye dejándome en «el país de los *Corahai*»,[1] región a la que me pareció oportuno retirarme por una temporada, después de haber sufrido en España considerables ataques.

Es muy probable que si yo hubiese visitado España por mera curiosidad o con el propósito de pasar uno o dos años agradablemente, jamás hubiese intentado dar cuenta detallada de mis actos ni de lo que vi y oí. Yo no soy un turista ni un escritor de libros de viajes; pero la comisión que llevé allá era un poco extraña y me condujo necesariamente a

situaciones y posiciones insólitas, me envolvió en dificultades y perplejidades, y me puso en contacto con gente de condición y categoría muy diversas; de suerte que, en conjunto, me lisonjeo pensando que el relato de mi peregrinación no carecerá enteramente de interés para el público, sobre todo, dada la novedad del asunto; pues aunque se han publicado varios libros acerca de España, éste es el único, creo yo, que trata de una obra de misiones en aquel país.

Es verdad que en el libro se encontrarán bastantes cosas muy poco relacionadas con la religión o con la propaganda religiosa; pero no tengo por qué excusarme de haberlas traído aquí a colación. Desde el principio hasta el fin fuí, digámoslo así, a la deriva por España, tierra de antiguo renombre, tierra de maravillas y de misterios, en condiciones tales para conocer sus extraños secretos y peculiaridades como quizás a ningún otro individuo le hayan sido nunca dadas, y ciertamente a ningún extranjero; y si en muchos casos presento escenas y caracteres tal vez sin precedente en una obra de esta índole, sólo haré observar que durante mi estancia en España me vi tan inevitablemente mezclado con ellos, que hubiera sido difícil referir con fidelidad mis andanzas sin dar de tales cosas una referencia tan puntual como la que aquí he puesto.

Es digno de nota que, llamado repentina e inesperadamente a «acometer la aventura de España», no me hallaba yo por completo falto de preparación para tal empresa. España ocupó siempre un lugar considerable en mis ensueños infantiles, y las cosas españolas me interesaban por modo especial, sin presentir que, andando el tiempo, me vería llamado a participar, si bien modestamente, en el drama descomunal de su vida; aquel interés me indujo, en edad temprana, a aprender su noble idioma y a

conocer su literatura (apenas digna del idioma), su historia y tradiciones; de modo que al entrar por vez primera en España me sentí más en mi casa que lo que sin esas circunstancias me hubiese sentido.

En España pasé cinco años, que, si no los más accidentados, fueron, no vacilo en decirlo, los más felices de mi existencia. Y ahora que la ilusión se ha desvanecido ¡ay! para no volver jamás, siento por España una admiración ardiente: es el país más espléndido del mundo, probablemente el más fértil y con toda seguridad el de clima más hermoso. Si sus hijos son o no dignos de tal madre, es una cuestión distinta que no pretendo resolver; me contento con observar que, entre muchas cosas lamentables y reprensibles, he encontrado también muchas nobles y admirables; muchas virtudes heroicas, austeras, y muchos crímenes de horrible salvajismo; pero muy poco vicio de vulgar bajeza, al menos entre la gran masa de la nación española, a la que concierne mi misión; porque bueno será notar aquí que no tengo la pretensión de conocer íntimamente a la aristocracia española, de la que me mantuve tan apartado como me lo permitieron las circunstancias; *en revanche* he tenido el honor de vivir familiarmente con los campesinos, pastores y arrieros de España, cuyo pan y *bacallao* he comido, que siempre me trataron con bondad y cortesía, y a quienes con frecuencia he debido amparo y protección.

«La generosa conducta de Francisco González, y los altos hechos de Ruy Díaz el Cid se cantan todavía entre las asperezas de Sierra Morena»[2].

El argumento más fuerte que, a mi parecer, puede aducirse como prueba del vigor y de los recursos naturales de España, y de la buena ley del carácter de sus habitantes, es el hecho de que, hoy en día, el país no se halle extenuado ni agotado, y que sus hijos sean aún, hasta cierto punto, un gran

pueblo de muy levantados ánimos. Sí; a pesar del desgobierno de los Austrias, brutales y sensuales, de la estupidez de los Borbones, y, sobre todo, de la tiranía espiritual de la corte de Roma, España todavía se mantiene independiente, combate en causa propia, y los españoles no son aún esclavos fanáticos ni mendigos rastreros. Esto es decir mucho, muchísimo; porque España ha sufrido lo que Nápoles no ha tenido nunca que sufrir, y, sin embargo, su suerte ha sido muy diferente de la de Nápoles. Aún hay valor en Asturias; generosidad en Aragón; honradez en Castilla la Vieja, y las labradoras de la Mancha pueden aún poner un tenedor de plata y una nívea servilleta junto al plato de su huésped. Sí; a despecho de los Austrias, de los Borbones y de Roma, todavía media un abismo entre España y Nápoles.

Aunque suene a cosa rara, España no es un país fanático. Algo sé acerca de ella, y afirmo que ni es fanática ni lo ha sido nunca: España no cambia jamás. Cierto que durante casi dos siglos España fué *La Verduga* de la malvada Roma, el instrumento escogido para llevar a efecto los atroces planes de esa potencia; pero el resorte que impelía a España a su obra sanguinaria no era el fanatismo; otro sentimiento, predominante en ella, la excitaba: su orgullo fatal. Con halagos a su orgullo fué inducida España a despilfarrar su preciosa sangre y sus tesoros en las guerras de los Países Bajos, a equipar la armada Invencible y a otras muchas acciones insensatas. El amor a Roma tenía muy poca influencia en su política; pero halagada por el título de *Gonfalonera del Vicario de Cristo*, y ansiosa de probar que era digna de él, cerró los ojos y corrió a su propia destrucción al grito de: «¡Cierra, España!»

Cuando sus armas fueron impotentes en el exterior, España se recogió

dentro de sí misma. Dejó de ser instrumento de la venganza y de la crueldad de Roma, pero no la dieron de lado. Aunque ya no servía para blandir la espada con buen éxito contra los luteranos, podía ser útil para algo. Aún tenía oro y plata, y aún era la tierra del olivo y de la vid. Dejó de ser el verdugo y se convirtió en el banquero de Roma; y los pobres españoles, que siempre estiman como un privilegio pagar cuentas ajenas, miraron durante mucho tiempo como una gran ventura que les permitieran saciar la rapaz avidez de Roma, que durante el siglo pasado sacó, probablemente, de España más dinero que de todo el resto de la cristiandad.

Pero la guerra prendió en el país. Napoleón y sus fieros francos invadieron España; siguiéronse saqueos y estragos, cuyos efectos se sentirán, probablemente, durante muchas generaciones. España no pudo ya seguir pagando a Pedro sus cuartos con la holgura de antaño, y desde entonces, Roma, que no respeta a ninguna nación más que en cuanto puede hacer de ella el ministro de su crueldad o de su avaricia, la miró con desprecio. El español tenía aún voluntad de pagar, dentro de lo que sus medios le permitían; pero muy pronto le dieron a entender que era un ser degradado, un bárbaro; más: un mendigo. Ahora bien: a un español podéis sacarle hasta el último *cuarto* con tal que le otorguéis el título de caballero y de hombre rico, pues la levadura antigua es tan fuerte en él como en los tiempos de Felipe el Hermoso; pero guardaos de insinuar que le tenéis por pobre o que su sangre es inferior a la vuestra. Al conocer, pues, la baja estimación en que había caído, el rústico viejo replicó: «Si soy un bestia, un bárbaro y, además, un pordiosero, lo siento mucho; pero como eso no tiene remedio, voy a gastarme estas cuatro fanegas de cebada, que había

reservado para aliviar la miseria del Santo Padre, en una corrida de toros y en otras diversiones convenientes para la reina, mi mujer, y para los príncipes, mis hijos. ¿Yo un mendigo? *¡Carajo!* El agua de mi pueblo es mejor que el vino de Roma.»

Veo que en la última carta pastoral dirigida a los españoles, el obispo de Roma se queja amargamente del trato que ha recibido en España por parte de algunos hombres inicuos. «Mis catedrales se arruinan—dice—, insultan a mis sacerdotes y cercenan las rentas de mis obispos.» Se consuela, sin embargo, con la idea de que todo esto es obra de la malicia de unos pocos, y que la generalidad de la nación le ama, sobre todo los campesinos, los inocentes campesinos, que vierten lágrimas al pensar en los sufrimientos de su Papa y de su religión. ¡Desengáñese, *Batuschca*[3], desengáñese! España estaba dispuesta a luchar por vuestra causa, en tanto que al obrar así acrecentase su gloria; pero no le agrada perder batallas y más batallas en servicio vuestro. No se opone a llevar su dinero a vuestras arcas, en forma de limosnas, esperando, sin embargo, verlas aceptadas con la gratitud y la humildad propias de quien recibe una caridad. Pero al encontrar que no sois humilde ni agradecido, y, sobre todo, al sospechar que tenéis a Austria en mayor estimación, incluso como banquero, España se encoge de hombros y profiere unas palabras algo parecidas a las que ya he puesto en boca de uno de sus hijos: «Estas cuatro fanegas de cebada», etc.

Es, en verdad, sorprendente lo poco que a la gran masa de la nación española le interesó la última guerra[4], la cual, empero, ha sido llamada por quien debía estar mejor enterado, guerra de religión y de principios. Se admitía, generalmente, que Vizcaya era el reducto del carlismo, y que los vizcaínos sentían fanático apego a su religión, a la que creían en peligro. La

verdad es que los vascos se cuidaban muy poco de Carlos y de Roma, y tomaron las armas tan sólo por defender ciertos derechos y privilegios que tenían. Por el encanijado hermano de Fernando mostraron siempre soberano desprecio, que su carácter, mezcla de imbecilidad, cobardía y crueldad, merecía de sobra. Usaron su nombre como un *cri de guerre* solamente. Casi lo mismo puede decirse de sus partidarios españoles, al menos de los que se lanzaron al campo por su causa. Había, sin embargo, una gran diferencia de carácter entre éstos y los vascos, soldados valerosos y hombres honrados. Los ejércitos españoles de don Carlos se componían enteramente de ladrones y asesinos, casi todos valencianos y manchegos, que, mandados por dos forajidos, Cabrera y Palillos, se aprovecharon de la situación perturbada del país para robar y asesinar a la parte honrada de la población. Respecto de la reina regente Cristina, cuanto menos se hable, mejor; tomó en sus manos las riendas del gobierno a la muerte de su marido, y con ellas el mando del ejército. La parte respetable de la nación española, y por modo especial los honrados y estrujados labradores, aborrecían y execraban a las dos facciones. Muchas veces, al caer la noche, compartiendo la frugal comida de un labriego de cualquiera de las dos Castillas, oíamos el lejano tiroteo de los soldados *cristinos* o de los bandidos carlistas; con lo que comenzaba mi hombre a echar maldiciones a los dos pretendientes, sin olvidar al Santo Padre y a la diosa de Roma, *María Santísima*. Luego, con la energía de tigre característica del español cuando se excita, levantándose precipitadamente exclamaba: «¡*Vamos, don Jorge*, al campo, al campo! Me voy con usted y aprenderé la ley de los ingleses. Al campo, pues, desde mañana, a difundir el evangelio de Inglaterra.»

Entre los campesinos españoles fué donde encontré mis defensores más

acérrimos; y aún supone el Santo Padre que los labradores de España son amigos suyos y le quieren. ¡Desengáñese, *Batuschca*, desengáñese!

Pero volvamos al presente libro: está consagrado, como digo, a referir mis sucesos en España mientras anduve por allá empeñado en difundir las Escrituras. Respecto de mis modestos trabajos, he de hacer notar aquí que lo realizado fué muy poca cosa; no tengo la pretensión de haber conseguido brillantes triunfos; cierto que fuí enviado a España, más que nada, a explorar el país y a comprobar hasta qué punto el espíritu del pueblo estaba preparado para recibir las verdades del cristianismo; obtuve, sin embargo, mediante el apoyo de buenos amigos, un permiso del Gobierno español para imprimir en Madrid una edición del libro sagrado, que subsiguientemente repartí por la capital y las provincias.

Durante mi estancia en España, otras personas prestaron muy buenos servicios a la causa del evangelio, y en una obra de esta índole sería injusto pasar en silencio sus esfuerzos. Villano es el corazón que rehusa al mérito su recompensa, y por insignificante que sea el valor de un elogio que brota de una pluma como la mía, no puedo por menos de mencionar, con respeto y estimación, unos pocos nombres relacionados con la propaganda evangélica. Un caballero irlandés, llamado Graydon, se empleó, con celo e infatigable diligencia, en difundir la luz de la Escritura en la provincia de Cataluña y a lo largo de las costas meridionales de España; mientras, dos misioneros de Gibraltar, los señores Rule y Lyon, predicaron la verdad evangélica durante un año entero en una iglesia de Cádiz. Tan buen éxito alcanzaron los esfuerzos de estos dos últimos, animosos discípulos del inmortal Wesley, que, con razón sobrada podemos suponerlo así, de no haber sido reducidos al silencio y desterrados del país por la fracción

pseudo-liberal de los *Moderados*, no sólo Cádiz, pero la mayor parte de Andalucía habría entonces confesado las puras doctrinas del Evangelio y desechado para siempre los últimos restos de la superstición Papista.

Por hallarse más inmediatamente relacionado con la Sociedad Bíblica y conmigo, considero felicísima la oportunidad que se me presenta de hablar de Luis de Usoz y Río, vástago de una antigua y honorable familia de Castilla la Vieja, que me ayudó en la edición española del Nuevo Testamento, en Madrid. Durante mi permanencia en España recibí toda clase de pruebas de amistad de este caballero, que, en mis ausencias por las provincias, y en mis numerosos y largos viajes, me sustituía de buen grado en Madrid y se empleaba cuanto podía en adelantar las miras de la Sociedad Bíblica, sin otro móvil que la esperanza de contribuir acaso con su esfuerzo a la paz, felicidad y civilización de su tierra natal.

Para concluir, permítaseme declarar que conozco muy bien los defectos y errores del presente libro. Para componerlo me he valido de ciertos diarios que fuí escribiendo durante mi estancia en España y de numerosas cartas escritas a mis amigos de Inglaterra, que han tenido después la bondad de restituírmelas; sin embargo, la mayor parte de él, consistente en descripciones de lugares y escenas, en bosquejos de caracteres, etcétera, se la debo a mi memoria. En varios casos he omitido los nombres de los lugares, o por haberlos olvidado, o por no estar seguro de su ortografía. La obra, tal como hoy está, fué escrita en una aldea solitaria de una apartada región de Inglaterra, donde no tenía libros de consulta, ni amigos cuya opinión o consejo pudiera en ocasiones serme provechoso, y con todas las incomodidades resultantes del quebranto de mi salud. Pero he recibido en ocasión reciente tales muestras de la lenidad y generosidad extremadas del

público británico y americano para conmigo, que sin temor me someto nuevamente a su consideración, y confío en que, si en los presentes volúmenes hay poco que admirar, me darán al menos reputación de hombre bien intencionado y que no se emplea en escribir ruindades.

26 de noviembre de 1842.

* * *

Notas

1. En gitano: moros del norte de África. Los vocablos no ingleses empleados por Borrow en The Bible in Spain se estampan en esta traducción con letra cursiva.

2.

3. Palabra rusa equivalente a *padrecito*.

4. La primera guerra carlista.

Capítulo primero

¡Hombre al agua!— El Tajo.— Las lenguas extranjeras.— La gesticulación.— Calles de Lisboa.— El acueducto.— La Biblia tolerada en Portugal.— Cintra.— Don Sebastián.— Juan de Castro.— Conversación con un cura.— Colhares.— Mafra.— El palacio.— El maestro de escuela.— Los portugueses.— Su ignorancia de las Escrituras.— Los curas rurales.— El Alemtejo.

En la mañana del 10 de noviembre de 1835, encontrábame a la altura de la costa de Galicia, cuyas elevadas montañas, doradas por el sol naciente, ofrecían una vista espléndida. Iba con destino a Lisboa; doblamos el cabo Finisterre, y, metiéndonos mar adentro, perdimos rápidamente de vista la tierra. En la mañana del día 11, estando el mar muy alborotado, ocurrió un suceso notable. Hallábame en el castillo de proa departiendo con dos marineros; uno de ellos, que acababa de levantarse de la hamaca, dijo: «He tenido esta noche un sueño extraño y muy poco agradable, porque—continuó señalando al mástil—he soñado que me caía al mar desde la cruceta.» Así se lo oyeron decir varios tripulantes que estaban junto a mí. Un momento después, el capitán del barco, advirtiendo que la borrasca iba en aumento, mandó tomar la gavia, y en el acto, aquel

marinero y otros varios treparon a la arboladura. Estaban en la maniobra cuando una racha de viento hizo girar la antena, dando tal golpe a uno de los marineros, que cayó desde la cruceta al mar, cubierto de hirvientes espumas. El marinero emergió en seguida; vi su cabeza asomar en la cresta de una ola muy grande, y en el acto reconocí en aquel desdichado al que poco antes nos había referido su sueño. Nunca olvidaré la mirada de agonía que nos lanzó, mientras el barco, velozmente, le dejaba atrás. Dada la voz de alarma, hubo una gran confusión, y lo menos pasaron dos minutos antes de que el barco se parase; en ese tiempo el marinero se quedó muy lejos a popa; sin embargo, yo no le perdí de vista y observé que luchaba valientemente con las olas. Por fin, se arrió un bote; mas por desgracia no se halló a mano el timón, y sólo se pudo disponer de dos remos, con los que los tripulantes no avanzaban gran cosa en un mar tan alborotado. No obstante, remaron de firme, y habían llegado ya a diez brazas del náufrago, que continuaba luchando por su vida, cuando le perdí de vista; a su regreso dijeron los marineros que le habían visto debajo del agua, a intervalos, hundiéndose cada vez más, con los brazos abiertos, y el cuerpo, al parecer, rígido, pero que se habían encontrado en la imposibilidad de salvarlo. Inmediatamente después, el mar se calmó mucho, como si ya estuviera satisfecho con la presa que acababa de hacer. El pobre muchacho que pereció de tan singular manera era un apuesto joven de veintisiete años, hijo único de una viuda; era el mejor marinero de a bordo, y cuantos le conocieron le querían. Este suceso ocurrió el 11 de noviembre de 1835; el barco era un vapor llamado *London Merchant*. ¡Verdaderamente admirables son los caminos de la Providencia!

Aquella misma noche entramos en el Tajo y echamos el ancla delante

de la antigua torre de Belem; a la madrugada siguiente levamos anclas, y remontando el río como cosa de una legua, anclamos de nuevo a corta distancia del *Caesodré*[A], o muelle principal de Lisboa. Allí estuvimos algunas horas junto al enorme casco negro de la *Rainha Nao*, navío de guerra que en otros tiempos cautivaba de tal modo los ojos de Nelson, que de muy buena gana lo hubiera adquirido para su país natal. Mucho después fué navío almirante de la escuadra miguelista, y el intrépido Napier lo capturó unos tres años antes de la fecha a que me refiero.

La *Rainha Nao* dícese que dió a Napier más quehacer que todos los demás barcos enemigos juntos, y alguien afirmó que si éstos se hubieran defendido con la mitad del coraje que la vieja y belicosa «reina» desplegó, el resultado de la batalla que decidió la suerte de Portugal hubiese sido por completo diferente.

Encontré por demás molesta la operación de desembarcar en Lisboa. Los empleados de la aduana eran extremadamente descorteses, y examinaron cada pieza de mi reducido equipaje con irritante minuciosidad.

Mi primera impresión al tomar tierra en la Península estaba muy lejos de ser favorable; apenas hacía una hora que hollaba su suelo, y ya deseaba de corazón volverme a Rusia, país de donde había salido un mes antes, dejando en él amigos muy queridos y muy vivos afectos.

Después de soportar en la aduana muchos abusos y exacciones, procedí a buscar alojamiento, y, al fin, encontré uno, pero sucio y caro. Al siguiente día tomé un criado portugués. Mi costumbre invariable al llegar a un país consiste en valerme de los servicios de un indígena, con la mira principal de perfeccionarme en la lengua, y como ya conozco casi todos los idiomas y

dialectos importantes de oriente y occidente, me pongo con prontitud en condiciones de hacerme entender perfectamente por los naturales. En unos quince días logré hablar en portugués con mucha facilidad.

Los que desean hacerse entender de un extranjero hablándole en su propio idioma tienen que hablar a gritos y vociferar abriendo mucho la boca. ¿Es de extrañar, pues, que los ingleses sean, en general, los peores lingüistas del mundo, ya que siguen un sistema diametralmente opuesto? Por ejemplo, cuando intentan hablar en español—la lengua más sonora que existe—apenas abren los labios, y, con las manos metidas en bolsillos, farfullan perezosamente, en lugar de aplicarse al indispensable menester de la gesticulación. Con razón los pobres españoles exclaman: estos ingleses tienen un hablar tan cerrado que ni el mismo Satanás los entiende.

Lisboa es una gran ciudad ruinosa, que aún muestra por doquiera las huellas del terremoto, terrible visita que le hizo Dios hace unos ochenta años. La ciudad se alza sobre siete colinas; la más elevada de todas la ocupa el castillo de San Jorge, punto el más eminente que la mirada descubre al contemplar a Lisboa desde el Tajo. Las partes más animadas y bulliciosas de la ciudad hállanse en la hondonada que cae al Norte de esa colina. Allí se encuentra la *Plaza* de la Inquisición[2], la principal de Lisboa, desde la que corren paralelas hacia el río tres o cuatro calles, entre las que se cuentan la del Oro y la de la Plata, así llamadas porque en ellas viven los orífices y los plateros, muy hábiles en su oficio; estas calles son, en conjunto, muy suntuosas. Las casas son grandes y altas como castillos. Inmensas columnas protejen a intervalos la calzada; pero lo que hacen más bien es estorbar. Estas calles son completamente llanas y están bien pavimentadas, en lo cual se diferencian de todas las demás de Lisboa. La calle más singular es, sin

embargo, la del *Alecrim*, o del Romero, que desemboca en el *Caesodré*. Es muy pendiente, y a ambos lados se alzan los palacios de la más rancia nobleza de Portugal, edificios pesados y adustos, pero grandes y pintorescos, con jardines colgantes aquí y allá, que se asoman a la calle desde gran altura.

Con toda su ruina y desolación, Lisboa es, sin disputa, la ciudad más notable de la Península, y acaso del Sur de Europa. No me propongo entrar aquí en minuciosos detalles acerca de ella; me limitaré a notar que es tan digna de la atención de un artista como la misma Roma. Verdad es que, si abundan aquí las iglesias, no hay ninguna catedral gigantesca como la de San Pedro, para atraer las miradas llenándolas de admiración, pero me atrevo a decir que no hay en la antigua ni en la moderna Roma una obra del trabajo y del arte humanos que pueda, cualquiera que sea su destino, rivalizar con las obras hidráulicas para el abastecimiento de Lisboa. Aludo al estupendo acueducto cuyos arcos principales cruzan el valle al Noreste de Lisboa y vierte un arroyuelo de agua fría y deliciosa en una cisterna de piedra dentro del hermoso edificio llamado Madre de las aguas, desde donde se abastece toda Lisboa de linfa cristalina, aunque el manantial está a siete leguas de allí. Los viajeros, después de consagrar una mañana entera a visitar los *Arcos* y la *Mai das agoas*, pueden dirigirse a la iglesia y al cementerio británicos; este último es un *Père-la-Chaise* en miniatura, donde, si se trata de viajeros ingleses, bien podrá perdonárseles que estampen un beso, como hice yo, en la fría tumba del autor de *Amelia*[3], el genio más singular que nuestra isla ha producido, y cuyas obras, por pura moda, han sido durante mucho tiempo denigradas en público y leídas en secreto. En el mismo cementerio descansan los restos mortales de

Doddridge, otro autor inglés, de diferente cuño, pero justamente admirado y estimado. Al desembarcar no tenía yo intención de detenerme mucho en Lisboa, ni ciertamente en Portugal; mi destino era España, hacia donde me proponía encaminar mis pasos muy en breve, porque la intención de la Sociedad Bíblica era comenzar sus trabajos en este país, con objeto de difundir la palabra de Dios, ya que España había sido hasta entonces una región donde la admisión de la Biblia estaba vedada. No ocurría lo mismo en Portugal, donde se permitía desde la revolución la entrada y circulación de la Biblia. Poco se había realizado, no obstante, en este país; por tanto, ya que me hallaba en él, determiné hacer algo, a ser posible, por la difusión de aquélla, no sin cerciorarme ante todo personalmente de hasta qué punto la gente estaba preparada para recibirla, y de si el estado de la educación en general le permitiría sacar de ella bastante provecho. Tenía yo a mi disposición un buen repuesto de Biblias y Testamentos; pero ¿querría o podría leerlas el pueblo? El amigo de la Sociedad a quien yo iba recomendado, estaba ausente de Lisboa al tiempo de mi llegada; lo sentí, porque podía haberme suministrado algunas indicaciones útiles. Con el fin, empero, de no gastar tiempo, me decidí a no esperar su regreso, y al punto empecé a recoger cuantas noticias pude acerca de los extremos a que he aludido. Comencé mis investigaciones a cierta distancia de Lisboa, por saber de sobra que me formaría una idea muy errónea de los portugueses en general si juzgaba de su carácter y opiniones por lo que veía y oía en una ciudad tan sujeta a la influencia extranjera.

Mi primera excursión fué a Cintra. Si hay en el mundo algún lugar al que con razón pueda llamársele país encantado, es seguramente Cintra.

Tivoli, sitio pintoresco y bello, se borra con rapidez de la memoria de cuantos ven el Paraíso portugués. No debe suponerse ni por un momento que al hablar de Cintra se alude sólo a la pequeña ciudad de este nombre; por Cintra debe entenderse la región entera: ciudad, palacio, *quintas*, bosques, rocas, ruinas moriscas, que bruscamente surgen ante los ojos al bordear la ladera de una montaña de aspecto triste, agreste y estéril. Nada tan hosco y repelente como la vista que por el lado suroccidental, hacia Lisboa, presenta el muro de piedra que parece ocultar a Cintra de ojos del mundo; pero el otro lado es como una decoración de mágica hermosura, donde la elegancia artificial y la agreste grandeza, las cúpulas, las torres, los árboles gigantescos, las flores y las cascadas se mezclan de modo que no tiene semejante bajo el sol. ¡Oh! Admirables y sorprendentes cosas hay en Cintra, a las que van unidos recuerdos maravillosos. Aquellas ruinas sobre el picacho, que cubren en parte la escarpada pendiente, fueron en otro tiempo la principal fortaleza de los moros lusitanos, y adonde, mucho después de su expulsión, se permitía que acudiesen, en determinada luna de cada año, los salvajes santones del Magreb a orar en la tumba de un famoso *Sidi* sepultado en esas rocas. Aquel palacio gris presenció la reunión de las últimas Cortes celebradas por el rey-niño Sebastián antes de partir para su romántica expedición contra los moros, que tan bien supieron vengar en Alcazarquivir el agravio hecho a su fe y a su país. En aquella pequeña y sombría *quinta*, escondida entre los altos *alcornoques*, vivió antaño Juan de Castro, virrey de Goa, viejo singular que empeñó los cabellos de la barba de su difunto hijo para levantar dinero con que rehacer los muros ruinosos de una fortaleza amenazada por los salvajes indios. Ante el portal de la quinta hay unos fragmentos de estelas que tienen

profundamente grabados versos en sánscrito, sacados de los vedas, tan oscuros como si estuviesen en caracteres rúnicos; son piedras traídas por Castro desde Goa, brillantísimo escenario de su gloria, antes de que Portugal cayera en su profunda decadencia. Cañada abajo, en una abrupta elevación de las rocas, se hallan las ruinas de la casa de un millonario inglés que aquí daba pasto a caprichos de su ánimo antojadizo, tan desordenado, rico y vario en matices como el paisaje circundante. Sí; admirables cosas se ven en Cintra, y admirables son los recuerdos unidos a ellas.

La ciudad de Cintra tiene unos ochocientos habitantes. La mañana siguiente a mi llegada, cuando me disponía a subir a la montaña para visitar las ruinas moriscas, observé que venía hacia mí una persona que, por su traje, me pareció un eclesiástico; era, en efecto, uno de los tres curas del lugar. Al instante le abordé, y no tuve motivo para arrepentirme de ello; le encontré afable y comunicativo.

Después de alabar la hermosura del paisaje, le hice algunas preguntas acerca del grado de instrucción de sus feligreses. Respondió que sentía decir que se hallaban en la mayor ignorancia; en el pueblo bajo había muy pocos que supieran leer o escribir, y respecto a escuelas, sólo existía una en el lugar, donde cuatro o cinco chicos aprendían el alfabeto, pero aún esa estaba ahora cerrada. Díjome, no obstante, que había una escuela en Colhares, como a una legua de allí. Entre otras cosas, me declaró cuánto le sorprendía ver a los ingleses, el pueblo más instruído e inteligente de la tierra, visitar un sitio como Cintra, donde no hay literatura, ciencia ni cosa alguna útil (*coisa que presta*). Sospecho que las últimas palabras del digno cura encubrían una sátira; fuí, sin embargo, bastante jesuíta para aparentar que las recibía como un fino cumplido, y, quitándome el sombrero, me

despedí haciéndole infinidad de reverencias.

El mismo día visité Colhares, romántica aldea, en las inmediaciones de la montaña de Cintra, por el lado del noroeste. A unos campesinos que estaban en la fragua les pregunté por la escuela, y uno de ellos se ofreció en el acto a servirme de guía. Subí por unas escaleras a un pequeño aposento, donde encontré al maestro con una docena de alumnos formados en hilera; me recibió con urbanidad y me hizo sentar en la única banqueta que había en la habitación. Hablamos un poco, y me enseñó los libros que usaba para la instrucción de los chicos; eran unos silabarios muy semejantes a los usados en las escuelas rurales de Inglaterra. Al preguntarle si era costumbre poner las Escrituras en manos de los chicos, me respondió que mucho antes de adquirir capacidad suficiente para entenderlas, los padres retiraban de la escuela a sus hijos para que los ayudasen en las labores del campo; en general, los padres no tenían el menor deseo de que sus hijos aprendieran cosa alguna, por considerar tiempo perdido el empleado en aprender. Dijo que, si bien las escuelas estaban nominalmente sostenidas por el Gobierno, era raro que los maestros cobrasen sus sueldos; por eso, muchos habían últimamente renunciado sus empleos. Me declaró que poseía un ejemplar del Nuevo Testamento; quise verlo, y resultó ser tan sólo un ejemplar de las Epístolas, traducción de Pereira, con muchas notas. Le pregunté si consideraba peligroso leer las Escrituras sin notas; replicó que, ciertamente, no había peligro alguno, pero que la gente no instruída poco provecho podía sacar de la Escritura sin el socorro de las notas, porque en su mayor parte la encontraría ininteligible. En diciendo esto nos estrechamos la mano, y, al partir, le dije que no había pasaje de la Biblia tan difícil de entender como las mismas notas puestas para aclararla, y que nunca

hubiese sido escrita si no bastara a iluminar por sí sola el entendimiento de toda clase de personas.

Uno o días después hice una excursión a Mafra, distante de Cintra unas tres leguas. La mayor parte del camino corre por escarpados cerros, a veces peligrosos para las cabalgaduras; no obstante, llegué a mi destino sin novedad.

Mafra es un pueblo grande en las inmediaciones de un edificio inmenso, construído para convento y palacio, algo semejante al Escorial por su estructura; en él se halla la mejor biblioteca de Portugal, con libros de todas las ciencias y en todos los idiomas, muy apropiada a la magnitud y esplendidez del edificio donde se encierra. Ya no había, empero, frailes para cuidarlo, como en otros tiempos; expulsados de allí, algunos mendigaban su sustento, otros habían ido a servir bajo las banderas de don Carlos, en España, y me dijeron que muchos vivían del merodeo como bandidos. Abandonada a dos o tres guardas, la mansión ofrece un aspecto solitario y desolado que, en verdad, oprime el ánimo. Cuando estaba viendo los claustros, se me acercó un muchacho muy apuesto y de rostro inteligente, y me preguntó (supongo que con la esperanza de ganarse una propina) si le permitiría enseñarme la iglesia del pueblo, muy digna de verse, según dijo; rehusé, pero añadí que si me guiaba a la escuela se lo agradecería mucho. Me miró con asombro y aseguró que en la escuela no había nada notable, pues sólo contaba media docena de alumnos, entre los cuales estaba él. Al decirle yo, sin embargo, que no siendo a aquélla, no me llevaría a ninguna otra parte, se decidió de mala gana a acompañarme. Por el camino me contó que el maestro era uno de los frailes recientemente expulsados del convento, hombre muy instruído, que hablaba francés y griego. Pasamos

junto a una cruz de piedra, y el muchacho se inclinó y se persignó con mucha devoción. Menciono el detalle porque fué el primer caso de esa índole que observé en los portugueses desde el día de mi llegada. Cuando estuvimos cerca de la casa donde vivía el maestro, el muchacho me la indicó, y fué a esconderse detrás de una tapia, donde esperó a que yo volviera.

Al cruzar el umbral, me hallé frente a un hombre bajo y recio, entre los sesenta y los setenta años de edad, vestido con un jubón azul y unos calzones grises, sin camisa ni chaleco. Me miró con dureza y me preguntó en francés en qué podía servirme. Me disculpé por intrusarme de aquel modo, y le dije que, enterado de que desempeñaba las funciones de maestro, iba a ofrecerle mis respetos y a pedirle permiso para preguntarle algunas cosas referentes a la escuela. Respondió que quien me hubiese dicho que él era maestro de escuela, mentía, porque era fraile del convento, y nada más.

—Entonces, ¿no es verdad—dije yo—que todos los conventos han sido cerrados y expulsados los frailes?

—Sí, sí—dijo suspirando—; es verdad, demasiado verdad.

Guardó silencio un minuto, y al cabo, su buen natural se sobrepuso a la cólera; extrajo una caja de rapé y me ofreció un polvo. Rama de olivo de los portugueses, quien desee estar a bien con ellos no debe negarse a meter el índice y el pulgar en la caja de rapé cuando se la ofrezcan. Tomé, pues, una buena pulgarada, aunque aborrezco el rapé, y pronto estuvimos en la mejor armonía posible. El fraile estaba ansioso de noticias, especialmente de Lisboa y de España. Le conté que los oficiales de la guarnición de Lisboa, el día antes de salir yo de la capital, se habían presentado en masa a

la reina e insistido cerca de ella para que exonerase al ministerio, si no quería que depusiesen las espadas; al oirlo, el fraile frotábase las manos, asegurándome que las cosas no permanecerían tranquilas en Lisboa. Cuando le dije, empero, que, en mi opinión, la causa de don Carlos declinaba (hacía poco de la muerte de Zumalacárregui), se enfurruñó, exclamando que eso era imposible, porque Dios, en su justicia, no lo toleraría. Me condolí del pobre hombre, expulsado del insigne convento inmediato, su antiguo hogar, y que, vista su desguarnecida vivienda actual, trocaba en la senectud la abundancia y las comodidades por la escasez y la miseria. Dos o tres veces intenté hacerle hablar de la escuela, pero esquivó el tema, o dijo en pocas palabras que no sabía nada acerca de eso. En cuanto le dejé, salió de su escondite el muchacho y se reunió conmigo; se había escondido temeroso de que su maestro supiera quién me había llevado allí, pues no quería que los extraños descubrieran que era maestro de escuela.

Pregunté al muchacho si él o sus padres conocían la Escritura y si la leían alguna vez; no pareció haberme entendido. Debo hacer notar que era un muchacho de unos quince años, muy despierto, con algunos conocimientos de latín; sin embargo, no conocía la Escritura ni de nombre, y no tengo duda, por mis observaciones ulteriores, que cuando menos los dos tercios de sus compatriotas, no están en asunto de tal importancia mejor instruídos que él. En las puertas de las posadas lugareñas, en los hogares rústicos, en los campos donde trabajan, en las fuentes de piedra al borde de los caminos, donde abrevan sus ganados, he interrogado a la clase más humilde de los hijos de Portugal acerca de la Escritura, de la Biblia, del Viejo y del Nuevo Testamento, y ni una sola vez han sabido a qué me

refería ni me han dado una respuesta racional, aunque en todas las demás cosas sus contestaciones fuesen bastante sensatas. Nada, en verdad, me sorprendió tanto como el desembarazo y soltura con que los campesinos portugueses sostienen una conversación, y la pureza del lenguaje en que expresan sus pensamientos, aunque muy pocos saben leer o escribir; mientras que los campesinos ingleses, cuya educación es, en general, muy superior, son en su conversación de una grosería y torpeza rayanas en la brutalidad, y cometen absurdas faltas gramaticales, aunque la lengua inglesa es, en conjunto, de estructura más sencilla que el portugués.

Al regresar a Lisboa, encontré a nuestro amigo, que me recibió con mucha bondad. Los diez días siguientes fueron extraordinariamente lluviosos, impidiéndome hacer excursiones por el país; durante ese tiempo vi con frecuencia a nuestro amigo, y examinamos con mucho detenimiento los mejores medios de difundir los Evangelios. En su opinión, no podíamos, por el momento, hacer cosa mejor que entregar parte de nuestras existencias de libros a los libreros de Lisboa, y emplear al mismo tiempo algunos repartidores que voceasen los libros por las calles concediéndoles cierta ganancia por cada ejemplar vendido. Aceptado este plan, fué puesto en práctica sin tardanza, y con éxito no del todo malo. Pensé enviar algunos repartidores a los pueblos inmediatos, pero nuestro amigo se opuso a ello. Consideraba peligroso el intento, porque los curas rurales, dueños aún de gran ascendiente en sus respectivas parroquias, y, en su mayoría, resueltamente contrarios a la difusión del Evangelio, podían muy bien ser causa de que maltrataran o asesinaran a nuestros emisarios.

Resolví, sin embargo, antes de marcharme de Portugal, establecer depósitos de Biblias en una o dos ciudades principales de provincias.

Deseaba yo visitar el Alemtejo, nombre que significa «más allá del Tajo», región muy atrasada según mis noticias. Esta provincia no es bella ni pintoresca, a diferencia de casi todas las demás partes de Portugal; hay en ella muy pocas colinas y montañas. En su mayor parte se compone de páramos cortados por alcores, por sombrías cañadas y pinares enanos; la comarca está infestada de bandidos. La principal ciudad es Evora, de las más antiguas de Portugal, sede, en otro tiempo, de una rama de la Inquisición, todavía más cruel y mortífera que la terrible de Lisboa. Evora está a unas sesenta millas de Lisboa, y a Evora me resolví a ir, con veinte Testamentos y dos Biblias. Ahora se verá lo que allí me sucedió.

* * *

Notas

1. *Caes do Sodré*, ahora *Praça dos Romulares*. (Nota de U. R. Burke.)

2. Es el *Terreiro do Paço*.

3. H. Fielding.

Capítulo II

Boteros del Tajo.— Peligros de la corriente.— Aldea Gallega.— La hostería.— Ladrones.— Sabocha.— Aventura de un arriero.— *Estalagem de ladrões.*— Don Gerónimo.— Vendas Novas.— Un Sitio Real.— Los cerdos del Alemtejo.— Monte Moro.— Un cabrero singular.— Los hijos de los campos.— Infieles y saduceos.

En la tarde del 6 de diciembre salí para Evora en compañía de mi criado. El paso del río se hace en unas lanchas o faluchos, como les llaman, que prestan servicio regular. Me habían dicho que la corriente sería favorable a eso de las cuatro, pero al llegar a la orilla del Tajo, frente a Aldea Gallega, punto entre el cual y Lisboa circulan las lanchas, me encontré con que la corriente no les permitiría salir antes de las ocho de la noche. Si esperaba hasta esa hora, desembarcaría probablemente en Aldea Gallega hacia la media noche, y no tenía yo muchas ganas de hacer mi *entrée* en el Alemtejo a tales horas; por tanto, como vi varados allí algunos pequeños botes, que podían salir en cualquier momento, resolví alquilar uno para la travesía, aunque el costo era mucho mayor. Pronto cerré trato con un muchacho de mirar selvático que se ofreció a tomarme a bordo de uno de aquellos botes, del que era copropietario, según dijo. No sabía yo lo

peligroso que es cruzar el Tajo por su parte más ancha, precisamente desde enfrente de Aldea Gallega, en cualquier tiempo, pero sobre todo a la caída de la tarde en invierno; que a saberlo no me hubiera aventurado a tanto. El muchacho, y un camarada suyo de aspecto miserable, cuyo único vestido, a pesar de la estación, era un jubón y unos calzones andrajosos, remaron hasta llegar a media milla de la costa; entonces izaron una vela muy grande, y el muchacho que parecía ser el jefe y dirigirlo todo, empuñó el timón y se puso a gobernar el bote. La tarde comenzaba a oscurecer; el sol estaba ya cerca de la raya del horizonte; hacía mucho frío, y las olas del noble Tajo comenzaron a coronarse de espumas. Dije al botero que era casi imposible que el bote llevase tanta vela sin zozobrar, y al oírme, se echó a reír, y comenzó una charla de lo más incoherente. Su pronunciación era la más rápida y áspera que hasta entonces había observado en ningún ser humano; mezclábanse en ella alaridos de hiena con ladridos de perro, pero eso no era, en modo alguno, indicio de su condición natural, alegre y desenvuelta y sin asomos de mala intención, según vi muy pronto. Cuando, para demostrarle el poco caso que le hacía, me puse a cantar *Eu que sou contrabandista*, se echó a reír con toda su alma, y dándome palmadas en el hombro, me dijo que haría todo lo posible por no ahogarnos. Al otro pobrecillo no parecía repugnarle gran cosa irse a fondo; sentado en la proa del bote, semejaba la estatua del hambre, y cuando las olas, rompiendo por el lado del mar, le mojaban los escasos vestidos, sonreía. De allí a poco me convencí de que había llegado nuestra última hora; el viento era cada vez más fuerte, las olas más hirvientes, el bote se ponía con frecuencia de través, y el agua nos entraba a torrentes por sotavento. A pesar de todo, aquel mozo salvaje, sin soltar el timón, reía y

parlaba, y a veces, berreaba un trozo de *Quando el rey chegou*, canción miguelista, que no se podía cantar en Lisboa sin ir a la cárcel.

La corriente estaba en contra nuestra, pero el viento nos era favorable; emprendimos una carrera vertiginosa, y vi que nuestra única probabilidad de salvación estaba en doblar rápidamente el saliente de la margen del Tajo, donde comienza la ensenada o bahía en que se halla Aldea Gallega, porque entonces ya no tendríamos que luchar con las olas del río, encrespadas por el viento contrario. La voluntad del Todopoderoso nos permitió ganar prontamente aquel refugio, no sin que antes el bote se llenase casi por completo de agua, y nos caláramos hasta los huesos. A eso de las siete de la tarde atracamos en Aldea Gallega, tiritando de frío, y en un estado lamentable.

Esas dos palabras españolas: Aldea Gallega, son el nombre de un pueblo que podrá tener unos cuatro mil habitantes. Era noche cerrada cuando desembarcamos. A poco, comenzaron a volar cohetes aquí y allá, iluminando el espacio en todas direcciones. Cuando íbamos por la calle sucia y desempedrada que conduce al *largo* o plaza, un estruendo horrible de tambores y gritos nos atronó los oídos. Pregunté la causa de tanto bullicio, y me dijeron que era la víspera de la concepción de la Virgen.

Como no era costumbre de los posaderos proveer al sustento de sus huéspedes, vagué por las calles en busca de provisiones; al cabo, viendo a unos soldados que comían y bebían en una especie de taberna, entré y pedí al dueño que me proporcionase algo de cena, y sin tardanza me satisfizo, no del todo mal, aunque cobrándolo a buen precio.

Me acosté temprano, porque las mulas que había contratado para llevarnos a Evora, vendrían a buscarnos a las cinco de la mañana siguiente.

Mi criado dormía en la misma habitación, única disponible en la posada. No pude pegar los ojos en toda la noche. Teníamos debajo una cuadra, en la cual dormían varios *almocreves* o carreteros con sus mulas. Detrás de nosotros, en el corral, había una pocilga. ¿Cómo dormir? Los cerdos gruñían, resoplaban las mulas, y los *almocreves* roncaban de un modo horrible. Oí dar las horas en el reloj del pueblo hasta media noche, y desde media noche hasta las cuatro, hora en que me levanté y comencé a vestirme, enviando a mi criado a dar prisa al hombre de las mulas, porque estaba harto de la posada y deseaba marcharme cuanto antes. Un viejo huesudo y fuerte, acompañado de un muchacho descalzo, llegó con las bestias, que eran bastante regulares. El viejo, dueño de las mulas, y tío del muchacho, venía dispuesto a acompañarnos hasta Evora.

Cuando salimos, la luna brillaba esplendorosa, y el frío de la mañana era penetrante. Tomamos un camino hondo y arenoso, al salir del cual pasamos ante un vasto edificio, de extraño aspecto, situado en una desamparada colina arenosa, a nuestra izquierda. Cinco o seis hombres a caballo, que marchaban a buen paso, nos dieron rápidamente alcance. Todos llevaban largas escopetas colgadas del arzón, y la boca de los cañones asomaba como a dos pies por debajo de la panza de los caballos. Pregunté al viejo la razón de aquel aparato guerrero. Respondióme que los caminos estaban muy malos (quería decir que abundaban los ladrones) y que aquellos hombres iban armados así para su defensa; muy poco después torcieron a la izquierda, en dirección de Palmella.

Entramos en una planicie arenosa, salpicada de pinos enanos; el camino era poco más que un sendero, y conforme avanzamos, los árboles fueron espesándose hasta formar un bosque, que se extendía unas dos

leguas, con espacios claros, donde pastaban rebaños de cabras y ovejas; las cencerrillas que llevaban colgadas del cuello sonaban con un tintineo apagado y monótono. El sol estaba empezando a salir, pero la mañana era triste y nublada, y esto, unido al desolado aspecto de la comarca, causaba en mi ánimo una impresión desagradable. Eché pie a tierra y anduve un poco, trabando conversación con el viejo. Al parecer, no sabía hablar más que de «los ladrones» y de las atrocidades que tenían por costumbre cometer en los mismos sitios por donde íbamos pasando. Las historias que contaba eran, en verdad, horribles, y por no oírlas, monté de nuevo y me adelanté un buen trecho.

Al cabo de hora y media salimos del bosque a un terreno quebrado, yermo y bravío, cubierto de *mato*, o matorrales. Las mulas detuviéronse a beber en un charco de poca hondura; y al mirar a la derecha, vi las ruinas de una pared. Aquello era, según me dijo el guía, lo que quedaba de *Vendas Velhas*, o Ventas Viejas, antigua guarida de Sabocha, ladrón famoso. Parece que el tal Sabocha tuvo a sus órdenes, unos diez y seis años antes, una partida de cuarenta bandoleros, que infestaban aquellos despoblados y vivían del robo. Durante mucho tiempo, el ventero Sabocha ejerció su atroz oficio sin infundir sospechas, y muchos infelices viajeros fueron asesinados en el silencio de la noche dentro de la venta solitaria regentada por él en aquel bosque; nunca he visto, en verdad, situación más a propósito para robar y matar. La cuadrilla tenía la costumbre de abrevar sus caballos en aquel charco, y quizás allí se lavaban las manos manchadas con la sangre de sus víctimas. El segundo de la cuadrilla era hermano de Sabocha, tipo fortísimo y feroz, famoso sobre todo por su destreza en tirar el cuchillo, con el que solía atravesar a sus enemigos. Al fin se descubrió la

connivencia de Sabocha y de los bandidos, y el ventero huyó con la mayor parte de sus socios, cruzando el Tajo para refugiarse en las provincias del Norte; en un encuentro fortuito con la fuerza pública, en el camino de Coimbra, Sabocha y toda su cuadrilla perdieron la vida. Su casa fué arrasada por orden del Gobierno.

Los ladrones frecuentan todavía esas ruinas, y en ellas comen y beben, en acecho de una presa, porque el sitio domina un buen trozo del camino. El viejo me aseguró que, unos dos meses antes, al volver a Aldea Gallega con sus mulas de acompañar a unos viajeros, le había derribado, desnudado y robado un individuo que, a su parecer, salió de aquel nido de asesinos. Díjome que el agresor era joven y de fuerza extraordinaria, con inmensos bigotes y patillas, armado con una *espingarda* o mosquete. Unos diez días más tarde vió al ladrón en Vendas Novas, en donde nosotros íbamos a pasar la noche. El individuo, al reconocer a su víctima, le llevó aparte, y con horrendas imprecaciones le intimó que no volvería a ver más su casa si intentaba delatarle; el viejo se estuvo en paz, porque tenía muy poco que ganar y sí mucho que perder haciendo que prendieran al ladrón, ya que no hubieran tardado en soltarlo por falta de pruebas, y entonces era inevitable su venganza si no se adelantaban sus compañeros a tomarla.

Me apeé y fuí hasta las ruinas, donde vi los restos de una hoguera y una botella rota. Los hijos del robo habían pasado por allí muy poco antes. Dejé un ejemplar del *Nuevo Testamento* y algunos folletos, y partimos apresuradamente.

El sol había disipado las nieblas y empezaba a calentar mucho. Llevaríamos próximamente otra hora de camino, cuando sonó un relincho a nuestra espalda, y el guía nos dijo que venía un grupo de hombres a

caballo; como nuestras mulas andaban a buen paso, tardaron lo menos veinte minutos en alcanzarnos. El jinete que rompía la marcha era un caballero vestido con elegante traje de camino; un poco detrás seguían un oficial, dos soldados y un mozo de librea. Oí al caballero que parecía principal, preguntar a mi criado, al emparejarse con él, quién era yo, y si francés o inglés. Le dijo que un caballero inglés, de viaje. Preguntó entonces si entendía el portugués, y el criado respondió qué sí, pero que, a su parecer, hablaba yo mejor el italiano y el francés. El caballero espoleó el caballo y me abordó, pero no en portugués, francés ni italiano, sino en el inglés más puro que he oído hablar a un extranjero; no había en su pronunciación ni el más leve acento extranjero, y, a no haber conocido en su rostro que mi interlocutor no era inglés (como todos saben, hay en el semblante de un inglés una particularidad indescriptible que le delata), hubiera creído que se trataba de un compatriota. Continuamos juntos departiendo hasta llegar a Pegões.

Pegões se compone de dos o tres casas y de una posada; hay, además, una especie de barraca donde se alberga media docena de soldados. No hay en todo Portugal un sitio de peor fama que éste, y la posada lleva el apodo de *Estalagem de Ladrões* o sea, hostería de ladrones; porque los bandidos que campan por los despoblados que se extienden a varias leguas a la redonda, tienen la costumbre de venir a esta posada a gastar el dinero y demás productos de su criminal oficio; allí cantan y bailan, comen conejo guisado y aceitunas, y beben el vino espeso y fuerte del Alemtejo. Una enorme fogata, alimentada por el tronco de un alcornoque, ardía en un fogón bajo, a la izquierda de la entrada de la espaciosa cocina. Arrimadas al fuego cocían varias ollas, cuyo apetitoso olor me recordó que aún no me

había desayunado, a pesar de ser cerca de la una y de haber hecho a caballo cinco leguas. Varios hombres, de aspecto siniestro, que si no eran bandidos, fácilmente podían ser tomados por tales, estaban sentados en unos leños al amor de la lumbre. Híceles algunas preguntas indiferentes, a las que contestaron con desembarazo y cortesía, y uno de ellos, que dijo saber de letra, aceptó un folleto que le ofrecí.

Mi nuevo amigo, después de encargar la comida, o más bien almuerzo, me invitó con gran amabilidad a participar en él, y, al mismo tiempo, me presentó a su acompañante el oficial, hermano suyo, que también hablaba inglés, pero con menos perfección. Mi amigo resultó ser don Jerónimo José de Azveto, secretario del Gobierno en Evora; su hermano pertenecía a un regimiento de húsares que tenía el cuartel general en aquella ciudad, pero con patrullas destacadas a lo largo del camino, por ejemplo, en el lugar donde nos encontrábamos detenidos.

En Pegões, el principal artículo de comer parece que son los conejos, muy abundantes en los páramos de las cercanías. Comimos uno frito, con una pringue deliciosa, y luego otro asado, que nos sirvieron entero en una fuente; la posadera, después de lavarse las manos, lo partió, y luego vertió sobre los pedazos una salsa sabrosa. Comí con mucho gusto de ambos platos, sobre todo del último, quizás por la curiosa y para mí nueva manera de aderezarlo. Con unos higos de los Algarves, excelentes, y unas manzanas, concluyó nuestra comida; pero el cuartito reservado en que comimos era de suelo cenagoso, y su frialdad me penetró de modo que ni de los manjares ni de la agradable compañía pude sacar todo el placer que en otro caso hubiera tenido.

Don Jerónimo se había educado en Inglaterra, país en que transcurrió

su infancia, lo cual explicaba en mucha parte su dominio de la lengua inglesa, que únicamente se puede aprender bien residiendo en el país durante aquella etapa de la vida. Había, además, huído a Inglaterra poco después de la usurpación del Trono de Portugal por don Miguel, y desde allí fué al Brasil, donde se consagró al servicio de don Pedro, y le acompañó en la expedición que terminó por la caída del usurpador y el establecimiento del Gobierno constitucional en Portugal. Nuestra conversación versó sobre literatura y política, y mi conocimiento de las obras de los escritores más famosos de Portugal fué acogido con sorpresa y contento; nada tan halagüeño para un portugués como observar que un extranjero se interesa por su literatura nacional, de la que, en muchos respectos, se enorgullece con justicia.

A eso de las dos cabalgamos de nuevo y proseguimos juntos nuestro camino a través de un país exactamente igual al que habíamos atravesado antes, áspero y quebrado, con grupos de pinos aquí y allá. La tarde era muy despejada, y los brillantes rayos del sol realzaban la desolación del paisaje. Habríamos avanzado dos leguas, cuando percibimos en lontananza un gran edificio, de majestuosa apariencia, que era, según me dijeron, un palacio real situado al otro extremo de Vendas Novas, pueblo donde íbamos a pernoctar; aún nos faltaba más de una legua para llegar a él, pero a través de la clara y transparente atmósfera de Portugal, parecía mucho más próximo.

Antes de llegar a Vendas Novas pasamos junto a una cruz de piedra, en cuyo pedestal había cierta inscripción conmemorativa de un asesinato horrible cometido en aquel lugar en la persona de un lisboeta; la cruz parecía ya antigua y estaba cubierta de musgo; la inscripción era, en su

mayor parte, ilegible, al menos para mí, que no podía gastar mucho tiempo en descifrarla. Llegados a Vendas Novas y encargada la cena, mi nuevo amigo y yo fuimos dando un paseo a ver el palacio. Fué edificado por el difunto rey de Portugal, y su aspecto exterior es poco notable. El edificio, largo y con dos alas, consta de dos pisos tan sólo, aunque parece mucho más alto por estar situado en una elevación del terreno; tiene quince ventanas en el piso alto y doce en el bajo, con una puerta mezquina, algo así como la puerta de un granero, a la que se llega por un solo peldaño. El interior corresponde al exterior, y no hay en él nada interesante para el curioso, excepto las cocinas, magníficas en verdad, y tan grandes, que puede condimentarse en ellas al mismo tiempo comida suficiente para todos los habitantes del Alemtejo.

Pasé la noche con toda comodidad en una cama limpia, lejos de todos aquellos ruidos tan frecuentes en las posadas portuguesas, y a las seis de la mañana del siguiente día continuamos el viaje, que esperábamos terminar antes de ponerse el sol, porque Evora sólo dista diez leguas de Vendas Novas. Si la mañana anterior había sido fría, ésta lo era mucho más, tanto que, poco antes de salir el sol, no pude resistir más a caballo, y, echando pie a tierra, corrí y anduve hasta llegar a unas casuchas en el límite de los desolados páramos. En una de aquellas casas se encontraron los emisarios de don Pedro y los de don Miguel, y allí se concertó la renuncia de este último a la corona en favor de doña María de la Gloria; Evora fué el postrer reducto del usurpador, y las parameras del Alemtejo el último teatro de las luchas que tanto tiempo agitaron al infortunado Portugal. Contemplé, pues, con mucho interés aquellas miserables chozas, y no dejé de esparcir por los contornos algunos de los preciosos folletitos que, con una corta

cantidad de *Testamentos*, llevaba en mi saco de noche.

El paisaje comenzó desde allí a mejorar; dejamos atrás los agrestes matorrales y atravesamos colinas y valles cubiertos de alcornoques y de *azinheiras*, las cuales producen bellotas dulces o *bolotas*, tan agradables como las castañas, y principal alimento en invierno de los numerosos cerdos que cría el Alemtejo. Los cerdos son muy hermosos: de patas cortas, corpulentos, de color negro o rojo oscuro; de la excelencia de su carne puedo dar testimonio, porque muchas veces la he saboreado con deleite en mis viajes por esta provincia; el *lombo*, o lomo, asado en el rescoldo, es delicioso, especialmente comiéndolo con aceitunas.

Nos hallábamos a la vista de Monto Moro, que, como su nombre indica, fué en otro tiempo una fortaleza de los moros. Es una colina alta y escarpada, en cuyas cúspide y vertiente yacen muros y torreones en ruinas. Por el lado de Poniente, en un profundo barranco o valle, corre un delgado arroyo, cruzado por un puente de piedra; más abajo hay un vado, que atravesamos para subir a la ciudad, la cual comienza casi al pie de la montaña, por el Norte, y va faldeando hacia el Noreste. La ciudad es sumamente pintoresca, con muchas casas antiquísimas, construídas a la manera morisca. Tenía grandes deseos de examinar los restos de la fortaleza mora en la parte alta del monte; pero el tiempo urgía, y la brevedad de nuestra estada en el lugar no me consintió satisfacer ese gusto.

Monte Moro es cabeza de una cadena de colinas que cruza esta parte del Alemtejo, y que aquí se bifurca hacia el Este y el Sureste; en la primera dirección está el camino directo a Elvas, Badajoz y Madrid; en la segunda, el camino a Evora. La tercera montaña de la cadena que bordea el camino de Elvas es muy hermosa. Se llama Monte Almo; hállase cubierta de

alcornoques hasta la cima, y un arroyo rumoroso corre al pie. Bajo los rayos gloriosos del sol, brillaban las verdes praderas, donde pacían rebaños de cabras, haciendo sonar alegremente sus campanillas. El *tout ensemble* semejaba un lugar encantado. Para que nada faltase en el cuadro, encontré debajo de una *azinheira* a un hombre, un cabrero, cuyo aspecto me hizo recordar al pastor salvaje mencionado en cierta balada danesa.

«Sobre sus hombros tenía un jabalí—en su seno dormía un oso negro, etc.»

El cabrero tenía en un hombro un animal, que, según me dijo, era una *lontra*, o nutria, acabada de cazar en el arroyo inmediato; una cuerda, atada por un extremo al brazo del cazador, la rodeaba el cuello. A su izquierda había un saco, por cuya boca asomaban las cabezas de dos o tres animales bastante extraños; a su derecha se agazapaba un lobezno gruñón que estaba domesticando. Todo su aspecto era de lo más salvaje y fiero. Tras unas pocas palabras, como las que generalmente suelen cambiar los que se encuentran en un camino, le pregunté si sabía leer, y no me contestó. Traté entonces de averiguar si tenía alguna idea de Dios o de Jesucristo, y mirándome fijamente al rostro por un momento, se volvió luego hacia el sol, ya próximo al ocaso, hízole una reverencia, y de nuevo clavó en mí su mirada. Creo que entendí bien esta muda respuesta, la cual significaba, probablemente, que Dios era el autor de aquella gloriosa luz que alumbra y alegra toda la creación. Satisfecho con esta creencia, le dejé, y me apresuré a dar alcance a mis compañeros, que me habían tomado considerable delantera.

Siempre he encontrado en el ánimo de campesinos más determinada inclinación a la religión y a la piedad que en los habitantes de las ciudades y

villas; la razón es obvia: aquéllos están menos familiarizados con las obras de los hombres que con las de Dios; sus ocupaciones, además, son sencillas, no requieren tanta habilidad o destreza como las que atraen la atención del otro grupo de sus semejantes, y son, por tanto, menos favorables para engendrar la presunción y la suficiencia propia, tan radicalmente distintas de la humildad de espíritu, fundamento verdadero de la piedad. Los que se burlan de la religión y la escarnecen, no salen de entre sencillos hijos de la naturaleza; son más bien la excrecencia de un refinamiento recargado, y aunque su influjo pernicioso llega ciertamente a los campos, y corrompe en ellos a muchos hombres, la fuente y el origen del mal está en los grandes centros, donde la población se apiña y donde la naturaleza es casi desconocida. No soy de los que van a buscar la perfección humana en la población rural de ningún país; la perfección no existe en hijos del pecado, dondequiera que residan; pero mientras el corazón no se corrompe, hay esperanza para el alma, porque hasta Simón Mago se convirtió. Pero una vez que la incredulidad endurece el corazón, y la prudencia según la carne refuerza la incredulidad, hace falta para ablandarlo que la gracia de Dios se manifieste con exuberancia desusada, porque en el libro sagrado leemos que el fariseo y el mago llegaron a ser receptáculos de gracia; pero en ninguna parte se menciona la conversión del burlón Saduceo; ¿y qué otra cosa es un incrédulo moderno más que un Saduceo de última hora?

La noche cerró antes que llegásemos a Evora, y después de despedirme de mis amigos, que amablemente me ofrecieron su casa, me dirigí con mi criado al *Largo de San Francisco*, donde, según dijo el arriero, estaba la mejor hostería de la ciudad. Entramos a caballo en la cocina, a continuación de la cual estaba la cuadra, como es uso en Portugal.

Gobernaban la casa una vieja que parecía gitana, y su hija, muchacha de unos diez y ocho años, hermosa y fresca como una flor. La casa era grande. En el piso alto había un vasto aposento, a modo de granero, que ocupaba casi toda la longitud del edificio; en el extremo había una divisoria para formar una alcoba de regular comodidad, pero muy fría; el piso era de baldosa, como el de la espaciosa sala contigua, donde los arrieros solían dormir en las mantas y enjalmas de sus malas. Después de cenar me acosté, y luego de ofrecer mis devociones a Aquel que me había protegido en un viaje tan peligroso, me dormí profundamente hasta el otro día[1].

* * *

Notas

1. El Monte Moro de que habla Borrow en este capítulo y describe después en el VI es Montemôr, o Montemayor. (Knapp).

Capítulo III

Un comerciante de Evora.— Contrabandistas españoles.— El león y el unicornio.— La fuente.— Confianza en el Todopoderoso.— Reparto de folletos.— La librería en Evora.— Un manuscrito. La Biblia como guía.— La infame María.— El hombre de Palmella.— El conjuro.— El régimen frailuno.— Domingo.— Volney.— Un auto de fe.— Hombres de España.— Lectura de un folleto.— Nuevos viajeros.— La mata de romero.

Evora es una pequeña ciudad murada, pero sin un sistema defensivo, y no resistiría un sitio de veinticuatro horas. Tiene cinco puertas; delante de la del Suroeste se halla el paseo principal, donde también se celebra una feria el día de San Juan. Las casas son, en general, muy antiguas, y muchas están vacías. Cuenta unos cinco mil habitantes; pero con sobrada capacidad para doble número de gente. Los dos edificios principales son la Seo, o catedral, y el convento de San Francisco, en la misma plaza en que, frente a él, se hallaba mi *posada*. A mano derecha, entrando por la puerta del Suroeste, hay un cuartel de caballería. Por el Sureste, a unas seis leguas de distancia, descúbrese una cadena de montañas azules; la más alta, llamada *Serra Dorso*, pintoresca, bella, alberga en sus escondrijos muchos lobos y jabalíes. Como a legua y media más allá de esa montaña, está

Estremoz.

El día siguiente a mi llegada lo empleé principalmente en visitar la ciudad y sus cercanías, y al vagar de un lado para otro, trabé conversación con diversas personas. Algunas eran de la clase media, comerciantes o artesanos, y todos constitucionalistas, o se llamaban tales; pero tenían muy pocas cosas que decir, salvo unos cuantos lugares comunes acerca de la vida de frailes, de su hipocresía y holgazanería. Quise obtener noticias respecto del estado de la instrucción en la localidad, y de sus respuestas deduje que el nivel debía de estar muy bajo, porque, al parecer, no había escuelas ni librerías. Si les hablaba de religión, mostraban grandísima indiferencia por el asunto, y, haciéndome una cortés inclinación de cabeza, se marchaban lo antes posible.

Fuí a ver a un comerciante para quien llevaba yo una carta de presentación, y se la entregué en su tienda, donde le encontré detrás del mostrador. En el curso de nuestra conversación averigüé que le habían perseguido mucho durante el antiguo régimen, al que profesaba aversión sincera. Díjele que la ignorancia del pueblo en materia de religión había sido el sostén del antiguo régimen, y que el mejor modo de impedir su retorno sería llevar la luz a todos los espíritus. Añadí que había llevado a Evora un pequeño repuesto de Biblias y Testamentos, y deseaba entregárselos a un comerciante respetable para su venta, y que si él deseaba contribuir a extirpar las raíces de la superstición y de la tiranía, no podía hacer cosa mejor que encargarse de tales libros. Se declaró dispuesto a ello, y me fuí, determinado a entregarle la mitad de los que tenía. Volví a mi posada y me senté en un leño, debajo de la inmensa campana de la chimenea de la sala común; dos hombres de rostro huraño estaban

arrodillados en el suelo. Tenían ante sí un buen montón de objetos de hierro viejo, latón y cobre, que iban clasificando, y colocábanlos después en sacos. Eran contrabandistas españoles de ínfima categoría, y ganaban miserablemente su vida llevando de matute tales desechos desde Portugal a España. No hablaban ni una palabra, y cuando me dirigí a ellos en su lengua natal, me contestaron con una especie de gruñido. Estaban tan sucios y mohosos como el hierro en que traficaban; en la cuadra del piso bajo tenían cuatro miserables borriquillos.

La posadera y su hija me trataban con amabilidad extremada, y por adularme me hicieron algunas preguntas respecto de Inglaterra. Un hombre con traje algo parecido al de los marineros ingleses, sentado frente a mí debajo de la campana, dijo: «Yo aborrezco a los ingleses porque no están bautizados y son gente sin ley.» Se refería a la ley de Dios. Me eché a reír y le dije que, según la ley inglesa, a nadie sin bautizar podía dársele sepultura en tierra sagrada; a lo cual repuso: «Entonces sois más rigurosos que nosotros.» Luego, añadió: «¿Qué significan el león y el unicornio que vi el otro día en un escudo a la puerta del cónsul inglés en Setubal?» Respondí que eran las armas de Inglaterra. «Sí; pero ¿qué representan?» Dije que no lo sabía. «Entonces—replicó—, no conoce usted los secretos de su propio país.» A lo cual: «Supóngase—le contesté—, que le dijese a usted que representan el león de Bethlehem y la bestia cornuda de abismos ardientes, luchando por el predominio en Inglaterra, ¿qué diría?» «Diría—repuso—, que me daba usted una respuesta perfecta.» Aquel hombre y yo llegamos a ser grandes amigos. Venía de Palmella, no lejos de Setubal; llevaba unos cuantos caballos y mulas, y era tratante en cebada y trigo. De nuevo volví a pasearme y a vagar por los alrededores de la ciudad.

Como a media milla de las murallas, por el lado Sur, hay una fuente de piedra, donde los arrieros y demás gentes que acuden a la ciudad, acostumbran a dar agua a sus bestias. Allí me estaba sentado unas dos horas, hablando con todo el que hacía alto en la fuente. Hago notar que durante mi estancia en Evora repetí a diario esta visita, deteniéndome en ella el mismo tiempo; gracias a este plan, creo que hablé, por lo menos, con unos doscientos portugueses acerca de asuntos tocantes a su salvación eterna. Descubrí que muy pocos de aquellos a quienes hablé habían recibido educación literaria, ninguno había leído la Biblia, no más de media docena tenían una ligerísima noticia de lo que son los libros santos. Casi todos eran fanáticos papistas y miguelistas de corazón. Por tanto, cuando me decían que eran cristianos, negábales yo la posibilidad de que lo fueran, pues ignoraban a Cristo y sus mandamientos, y ponían la esperanza de su salvación en reglas externas y prácticas supersticiosas inventadas por Satanás para mantenerlos en tinieblas y que al cabo cayesen en el abismo que les tenía preparado. Díjeles muchas veces que el Papa, a quien reverenciaban, era un insigne impostor y el principal ministro de Satanás en la tierra, y que los frailes y monjes, cuya ausencia lamentaban, a quienes estaban acostumbrados a confesar sus pecados, eran agentes subalternos suyos. Cuando me pedían pruebas, aducía invariablemente la ignorancia de mis oyentes respecto de las Escrituras, y decía que si sus guías espirituales hubiesen realmente sido ministros del Señor, no hubieran dejado a sus rebaños ignorar su palabra.

Desde entonces acá, me ha sorprendido muchas veces el no recibir insultos ni malos tratos de la gente cuya superstición atacaba yo de ese modo; en verdad, nada malo me sucedió, y me inclino a creer que la

extremada audacia que yo desplegaba, confiado en la protección del Todopoderoso, puede haber sido la causa de ello. Lo mejor frente al peligro es mirarlo cara a cara, y así generalmente se desvanece como las nieblas de la mañana a la luz del sol; mientras que, desanimándose, el peligro se hace de fijo mayor. Abrigo la viva esperanza de que mis palabras llegaron muy adentro en el corazón de algunos de mis oyentes, porque vi a muchos de ellos marcharse abstraídos y pensativos. En ocasiones repartía entre estas gentes algunos folletos, pues aunque fuesen incapaces de sacar de ellos personalmente gran provecho, pensé que servirían de instrumento para que en lo futuro cayeran en otras manos y alguien los utilizara para su salvación. ¡Cuánto libro abandonado a las olas aborda a remotas playas, y allí sirve de bendición y consuelo a millones de gentes que ignoran su procedencia!

Al siguiente día, viernes, fuí a visitar en su casa a mi amigo don Jerónimo Azveto. No le encontré, pero me dijeron que le buscase en la Seo, o palacio episcopal, en uno de cuyos aposentos le hallé, en efecto, escribiendo con otro señor, a quien me presentó; era el gobernador de Evora, que me recibió con toda bondad y cortesía. Después de hablar un rato salimos juntos a visitar un edificio antiguo, del que se decía que en tiempos pasados fué templo de Diana. Parte de él era evidentemente de construcción romana; no había lugar a error ante las bellas y elegantes columnas que sostenían la cúpula, bajo la que probablemente se cumplían sacrificios a la divinidad más poética y atrayente de los gentiles; pero los antiguos intercolumnios habían sido macizados en tiempos modernos, y el resto del edificio parecía ser de fines de la Edad Media. Estaba situado en un extremo de la antigua casa de la Inquisición, y fué residencia del obispo

antes de construirse la Seo actual.

Dentro de la Seo, donde vive ahora el gobernador, hay una magnífica biblioteca, que ocupa una inmensa pieza abovedada, como la nave de una catedral; en un aposento contiguo hay una colección de cuadros de autores portugueses, principalmente retratos, entre los que se halla el de don Sebastián. Quiero creer que el pintor no le hizo justicia, porque le representó en figura de un tosco mancebo como de diez y ocho años, abotagado y bobo, con ojos saltones, y una golilla en torno del cuello corto y apoplético.

Me enseñaron varios misales con bellas miniaturas, y otros manuscritos, uno de cuales atrajo sobre todo mi atención, por motivos que se adivinan con sólo decir que su título era:

> *«Forma sive ordinatio Capelle ilustrissimi et xianissimi principis Henrici Sexti Regis Anglie et Francie am dm Hibernie descripta serenissio principi Alfonso Regi Portugalie illustri per humilen servitoren sm Willm. Sav. Decanu capelle supradicte.»*

¡Me pareció oír la voz de mi amada tierra natal en los tiempos pasados! La biblioteca y la colección de cuadros las formó uno de los últimos obispos, varón muy ilustrado y piadoso.

Por la noche cené con don Jerónimo y su hermano; éste nos dejó en seguida para cumplir sus deberes de militar. Mi amigo y yo hablamos con detenimiento de cosas importantes. Empezó lamentándose de la ignorancia en que estaban sumidos sus conterráneos, y me dijo que tanto él como su amigo el gobernador se proponían establecer un colegio en aquellos contornos, habiéndose dirigido al Gobierno en demanda de autorización para utilizar un convento vacío, llamado el *Espinheiro*, o el

espino, distante una legua de allí, y esperaban ver aceptada su propuesta. Ya le había yo dicho a don Jerónimo mi calidad y mis propósitos; y al manifestarle ahora mi contento por los planes que abrigaba, le rogué con las más vivas instancias que usase de su valimiento para que la educación dada a los muchachos tuviera por base el conocimiento de las Escrituras, y añadí que la mitad de las Biblias y Testamentos llevados por mí a Evora la ponía gustoso a su disposición. Al instante me tendió la mano, y aceptó mi oferta con gran placer, prometiéndose hacer cuanto pudiera en pro de mis intenciones, también suyas en muchos respectos. Entonces añadí que yo no había ido a Portugal con la idea de propagar los dogmas de una secta particular, sino con la esperanza de difundir la Biblia, manantial de cuanto es útil y conducente al bien de la sociedad; que no me importaba lo que la gente profesara, con tal que tuviese por guía la Biblia, porque allí donde se leen las Escrituras, ni la superchería clerical ni la tiranía duran mucho; aduje como ejemplo mi propio país, cuya libertad y prosperidad se deben a la Biblia, y donde cabalmente el último perseguidor del libro, la sanguinaria e infame María Tudor, fué también el último tirano que se sentó en el trono. Me separé de mi amigo ya muy entrada la noche, y a la mañana siguiente le envié los libros, en la firme y confiada esperanza de que una aurora radiante y gloriosa iba a disipar las lúgubres sombras de la noche que durante tanto tiempo habían envuelto al Alemtejo.

Al siguiente día de este interesante suceso, sábado, hablé de nuevo con el hombre de Palmella. Le pregunté si nunca en sus viajes le habían atacado los ladrones; me respondió que no, pues, en general, viajaba acompañado. «Sin embargo—añadió—cuando viajo solo tampoco tengo miedo, porque voy bien protegido.» Supuse que llevaría buenas armas, y así se lo dije.

«No más arma que esta»—repuso, mostrándome uno de esos enormes cuchillos de manufactura inglesa, de que suelen estar provistos los campesinos portugueses. Esos cuchillos se emplean para muchos usos, y me parecen un arma bastante más eficaz que el puñal. «Pero no es este cuchillo—continuó el hombre—lo que me da más confianza.» «¿Pues qué es?» «Esto—contestó, y extrajo del seno un escapulario que llevaba colgado del cuello con un cordón de seda—. Aquí llevo una *oraçam*, o plegaria, escrita por una persona de virtud, y mientras no se aparte de mí no me ocurrirá nada.» Como la curiosidad es el principal rasgo de mi carácter, dije al momento al hombre aquel, con gran calor, que si me dejaba leer la oración me proporcionaría un placer vivísimo. «Bueno—contestó—; somos amigos, y voy a hacer por usted lo que haría por muy pocos.» Me pidió el cortaplumas, y sin descoser el envoltorio sacó un pedazo de papel, bastante grande, cuidadosamente ajustado a él. Corrí a mi aposento para examinarlo. Estaba escrito con garrapatos casi ilegibles, y tan manchado de sudor, que me costó mucho trabajo descifrar su contenido; al cabo conseguí hacer la siguiente transcripción literal del conjuro, escrito en mal portugués, pero que me impresionó en aquella ocasión, por tratarse de la composición más extraordinaria que había visto:

El conjuro.—«Justo juez y divino Hijo de la Virgen María, que naciste en Belén, Nazareno, y fuiste crucificado entre la muchedumbre de los judíos, te suplico, Señor, por tu sexto día, que mi cuerpo no sea preso por la justicia ni reciba de sus manos la muerte, la paz sea con nosotros, la paz de Cristo, venga a mí la paz, la paz sea con nosotros, dijo Dios a sus discípulos. Si la maldita justicia recela de mí, o pone en mí sus ojos, para apoderarse de mí o

robarme, que sus ojos no puedan verme, que su boca no pueda hablarme, que sus oídos no puedan oírme, que sus manos no puedan agarrarme, que sus pies no puedan seguirme; de suerte que, armado con las armas de San Jorge, cubierto con el manto de Abraham y embarcado en el arca de Noé, no puedan verme, ni oírme, ni verter la sangre de mi cuerpo. Te conjuro, además, Señor, por aquellas tres benditas cruces, por aquellos tres benditos cálices, por aquellos tres benditos sacerdotes, por aquellas tres hostias consagradas, que me des aquella dulce compañía que diste a la Virgen María desde las puertas de Belén a los portales de Jerusalem, para que pueda yo ir y venir alegre y gustoso con Jesucristo, el Hijo de la Virgen María, madre, y, sin embargo, siempre virgen.»

La posadera y su hija llevaban pendientes del cuello otros escapularios con amuletos semejantes, para librarse, según decían, de todo maleficio. La creencia en la brujería está muy extendida entre los campesinos del Alemtejo, y creo que entre todos los de Portugal. Esta es una de las reliquias del régimen frailuno, que en todos los países donde ha existido parece haberse propuesto embotar el entendimiento del pueblo para extraviarlo con más facilidad. Todos esos amuletos estaban confeccionados por frailes, que se los vendían a sus entontecidos penitentes.

Los monjes de las iglesias griega y siria trafican también con estas cosas, aun sabiendo que son nocivas, y anteponen ese comercio a la difusión del saludable bálsamo del Evangelio, porque de aquél sacan muy buenas ganancias y mantienen así el engaño que les permite vivir regaladamente.

La mañana del domingo fué muy hermosa, y la explanada que hay delante del convento de San Francisco se llenó de gente que iba a misa o volvía de oírla. Cumplidas mis devociones matinales me desayuné, y bajé a la cocina; una muchacha llamada Gerónima estaba sentada al amor de la lumbre. Le pregunté si había oído misa, y me respondió que ni la había oído ni pensaba oírla. Inquirí el motivo y replicó que desde la expulsión de los frailes de sus iglesias y conventos, había dejado de oír misa y de confesarse, porque los curas no tenían en tal ministerio poder espiritual, y, por tanto, se abstenía de ir a molestarlos. Dijo que los frailes eran unos santos varones, muy caritativos, que a diario daban de comer en el convento de enfrente a cuarenta pobres con las sobras de la comida del día anterior, y ahora a esa gente se la dejaba morirse de hambre. Contesté que como vivían de la enjundia de la tierra, bien podían permitirse los frailes arrojar unos pocos huesos a sus pobres, haciéndolo así por política, con la esperanza de ganar amigos para los casos de apuro. La muchacha me dijo después que, como domingo, tal vez desearía yo entretenerme viendo algún libro, y sin esperar respuesta me trajo unos cuantos. Eran en su mayoría narraciones populares de vidas y milagros de santos, pero entre ellos había una traducción del libro de Volney, *Las ruinas*. Pregunté cómo había adquirido tal obra. Díjome que un joven, ardiente constitucionalista, se la había dado unos meses antes, con muchas instancias para que la leyese, ponderándosela como uno de los mejores libros del mundo. Repuse que el autor, enviado de Satán, enemigo de Jesucristo y del alma humana, había escrito la obra con el único propósito de mofarse de la religión y de inculcar la doctrina de que no hay vida futura ni premio para el virtuoso ni castigo para el malo. La muchacha, sin responder palabra, se fué a otro

aposento, del que volvió con el delantal lleno de astillas y otra leña menuda, volcándola en la lumbre, que levantó viva llama. Entonces, tomando de mis manos el libro, lo echó en la hoguera, se sentó, sacó del bolsillo un rosario y estuvo rezando hasta que el volumen quedó consumido. Fué esto un auto de fe en el mejor sentido de la palabra.

El lunes y el martes hice mis acostumbradas visitas a la fuente, y también recorrí los alrededores, montado en una mula, para repartir folletos. Dejé caer una buena porción de ellos en los paseos preferidos por la gente de Evora, porque era dudoso que los aceptaran si yo se los ofrecía en propia mano, mientras que si los veían tirados por el suelo, pensaba yo que la curiosidad acaso los indujera a cogerlos y leerlos.

En la tarde del martes fuí a despedirme de mi amigo Azveto, pues mi intención era salir de Evora el jueves siguiente y regresar a Lisboa; con esta mira alquilé una calesa, cuyo dueño me dijo que había servido como soldado en la *grand'armée* de Napoleón y asistido a la campaña de Rusia. Tenía toda la estampa de un borracho. Su rostro era carbuncoso, y su aliento apestaba a aguardiente. Muchos deseos tenía de hablar conmigo en francés, enorgulleciéndose de poseer ese idioma; pero yo rehusé, y le dije que me hablase en la lengua del país o no cruzaría la palabra con él.

El miércoles empeoró el tiempo y, a ratos, llovió. Al bajar a la cocina me encontré con que mi amigo el de Palmella se había marchado; pero habían llegado varios *contrabandistas* de España. Casi todos eran muy apuestos, y, a diferencia de los dos que vi la semana anterior, locuaces y expansivos; sólo hablaban su lengua natal y parecían sentir gran desprecio por el portugués. La magnífica entonación del español resonaba muy ventajosamente junto al dialecto chillón de Portugal. Pronto trabé con ellos un grave coloquio, y

descubrí con alegría que todos sabían leer. Ofrecí al más viejo, hombre de unos cincuenta años de edad, un folleto en español, y después de examinarlo un rato con mucha atención, se alzó de su asiento y, poniéndose en medio del cuarto, comenzó a leer en alta voz, despacio y con gran énfasis. Sus compañeros le rodearon, y de vez en cuando manifestaban su conformidad con lo que oían. En ocasiones, el lector acudía a mí en demanda de explicación de algún pasaje que no entendía bien, por referirse a determinados textos de la Escritura, ya que ninguno de la cuadrilla había visto nunca el Antiguo ni el Nuevo Testamento. Continuó leyendo más de una hora, hasta acabar el folleto; al concluir, todos clamaron por otros parecidos, y se los di con mucho gusto.

Casi todos aquellos hombres hablaban del clericalismo y del régimen frailuno con odio profundo, hasta preferir la muerte a someterse de nuevo al yugo que había oprimido sus cuellos. Híceles muchas preguntas acerca de la opinión de sus parientes y amigos sobre ese punto, y me aseguraron que en la parte de la frontera española frecuentada por ellos, todos eran de la misma opinión, importándoles tan poco el Papa y sus frailes como don Carlos, porque éste era un *chicotito* y un tirano, y los otros, ladrones y salteadores. Díjeles que no debían confundir la religión con la superstición clerical, ni olvidar por odio a ésta que hay un Dios y un Cristo en quien hemos de buscar nuestra salvación, y cuya palabra estaban obligados a meditar en todo momento; expresáronse, al oírme, como muy devotos creyentes en Cristo y en la Virgen.

Estos hombres eran, en muchos respectos, más ilustrados que los campesinos del contorno, pero en otros se hallaban en iguales tinieblas; creían en brujerías y en el poder de hechizos y ensalmos. La noche fué muy

borrascosa. A eso de las nueve oímos un galope que se acercaba, y a poco llamaron a la puerta; abrieron, y se precipitó en la cocina, todo azorado, un hombre montado en un jumento; llevaba una raída chaqueta de piel de carnero de las llamadas en español *zamarras*, con calzones de lo mismo; desde las rodillas para abajo tenía las piernas desnudas. Alrededor del *sombrero* llevaba atada una gran cantidad de la hierba llamada en inglés *rosemary*, *romero* en español, y en portugués rústico *alecrim*, palabra de origen escandinavo (*ellegren*), que significa planta mágica, llevada probablemente al Sur por los vándalos. El recién llegado parecía loco de terror, y contó que las brujas le habían venido persiguiendo y revoloteando en torno de su cabeza desde hacia dos leguas. Aquel hombre traía de la frontera de España harina y otros artículos; dijo que su mujer venía tras él y estaba a punto de llegar. Llegó, en efecto, un cuarto de hora después, chorreando agua y montada también en un borrico. Pregunté a mis amigos los *contrabandistas* qué significaba el romero, y me dijeron que era bueno contra las brujas y las desventuras del camino. No me entretuve en combatir esta superstición, porque la calesa iría a buscarme a las cinco de la mañana y deseaba yo aprovechar el poco tiempo que podía consagrar el sueño.

* * *

Capítulo IV

Dilaciones molestas.— El cochero borracho.— Una mula muerta.— Lamentación.— Aventura en un descampado.— El miedo a la oscuridad.— Un fidalgo portugués.— La escolta.— Regreso a Lisboa.

Me levanté a las cuatro, y después de tomar un refrigerio, bajé a la cocina, donde vi al hombre que me había llamado la atención la víspera y a su mujer, durmiendo al amor de la lumbre aún encendida. Se despertaron en seguida y comenzaron a preparar su desayuno, consistente en *sardinhas* saladas, asadas en el rescoldo. Al mismo tiempo, la mujer cantaba trozos de una bella canción, muy conocida en España, que comienza así:

En Belén tocan a fuego;
Del portal salen las llamas,
Porque dicen que ha nacido
El Redentor de las almas.

Al saber que me marchaba, la mujer me dijo: «Voy a darle a usted un poco de romero del de mi marido, para que le ampare contra los peligros y le libre de cualquier mal suceso.» Tuve la debilidad de permitir que me pusiera unas ramitas en el sombrero; estando en esto llegó el calesero con las mulas, dije adiós a mi servicial posadera, y subí al carruaje con mi criado.

Entonces puse atención en las mulas que nos llevaban; nunca había visto otras tan buenas como aquéllas; la de más alzada tendría poco menos de diez y seis palmos. El calesero las quería, según nos dijo en detestable francés, más que a su propia mujer y a sus hijos. Doblamos la esquina del convento y seguimos calle abajo hacia la puerta del Suroeste. El cochero hizo alto delante del portal de una casona, y se apeó diciendo que por ser aún muy temprano, no se atrevía a continuar, pues si los ladrones residentes en la ciudad estaban sobre aviso, nos robarían, probablemente, y a él le matarían, pero que los moradores de aquella casa iban a salir para Lisboa un cuarto de hora más tarde, y esperándolos podíamos aprovechar su escolta de soldados y ponernos al abrigo de todo peligro. Respondí que yo no tenía miedo, y le mandé seguir, pero se negó, y, dejándonos en la calle, fuése. Una hora llevábamos esperando, cuando llegaron dos carruajes a la puerta de la casa; pero como la familia no estaba, al parecer dispuesta todavía, el cochero se apeó también y se fué. Pasó otra media hora; al fin salió la familia. Colocados los equipajes, preguntaron por el cochero, que no parecía por parte alguna. Le buscaron, pero en vano más de otra hora pasó antes de encontrar un sustituto. La escolta tampoco había comparecido, y fué preciso enviar por dos veces un criado al cuartel en busca de los soldados. Al fin, todo se arregló, y la familia se puso en marcha.

En todo ese tiempo no habíamos vuelto a ver a nuestro cochero, y ya estaba yo harto convencido de que nos había abandonado definitivamente, cuando, pasados unos minutos más, le vi venir tambaleándose calle arriba, borracho, y empeñado en cantar la Marsellesa. Sin decirle nada, me puse a observarlo. Estuvo un rato mirando fijamente a las mulas y mascullando

disparates inconexos en francés. Al cabo, dijo: «No estoy tan borracho que no pueda guiar»; y tomando a las mulas por el ramal, echó a andar hacia la puerta. En cuanto salimos de la ciudad intentó repetidas veces, sin conseguirlo, montar en la mula más pequeña, que iba ensillada; al fin se salió con la suya, y en el acto emprendimos, camino abajo, una carrera desenfrenada. Llegamos a un sitio donde arrancaba un carril angosto y pedregoso; echando por él, nos ahorrábamos el rodeo que, en otro caso. habríamos de dar en torno de los muros de la ciudad antes de salir al camino de Lisboa, que cae al Noreste. El cochero dijo: «Voy a tomar el carril, y en un minuto alcanzaremos a esa familia»; y en él entramos, efectivamente. Apenas tenía anchura bastante para dar paso al carruaje, y era, además, muy escarpado y quebrado; avanzamos subiendo y bajando, con mucho crujir de ruedas y unas sacudidas tan violentas, que corríamos peligro de vernos lanzados como por una honda. Comprendí que de continuar en el coche, se haría pedazos con nuestro peso, y dirigiéndome al cochero en portugués, le mandé parar; pero el hombre fustigó y espoleó a las mulas con más brío. Entonces, mi criado me suplicó por el amor de Dios que le hablase en francés, pues si algo podía apaciguarle, era eso. Seguí el consejo, y le rogué que nos permitiese apearnos y andar hasta la salida del sitio peligroso. El resultado confirmó las previsiones de Antonio. El cochero paró instantáneamente y dijo: «Señor, usted es el amo; no tiene usted más que mandar y yo obedeceré.» Nos apeamos y fuimos andando hasta la carretera, donde volvimos a montar.

Apenas ocupamos nuestros asientos, el cochero lanzó las mulas a galope tendido, con idea de alcanzar a la familia, que nos llevaba como un cuarto de milla de ventaja. La capa se le escurrió de los hombros, y al

querer ponérsela de nuevo, soltó el ramal con que guiaba a la mula más alta; la cuerda se le enredó en las patas al pobre animal, que cayó pesadamente de cabeza al suelo; después de patalear un poco, la mula quedó tendida cuan larga era, atravesada en el camino, con las varas del carruaje sobre las costillas. Yo salí despedido contra el lodo, y el borracho del cochero cayó sobre el cuerpo de la mula muerta.

El suceso me enfureció, y comencé a gritar: «¡Borracho! ¡Renegado! Que hasta te avergüenzas de hablar la lengua de tu país; ahora que has destruído el sostén de tu vida, ya puedes morirte de hambre.» «*Paciencia*», me contestó, y empezó a dar patadas a la mula en la cabeza, para hacerla levantar; de un empellón le aparté de allí, y tomando la navaja que se le había caído del bolsillo, corté los tiros del carruaje, pero la vida había volado, y el velo de la muerte empañaba ya los ojos de la mula.

El individuo aquel, en el atolondramiento de la borrachera, pareció al pronto dispuesto a despreciar tal pérdida, diciendo: «Se ha matado la mula; esa era la voluntad de Dios. ¿Qué le voy a hacer? *Paciencia.*» Al mismo tiempo envié a Antonio a la ciudad para que alquilase otras mulas, y después de descargar mis maletas del carruaje, esperé al borde del camino su regreso.

Los vapores del alcohol comenzaron a disiparse en el cerebro del cochero; entonces, cruzando las manos, exclamó: «Virgen bendita, ¿qué va a ser de mí? ¿Cómo voy a ganarme la vida? ¿Dónde podré hacerme con otra mula? Mi mula, mi mejor mula, se ha matado; se ha caído al suelo y se ha muerto de repente. He visto muchos animales en los países donde he vivido, pero una mula como ésta, no la he visto nunca; ¡y se ha matado! ¡Mi mula se ha matado! Se ha caído y se ha muerto de repente.» En este

tono continuó durante mucho rato, y sus lamentaciones tenían siempre el mismo estribillo: «Mi mula se ha matado; se ha caído y se ha muerto de repente.» Al cabo, quitó la collera a la mula muerta y se la puso a la otra, metiéndola con algún trabajo en varas.

Un muchacho de unos trece años, muy guapo, llegó de la ciudad corriendo como una liebre; se detuvo ante la mula muerta, y rompió a llorar. Era hijo del cochero, y sabía por Antonio lo sucedido. Aquello era demasiado para el pobre hombre; acudió a su hijo, diciéndole: «No llores. Nos hemos quedado sin pan; pero Dios lo ha querido. ¡La mula se ha matado!» Se dejó caer después al suelo, lanzando lastimeras quejas: «Yo hubiera sobrellevado esta pérdida—decía—pero el ver llorar a mi hijo, me vuelve loco.» Le socorrí con algún dinero, y le dije algunas palabras de consuelo. Le aseguré que si dejaba la bebida, era indudable que Dios se apiadaría de él y le remediaría. Por fin se tranquilizó un poco, y después de colocar las maletas en el coche, volvimos a la ciudad, donde aguardaban nuestra llegada a la posada dos excelentes mulas de paso. No vi a la española, y por eso no pude decirle de cuán poco me había servido el romero en aquel caso.

Algunos borrachos he conocido en Portugal, pero, sin excepción, eran individuos que, después de viajar fuera de su tierra, como aquel cochero, regresaban llenos de desprecio hacia su patria y manchados con los peores vicios de los países donde habían vivido. A mis compatriotas que por acaso lean estas líneas, les recomiendo vivamente que si su destino los lleva a España o Portugal, no tomen a su servicio ni traten individuos de las clases bajas que hablen otra lengua que la suya materna, porque muy probablemente serán bandidos desalmados o borrachos. Invariablemente,

estas gentes dicen de su país natal todo el mal posible; y yo tengo la opinión, fundada en la experiencia, de que un individuo capaz de tal bajeza, no vacilará en cometer cualquier villanía, porque después del amor a Dios, el amor a la patria es el mejor preservativo contra el crimen. Quien se enorgullece de su patria, tiene especial cuidado en no hacer cosa que pueda deshonrarla.

Tomamos el camino de Lisboa, y llegamos a Monte Moro a eso de las dos. Comimos allí lo que permitían los recursos del lugar, y proseguimos el viaje hasta llegar a un cuarto de legua de las chozas enclavadas en la linde del despoblado que habíamos cruzado a la ida. Allí nos alcanzó un jinete; era un hombre robusto, de mediana estatura, y montaba un buen caballo español. Llevaba puesto un *sombrero* de alas anchas y caídas, jubón de paño azul, con botonadura de tachones de plata y broches del mismo metal, calzón de cuero amarillo y botas fuertes; de la silla llevaba colgado un trabuco. Me preguntó si pensábamos pernoctar en Vendas Novas, y al contestarle que sí, manifestó deseos de seguir en nuestra compañía. Miró luego al sol, que ya se hundía rápidamente en el horizonte, y nos rogó que avivásemos para aprovechar la luz todo lo posible, porque el páramo era lugar temeroso en la oscuridad. Se puso a la cabeza de todos, y salimos al trote largo; el mozo o arriero que nos acompañaba venía detrás corriendo, sin dar la menor señal de fatiga.

Entramos en el páramo, y apenas habíamos avanzado una milla, la noche cerró por completo. Ibamos por un sendero bordeado de altas malezas, cuando el jinete me rogó que pasase yo delante, y él me seguiría, porque era incapaz de afrontar la oscuridad. Le pregunté el motivo de su temor, y me respondió que en otro tiempo no le causaban miedo alguno

las tinieblas, pero que desde hacía unos años temíalas mucho, sobre todo en lugares inhabitados. Accedí a sus deseos, pero como desconocía el camino y apenas me veía los dedos de la mano, nos perdíamos a cada paso; impacientábase el hombre, y acabó por colocarse de nuevo a nuestra cabeza. Anduvimos así un buen trecho y otra vez se detuvo el miedoso, diciendo que no podía resistir el influjo de las tinieblas; temblábanle las patas al caballo, contagiado, al parecer, del terror de su amo. Le aconsejé que invocara el nombre de Jesús Nuestro Señor, capaz de transformar la noche en día; al oírme, lanzó un terrible alarido, y enarbolando el trabuco, lo disparó al aire. El caballo arrancó a todo correr, y mi mula, una de las más ligeras de su casta, se espantó y salió disparada, pisándole los cascos al caballo. Antonio y el mozo se quedaron muy atrás. Corríamos como un torbellino, iluminándose el sendero con las chispas arrancadas a las piedras por las herraduras de los animales. Yo no sabía adónde íbamos; pero las cabalgaduras conocían el camino, y en poco tiempo nos pusieron en Vendas Novas, donde nuestros compañeros nos alcanzaron.

Me pareció que el hombre aquel era un cobarde; opinión injusta, porque durante el día era valiente como un león, y nada temía. Unos cinco años antes le habían atacado dos ladrones en el páramo, y a entrambos dominó, los ató, y los entregó a la justicia. Pero de noche, el rumor de una hoja le aterrorizaba. He conocido casos análogos en personas de extraordinaria valentía. En cuanto a mí, confieso que no soy hombre de un valor inusitado, pero los peligros de la noche no me intimidan más que los que pueden sobrevenir en pleno día. El individuo de que he hablado era un labrador de Evora, persona de muy buena posición.

Encontré la posada de Vendas Novas llena de gente, y con alguna

dificultad obtuvimos alojamiento y cena. Ocupaba la posada la familia de cierto *fidalgo* de Estremoz, el cual iba a Lisboa custodiando una gran suma de dinero, según nos dijeron; probablemente, las rentas de sus estados. Llevaba una guardia de veinticuatro servidores, armados con sendos rifles; eran sus pastores, porqueros, vaqueros y cazadores, mandados por el hijo y el sobrino del *fidalgo*, ambos jóvenes, vestido el último de uniforme. A pesar de tan numerosa guardia, al *fidalgo* le apuraba mucho, al parecer, el temor de que le robasen en el descampado, entre Vendas Novas y Pegões, porque solicitó del oficial que mandaba la tropa destacada en este punto, una escolta de cuatro soldados. Había en el séquito del hidalgo varias mujeres, hijas ilegítimas suyas, según averigüé; el hombre era de costumbres depravadas y acérrimo partidario de Don Miguel. A poco de llegar, y cuando mi compañero de viaje y yo estábamos en la cocina, sentados a la lumbre, se nos acercó el hidalgo; podía tener unos sesenta años, y era de aventajada estatura, pero muy encorvado. Su rostro era bastante desagradable; tenía la nariz larga y ganchuda; los ojos, pequeños, penetrantes y vivos, y lo que menos me gustó en él fué su perpetua sonrisa burlona, signo seguro, a mi entender, de un corazón perverso y desleal. Me dirigió la palabra en español, idioma que el hidalgo hablaba con facilidad por residir no lejos de la frontera; pero, contra mi costumbre, me mantuve reservado y en silencio.

A la mañana siguiente me levanté a las siete, y hallé que la familia de Estremoz se había puesto en camino unas horas antes. Me desayuné con mi compañero de la noche pasada, y emprendimos la última jornada de aquel viaje. Como había salido el sol, sus miedos se desvanecieron; era capaz de habérselas con todos los ladrones del Alemtejo. Llevaríamos andada una

legua, cuando al mozo que nos acompañaba le pareció ver unas cabezas entre los matorrales. En el acto, nuestro jinete empuñó el trabuco, y obligando al caballo a dar dos o tres brincos, apuntó hacia el sitio indicado por el mozo; pero las cabezas no volvieron a aparecer, y todo fué, probablemente, una falsa alarma.

Reanudamos la marcha, y la conversación giró, como era de esperar, en torno de los ladrones. Mi compañero, que parecía conocer palmo a palmo el terreno por donde íbamos, tenía algo que contar acerca de cada vericueto, o de cada grupo de pinos que encontrábamos. Llegamos a una pequeña eminencia, en cuya cima crecían tres majestuosos pinos; como media legua más lejos había otra elevación semejante. Estas dos alturas dominaban una parte del camino de Pegões a Vendas Novas, en forma que desde ellas se columbraba a cuantos iban y venían entre estos dos puntos. Al decir de mi amigo, aquellas colinas eran puestos predilectos de los ladrones. Cómo dos años antes, una cuadrilla de seis bandidos a caballo estuvo allí tres días, y desvalijó a cuantos venían por ambos lados. Los caballos, con la silla y el freno puestos, estaban atados al tronco de los árboles, y dos centinelas, encaramados en las ramas más altas, daban el alerta al acercarse los viajeros. Cuando los veían a distancia conveniente, montaban de un salto en los caballos, y a galope tendido caían sobre su presa, gritando: *¡Réndete, pícaro! ¡Réndete, pícaro!* Nosotros pasamos sin tropiezo, y a eso de un cuarto de legua antes de Pegões, dimos alcance a la familia del *fidalgo*.

Si hubiesen llevado las riquezas de la India a través de los desiertos de Arabia, no habrían tomado mayores precauciones. El sobrino, sable en mano, cabalgaba a la cabeza, con pistolas en el arzón y el consabido trabuco

español pendiente de la silla. Marchaban tras él seis hombres en hilera, fusil al hombro, con sendas hachas pendientes de la faja, destinadas probablemente a tajar a los bandoleros hasta la cintura, en cuanto se aventurasen a luchar cuerpo a cuerpo. Seguían seis vehículos, dos de ellos calesas, en las que iban el *fidalgo* y sus hijas; los otros eran carros de toldo, y parecían cargados con el menaje casero. Cada vehículo llevaba a los lados un campesino armado, y el hijo del *fidalgo*, mancebo de diez y seis años, mandaba la retaguardia, de una fuerza igual a la vanguardia conducida por su primo. Los soldados, de caballería ligera, por fortuna, y muy bien montados, galopaban en todas direcciones alrededor del convoy, con objeto de descubrir al enemigo en su escondite, caso de estar emboscado en las cercanías.

No pude por menos de pensar, cuando di alcance a esta comitiva, en la imprudencia de tanto aparato bélico; pues si bien se proponía amedrentar a los ladrones, podía igualmente servir para atraerlos, advirtiéndoles del paso de inmensas riquezas por aquellos lugares. No sé cómo se habrían portado los soldados y los campesinos en caso de ataque, pero me inclino a creer que si tres hombres como Ricardo Turpin les hubiesen acometido súbitamente, saliendo al galope de entre los matorrales que cubren aquellas colinas, ni el número ni la resistencia de los defensores bastaran a impedir que los asaltantes se llevasen el contenido de las cajas que tintineaban en la grupa de los caballos.

Desde aquel momento, nada digno de mención nos sucedió hasta Aldea Gallega, donde pasamos la noche; a las tres de la mañana siguiente, tomamos la barca para Lisboa, y llegamos aquí a las ocho. Así terminó mi primera excursión por el Alemtejo.

* * *

Capítulo V

El colegio.— El rector.— La piedra de toque.— Prejuicios nacionales.— Deportes juveniles.— Los judíos de Lisboa.— Creencias corrompidas.— Crimen y superstición.

Una tarde me dijo Antonio: «Me parece, *Senhor*, que a su merced le gustaría ver el colegio de los... ingleses»[1]. «Lléveme allá, sin falta»—le contesté yo—. Condújome por varias calles, y nos detuvimos ante un edificio situado en uno de los puntos más altos de Lisboa. Llamamos, y un a modo de portero vino en seguida a preguntar lo que queríamos. Antonio se lo explicó. Vaciló un instante y nos mandó entrar, llevándonos a un lóbrego vestíbulo de piedra, donde nos dejó después de invitarnos a tomar asiento. De allí a poco salió un personaje venerable, como de setenta años de edad, vestido con una ropa flotante a manera de sobrepelliz, y tocado con la gorra colegial. A pesar de sus años, había en las facciones de aquel hombre un tenue matiz rojizo, característico del inglés. Se acercó a nosotros lentamente y en nuestro idioma me preguntó en qué podía servirme. Díjele que, como viajero inglés, tendría un placer muy vivo en visitar el colegio, si era costumbre enseñárselo a los extraños. No opuso inconveniente alguno a mis deseos, pero me declaró que no llegaba en muy

buena ocasión, por ser la hora de la comida. Me excusé, y al querer retirarme, el anciano me rogó que aguardara unos minutos, hasta que, terminada la comida, los directores del colegio pudieran tener el gusto de acompañarme.

Nos sentamos en el poyo de piedra, y después de examinarme atentamente un poco de tiempo, el anciano clavó los ojos en Antonio. «¿Qué es lo que veo?—dijo al fin—. Tengo la seguridad de que esa cara no me es desconocida.» «Así es, reverendo padre»—contestó Antonio levantándose y haciendo una profunda reverencia—. «Yo servía en casa de la condesa de..., en Cintra, cuando vuestra reverencia era su director espiritual.» «Cierto, cierto—dijo el anciano varón, suspirando—. Ahora le recuerdo a usted perfectamente. ¡Ah! Las cosas han cambiado mucho desde entonces, Antonio; nuevo gobierno, nuevo sistema, y podría decir nueva religión.» Entonces, mirándome de nuevo, me preguntó adónde era mi viaje. «Voy a España—le dije—, y de paso me he detenido en Lisboa.» «¡España, España!—exclamó el viejo—. Ciertamente, ha escogido usted una ocasión singular para ir a España, habiendo como hay allí ahora guerras enconadas, alborotos y efusión de sangre.» «Me parece que la causa de don Carlos está ya vencida—contesté—; ha perdido el único general capaz de llevar sus huestes a Madrid. Zumalacárregui, que era su Cid, ha muerto.» «No se forje usted ilusiones. Con perdón de usted, joven, creo que el Señor no permitirá que triunfe tan fácilmente el poder de las tinieblas. La causa de don Carlos no está vencida. Su triunfo no depende de la vida de un frágil gusano como el que acaba usted de nombrar». Departimos así un breve rato y luego se levantó, diciendo que ya debía de haber concluído la comida.

Aún no hacía cinco minutos que nos había dejado solos, cuando entraron en el vestíbulo tres individuos que se me acercaron pausadamente.—Estos son los directores del colegio, dije entre mí; y lo eran, en efecto. El primero de aquellos varones, a quien los otros dos trataban con notable deferencia, era delgado y seco, de estatura más que regular, muy pálido de tez, las facciones demacradas, pero bellas, y de ojos oscuros y chispeantes; podía tener unos cincuenta años. Sus dos compañeros estaban en plena juventud. El uno, más bien bajo, tenía en su sombrío semblante aquella expresión dolorida tan frecuente en los [católicos] ingleses; el otro era un mocetón coloradote, con cara de buena persona. Los tres llevaban el birrete peculiar del colegio y sotanas de seda. El de más edad se acercó a mí, y tomándome la mano me dirigió, con voz clara y de timbre argentino, las siguientes razones:

—Bien venido seáis, señor, a nuestra pobre casa. Siempre nos alegra mucho recibir en ella a los compatriotas que vienen de nuestro amado país natal. En verdad, este contento se aminora mucho al considerar que aquí nada hay digno de la atención del viajero; nada notable hay en esta casa, salvo, quizás, su organización: yo iré explicándosela a usted en el curso de nuestra visita. Pero ante todo, permítanos usted que nos presentemos nosotros mismos; yo soy el rector de este humilde asilo inglés; este señor es nuestro profesor de humanidades, y éste (señalando al mocetón), es nuestro profesor de lenguas sabias, hebreo y siriaco.

Yo.—Saludo a todos ustedes humildemente, y les ruego me excusen si me permito preguntar quién era aquel venerable señor que se ha tomado la molestia de acompañarme hasta que ustedes han tenido comodidad para venir.

El rector.—¡Oh! Es nuestro limosnero, nuestro capellán; persona digna de la mayor admiración. Vino a este país antes de nacer ninguno de nosotros, y aquí ha estado siempre desde entonces. Ahora, subamos, si gustáis, a visitar nuestra pobre casa. Pero, querido señor, ¿por qué permanece usted descubierto en este vestíbulo, tan frío y tan húmedo?

Yo.—La explicación es muy fácil; se trata de una costumbre ya muy arraigada. Acabo de llegar de Rusia, donde he estado algunos años. Los rusos se quitan el sombrero indefectiblemente cuando entran bajo techado, ya sea en una choza, en una tienda o en un palacio. No hacerlo así, parecería grosería o barbarie; la razón es que en cada aposento de las casas rusas hay un cuadrito de la Virgen colgado en un rincón, muy cerca del techo, y en prueba de respeto, los que entran se quitan el sombrero.

Los tres señores cambiaron rápidas ojeadas de inteligencia. Había tropezado en su Shibbolet, y descubrían en mí un Ephraimita, no un hijo de Galaad[2]. Sin duda, hasta aquel momento me habían tenido por uno de los suyos, miembro, y acaso sacerdote, de su antigua, grandiosa e imponente religión. Era muy natural su error, lo confieso. ¿Qué motivos podía tener un protestante para entrometerse en aquel retiro? ¿Qué interés podía moverle a conocer la organización de la casa? Sin embargo, lejos de disminuir sus atenciones para conmigo después de tal descubrimiento, aquellos señores aumentaron visiblemente su cortesía, si bien un observador escrupuloso hubiera quizás percibido una leve sombra en la cordialidad de sus maneras.

El rector.—¿Debajo del techo en cada aposento? Creo que es eso lo que ha dicho usted. Es, en verdad, muy agradable e interesante: un cuadro de la «santa» Virgen en cada aposento. La noticia es tan inesperada como

agradable. Desde este momento tendré de los rusos una opinión mucho más elevada que hasta aquí. Es un ejemplo muy digno de imitación. Quisiera sinceramente que también nosotros tuviéramos la costumbre de poner una «imagen» de la «santa» Virgen en cada rincón de nuestras casas, cerca del techo. ¿Qué decís a esto, señor profesor de humanidades, qué decís de la noticia que con tanta amabilidad nos ha dado este excelente caballero?

El profesor de humanidades.—Digo que es placentera y de grandísimo consuelo; pero declaro que no me coge enteramente desprevenido. La adoración de la Santa Virgen se extiende cada día más por países donde estaba olvidada o era hasta aquí desconocida. El doctor W..., cuando pasó por Lisboa, me dió algunos detalles interesantísimos respecto de los trabajos de la propaganda en la India. Hasta Inglaterra, nuestra amada patria...

Mis corteses amigos me enseñaron toda su «pobre casa». Cierto, no parecía ser muy rica; espaciosa, sí, pero casi en ruinas. La biblioteca era pequeña y no poseía nada notable. Desde las azoteas se descubría un vasto y hermoso panorama del Tajo y de la mayor parte de Lisboa. Pero yo no había ido buscando a tal lugar obras de arte, ni libros raros, ni hermosas vistas; visité aquella singular y antigua mansión para conversar con sus habitantes, porque mi estudio favorito, y podría decir único, es el hombre. Aquellos señores resultaron bastante parecidos a como yo me los figuraba, pues no era la primera vez que visitaba un establecimiento [católico] inglés en tierra extraña. Llenos de amabilidad y cortesía recibieron al compatriota hereje y aunque el adelanto de su propia religión era para ellos un objeto de primordial importancia, no tardé en observar que, con una inconsecuencia

bastante divertida, conservaban en grado portentoso algunos prejuicios nacionales casi extinguidos ya en la madre patria, y movidos por ellos llegaban a censurar y desdorar a sus mismos correligionarios. Hablé de los [católicos] ingleses, de su elevada respetabilidad, y de la lealtad que uniformemente han guardado a sus soberanos, aunque de religión diferente y no obstante haber sufrido no pocas persecuciones e injusticias.

El Rector.—Me regocija mucho oírle a usted hablar así, carísimo señor; veo que conoce usted bien al venerable gremio de mis correligionarios ingleses; cierto: nunca faltaron a la lealtad, y aunque les achacaron conjuraciones y complots, de sobra se sabe ya que todo eso eran calumnias inventadas por enemigos de su religión. Durante las guerras civiles los [católicos] ingleses vertieron de buen grado su sangre y prodigaron sus riquezas por la causa del mártir infeliz, aunque éste no los favoreció nunca y los miró siempre con desconfianza. Actualmente, los [católicos] ingleses son los súbditos más fieles de nuestro gracioso soberano. Mucho me contentaría poder decir otro tanto de nuestros hermanos irlandeses; pero su conducta ha sido detestable. Realmente, ¿podía esperarse otra cosa? Los verdaderos [católicos] se avergüenzan de ellos. Hay entre los irlandeses algunas personas que son el oprobio de la iglesia que pretenden servir. ¿De dónde sacan que nuestros cánones aprueben su proceder, ni sus inconsideradas expresiones respecto de quien es su soberano por derecho divino y no puede errar? Y, sobre todo, ¿en qué autoridad se apoyan para inflamar las pasiones de una turba vil contra la nación destinada naturalmente a gobernarla?

Yo.—Creo que hay un colegio irlandés en Lisboa.

El Rector.—Así es; pero vive lánguidamente; tiene muy pocos

alumnos, o ninguno.

Miré desde una ventana, a gran altura, y vi que en un patio, debajo de nosotros, estaban jugando veinte o treinta apuestos muchachos. «Eso me parece muy bien», exclamé; «estos muchachos no dejarán de ser buenos sacerdotes porque dediquen un rato a los deportes. La educación puritana, demasiado rígida y seria, no me gusta; a mi parecer fomenta el vicio y la hipocresía.»

Fuimos después al aposento del rector, donde había colgado, encima de un crucifijo, un pequeño retrato.

Yo.—Este fué un grande hombre, prodigioso y sin tacha. En mi opinión, la compañía que fundó, tan censurada por muchos, ha producido infinitamente más beneficios que daños.

El Rector.—¿Qué es lo que oigo? ¿Usted, inglés y protestante, habla con admiración de Ignacio de Loyola?

Yo.—Nada diré respecto de la doctrina de los jesuítas, porque, como acaba usted de decir, soy protestante; pero estoy dispuesto a sostener que no hay en el mundo gente a quien, en general, pueda encomendársele con más confianza la educación de la juventud. Su sistema moral y su disciplina, son verdaderamente admirables. Sus discípulos, cuando llegan a la edad viril, rara vez son viciosos ni licenciosos, y, en general, son hombres instruídos y de ciencia, poseedores de todas las prendas de una educación esmerada. Me parece execrable la conducta de los liberales de Madrid, que asesinaron el año pasado a los indefensos padres, por cuyas solicitud y sabiduría se han desarrollado dos de los más brillantes talentos de la España actual: Toreno y Martínez de la Rosa, gala de la causa liberal y de la literatura moderna de su país...

En la parte baja de las calles del oro y de la plata, de Lisboa, puede verse a diario cierta caterva de hombres de extraña catadura, que no parecen portugueses ni europeos. Congréganse en pequeños grupos junto a las columnas de la calle a eso del mediodía. Su vestidura consiste, generalmente, en una túnica azul sujeta a la cintura por un ceñidor rojo, anchos calzones o pantalones de lienzo, y un bonete colorado con una borlita de seda azul en lo alto. Al pasar entre los grupos se les oye hablar en español o en portugués corrompidos, y, a veces, en una lengua áspera y gutural, en la que cuantos han viajado por Oriente reconocen el arábigo o alguno de sus dialectos. Aquellas gentes son los judíos de Lisboa. Un día me metí en uno de los grupos y pronuncié un *beraka* o bendición. En diversas partes del mundo he vivido en contacto con la raza hebrea, y conozco bien sus maneras y fraseología. Tenía yo muy vivos deseos de conocer la situación de los judíos portugueses, y aproveché la oportunidad que se me ofreció. «—Este hombre es un rabí poderoso—dijo una voz en arábigo—; nos importa tratarle con bondad». Diéronme la bienvenida, y, favoreciendo su error, en pocos días me enteré de cuanto a sus personas y a su tráfico en Lisboa concernía.

Los judíos de Europa están al presente divididos en dos clases (o sinagogas, como las llaman algunos): la portuguesa y la alemana. La más famosa de las dos es la portuguesa. A los judíos de esta clase se les considera generalmente más civilizados que los otros, mejor educados y más profundamente versados en la lengua de la Escritura y en las tradiciones de sus mayores.

En Londres hay un hermoso edificio llamado la sinagoga de los judíos portugueses, donde los ritos de la religión hebraica se cumplen con todo el

esplendor y magnificencia posibles. Conociendo estas cosas, era natural que, al llegar a Portugal, esperase uno encontrarse en el cuartel general de aquel judaísmo, al que por costumbre se asociaban en mi ánimo muchas cosas respetables e imponentes. Experimenté, pues, sorpresa considerable al oír a los seres a quien he tratado de describir más arriba dar esta cuenta de sí mismos: «Nosotros no somos de Portugal, venimos de Berbería; algunos, de Argel; y otros, de Levante; pero los más, de Berbería, allá lejos»; y señalaban al Suroeste.

—¿Y dónde están los judíos de Portugal—pregunté—, hijos auténticos de este país?

—No conocemos a nadie fuera de nosotros—respondieron los berberiscos—; pero hemos oído decir que aquí hay otros judíos; si así es, no quieren tratarse con nosotros, y hacen bien, porque somos malísima gente, ¡oh *Tsadik*!, todos ladrones, sin excepción. Cada año viene de Swirah un barco cargado de ladrones: es el que nos trae a nosotros a Portugal.

—¿Y vuestras esposas y familias?—dije yo—; ¿dónde están?

—En Swirah, en Salee, o en otros lugares de donde venimos; nunca traemos a nuestras mujeres ni a nuestras familias. Muchos de nosotros se han escapado de allí con lo puesto por salvar la vida, huyendo de los castigos merecidos por nuestros delitos. Algunos viven en pecado con las hijas del Nazareno, porque somos una casta depravada, ¡oh *Tsadik*!, y no guardamos los preceptos de la ley.

—¿Tenéis sinagogas y doctores?

—Sí, ¡oh varón justo!; pero poco puede decirse de unas y otros. Nuestros *chenourain* son lugares infectos, y nuestros doctores están como

nosotros presos en el *galoot* del pecado. Uno de ellos tiene en su casa una hija del Nazareno: es de Swirah, y de tal país no puede venir nada bueno.

—¿Y escucháis la palabra de vuestros doctores, aunque son tan depravados como decís?

—¿Cómo podríamos vivir si no lo hiciéramos así? Nuestros doctores son malísima gente, y viven del fraude como nosotros; con todo, son nuestros superiores y hay que temerlos y obedecerlos. Los ángeles están a su mandar; disponen de sortilegios, de palabras mágicas y del *Shem Hamphorash*[3]. Si no diéramos oídos a sus palabras, podrían sumir nuestras almas en la consternación, reducirlas a niebla, a fango, como tú podrías también, ¡oh varón justo!

Tales fueron las cosas extraordinarias que de sí mismos me contaron aquellos judíos, y no tuve motivos para ponerlas en duda, pues por diferentes caminos fuí luego comprobándolas. ¡Qué buena pareja hacen el delito y la superstición! Aquellos miserables que quebrantaban sin escrúpulo los mandamientos eternos de su Hacedor, no se atreverían a comer de los animales de uña indivisa[4] ni del pez sin escamas. Desdeñan las amenazas de los santos profetas contra los hijos del pecado, y tiemblan al oír una palabra cabalística pronunciada por alguno que quizás los aventaja en infamia; como si, según se ha hecho notar acertadamente, Dios fuese a delegar el ejercicio de su poder en los fautores de la iniquidad.

Es absolutamente cierto que en otro tiempo los judíos de Portugal gozaron merecida fama de riqueza, saber y finas maneras; pero la Inquisición hizo en ellos pavoroso estrago. Los que se libraron del *auto da fe* sin convertirse a la idolatría papista, se refugiaron en países extranjeros, sobre todo en Inglaterra, donde aún se los conoce con su nombre de

origen. Actualmente, si bien todas las religiones están toleradas en Portugal, no se ve por parte alguna a los auténticos judíos portugueses, y en su lugar se encuentra por las calles de Lisboa a la ralea berberisca, gente proscrita, que no oculta su propia degradación.

* * *

Notas

1. La palabra suprimida parece ser «católicos». Borrow gustaba de éste, al parecer, insignificante misterio. (Nota del editor U. R. Burke.)

2. Galaad, nieto de Manasés, padre de los galaaditas. Los israelitas de la tribu de Ephraim se amotinaron contra galaaditas y fueron vencidos. El modo de pronunciar la palabra Shibbolet (espiga) servía a los galaaditas para descubrir a los fugitivos de Ephraim que trataban de ocultar su origen; y una vez descubiertos, los degollaban. V. Libro de los jueces, XII, 1 a 6. (*N. del T.*)

3. El nombre que no puede pronunciarse; es decir, Jehovah o *Yahweh*. (Nota de Burke.)

4. «Todo animal que tiene la uña hendida en dos partes y rumia le podéis comer. Mas no debéis comer de los que rumian y no tienen la uña hendida... a éstos los tendréis por inmundos». Deuteronomio, XIV, 6 y 7 (*N. del T.*).

Capítulo VI

El frío en Portugal.— Me libro de una extorsión.— Sensación de soledad.— El perro.— El convento.— Un paisaje encantador.— El castillo morisco.— Plegaria por un enfermo.

Unos quince días después de mi regreso de Evora y terminados los indispensables preparativos, emprendí el viaje a Badajoz, donde pensaba tomar la diligencia para Madrid. Badajoz está a unas cien millas de Lisboa y es la principal ciudad fronteriza de España por la parte del Alemtejo. Para llegar a ella, tenía que rehacer hasta Monte Moro el camino ya recorrido en mi excursión a Evora; por tanto, poca diversión podía prometerme de la novedad de los sitios. Además de eso, iba a hacer el viaje muy solo, sin otra compañía que la del arriero, porque no pensaba retener a mi criado más que hasta Aldea Gallega, para donde salí a las cuatro de la tarde. Escarmentado por la primera travesía, no me embarqué ahora en un bote, sino en uno de los faluchos que hacen el servicio regular de pasajeros, y así llegue a Aldea Gallega, después de seis horas de viaje; el barco iba muy cargado, no había viento, y los marineros no pudieron soltar los pesados remos ni un instante. La travesía fué el reverso de la primera—completamente segura, pero tan lenta y fatigosa, que cien veces

deseé verme de nuevo bajo la conducta de aquel marinerillo bárbaro, galopando sobre las olas hirvientes impelidas por el huracán. Desde las ocho hasta las diez el frío fué verdaderamente terrible, y aunque iba yo empaquetado en un excelente *shoob* de pieles, de mucho abrigo, con el que había desafiado los hielos del invierno ruso, tiritaba todo mi cuerpo, y al pisar de nuevo el Alemtejo, me alegré aun más que la vez primera, cuando desembarqué luego de escapar de una horrorosa tempestad.

Me alojé por aquella noche en una casa en que me había presentado, a nuestro regreso de Evora, aquel amigo mío que se asustaba de la oscuridad; en ella se encontraba mejor acomodo que en la posada de la Plaza, si bien me hacían pagar por todo precios inhumanos. Mi primer cuidado fué buscar mulas que nos llevasen con el equipaje a Elvas, desde donde sólo hay tres leguas cortas hasta Badajoz. Los dueños de la casa dijéronme que podían poner a mi disposición dos mulas excelentes; pero cuando pregunté el precio tuvieron la desvergüenza de pedirme cuatro *moidores*. Les ofrecí tres, que era ya demasiado, pero no los aceptaron; sabían que yo era inglés, y, por tanto, la oportunidad de ponerme a contribución les pareció excelente; porque no podían figurarse que una persona tan rica como un inglés «debe» ser, se determinara a salir a la calle en noche tan fría, sólo por buscar un ajuste más razonable. Se equivocaron de medio a medio, y díjeles que, antes de fomentar su picardía, me daría el gusto de volverme a Lisboa; al oírme, rebajaron el precio a tres *moidores* y medio; pero yo, sin responder palabra, salí con Antonio y me dirigí a la casa del viejo que nos había llevado la otra vez a Evora. Llamamos muchas veces, porque el hombre estaba acostado; al fin se levantó y nos abrió; pero, al oír nuestra petición, dijo que sus mulas habían ido de nuevo a Evora con el muchacho, para

traer unas mercancías. Nos recomendó, sin embargo, a un vecino suyo, alquilador de mulas, y con él ajustó Antonio dos buenas caballerías por dos *moidores* y medio. Digo que las ajustó Antonio, porque yo me estuve aparte y sin hablar, mientras el dueño, a medio vestir, con una luz en la mano y tiritando de frío, nos llevó a ver sus bestias, y el hombre no se enteró de que eran para un extranjero hasta después de cerrar el trato y de recibir una cantidad en señal. Me volví a mi alojamiento muy satisfecho, y después de cenar un poco me fuí a acostar, sin hacer gran caso de los posaderos, que me apuñalaban con la mirada de sus ojillos judaicos.

A las cinco de la mañana siguiente llegaron las mulas a la puerta de la casa. Con ellas venía un muchacho de diez y nueve o veinte años. Era bajo, pero sumamente recio, y poseía la cabeza más grande que he visto nunca sobre los hombros de un mortal; cuello, no lo tenía; al menos no pude descubrir nada digno de ese nombre. Era su rostro de fealdad repulsiva y en cuanto le dirigí la palabra, descubrí que era idiota. Tal iba a ser mi compañero en un viaje de cien millas y de cuatro días, a través de una de las regiones más agrestes y peor afamadas del reino. Me despedí de mi criado casi con lágrimas en los ojos, porque siempre me había servido con suma fidelidad y mostrado un celo y un deseo de contentarme que me llenaban de satisfacción.

Partimos, yendo el imbécil del guía sentado en la mula de carga, encima del equipaje, con las piernas cruzadas. Acababa de ponerse la luna. La mañana era profundamente oscura y el frío, como siempre, penetrante. No tardamos en llegar al lúgubre bosque, ya atravesado por mí otra vez, y por él caminamos algún tiempo, lenta y tristemente. No se oía más ruido que el de las mulas. Ni un soplo de aire movía las ramas desnudas. En los

matorrales no se rebullía animal alguno, ni volaban sobre nosotros pájaros, ni siquiera las lechuzas. Todo parecía desolado y muerto. En mis numerosos y lejanos viajes, nunca he tenido sensación de soledad ni deseo de conversar y de cambiar ideas tan vivos y fuertes como en aquel momento. Era inútil hablar al arriero idiota; conocía muy bien el camino, pero a cualquier pregunta que se le hacía no daba otra respuesta que una risa imbécil. Al verme en tal estado, hice lo que muchas personas hacen cuando se ven privadas de todo consuelo humano: volví mi corazón a Dios y comencé a comunicar con Él por la oración, con lo que mi alma se vió pronto confortada y tranquila.

Hicimos nuestro camino sin novedad, ni tropezamos con ladrones, ni vimos ser viviente hasta llegar a Pegões; desde este punto hasta Vendas Novas, tuvimos la misma suerte. Los dueños de la posada de este lugar me conocían bien, por haber pasado dos noches bajo su techo; y al verme aparecer de nuevo me dieron la bienvenida con mucha amabilidad. El nombre de este posadero es, o era, José Díaz Azido, y a diferencia de la generalidad de sus compañeros de profesión en Portugal, es un hombre honrado; los extranjeros, al alojarse en esta posada, pueden estar seguros de que no los saquearán ni robarán sin piedad a la hora de pagar la cuenta, ni les cobrarán un solo *re* más que a un portugués en iguales circunstancias. En este pueblo pagué exactamente la mitad de lo que me pidieron en Arroyolos, donde pasé la noche siguiente con muchas menos comodidades de todo orden.

A las doce del siguiente día llegamos a Monte Moro, y como no tenía gran prisa, decidí visitar las ruinas yacentes en la cima y la falda de la soberbia montaña erguida sobre la ciudad. Después de pedir algo de comer

en la posada donde paramos, subí cerro arriba hasta llegar a un ancho muro o parapeto que, a cierta altura, ciñe la montaña entera. Por un tosco puente de piedra crucé un pequeño foso o trinchera; pasé al pie de una gruesa torre, y atravesando el arco de una puerta me encontré en la parte cercada de la montaña. A mano izquierda había una iglesia, bien conservada y destinada aún al culto; pero no pude verla, porque la puerta estaba cerrada con llave y no vi por allí a nadie que pudiera abrirla.

Pronto comprendí que mi curiosidad me había llevado a un lugar verdaderamente extraordinario, muy superior al escaso talento descriptivo de que estoy dotado. Anduve dando traspiés sobre las ruinas, y en un momento determinado me di cuenta de que caminaba sobre bóvedas, deteniéndome de pronto ante un ancho agujero en el que hubiera caído si llego a dar un paso más en mi distraída marcha. Seguí un buen trecho a lo largo del muro por el lado oriental, cuando de pronto oí un tremendo ladrido y apareció un perrazo como los que guardan los rebaños en aquellas campiñas; dando saltos se me acercó, dispuesto a atacarme «con los ojos hechos brasas y enseñando los colmillos». Si hubiese huído o hubiese empleado un modo de defensa distinto del que, sin falta alguna, acostumbro a usar en tales circunstancias, el perro me hubiera mordido probablemente; lo que hice fué inclinarme hasta casi pegar la barba con las rodillas, mirando al perro fijamente en los ojos, y ocurrió, como dice John Leyden en la más hermosa balada que la «Tierra del Brezo» ha producido, «que el perro salió huyendo, como herido por un conjuro mágico».

Es un hecho conocido de mucha gente, y comprobado con frecuencia, según creo, que ningún perro o animal mayor y fiero, de cualquier especie que sea, con excepción del toro, que cierra los ojos y embiste a ciegas, se

atreve a atacar a un hombre que le haga cara con firme y sereno continente. Digo un animal mayor y fiero, porque es más fácil repeler a un sabueso o a un oso de Finlandia de la manera dicha, que a un perro sin raza o a un perdiguero, contra el que un palo o una piedra son mucho mejor defensa. Nada de esto asombrará a quien considere que una serena mirada de reproche le basta a la razón para mitigar los excesos de los hombres fuertes y valerosos, mientras que ese medio sólo sirve para aumentar la insolencia de los débiles y de los necios, fáciles de amansar, en cambio, como palomas si se les infligen castigos que, aplicados a los primeros, exacerbarían su cólera, haciéndola más terrible, y, como pólvora arrojada en una hoguera, les induciría, en loca desesperación, a sembrar el estrago en torno suyo.

A los ladridos del perro, surgió de una especie de paseo un viejo, su amo, a mi parecer, a quien hice varias preguntas acerca del lugar. El hombre, bastante cortés, me contó que había servido como soldado en el ejército inglés, al mando del «gran lord», durante la guerra de la península. Me dijo que había un convento de monjas un poco más lejos, y como se mostrara dispuesto a llevarme a él, echamos a andar hacia la parte Sureste de la muralla, donde se aparecía un vasto edificio ruinoso.

Entramos en cierto lóbrego aposento de piedra, en uno de cuyos rincones había una especie de ventana cerrada por una tabla giratoria, por donde se entregaban y recibían los objetos en el convento. El viejo tocó la campana, y, sin decir palabra, se retiró, dejándome algo perplejo; pero, un instante después oí, sin poder ver a quien me hablaba, una suave voz femenina preguntándome mi condición y el motivo de mi visita. Dime a conocer como un inglés que, de paso en Monte Moro, camino de España, había subido al cerro a visitar las ruinas. La voz me respondió: «Supongo

que será usted militar, e irá a pelear contra el rey, como todos sus compatriotas.» «No—dije yo—; no soy hombre de guerra, soy un cristiano; no voy a verter sangre, sino a procurar la difusión del evangelio de Cristo en un país que le desconoce»; a esto me respondió una risita ahogada. Pregunté después si había en el convento ejemplares de las Sagradas Escrituras; aquella voz amigable no supo darme noticias sobre el particular, y casi no me atrevo a creer que mi interlocutora entendiese la pregunta. Me contó que el oficio de abadesa era anual; cada año tenían superiora nueva. Al preguntar si a las monjas no se les hacía muy pesado el tiempo, me declaró que, cuando no tenían cosa mejor en qué ocuparse, se entretenían haciendo quesadillas para el consumo de aquellos contornos. Di las gracias a la voz por sus noticias, y me fuí. Según iba andando pegado al muro del convento hacia el Suroeste, sonaron sobre mi cabeza nuevas y más fuertes risas ahogadas; alcé la vista y descubrí en tres o cuatro ventanas los rostros melancólicos y los flotantes cabellos negros de las monjas, ansiosas de ver al forastero. Me besé la mano repetidas veces, y proseguí la marcha; a poco llegué al extremo Suroeste de aquella montaña tan fértil en curiosidades. Allí encontré los restos de un gran edificio, construído, al parecer, en forma de cruz. En su parte oriental subsiste una torre entera; el lado Oeste, todo en ruinas, cae al borde de la colina, mirando al valle por cuyo fondo corre el arroyo ya mencionado en otra ocasión.

El día era muy caluroso, a pesar del frío de las noches anteriores; el radiante sol de Portugal alumbraba un paisaje de arrebatadora hermosura. Bosquecillos de alcornoques cubrían el lado opuesto del valle y las pendientes lejanas, formando deliciosas perspectivas, donde pacían los rebaños; las aguas del arroyo se estrellaban en los pedruscos del cauce y

hacían un suave murmullo que llegaba hasta mi oído, bañándome el alma en delicias. Sentado en las ruinas del muro permanecí extático, vertiendo lágrimas de felicidad; porque de todos los placeres que por la bondad de Dios gozan sus hijos, ninguno tan caro a ciertos corazones como la música de los bosques y de los arroyos y la contemplación de las bellezas de su gloriosa creación. Transcurrió una hora, y aún permanecía yo sentado en la muralla; las escenas de mi vida pasada flotaban ante mis ojos en fantástica e impalpable formación, y por entre ellas asomaban aquí y allá los árboles, las colinas y demás objetos del panorama que realmente tenía frente a mí. El sol me quemaba el rostro, pero yo no hacía caso de ello; hubiera permanecido allí hasta la noche, creo yo, sumido en una de esas ensoñaciones, buenas tan sólo para debilitar el ánimo, lo confieso, y para malgastar muchos minutos que podrían emplearse mejor, si el disparo de la escopeta de un cazador, despertando los ecos de los bosques, de las montañas y de las ruinas, no me hubiese hecho ponerme en pie y recordar que aún me faltaban tres leguas para llegar a la hostería donde me proponía pasar la noche.

Guié mis pasos hacia la posada, siguiendo a lo largo de una especie de parapeto. Poco antes de llegar a la puerta de entrada, observé a mano derecha una cripta vaciada en la vertiente del monte; tres columnas sostenían la techumbre, pero había cedido un poco hacia el fondo, de suerte que la luz penetraba en el interior por una hendidura abierta en lo alto. Aquello podía haber sido edificado para servir de capilla o de cementerio, me inclino a creer que de esto último; pero, seguramente, no era obra de moros. En mis correrías por aquellos lugares, nada vi que me recordase a tan singularísimo pueblo. En el cerro donde yacen estas ruinas

hubo, sin duda alguna, un poderoso castillo de los moros, quienes al invadir la península ocuparon casi todos los lugares altos y naturalmente fuertes, poniéndolos en estado de defensa; pero es probable que perdieran muy pronto el cerro visitado ahora por mí, y que los muros y edificios cuyos despojos lo cubren, fuesen labrados por los cristianos después de reconquistar la posición del poder de los terribles enemigos de su fe. Monte Moro presenta cierta lejana semejanza con Cintra, que puede traer a la mente del viajero el recuerdo de este último lugar; sin embargo, hay en Cintra una nota agreste y ruda que no existe en Monte Moro. Allí los peñascos gigantescos se apilan en forma tal, que parecen amenazar con la destrucción inminente de cuanto los rodea; las ruinas aún adheridas a los peñascos, más parecen nidos de águilas que restos de habitaciones humanas, incluso de moros; mientras que las ruinas de Monte Moro están asentadas, comparativamente, con más holgura en el ancho lomo de un cerro, grande y levantado, pero sin peñascos ni precipicios, al que puede subirse por todos lados sin gran dificultad. Viva satisfacción me produjo la visita a ese monte; muchas cosas he de ver en mis viajes para olvidar la voz en el convento medio derruído, las murallas entre cuyos escombros divagué, y el parapeto donde estuve sentado una hora, sumido en mi arrobador ensueño, bajo los rayos brillantes del sol.

Volví a la posada, y restauré mis fuerzas con té y unas quesadillas muy dulces y agradables, obra de las monjas del convento. Al observar el semblante triste y preocupado de la gente de la casa, pregunté el motivo a la huéspeda, sentada casi sin movimiento en el suelo junto a la lumbre; díjome que su marido estaba en peligro de muerte a causa de una enfermedad, que, por los síntomas, debía de ser una especie de cólera; el

médico no abrigaba esperanzas de salvación. La animé a confiar en el poder de Dios, capaz de restaurar al enfermo en pocas horas, trayéndole desde el borde de la tumba a la plena salud, y así debía ella pedírselo fervorosamente al Todopoderoso. Añadí que, si no sabía hacer la oración propia del caso, yo estaba dispuesto a orar por ella, con tal que se uniese en espíritu a mi súplica. Entonces ofrecí una breve plegaria en portugués, pidiendo al Señor que, si así convenía, librara a aquella familia de la grave aflicción que pesaba sobre ella. La mujer escuchó muy atenta, con las manos devotamente juntas, hasta el fin de la oración, y después me miró con asombro, al parecer, pero sin pronunciar palabra por donde yo pudiera colegir si lo dicho por mí le había o no desagradado. Me despedí luego de la familia, y, montando en la mula, salí para Arroyolos[1].

* * *

Notas

1. Es Arrayolos. (Knapp).

Capítulo VII

La piedra druídica.— Un joven español.— Soldados rufianes.— Los males de la guerra.— Estremoz.— La disputa.— La atalaya en ruinas.— Vislumbre de España.— Ayer y hoy.

Legua y media llevaríamos andada, cuando una tromba de aire se desencadenó por el Norte, levantando inmensas nubes de polvo; felizmente, el huracán no nos daba de cara, pues en otro caso nos hubiera sido difícil seguir adelante, por su extremada violencia. Habíamos dejado el camino para utilizar un pequeño atajo practicable para las caballerías, pero que, como otros muchos, no podía recorrerse en carruaje.

Cruzábamos unos arenales cubiertos de maleza y de pedruscos que formaban una espesa capa sobre el suelo. Estas son las piedras de que están formadas las *sierras* de España y Portugal; singulares montañas que se alzan en horrenda desnudez, como huesos de un esqueleto gigante descarnado. Muchos de aquellos pedruscos emergían del suelo; muchos yacían sueltos en la superficie, removidos acaso de sus lechos por las aguas del diluvio. Mientras nos fatigábamos caminando por tan agrestes lugares, descubrí, un poco hacia mi izquierda, un amontonamiento de piedras de aspecto singular y hacia ellas guié mi mula. Era un altar druida, el más bello y

completo de cuantos yo había visto hasta entonces. Era circular; constituíanlo unas piedras sumamente anchas y recias en la base, que se iban adelgazando hacia el remate, trabajado por la mano del artista en forma parecida al festón o borde de una concha. Encima estaba puesta otra piedra lisa muy ancha, inclinada hacia el Sur, donde se abría una puerta. En el interior, capaz para tres o cuatro hombres, crecía un espino pequeño.

Contemplé con veneración y temor respetuoso aquel altar donde los primeros pobladores de Europa ofrecieron su culto al Dios ignoto. Los templos que los romanos, poderosos y diestros, levantaron en una edad comparativamente moderna, yacen hechos polvo no lejos de allí. Las iglesias de los godos arrianos, herederos de su poder, no se encuentran por parte alguna, como si se las hubiera tragado la tierra. ¿Y qué ha sido y dónde están las mezquitas del moro, conquistador de los godos? Sus ruinas mohosas se disipan poco a poco sobre las rocas. No así la piedra druídica: allí se está, batida por los vientos, tan firme y tan acabada de hacer como el día en que, hace acaso treinta siglos, fué erigida por medios hoy desconocidos. Sacudida por los terremotos, la piedra del remate no se ha caído; oleadas de lluvia la han inundado sin conseguir barrerla de su asiento; el candente sol reverbera en su superficie sin agrietarla ni desmenuzarla; y el tiempo, antiquísimo, implacable, ha desgastado contra ella su férreo diente, con tan escaso efecto como pueden observar cuantos la visiten. Allí permanece la piedra; quien desee estudiar la literatura, la ciencia y la historia de los antiguos celtas y cimbrios, puede colegir, contemplando esa piedra y meditando ante ella, todo lo que de tales hombres se sabe. Los romanos dejaron tras de sí sus escritos inmortales, su historia, su poesía; los godos, su liturgia, sus tradiciones y el germen de

instituciones muy nobles; los moros, su caballerosidad, sus descubrimientos en medicina y las bases del comercio moderno. ¿Qué memoria queda de las razas druídicas? ¡Hela aquí, en ese rimero de piedra eterna!

Llegamos a Arroyolos a cosa de las siete de la noche. Me instalé en un espacioso aposento de dos camas, y cuando me disponía a sentarme para cenar, vino la huéspeda a preguntarme si no tendría inconveniente en que un joven español pasase la noche en mi cuarto. Díjome que el joven acababa de llegar con unos arrieros, y no había en la casa otro sitio donde aposentarlo. Accedí, y a la media hora apareció el español, después de cenar con sus compañeros. Era un mancebo de diez y siete años, que por su buena presencia denotaba ser persona de distinción. Me saludó en su lengua natal, y al ver que le entendía, comenzó a hablar con volubilidad asombrosa. En cinco minutos me refirió que, movido del deseo de ver mundo, se había desgarrado de su familia, gente opulenta de Madrid, con ánimo de no volver hasta haber recorrido varios países. Le contesté que si decía verdad había cometido una acción mala e insensata: mala, por el dolor con que amargaba a las personas a quienes debía honrar y amar, e insensata, pues se exponía a inconcebibles miserias y trabajos que muy pronto le harían maldecir la resolución tomada; hícele ver que en país extranjero le recibirían bien mientras tuviera dineros para gastar, y en cuanto se le acabasen, le tratarían como a un vagabundo, y acaso le dejarían morirse de hambre. Repuso que, como llevaba consigo una cantidad considerable, cien duros nada menos, tenía dinero para mucho tiempo, y cuando se le acabara, podría quizás ganar más. «Con esos cien duros—le dije—apenas podrá usted vivir tres meses en este país, si no le roban a usted

antes; y creer que va usted a ganar dinero honradamente es tan razonable como si pensara usted ir a buscarlo en la cima de las montañas.» El muchacho no tenía aún bastante experiencia para seguir mis consejos. A poco, cambiamos de conversación. A las cinco de la mañana siguiente se me acercó a la cama para despedirse porque los arrieros hacían ya preparativos de marcha. Díjele la fórmula usual en España: «*Vaya usted con Dios*», y no le volví a ver más.

A las nueve, después de pagar un precio exorbitante por muy escasas comodidades, salí de Arroyolos, ciudad o lugar grande, situado en una elevación del terreno y visible desde muy lejos. Puede envanecerse de las ruinas de un vasto castillo antiguo, obra de moros, al parecer, colocado en una colina, a la izquierda del camino, según se va a Estremoz.

A una milla de Arroyolos di alcance a una fila de carros con bastimentos y municiones para España, escoltados por un destacamento de soldados portugueses. Seis o siete soldados iban de avanzada, muy separados del convoy: eran unos tunantes de malísima catadura, en cuyos rostros lívidos, horrendos, estaban escritos el homicidio y todos los demás crímenes prohibidos por la ley de Dios. Al pasar a su lado, uno de ellos comenzó a maldecir a los extranjeros, y con voz áspera y gruñona, dijo: «Ahí va ese francés a caballo (iba en mula) con un hombre (el idiota) para cuidarle todo por ser rico, mientras un pobre soldado como yo, tiene que andar a pie. De buena gana le mataría de un tiro. ¿En qué vale más él que yo? Pero es extranjero; el diablo protege a los extranjeros, y odia a los portugueses.» Continuó el soldado vomitando injurias, y ya le había sacado yo lo menos cuarenta varas de delantera, cuando me eché a reír, sin pensar que lo más prudente era permanecer tranquilo; un momento

después, en efecto, ¡paf!, ¡paf!, dos balas bien dirigidas me silbaron en los oídos. Hallábame justamente al borde de un pequeño arroyo, sobre el que había un puente a muy considerable distancia por mi izquierda; metí espuelas a la mula, lanzándola a través del cauce, seguido muy de cerca por el aterrorizado guía, y una vez en la otra orilla galopé por la planicie arenosa hasta ponerme en salvo.

Aquellos individuos, con aspecto de bandidos, por sus acciones mejoraban su facha. Encontrárselos en un lugar solitario, no será nunca para el viajero motivo de alabar su buena fortuna. Los carreteros eran españoles, de las cercanías de Badajoz, enviados a Portugal para transportar los bastimentos. Uno de ellos, a quien volví a encontrar en Badajoz, me contó que toda la escolta era de la misma calaña; a él y a sus compañeros los habían robado muchas cosas, amenazándolos de muerte si los denunciaban. Espanta imaginar lo que sería un ejército compuesto de tales seres, enviado a un país extranjero para conquistarlo o defenderlo; no obstante, cuando escribo estas páginas, España aguarda el socorro armado de Portugal. Quiera Dios misericordioso que las tropas enviadas en su apoyo sean de diferente cuño: aun así, temo, vista la relajación de la disciplina en el ejército portugués, comparado con el inglés o el francés, que a los habitantes pacíficos de las provincias asoladas por la guerra les parezca que los lobos se han juntado para cazar a perros y echarlos del redil. No quisiera morirme sin ver el día en que no se tolere la soldadesca en ningún país civilizado, o, cuando menos, cristiano.

Prosiguiendo mi camino hacia Estremoz, pasé junto a Monte Moro Novo, colina alta y polvorienta, coronada por un edificio antiguo, morisco probablemente. El país era desolado y desierto, por más que de vez en

cuando se descubría algún valle poblado de alcornoques y *azinheiras*. Después del mediodía, el viento, muy encalmado durante la noche y la mañana anteriores, volvió a soplar con tal fuerza que casi me aturdía, aunque nos daba de espaldas.

A las cuatro de la tarde, al remontar una cuesta, descubrí con profunda alegría la ciudad de Estremoz, asentada en una colina, a menos de una legua de distancia. Desde donde yo estaba, se dominaba un panorama de singular belleza. El sol se ponía entre rojas y tormentosas nubes, y sus rayos reverberaban en los pardos muros de la encumbrada ciudad adonde íbamos. Hacia el Suroeste, no muy lejos, alzábase Serra Dorso, la montaña más hermosa del Alemtejo, ya vista por mí desde Evora.

El idiota de mi guía volvió su rostro imbécil hacia la sierra, y sintiéndose súbitamente inspirado, abrió la boca por vez primera durante el día, casi podría decir desde que salimos de Aldea Gallega, y comenzó a explicarme las extrañas cazas que podían hacerse en aquellos montes. También me describió con gran minuciosidad un perro maravilloso que había por allí, adiestrado en la caza de lobos y jabalíes, y cuyo dueño se había negado a venderlo en veinte *moidores*.

Al cabo, llegamos a Estremoz; nos alojamos en la posada principal, que mira a una explanada o plaza del mercado, centro de la ciudad, y tan ancha, que a mi parecer podrían evolucionar en ella diez mil soldados con toda holgura.

El terrible frío no me consintió permanecer en la habitación a que me llevaron, y entré en una especie de cocina abierta a un lado del pasadizo abovedado que, en los bajos de la casa, llevaba al corral y a las cuadras. Una impetuosa ráfaga caliente se precipitaba a través del pasadizo, como el agua

por el caz de un molino. Un enorme tronco de alcornoque ardía en el fogón, debajo de la espaciosa campana, y en torno de la lumbre se acurrucaba una ruidosa turba de campesinos y labradores de las inmediaciones y tres o cuatro matuteros españoles. Me costó trabajo conseguir puesto; los españoles y los portugueses rara vez hacen sitio a un extraño, y como no se les pida o se los empuje, prefieren quedársele a uno mirando con expresión que parece significar: «sé muy bien lo que usted necesita, pero prefiero permanecer donde estoy.»

Entonces observé por vez primera cierto cambio en el modo de hablar, menos sibilante y más gutural; para dirigirse unos a otros empleaban los interlocutores el término español de cortesía *usted*, en lugar del hinchado *vossem se* portugués. Esto es un resultado de la comunicación constante con los naturales de España, que nunca consienten en hablar portugués, ni aun en Portugal, y persisten en emplear su magnífico idioma materno, que acaso andando el tiempo acabarán por adoptar todos los portugueses. Esto facilitaría mucho la unión de ambos países, separados hasta hoy por la natural terquedad humana.

Poco tiempo llevaba yo sentado a la lumbre, cuando un individuo, montado en un caballo fino y nervioso, se precipitó por el pasadizo desde la cuadra a la cocina, y empezó a lucir sus habilidades de caballista, obligando al animal a encabritarse y a girar velozmente sobre las patas, con manifiesto peligro de cuantos se hallaban en el aposento. Salió después a la explanada, donde se entretuvo galopando, y al cabo de media hora volvió, dejó el caballo en la cuadra y vino a sentarse junto a mí, hablándome en una jerigonza ininteligible, que a él se le antojaba francés.

Estaba el hombre medio borracho, y pronto lo estuvo tres cuartos, a

fuerza de trasegar vaso tras vaso de *aguardiente*. Viendo mi mutismo, se dirigió en mal español a uno de los *contrabandistas*; éste, o no le entendió o no quiso entenderle, pero al fin, perdiendo la paciencia, le llamó borracho y le mandó callarse. Exasperado por tal desprecio, asió el beodo el vaso en que bebía, arrojándolo a la cabeza del español, quien brincó como un tigre, desenvainó un cuchillo y tiró de abajo a arriba un tajo a las mejillas de su agresor; indudablemente, le hubiese cortado la cara, de no haber detenido yo a tiempo el brazo del matutero, reduciendo así el daño a un arañazo en la mandíbula inferior, del que brotó un poco de sangre.

Los compañeros del español se metieron por medio, y con gran trabajo se lo llevaron a un pequeño aposento en lo más apartado de la casa, donde ellos dormían y guardaban además los arreos de sus mulas. El borracho comenzó entonces a cantar o más bien a berrear la Marsellesa; después de molestarnos más de una hora, se le pudo persuadir que montase a caballo y se fuera, acompañado por un vecino suyo. Era el tal un tratante en cerdos de aquellos contornos, pero había sido antaño soldado en el ejército de Napoleón, donde, como el cochero borracho de Evora, supongo que adquiriría sus hábitos de embriaguez y su francés rudimentario.

Desde Estremoz a Elvas hay seis leguas. A las nueve de la mañana siguiente emprendí la marcha. El camino corría al principio por terreno cerrado, pero no tardamos en salir a unas llanuras yermas y desabrigadas, en las que el viento, que no dejaba de perseguirnos, gemía tristemente. No encontramos alma viviente en el camino. El paisaje era en extremo desolado. En el cielo, gris oscuro, no se vislumbraba ni un rayo de sol. A gran distancia delante de nosotros, sobre una elevación del terreno, se alzaba una torre, único objeto que rompía la uniformidad del desierto. Dos

horas después de haberla columbrado, llegamos al pie de la altura donde estaba la torre; allí mana una fuente y vierte sus aguas transparentes y puras en un pilón de piedra. Hicimos alto para dar de beber a las mulas.

Eché pie a tierra, y separándome del guía, emprendí la subida hacia la torre. La cuesta era muy suave, mas no dejé de pasar algún trabajo, por estar el piso cubierto de piedras afiladas, que, pasándome el calzado, me hirieron dos o tres veces en los pies; además, la distancia resultó ser mucho mayor de lo que yo supuse. Al fin llegué a las ruinas, pues no otra cosa había allí. Me encontré con una de esas torres vigías, llamadas en portugués *atalaias*; era cuadrada, rodeábala un muro, derruído en grandes trechos. La torre, cuya parte inferior estaba toda macizada, no tenía puerta; pero en una de sus caras había unas hendiduras entre las piedras para apoyar los pies, y trepando por tan tosca escalera llegué a un aposento pequeño, de unos cinco pies en cuadro, con el techo hundido. Dominábase desde allí una extensa vista en todas direcciones; aquel era evidentemente el alojamiento de los encargados de vigilar la frontera y de dar la alarma—encendiendo hogueras, acaso—al aparecer los enemigos. Un puñado de hombres resueltos podía defenderse en tan pequeña fortaleza contra asaltantes numerosos, expuestos en la subida a los tiros de la torre.

Ya iba a marcharme cuando, detrás de una parte del muro no recorrida por mí, sonó un grito extraño; acudí presuroso y me encontré con una miserable criatura, harapienta, sentada en una piedra. Era un loco, como de treinta años de edad, creo que sordo-mudo. Clavado en su asiento, desvariaba y gesticulaba, retorciendo su ruda fisonomía en espantables contorsiones. Solo aquello faltaba para completar la escena. Unos bandidos hubieran estado fuera de lugar en tan melancólica desolación. Pero el loco,

sentado en la piedra detrás de las ruinas batidas por el viento, contemplando los marchitos chaparrales, sobre los que gravitaba un cielo hosco y pesado, componía un cuadro de tristeza y miseria como no lo habrá concebido poeta o pintor alguno en sus delirios más sombríos. No es este el primer caso en que me ha tocado comprobar que la realidad sobrepuja a veces a la fantasía.

Monté de nuevo en la mula y caminamos hasta que, al llegar a lo alto de otra colina, exclamó el guía súbitamente: «¡Allí está Elvas!» Miré en la dirección que me indicaba, y vi una ciudad encaramada en un alto cerro. Separado de éste por un profundo valle, hacia la izquierda, había otro cerro mucho más alto, donde está la famosa fortaleza de Elvas, reputada por la más poderosa de Portugal. Entre ambos cerros, pero muy al fondo, y lejos, en dirección de España, columbré las vertientes sombrías y la cima nebulosa de una soberbia montaña, que, según más adelante supe, era Alburquerque, una de las mayores de Extremadura.

El camino entraba allí en paraje cultivado; por entre setos vivos llegamos a un sitio donde el terreno descendía suavemente. A la derecha arrancaba el acueducto que provee de agua a la ciudad; tenía allí escasamente dos pies de altura, pero según íbamos descendiendo, las proporciones de la fábrica crecían, hasta ser colosales. Cerca del fondo del valle, el acueducto torcía a la izquierda, salvando el camino con uno de sus arcos: al pasar por debajo, alcé los ojos para mirarlo. El agua corría a cien pies de altura sobre mi cabeza; la inmensidad de la obra realizada para transportarla me llenó de admiración. Con todo, cierto detalle rebaja mucho las pretensiones de grandeza y magnificencia de este acueducto: el agua no corre, como en el de Lisboa, sobre un solo orden de arcos

gigantescos, posados en el valle como piernas de titanes, sino sobre tres órdenes de arcos superpuestos. El gasto y el trabajo necesarios para levantar tan insigne máquina, debieron de ser enormes; y cuando se piensa en la relativa facilidad con que la industria moderna obtendría igual resultado, no puede uno por menos de alegrarse de vivir en tiempos en que es innecesario esquilmar la riqueza de una provincia para proveer a una ciudad, construída en un cerro, de un indispensable elemento de vida.

* * *

Capítulo VIII

Elvas.— Longevidad extraordinaria.— La nación inglesa.— Ingratitud portuguesa.— Las fortificaciones.— Un mendigo español.— Badajoz.— La aduana.

A mi llegada a la puerta de Elvas un oficial salió de una especie de cuerpo de guardia, y después de hacerme varias preguntas, me envió, acompañado de un soldado, a la oficina de policía, donde mi pasaporte había de ser *visé*, porque en la frontera son muy exigentes en ese particular. Arreglado el asunto, me instalé en una hostería próxima a aquella puerta; me la había recomendado el posadero de Vendas Novas, y su dueño se llamaba José Rosado. Era la mejor de Elvas, pero muy inferior en comodidades a cualquier figón inglés. Acosado por el frío, me refugié gustoso en una cocina interior, alumbrada tan sólo, una vez cerrada la puerta, por el resplandor del fuego que ardía débilmente en el fogón. Una mujer de edad, sentada en una silla junto a la lumbre, pasaba las cuentas de su rosario; discerní en su rostro, en cuanto la escasa luz del aposento me lo permitía, una expresión singular, extraordinaria. Hícele algunas preguntas sin importancia, y me contestó; pero parecía ligeramente sorda. Comenzaba a encanecer, y le dije que, si bien la creía de más edad que yo,

no tenía seguramente el pelo tan blanco como el mío.

—¿Qué edad tiene usted, caballero?—preguntó, dándome el título usualmente empleado en España para denotar un grado de respeto extraordinario—. Respondí que iba a cumplir treinta años. «Entonces—dijo—tenía usted razón al suponer que soy más vieja; tengo más años que su madre de usted y que la madre de su madre; hace más de cien años era yo una chicuela, y jugaba con otras de mi edad por esos campos.» «En tal caso—respondí—se acordará usted, sin duda, del terremoto.» «Sí—contestó—; si de algo me acuerdo, es de eso; cuando ocurrió, estaba yo en la iglesia de Elvas oyendo misa, y el cura se cayó al suelo, y dejó también caer la Hostia de las manos. Aún me acuerdo de cómo temblaba el suelo; todos nos mareamos; las casas se tambaleaban como si estuviesen borrachas. Ochenta años han pasado sobre mí desde el temblor de tierra, y entonces ya tenía yo más edad que usted tiene ahora.»

Miré con asombro a tan extraordinaria mujer, y apenas podía dar crédito a sus palabras. Sin embargo, me aseguraron que, positivamente, tenía más de ciento diez años, y pasaba por ser la persona más vieja de Portugal. Conservaba todas sus facultades tan despejadas como la generalidad de la gente al rayar en la mitad de aquellos años. Era pariente de los dueños de la hostería.

Conforme avanzaba la noche, fueron entrando varias personas para calentarse a la lumbre y gozar de la conversación; la casa era una especie de mentidero, donde llevaba la voz cantante el huésped, hombre de cierta sagacidad y experiencia, antiguo soldado del ejército británico. Entre otros, vino el oficial que mandaba en la puerta de la ciudad. Después de cambiar algunas palabras, este caballero, joven de unos veinticinco años, bien

parecido, rompió en declamaciones violentas contra la nación inglesa y su gobierno, quienes, si en todo tiempo habían demostrado su egoísmo y su falacia, seguían ahora, respecto de España, una conducta sobremanera ignominiosa, pues estando en su mano acabar de golpe la guerra civil, enviando un poderoso ejército de socorro, preferían mandar un puñado de tropas, con objeto de prolongar la lucha y aprovecharse de sus ventajas. Después de cumplimentarle irónicamente por su cortesía y urbanidad, pregunté al oficial si entre las acciones egoístas de la nación y del gobierno ingleses, se contaba la de haber derrochado centenares de millones de libras esterlinas y vertido un océano de preciosa sangre para sostener la campaña de la península contra Napoleón. «Seguramente—dije—el fuerte de Elvas, y más aún el vecino castillo de Badajoz, dicen mucho respecto del egoísmo inglés, y cada vez que los mire se confirmará usted en la opinión que acaba de exponer. En cuanto a la guerra actual, le diré a usted que la gratitud de España a Inglaterra, después de la expulsión de los franceses gracias a nuestros ejércitos—gratitud demostrada en los estorbos puestos al comercio inglés y en las misas de acción de gracias ofrecidas al abandonar las costas españolas los herejes británicos—, no puede inducir a Inglaterra a arruinarse por el propósito de expulsar a don Carlos de sus montañas. Por deferencia al superior entendimiento de usted—continué, dirigiéndome al oficial—, quisiera creer que la prolongación indefinida de la guerra reporta grandes provechos a mi país; pero me haría usted un favor insigne explicándome el proceso químico en virtud del que la sangre vertida en las montañas españolas va a parar al tesoro inglés convertida en monedas de oro.»

Como tardara en contestarme, tomé de sobre la mesa un plato con

fruta, y pregunté: «¿Cómo se llaman estas frutas?» «Granadas y *bolotas*»—respondió—. «Muy bien; un rústico inglés que no haya salido nunca de su país, no hubiese podido darme esa respuesta, a pesar de hallarse tan familiarizado con las granadas y las *bolotas* como vuestra señoría con la línea de conducta que le incumbe tomar a Inglaterra en su política interior y exterior.»

Esta réplica mía era impropia de un cristiano, lo confieso, y me demostró cuántas reliquias de mi antiguo carácter quedaban en el fondo de mi alma; con todo, séame permitido decir que, probablemente, ninguna otra provocación me hubiera inducido a responder con tanta cólera; pero no pude dominarme al oír tratar con injusticia a mi gloriosa tierra. Y ¿por quién? ¡Por un portugués! Por un hijo del país libertado de horrible esclavitud dos veces gracias al esfuerzo inglés. A no ser por Wellington y sus héroes, Portugal sería francés a estas fechas; a no ser por Napier y sus marinos, don Miguel reinaría en Lisboa. Volviendo al oficial, diré que todos se le rieron, y un momento después se fué.

Al día siguiente entré en relación con un comerciante respetable, llamado Almeida, hombre de talento, aunque algo brusco de modales. Manifestó profunda aversión al sistema papista que durante tanto tiempo había mantenido en mortales tinieblas a su infortunado país; y apenas supo que yo era portador de cierta cantidad de Testamentos, con intención de dejarlos allí para su venta, expresó vivos deseos de hacerse cargo de los libros, y se ofreció a trabajar cuanto pudiese para colocarlos entre sus numerosos parroquianos. Al enseñarle un ejemplar, le dije: «En la portada va el nombre de usted.» Porque, en efecto, la edición portuguesa de la Sagrada Escritura que la Sociedad Bíblica repartía la hizo un protestante

llamado Almeida, y se publicó por vez primera en 1712; el comerciante sonrió, y me dijo que le honraba mucho tener alguna relación, aunque sólo fuese por el nombre, con el traductor. Echó a broma la propuesta de remunerarle por su trabajo, asegurándome que el solo hecho de poder colaborar en una obra tan santa y útil como la difusión de la Escritura, era para él suficiente recompensa.

Terminado este asunto, di un vistazo a los alrededores de Elvas, y subí paseando, cerro arriba, hasta el fuerte, al Norte de la ciudad. La parte baja del cerro está poblada de *azinheiras*, que le dan amenidad; por unas piedras varadas en el cauce crucé el arroyuelo que corre al pie. Al llegar a la entrada del fuerte, un centinela me cortó el paso; pero tuvo la amabilidad de decirme que, con dar mi nombre al oficial comandante, me permitirían visitar el interior. Envié, pues, mi tarjeta al oficial con un soldado que vagaba por allí, y, sentándome en una piedra, aguardé; volvió a poco; me preguntó si yo era inglés, y al oír mi respuesta afirmativa, dijo: «En tal caso, señor, no puede usted entrar; no es costumbre enseñar el fuerte a los extranjeros.» Respondí que lo mismo me daba visitarlo o no; y después de contemplar a Badajoz en la lejanía, desde el lado oriental del cerro, desanduve el camino recorrido a la subida.

Tales son los provechos que se obtienen con proteger a una nación y con derrochar la sangre y el dinero en su defensa. Los ingleses nunca han estado en guerra con Portugal; se han batido por mar y por tierra, siempre con buen éxito, en favor de su independencia; se han obligado, por un tratado de comercio, a beber sus vinos, tan ordinarios y adulterados, que en ninguna otra parte los quieren, y, sin embargo, son los más impopulares de cuantos extranjeros visitan este país. Los franceses han asolado Portugal

y vertido la sangre de sus hijos como si fuese agua; no compran sus productos; desprecian sus vinos; pero no hay aquí mala disposición para los franceses. La razón de esto no es ningún misterio; lo propio, no ya de los portugueses, sino de la corrupción del hombre, es aborrecer a los bienhechores que con sus beneficios lastiman del modo más generoso su miserable vanidad.

En ningún país son tan populares los ingleses como en Francia; y es que, si bien los franceses han sido con frecuencia tratados rudamente por los ingleses y ocupada su capital por un ejército inglés, nunca han estado sometidos a la supuesta ignominia de recibir de ellos asistencia y socorro.

Las fortificaciones de Elvas son un modelo en su género; a primera vista pudiera creerse que la ciudad, si estuviera bien guarnecida, sería capaz de retar a cualquier enemigo; pero tiene un punto flaco: un cerro la domina por Occidente, a media milla de distancia, desde donde un general experto no dejaría de cañonearla, probablemente con buen éxito. Es la última ciudad de Portugal por aquella parte, y apenas si la separan dos leguas de la frontera española. Fué construída, evidentemente, para rivalizar con Badajoz, al que mira desde su altura a través de la planicie arenosa por donde van las lentas aguas del Guadiana. Pero aunque Elvas es una ciudad fuerte, apenas tiene valor como defensa de la frontera, abierta por todas partes, de tal modo, que un ejército invasor dispuesto a esquivar esta plaza, no tendría la menor necesidad de aproximarse ni a doce leguas de sus muros. Son tan extensas sus fortificaciones que no harían falta menos de diez mil hombres para guarnecerla, fuerza que, en caso de invasión, estaría mejor empleada en afrontar al enemigo en campo raso. Durante su ocupación de Portugal, los franceses pusieron en la plaza una

corta guarnición, que se retiró al castillo al acercarse los ingleses, y capituló poco después.

Como ya no me detenía cosa alguna en Elvas, dispúseme a cruzar la frontera de España. El guía idiota tomó el camino de vuelta a Aldea Gallega, y el 5 de enero, montado en una triste mula, sin riendas ni estribos, guiándola con el ramal, y seguido por un muchacho que había de acompañarme montado en otra, bajé presuroso desde Elvas al llano, con ansia de llegar a la romántica, a la caballeresca y vieja España. Era innecesario, y así lo comprendí en seguida, azuzar a mi mula, pues con todas sus mataduras, reparada de la vista y coja, andaba ligera como el viento.

En poco más de media hora llegamos a un arroyo, cuyas aguas corrían impetuosas entre márgenes escarpadas. Un hombre, al borde del arroyo, me indicó el vado en el agrio dialecto de Portugal; y cuando aún estaba yo chapoteando en el agua, una voz me saludó desde la otra orilla en el espléndido idioma de España, de esta manera: *¡Oh señor caballero, que me dé usted una limosna por amor de Dios, una limosnita para que yo me compre un traguillo de vino tinto!* Un momento después pisé suelo español, porque el arroyo, llamado Acaia, sirve allí de límite a los dos reinos; arrojé al mendigo una monedilla de plata, y gritando *¡Santiago y cierra España!*, seguí mi camino más de prisa todavía, prestando poca atención, como dice Gil Blas, al torrente de bendiciones derramado por el mendigo a mis espaldas; con todo, nunca se vió limosna otorgada con menos discernimiento, porque, según más adelante averigüé, aquel tipo era un borracho perdido que se instalaba todas las mañanas junto al vado para sacar a los viajeros unos cuartos y gastárselos por las noches en las tabernas

de Badajoz. Pagaba con bendiciones a quien le daba limosna, y con maldiciones a quien se la negaba; e igual facundia y habilidad tenía en el empleo de las unas que de las otras.

Badajoz estaba ya a la vista, a poco más de media legua de distancia. Pronto torcimos a la izquierda para tomar el puente de arcos que atraviesa el Guadiana, río muy famoso en romances y cantares, pero nada ameno en realidad, poco profundo y muy lento, aunque de razonable anchura; sus orillas blanqueaban con las ropas puestas a secar al sol, que lucía resplandeciente. Desde gran distancia oí cantar a las lavanderas, y el tema de sus cánticos parecía ser las alabanzas del río en que estaban descrismándose, porque al acercarme oí distintamente: *Guadiana, Guadiana*, repetido a coro por muchas mujeres, las unas mozas, las otras de edad, de mejillas tostadas, cuyas voces fuertes y claras, multiplicaba el eco por todas partes. Pensé que había cierta semejanza entre mi tarea y la suya; yo estaba en vías de curtir mi tez septentrional exponiéndome al candente sol de España, movido por la modesta esperanza de ser útil en la obra de borrar del alma de los españoles, a quienes conocía apenas, alguna de las impuras manchas dejadas en ella por el papismo, así como las lavanderas se quemaban el rostro en la orilla del río para blanquear las ropas de gentes que desconocían. A mi mente acudieron con mucha fuerza las palabras de un poeta oriental: «Día tras día, y noche tras noche, me fatigaré en socorro de mis hermanos sin fortuna, como las lavanderas curten su faz al sol por limpiar unas ropas que no son suyas.»

Cruzado el puente, llegamos a la puerta Norte de Badajoz, y de una especie de garita salió a nosotros un individuo tocado con un sombrero andaluz de copa puntiaguda, y embozado en una de esas inmensas capas,

muy conocidas de cuantos han viajado por España, que sólo un español sabe llevar en forma que sienten bien. Sin pronunciar palabra asió del ramal de la mula, y entrándose por la puerta de la ciudad, nos llevó por una calle muy sucia, llena de gente embozada también en largas capas. Pregntéle qué se proponía, y no se dignó contestar; pero el muchacho, mi acompañante, dijo que era un guarda-puertas y nos llevaba a la aduana, o *alfandega*, para el registro del equipaje. Llegados a la aduana, el guarda, sin romper su adusto silencio, comenzó a echar las maletas desde la mula de carga al suelo y a desatarlas. Ya iba a reprenderle como su brutalidad merecía; pero antes de que pudiera abrir la boca, apareció en la puerta un personaje, alto y de edad madura, en quien no tardé en reconocer al jefe de la aduana. Después de mirarme un momento, me preguntó en mi idioma si yo era inglés. Al oír mi respuesta afirmativa, preguntó al guarda cómo se había atrevido a cometer la insolencia de poner las manos en el equipaje sin orden superior, y severamente le mandó atar de nuevo las maletas y cargarlas en la mula, como lo hizo, en efecto, sin pronunciar palabra. Preguntóme después lo que contenían las maletas: ropas de vestir—contesté yo—, y pidiéndome perdón por la insolencia de su subordinado, me dijo que era libre de ir adonde tuviera por conveniente. Le di las gracias por su extremada cortesía, y guiando el muchacho, fuí directamente a la fonda de las Tres Naciones, que me habían recomendado en Elvas[1].

* * *

Notas

1. La fonda estaba en la calle de la Moraleja, núm. 30. (Knapp).

Capítulo IX

Badajoz.— Antonio el gitano.— Una proposición de Antonio.— Es aceptada.— El desayuno gitano.— Salida de Badajoz.— El borrico del gitano.— Mérida.— La muralla en ruinas.— La comadre.— El país del moro.— Los hombres negros.— La vida en el desierto.— La cena.

Hallábame ya en Badajoz, en España, país que durante los cuatro años siguientes iba a ser teatro de mis trabajos; pero no nos anticipemos a los acontecimientos. Los alrededores de Badajoz no me predispusieron gran cosa en favor del país a que acababa de llegar. Aquellas planicies parduscas, apenas producen otra cosa que el arbusto llamado en español *carrasco*; sin embargo, unas montañas azuladas se yerguen en la lejanía y animan un poco la entonación monótona del paisaje.

En Badajoz, capital de Extremadura, fué donde, por vez primera, tropecé con los singularísimos *Zincali*, o *gitanos* españoles. Allí fué donde encontré al indómito Paco, hombre que tenía un brazo seco y manejaba las *cachas*[1] con la mano izquierda; a su astuta mujer, Antonia, diestra en *hokkano baró*[2], o engaño maestro, a su suegro, el feroz gitano Antonio López, y a otros muchos individuos del *Errate*, o sangre gitana, poco menos notables que éstos. Aquí fué donde, por vez primera, prediqué el

Evangelio al pueblo gitano, y comenzé la traducción del Nuevo Testamento al idioma de los gitanos españoles, traducción que, en parte, se imprimió más tarde en Madrid.

Permanecí tres semanas en Badajoz, y me dispuse a salir para Madrid; un anochecido estaba yo en mi aposento arreglando mi escaso equipaje, cuando entró Antonio el gitano, vestido con su *zamarra* y tocado con el puntiagudo sombrero andaluz.

Antonio.—Buenas noches, hermano; me han dicho que *callicaste*[3] te propones salir para *Madrilati*[4].

Yo.—Así es; no puedo estar aquí más tiempo.

Antonio.—El camino hasta *Madrilati* es largo; el país está en guerra, y en el campo abundan los *chories*[5]. ¿No te amedrenta el viaje?

Yo.—Yo no tengo miedo; ningún hombre puede eludir su destino; lo que haya de ser de mi cuerpo y de mi alma, escrito está en un *gabicote*[6] desde mil años antes de la creación del mundo.

Antonio.—Yo, personalmente, tampoco tengo miedo, hermano; la noche oscura es para mí igual que el día claro, y el *carrascal* silvestre lo mismo que la plaza del mercado o que el *chardí*[7]; llevo en el pecho el *bar lachi*[8], la piedra preciosa a que se pega la aguja.

Yo.—Supongo que te refieres al imán. ¿Crees que una piedra inerte puede preservarte de los peligros que amenacen tu vida?

Antonio.—Hermano, cuento ya cincuenta años de edad, y aquí me tienes vivo y sano. ¿Cómo podría ser eso si el *bar lachí* no tuviera poder alguno? He sido soldado y *contrabandista*, y he matado y robado también a los *Busné*[9]. Las balas del *Gabiné*[10] y del *jara canallis*[11] me han zumbado en los oídos sin tocarme por llevar conmigo el *bar lachí*. Veinte veces he hecho

cosas que, según la ley *busné* debían haberme llevado al *filimicha*[12]; sin embargo, nunca me ha estrujado el cuello el frío *garrote*. Hermano, confío en el *bar lachí*, como los *Caloré*[13] de otro tiempo: aunque me viera en el golfo de *Bombardó*[14] sin una tabla a qué agarrarme, no tendría miedo; porque llevando tan preciosa piedra, ella me sacaría sano y salvo a la costa. El *bar lachí* es poderoso, hermano.

Yo.—No vamos a discutir por eso, y menos ahora, en el momento de marcharme de Badajoz; despidámonos rápidamente, y ya no volveremos a vernos más.

Antonio.—Hermano, ¿sabes a lo que vengo?

Yo.—Lo ignoro, como no sea a desearme feliz viaje; no soy bastante gitano para adivinar los pensamientos de la gente.

Antonio.—Toda la noche pasada he estado despierto, pensando en los asuntos de Egipto; cuando me levanté esta mañana, tomé el *bar lachí*, y raspándolo con un cuchillo saqué un poco de polvo, y me lo bebí con *aguardiente*, según tengo costumbre de hacer después de tomar una resolución. Luego me dije: estoy haciendo falta en la raya de *Castumba*[15] para cierto negocio. El *Caloró*[16]forastero va a marcharse a *Madrilati*; el camino es largo, y pudiera caer en malas manos, quizás en las de gente de su propia sangre, porque he de decirte, hermano, que los *Calés* abandonan ya las ciudades y aldeas y se echan al campo en cuadrillas para saquear a los *Busné*; no hay ley ninguna en estas tierras, y ahora o nunca es la ocasión de que los *Caloré* vuelvan a ser lo que fueron en tiempos pasados. De manera que me dije: el *Caloró* forastero puede caer en manos de los de su misma sangre y ser maltratado por ellos, que sería una vergüenza. De consiguiente, iré con él por el *Chim del Manró*[17] hasta la raya de

Castumba, y desde la raya de *Castumba* dejaré que el *Caloró* de Londres siga su camino a *Madrilati*, porque hay menos peligro en *Castumba* que en *Chim del Manró*, y después podré ocuparme de los asuntos de Egipto que allí me reclaman.

Yo.—Ese plan promete mucho, amigo mío. ¿En qué forma piensas que hagamos el viaje?

Antonio.—Te lo diré, hermano. Tengo en la cuadra un *gras*[18], el mismo que compré en Olivenza, como te dije en otra ocasión; es bueno y ligero, y me costó, a mí que soy gitano, cincuenta *chulé*[19]; tú puedes ir en el *gras*; yo montaré en el *macho*.

Yo.—Antes de responder desearía que me dijeses qué asuntos son esos que te obligan a ir a *Castumba*; tu yerno Paco me tiene dicho que los gitanos no acostumbran ya a viajar.

Antonio.—Es un asunto de Egipto, hermano, y no puedo decirte más. Acaso se trata de un caballo o de un borrico, acaso de una mula o de un *macho*; lo que sea, no se refiere a ti; por tanto, te aconsejo que no preguntes nada. *Dosta*[20]. Volviendo a lo de antes: eres libre de rechazar mi ofrecimiento; hay un *drungruje*[21] de aquí a *Madrilati*, y puedes viajar en el *birdoche*[22] o con los *dromalis*[23]; pero te advierto, como hermano, que hay *chories* en el *drun*, y algunos de ellos son del *Errate*.

La verdad es que pocas personas en mi situación hubiesen aceptado la propuesta del singular gitano. Sin embargo, el plan no dejaba de tener atractivos para mí. Dada mi afición a las aventuras, no podía satisfacerla de mejor ni más fácil modo que poniéndome en manos de tal guía. Otros en mi caso hubiesen recelado una traición, pero yo estaba tranquilo sobre ese punto, y no creía que el gitano abrigase la más ligera mala intención en

contra mía; le vi plenamente convencido de que yo era uno de los del *Errate*, y los rasgos más fuertes de su carácter eran el amor a su raza y el odio a los *Busné*. Deseaba yo, además, aprovechar todas las ocasiones de conocer a fondo las costumbres de los gitanos españoles, y allí se me presentaba una excelente, apenas llegado a España. Total: que resolví acompañar al gitano. «Iremos juntos—le dije—. Mi equipaje lo mandaré a Madrid por el *birdoche*.» «Muy bien hecho, hermano—contestó—, y así el *gras* andará más ligero. La verdad es que para nada necesitas llevar equipaje. ¡Cómo se reirían los *Busné* si se encontraran en el camino a dos *Calés* viajando con equipaje!»

Durante mi estancia en Badajoz, tuve poco trato con los españoles; lo más del tiempo se lo consagré a los gitanos, raza ya conocida y tratada por mí en diversas partes del mundo, y con quienes me encontraba más a mis anchas que con los silenciosos y reservados hombres de España; medio siglo puede estar un extranjero entre españoles sin que le dirijan media docena de palabras, a no ser que partan de él los primeros pasos para intimar, y aun así, puede verse rechazado con un encogimiento de hombros y un *no entiendo*, porque entre los muchos prejuicios profundamente arraigados en este pueblo se cuenta la singular idea de que ningún extranjero es capaz de aprender su lengua, idea a que siguen aferrados aunque le oigan hablar en ella corrientemente; todo lo más que en tal caso conceden, es esto: *Habla cuatro palabras, y nada más*.

Una mañana temprano, antes de salir el sol, me encontré frente a la casa de Antonio, pequeña y mísera construcción, situada en una calle sucia. La mañana era profundamente oscura; la calle estaba, sin embargo, parcialmente iluminada por un montón de paja ardiendo, en torno del que

dos o tres hombres parecían muy ocupados en sostener un objeto sobre la llama. Un instante después se abrió la puerta de la casa del gitano, y apareció Antonio. Echó una mirada en dirección de la hoguera, y exclamó: «El puerco ha dado muerte a su hermano. Que todo *Busnó* corra la misma suerte. Entremos, hermano, y comeremos el corazón del puerco.» No entendí bien estas palabras, pero siguiendo al gitano, llegamos a un aposento bajo, donde había un *brasero* encendido, a su lado una tosca mesa cubierta con grosero mantel, y sobre ella un pan y un puchero que despedía agradable olor. «En esta *puchera*—dijo Antonio—, está el corazón del *balichó*[24]; comamos.» Nos sentamos a la mesa y comimos, Antonio vorazmente. Cuando terminó, se puso en pie y me dijo: «¿Has traído el *li*?»[25]. «Aquí está—contesté, enseñándole mi pasaporte—. «Bueno; puedes necesitarlo—repuso—. Yo no lo necesito; mi pasaporte es el *bar lachí*. Ahora un vaso de *repañí*[26], y al camino.»

Salimos del cuarto; Antonio cerró la puerta con llave, que escondió luego debajo de una baldosa, en un rincón del pasillo. «Espérame en la calle, hermano, mientras voy a la cuadra a buscar las *caballerías*.» Le obedecí. El sol no había salido aún; el frío era cortante; pero la luz grisácea del alba me permitía ya distinguir los objetos con suficiente claridad. No tardé en oír las pisadas de los animales, y un momento después apareció Antonio llevando el caballo por la brida; el *macho* iba detrás. Miré al caballo y no pude contener un movimiento de asombro. Hasta donde me fué posible examinarlo, me pareció el bicho más raro que había visto en mi vida. Era de espectral blancura, muy corto de cuerpo, pero con unas patas de desmesurada longitud, y altísimo de *cruz*. «Estás mirando el *grasti*—dijo Antonio—. Tiene diez y ocho años, pero es el mejor de *Chim*

del Manró, ni más ni menos; hace mucho tiempo que le tenía echado el ojo, y le compré para emplearlo en los negocios de Egipto. Monta, hermano, monta, y dejemos los *foros*[27]; ya van a abrir la puerta de la ciudad.»

Cerró la de su casa, y se guardó la llave en la *faja*. Menos de un cuarto de hora después, habíamos dejado Badajoz a nuestra espalda. «No me parece muy bueno este caballo—dije a Antonio, cuando íbamos ya por el campo—. Apenas si puedo hacerle andar.»

«Es el caballo más ligero que hay en *Chim del Manró*, hermano—dijo Antonio—. Lo mismo al galope que al trote largo ninguno le aventaja; pero tiene diez y ocho años y las coyunturas entumecidas, sobre todo por la mañana; pero deja que entre en calor y que el *genio del viejo* reviva, y no podrás contenerlo con el freno ni con la brida. Ese caballo lo compré para los asuntos de Egipto, hermano.»

A eso del mediodía llegamos a una aldea, en las inmediaciones de un cerro pedregoso. «Aquí no hay casa *Caló*—dijo Antonio—; tenemos que ir a la posada de los *Busné*, donde comeremos todos, hombres y bestias.» Entramos en la cocina, nos sentamos a la mesa y pedimos pan y vino. Había en la cocina dos individuos de mala catadura, fumando unos cigarros; y como se me ocurriera decir no sé qué cosa a Antonio en *caló*, uno de aquellos tipos, notable por sus inmensos bigotes, exclamó: «¿Qué es lo que oigo? ¿Te atreves a hablar en *caló* delante de mí, que soy *chalan* y nacional? Malditos gitanos, ¿cómo os atrevéis a entrar en esta *posada* y a hablar en esa lengua delante de mí? ¿No está prohibida por la ley, como os está prohibido entrar en el *mercado*? Amigo, como vuelva yo a oír de tu boca una palabra en *caló* te muelo los huesos a palos, y de un puntapié vas

volando al tejado.»

«Haría usted muy bien—dijo su compañero—, porque la insolencia de estos gitanos es ya inaguantable. Estando en Mérida o Badajoz, voy al mercado, y allí me veo en un rincón a los malditos gitanos charlando en una lengua ininteligible. «Señor gitano—le digo a uno de ellos—, ¿cuánto quiere usted por ese burro?» «Diez duros, *Caballero nacional*, me responde. Es el mejor burro de toda España.» «Quisiera verlo andar»—replico yo—. «Ahora mismo»—contesta—, y salta sobre el burro y le hace salir andando, no sin haberle murmurado antes al oído no sé qué cosas en *caló*; el burro tenía un paso magnífico, como yo no había visto otro. «Creo que me conviene»—digo al fin, y después de examinarlo un rato, saco el dinero y le pago—. «Me voy a mi casa»—dice el gitano, y desaparece rápidamente—. «Y yo a mi pueblo»—contesto yo—, y montado en el burro, le digo: *Vámonos*, pero el burro se está quieto. En vano le arreo con una varita. «¿Qué significa esto?»—exclamo—; y me pongo a darle espolazos. Pero el maldito, apenas siente la picadura, al primer corcovo me tira por las orejas en medio del fango. Me pongo en pie y veo al burro contemplándome atentamente, y a la *canaille* gitana mirándome de través con sus ojos velados. «¿Dónde está el tunante que me ha vendido esta alhaja?»—grito—. «Se ha ido a Granada»—dice uno—. «Se ha ido a ver a su familia de Morería»—añade otro—. «Le acabo de ver corriendo por el campo en dirección de... perseguido muy de cerca por el diablo»—exclama un tercero—. En suma, me han robado. Quiero deshacerme del burro, pero no hay quien lo compre; es un burro *caló*, y todos le huyen. Al cabo, los gitanos me ofrecen treinta *reals* por él; y después de regatear mucho, me doy por contento vendiéndoselo en dos

duros. Todo ello es una pura estafa; el burro vuelve a su dueño y la cuadrilla se reparte la ganancia; es una infamia que se evitaría, a mi parecer, con sólo prohibir hablar el *caló*; porque, ¿qué otra cosa sino las palabras en *caló* dichas a su oído, pudo inducir al jumento a portarse de tan inconcebible manera?»

Ambos parecían completamente convencidos de la exactitud de esta conclusión, y continuaron fumando hasta consumir los cigarros; entonces se levantaron, se atusaron las patillas, nos miraron con fiero desden, y arrojando al suelo las puntas de los cigarros, salieron de la habitación a paso largo.

—Esta gente no me parece muy amiga de los gitanos ni del lenguaje *caló*—dije a Antonio cuando los dos matones se fueron.

—Malos muermos les cojan los hocicos—dijo Antonio—. Ya se ve que algunos de los nuestros los han *jonjabadoed*[28]. Sin embargo, has hecho mal, hermano, en hablarme en *caló* en esta *posada*; es lenguaje prohibido, porque, como ya te he dicho, el rey ha destruído la ley de los *Calés*[29]. Vámonos de aquí, hermano, antes que esos *juntunes*[30] nos echen encima a la *justicia*.

Al atardecer llegábamos cerca de un pueblo grande.

—Esta es Mérida—dijo Antonio—, que, según cuentan los *busné*, fué antaño una gran ciudad de los *corahai*[31]; pasaremos aquí la noche, y quizás dos o tres días, porque tengo que arreglar algunos asuntos de Egipto. Ahora, hermano, échate a un lado del camino con el caballo, y espera junto a esa tapia hasta mi vuelta. Tengo que adelantarme para ver cómo están las cosas.

Me apeé del caballo y me senté en una piedra, junto a la pared en ruinas

indicada por Antonio. El sol declinaba y el viento era muy sutil; me arropé bien en una capa de gitano, andrajosa y vieja, que Antonio me dió, y como sentía algún cansancio, caí en un sopor que duró casi una hora.

—¿Es su merced el *Caloró* de Londres?—dijo muy cerca de mí una voz desconocida.

Me desperté sobresaltado; vi un rostro de mujer casi debajo del ala de mi sombrero. A pesar de la poca luz, observé que sus facciones eran horriblemente feas, casi negras; pertenecían a una gitana vieja, lo menos de setenta años, que se apoyaba en un palo.

—¿Es su merced el *Caloró* de Londres?—repitió.

—Yo soy el que usted busca. ¿Y Antonio?

—*Curelando, curelando; baribustres curelós terela*[32]—dijo la vieja—. Venga conmigo. *Caloró* de mi *garlochín*[33], venga conmigo a mi *ker*[34]; en seguida llegamos.

Eché por el camino, detrás de la gitana, hasta llegar a la ciudad, ruinosa y medio desierta; remontamos una calle, torcimos luego por una callejuela angosta y lóbrega, y, a poco, mi guía abrió la puerta de una casa bastante capaz y muy estropeada.

—Entra—me dijo.

—¿Y el *gras*?—pregunté.

—Hazle entrar también, *chabó*[35] mío; en la cuadra, aunque pequeña, hay sitio para el *gras*.

Atravesamos un vasto patio, y nos detuvimos ante una puerta muy ancha.

—Entra, hijo de Egipto—dijo la bruja—; entra; esa es la cuadra.

—Esto está más negro que la pez—dije yo—, y es muy a propósito para

lo que yo me sé; trae una luz, o no entro.

—Dame el *solabarri*[36]—respondió la vieja—, y yo encerraré el caballo, *chabó* de Epipto, y le ataré al pesebre.

Entró con él en la cuadra, y la oí trajinar en la oscuridad; no tardé en oír rebullirse también al caballo.

—*Grasti terelamos*[37]—dijo la gitana, al reaparecer con la brida en la mano—. El caballo se ha soltado él solo; a pesar del viaje no se ha resentido. Ahora, *Caloró* mío, vamos a mi casita.

Entramos en la casa, en un aposento muy capaz y tenebroso, donde no había otra luz que el débil resplandor de un brasero, puesto al fondo, junto al que se acurrucaban dos bultos oscuros.

—Estas son *callees*[38]—dijo la gitana vieja—. Una es mi hija; la otra es su *chabi*[39]. Siéntate, *Caloró* de Londres, y que te oigamos el metal de la voz.

Miré en busca de una silla, pero no la había; cerca de mí, empero, descubrí en el suelo el remate de una columna rota; rodándolo, lo acerqué al *brasero*, y me senté.

—Esta casa es muy hermosa, madre de los gitanos—dije yo, por satisfacer su deseo de oírme hablar—. Es muy hermosa, pero algo fría y húmeda; por lo grande puede servir de sobra para alojar a los *hundunares*.[40]

—Hay muchas casas de sobra en estos *foros*, muchas casas de sobra en Mérida, *Caloró* de Londres, algunas tal como las dejaron los *corahanós*[41]. ¡Ah! Qué gran pueblo son los *corahanós*. Muchas veces me entran ganas de volver otra vez a su *chim*.

—¡Cómo! Madre—dije yo—, ¿has estado en tierra de moros?

—Dos veces, *Caloró* mío, dos veces he estado en la tierra de los *Corahai*. La primera vez, hace más de cincuenta años; entonces estaba yo

con los *sesé*[42], porque mi marido era soldado del *Crallis* de España, y Orán pertenecía en aquellos tiempos a España.

—Entonces no estuviste con los verdaderos moros, sino con los españoles que ocupaban una parte de su país.

—Estuve con los verdaderos moros, mi *Caloró* de Londres. ¿Quién conoce a los moros mejor que yo? Hace unos cuarenta años estaba yo con mi *ro*[43], en Ceuta, porque era soldado del rey, cuando un día me dijo: «Estoy cansado de vivir aquí, que no hay pan, y agua menos aún; he decidido escaparme y volverme *corahanó*; esta noche mataré al sargento y huiré al campo moro.»

—Hazlo—respondí—, *chabó* mío, y en cuanto pueda te seguiré y me haré *corahani*.

Aquel a misma noche mató a su sargento, que cinco años antes le había llamado *Caló*, y le había maldecido; echó a correr, saltó por la muralla, y sin que le tocaran los tiros que le tiraron, se puso en salvo en la tierra de los *corahai*. Yo me quedé en el *presidio* de Ceuta, de cantinera, vendiendo vino y *repañi* a los soldados. Dos años pasaron sin tener noticias de mi *ro*. Un día entró en mi *cachimani*[44] un desconocido; iba vestido como un *corahanó*, pero más parecía un *callardó*[45]; y, sin embargo, tampoco era un *callardó*, a pesar de ser casi negro; según estaba mirándole, pensé que se parecía un poco a los del *Errate*, y me dijo: «*Zincalí*[46]; *chachipé*»[47]; luego, en una lengua tan rara que apenas le pude entender, me dijo al oído. «Tu marido está esperándote; ven conmigo, hermanita, y te llevaré con él.» «¿Dónde está?»—pregunté—. Y señalando hacia el Poniente, dijo: «Está por allá, muy lejos; ven conmigo; tu *ro* te espera.» Tuve un poco de miedo, pero me acordé de mi marido, y ya deseé verme en la tierra de los *corahai*;

tomé, pues, el poco *parné*[48] que tenía, eché la llave al *cachimani* y me fuí con el desconocido. En la puerta nos dió el alto el centinela; pero le convidé a *repañi*, y nos dejó pasar; en un instante llegamos a la tierra de los *corahai*. A una legua de la ciudad, al pie de un cerro, encontramos a cuatro personas, hombres y mujeres, tan negros como mi desconocido guía, y se unieron a nosotros, saludándome, y llamándome hermanita. Eso fué lo único que entendí de toda su habla, que era muy cerrada. Quitáronme las ropas que llevaba y me dieron otras, con las que me vestí como una *corahani*; y luego emprendimos la marcha, que duró muchos días, por desiertos y aldeas; más de una vez me pareció encontrarme entre los del *Errate*, porque sus costumbres eran las mismas; los hombres querían *hokkawar* con mulos y burros; las mujeres decían *baji*[49]. Al cabo llegamos a una ciudad grande, y el hombre negro que me había ido a buscar, dijo; «Entra ahí, hermanita, y encontrarás a tu *ro*.» Me llegué a la puerta, y vi estar dentro un *corahanó* armado; le miré a la cara, y reconocí a mi marido.

Era aquella una ciudad muy extraña, llena de gentes que habían sido antes *candoré*[50], pero renegadas y convertidas en *corahai*. Había allí *sesé* y *lalore*[51], y hombres de otras naciones, y entre ellos algunos del *Errate* de mi mismo país; todos eran soldados del *Crallis* de los *corahai*, y le servían en sus guerras. Mucho tiempo estuve con mi *ro* en aquella ciudad, yendo a veces con él a las guerras; muchas veces le pregunté acerca de los hombres negros que me habían llevado hasta allí, y me dijo que había tenido algunos tratos con ellos, y los creía del *Errate*. En fin, hermano, para no alargar, a mi marido le mataron en la guerra, delante de una ciudad sitiada por el rey de los *corahai*, yo quedé *piuli*[52], y volví a la ciudad de los renegados, como la llamaban, y me gané la vida como pude. Un día,

estando yo sentada, llorando, se me plantó delante el mismo hombre negro a quien no había vuelto a ver desde el día que me llevó a juntarme con mi *ro*, y me dijo: «Ven conmigo, hermanita, ven conmigo; el *ro* está muy cerca.» Fuí con él, y fuera de la ciudad, en el desierto, estaban los mismos hombres y mujeres negros que la otra vez había visto. «¿Dónde está mi *ro*?»—pregunté.—«Aquí está, hermanita—dijo el hombre negro—, aquí está; desde hoy yo soy el *ro*, y tú la *romí*[53]. Ven, y vámonos de aquí, que no faltan quehaceres.»

Me marché con él, y fué mi *ro*, y vivimos por los desiertos y *hokkawared* y *choried*, y dije *bají*; yo pensaba: «Esto me gusta; seguramente estoy entre los del *Errate*, en un país mejor que el mío.» Muchas veces les pregunté si eran del *Errate*, y se reían, diciéndome que muy bien podía ser porque no eran *corahai*; pero nunca me dieron más clara cuenta de sí.

Bueno; esto duró unos cuantos años, y tuve del hombre negro tres *chai*[54]; dos, murieron; pero la más joven, vive; es la *Callí* que estás viendo al lado del *brasero*. Así vivíamos errantes, y *choried*, y decíamos *bají*. Ocurrió que una vez, en tiempo de invierno, nuestra pandilla intentó atravesar un río muy ancho y muy profundo, como muchos otros que hay en *Chim del Corahai*, y el bote volcó con la rapidez de la corriente, y todos se ahogaron menos yo y mi *chabí*, a quien llevaba en el seno. Ya no me quedaba ningún amigo entre los *corahai*; fuí errante por los *despoblados*, implorando y llorando hasta quedarme casi *lilí*[55]. De este modo llegué a la costa; allí hice amistad con el capitán de un barco, y volví a esta tierra de España. Ahora que estoy aquí, deseo muchas veces volver a vivir con los *corahai*.»

Al llegar aquí, rompió a reír a carcajadas, y así estuvo un rato largo;

cuando se cansó, les llegó el turno de reír a su hija y a su nieta; y tanto rieron, que las tuve a todas por locas.

Horas y horas fueron pasando, y aún estábamos acurrucados junto al *brasero*, del que todo calor había volado mucho tiempo hacía; el leve fulgor que iluminaba el aposento también desapareció; sólo quedaba en el brasero un rescoldo moribundo. La habitación estaba en las más densas tinieblas; las tres mujeres permanecían inmóviles y en silencio; sentí un escalofrío, y empecé a encontrarme a disgusto.

—¿Vendrá aquí Antonio esta noche?—pregunté al fin.

—*No tenga usted cuidao*, mi *Caloró* de Londres—dijo la gitana vieja con tono desabrido—. *Pepindorio*[56] ha estado aquí alguna vez.

Ya iba a levantarme, con intención de huir de la casa, cuando sentí posarse una mano en mi hombro, y oí la voz de Antonio, que decía:

—No te asustes, hermano; soy yo. Pronto traerán luz, y cenaremos.

La cena fué bastante frugal: pan, queso y aceitunas; Antonio, empero, sacó una bota de excelente vino. Despachamos los manjares a la luz de una lámpara de barro puesta en el suelo.

—Ahora—dijo Antonio a la más joven de las tres mujeres—tráeme el *pajandi*[57], que voy a cantar una *gachapla*[58].

La muchacha trajo la guitarra, y el gitano, después de templarla con cierto trabajo, rascó vigorosamente las cuerdas y se puso a cantar:

—Gitano, ¿por qué vas preso?
—Señor, por cosa ninguna:
Porque he cogío un ramá
Y etrás se bino una mula.

Caminito de Antequera
Preso llevan a un gitano,
Porque se encontró una capa
Antes de perderla el amo.

El canto y la música duraron mucho tiempo. Las dos mujeres jóvenes no se cansaban de bailar, mientras la vieja hacía a veces restallar sus dedos o medía el compás golpeando en el suelo con el palo. Al fin, Antonio, soltó bruscamente la guitarra, y dijo:

—Veo que el *Caloró* de Londres está cansado; basta, basta; mañana continuaremos. Ahora vámonos al *charipé*[59].

—Con muchísimo gusto—dije yo—. ¿Dónde vamos a dormir?

—En la cuadra, en el pesebre. Aunque en la cuadra haga frío, estaremos bastante abrigados en el *bufa*[60].[61]

* * *

Notas

1. Tijeras.

2. *Hok*, fraude. *Hokkano* (en la lengua de gitanos ingleses): mentira; *baró*, grande.

3. Ayer, mañana.

4. Madrid.

5. *Chor*, ladrón.

6. Libro.

7. Feria.

8. Lit: piedra buena (talismán). *Lachó*: bueno.

9. *Busnó* (pl. *busné*): el que no es gitano.

10. Francés.

11. Guardas o empleados del resguardo.

12. La horca.

13. *Caló*, *Caloró* (pl. *Calés*, *Caloré*): el que es del *kalo rat*, o sangre negra; un gitano.

14. León.

15. Castilla.

16. Gitano.

17. *Chim*: reino, comarca; *Manró*: pan, trigo. *Chim del Manró*: tierra del trigo: Extremadura.

18. *Grà*, *gras*, *graste*, *gry*: caballo.

19. *Chulí* (pl. *Chulé*): un duro.

20. Basta.

21. *Drun*, *drom*: camino. *Drungruje* o *drunji*: camino real.

22. Galera.

23. Arrieros.

24. Cerdo.

25. *Li* o *Lil*: papel, carta, libro.

26. Aguardiente.

27. *Foro*: pueblo, ciudad.

28. Engañado. Terminación inglesa añadida a la terminación española de la palabra romani *jonjabar*, engañar. *Jojana*: engaño.

29. *El crallis ha nicobado la liri de los Calés.*

30. *Juntuno*: espía.

31. Los moros.

32. Negociando, negociando; tiene muchos negocios que hacer.

33. Corazón.

34. O *Quer*: Casa.

35. *Chabó*, *chabé*, *chaboró*: mozo, joven, individuo.

36. Brida.

37. *Terelar*: atar.

38. *Callee*, *callí*, fem. de *caló*.

39. Muchacha; fem. de *chabó*.

40. Soldados.

41. *Corahano*: moro; fem. *corahani*.

42. Pl. de *sesó*: español.

43. *Ro*, *rom*: marido; un gitano casado. *Roma*, los maridos, nombre genérico del pueblo gitano, o Romani.

44. Taberna.

45. Mulato.

46. Gitanos.

47. La verdad.

48. *Parnó*: blanco; *parné*: moneda de plata. En general: dinero.

49. Fortuna. *Penar bají*: decir la buena ventura.

50. Pl. de *Candory*: cristiano.

51. Portugueses.

52. Viuda.

53. Gitana casada.

54. Pl. irreg. de *chabó*.

55. Fem. de *liló*: tonto, loco.

56. Antonio.

57. Guitarra.

58. Copla.

59. Cama.

60. Pesebre.

61. Borrow se detuvo en Mérida por la boda gitana descrita en *The Zincali*. (Knapp).

Capítulo X

La nieta de la gitana.— Proyecto matrimonial.— El alguacil.— El ataque.— Trote largo.— Llegada a Trujillo.— Noche de lluvia.— La selva.— El vivac.— ¡Levántate y anda!— Jaraicejo.— El Nacional.— El caballero Balmerson.— Entre jarales.— Una conversación seria.— ¿Qué es la verdad?— Noticia inesperada.

Tres días estuvimos en casa de las gitanas. Todas las mañanas, muy temprano, Antonio se marchaba, montado en el macho, y volvía ya muy entrada la noche. La casa era grande y estaba ruinosa; la única parte habitable, además de la cuadra, era aquella especie de zaguán donde cenamos, y en el que dormían las gitanas, en unos felpudos y colchonetas puestos en un rincón. Una mañana, cuando Antonio ensillaba el macho y se disponía a partir, supuse yo, por los negocios de Egipto, le dije:

—Esta casa es muy extraña, y no lo es menos la gente que vive en ella. La gitana abuela tiene todo el aspecto de una *sowanee*[1].

—¿Cómo el aspecto?—exclamó Antonio—. ¿Pues acaso no lo es? Más cosas ocultas y más palabras misteriosas sabe que todo el *Errate* de aquí y de Cataluña. Ha vivido en tierra de moros, y sabe hacer más *draos*[2], venenos y filtros que ninguna persona viviente. Una vez hizo una especie

de pasta, y me convenció de que la probara; poco después sentí como si el alma se me separase del cuerpo, y estuve una noche entera vagando por montes y selvas horribles, entre monstruos y *duendes*. En la tierra de los *corahai* aprendió muchas cosas que ya quisiera yo saber.

—¿Hace mucho tiempo que la conoces? Estás en esta casa como en la tuya.

—¿Que si la conozco? Mi hermano se casó con la hija, la *Callí* negra, de quien tuvo esa *chabí* hace diez y seis años, poco antes de ser ahorcado por los *busné*.

Por la tarde, hallándome sentado en el zaguán con la gitana vieja, mientras las dos *Callees* andaban por la ciudad y sus cercanías diciendo la buenaventura, su principal ocupación, me dijo la vieja:

—¿Estás casado, mi *caloró* de Londres? ¿Eres un *ro*?

Yo.—¿Por qué me lo preguntas, *o Dai de los Calés*?[3].

La gitana vieja.—Porque ya es tiempo de que la *chabí* pierda su *lacha*[4] y tenga un *ro*. Lo mejor que puedes hacer es tomarla por *romí*, mi *caloró* de Londres.

Yo.—Soy extranjero en estas tierras, oh madre de los gitanos, y apenas puedo ganar para mí, menos aún para una *romí*.

La gitana.—No necesita que nadie la mantenga, mi *caloró* de Londres; siempre que quiera puede ganar para ella y su *ro*. Sabe *hokkawar*, decir *bají*, y pocos la igualan en robar *a pastesas*[5]. Una vez en *Madrilati*, adonde, según me han dicho, vas tú, ganaría mucho dinero; debes llevarla allá, porque en estos *foros* está *nahí*[6], no se puede ganar nada; pero en los *foros baró*[7] sería otra cosa: iría vestida de *lachipe*[8] y *sonacai*[9], y tú tendrías un buen *gra* negro para montar; después de ganar mucho dinero podríais

volver aquí y vivir como *Crallis* y todo el *Errate* de *Chim del Manró* doblaría ante vosotros la cabeza. ¿Qué dices, mi *caloró* de Londres, qué dices de este plan?

Yo.—Me parece muy acertado, madre; al menos, no faltarán gentes que lo encuentren tal; pero yo soy de otro *chim*, ya lo sabes, y no me siento inclinado a pasar toda mi vida en este país.

La gitana.—Entonces vuelve a tu tierra, *Caloró* mío, la *chabí* puede cruzar el *pañí*[10]. ¿No puede hacer negocio en Londres con los otros *Caloré*? ¿Y por qué no os vais a la tierra de los *Corahai*? En tal caso, yo os acompañaría; yo y mi hija, la madre de la *chabí*.

Yo.—¿Y qué íbamos a hacer en la tierra de los *Corahai*? Creo que es un país pobre y salvaje.

La gitana.—¡El *Caloró* de Londres me pregunta lo que íbamos a hacer en la tierra de los *Corahai*! *¡Aromali!*[11]. Empiezo a creer que estoy hablando con un *lilipendi*[12]. ¿Es que no hay allí caballos para *chore*? Sí, los hay, y mejores que los de esta tierra, y asnos y mulas. En la tierra de los *Corahai* puedes *hokkawar* y *chore* tanto como aquí o en tu tierra, o no eres *Caloró*. ¿No podéis uniros a la gente negra que vive en los despoblados? Sí que podéis, y muy contentos que se pondrían teniendo con ellos unos *Errate* de España y de Londres. Tengo setenta años, pero no quiero morirme en este *Chim*, sino allá lejos, donde duermen mis dos *roms*. Llévate a la *chabí* a *Madrilati* a ganar el *parné*, y cuando lo hayáis ganado, vuelve aquí y daremos un banquete a todos los *Busné* de Mérida y les echaré *drao* en la comida y reventarán como perros... En cuanto hayan comido, los dejaremos, para ir a la tierra del Moro, mi *Caloró* de Londres.

Durante todo el tiempo que estuve en Mérida, no me moví de casa de

las gitanas, ateniéndome al parecer de Antonio, que me aconsejó esa conducta como la más conveniente. El tiempo se me hacía un poco pesado, pues mi única diversión era conversar con las mujeres, y con Antonio cuando volvía por la noche. En estas *tertulias*, la abuela era la oradora principal, y me llenaba de asombro narrándome maravillosas historias de la tierra del moro, fugas de presidio, robos y una o dos aventuras de envenenamiento, en las que se había visto complicada, según me dijo, en su primera juventud.

Había, a veces, en sus ademanes y modales algo muy singular; en más de una ocasión observé que, en lo más animado de su charla, se callaba de pronto, quedábase mirando fijamente al espacio, y extendía las manos como si quisiera rechazar a un ser invisible; girábanle horriblemente los ojos en las órbitas, y una vez cayó de espaldas, con fuertes convulsiones, sin que su hija y su nieta hicieran gran caso de ello, limitándose a decir que estaba *lilí* y que pronto volvería en su acuerdo.

Al anochecer del tercer día, cuando las tres mujeres y yo estábamos sentados en torno del *brasero* conversando según costumbre, entró en la habitación un tipo de miserable aspecto, envuelto en una capa mugrienta. Fué derecho al sitio donde estábamos, sacó un cigarro de papel, lo encendió en las ascuas, y, después de tirarle un par de chupadas, me miró, y dijo:

—*Carracho*, ¿quién es este nuevo compañero?

En el acto comprendí que el recién llegado no era gitano; las mujeres no dijeron nada, pero oí a la abuela rezongar como un gato viejo cuando le incomodan. El individuo repitió:

—*Carracho*, ¿cómo ha venido aquí este compañero?

—*No le penela chi, min chaboró*—me dijo en voz baja la *Callee* negra—; *sin un balichó de los chineles*[13]. Y, volviéndose al preguntante, continuó en voz alta: Es uno de los nuestros que viene con matute de Portugal y a ver a sus hermanos de aquí.

—Entonces me dará algo de tabaco—respondió el individuo—. Supongo que habrá traído.

—No tiene tabaco—dijo la *Callee* negra—. No ha traído más que hierro viejo. El único tabaco que hay en casa es este cigarro; tómalo, te lo fumas, y te vas.

Al decir esto, se sacó un cigarro del zapato y se lo ofreció al *alguazil*.

—No me voy—dijo éste guardándose el cigarro—. Tenéis que darme algo mejor. Hace ya tres meses que no me dais nada. El último regalo fué un pañuelo inservible; por tanto, o me dais algo que sea bueno, o vais todos a la *cárcel*.

—¡El *Busnó* quiere prendernos!—dijo la *Callee* negra—. ¡Ja, ja, ja!

—¡El *Chinel* quiere prendernos!—dijo con fisga la más joven—. ¡Je, je, je!

—¡El *Bengui*[14] quiere llevarnos al *estaripel*![15]—refunfuñó la abuela—. ¡Jo, jo, jo!

Las tres mujeres se levantaron y dieron muy despacio una vuelta en torno del alguacil, mirándole fijamente a la cara; el hombre pareció muy asustado, y pensó en la fuga. De pronto, las dos más jóvenes le agarraron por las manos, y mientras él forcejeaba para soltarse, la vieja le decía:

—Necesitas tabaco, *hijo*, y vienes a casa de los gitanos para asustar a las *Callees* y al *Caloró* forastero, que no tienen más *plako*[16]; la verdad, *hijo*, no podemos darte tabaco, y lo siento mucho; pero, en cambio, tenemos polvo

abundante *a tu servicio*.

Al decir esto, se metió la mano en un bolsillo, y, sacando un puñado de una especie de polvo de tabaco, se lo arrojó a los ojos al alguacil; pateaba éste y bramaba, pero las dos *Callees* le sujetaban fuertemente. Al fin, consiguió soltarse, y trató de desenvainar un cuchillo que llevaba en la faja; pero las hembras jóvenes se arrojaron sobre él como furias, mientras la vieja le sacudía con el palo en la cara; pronto cedió de buen grado el campo, y se retiró abandonando el sombrero y la capa, que la *chabí* recogió y tiró a la calle detrás de él.

—Este es un mal asunto—dije yo—. El tipo ese irá, naturalmente, a buscar a demás de la *justicia*, y vendrán para meternos en el *estaripel*.

—*¡Ca!*—dijo la Callee negra mordiéndose la uña del dedo pulgar—. Tiene más motivos para temernos que nosotras a él. Podemos mandarle a la *filimicha*, y, sobre todo, tenemos aquí amigos, muchos, muchos.

—Sí—murmuró la vieja—. Las hijas del *bají* tienen amigos, mi *Caloró* de Londres, entre los *Busné, baributre, baribú*[17].

Ninguna otra cosa digna de mención me ocurrió en la casa de los gitanos. Al día siguiente, Antonio y yo cabalgamos de nuevo. Lo menos recorrimos trece leguas antes de llegar a la *venta*, donde dormimos. Al otro día madrugamos mucho, porque, según dijo Antonio, teníamos que hacer una jornada muy larga. «¿Adónde vamos hoy?—pregunté—.» «A Trujillo.»

Cuando el sol salió, tristemente, entre nubes que amenazaban lluvia, nos hallábamos en las inmediaciones de una cadena de montañas que corría a nuestra izquierda, llamada, según me dijo Antonio, *Sierra de San Selvan*. El camino atravesaba vastas llanuras, donde crecían arbustos

raquíticos. De vez en cuando veíamos alguna triste aldea, con su iglesia antigua y destrozada. Casi todo el día estuvo lloviznando; el polvo de los caminos se hizo barro, y nuestra marcha fué más penosa. Al atardecer salimos a un yermo sembrado de enormes peñas y pedruscos. El sitio era muy agreste. A cierta distancia se elevaba ante nosotros una colina de forma cónica, muy escabrosa, que parecía ser ni más ni menos que un gigantesco rimero de piedras de igual clase que las esparcidas por el yermo. La lluvia cesó, pero un viento muy fuerte se alzó gemebundo a nuestra espalda. Mucho trabajo me había costado durante todo el viaje marchar al mismo compás que la mula de Antonio; mi caballo era de paso lento, y no descubrí ni el menor vestigio del genio que, según el gitano, dormitaba en él. Al llegar a un sitio bastante despejado, dije:

—Voy a probar si este caballo tiene alguna de las cualidades que me has dicho.

—Está bien—contestó Antonio—; y, arreando a la mula, rápidamente me dejó atrás.

Tiré del freno al caballo, por buscarle el genio, y el animal se detuvo, se puso de manos, y se negó a seguir adelante. «Suéltale las riendas y tócale con el látigo»—me gritó Antonio—. Así lo hice, y en el acto el caballo salió al trote, que paulatinamente fué aumentando en rapidez hasta convertirse en un frenético trote largo; sus remos recobraron toda su agilidad, y meneaba las manos de un modo maravilloso. La mula de Antonio, de genio y ligera, trató de seguirle por un momento; pero, en un abrir y cerrar de ojos, se quedó muy atrás. Aquel tremendo trote duraba ya una milla, cuando el caballo, entrando cada vez más en calor, salió de pronto al galope. ¡Viva! Corríamos más impetuosos y ciegos que una liebre; iba el

caballo, literalmente, *ventre à terre*, y me costó mucho trabajo guiarle entre los pedruscos, contra los que nos hubiéramos hecho pedazos los dos si llega a dar un tropezón en su furiosa carrera.

Así me llevó hasta el pie del cerro, donde aguardé a que el gitano me alcanzara. Dejamos a nuestra derecha el cerro, que parecía inaccesible, y pasamos por una aldehuela mísera. Se puso el sol; la noche nos envolvió en tinieblas, pero nosotros continuamos la marcha casi tres horas más, hasta que oímos ladrar perros y percibimos dos o tres luces a lo lejos.

—Este es Trujillo—dijo Antonio, que llevaba largo rato sin hablar.

—Me alegro mucho—contesté—. Estoy muy cansado y dormiré bien en Trujillo.

—Eso será si podemos—dijo el gitano, avivando el paso de la mula.

No tardamos en entrar en la ciudad, muy triste y oscura. Sin saber adonde íbamos, seguí los pasos del gitano, que me guió por calles y plazas lóbregas, donde maullaban los gatos. «Esta es la casa»—dijo al fin, apeándose ante una humilde choza—. Llamó, y no le contestaron; volvió a llamar, y tampoco hubo respuesta; sacudió la puerta, y trató de abrirla, pero estaba cerrada con llave y bien atrancada. «*¡Caramba!*—exclamó—. No están; ya me lo temía yo. ¿Qué vamos a hacer ahora?»

—En eso no hay gran dificultad. Si tus amigos no están, vámonos a la *posada*.

—No sabes lo que dices—replicó el gitano—. Yo no me atrevo a ir a la *mesuna*[18] ni a entrar en más casa de Trujillo que ésta. Bueno, no hay remedio, seguiremos el viaje, y, entre nosotros, cuanto antes mejor; a mi *planoró*[19] le ahorcaron en Trujillo».

Echó *yesca*, encendió un cigarro, montó en la mula, y anduvimos por

calles y callejuelas tan tristes como las que ya habíamos atravesado, no tardando en vernos de nuevo fuera de poblado.

No me hizo mucha gracia la resolución del gitano, lo confieso; tenía yo muy poca gana de marcharme de Trujillo y aventurarme por sitios desconocidos, de noche, con lluvia y niebla, porque el viento se había echado y el agua caía otra vez con fuerza. Estaba, sobre todo, cansadísimo, y lo que más me apetecía era tumbarme en un abrigado pesebre y entregarme al sueño arrullado por el agradable rumor de caballos y mulas comiéndose el pienso. Pero, como viajero experimentado, me guardé muy bien de disputar con mi guía en tales circunstancias, y una vez que me había puesto en sus manos, le seguí sin replicar, pegado a la grupa de su cabalgadura, alumbrados tan sólo por el fulgor del cigarro del gitano; cuando Antonio escupió la colilla en un lodazal, quedamos en profundas tinieblas.

Mucho tiempo caminamos de ese modo: el gitano, en silencio; yo, callado; y la lluvia, cada vez más densa. Algunas veces me parecía oír gritos lúgubres, algo así como el silbido de la lechuza. «Hace una noche poco a propósito para andar por el campo»—dije por fin a Antonio—. «Así es, hermano—me contestó—. Pero prefiero andar por estos sitios en noches como ésta a verme en el *estaripel* de Trujillo».

Otra legua por lo menos llevaríamos andada cuando me pareció que debíamos de estar cerca de un bosque[20], porque de vez en cuando distinguía grandes troncos de árboles. Súbitamente, Antonio detuvo la mula. «Hermano—me dijo—, mira hacia la izquierda y dime si ves una luz; tus ojos ven más que los míos.» Hice como me ordenaba, y, al pronto, nada vi; pero, adelantándome un poco, percibí claramente a cierta

distancia entre los árboles un fuerte resplandor. «Lo que veo no puede ser una luz—dije—, sino la llama de una hoguera.» «Es lo más probable»—respondió Antonio—. «Por aquí no hay *queres*[21]; se trata, sin duda, de una hoguera encendida por *durotunes*[22]. Vamos a buscarlos, porque, como dices tú, es lastimoso andar de noche con lluvia y lodo.»

Nos apeamos, entrándonos por el bosque, guiando con cuidado a las caballerías por entre los árboles y matorrales. A los cinco minutos llegamos a una plazoleta, en la que, en el lado opuesto al de nuestra llegada, ardía una hoguera, y en pie, o sentadas junto a ella, estaban dos o tres personas; nos habían oído acercarnos, y una de ellas gritó: «*¿Quien vive?*» «Yo conozco esa voz»—dijo Antonio—; y, dejándome allí con el caballo, avanzó rápidamente hacia la hoguera. Al instante oí un *¡hola!* y una risotada, y, poco después, la voz de Antonio llamándome. Me acerqué a la hoguera, y encontré a dos mozos muy atezados y una mujer, como de cuarenta años, aún más negruzca, sentada en las mantas y enjalmas de las mulas. Vi también un caballo y dos burros atados a los árboles. Aquello era, en efecto, un vivac gitano... «Adelante, hermano, y déjate ver—me dijo Antonio—. Estás entre amigos. Estos son del *Errate*, los que yo buscaba en Trujillo, y en cuya casa hubiéramos dormido.»

—¿Y por qué razón se han marchado de Trujillo y se han venido al monte a pasar una noche como esta?

—Por los asuntos de Egipto, hermano; no lo dudes—replicó Antonio—. Y esos asuntos no nos importan; ¡*calla* [la] *boca*! Ha sido una suerte que los encontremos aquí, porque en otro caso no hubiéramos tenido cena nosotros ni pienso los caballos.

—Mi *ro* está preso en un pueblo que hay ahí—dijo la mujer, señalando

con la mano en una dirección determinada—. Está preso por *choring* una *mailla*[23]. Hemos venido a ver qué podemos hacer por él; ¿y dónde íbamos a alojarnos mejor que en el monte, que no se paga nada? Me figuro que no será la primera vez que el *Caloré* ha dormido al pie de un árbol.

Uno de los muchachos trajo cebada para las caballerías en un talego, que colgamos sucesivamente de la cabeza del caballo y de la mula; en él metieron el hocico los pobres animales, y los dejamos regalarse hasta que nos pareció que habían saciado el hambre. Arrimado a la lumbre borbotaba un *puchero*, medio lleno de tocino, *garbanzos* y otras sustancias; vaciáronlo en una escudilla de madera, y Antonio y yo cenamos. Los otros gitanos se negaron a acompañarnos, dándonos a entender que habían comido antes que llegásemos; pero hicieron cumplido honor a la bota de Antonio, que tuvo la precaución de llenarla antes de salir de Mérida.

Estaba yo a tales horas completamente rendido de cansancio y de sueño. Antonio me arrojó una inmensa manta de caballo que llevaba, con otras varias, debajo del albardón de la mula; me arropé bien, y me eché en el suelo, con la cabeza apoyada en un lío de ropa, y los pies todo lo cerca que pude ponerlos de la lumbre.

Antonio y los otros gitanos se quedaron sentados y hablando alrededor de la hoguera. Escuché un poco; pero no los entendía bien, y lo que entendía no me importaba. La llovizna continuaba; pero no hice gran caso de ello, y no tardé en dormirme.

Estaba saliendo el sol cuando me desperté. Me costó bastante trabajo ponerme en pie; tenía los miembros entumecidos, y la cabeza cubierta de escarcha; durante la noche había cesado de llover, y la helada era bastante fuerte. Miré en torno, y no vi a Antonio ni a los otros gitanos. Las

caballerías de estos últimos habían desaparecido, y también el caballo que montaba yo; pero la mula de Antonio permanecía aún atada al árbol. Esta circunstancia disipó ciertos temores que empezaban a surgir en mi ánimo. «Se habrán ido a los asuntos de Egipto—me dije—, y no tardarán en volver.» Recogí como pude los rescoldos de la hoguera, y, amontonando un poco de leña, pronto se alzó viva llama, a la que arrimé el *puchero* con los restos de la cena de la noche pasada. Mucho tiempo estuve esperando a que volviesen mis compañeros; pero como no asomaban por parte alguna, me senté y me puse a comer. No había terminado, cuando oí el ruido de un caballo que se acercaba rápidamente, y, un momento después, apareció Antonio entre los árboles dando muestras de agitación. Se tiró del caballo, y al instante se puso a desatar la mula. «¡Monta, hermano, monta!»—dijo mostrándome el caballo—. «Iba con la *Callee* y los *chabés* al pueblo donde su *ro* está preso; pero el *chinobaró*[24] los ha cogido, con las caballerías, y me hubiera echado mano a mí también; pero metí espuelas al *grasti*, le solté las riendas y escapé. Monta, hermano, monta, o en un abrir y cerrar de ojos tendremos aquí a toda la *canaille* rústica.»

Hice como me ordenaba; en seguida salimos al camino del día anterior, y corrimos por él a toda prisa; el caballo sacó su trote más veloz, y la mula, con las orejas tiesas, galopaba intrépidamente a su lado.

—¿Qué pueblo es aquel que hay allí?—pregunté señalando a un cerro, cuando llevábamos una hora de camino, y al disponernos a entrar en un valle profundo.

—Es Jaraicejo—dijo Antonio—. Un sitio que ha sido siempre malo para la gente *Caló*.

—Pues, si es malo, supongo que no pasaremos por él.

—No tenemos más remedio que pasar, por varias razones: primera, porque el camino atraviesa Jaraicejo; y segunda, porque necesitamos comprar provisiones para nosotros y las bestias; al otro lado de Jaraicejo hay un *despoblado* donde no encontraríamos nada.

Cruzamos el valle, subimos el cerro, y, cuando estábamos cerca del pueblo, el gitano dijo:

—Hermano, lo mejor es pasar por el pueblo separados. Yo iré delante; sígueme poco a poco, y, una vez en Jaraicejo, compras pan y cebada; tú no tienes nada que temer. En el *despoblado* te espero.

Sin aguardar mi respuesta arrancó presuroso, y no tardé en perderle de vista. Seguí mi camino muy despacio, y entré en el pueblo, asaz viejo y ruinoso; apenas tenía más que una calle, y al avanzar por ella, vino a mí corriendo un hombre con una sucia gorra de cuartel en la cabeza y un fusil en la mano.

—¿Quién es usted?—me dijo en tono algo desapacible—. ¿De dónde viene usted?

—Vengo de Badajoz y Trujillo—respondí—. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Soy de la guardia nacional—contestó el hombre—, y estoy encargado de vigilar a los forasteros; me han dicho que un gitano acaba de pasar a caballo por el pueblo; su suerte ha sido que en aquel momento había entrado yo en mi casa. ¿Viene usted con él?

—¿Tengo yo aspecto de viajar en compañía de gitanos?

El nacional me miró de pies a cabeza, y luego me clavó los ojos en el rostro, con una expresión que parecía querer decir: «Sí, señor; bastante.» Realmente, mi atavío no era muy a propósito para disponer a la gente en

mi favor. Llevaba un sombrero andaluz muy viejo, que, por su estado, parecía como si le hubiesen pisoteado; una capa mugrienta, que acaso había servido a doce generaciones, me cubría el cuerpo; lo demás de mi atuendo no era de mejor calidad, y todo lo que de él parecía estaba manchado de barro, y de barro llevaba también salpicado el rostro, sombreado además por una barba de ocho días.

—¿Tiene usted pasaporte?—me preguntó al fin el nacional.

Recordé haber leído que el mejor modo de conquistar la voluntad de un español es tratarle con ceremoniosa cortesía. Eché, pues, pie a tierra, y, quitándome el sombrero, hice una profunda reverencia al soldado constitucional, diciéndole:

—*Señor nacional*, ha de saber usted que yo soy un caballero inglés que viaja por su gusto. Tengo pasaporte, y, en cuanto usted lo examine, verá que se halla perfectamente en regla; está expedido por el gran Lord Palmerston, ministro de Inglaterra, de quien naturalmente habrá usted oído hablar; al pie del pasaporte está su firma manuscrita; véala y regocíjese, porque acaso no vuelva a presentársele a usted otra ocasión de verla. Como yo tengo ilimitada confianza en el honor de todos los caballeros, dejaré el pasaporte en manos de usted mientras voy a comer a la posada. Cuando le haya usted revisado, será usted seguramente tan amable que vaya a devolvérmelo. Caballero, beso a usted la mano.

Le hice una nueva reverencia, que él me pagó con otra más profunda todavía, y, mientras miraba tan pronto al pasaporte como a mi persona, me fuí a la *posada*, guiado por un mendigo que hallé al paso.

Di un pienso al caballo y me proveí de pan y de cebada, como el gitano me aconsejó; compré también tres hermosas perdices a un cazador que

estaba bebiendo vino en la *posada*. Quedó muy contento con el precio que le pagué, y me invitó a tomar una *copita*; acepté, y hablando estábamos, sentados a la mesa, cuando llegó el nacional con mi pasaporte en la mano, sentándose a nuestro lado.

Nacional.—*¡Caballero!* Le devuelvo a usted el pasaporte; está completamente en regla. Me alegro mucho de haberle conocido, y espero que me dará usted ciertas noticias acerca de la guerra.

Yo.—Tendré mucho gusto en dar a un caballero tan cortés y tan honrado como usted todas las noticias que sepa.

Nacional.—¿Qué hace Inglaterra? ¿Va, al fin, a prestar ayuda a mi país? Si ella quisiera, podía acabar la guerra en tres meses.

Yo.—No se preocupe, *señor nacional*. La guerra se acabará, sin duda ninguna. ¿Ha oído usted hablar de la legión inglesa que milord Palmerston ha enviado a España? Pues deje usted el asunto en sus manos, y no tardará en ver los resultados.

Nacional.—Me parece a mí que ese *Caballero* Balmerson debe de ser un hombre muy cabal.

Yo.—Eso no tiene duda.

Nacional.—He oído decir que es un gran general.

Yo.—Tampoco eso tiene duda. En algunas cosas ni Napoleón ni El Serrador pueden medirse con él. *Es mucho hombre.*

Nacional.—Me agrada oírlo. ¿Vendrá a mandar la legión en persona?

Yo.—Creo que no; pero ha enviado para mandarla a un amigo suyo que pasa por ser casi tan versado en cosas militares como él.

Nacional.—Mucho me complace oírlo. Veo que la guerra acabará pronto. *Caballero*, le agradezco su cortesía y las noticias que me ha dado.

Le deseo un viaje feliz. Confieso que me sorprende ver a un caballero de su país de usted viajar solo y de esa manera por estas regiones. Los caminos están muy poco seguros, y han ocurrido, no hace mucho, varios accidentes y más de dos muertes en las cercanías. El *despoblado* tiene malísima fama; vaya usted prevenido, *Caballero*. Siento que el gitano ese haya podido pasar; si se le encuentra usted, al menor gesto sospechoso péguele un tiro o atraviésele sin vacilar; es un ladrón muy conocido, *contrabandista* y asesino; más muertes ha hecho que dedos tiene en las manos. *Caballero*, si usted me lo permite, le proporcionaremos una escolta hasta la bajada del puerto. ¿No quiere usted? Entonces, ¡adiós! Un momento: antes de marcharme, deseo ver de nuevo la firma del *Caballero* Balmerson.

Otra vez le mostré la firma, que estuvo contemplando con profunda reverencia, y hasta le hizo un rápido saludo con la gorra. Después, nos dimos un abrazo y nos separamos.

Monté a caballo y guié hacia el despoblado, marchando, al principio, muy despacio. Pero, en cuanto me vi en el campo, puse el caballo al trote largo, y, durante cierto tiempo, anduve con tremendo compás, esperando alcanzar al gitano de un momento a otro; sin embargo, no le veía por ninguna parte, ni me encontré a un solo ser humano. El camino, angosto y arenoso, serpenteaba entre las espesas retamas y chaparros que cubrían el *despoblado*, tan altos, a veces, como un hombre. Al fondo, en la dirección que yo llevaba, había un cerro alto y desnudo. El despoblado tenía lo menos tres leguas; lo atravesé casi todo, acercándome ya al pie del cerro, y, cuando empezaba a sentirme muy intranquilo, pensando que acaso me había dejado atrás al gitano, metido entre los chaparros, oí súbitamente un *¡Hola!* muy conocido, y vi aparecer en medio de unas matas de retama una

cabeza ruda y atezada, y unos ojos que me miraban con fijeza.

—Mucho has tardado, hermano—me dijo—. Casi he creído que me habías engañado.

Me rogó que me apease, y llevó el caballo detrás de un espesar, donde estaba la mula atada a una estaquilla. Entregué a Antonio el pan y la cebada, y le referí lo sucedido con el nacional.

—Quisiera tenerle aquí—exclamó el gitano al oír los epítetos que el otro le había prodigado—para que mi *chuli*[25] y su *carló*[26] se conociesen mejor.

—¿Y qué haces aquí, en este desierto, entre estas matas?

—Estoy esperando un emisario que ha de venir de muy lejos, y hasta que pase no puedo seguir adelante ni retroceder. Estoy aquí por los asuntos de Egipto, hermano.

Como esta era la expresión que invariablemente empleaba para esquivar mis preguntas, guardé silencio. Dimos pienso a los animales, y luego hicimos nosotros una frugal colación de pan y vino.

—¿Por qué no guisamos esas perdices?—pregunté—. Aquí hay de sobra con qué encender lumbre.

—El humo podría descubrirnos, hermano—dijo Antonio—. Me interesa estar *escondido* aquí hasta que llegue el emisario.

Era ya muy entrada la tarde. El gitano, echado detrás de un matorral, se levantaba a veces para mirar afanosamente a la colina que teníamos delante; al cabo, lanzando una exclamación de contrariedad y de impaciencia, se dejó caer al suelo, y en él estuvo tendido mucho rato, absorto, al parecer, en sus reflexiones; por último, levantó la cabeza y me miró a la cara.

Antonio.—Hermano, no puedo adivinar asuntos que te traen a esta

tierra.

Yo.—Quizás los mismos que te traen a este despoblado; asuntos de Egipto.

Antonio.—No tal, hermano. Es verdad que hablas la lengua de Egipto; pero ni tus maneras ni tus palabras son las de un *Caló* ni de un *Busné*.

Yo.—¿No me oíste hablar en los *foros* acerca de Dios y *Tebleque*?[27] He venido a tierras de España para explicar la palabra divina a los *Calés* y a los gentiles.

Antonio.—¿Y quién te envía con esa misión?

Yo.—No me entenderías aunque te lo dijese. Has de saber, sin embargo, que muchas gentes de países extranjeros lamentan las tinieblas en que yace España, y las crueldades, robos y muertes que la afean.

Antonio.—Esas gentes, ¿son *Caloré* o *Busné*?

Yo.—¿Qué más da? Los *Caloré* y los *Busné* son hijos del mismo Dios.

Antonio.—Mientes, hermano; ni vienen del mismo padre ni son del mismo *Errate*. Hablas de robos, crueldades y muertes; pero es que hay demasiados *Busné*, hermano; si no hubiera *Busné*, no habría ni robos ni muertes. Los *Caloré* no se roban ni se matan unos a otros; los *Busné*, sí; ni son crueles con los animales, porque su ley se lo prohibe. Un día, siendo yo chico, pegué a una *burra*; pero mi padre me sujetó la mano, y, reprendiéndome, dijo: «¡No hagas daño a ese animal, porque dentro de él está el alma de tu propia hermana!»

Yo.—¿Es posible que creas en una doctrina tan bárbara, Antonio?

Antonio.—A veces, sí; a veces, no. Algunos hay que no creen en nada, ni siquiera en que viven. Hace mucho tiempo, conocí yo a un *Caloré* viejo, muy viejo, tenía más de cien años, y una vez le oí decir que todo lo que

creemos ver es mentira; que no hay mundo, ni hombres, ni mujeres, ni caballos, ni mulas, ni olivos. Pero ¿adónde vamos a parar por este camino? Te he preguntado por qué vienes a este país, y me dices que por la gloria de Dios y *Tebleque*. *¡Disparate!* Eso se lo cuentas a los *Busné*. No hay duda que tendrás muy buenas razones para venir aquí, porque, en otro caso, no habrías venido. Algunos dicen que eres un espía de los *Londoné*[28]. Tal vez; pero no me importa. Levántate, y dime, hermano, si ves a alguien bajar del puerto.

—Veo una cosa a lo lejos—repliqué—como una mancha en la vertiente del cerro.

El gitano se puso en pie, y ambos miramos con atención, pero la distancia no nos permitió al principio ver claramente si aquel objeto se movía o no. Un cuarto de hora después se disiparon nuestras dudas, porque el objeto que observábamos había llegado al pie del cerro y columbramos una persona montada en un animal, cuya especie aún no pudimos reconocer.

—Es una mujer—dije yo al cabo—montada en un asno rucio.

—Entonces es mi emisario—dijo Antonio—; no puede ser otro.

La mujer y el burro llegaron al llano, y por un rato desaparecieron a nuestra vista entre las leñas y malezas del monte. No tardaron en aparecer a una distancia como de cien varas. El burro era un hermoso animal, de pelo gris plateado, que venía retozando, moviendo el rabo, y con paso tan ligero que parecía no tocar el suelo con las patas. En cuanto nos vió, se paró en seco, dió media vuelta, e intentó marcharse por donde había venido; pero al sentirse dominado, se puso de manos, y hubiera concluído por tirar al suelo a la mujer, si ella misma no se apea con ligereza. La mujer traía el

cuerpo enteramente envuelto en los amplios vuelos de una capa de hombre. Corrí a prestarle ayuda, cuando, al volver hacia mí su rostro, reconocí en el acto las finas y correctas facciones de Antonia, hija de mi guía, a quien yo había visto en Badajoz. Sin dirigirme la palabra, se acercó a su padre y le dijo en voz baja algo que no pude percibir. Antonio se echó atrás, con un estremecimiento, y vociferó: «¡Todos!» «Sí», respondió ella en voz más alta, repitiendo probablemente las palabras que antes no pude cazar: «A todos los han cogido.»

El gitano se quedó consternado, al parecer; y como yo no tenía ninguna gana de asistir a una conversación que, probablemente, iba a versar sobre los asuntos de Egipto, me aparté de allí, metiéndome entre los matorrales. Estuve solo un buen rato; a veces llegaban hasta mí exclamaciones y juramentos. A la media hora volví; los gitanos se habían salido del camino, y estaban sentados en el suelo, detrás de las mismas retamas que ocultaban a las caballerías. Torvo el semblante, el gitano empuñaba un cuchillo desnudo, y de vez en cuando clavábalo en la tierra, exclamando: ¡Todos! ¡Todos!

—Hermano—dijo al fin—no puedo ir ya más lejos contigo; el asunto que me llevaba a *Castumba* está ya arreglado. Desde ahora viajarás solo y entregado a tu *bají*.

—Confío en *Undevel*[29]—contesté—que escribió mi destino mucho tiempo ha. Pero, ¿cómo voy a arreglarme sin caballo? Porque, sin duda, tu necesitarás el tuyo.

El gitano pareció reflexionar.

—Es verdad, necesito el caballo, hermano—me dijo—y también el *macho*, pero como no vas a ir en *pindré*[30], le compras a Antonia la *burra*

que yo le di cuando la envié a esta expedición.

—Me parece que la *burra* está sin domar y resabiada.

—Así es, hermano, y por eso la compré; las caballerías resabiadas y mal domadas suelen tener muy buenos pies. Tu eres *Caló*, hermano, y podrás montarla. Así que, le das a mi hija Antonia un *baria*[31] de oro por la *burra*, y si te parece conveniente, véndela en Talavera o en Madrid, porque las *bestias* extremeñas son muy apreciadas en *Castumba*.

Menos de una hora después, iba yo por la otra vertiente del puerto, montado en la *burra* cerril.

* * *

Notas

1. Hechicera.

2. Venenos.

3. ¡Oh madre de los gitanos!

4. Doncellez.

5. Con las manos.

6. Perdida.

7. Grande.

8. Seda.

9. Oro.

10. Agua.

11. Verdaderamente.

12. Simple.

13. No le digas nada, mozo mío; es un perro alguacil.

14. *Beng*; *Bengui*: el diablo.

15. Cárcel.

16. Tabaco.

17. Mucho; abundante.

18. Posada.

19. *Plan, Planoró, Plal*: Hermano, camarada.

20. Estaba en *Las Gamas*, cerca de Carrascal. (Knapp).

21. Pueblos.

22. Pastores.

23. *Mailla*, burra.

24. Una autoridad.

25. Cuchillo.

26. Corazón.

27. El Salvador, Jesús.

28. Ingleses.

29. Dios.

30. *Pinró*, *Pindró* (pl. *Pindré*): pie.

31. Onza.

Capítulo XI

El puerto de Mirabete.— Lobos y pastores.— La sutileza de las hembras.— Muerto por los lobos.— Se aclara el misterio.— Las montañas.— La hora tenebrosa.— Un viajero nocturno.— Abarbanel.— Los tesoros ocultos.— El poder del oro.— El arzobispo.— Llegada a Madrid.

Bajaba yo del puerto de Mirabete pensando a ratos en el propósito que me había llevado a España, y admirando otros uno de los más hermosos panoramas del mundo. Ante mí se extendían inmensas planicies limitadas en la lejanía por montañas gigantescas, y a mis pies serpenteaba entre márgenes escarpadas la vena angosta y profunda del Tajo. El sol poniente doraba el paisaje. El día, aunque frío y ventoso, era despejado, brillante. En una hora llegué al río por junto a los restos de un magnífico puente volado en la guerra de la Independencia, y no reconstruído.

Crucé el Tajo en una barca; el paso fué un poco difícil por la rapidez de la corriente, engrosada con las últimas lluvias.

—¿Estoy ya en Castilla la Nueva?—pregunté al barquero al llegar a la otra orilla.

—La *raya* está a unas cuantas leguas de aquí—contestó—. Usted

parece extranjero. ¿De dónde viene usted?

—De Inglaterra.

Y sin aguardar otra respuesta, monté en la *burra* y seguí mi camino. La *burra* meneó los remos con presteza, y poco después de cerrar la noche llegué a una aldea distante unas dos leguas de la orilla del río.

Me alojé en una *venta*. Ardía en la cocina una buena fogata, en la que se quemaba un tronco de olivo casi entero. Allí me senté, y me entretuve en examinar la diversa catadura de los presentes. Había un cazador con su *escopeta*; un par de pastores, con enormes perros, de los famosos de Extremadura; un soldado licenciado que volvía de la guerra, y un mendigo, que después de pedir una limosna por las siete llagas de *María Santísima*, se sentó con nosotros y se instaló muy a sus anchas. La ventera era una mujer activa y servicial, que se ocupó en aderezarme la cena, consistente en las perdices compradas en Jaraicejo, que el gitano, al despedirse de mí, me aconsejó que me llevara. Mientras las guisaban estuve al amor de la lumbre oyendo la conversación de aquella gente.

—Más quisiera ser lobo—dijo uno de los pastores—u otra cosa cualquiera, que pastor. Bonita vida la nuestra, siempre en el *campo*, entre *carrascales*, pasando frío y hambre por una *peseta* diaria. Un lobo se da mejor vida y es más temido que un mísero pastor.

—Pero muchas veces—dije yo—lo pasa muy mal, y cuando los pastores y perros caen sobre él, paga con la cabeza todas sus hazañas.

—Eso ocurre muy pocas veces, señor viajero—dijo el pastor—. El lobo acecha las ocasiones, y es muy raro que se meta en un mal paso. Y lo que es atacarle, crea usted que es muy poco agradable. Tiene garras y dientes, y al hombre o al perro que los prueban una vez, les quedan muy pocas ganas de

ponerse nuevamente a su alcance. Estos perros míos se atreverían, uno a uno, con un oso, aunque es un animal mucho más fuerte, y en cambio los he visto yo huír del lobo, a pesar de que los azuzábamos.

—El lobo es muy peligroso, y, además, muy astuto. Sabe más que nadie y conoce el punto vulnerable de cada animal. Vea usted, pongo por caso, cómo ataca a los terneros: saltándoles al cuello y desgarrándoles las venas con uñas y dientes. Pero ¿ataca así a un caballo? Me figuro que no.

—En efecto—dijo el otro pastor—sabe muy bien lo que hace, y a los caballos se les sube de un brinco en las ancas y desjarreta en seguida. ¡Qué miedo siente un caballo al pasar cerca de la madriguera del lobo! Mi amo iba el otro día al *despoblado* por lo alto del puerto, en el trotón andaluz, que le ha costado quinientos duros; de pronto, el caballo se paró y se puso a sudar y a temblar como una mujer a pique de desmayarse. Mi amo no podía adivinar el motivo, hasta que oyó unos gruñidos entre las matas; disparó la escopeta y espantó a los lobos, que salieron huyendo; pero me ha dicho que al caballo aún no se le ha pasado el susto.

—Sin embargo, las yeguas saben, cuando llega el caso, chasquear al lobo—replicó su compañero—. Las yeguas, como todas las hembras, son muy astutas y maliciosas. Si están, pongo por caso, pastando en el *campo* con sus crías, y se da la señal de que viene el lobo, se asustan y corren un poco, pero al momento se reunen y se forman en corro, poniendo dentro a los potros. Llega el lobo, esperando darse un banquete de carne de caballo, pero se lleva chasco; las yeguas son tan listas como él. Todas le hacen cara, esconden la grupa, y cuando el lobo se pone a dar vueltas trotando y aullando alrededor del corro, se alzan de manos dispuestas a aplastarlo contra el suelo, en cuanto intente hacerles, a ellas o a su *cría*, el menor

daño.

—Peor que el lobo—dijo el soldado—es la loba; porque como ha dicho muy bien el *señor pastor*, las hembras tienen más malicia que los machos. Es cosa sorprendente ver a una de esas diablas dirigir una manada de machos. Van tras ella, repitiendo todo lo que hace; parecen embrujados y no tienen más remedio que imitarla. Una vez viajaba yo con un compañero por las montañas de Galicia, cuando de pronto oímos un aullido. «Son los lobos—dijo mi compañero—. Echémonos fuera del camino.» Así lo hicimos, y remontamos un poco la falda del cerro, hasta llegar a una explanada plantada de vides, como se usa en Galicia. A poco apareció una loba muy grande, de pelo gris, *deshonesta*, guiando a dentelladas y gruñidos una manada de demonios que la seguían muy pegados a ella, con el rabo enhiesto y los ojos como brasas. ¿Qué creerán ustedes que hizo el maldito animal? En lugar de seguir por el camino, echó hacia donde nosotros estábamos, y como ya no había remedio, nos estuvimos quietos y en silencio. Yo estaba el primero, y la loba me pasó tan cerca, que me rozó con el pelo las piernas; no me hizo caso, sin embargo, y siguió adelante, sin mirar a derecha ni izquierda, y todos los demás lobos pasaron trotando junto a mí, sin hacerme el menor daño y sin mirarme siquiera. No puedo decir lo mismo de mi pobre compañero, que estaba un poco más lejos, y, a mi parecer, no tan en la dirección de los lobos como yo. Después de pasar muy cerca de él, bruscamente la loba dió media vuelta y le mordió. Nunca olvidaré lo que ocurrió luego; en un instante doce lobos se arrojaron sobre él y le despedazaron, aullando de un modo horrible. En un santiamén le devoraron, y sólo quedó de él la calavera y unos cuantos huesos; después, los lobos se fueron como habían venido. Tengo motivo para agradecer a mi

señora la loba, que hiciese menos caso de mí que de mi compañero.

Oyendo esta y otras conversaciones por el estilo, me adormilé al amor de la lumbre, y así estuve gran rato, hasta que me despertó una voz que decía muy alto: «Los han cogido a todos». Eran las mismas palabras que tanta confusión produjeron a Antonio el gitano cuando se las oyó a su hija en el despoblado. Miré en torno mío, y vi que seguían allí los mismos individuos a cuya conversación asistí antes de amodorrarme; pero ahora el orador era el mendigo, y hablaba con mucho calor.

—Dispense usted, *caballero*—dije yo—, pero no he oído lo que ha dicho usted al principio. ¿Quiénes son esos que han cogido?

—Una cuadrilla de malditos *gitanos*, *caballero*—replicó el mendigo, devolviéndome el título que yo cortésmente le había dado—. Más de quince días han tenido infestada la raya de Castilla, y han robado y matado a muchos señores viajeros como usted. Parece que la *canaille* gitana trata de aprovechar los disturbios de estos tiempos, y se ha constituído en facción. Dicen que a esa cuadrilla iban a juntársele muchos de sus hermanos de raza, y lo creo, porque todos los gitanos son ladrones; pero, gracias a Dios, han acabado con ellos antes de que llegaran a ser demasiado temibles. Yo mismo los he visto llevar a la cárcel de... ¡Gracias a Dios! *Todos están presos.*

—Está aclarado el misterio—me dije, y me puse a despachar la cena, ya servida.

La jornada siguiente me llevó a una ciudad de cierta importancia, la primera entrando en Castilla la Nueva por aquella parte, cuyo nombre he olvidado[1]. Pasé la noche, como de costumbre, en la misma cuadra que mi *caballería*, echado cerca de ella en el pesebre. Como viajaba en borrico, juzgué necesario contentarme con un lecho proporcionado a mis medios

de locomoción, para no suscitar en la gente con quien trababa, la sospecha, viéndome demasiado exigente o delicado, de que yo fuese hombre más principal de lo que mi atavío y equipaje permitían suponer. Me levanté antes del alba y continué mi camino, esperando llegar con luz del sol a Talavera, de la que me separaban, según me dijeron, diez leguas. El camino seguía una planicie ininterrumpida, plantada casi toda de olivares. A pocas leguas de distancia por la izquierda, se alzaban las grandes montañas que ya he mencionado. Corrían hacia el Este, formando una cordillera al parecer interminable, paralela al camino; las cumbres y vertientes estaban cubiertas de nieve deslumbradora, barrida por el viento que llegaba hasta mí, a través de la vasta y melancólica planicie, en ráfagas cruelmente frías.

—¿Qué montañas son esas?—pregunté a un barbero-sangrador, que, montado en una *burra* del mismo pelo que la mía, emparejó conmigo a eso del mediodía, y me acompañó durante unas cuantas leguas—. «Se llaman de diverso modo, *caballero*—respondió el barbero—, según los nombres de los lugares inmediatos. Aquellas de allá lejos son la serranía de Plasencia; las que hay frente a Madrid son las montañas de Guadarrama, por un río de este nombre que en ellas nace. La cordillera es muy grande, *caballero*, y separa los dos reinos; del lado de allá está Castilla la Vieja. Son magníficas estas montañas, y aunque nos mandan muchísimo frío, a mí me agrada contemplarlas, cosa que no es de extrañar, pues he nacido en ellas, aunque ahora, por mis pecados, vivo en un pueblo del llano. No hay en toda España cordillera como ésta, *caballero*; tiene sus secretos, sus misterios. Muchas cosas singulares se cuentan de esas montañas y de lo que ocultan en sus profundos escondrijos, porque ha de saber usted que la cordillera es muy ancha, y se puede andar por ella días y días sin llegar a *término*.

Muchos se han perdido en ella y no ha vuelto a saberse nada de su paradero. Entre otras rarezas, cuentan que en ciertos sitios hay profundas lagunas habitadas por monstruos, tales como serpientes corpulentas, más largas que un pino, y caballos de agua que a veces salen de allí y cometen mil estropicios. Es cosa averiguada que, allá lejos, hacia el Oeste, en el corazón de la montaña, hay un valle maravilloso, tan estrecho, que en él sólo se le ve la cara al sol en pleno mediodía. Este valle permaneció desconocido durante miles de años; nadie soñaba su existencia. Pero, al cabo, hace mucho tiempo, unos cazadores entraron en él casualmente, y, ¿sabe usted lo que encontraron, *caballero*? Encontraron una pequeña nación o tribu de gente desconocida, que hablaba una lengua ignorada y que acaso vivía allí desde la creación del mundo sin tratarse con las otras criaturas humanas, y sin saber de la existencia de otros seres cerca de ellos. *Caballero*, ¿no ha oído usted hablar nunca del valle de las Batuecas? Se han escrito muchos libros acerca de este valle y de sus habitantes. A mí me enorgullecen esas montañas, *caballero*; si yo fuera hombre independiente, sin mujer y sin hijos, compraría una *burra* como la de usted—excelente, por lo que veo, y mucho mejor que la mía—y me iría a recorrer esas montañas hasta descubrir todos sus misterios y haber visto las maravillas que contienen.»

No cesé en todo el día de avivar el paso de la burra, y sólo me detuve una vez para echarle un pienso; pero, aunque el animalito se portó muy bien, llegó la noche y aún faltaban dos leguas hasta Talavera. Al ponerse el sol arreció el frío; me arropé lo mejor posible con la capa vieja del gitano, que aun traía conmigo; pero resultó escasa defensa contra la inclemente noche. El camino, siempre por terreno llano, estaba medio borrado, y en la

oscuridad era a veces difícil encontrarlo, sobre todo por los muchos atajos y veredas que lo cruzaban. Seguí adelante, empero, como pude, y cuando dudaba de la dirección que debía tomar, me abandonaba al instinto de mi cabalgadura. Salió al fin la luna, y a su débil luz distinguí de pronto un bulto que se movía a muy corta distancia delante de mí. Aligeré el paso de la *burra*, y no tardé en ponerme a su lado. El bulto continuó sin alterar su marcha un momento ni mirar. La silueta era de hombre, el más alto y corpulento que hasta entonces había yo encontrado en España, vestido también de un modo desusado en el país. Llevaba un sombrero bajo de copa y ancho de alas, muy semejante al de los carreteros ingleses; envolvíase el cuerpo en una especie de túnica larga y suelta, de cutí ordinario, abierta por delante, lo que permitía ver, en ocasiones, el resto de su traje, compuesto de un jubón y unos calzones de pana. Como he dicho, el ala de su sombrero era ancha; pero, aun siéndolo, no bastaba para cubrir un inmenso matorral de pelo negro como el carbón, espeso y rizado, que se desbordaba por todos lados. Colgadas del hombro izquierdo llevaba unas alforjas, y en la mano derecha una pértiga.

Había algo extraño en todo su continente; pero lo más chocante era la tranquilidad con que seguía andando sin ocuparse de mí, aunque, naturalmente, se daba cuenta de mi proximidad; miraba con fijeza al camino delante de sí, salvo cuando alzaba su ancha faz y clavaba sus grandes ojos en la luna, que ya brillaba con fuerza en el cielo.

—Está fría la noche—díjele al fin—. ¿Es este el camino de Talavera?

—Este es el camino de Talavera, y la noche está fría.

—Yo voy a Talavera—añadí—; supongo que usted también.

—Allí voy yo; usted también va, *bueno*.

La entonación con que pronunció estas palabras era, en su línea, tan extraña y singular, como el aspecto del hombre que las decía; no era exactamente la de una voz española, y, sin embargo, había algo en ellas que a duras penas podía ser extranjero; la pronunciación era también correcta, y el lenguaje, aunque insólito, sin faltas. Me chocó, sobre todo, la manera como había dicho la palabra *bueno*; algo parecido había oído yo en otra ocasión, pero no podía recordar cuándo ni dónde. Hubo una pausa. El desconocido andaba con paso arrogante y con perfecta indiferencia; al parecer estaba dispuesto a no buscar ni esquivar la conversación.

—¿No le da a usted miedo viajar por estos caminos, de noche?—le pregunté—. Dicen que están llenos de ladrones.

—¿Y no le debía dar a usted más miedo viajar por estos caminos, de noche? ¿A usted, que desconoce el país? ¿A usted que es un extranjero, un inglés?

—¿Cómo sabe usted que soy inglés?—pregunté lleno de sorpresa.

—No es cosa difícil; se lo he conocido en el acento.

—Ya que habla usted de eso—dije yo—, ¿y si su acento me descubriese también quién es usted?

—No puede ser—replicó mi compañero—; usted no sabe nada de mí, ni puede saberlo.

—No lo diga usted con tanta seguridad, amigo mío; yo estoy enterado de muchas más cosas de las que usted se figura.

—*¿Por ejemplo?*—dijo el desconocido.

—Por ejemplo—repliqué—; usted habla dos idiomas.

El hombre anduvo un poco en actitud reflexiva, y luego dijo en voz baja: *Bueno*.

—Usted tiene dos nombres—continué—: uno, para el interior de su casa, y otro, para la calle. Ambos son buenos; pero el del hogar es el que usted más quiere de los dos.

Anduvo otros cuantos pasos en la misma actitud que antes; de pronto, se volvió, y tomando nuevamente las riendas de la *burra*, la detuvo. Entonces contemplé de lleno su rostro y toda su persona; aún se me aparecen a veces en sueños sus formas hercúleas y sus facciones desmesuradas. Le vi plantado ante mí, bañado por la luz de la luna, mirándome a la cara con sus profundos y tranquilos ojos. Al cabo me dijo: «¿Es usted uno de los nuestros?»

* * * * *

Era ya muy entrada la noche cuando llegamos a Talavera. Fuimos a una casona lóbrega, la *posada* principal de la ciudad, según me dijo mi compañero. Entramos en la cocina, en uno de cuyos extremos ardía una buena lumbre. «Pepita—dijo mi compañero a una linda muchacha que salió a nuestro encuentro sonriendo—, un *brasero* y un cuarto reservado. Este caballero es un amigo mío y cenaremos juntos.» Pronto estuvo dispuesta la habitación, en la que había dos alcobas con sendas camas. Después de una cena que, por encargo de mi compañero, fué excelentísima, nos sentamos junto al brasero y comenzamos a hablar.

Yo.—Claro está que usted ha hablado con otros ingleses, porque en otro caso no me hubiera reconocido por el tono de la voz.

Abarbanel[2].—Cuando estalló la guerra de la Independencia, siendo yo un muchacho, vino al lugar en que yo vivía con mi familia un oficial inglés, encargado de instruir a reclutas; se alojó en casa de mi padre y me cobró gran afecto. Al marcharse me fuí con él, con permiso de mi padre, y le

acompañé por ambas Castillas como camarada y criado a la vez. Juntos estuvimos casi un año, y cuando, súbitamente, le mandaron volver a su país, quiso llevarme consigo; pero mi padre no lo consintió en modo alguno. Veinticinco años han pasado sin ver ningún inglés; a pesar de ello, le he conocido a usted en plena oscuridad.

Yo.—¿Y qué género de vida hace usted, y cuáles son sus medios de subsistencia?

Abarbanel.—Vivo sin dificultad alguna, como creo que vivieron mis antepasados, y como vivió, con toda certeza, mi padre, cuya misma ruta he seguido. A su muerte, tomé posesión de la *herencia*; era yo hijo único, los bienes, muchos; hubiera podido vivir sin trabajar; pero a fin de no llamar la atención, seguí el oficio de mi padre, que era *longanicero*. A veces he tratado también en lana; pero sin gran empeño por falta de estímulo. Con todo, he tenido buena suerte; en ocasiones, una suerte extraordinaria, y he ganado más que muchos otros entregados por completo al comercio y que se matan a trabajar.

Yo.—¿Tiene usted hijos? ¿Está usted casado?

Abarbanel.—Soy casado, pero sin hijos. Tengo mujer y una *amiga*, o, más bien, dos mujeres, porque con ambas estoy casado; pero a una le llamo *amiga* por guardar las apariencias; quiero vivir tranquilo, y no tengo gana de ofender los prejuicios de la gente que me rodea.

Yo.—Dice usted que es rico. ¿En qué consisten sus riquezas?

Abarbanel.—En oro, plata y piedras preciosas, pues he heredado todo lo que mis abuelos atesoraron. La mayor parte está escondido debajo de tierra; la verdad es que ni siquiera he visto la décima parte de ello. Tengo monedas de oro y plata anteriores al tiempo de Fernando el Maldito y

Jezabel; también tengo sumas importantes dadas a préstamo. Vivimos muy apartados, sin embargo, y nos hacemos pasar por pobres, incluso por miserables; pero en ciertas ocasiones, en nuestras fiestas, una vez cerradas y atrancadas las puertas, y después de soltar los perros fieros en el corral, comemos en vajillas como ya las quisiera para sí la Reina de España, y hacemos las abluciones en salvillas de plata modeladas y repujadas antes del descubrimiento de América, aunque vayamos siempre groseramente vestidos y nuestras comidas sean de ordinario muy modestas.

Yo.—Además de usted y de sus mujeres, ¿hay en su casa alguna otra persona de su gremio?

Abarbanel.—Mis dos criados son también de los nuestros; uno es joven, y pronto se marchará a casarse lejos de aquí; el otro es viejo, y viene por este mismo camino detrás de mí con un carro y una mula.

Yo.—¿Y adónde se dirige usted ahora?

Abarbanel.—A Toledo, donde a veces trafico como *longanicero*. Me gusta viajar, aunque sin alejarme mucho de mi casa. Desde que me separé del inglés no he vuelto a salir de Castilla la Nueva. Me gusta ir a Toledo y pensar allí en los tiempos que fueron; acabaría por establecerme en esa ciudad, si no hubiera en ella tantos malditos que me miran con malos ojos.

Yo.—¿Le conocen a usted por lo que realmente es? ¿Le molestan las autoridades?

Abarbanel.—La gente sospecha, naturalmente, lo que yo soy, pero como en casi todo me acomodo a sus costumbres, no se mezclan en mis asuntos. Es verdad que algunas veces, cuando entro en la iglesia a oír misa, me miran por encima del hombro, como diciendo: «¿A qué vienes aquí?» Algunas veces se santiguan al pasar a mi lado; pero como se limitan a eso,

no me preocupo gran cosa de ellos. Con las autoridades estoy en muy buenas relaciones. Muchos de los que desempeñan puestos elevados tienen dinero mío prestado, de modo que hasta cierto punto los tengo en mi poder; y la gente menuda, *alguaciles* y *corchetes*, está siempre dispuesta a favorecerme, en consideración a unos cuantos duros que reparto de vez en cuando entre ellos; de modo que, en conjunto, las cosas no pueden ir mejor. Cierto que antiguamente no ocurría así; sin embargo, yo no sé por qué sería, pero aunque otras familias lo pasaron muy mal, la nuestra disfrutó siempre de relativa tranquilidad. La verdad es que mi familia ha sabido conducirse siempre por modo maravilloso. Puedo decir que hay en ella una sagacidad parecida a la de la serpiente. Siempre hemos tenido amigos; con respecto a los enemigos, es la verdad que nunca nos han hecho daño impunemente, porque es regla de mi casa no olvidar las injurias y no escatimar esfuerzos ni gastos para arruinar y destruir al que nos perjudica.

Yo.—¿Se meten con usted los curas?

Abarbanel.—Los curas me dejan en paz, sobre todo en nuestro mismo pueblo. Poco después de la muerte de mi padre, uno muy exaltado trató de jugarme una mala pasada; pero yo me las arreglé para pagarle en la misma moneda, y logré que le encarcelaran acusado de blasfemia, y en la cárcel estuvo mucho tiempo, hasta que se volvió loco y murió.

Yo.—¿Tienen ustedes en España alguna persona que haga cabeza, investida de la suprema autoridad?

Abarbanel.—Tanto como eso, no. Hay, sin embargo, ciertas familias virtuosas que gozan de mucha consideración: la mía es una de ellas—la principal, puedo decir—. Especialmente, mi abuelo era un varón justo; y oí contar a mi padre que una noche un arzobispo fué secretamente a nuestra

casa, sólo para tener el gusto de besar la mano a mi abuelo.

Yo.—¿Cómo es posible eso? ¿Qué veneración puede sentir un arzobispo por uno como usted o como su abuelo?

Abarbanel.—Más de lo que usted se figura. El arzobispo era de los nuestros, o por lo menos lo había sido su padre, y él no podía olvidar lo que aprendió a reverenciar en la infancia. Dijo que había intentado inútilmente olvidarlo; que el *ruals* se cernía siempre sobre él, y que desde la niñez los terrores conturbaban su ánimo, hasta llegar al punto de no poder sufrirse a sí mismo. Por esto fué a ver a mi abuelo, con quien permaneció toda una noche, y luego se volvió a su diócesis, donde murió poco después, en gran opinión de santo.

Yo.—Me sorprende lo que usted dice. ¿Tiene usted algún motivo para suponer que entre el clero católico hay muchos de los vuestros?

Abarbanel.—No lo supongo, lo sé. Hay muchos como yo en el clero, y no de rango inferior tan sólo. Algunos de los más sabios y famosos clérigos de España han sido de los nuestros, o al menos de nuestra sangre, y muchos de ellos, hoy en día, piensan como yo. Hay una fiesta especial en el año, en la cual, cuatro dignatarios eclesiásticos vienen sin falta a visitarme; y cuando, tomadas las necesarias precauciones, se cumplen las ceremonias preparatorias, se sientan en el suelo y blasfeman.

Yo.—¿Son ustedes muchos en las ciudades importantes?

Abarbanel.—De ningún modo; rara vez vivimos en las ciudades grandes; sólo vamos a ellas para nuestros negocios, y preferimos vivir en los pueblos. Cierto que no somos mucha gente; en pocas provincias de España contaremos más de veinte familias. Ninguno de los nuestros es pobre. Los que sirven, lo hacen por conveniencia más que por necesidad, porque

sirviendo unos en casa de otros, se adiestran en tráficos diferentes. No es raro tampoco que el tiempo que se sirve sea el del noviazgo, y los criados se casan a veces con las hijas de sus amos.

Continuamos hablando casi toda la noche; a la mañana siguiente me dispuse a partir, pero mi compañero me aconsejó que me quedase allí todo el día. «Y si quiere usted hacerme caso—añadió—, no debe usted ir más lejos de ese modo. Esta noche pasará por aquí la diligencia de Extremadura a Madrid. Váyase en ella; es el modo más rápido y seguro de viajar. Yo le compraré a usted la burra. Mi criado, que ya ha venido, la ha visto y me dice que puede sernos útil. Pasaremos el día juntos, como hermanos, y luego nos iremos cada uno por nuestro lado.» Así lo hicimos. Cuando llegó la diligencia me metí en ella, y en la mañana del segundo día llegué a Madrid.

* * *

Notas

1. Oropesa, sin duda alguna, anota Burke. La Calzada de Oropesa, según Knapp.

2. Este es un nombre puesto a capricho por Borrow a su interlocutor. (Nota de Burke.)

Capítulo XII

Mi alojamiento en Madrid.— La patrona.— El embajador británico.— Mendizábal.— Baltasar.— Deberes de un Nacional.— Sangre moza.— La ejecución.— La población de Madrid.— Las clases altas.— Las clases bajas.— Las corridas de toros.— El gitano.

Llegué a Madrid en los comienzos de febrero de 1837. Estuve breves días en una *posada*, y me mudé a la habitación que alquilé en el núm. 3 de la calle de la Zarza[1], calle oscura y sucia, no obstante hallarse pegada a la Puerta del Sol, punto céntrico de Madrid, donde desembocan cuatro o cinco de las vías principales, y sitio de reunión, en todas las épocas del año, de los vagos de la capital, pobres o ricos.

La casa en que me alojé, era bastante singular. Ocupaba yo la parte delantera del primer piso; mis habitaciones consistían en una sala inmensa con un cuarto pequeño al lado, para dormir. La sala, a pesar de su tamaño, tenía muy pocos muebles: unas cuantas sillas, una mesa y un sofá componían todo su ornamento. Era muy fría y aireada, gracias a las corrientes que se colaban por tres grandes ventanas y por diversas puertas. La señora de la casa, acompañada por sus dos hijas, me condujo a mi aposento. «¿Ha visto usted nunca—me preguntó—un cuarto tan

hermoso como éste? ¿Verdad que es digno de un príncipe? El invierno pasado vivió aquí el gran general Espartero.»

La patrona era una mujer de desmesurada gordura, natural de Valladolid, en Castilla la Vieja. «¿Tiene usted alguna otra familia además de estas hijas?»—le pregunté—. «Dos hijos. Uno es oficial del ejército, y padre de este niño»—me contestó señalando a un muchacho de unos doce años, con cara de travieso pero listo, que brincaba por el aposento; «el otro es el nacional más famoso de Madrid. Es sastre de oficio y se llama Baltasar. Tiene gran influencia con los otros nacionales por el liberalismo de sus opiniones, y a una palabra suya toman las armas y acuden furiosos a la Puerta del Sol. Al presente, guarda cama; hace una vida muy desarreglada, y es muy amigo de toreros y de gentes peores aún.»

Como el principal motivo de mi visita a la capital de España era el deseo de obtener permiso del Gobierno para imprimir en castellano el Nuevo Testamento y difundirlo por el país, comencé, sin pérdida de tiempo, a dar los pasos que me parecieron necesarios.

Era yo completamente desconocido en Madrid, y no llevaba cartas de presentación para ninguna persona influyente que pudiera valerme en mi empresa, de suerte que, si bien abrigaba esperanzas de buen éxito, confiando en la protección del Omnipotente, esas esperanzas sufrían pasajeros desmayos y las oscurecían con frecuencia las nubes del desaliento.

Por entonces era primer ministro en España Mendizábal, y se le tenía por hombre de poder casi ilimitado, en cuyas manos estaban los destinos del país. Consideré, pues, que si lograba por cualquier medio poner de mi parte a hombre tan poderoso, no tendría que temer molestia alguna por otro lado, y resolví acudir a él.

Antes de dar ese paso, me pareció prudente avistarme con Mister Villiers, embajador de Inglaterra en Madrid, y, con la libertad aneja a mi condición de súbdito británico, pedirle consejo en el asunto. Me recibió con mucha bondad, y tuvimos una conversación agradable acerca de varios temas antes de abordar el que a mí me preocupaba hondamente. Díjome que si yo deseaba una entrevista con Mendizábal, él se ofrecía a procurármela, pero al mismo tiempo me advirtió con franqueza que no esperaba de ella ningún resultado bueno, porque le constaba la violenta predisposición de Mendizábal contra la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, y era lo más probable que en lugar de favorecerlo, contrariase cualquier intento de la Sociedad para introducir el Evangelio en España. Resolví, a pesar de todo, hacer la prueba, y antes de separarme del embajador obtuve una carta de presentación para Mendizábal.

Una mañana, temprano, acudí a Palacio, en una de cuyas alas estaba el despacho del primer ministro. El frío era cruel; el Guadarrama, sobre el que hay una hermosa vista desde la explanada del Palacio, estaba cubierto de nieve. Casi tres horas estuve tiritando de frío en una antecámara, con varias personas más que, como yo, aguardaban audiencia del poderoso. Al cabo se presentó el secretario particular, y después de hacer diversas preguntas a los otros, se dirigió a mí, interrogándome acerca de mi calidad y mis pretensiones. Díjele que yo era un inglés, portador de una carta del ministro británico. «Si usted no se opone, yo se la entregaré personalmente a su excelencia»—me dijo—. En oyendo esto, le alargué la carta y desapareció. Entraron antes que yo varias personas, pero me llegó el turno, al fin, y me introdujeron en el despacho de Mendizábal.

El ministro estaba detrás de una mesa cubierta de papeles,

examinándolos con intensa atención. No se enteró de mi presencia, y tuve tiempo suficiente para contemplarlo. Era un hombre corpulento, atlético, un poco más alto que yo, que mido descalzo seis pies y dos pulgadas; de tez sonrosada, facciones finas y correctas, nariz aguileña y dientes de espléndida blancura; aunque apenas frisaba en los cincuenta años, tenía el pelo muy canoso. Vestía una lujosa bata de mañana, con una cadena de oro alrededor del cuello, y calzaba chinelas de tafilete.

Su secretario, hombre de buena presencia y de expresión inteligente, que, según supe después, se había conquistado un nombre en la literatura española y en la inglesa, permanecía en pie junto a la mesa, con papeles en las manos.

Después de hacerme esperar en pie un cuarto de hora, Mendizábal alzó súbitamente sus ojos penetrantes y clavó en mí una mirada escrutadora, poco común. «He visto un mirar muy parecido a ese entre los Beni-Israel—dije entre mí...

Nuestra entrevista duró casi una hora; la conversación fué de singular interés. Mendizábal, como ya me habían advertido, era, en efecto, ardiente enemigo de la Sociedad Bíblica, de la que hablaba con odio y desprecio; estaba también muy lejos de ser un amigo de la religión cristiana, con quien me fuese fácil contar. Sin desanimarme por eso, le insté mucho en favor del asunto que allí me llevaba, y tuve tanta fortuna, que ofreció permitirme imprimir las Escrituras si, como esperaba, de allí a unos meses el país estaba más tranquilo.

Cuando ya me marchaba, me dijo: «No es esta la primera petición de ese género que me hacen. Desde que estoy en el gobierno, no se harta de importunarme con esas cosas una bandada de ingleses, desparramados hace

poco por España, que se llaman a sí mismos cristianos evangélicos. Todavía la semana pasada, un individuo jorobado se abrió paso hasta mi despacho, donde yo trataba asuntos importantes, y me dijo que Cristo estaba para llegar de un momento a otro... y ahora viene usted y casi me convence, para indisponerme aun más con el clero, como si todavía no me odiase bastante. ¿Qué singular desvarío les impulsa a ustedes a ir por mares y tierras con la Biblia en la mano? Lo que aquí necesitamos, mi buen señor, no son Biblias, sino cañones y pólvora para acabar con los facciosos, y, sobre todo, dinero para pagar a las tropas. Siempre que venga usted con esas tres cosas, se le recibirá con los brazos abiertos; si no, habrá usted de permitirnos prescindir de sus visitas, por mucho honor que nos dispense con ellas.

Yo.—Los disturbios de este infortunado país no acabarán hasta que el Evangelio circule libremente.

Mendizábal.—Esperaba la respuesta, porque he vivido trece años en Inglaterra y conozco algo la fraseología de sus buenos correligionarios. Ahora, déjeme, se lo ruego; como ve usted, estoy muy ocupado. Vuelva cuando quiera, pero no antes de tres meses.»

Una mañana, mientras me desayunaba con los pies encima del *brasero*, entró la patrona en mi aposento y me dijo: «*Don Jorge*, aquí está mi hijo Baltasarito, el nacional. Ya se levanta de la cama, y al saber que teníamos un inglés en casa, me ha pedido que le presente, porque tiene mucha afición a los ingleses por sus ideas liberales. Aquí le tiene usted, ¿qué le parece?»

Me guardé de decir a su madre mi opinión. A mi parecer, hacía muy bien en llamarle Baltasarito, porque jamás el antiguo y sonoro nombre de Baltasar se habría dado a sujeto tan exiguo. Podría tener hasta cinco pies y una pulgada de altura, y era más bien corpulento para su talla; el rostro

amarillento y enfermizo, pero con cierta expresión de fanfarronería; los ojos pardos, muy oscuros, eran vivos y brillantes. Iba vestido, o más bien desvestido, malamente, con una gorra de cuartel y un capote de reglamento, viejo y muy holgado, que hacía las veces de bata.

—Celebro mucho conocerle, *señor nacional*—le dije en cuanto su madre se retiró, y así que Baltasar se hubo sentado y encendido, claro está, un cigarro de papel en el *brasero*—. Me alegro mucho de haberle conocido, sobre todo porque, según me ha dicho su señora madre, tiene usted gran influencia con los nacionales. Yo, como extranjero, puedo tener necesidad de un amigo; la fortuna me favorece al proporcionarme uno que es miembro de tan poderoso cuerpo.

Baltasar.—Sí, tengo bastante mano con los otros nacionales; en Madrid no hay ninguno más conocido que Baltasar, ni más temido por los carlistas. ¿Dice usted que puede hacerle falta un amigo? Pues ya sabe que dispone de mí para cuanto se le ofrezca. Tanto yo, como los demás nacionales, nos enorgulleceremos sirviéndole a usted de *padrinos*, si tiene entre manos algún lance de honor. Pero, ¿por qué no se hace usted de los nuestros? Le recibiríamos a usted con mucho gusto en el cuerpo.

Yo.—¿Son muy duras las obligaciones de un nacional?

Baltasar.—Nada de eso. Estamos de servicio una vez cada quince días, y luego suele haber alguna revista de poca duración. Las obligaciones son ligeras y privilegios grandes. Por ejemplo: yo he visto a tres compañeros míos pasearse un domingo por el Prado, armados de estacas, y apalear a cuantos les parecían sospechosos. Más aún; tenemos la costumbre de rondar de noche por las calles, y cuando tropezamos con alguien que nos desagrada, caemos sobre él, y a cuchilladas o bayonetazos, le dejamos, por

lo común, en el suelo revolcándose en su sangre. Sólo a un nacional se le permitiría hacer tales cosas.

Yo.—Supongo que todos los nacionales serán de opinión liberal.

Baltasar.—¡Así debiera ser! Pero hay algunos, *don Jorge*, que no nos parecen muy de fiar. Son pocos, sin embargo, y a casi todos los conocemos. La vida que llevan es poco envidiable, porque cuando están de guardia, nos burlamos de ellos, y con frecuencia los damos de palos. La ley obliga a todos los hombres de cierta edad a servir en el ejército o a alistarse en la guardia nacional; por eso hay en nuestras filas algunos de esos *godos*.

Yo.—¿Hay muchos carlistas en Madrid?

Baltasar.—Entre la gente joven, no; la mayor parte de los carlistas madrileños capaces de llevar las armas, se fueron hace tiempo a la facción. Los que quedan son casi todos viejos o curas, buenos tan sólo para reunirse en algún café apartado y proyectar fantásticos complots. ¡Que hablen, *don Jorge*, que hablen! Los destinos de España no dependen de los deseos de *ojalateros* y *pasteleros*, sino de las manos de los nacionales, intrépidos y firmes, como yo y mis amigos, *don Jorge*.

Yo.—Por su señora madre he sabido, con pena, que hace usted una vida muy desordenada.

Baltasar.—¡Cómo! ¿Se lo ha dicho a usted, *don Jorge*? ¡Qué quiere usted, *don Jorge*! Soy joven, y la sangre joven hierve en las venas. Los nacionales me llaman el alegre Baltasar, y mi popularidad se funda en la jovialidad de mi carácter y en mis ideas liberales. Cuando estoy de guardia, llevo siempre la guitarra, ¡y si viera usted qué *función* se arma! Mandamos por vino, y los nacionales se pasan la noche bebiendo y bailando, mientras Baltasarito toca la guitarra y canta canciones de *Germania*.

Una romí sin pachí
le penó a su chindomar; etc.

Esto es *gitano*, *don Jorge*. Me lo han enseñado los *toreros* de Andalucía; todos hablan *gitano*, y muchos lo son de raza. Montes, Sevilla, Poquito Pan son amigo míos. No hay *función* de toros, *don Jorge*, en que no esté Baltasar con su *amiga*. En el invierno no se dan corridas de toros, *don Jorge*, que si no, le llevaría a usted a una; por suerte, mañana hay una ejecución; una *función de la horca*, e iremos a verla, *don Jorge*.

Fuimos a ver la ejecución, que no se me olvidará en mucho tiempo. Los reos eran dos jóvenes, dos hermanos, culpables de haber escalado de noche la casa de un anciano y asesinádole cruelmente para robarle. En España estrangulan a los reos de muerte contra un poste de madera en lugar de colgarlos, como en Inglaterra, o de guillotinarlos, como en Francia. Para ello, los sientan en una especie de banco, con un palo detrás, al que se fija un collar de hierro, provisto de un tornillo; con el collar se le abarca el cuello al reo, y a una señal dada, se aprieta con el tornillo hasta que el paciente expira. Mucho tiempo llevábamos ya esperando entre la multitud, cuando apareció el primer reo, montado en un asno, sin silla ni estribos, de modo que las piernas casi le arrastraban por el suelo. Vestía una túnica de color amarillo azufre, con un gorro encarnado, alto y puntiagudo, en la rapada cabeza. Sostenía entre las manos un pergamino, en el que había escrito algo, supongo que la confesión de su delito. Dos curas llevaban al borrico por el ramal; otros dos caminaban a cada lado, cantando letanías, en las que percibí palabras de paz y tranquilidad celestiales; el delincuente se había reconciliado con la iglesia, confesado sus culpas y recibido la absolución, con promesa de ser admitido en el cielo. Sin mostrar el más

leve temor, el reo se apeó, y subió sin ayuda al cadalso, donde le sentaron en el banquillo y le echaron al cuello el corbatín fatal. Uno de los curas comenzó entonces a decir el Credo en voz alta, y el reo repetía las palabras. De pronto, el ejecutor, colocado detrás de él, dió vueltas al tornillo, de prodigiosa fuerza, y casi instantáneamente aquel desdichado murió. A tiempo que el tornillo giraba, el cura comenzó a gritar, *pax et misericordia et tranquillitas*, y gritando continuó, en voz cada vez más recia, hasta hacer retemblar los altos muros de Madrid. Luego se inclinó, puso la boca junto al oído del reo, y de nuevo clamó, como si quisiera perseguir a su alma en su marcha hacia la eternidad y consolarla en el camino. El efecto era tremendo. Yo mismo me excité tanto, que involuntariamente exclamé: *¡Misericordia!* Y lo mismo hicieron otros muchos. Nadie pensaba allí en Dios ni en Cristo; todos los pensamientos se concentraban en el cura, que en tal momento parecía el más importante de todos los seres vivos, con poder suficiente para abrir y cerrar las puertas del cielo o del infierno, según lo tuviese a bien; pasmoso ejemplo del sistema papista imperante, cuyo principal designio fué siempre mantener el ánimo del pueblo todo lo apartado de Dios que podía, y en concentrar en el clero sus esperanzas y temores. La ejecución del segundo reo, fué enteramente igual; subió al patíbulo a los pocos minutos de haber expirado su hermano.

He visitado casi todas las capitales importantes del mundo; pero, en conjunto, ninguna me ha interesado tanto como la villa de Madrid, donde a la sazón me hallaba. No hablo de sus calles ni edificios, de sus plazas ni de sus fuentes, aunque algo de esto hay en Madrid digno de nota; Petersburgo tiene calles más hermosas; París y Edimburgo, edificios más suntuosos; Londres, plazas más bellas, y Shiraz puede alabarse de poseer fuentes más

lujosas, aunque no aguas más frescas. ¡Pero la población!... Cercados por un muro de tierra que apenas mide legua y media a la redonda, se agolpan doscientos mil seres humanos, que forman, con toda seguridad, la masa viviente más extraordinaria del mundo entero; y no se olvide nunca que esta masa es estrictamente española. La población de Constantinopla es harto singular, pero han contribuído a formarla veinte naciones—griegos, armenios, persas, polacos, judíos; estos últimos de origen español, dicho sea de paso, y que aún hablan entre sí el castellano antiguo. Pero la población de Madrid, en su totalidad, sin otra excepción que un puñado de extranjeros, principalmente sastres, guanteros y *perruquiers* franceses, es española neta, aunque buena parte de ella no haya nacido en la capital. Aquí no hay colonias de alemanes, como en San Petersburgo; ni factorías inglesas, como en Lisboa; ni multitudes de yanquis insolentes callejeando, como en la Habana, con un aire que parece decir: «Este país será nuestro en cuanto queramos apoderarnos de él»; sino una población inculta, sorprendente, formada por muy varios elementos, pero española, y que lo seguirá siendo mientras la ciudad exista. ¡Salud, *aguadores* de Asturias, que, con vuestro grosero vestido de muletón y vuestras monteras de piel, os sentáis por centenares al lado de las fuentes, sobre las cubas vacías, o tambaleándoos bajo su peso, una vez llenas, subís hasta los últimos pisos de las casas más altas! ¡Salud, *caleseros* de Valencia, que, recostados perezosamente en vuestros carruajes, picáis tabaco para liar un cigarro de papel, en espera de parroquianos! ¡Salud, mendigos de la Mancha, hombres y mujeres que, embozados en burdas mantas, imploráis la caridad indistintamente a las puertas de los palacios o de las cárceles! ¡Salud, criados montañeses, *mayordomos* y secretarios de Vizcaya y Guipúzcoa,

toreros de Andalucía, *reposteros* de Galicia, tenderos de Cataluña! ¡Salud, castellanos, extremeños y aragoneses, de cualquier oficio que seáis! Y, en fin, vosotros, los veinte mil *manolos* de Madrid, hijos genuinos de la capital, hez de la villa, que con vuestras terribles navajas causasteis tal estrago en las huestes de Murat el día Dos de Mayo, ¡salud! Y a las clases más elevadas—a los caballeros, a las *señoras*—, ¿las pasaré en silencio? En verdad tengo poco que decir de ellos. Apenas los traté, y lo que vi de sus costumbres no era muy a propósito para sublimarlos en mi imaginación. Yo no soy de los que, vayan donde vayan, siguen la inveterada práctica de vilipendiar a las clases altas y de exaltar a su costa al populacho. En muchas capitales, la parte más notable e interesante de la población es precisamente la aristocracia. Tal ocurre en Viena, y más especialmente en Londres. ¿Quién puede rivalizar con el aristócrata inglés en prestancia, fuerza y valentía? ¿Quién monta mejores caballos? ¿Quién goza de posición más sólida? ¿Quién más amable que su esposa, su hermana o su hija? Pero tratándose de la aristocracia española, así de las *señoras* como de los caballeros, cuanto menos se diga en cada uno de los puntos aludidos, será mejor. Sin embargo, sé muy poco acerca de ellos, lo confieso; quizás tengan sus admiradores, a los que cedo la tarea de escribir su panegírico. Le Sage los describió tales como eran hace casi dos siglos; sus rasgos son poco seductores, y no creo que hayan mejorado desde que el inmortal francés los retrató. Hablaré, pues, con más gusto de las clases bajas, no sólo de Madrid, pero de toda España. Un español de la clase baja, sea *manolo*, labriego o arriero, me parece mucho más interesante que un aristócrata. Es un ser poco común, un hombre extraordinario. Le faltan, es cierto, la amabilidad y la generosidad del *mujik* ruso, capaz de dar su único *rouble* antes que el

forastero pase necesidad; tampoco tiene su tranquilo valor, que le hace invulnerable al miedo y le impulsa, al mando de su zar, a arrostrar cantando una muerte cierta. En el carácter español hay menos abnegación y más dureza; le anima, en cambio, un sentimiento de altiva independencia que roba la admiración. Es ignorante, por supuesto; pero, cosa singular, invariablemente he encontrado en las clases más bajas y peor educadas, mayor generosidad de sentimientos que en las altas. Mucho tiempo ha sido moda hablar del fanatismo de los españoles y de su mezquino recelo de los extranjeros. Esto es verdad hasta cierto punto; pero es verdad, principalmente, respecto de las clases altas. Si el valor o el talento de los extranjeros nunca han alcanzado en España el premio merecido, la gran masa de los españoles no tiene la culpa de ello. He oído calumniar a Wellington en el mismo soberbio teatro de sus triunfos; pero nunca por los soldados viejos de Aragón y de Asturias, que le ayudaron a vencer a los franceses en Salamanca y en los Pirineos. He oído criticar el modo de montar de un *jockey* inglés; pero el crítico era el necio heredero de los Medinaceli, no un *picador* de la plaza de Madrid.

A propósito de picadores: un día, poco después de mi llegada a Madrid, estuve un par de horas callejeando, en viaje de exploración, por un barrio famoso a causa de los robos y muertes que en él se cometían, y, al sentirme cansado, entré en un tabernucho a refrigerarme. Había muchos parroquianos, todos con cara de bandidos; a mi saludo contestaron quitándose los *sombreros* con mucha ceremonia y abriéndome calle hasta el mostrador. Vacié un vaso de *val de peñas*, y ya iba a pagar y a marcharme, cuando un individuo de horrible catadura, vestido con un coleto de ante fuerte, zajones y botas de montar que le pasaban de las rodillas, y tocado

con un sombrero claro, cuyas alas tenían lo menos vara y media de circunferencia, se abrió paso entre la gente, y, encarándose conmigo, dijo con voz de trueno:

—*¡Otra copita! ¡Vamos, inglesito, otra copita!*

—Gracias, mi buen señor; es usted muy amable. Parece que me conoce usted; pero yo no tengo el honor de conocerle.

—¿No me conoce?—replicó el tal—. ¡Soy Sevilla, el *torero*! Yo le conozco a usted mucho; usted es el amigo de Baltasarito, el nacional, que es amigo mío y muy buena persona.

Volviéndose entonces a la compañía, dijo con voz sonora, arrastrando la última sílaba de cada palabra, según costumbre de la *gente rufianesca* en toda España:

—Caballeros valientes: Este caballero es amigo de un amigo mío. *Es mucho hombre.* No hay en España quien le iguale. Aunque es *inglesito*, habla *gitano* cerrado.

—No lo creemos—replicaron varias voces graves—. No es posible.

—¿Decís que no es posible? Pues yo os digo que sí. Ven acá, Balseiro; tú, que te has pasado la vida en presidio y te estás alabando siempre de hablar el *gitano* cerrado, aunque no sabes palabra, ven acá y habla con su merced en *gitano* cerrado.

Un hombre pequeño, enclenque, pero vivaracho, se adelantó. Iba en mangas de camisa y llevaba una montera; era guapo, pero con cara de demonio.

Habló unas pocas palabras en la corrompida jerga gitana de las cárceles, preguntándome si había estado alguna vez en el calabozo, y si sabía lo que era una *gitana*[2].

—Vamos, *inglesito*—gritó Sevilla con voz tonante—, respóndele al *monró*[3] en *gitano* cerrado.

Contesté al ladrón, porque lo era en efecto, y de los que han dejado nombre duradero en la historia de la picardía madrileña; le contesté con alguna extensión en el dialecto de los gitanos extremeños.

—Creo que es *gitano* cerrado—musitó Balseiro—, o si no, será inglés, porque no entiendo ni una palabra.

—¿No te decía yo—exclamó el picador—que no sabes ni palabra del gitano cerrado? Pero el *inglesito* sí lo sabe, y yo entiendo todo lo que dice; *vaya*, no hay nadie como él para el *gitano* cerrado. Además, es muy buen *jinete*; después de mí, no hay quien le iguale; sólo él sabe montar con las acciones de los estribos muy cortas. *Inglesito*, si necesitas dinero, dispón de mi bolsillo; todo cuanto tengo está a tu servicio, y no creas que es poco: acabo de ganar cuatro mil *chulés* a la lotería. Animo, inglés, otra copa; yo lo pago todo; yo, Sevilla.

Y se golpeaba una y otra vez el pecho con la mano, mientras repetía: «¡Yo, Sevilla! ¡Yo...!»

* * *

Notas

1. Iba desde la de Preciados a la del Arenal; desde la calle de la Zarza salía a la Puerta del Sol el callejón del Cofre, o de Cofreros. Desaparecieron al ensanchar la Puerta del Sol.

2. Doce onzas de pan, o libra corta, ración de la cárcel. (Nota de Borrow.)

3. Amigo.

Capítulo XIII

Intrigas de la Corte.— Quesada y Galiano.— Disolución de las Cortes.— El secretario.— Testarudez aragonesa.— El Concilio de Trento.— El asturiano.— Los tres bandidos.— Benedicto Mol.— El hombre de Lucerna.— El Tesoro.

Mendizábal me había dicho que volviera a verle pasados tres meses, dándome esperanzas de no oponerse personalmente a la publicación del Nuevo Testamento; pero antes de que transcurrieran los tres meses cayó en desgracia, y dejó de ser primer ministro.

Para derribarlo se urdió una intriga, dirigida por Istúriz y Alcalá Galiano, gaditanos como Mendizábal, de quien hasta entonces se llamaron amigos. Ambos habían sido liberales egregios, y miembros importantes de aquellas Cortes que, huyendo de la invasión de Angulema, se llevaron a Fernando desde Madrid a Cádiz, y le tuvieron preso hasta que esta ciudad inexpugnable tuvo por conveniente rendirse; los dos personajes se refugiaron en Inglaterra, donde pasaron considerable número de años.

Por el tiempo a que me refiero, hallábanse Istúriz y Galiano sumamente pobres, sin que del apoyo a Mendizábal pudiesen esperar mejoras inmediatas; y considerándose, además, tan buenos y capaces como él para

gobernar a España en las circunstancias dadas, resolvieron separarse del partido de su amigo, a quien habían apoyado hasta allí, y levantar bandera propia.

En consecuencia, formaron en las Cortes una oposición contra Mendizábal; los miembros de esa oposición tomaron el nombre de *moderados* para distinguirse de Mendizábal y sus secuaces, ultraliberales. Los *moderados* contaban con el apoyo de la reina regente Cristina, deseosa de un poder algo mayor que el que los liberales parecían dispuestos a concederle, y, además, enemiga personal del ministro. Veíanse también apoyados por Córdova, que entonces mandaba el ejército y estaba descontento de Mendizábal, porque el ministro no servía con suficiente presteza las demandas pecuniarias del general, aunque se decía que la mayor parte del dinero enviado para pagar a las tropas no se empleaba en eso, sino en fondos públicos franceses, a nombre y para uso y provecho del nombrado Córdova.

Pero no voy a escribir una historia de sucesos políticos que presencié entonces; baste decir que Mendizábal, viéndose contrariado en todos sus proyectos por la Gobernadora, que no aceptaba ninguna de las medidas propuestas por el ministro, y por el general, que permanecía inactivo y se negaba a atacar al enemigo, ya repuesto del contratiempo que le causó la muerte de Zumalacárregui y en considerable auge sus armas, dimitió, abandonando por el momento el campo a sus adversarios, aunque contaba en las Cortes con inmensa mayoría, y aunque la opinión del país, al menos en su parte liberal, le era favorable.

Se constituyó un gabinete presidido por Istúriz, en el que Galiano fué ministro de Marina, y un cierto duque de Rivas ministro de lo Interior.

Estos eran los jefes del gobierno *moderado*; pero, impopulares en Madrid, y temerosos de los nacionales, buscaron el concurso de un hombre llamado Quesada, aborrecedor de la milicia nacional y que a nada temía; hombre asaz estúpido, pero gran guerrero, que en cierta época de su vida mandó una legión llamada Ejército de la Fe, cuyas hazañas en ambas vertientes del Pirineo son harto conocidas para que necesite recordarlas. Quesada fué nombrado capitán general de Madrid.

El más inteligente de los nuevos ministros era, con mucho, Galiano, a quien me presentaron poco después de mi llegada a Madrid. Hombre de muchas letras, conocía a fondo las de su país. Orador ante todo, de palabra fácil, elegante e impetuoso, era para el partido *moderado*, dentro de las Cortes, lo que Quesada fuera de ellas; es decir, el hombre de combate. Difícil sería decir por qué le hicieron ministro de Marina, ya que España no tiene ninguna; acaso lo fué por su dominio del inglés, idioma que hablaba y escribía tan bien como el suyo propio, habiéndose ganado la vida durante su estancia en Inglaterra, principalmente, escribiendo artículos para los periódicos y revistas; ocupación muy honrosa, pero que pocos de los extranjeros desterrados en Inglaterra son capaces de desempeñar.

Galiano era hombre muy pequeño e irritable, enemigo encarnizado de cuantos se atravesaban en el camino de su prosperidad. Odiaba a Mendizábal con rencor no disimulado, y siempre hablaba de él con infinito desprecio. «Temo que me cueste bastante trabajo arrancar a Mendizábal el permiso de imprimir el Nuevo Testamento»—le dije un día—. «Mendizábal es un asno—replicó Galiano—. Calígula hizo cónsul a su caballo, y creo que esto es lo que ha inducido a lord... a enviarnos a ese *burro* de la Bolsa de Londres para que sea nuestro ministro.»

Sería mucha ingratitud de mi parte no confesar aquí cuánto debo a Galiano, que me ayudó con todo su poder en el asunto que me llevaba a España. Poco después de formarse el ministerio moderado fuí a verle, y le dije que «entonces o nunca era la ocasión de hacer un esfuerzo en favor mío.» «Lo haré—me respondió con tono áspero, porque siempre habla con aspereza, lo mismo a los amigos que a los enemigos—; pero tenga usted paciencia unos cuantos días; estamos ahora muy ocupados. Nos han derrotado en las Cortes, y esta tarde intentaremos disolverlas. Dicen que esos canallas se negarán a marcharse; pero Quesada estará a la puerta para arrojarlos a la calle si oponen alguna resistencia. Vaya usted por allí, y acaso vea una *función*.»

Después de un debate de una hora, fueron disueltas las Cortes sin necesidad de recurrir a la ayuda del temible Quesada. Galiano, sin nuevas dilaciones, me dió una carta para su colega el duque de Rivas, a cuyo departamento incumbía, según me dijo, conceder o negar el permiso para imprimir el libro. El duque era un hombre joven y apuesto, de unos treinta años, andaluz por su cuna, como sus dos colegas ya nombrados. Había publicado varias obras—tragedias, según creo—, y gozaba de cierta reputación literaria. Me recibió con suma afabilidad, y enterado de mi pretensión, respondió, haciéndome una cortesía seductora y con un gesto genuinamente andaluz: «Vea a mi secretario; vea a mi secretario; *él hará por usted el gusto*.»

Fuí a ver al secretario, un aragonés llamado Oliban, que no era guapo, ni de elegantes maneras, ni afable. «¿Desea usted un permiso para imprimir el Nuevo Testamento?» «Sí, señor.» «¿Y le ha hablado usted de esto a su excelencia?» «En efecto.» «Supongo que intenta usted

imprimirlo sin notas»,—continuó Oliban—. «Sí.» «Entonces, su excelencia no puede darle a usted el permiso—dijo el secretario aragonés—; el Concilio de Trento ordenó que en ningún país cristiano pueda imprimirse parte alguna de la Escritura sin las notas de la iglesia.» «¿Cuántos años hace de eso?»—pregunté yo. «No sé cuántos años hace—repuso Oliban—; pero tal es el decreto del Concilio.» «¿Es que en España rigen ahora los decretos del Concilio de Trento?»—inquirí—. «Rigen en algunos puntos, y este es uno de ellos—respondió el aragonés—; pero, dígame, ¿quién es usted? ¿Le conoce el embajador de su país?» «¡Oh!, sí, y tiene mucho interés por este asunto.» «¿De veras?—dijo Oliban—; entonces, el caso varía. Si puede usted demostrarme que su excelencia se interesa por el asunto, yo no pondré dificultades.»

El ministro británico hizo cuanto yo podía desear, y mucho más de lo que me atrevía a esperar. Tuvo una entrevista con el duque de Rivas, y hablaron detenidamente de mi asunto; el duque fué todo sonrisas y cortesía. Escribió, además, una carta particular al duque y me la dió, encargándome que yo mismo se la entregase la primera vez que fuese a verle; y para remate de todo, me escribió y dirigió otra carta en la que me dispensaba el honor de decirme que me tenía en gran aprecio, y que su mayor placer sería que yo obtuviese el permiso tan buscado. Fuí a ver al duque, y le entregué la carta; estuvo diez veces más bondadoso y afable aún que antes; leyó la carta, sonrió con la mayor dulzura, y luego, como poseído de súbito entusiasmo, extendió los brazos de un modo casi teatral, exclamando: «*Al secretario; él hará por usted el gusto.*» De nuevo me precipité al secretario, que me recibió con frialdad glacial. Le referí las palabras de su jefe, y le entregué la carta que me había escrito el ministro

británico. El secretario la leyó con atención, y me dijo que, evidentemente, su excelencia se «había» tomado interés en el asunto. Me preguntó después mi nombre, y, tomando una hoja de papel, se sentó como si fuese a escribir el permiso. Yo estaba en mis glorias. De pronto, el secretario se detuvo, alzó la cabeza, pareció reflexionar un momento, y poniéndose la pluma detrás de la oreja, dijo: «Entre los decretos del Concilio de Trento, se cuenta uno...»

—¡Oh Dios mío!—exclamé.

—Es un hombre singular ese Oliban—dije un día a Galiano—; no puede usted imaginarse lo me está haciendo pasar; no se cansa de hablarme del Concilio de Trento.

—En el Trento quisiera yo verle metido hasta la cintura por decir tales tonterías. Sin embargo, procuraremos no desagradar a Oliban; es de los nuestros y nos ha prestado buenos servicios; es, además, hombre inteligente; pero, como buen aragonés, si se le mete una idea en la cabeza, cuesta mucho trabajo arrancársela. No obstante, iremos a verle; es antiguo amigo mío, y no dudo que le haremos entrar en razón.

Al día siguiente fuí a buscar a Galiano al Ministerio de Marina o Almirantazgo (¿cómo se debe decir?), y desde allí fuimos al Ministerio de lo interior, instalado en un edificio magnífico, antigua *casa* de la Inquisición. Nos avistamos con Oliban. Galiano se lo llevó al hueco de una ventana, y hablaron detenidamente, pero en voz muy baja, y como la habitación era inmensa, no pude oír palabra. Al cabo, Galiano se me acercó y dijo: «Hay alguna dificultad para resolver el asunto de usted; pero ya sabe Oliban que es usted amigo mío, y dice que eso le basta; quédese aquí con él, y hará cuanto sea necesario en favor de usted. Es asunto arreglado.

¡Adiós!» En diciendo esto, se marchó, dejándome con Oliban. El secretario comenzó acto seguido a escribir no sé qué cosa, y, al terminar, sacó una caja de cigarros, encendió uno, después de ofrecerme otro que rehusé, porque no fumo, y apoyando los pies en la mesa me dirigió en francés el siguiente discurso:

—Me alegro mucho de ver a usted en esta capital, y aún de verle trabajar en ese asunto. Considero un oprobio para España que no circule ninguna edición del Evangelio, al menos en condiciones tales que puedan adquirirla los más ricos y más pobres; una edición descargada de notas de invención humana, que aumentan el volumen del libro hasta hacerlo inmanejable. Para mí es indudable que una edición como la que usted intenta imprimir, ejercería una influencia muy beneficiosa en el espíritu del pueblo, que, entre nosotros, no conoce la religión a fondo ni en su pureza. ¿Cómo va a conocerla, visto que le han mantenido siempre cuidadosamente apartado del Evangelio, como si la civilización pudiera existir donde la luz evangélica se apaga? La regeneración moral de España depende de la libre circulación de la Escritura, tarea en que sólo Inglaterra, su afortunada patria de usted, puede empeñarse, por el nivel elevado de su civilización y la prosperidad sin rival de que al presente goza. La razón me obliga, en efecto, a reconocer todo esto, pero...

—«Ahora es ella»—pensé yo.

—«Pero...» Y una vez más comenzó a hablarme del fastidioso Concilio de Trento; me pareció, pues, que lo de escribir en un papel, la oferta del cigarro, y la enojosa y larga arenga no eran sino—¿cómo lo llamaré?—mera Φλυαρία.

Andaba ya por entonces muy entrada la primavera; las vertientes,

aunque no las cumbres, del Guadarrama estaban desde tiempo atrás limpias de nieve; los árboles del Prado lucían ya su verde pompa, y toda la *campiña* de los alrededores de Madrid mostrábase alegre y risueña. Aún no habían llegado calores estivales, y el tiempo era, en verdad, delicioso.

Hacia el Oeste, al pie de la colina en que se alza Madrid, un canal corre durante unas cuantas leguas paralelo al Manzanares, del que le separan fértiles y amenas praderas. Las márgenes del Canal, empezado por Carlos III y no concluído hasta el día, están plantadas de hermosos árboles y constituyen el paseo más ameno de las inmediaciones de la capital. Allí iba yo a perder horas y horas, mirando los bancos de peces dorados y plateados que emergían al sol en la superficie de las aguas verdosas, o escuchando, no el trinar de los pájaros—porque no es España la tierra de esos cantores alados—, sino la charla de un *naranjero*, que, además de naranjas, vendía agua junto a una casilla de registro abandonada, frontera precisamente al puente de tablas que cruzaba el canal; allí había instalado su tenducho el naranjero por parecerle la posición favorable para su comercio. Era asturiano, como de cincuenta años, y de unos cinco pies de alto. Yo le compraba muchas naranjas, y no tardó en sentir gran amistad por mí ni en contarme su historia; ninguna cosa notable había en ella; el suceso más importante era una aventura que le ocurrió en la sierra de Granada, donde cayó en poder de unos gitanos que le dejaron en cueros y luego le despidieron dándole de palos. «He corrido toda España—me dijo—, y en conclusión opino que sólo hay dos sitios donde se puede vivir: Málaga y Madrid. En Málaga va todo muy barato, y hay tal abundancia de pescado, que muchas veces lo he visto amontonado en la orilla del mar; en Madrid, como está la corte, corre el dinero, y nunca me acuesto sin cenar. Lo único

que me importa es vender naranjas, y mi único deseo es que, cuando muera, me entierren allí.» Al decir esto, señalaba al otro lado del Manzanares, donde, en el declive de una suave colina, como a una legua de distancia, brillaban al sol los blancos muros del *Campo Santo*.

El asturiano era un individuo muy zumbón, y aunque apenas sabía leer ni escribir, nada ignorante de las cosas del mundo; tenía muchas y exactas noticias de infinito número de personas, y poca gente pasaba junto a su puesto de quien él no conociese los nombres, el carácter y la historia. «Esos dos son gente muy principal—decía señalando a un caballero y una dama magníficamente ataviados, que se apearon de un coche, y pasaron cogidos del brazo por el puente de madera, seguidos de dos sirvientes—; son el *Infante* Francisco Paulo y su mujer la *Napolitana*, hermana de nuestra Cristina. Él es una buena persona; pero su mujer, *vaya*, es la de peor genio de Madrid; sabe decir *carrajo* tan bien y con tan excelente entonación como el carretero de la Mancha de peor temple. No la salude usted, *amigo*; no tiene educación ni guarda la etiqueta; una vez la saludé y no me hizo caso alguno, como si yo no fuese asturiano y noble, de mejor sangre que ella... ¡Buenos días, *señor don Francisco*! *¿Qué tal?* Hace un tiempo hermoso. *Vaya su merced con Dios*... Esos tres individuos que han bebido agua son tres bandidos, tres verdaderos hijos del presidio. Los trato con amabilidad y me pagan o no, según les parece; no se puede uno poner a malas con ellos. He tenido ya algún disgusto por causa suya: figúrese usted que hará cosa de un año robaron a un señor un poco más abajo del segundo puente; y, dicho sea de paso, le aconsejo a usted, hermano, que no vaya por allí, como creo que va muy a menudo; es un sitio peligroso. Pues, como digo, robaron y maltrataron a un señor; pero un hermano suyo,

escribano, se puso pronto sobre la pista, y los prendió a todos. Necesitaba que alguien los identificara, y quiso la casualidad que el día del robo estuviesen en mi puesto bebiendo agua, como acaban de hacer ahora. En cuanto el *escribano* lo supo me llamó a la cárcel para carearme con ellos. Demasiado bien los conocí, pero como he aprendido en mis viajes a cerrar los ojos o a abrirlos según convenga, dije al *escribano* que no me era posible afirmar que hubiese visto a tales hombres anteriormente. El escribano, furioso, me amenazó con el calabozo; pero yo le dije que hiciera su gusto, que no me importaba. *Vaya*, no era cosa de exponerme a la venganza de los tres presos y a la de sus amigos; vivo demasiado cerca de la Plaza de la Cebada para eso... ¡Buenos días, señoritos! Naranjas de Murcia, como ustedes ven: la verdadera sangre del dragón... ¡Agua fresca! Estos dos jóvenes son los hijos de Gabiria, intendente de la reina, el hombre más rico de Madrid; son guapos chicos y me compran mucha fruta. Su padre los quiere más que a todas sus riquezas, según dicen. Aquella vieja que está tirada debajo de un árbol es la *tía Lucila*; ha hecho varias muertes, y como me debe dinero, espero que algún día la veré ahorcar. Este hombre fué de la guardia walona; «*señor don* Benito Mol, ¿cómo está usted?»

El personaje últimamente nombrado, absorvió en el acto mi atención. Era un anciano corpulento, de más que mediana estatura, con el cabello blanco y las facciones algo encendidas; tenía los ojos grandes y azules, y siempre había en ellos, cuando los clavaba en alguien, una expresión de ansiedad, como si esperase recibir noticias importantes. Iba modestamente vestido, con chaqueta y pantalón de paño vasto, de tinte rojizo. Tocábase con un *sombrero* inmenso pero tan maltratado, que el borde de las alas tenía tantos dentellones como una sierra. Contestó al saludo del naranjero,

hízome una cortesía, y luego exhibió dos pastillas de jabón de olor que trató de vendernos; hablaba una jerga áspera y destemplada que quería ser español, pero que se parecía más al valenciano o al catalán. Preguntéle quién era, y pasó entre los dos el siguiente coloquio:

—Soy suizo, de Lucerna; me llamó Benedicto Mol, y fuí soldado en la guardia walona; ahora soy jabonero, para servirle.

—Habla usted bastante mal el español—dije yo—. ¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Cuarenta y cinco años—repuso Benedicto—; pero cuando licenciaron la guardia me fuí a Menorca, donde olvidé el español sin aprender el catalán.

—¿Le gustaba a usted servir al rey de España?

—No tanto, que no me hubiera alegrado dejarlo hace cuarenta años; nos pagaban mal y nos trataban peor. Pero, si no me equivoco, usted es alemán; le hablaré a usted en mi lengua natal... Hubiera abandonado el servicio de España, como abandoné el del Papa, a quien serví antes de venir a este país, siendo muy joven; pero me casé con una mujer de Menorca, de quien tuve dos hijos; esto fué lo que me retuvo tanto tiempo por allá; antes de salir de Menorca mi mujer murió, y mis hijos se fueron cada uno por su lado y no sé qué ha sido de ellos. Mi intención es volver pronto a Lucerna y vivir allí a lo duque.

—Por lo visto, ha reunido usted un buen capital en España—dije yo, mirando a su sombrero y a lo demás de su atavío.

—Ni un *cuart*, ni un *cuart*; estas pastillas de jabón son todo lo que poseo.

—Quizás sea usted de buena familia y piense vivir de sus rentas.

—Ni un *heller*, ni un *heller*. Mi padre era el verdugo de Lucerna; cuando se murió, embargaron su cadáver para pagar sus deudas.

—Entonces—dije yo—se propone usted, sin duda, dedicarse a la fabricación de jabones en Lucerna. Hará usted muy bien, amigo mío, no conozco ocupación más honrosa y útil.

—No tengo la menor intención de dedicarme a eso en Lucerna—replicó Benedicto—. Y como veo que es usted alemán, *lieber Herr*, y me agrada su aspecto y su modo de expresarse, le diré a usted en confianza que apenas si conozco el oficio, y ya me han despedido de varias fábricas por mi impericia; las dos pastillas de jabón que llevo en el bolsillo no las he fabricado yo. *In kurzem*, tan mal enterado estoy del oficio de jabonero, como del de sastre, albeitar o zapatero que también he desempeñado.

—Pues no comprendo por qué espera usted vivir hecho un *Herzog* en su país, como no crea usted que los habitantes de Lucerna le mantendrán con esplendor a expensas del tesoro público, en consideración a servicios prestados al Papa y al Rey de España.

—*Lieber Herr*—dijo Benedicto—los habitantes de Lucerna no gustan de mantener a sus expensas a los soldados del Papa ni a los del rey de España. Muchos de la antigua guardia que han vuelto allá, piden limosna por las calles. Pero yo iré en un coche tirado por seis mulas, con un tesoro, un gran *Schatz*, que hay en la iglesia de Santiago de Compostela.

—Supongo que no se propondrá usted robar la iglesia—dije yo—, pero si lo hace, creo que sufrirá usted un desengaño. Mendizábal y los liberales le han ganado a usted por la mano. Según me dicen, ya no quedan en las catedrales españolas más tesoros que unos pocos ornamentos

mezquinos y unos cuantos utensilios de plata.

—Mi buen *Herr* alemán—dijo Benedicto—, no se trata del *Schatz* de la iglesia, sino de otro, cuya existencia sólo yo conozco. Pronto hará treinta años que, entre otros soldados enviados por enfermos a Madrid, vino uno de mis compañeros de la guardia walona, que había ido con los franceses a Portugal; estaba muy enfermo y no tardó en morir. Pero antes de exhalar el último suspiro me mandó llamar, y en su lecho de muerte me dijo que él, con otros dos soldados, ya muertos, había enterrado en cierta iglesia de Compostela un gran botín traído de Portugal. Consistía en *moidores* de oro y en un paquete de diamantes del Brasil, muy gruesos, encerrado todo ello en una olla de cobre. Le escuché con avidez, y puedo decir que desde aquel momento no he dejado de pensar, ni de día ni de noche, en el *Schatz*. Es muy fácil de encontrar, pues el moribundo me hizo una descripción tan minuciosa del escondite, que, una vez en Compostela, sin dificultad alguna pondría la mano en él; muchas veces he estado ya a punto de emprender el viaje, pero siempre ha venido algo imprevisto a estorbármelo. Cuando mi mujer murió, salí de Menorca decidido a ir a Santiago, pero al llegar a Madrid, caí en manos de una vascongada que me persuadió a que viviese con ella, y así lo he hecho durante varios años. Es una *Hax*[1] muy grande, y dice que si la abandono, me echará un sortilegio del que no me libraré nunca. *Dem Got sey Dank*, ahora está en el hospital, para morirse de un día a otro. Tal es mi historia, *lieber Herr*.

He referido con todo cuidado la anterior conversación, porque en el curso de este relato haré frecuente mención del suizo; sus aventuras subsiguientes fueron de lo más extraordinario, y la última de todas causó gran sensación en España.

* * *

Notas

1. Bruja. En alemán, *Hexe*. (Nota de Borrow.)

Capítulo XIV

Estado de España.— Istúriz.— Revolución de La Granja.— La revuelta.— Síntomas alarmantes.— Los corresponsales de periódicos.— Arrojo de Quesada.— La escena final.— Fuga de los moderados.— El café.

Entretanto, las cosas no iban bien para los *moderados*; impopulares en Madrid, lo eran aún más en las otras ciudades importantes de España; en la mayor parte de ellas se constituyeron *juntas* administrativas locales que se declararon independientes de la reina y de sus ministros y rehusaron pagar las contribuciones, no tardando en verse el Gobierno muy apurado de dinero. No se pagaba al ejército y la guerra languidecía, quiero decir por parte de los *cristinos*; porque los carlistas la proseguían con mucho vigor; sus *guerrillas*, en partidas, recorrían el país en todas direcciones, mientras una fuerza importante, al mando del famoso Gómez, daba la vuelta a España entera. Para remate de todo, se esperaba una insurrección en Madrid de un día para otro, y, por precaución, fueron desarmados los nacionales, medida que aumentó enormemente su odio al Gobierno *moderado*, y, sobre todo, a Quesada, a quien se atribuyó esa iniciativa.

Con respecto a mis asuntos, no desperdiciaba yo ocasión de adelantar mis pretensiones; pero el secretario aragonés seguía machacando en el

Concilio de Trento, y consiguió frustrar todos mis esfuerzos. Por las muestras, había contagiado a su jefe sus ideas personales sobre el asunto, porque el duque, al verme en sus audiencias, no me hacía más caso que dedicarme una mirada desdeñosa; y en cierta ocasión, como me adelantase hacia él para hablarle, se escapó por la puerta más próxima. No le volví a ver desde entonces; me disgustó su modo de tratarme, y me abstuve de hacer nuevas visitas a la *Casa de la Inquisición*. El pobre Galiano continuaba dándome pruebas de su inquebrantable amistad; pero me confesó francamente que no había ya esperanza de conseguir nada en las altas esferas. «El duque—me dijo—opina que no puede accederse a su petición; el otro día suscité el asunto en Consejo, y sacó a relucir los decretos de Trento, y habló de usted como de un individuo enfadoso e importuno; le respondí yo con cierta acritud y hubo entre nosotros su poquito de *función*, de lo que se rió mucho Istúriz. Y entre paréntesis—continuó—, ¿qué necesidad tiene usted de un permiso en regla que, al parecer, nadie puede otorgar? Lo mejor que puede usted hacer, dadas las circunstancias, es imprimir la obra, en la inteligencia de que nadie le molestará a usted cuando intente repartirla. Le aconsejo a usted encarecidamente que hable con Istúriz acerca del asunto. Yo le prepararé, y respondo de que le recibirá cortésmente.»

Pocos días después, en efecto, tuve una entrevista con Istúriz en su despacho de Palacio; para ser breve, sólo diré que le hallé muy bien dispuesto en favor de mis planes. «He vivido mucho tiempo en Inglaterra—dijo—; la Biblia es allí libre, y no veo razón para que no lo sea en España. No quiero aventurarme a decir que Inglaterra debe su prosperidad al conocimiento que, más o menos, todos sus hijos tienen de

la Sagrada Escritura; pero estoy cierto de una cosa, y es que la Biblia no ha causado daño en aquel país, ni creo que pueda producirlo en España. No deje usted, pues, de imprimirla, y difúndala por España todo lo posible.» Me retiré muy satisfecho de la entrevista; si no un permiso escrito de imprimir el libro sagrado, había obtenido algo que, en cualesquiera circunstancias, consideraba yo casi equivalente: el tácito convenio de que mis empeños bíblicos serían tolerados en España; abrigaba la firme esperanza de que, cualquiera que fuese la suerte del Ministerio, ningún otro, y menos uno liberal, se atrevería a ponerme obstáculos, sobre todo porque el embajador inglés era amigo mío y conocía todos los pasos dados por mí en el asunto.

Dos o tres cosas relacionadas con mi entrevista con Istúriz me impresionaron como muy dignas de nota. Primero, la extremada facilidad con que obtuve audiencia del primer ministro de España. El portero me hizo pasar de buenas a primeras, sin necesidad de anunciarme y sin hacerme esperar. Segundo, la soledad reinante en aquel lugar, tan distinta del bullicio, ruido y actividad observados por mí mientras aguardaba a ser recibido por Mendizábal. Ya no había allí afanosos pretendientes en espera de una entrevista con el grande hombre; si se exceptúa a Istúriz y al empleado, a nadie vi. Pero lo que me produjo impresión más profunda fué la actitud del ministro, quien, cuando yo entré, estaba sentado en un sofá con los brazos cruzados y los ojos clavados en el suelo. Era extremada la depresión del tono de su voz, melancólico el aire de sus morenas facciones, y, en general, tenía todo el aspecto de una persona que, para librarse de las miserias de esta vida, medita el acto de suma desesperanza: el suicidio.

Pocos días bastaron para demostrar que, en efecto, a Istúriz le sobraban

motivos para entristecerse: menos de una semana después estalló la llamada revolución de La Granja. La Granja es un sitio real enclavado en pinares de la vertiente Norte del Guadarrama, a unas doce leguas de Madrid. La reina gobernadora Cristina se había ido a La Granja, por apartarse del descontento de la capital y gozar del aire campestre y de las delicias de aquel famoso retiro, monumento del gusto y de la magnificencia del primer Borbón que ocupó el trono de España. Pero no la dejaron tranquila mucho tiempo; sus mismos guardias estaban descontentos, inclinándose a los principios de la Constitución de 1823 (sic), y no a los del gobierno monárquico absoluto, que los *moderados* intentaban resucitar en España. Una madrugada, un grupo de soldados de la guardia, capitaneados por cierto sargento García, entraron en las habitaciones de la reina y le pidieron que suscribiese aquella Constitución y jurase solemnemente mantenerla. Cristina, mujer de mucho temple, rehusó complacerlos y los mandó marcharse. Siguió una escena violenta y tumultuosa; pero como la reina se mantenía firme, lleváronla los soldados a uno de los patios del palacio, donde estaba Muñoz, su amante, atado y con los ojos vendados. «Jura la Constitución, bribona», vociferaba el *atezado* sargento. «Jamás», exclamó la animosa hija de los Borbones de Nápoles. «Entonces morirá tu *cortejo*», replicó el sargento. «Adelante, muchachos; preparad las armas, y metedle cuatro balas en la cabeza a ese individuo.» Sin tardanza pusieron a Muñoz junto al muro, le obligaron a arrodillarse, alzaron los soldados los fusiles, y un momento después hubieran enviado al infeliz a la eternidad, si la reina, olvidándose de todo, menos de los sentimientos de su corazón de mujer, no se hubiera adelantado dando un chillido y gritando: «¡Alto, alto! Firmaré...»

Al día siguiente de este suceso entraba yo en la Puerta del Sol a eso del mediodía. Siempre hay allí a tales horas gran gentío, pacífico e inmóvil de ordinario, compuesto de desocupados que fuman tranquilamente, o escuchan o comentan las noticias—casi siempre insípidas—de la capital; pero el día de que hablo la multitud no estaba tranquila. La gente vociferaba y gesticulaba, y muchos corrían gritando: *¡Viva la Constitución!*; grito que se hubiera pagado con la vida algunos días antes, porque la ciudad había estado unas cuantas semanas sometida a los rigores de la ley marcial. A veces oíanse estas palabras: «*¡La Granja! ¡La Granja!*», seguidas siempre del grito de: «*¡Viva la Constitución!*» Frente a la *Casa de Postas* estaban formados en línea hasta doce dragones a caballo, algunos de los cuales arrojaban continuamente sus gorras al aire, sumándose a las aclamaciones generales, animados por el ejemplo de su comandante, oficial joven y guapo, que blandía la espada y gritaba con júbilo: «¡Viva la reina constitucional! ¡Viva la Constitución!»

La multitud engrosaba por momentos; varios nacionales, de uniforme, pero sin armas, porque, como ya he dicho, se las habían quitado, aparecieron. De pronto, descubrí entre los grupos a Baltasar, vestido como la primera vez que le vi: con un gran capote de regimiento, ya viejo, y la gorra de cuartel. «¿Qué ha sido del Gobierno *moderado*?—le pregunté—. ¿Han destituído y reemplazado ya a los ministros?» «Aún no, *don Jorge*—dijo el soldadito y sastre—, aun no; esos pícaros se sostienen todavía apoyados en Quesada, que es un toro bravo, y en un poco de infantería que les sigue fiel. Pero no hay que temer, *don Jorge*; la reina es nuestra, gracias al valor de mi amigo García; y si el toro bravo se presenta aquí, ¡oh!, *don Jorge*, verá usted entonces lo que es bueno; vengo prevenido...» Al decir

esto entreabrió el capote y me dejó ver un retaco que llevaba oculto, pendiente de una correa; y, haciendo un guiño con los ojos, y con la cabeza un movimiento significativo, se perdió entre la multitud.

Un instante después vi avanzar un pequeño pelotón de soldados por la *calle Mayor*, o calle principal que corre desde la Puerta del Sol en dirección a Palacio; podían ser unos veinte hombres, y a su cabeza marchaba un oficial con la espada desnuda. Debían de haberlos reunido con gran precipitación, porque muchos de ellos llevaban traje de faena y gorra de cuartel. Conforme avanzaban, marchando lentamente, ni el oficial ni los soldados hacían el menor caso de los gritos de la multitud, que, agolpándose en torno suyo, no cesaba de vociferar: «¡Viva la Constitución!»; todo lo más respondían con alguna ojeada hostil; y marcharon, fruncidas las cejas y apretados los dientes, hasta llegar frente al pelotón de caballería, donde hicieron alto y formaron las filas.

—Estos hombres no traen buenas intenciones—dije a mi amigo D..., del *Morning Chronicle*, que acababa de reunirse conmigo—. Y tenga usted por seguro que si se lo mandan, empezarán a hacer fuego sin mirar dónde dan. Pero ¿en qué están pensando esos dragones, que evidentemente son del bando contrario, a juzgar por sus gritos? ¿Por qué, estando detrás de los infantes, no les dan una carga y los desbaratan? En seguida la gente les quitaría los fusiles. Yo no soy liberal, pero ya que usted lo es, ¿cómo no se acerca al inexperto joven que manda los caballos, y le da usted a tiempo un buen consejo?

D... volvió hacia mí su ancho semblante, coloradote y placentero como de buen inglés, y dirigiéndome una mirada maliciosa, que parecía significar... (lo que el amable lector crea más del caso), me agarró del brazo

y dijo: «Salgamos de esta barahunda, y a ver si se encuentra una ventana donde instalarnos, y desde donde yo pueda describir lo que suceda en la plaza, porque creo como usted que va a pasar algo grave.» En el último piso de una casa bastante grande, frente por frente a la de Correos, había papeles en señal de que se alquilaban habitaciones; subimos al instante, y contratamos con la inquilina del *étage* el uso de la habitación de la calle por aquel día; atrancamos la puerta, y el reporter requirió cuaderno y lápiz, dispuesto a tomar notas de los sucesos que ya se cernían sobre la plaza.

¡Qué hombres tan extraordinarios son por lo general los corresponsales de los periódicos ingleses! De seguro que si hay alguna clase de hombres que merezca llamarse cosmopolita, es ésta, formada por gente que ejerce su profesión en cualquier país indistintamente, y se acomoda a voluntad a los usos de todas las clases sociales; a cuya fluidez de estilo como escritores sólo supera su facilidad de palabra en la conversación, y a su conocimiento de las letras clásicas, su experiencia del mundo, adquirida por una temprana iniciación en el bullicioso teatro de la vida. La actividad, energía y valor que a veces han de desplegar en sus tareas informativas, son en verdad notables. En París, durante los tres días[1], los vi mezclados con la *canaille* y los *gamins* detrás de las barricadas, mientras la metralla llovía por todas partes y los desesperados coraceros estrellaban sus fogosos caballos contra unos parapetos tan débiles en apariencia. Allí permanecían, tomando notas en un cuaderno con tanta tranquilidad como si estuvieran haciendo información en un mitin de Covent Garden o de Finsbury Square. En España, varios de ellos acompañan a las *guerrillas* de los *cristinos* o de los carlistas en algunas de sus expediciones más arriesgadas, exponiéndose al peligro de las balas enemigas, a las inclemencias del invierno y a los rigores

del sol estival.

Apenas llevábamos cinco minutos en la ventana, cuando oímos de pronto el ruido de los cascos de unos caballos que bajaban corriendo por la *calle de Carretas*. La casa en que estábamos se hallaba, como ya he dicho, enfrente de la de Correos, por cuya izquierda, mirando desde el Norte, desemboca aquella vía en la *Puerta del Sol*; a medida que el ruido se acercaba, apagábase el griterío de la multitud, como si un temor pánico se apoderase de ella; una o dos veces, sin embargo, percibí estas palabras «¡Quesada! ¡Quesada!» Los soldados de Infantería permanecieron en calma e inmóviles, pero los de caballería, y el joven oficial que mandaba, mostraron confusión y miedo a la vez, cambiando unos con otros palabras precipitadas.

De pronto, la gente que estaba hacia la desembocadura de la *calle de Carretas*, retrocedió en desorden, dejando un vasto espacio libre, en el que al instante se precipitó Quesada a galope tendido, espada en mano y con uniforme de general, montado en un *pura sangre* inglés, bayo claro, con tal ímpetu, que recordaba a un toro manchego lanzándose al redondel al ver de súbito abierta la puerta del toril.

Seguíanle muy de cerca dos oficiales a caballo, y, a corta distancia, otros tantos dragones. Casi en menos tiempo que se emplea en contarlo, unos cuantos alborotadores rodaron por el suelo a los pies de los caballos de Quesada y de sus dos amigos, porque los dragones hicieron alto en cuanto entraron en la *Puerta del Sol*. Era un hermoso espectáculo ver a tres hombres, a fuerza de valor y de maestría en la equitación, sembrar el terror en otros tantos miles, cuando menos. Vi a Quesada meterse a caballo por entre la densa multitud y luego desembarazarse de ella por modo magistral;

el populacho estaba completamente atemorizado, y retrocedía, retirándose por la *calle del Comercio* y la *calle de Alcalá*. Le vi también lanzarse de golpe contra dos nacionales que intentaban escaparse, separarlos de la multitud, envolverlos, y empujarlos en otra dirección, golpeándolos despreciativamente con el sable de plano. El general gritaba ¡Viva la reina absoluta! cuando, precisamente debajo de mí, en medio de unos grupos que aún no habían cedido el campo, acaso porque no tenían por dónde escapar, vi brillar por un instante el cañón de un trabuco, sonó luego una detonación aguda, y una bala estuvo a punto de enviar a Quesada al otro mundo: tan cerca le pasó que le rozó el sombrero. Percibí fugazmente, hacia el sitio de donde partió el tiro, una gorra de cuartel muy conocida, luego la gente echó a correr, y el tirador, quienquiera que fuese, desapareció favorecido por la confusión que se movió.

Quesada mostró inmenso desprecio ante el peligro que acababa de correr. Echó en torno suyo una mirada fiera y rápida, y dejando a los dos nacionales, que se fueron cabizbajos, como perros azotados por su amo, se dirigió al joven oficial que mandaba la caballería y que tan activo se había mostrado dando gritos en favor de la Constitución; díjole unas pocas palabras con gesto amenazador, y el oficial evidentemente se sometió, pues, obedeciendo tal vez sus órdenes, resignó el mando del pelotón y se fué muy abatido; hecho esto, Quesada se apeó, y estuvo paseandose arriba y abajo delante de la *Casa de Postas*, con un aire que parecía retar a toda la humanidad.

Aquél fué el día glorioso de la vida de Quesada, y también su día postrero. Digo ésto, porque nunca se había producido en forma tan brillante, y porque ya no debía ver el ocaso de otro sol. No se recuerda

acción de conquistador o de héroe alguno que pueda compararse con esta escena final de la vida de Quesada. ¿Quién, por sólo su impetuosidad y su desesperado valor ha detenido una revolución en plena marcha? Quesada lo hizo; contuvo la revolución en Madrid un día entero, y restituyó las turbas hostiles y alborotadas de una gran ciudad al orden y a la quietud perfectos. Su irrupción en la *Puerta del Sol* fué de un arrojo tan tremendo y oportuno que no tiene par. Tanta admiración me produjo el valor del «toro bravo», que durante su acometida grité muchas veces: «*¡Viva Quesada!*», y le deseé buena fortuna. Esto no quiere decir que yo pertenezca a ningún partido o sistema político. ¡No! ¡No! He vivido tanto tiempo con *Romany Chals*[2] y *Petulengres*[3] que no puedo tener más política que la política de los gitanos, y bien sabido es que al llegar las elecciones, los hijos de Roma se declaran por los dos bandos opuestos, mientras el resultado es dudoso, augurando el triunfo a los dos; y cuando la pelea concluye y la batalla está ganada, se alistan sin falta en las filas del vencedor. Pero, lo repito, mi interés por Quesada nació al contemplar la firmeza de su corazón y su maestría de jinete. La tranquilidad quedó restablecida en Madrid para el resto del día; el pelotón de infantes vivaqueó en la *Puerta del Sol*. No se oyeron más gritos de viva la Constitución; la revuelta parecía efectivamente dominada en la capital. Es lo más probable que si los jefes del partido *moderado* llegan a tener confianza en sí mismos por cuarenta y ocho horas más, su causa hubiera triunfado y los soldados revolucionarios de La Granja se hubieran dado por contentos devolviendo a la reina su libertad y aceptando una avenencia, porque se sabía que varios regimientos leales se acercaban a Madrid.

Pero los *moderados* no tuvieron confianza; aquella misma noche sus

corazones desfallecieron y huyeron en varias direcciones: Istúriz y Galiano, a Francia; el duque de Rivas, a Gibraltar. El pánico de los colegas contagió al mismo Quesada, que huyó vestido de paisano. Pero no tuvo tanta suerte como los otros: reconocido en una aldea, a tres leguas de Madrid, fué preso por unos amigos de la Constitución. En el acto se envió a la capital noticia de la captura, y una copiosa turba de nacionales, los unos a pie, los otros a caballo, algunos en carruajes, se puso en marcha al instante. «Vienen los nacionales»—dijo un *paisano* a Quesada. «Entonces—respondió—estoy perdido»; y luego se preparó para la muerte.

Hay en la calle de Alcalá, de Madrid, un café famoso[4] capaz para varios cientos de personas. En la tarde de aquel mismo día estaba yo sentado en el café consumiendo una taza del oscuro brebaje, cuando sonaron en la calle ruidos y clamores estruendosos; causábanlos los nacionales, que volvían de su expedición. A los pocos minutos entró en el café un grupo de ellos; iban de dos en dos, cogidos del brazo, y pisaban recio a compás. Dieron la vuelta al espacioso local, cantando a coro con fuertes voces la siguiente bárbara copla:

¿Qué es lo que abaja
por aquel cerro?
Ta ra ra ra ra.
Son los huesos de Quesada,
que los trae un perro.
Ta ra ra ra ra.

Pidieron después un gran cuenco de café, y, colocándolo sobre una mesa, los nacionales se sentaron en torno. Hubo un momento de silencio, interrumpido por una voz tonante: «*¡El pañuelo!*» Sacaron un pañuelo

azul, en el que llevaban algo envuelto; lo desataron, y aparecieron una mano ensangrentada y tres o cuatro dedos seccionados, con los que revolvían el contenido del cuenco. «¡Tazas, tazas!»—gritaron los nacionales...

—¡Eh! *Don Jorge*—gritó Baltasarito, viniendo hacia mí con una taza de café—, hágame usted el obsequio de beber por este suceso glorioso. Hoy es un día afortunado para España y para los valientes nacionales de Madrid. He visto más de una *función* de toros, pero ninguna me ha causado tanto placer como ésta. Ayer el toro hizo de las suyas, pero hoy los *toreros* han podido más, como usted ve, *don Jorge*. Hágame el favor de beber; ahora voy a ir en una carrera a mi casa a buscar mi *pajandi* para divertir a compañeros tocando y cantar una copla. ¿Qué copla? ¿Una copla en *gitano*?

Una noche sinava en tucue[5].

¿Mueve usted la cabeza, *don Jorge*? ¡Ja, ja, ja! Soy joven, y la juventud es la edad de las diversiones. Bueno, bueno; en obsequio a usted, que es inglés y *monró*[6], no cantaré eso, sino una canción liberal patriótica: el himno de Riego. *¡Hasta después, don Jorge!*

* * *

Notas

1. Los de la Revolución de julio de 1830.

2. *Romano Chal*, gitano.

3. Palabra compuesta del griego moderno πέταλον y del sánscrito *kara*; significa literalmente «*Señor* de la herradura», o sea el *hacedor* de ellas; es una de las denominaciones secretas de «Los forjadores», tribu de los gitanos ingleses. (Nota de Borrow). Petulengro y Petalengro (en gitano inglés) forjador de herraduras. (Glosario de Burke).

4. Era el Café Nuevo (Knapp).

5. Una noche, estando contigo.

6. Amigo.

Capítulo XV

El vapor.— El cabo de Finisterre.— La tormenta.— Llegada a Cádiz.— El Nuevo Testamento.— Sevilla.— Itálica.— El anfiteatro.— Los presos.— El encuentro.— El barón Taylor.— La calle y el desierto.

En los primeros días de noviembre[1] surqué de nuevo el mar con rumbo a España. Había vuelto a Inglaterra poco después de los sucesos referidos en el capítulo anterior, con objeto de consultar a mis amigos y trazar el plan de mi campaña bíblica en España. Resolvimos imprimir en Madrid el Nuevo Testamento lo antes posible, y se convino que yo me encargaría de la tarea un tanto ardua de distribuirlo. Breve fué mi estancia en Inglaterra; el tiempo era precioso y ansiaba yo encontrarme de nuevo en el campo de acción. Me embarqué en el Támesis, a bordo del vapor *M...* La travesía hasta Falmouth fué muy desagradable. El barco iba atestado de pasajeros, pobres tísicos en su mayoría o gente valetudinaria que huía de las frías celliscas invernales de Inglaterra a las costas soleadas de Portugal y Madeira. Nunca me ha cabido en suerte viajar en un barco más incómodo, sobre todo de vapor. Los camarotes eran muy pequeños y faltos de ventilación; el mío era de los peores, porque los demás estaban tomados desde antes de llegar yo a bordo; para evitar la asfixia que me amenazaba en cuanto

entraba en él, hice el viaje echado en el suelo de una de las cámaras. Estuvimos en Falmouth veinticuatro horas, haciendo carbón y reparando la máquina, que tenía desperfectos importantes.

El lunes 7 zarpamos con rumbo al golfo de Vizcaya. Había mar gruesa, el viento era fuerte y contrario; sin embargo, en la mañana del cuarto día teníamos a la vista las rocas de la costa Norte del cabo de Finisterre. Debo hacer notar aquí que este viaje era el primero que el capitán hacía a bordo de nuestro barco y que conocía muy poco o nada la costa a que nos dirigíamos. Le buscaron a última hora, apresuradamente, porque su predecesor renunció el mando, fundándose en que el barco no podía aguantar la mar y en las frecuentes averías de la máquina. Si yo hubiera sabido todo esto al ver que el barco se acercaba cada vez más a la costa, hasta colocarse a unos cientos de varas de distancia de ella, mi alarma hubiese sido mucho mayor de lo que fué. No dejé, con todo, de sentir profunda sorpresa, pues como las dos veces que había cruzado por allí en barco de vapor, había visto el cuidado con que los capitanes se mantenían lejos de la costa, no pude adivinar la razón de aproximarnos tanto a una zona peligrosísima. El viento soplaba con fuerza hacia la costa, si puede llamarse así a los abruptos y escarpados precipicios en que rompía la marejada con fragor de trueno, alzando nubes de espuma y de agua pulverizada a la altura de una catedral. Fuimos costeando lentamente, y doblamos varios elevados promontorios, apilados algunos por la mano de la naturaleza en formas muy fantásticas. Al anochecer, teníamos cerca por la proa el cabo de Finisterre, escarpada y sombría montaña de granito, cuya ceñuda cima pueden ver desde muy lejos cuantos atraviesan el Océano. La corriente en aquellos parajes era terrible, y aunque las máquinas trabajaban

con toda su fuerza avanzábamos poco o nada.

A eso de las ocho de la noche, el viento se convirtió en huracán, el trueno retumbó pavorosamente, y la única luz que alumbraba nuestro camino era la de las rojas culebrinas expelidas a intervalos de su seno por las nubes gruesas y negras que rodaban a poca altura sobre nuestras cabezas. Hacíamos los mayores esfuerzos para doblar el cabo, que a la luz de los relámpagos surgía a sotavento, iluminado por las frecuentes exhalaciones que vibraban en torno de su cima, cuando, de súbito, la máquina se rompió con un gran crujido, y las palas de que pendía nuestra existencia dejaron de funcionar.

No intentaré pintar la escena de horror y confusión que se produjo; puede ser imaginada, pero no descrita. El capitán—justo es reconocerlo—desplegó la mayor frialdad e intrepidez; tanto él como la tripulación hicieron todo lo imaginable por arreglar la máquina, y cuando vieron la inutilidad de sus esfuerzos izaron las velas y realizaron todas las maniobras posibles para salvar el barco de una destrucción inminente. Pero nada aprovechaba; por desgracia, teníamos la costa a sotavento, y hacia ella nos impelía la rugiente tempestad. Me hallaba yo en tales instantes cerca del timón y pregunté al timonel si había alguna esperanza de salvar el barco, o al menos nuestras vidas. «La situación es apurada, señor—me respondió—. Con esta mar los botes zozobrarán en un minuto; antes de una hora el barco chocará contra el Finisterre, donde el buque de guerra más fuerte del mundo se haría pedazos instantáneamente. Ninguno de nosotros verá el día de mañana.» De igual modo, el capitán informó a los demás pasajeros del peligro que corríamos y les dijo que se preparasen; ordenó luego cerrar las escotillas y que no se permitiese a nadie permanecer

sobre cubierta; yo seguí en mi puesto, no obstante, casi ahogado por el agua de las inmensas olas que rompían contra el barco por barlovento y lo anegaban. Las pipas de agua potable se soltaron de sus amarras, y una de ellas me tiró al suelo y aplastó un pie al desdichado timonel, cuyo puesto ocupó en el acto el capitán. Estábamos ya cerca de las rocas, cuando los elementos entraron en hórrida convulsión. Los relámpagos nos envolvían con sus resplandores; los truenos retumbaban con el fragor de un millón de cañones; el Océano parecía vomitar sus heces más profundas, cuando, en medio de tal desquiciamiento, el vendaval saltó súbitamente de cuadrante y nos apartó de la horrible costa aún más de prisa que nos había empujado hacia ella.

Los marineros más viejos de a bordo reconocieron que nunca se habían librado de la muerte por modo tan providencial. Desde el fondo de mi corazón dije: «Padre nuestro, santificado sea tu nombre.»

Al día siguiente estuvimos a punto de naufragar, porque con la gran marejada nuestro barco, no destinado para navegar a la vela, trabajaba mucho y hacía agua. Las bombas funcionaron sin cesar. También tuvimos fuego a bordo, pero se logró sofocarlo. Por la tarde, la máquina de vapor quedó parcialmente arreglada, y el día 13 llegamos a Lisboa, donde en pocos días se terminaron las reparaciones necesarias.

En Lisboa encontré a mi excelente amigo W.[2] bueno y sano. Durante mi ausencia había trabajado lo posible para fomentar la venta del libro sagrado en portugués; su celo y aplicación eran, en verdad, admirables. Por desgracia, las perturbaciones sufridas por el país en los seis últimos meses habían estorbado sus esfuerzos. Los ánimos de las gentes estaban tan preocupados con la política, que no les quedaba apenas tiempo para pensar

en su salvación. La historia política de Portugal presenta en estos últimos tiempos un sorprendente paralelo con la del país vecino. En ambos, la corte y el partido democrático han luchado por la supremacía; en ambos ha triunfado el último, y dos personas de viso han caído víctimas del furor popular: Freire, en Portugal, y Quesada, en España. Las noticias de este país, que recibí en Lisboa, eran pésimas. Las hordas de Gómez devastaban Andalucía, que yo estaba a punto de visitar de paso para Madrid; los carlistas habían saqueado a Córdoba, y ocupádola tres días, abandonándola después. Me dijeron que si persistía en entrar en España por donde me había propuesto, caería probablemente en manos de los facciosos en Sevilla. No me arredré, a pesar de todo, con plena confianza en que el Señor me abriría camino hasta Madrid.

Reparadas las averías del barco, subimos de nuevo a bordo, y en dos días llegamos sin novedad a Cádiz. Reinaba en la ciudad gran confusión. Decíase que por los alrededores campaban numerosas partidas carlistas. Era de temer un ataque y acababa de proclamarse en la ciudad el estado de sitio. Me alojé en el hotel Francés, en la *calle de la Niveria*,[3] y me dieron para dormir una especie de desván o *guardilla*, pues la casa, famosa por su excelente *table d'hôte*, estaba llena de huéspedes. Me vestí y salí a dar una vuelta por la ciudad. Entré en varios cafés; el ruido de las conversaciones era en todos ensordecedor. En uno de ellos, seis oradores nada menos hablaban al mismo tiempo; el tema era la situación del país y las probabilidades de una intervención franco-inglesa. De pronto, el orador a quien yo escuchaba, me pidió mi opinión por ser extranjero y, al parecer, recién llegado. Contesté que no podía aventurarme a adivinar los planes de aquellos Gobiernos en tales circunstancias; pero que, en mi opinión, no

sería malo que los españoles se esforzasen algo más por su parte y llamasen menos a Júpiter en su ayuda. Como no tenía ganas de hablar de política me fuí en seguida del café, en busca de los barrios donde vive principalmente la clase baja.

Entré en conversación con varios individuos; pero a todos los encontré muy ignorantes; ninguno sabía leer ni escribir, y sus ideas religiosas no eran nada satisfactorias; los más profesaban un indiferentismo completo. Fuí después a una librería, e hice algunas preguntas acerca de la demanda de libros de literatura; dijéronme que era muy escasa. Mostré un ejemplar de una edición londinense del Nuevo Testamento en español, y pregunté al librero si, en su opinión, un libro de tal especie tendría venta en Cádiz; respondió que el papel y la impresión eran magníficos; pero que era un libro nada buscado y muy poco conocido. No proseguí mis averiguaciones en otras librerías, pensando que, probablemente, ningún librero me daría buenos informes de una publicación en que no estaba interesado. Además, yo sólo tenía dos o tres ejemplares del Nuevo Testamento, y no hubiera podido servir ningún pedido, aunque me lo hubiesen hecho.

El día 24, muy temprano, me embarqué para Sevilla en el vaporcito español *Betis*. La mañana era húmeda, y la densa niebla que envolvía el paisaje me impidió observar aquellos contornos. A las seis leguas de recorrido llegamos a la punta Noreste de la bahía de Cádiz y pasamos junto a Sanlúcar, ciudad antigua, próxima a la desembocadura del Guadalquivir. De pronto la niebla se deshizo, y el sol de España fulguró radiante, animándolo todo, y en especial a mí, que yacía sobre cubierta en lánguido y melancólico estupor. Entramos en «El gran río», que tal es la traducción de *Wady al Kebir*, nombre dado por los moros al antiguo Betis. Anclamos

durante unos minutos en Bonanza, pueblecito situado en la terminación del primer brazo del río; tomamos varios pasajeros y continuamos el viaje. El Guadalquivir no ofrece nada de gran interés a los ojos del viajero: las márgenes son bajas, sin árboles; el país adyacente, raso; sólo a gran distancia se columbra la cadena azul de unas *sierras* altas. El agua es turbia y fangosa, muy parecida por el color a la de un cenagal. La anchura media del cauce es de 150 a 200 varas. Pero es imposible viajar por este río sin recordar que por él navegaron romanos, vándalos y árabes, y que ha presenciado sucesos de universal resonancia, cantados en poesías inmortales. Fuí repitiendo versos latinos y fragmentos de romances viejos españoles hasta que llegamos a Sevilla, a eso de las nueve de una hermosa noche de luna.

Sevilla encierra noventa mil habitantes, y está situada en la orilla oriental del Guadalquivir, a unas diez y ocho leguas de la desembocadura; la cercan elevadas murallas moriscas bien conservadas, y tan sólidamente construídas, que probablemente desafiarán aún por muchos siglos las injurias del tiempo. Los edificios más notables son la catedral y el Alcázar, o palacio de los reyes moros. La torre de la catedral, llamada La Giralda, pertenece a la época de los moros, y formó parte de la gran mezquita de Sevilla; se calcula su altura en unos ciento quince metros, y se sube hasta el remate, no por escalera, sino por una rampa abovedada a manera de plano inclinado. La rampa es muy poco empinada, de suerte que puede subirse por ella a caballo, proeza cumplida, según dicen, por Fernando VII. Desde lo alto de la torre se descubre una vista muy extensa, y en días claros se columbra la Sierra de Ronda, aunque dista más de veinte leguas. La catedral, insigne monumento gótico, pasa por ser el más hermoso de su género en España. En las capillas dedicadas a diferentes santos están

algunos de los cuadros más espléndidos que el arte español ha producido; la catedral de Sevilla es ahora más rica en pinturas de primer orden que nunca lo fué, porque han llevado a ella muchos lienzos de los conventos suprimidos, especialmente de Capuchinos y San Francisco.

Todo el que visite Sevilla debe dedicar especial atención al Alcázar, espléndido ejemplar de la arquitectura mora. Contiene muchos salones magníficos, especialmente el llamado de Embajadores, superior en todos aspectos al del mismo nombre de la Alhambra de Granada. Este palacio fué la residencia favorita de Pedro el Cruel, quien lo restauró con cuidado sin alterar su carácter ni disposición moriscos. Probablemente permanece en un estado poco distinto del que tenía a la muerte de aquel rey.

En la orilla derecha del río se halla Triana, importante arrabal que se comunica con Sevilla por un puente de barcas, porque a causa de las violentas inundaciones a que está sujeto el río no hay puente permanente sobre el Guadalquivir. En el arrabal vive la hez de la población, y abundan los gitanos. Como a legua y media hacia el Noroeste se encuentra el pueblo de Santiponce; a los pies y en la ladera de una colina que hay más arriba, se ven las ruinas de la antigua Itálica, cuna de Silio Itálico y de Trajano, de quien el barrio de Triana deriva su nombre.

Una hermosa mañana me encaminé allá, y después de subir a la colina dirigí mis pasos hacia el Norte. No tardé en llegar a los que en otro tiempo fueron los baños, y andando un poco más al anfiteatro, enclavado entre las suaves laderas de una especie de hondonada. El anfiteatro es, con mucho, la reliquia más importante de Itálica; es de forma oval, y tiene sendas puertas de entrada al Este y al Oeste.

Vense por todas partes restos de la gradería de piedra gastada por el

tiempo, desde la que millares de seres humanos contemplaban antaño la arena donde los gladiadores clamaban y los leones y leopardos rugían; todo alrededor, debajo de la gradería, hay una excavación abovedada desde la que, por diversas puertas, los hombres y las fieras se lanzaban al combate. Muchas horas pasé en sitio tan singular, abriéndome paso a través de las hierbas y arbustos silvestres para llegar a las cavernas, albergue ahora de víboras y otros reptiles, cuyos silbidos oí.

Satisfecha mi curiosidad, dejé las ruinas, y volviendo por otro camino llegué a un sitio donde yacía un caballo muerto medio devorado; sobre él se posaba un buitre enorme de ojos brillantes, que, al acercarme, alzó pausadamente el vuelo y fué a posarse en la puerta oriental del anfiteatro, donde lanzó un grito ronco, como de cólera, por haberle interrumpido el festín de carroña.

Gómez no había atacado aún a Sevilla; cuando yo llegué decíase que andaba por los alrededores de Ronda. La ciudad estaba sobre las armas; tapiáronse varias puertas, se abrieron trincheras, se levantaron reductos; pero estoy convencido de que la ciudad no hubiera resistido seis horas un ataque vigoroso. Gómez había mostrado ser un hombre de lo más extraordinario; con su pequeño ejército de aragoneses y vascos dió, en los últimos cuatro meses, la vuelta a España. Muchas veces se vió rodeado por fuerzas triples en número que las suyas y en lugares donde se tenía por imposible que pudiese escapar; pero siempre había chasqueado a sus enemigos, de los que parecía reírse. La Prensa de Sevilla publicaba continuamente noticias absurdas de victorias ganadas contra Gómez; entre otras cosas se dijo que su ejército había sido exterminado, muerto el mismo Gómez, y que mil doscientos prisioneros estaban en camino de Sevilla. Yo

vi a los prisioneros: en lugar de mil doscientos desesperados, vi pasar una veintena de miserables, aspeados, harapientos, muchos de ellos mozalbetes de catorce a diez y seis años. Eran, evidentemente, merodeadores que, no pudiendo seguir al ejército, se habían dejado coger desperdigados por montes y llanos. Luego se supo que no se había dado batalla alguna contra Gómez, y que su muerte era una fantasía. El gran defecto de Gómez era no saber aprovecharse de las circunstancias; después de derrotar a López pudo haber marchado sobre Madrid y proclamar allí a don Carlos; después del saqueo de Córdoba pudo haberse apoderado de Sevilla.

Había en Sevilla varias librerías, en dos de las cuales encontré ejemplares del Nuevo Testamento en español, traídos de Gibraltar dos años antes, habiéndose vendido en ese lapso de tiempo seis ejemplares en una de las librerías, y cuatro en la otra. En mis paseos por la ciudad y sus cercanías me acompañaba generalmente un genovés de edad provecta que desempeñaba en la Posada del Turco, donde yo vivía, algo así como las funciones de *valet de place*. Al saber que yo me proponía imprimir en Madrid el Nuevo Testamento, díjome que en Andalucía podría colocarse buen número de ejemplares. «Conozco el comercio de libros—continuó—. En otros tiempos tuve en Sevilla una pequeña librería. En un viaje que hice a Gibraltar adquirí varios ejemplares de la Escritura, y aunque parte de ellos me los confiscaron los empleados de la Aduana, pude vender los otros a buen precio y me quedó una ganancia considerable.»

Volvía yo de cierta excursión por el campo, una gloriosa y radiante mañana del invierno andaluz, y me dirigía a la posada, cuando al pasar junto al portal de una casona lóbrega, cerca de la puerta de Jerez, dos

individuos, vestidos con *zamarras*, salieron de la casa a la calle; ya iban a cruzarse conmigo, pero uno de ellos, mirándome a la cara, retrocedió vivamente, y en un francés purísimo y armonioso exclamó: «¿Qué es lo que veo? Si mis ojos no me engañan es él; sí, el mismo a quien vi por vez primera en Bayona, y mucho tiempo después bajo los muros de ladrillo de Novogorod; luego junto al Bósforo, y más tarde en... en... Mi querido y respetable amigo: ¿dónde tuve yo la fortuna de ver últimamente su inolvidable y singular fisonomía?»

Yo.—Fué en el Sur de Irlanda, si no me engaño. Allí le presenté a usted al brujo que domaba potros con sólo murmurarles unas palabras al oído. Pero ¿qué le trae a usted por Andalucía? Aquí es donde menos podía yo esperar encontrarle a usted.

El barón Taylor.—Y ¿por qué razón, mi respetable amigo? ¿No es España la tierra del arte? Y dentro de España, ¿no es Andalucía la región donde el arte ha producido sus monumentos más bellos e inspirados? Ya me conoce usted lo bastante para saber que mi pasión son las artes, y que no concibo placer más elevado que el de contemplar con arrobamiento un hermoso cuadro. Venga usted conmigo, puesto que usted tiene también un alma noble y sensible capaz de apreciar lo bello; venga usted conmigo y le enseñaré un cuadro de Murillo que... Pero antes permítame usted que le presente a un compatriota suyo. Querido señor W.—dijo volviéndose a su compañero, un caballero inglés que, como toda su familia, me colmó más adelante de infinitas atenciones y obsequios en mis diversos viajes a Sevilla—: permítame usted que le presente a mi amigo más querido y respetado, hombre que conoce las costumbres de los gitanos mejor que el *Chef des Bohémiens à Triana*, consumado caballista, y que, lo digo en

honor suyo, maneja el martillo y las tenazas, y hierra un caballo como el mejor herrero de la Alpujarra.[4]

En el curso de mis viajes he adquirido muchas amistades y relaciones; pero ninguna tan interesante como la del barón Taylor; por nadie siento yo consideración ni estima más altas. A sus relevantes prendas personales y a sus cultivados talentos, reúne un corazón de tan rara bondad que continuamente le induce a buscar las ocasiones de hacer bien a sus semejantes y de contribuir a su felicidad; acaso no existe quien conozca mejor que él la vida y el mundo en sus múltiples aspectos. Sus hábitos y modales son de la más exquisita elegancia y fina cortesía; pero su condición es tan flexible que se acomoda de buen grado a todo género de compañía, por lo que es acogido dondequiera con predilección. Hay un misterio en su vida que aumenta en no pequeño grado la impresión que sus méritos personales producen en todas partes.

Nadie puede decir, con positivo fundamento, quién es el barón Taylor; se susurra que es un retoño de sangre real; y ¿quién puede, en efecto, contemplar por un momento su graciosa figura, su rostro inteligente y de líneas tan características, sus ojos grandes y expresivos, sin convencerse de que no es un hombre vulgar ni de vulgar linaje? Aunque por su talento y elocuencia hubiera podido alcanzar rápidamente una elevada posición en el Estado, se ha contentado hasta ahora, quizás sabiamente, con una relativa oscuridad, dedicándose por modo principal al estudio de las artes y de la literatura, de las que es liberal protector. Con todo, la ilustre casa a que, según se dice, pertenece, le ha mandado con misiones importantes y delicadas a diferentes países, y en todas ha visto sus esfuerzos coronados por el buen éxito más completo. Cuando yo le encontré en Sevilla estaba

coleccionando obras maestras de pintura española para adornar los salones de las Tullerías.

El barón Taylor ha visitado la mayor parte del globo, y es cosa notable que siempre estamos encontrándonos en los lugares más imprevistos y en circunstancias singulares. Dondequiera que me encuentra, sea en la calle o en el desierto, sea en un salón brillante o entre las *haimas* de los beduínos, sea en Novogorod o en Stambul, exclama, alzando los brazos: «*¡O ciel!* ¡Otra vez tengo la fortuna de ver a mi querido y respetabilísimo amigo Borrow!»

* * *

Notas

1. .

2. Era un comerciante, John Wilby, representante de la Sociedad Bíblica (Knapp).

3. Se alojó en la Posada Francesa, en la calle de San Francisco y de la Neveria, hoy Hotel de París (Knapp).

4. El amigo del barón Taylor era John Wetherell, hijo de un famoso curtidor de pieles de igual nombre. En 1874 el gobierno español indujo a John Wetherell a establecer en Sevilla una manufactura de curtidos finos, concediéndole para su instalación el convento de Jesuítas y una extensión de terreno; le aseguró además ciertos privilegios y contratas para el ejército. Wetherell llevó a Sevilla máquinas y obreros ingleses; pero la empresa se hundió porque el gobierno no pagó las contratas y retiró la protección ofrecida. Wetherell murió arruinado. (Knapp).

Capítulo XVI

Salida para Córdoba.— Carmona.— Las colonias alemanas.— El idioma.— Un caballo haragán.— El recibimiento nocturno.— El posadero carlista.— Buen consejo.— Gómez.— El genovés viejo.— Las dos opiniones.

Después de estar unos quince días en Sevilla salí para Córdoba. Hacía ya algún tiempo que no circulaba la diligencia, debido al turbulento estado de la provincia. No tuve, pues, más remedio que hacer el viaje a caballo. Tomé dos en alquiler y ajusté al genovés viejo, de quien ya he hablado, para que me acompañase hasta Córdoba y se volviera después con las cabalgaduras. Aunque estábamos en pleno invierno, el tiempo era despejado, los días soleados y radiantes, si bien por las noches se dejaba sentir el frío. Pasamos por Alcalá, ciudad pequeña, famosa por las ruinas de un inmenso castillo moro, que desde lo alto de una colina rocosa domina un río pintoresco. La primera noche dormimos en Carmona, otra ciudad mora, a siete leguas de Sevilla. Muy de mañana montamos de nuevo y partimos. Acaso no haya en toda España un monumento de los antiguos moros tan hermoso como el lado oriental de esta ciudad de Carmona, sita en la cima de un alto cerro, mirando a una extensa *vega*, inculta leguas y

leguas, donde sólo se crían jaras y *carrasco*. Por aquella parte se levantan unas sombrías murallas, muy altas, con torres cuadradas a muy cortos intervalos, y de tan sólida estructura que parecen desafiar las injurias del tiempo y de los hombres. En la época de los moros esta ciudad era considerada como la llave de Sevilla, y no se sometió a las armas cristianas sin sufrir un largo y desesperado asedio; la toma de Sevilla siguió poco después. La *vega*, en que a la sazón entrábamos, forma parte del gran *despoblado* de Andalucía, antaño risueño jardín, transformado en lo que ahora es desde que por la expulsión de moros de España fué sangrada esta tierra de la mayor parte de su población. Desde aquí hasta Sierra Morena, que separa la Mancha y Andalucía, las ciudades y pueblos son escasos, muy apartados unos de otros, y aun algunos de ellos datan sólo de mediados del pasado siglo, cuando un ministro español intentó poblar este desierto con hijos de un país extranjero.

A eso de mediodía llegamos a un sitio llamado Moncloa, donde hay una *venta* y un edificio de aspecto desolado con cierta apariencia de *château*; una palmera solitaria yergue su cabeza por encima del muro exterior. Entramos en la *venta*, atamos los caballos al pesebre, y después de mandar que los echaran un pienso fuimos a sentarnos a la lumbre. El ventero y su mujer vinieron también a sentarse a nuestro lado. «Esta gente es muy mala—me dijo el viejo genovés en italiano—; como la casa, nido de ladrones; algunas muertes se han cometido en ella, si es verdad todo lo que se cuenta». Miré con atención a los venteros: eran jóvenes; el marido representaba veinticinco años; era un patán de corta estatura, muy recio, sin duda alguna de prodigiosa fuerza; tenía correctas facciones, pero de expresión sombría, y en sus ojos brillaba un fuego maligno. Su mujer se le

asemejaba un poco, pero su semblante era más abierto y parecía de mejor humor; lo que más me chocó en la ventera fué el color de su pelo, castaño claro, y su tez, blanca y sonrosada, tan diferentes del pelo negro y atezado rostro que en general distinguen a los naturales de la provincia. «¿Es usted andaluza?—pregunté a la ventera—. Casi estoy por decir que me parece usted alemana».

La ventera.—No se equivocaría mucho su merced. Es verdad que soy española, pues en España he nacido; pero también es verdad que soy de sangre alemana, puesto que mis abuelos vinieron de Alemania, así como la de este caballero, mi señor y marido.

Yo.—¿Y cómo fué venir sus abuelos de usted a este país?

La ventera.—¿No ha oído nunca su merced hablar de las colonias alemanas? Hay bastantes por estas partes. En tiempos antiguos el país estaba casi desierto, y era muy peligroso viajar por él, debido a muchos ladrones. Hará cien años, un señor muy poderoso envió mensajeros a Alemania para decir a la gente de allá que estas tierras tan buenas estaban sin cultivo por falta de brazos, y prometiendo a cada labrador que quisiera venir a labrarlas una casa y una yunta de bueyes, con lo necesario para vivir un año. De resultas de esta invitación muchas familias pobres de Alemania vinieron a establecerse en ciertos pueblos y ciudades prevenidos para el caso, que aún llevan el nombre de Colonias Alemanas.

Yo.—¿Cuantas habrá?

La ventera.—Varias. Unas por este lado de Córdoba y otras al otro. La más próxima es Luisiana, que está de aquí dos leguas; de allá venimos mi marido y yo. La siguiente es Carlota, a unas diez leguas de distancia; esas son las dos únicas que yo he visto; pero hay otras más lejos, y algunas,

según he oído decir, están en el riñón de la sierra.

Yo.—¿Hablan todavía los colonos el idioma de sus antepasados?

La ventera.—Sólo hablamos español, o más bien andaluz. Verdad que algunos, muy viejos, saben unas pocas palabras de alemán aprendidas de sus padres, nacidos en aquella tierra; pero la última persona de la colonia capaz de entender una conversación en alemán fué la tía de mi madre, porque vino aquí de muy joven. Siendo yo una chica, recuerdo haberla oído hablar con un viajero, compatriota suyo, en una lengua que me dijeron era el alemán; se entendían, pero la vieja confesaba que se le habían olvidado muchas palabras; ya hace años que se ha muerto.

Yo.—¿De qué religión son los colonos?

La ventera.—Son cristianos, como los españoles, como antes lo fueron sus padres. Por cierto he oído decir que venían de unas partes de Alemania donde la religión se practica mucho más que en la misma España.

Yo.—Los alemanes son el pueblo más honrado de la tierra, y como ustedes son sus legítimos descendientes claro está que los robos serán aquí desconocidos.

La ventera me echó una rápida mirada, miró después a su marido y sonrió; el ventero, que hasta entonces había estado fumando sin proferir palabra, aunque con semblante singularmente adusto y descontento, arrojó la punta del cigarro a la lumbre, se puso en pie y, murmurando: *¡Disparate! ¡conversación!*, se marchó.

«Ha ido usted a poner el dedo en la llaga, *signore*—dijo el genovés cuando ya habíamos dejado atrás Moncloa—. Si fueran gente honrada no podrían tener esa *venta*. Yo no sé cómo serían los colonos cuando llegaron aquí; pero lo que es ahora, sus costumbres no son ni pizca mejores que las

de andaluces, y acaso sean algo peores, si es que hay entre ellos alguna diferencia».

A los tres días de salir de Sevilla, ya cerca de anochecer, llegamos a la *Cuesta del Espinal*, a unas dos leguas de Córboba, desde donde pudimos columbrar los muros de la ciudad, bañados por los últimos rayos del sol poniente. Como aquellos contornos estaban, según me dijo el guía, infestados de bandidos, hicimos lo posible por llegar a la población antes de cerrar la noche. No lo conseguimos, empero, y antes de recorrer la mitad de la distancia nos envolvieron densas tinieblas. La ruindad de los caballos nos había retrasado considerablemente durante el viaje; sobre todo, el caballo de mi guía era insensible al látigo y a la espuela; además, el genovés no era jinete, y acabó por confesar que hacía treinta años no montaba a caballo. Los caballos conocen en seguida las facultades de quien los monta, y el del genovés resolvió aprovecharse de la timidez y debilidad del pobre viejo. Pero casi todo tiene remedio en este mundo. Cansado de andar a paso de tortuga, até las riendas del caballo remolón a la grupa del mío, y sin escatimar espolazos ni palos le obligué a salir al trote o cosa así, y el otro no tuvo más remedio que aligerar los remos. Por dos veces intentó arrojarse al suelo, con gran espanto de su anciano jinete, que me suplicaba una y otra vez que hiciese alto y le permitiera apearse; pero yo, sin hacerle caso, continué dando espolazos y palos con infatigable energía y tan buen éxito que en menos de media hora vimos unas luces muy cerca de nosotros, y al instante llegamos a un río, cruzamos un puente, encontrándonos a la puerta de Córdoba sin habernos roto la nuca ni haberse perniquebrado los caballos.

Atravesamos toda la ciudad para llegar a la *posada*; las calles estaban

oscuras y casi desiertas. La *posada* era un vasto edificio, de cuyas ventanas, bien defendidas con *rejas*, no se escapaba el menor rayo de luz; el silencio de la muerte parecía envolver no sólo la casa, sino la calle entera. Largo rato golpeamos la puerta sin obtener contestación; entonces comenzamos a llamar a voces. Al cabo alguien nos preguntó desde dentro lo que queríamos. «Abra usted la puerta y lo verá», respondí. «No haré tal—replicó el de dentro—hasta no saber quiénes son ustedes». «Somos viajeros de Sevilla». «¿Son ustedes viajeros? ¿Por qué no lo han dicho antes? No estoy aquí de portero para dejar a los viajeros en la calle, *¡Jesús, María!* Ni hay tantos en la casa que no podamos admitir alguno más. Entre, caballero, y sean bienvenidos usted y su compañía.»

Abrió la puerta, dándonos entrada a un espacioso patio; en seguida afianzó nuevamente la puerta con cerrojos y trancas. «¿Por qué toma usted tantas precauciones?—le pregunté—. ¿Teme usted que los carlistas le hagan una visita?» «Los carlistas no nos dan miedo—respondió el portero—. Ya han estado aquí y no nos han hecho daño alguno. A quien tememos es a ciertos pícaros de esta ciudad, que están reñidos con el amo, y le asesinarían con toda su familia si se les presentase ocasión.»

Iba yo a preguntar la razón de esta enemiga, cuando un hombre corpulento bajó corriendo, con una luz en la mano, la escalera de piedra que conducía al interior de la casa. Dos o tres mujeres también con luces, le seguían. Detúvose en el último escalón, y exclamó: «¿Quién ha venido?» Luego adelantó la lámpara hasta que la luz me dió de lleno en el rostro.

«*¡Hola!*—exclamó—. ¿Es usted? ¡Quién iba a pensar—dijo volviéndose a la mujer que estaba a su lado, tan recia como él, de atezado rostro, y próximamente de su misma edad, rayana, al parecer, en los

cincuenta—que en el preciso momento de suspirar por un huésped se detendría a nuestras puertas un inglés! porque a un inglés le reconozco yo a una milla de distancia, hasta en la oscuridad. Juanito—gritó al portero—: esta noche no abras la puerta a nadie más, sea quien sea. Si los nacionales vienen a alborotar, diles que está aquí el hijo de Belington dispuesto a caer sobre ellos espada en mano si no se retiran, y si llegan más viajeros, cosa que no es de esperar, porque desde hace más de un mes no ha venido ninguno, les dices que no hay cuartos porque los ocupa todos un caballero inglés y su acompañamiento.»

Descubrí sin tardanza que mi amigo el *posadero* era un insigne carlista. No había yo concluído de cenar—mientras él y toda su familia, alrededor de la mesita a que me senté, observaban mis movimientos, sobre todo la manera de usar el cuchillo y el tenedor y de llevarme los manjares a la boca—cuando se puso a hablarme de política. «Yo no soy de un partido determinado, *don Jorge*—dijo, pues me había preguntado mi nombre con el fin de darme el tratamiento debido—; yo no soy de un partido determinado, y no estoy por el rey Carlos ni por la *chica* Isabel; sin embargo, llevo en este maldito pueblo *cristino* una vida de perro, y hace mucho tiempo que me habría marchado si no fuese porque he nacido aquí y porque no sé adónde ir. Desde que empezaron estos desórdenes, me da miedo salir a la calle, porque en cuanto la *canaille* de Córdoba me ve doblar una esquina, empiezan a gritar: «¡A ése, al carlista!», y corren detrás de mí vociferando y me amenazan con piedras y palos; de manera que, si no me pongo en salvo metiéndome en casa, empresa difícil con mis diez y pico arrobas, puedo perder la vida en la calle, y esto, lo reconocerá usted *don Jorge*, no es ni agradable ni decente. Ese mozo que ve usted

ahí—continuó, señalando a un joven moreno que estaba detrás de mi silla, empleado en servirme—es mi cuarto hijo; está casado, y no vive con nosotros, sino cien varas más abajo en esta calle. Le hemos llamado de prisa y corriendo para servir a su merced, como es su obligación; pues bien: ha estado a punto de perecer en el camino. Antes de marcharse tendrá que escudriñar la calle para ver si hay moros en la costa, y entonces irse volando a su casa. ¡Carlistas! ¿De dónde sacan que mi familia y yo somos carlistas? Cierto que mi hijo mayor era fraile, y cuando la supresión de los conventos se refugió en las filas realistas, y en ellas ha estado peleando más de tres años. ¿Podía yo evitarlo? Tampoco tengo yo la culpa de que mi segundo hijo se alistara con Gómez y los realistas cuando entraron en Córdoba. ¡Dios le proteja! Pero yo no le mandé alistarse. Tan lejos estoy de ser carlista, que gracias a mí ese mozo que está presente no se marchó con su hermano, aunque tenía muy buenas ganas de hacerlo, porque es valiente y buen cristiano. Quédate en casa—le dije—, porque ¿cómo me voy a arreglar si os vais todos? ¿Quién va a servir a los huéspedes, si Dios quiere enviarnos alguno? Quédate por lo menos hasta que tu hermano, mi hijo tercero, vuelva; porque ha de saberse, y para vergüenza mía lo digo, *don Jorge*, que yo tengo un hijo sargento en el ejército *cristino*, muy en contra de la inclinación personal del pobre muchacho, que no gusta de la vida militar; años llevo solicitando su licencia, y he llegado a aconsejarle que se haga una mutilación para que le libren en seguida. Así que le dije a éste: quédate en casa, hijo mío, hasta que tu hermano venga a ocupar tu puesto y no se nos coma el pan un extraño, que además podría venderme y hacerme traición; de modo que, como usted ve, *don Jorge*, mi hijo se quedó en casa a petición mía, y aún me llaman carlista.»

—¿Cómo se portaron Gómez y sus partidas cuando estuvieron en Córdoba? Porque usted habrá visto, claro es, todo lo sucedido.

—¡Admirablemente bien! Lo que yo quisiera es que aún estuviesen aquí. Como ya le he dicho a usted, *don Jorge*, yo no soy de ningún partido; pero confieso que nunca en mi vida he sentido placer mayor que cuando se nos entraron por las puertas. ¡Entonces había que ver a esos perros de nacionales correr por las calles para ponerse en salvo! ¡Había que verlo, *don Jorge*! Los que me encontraban a la vuelta de una esquina se olvidaban de gritar: *¡Hola, carlista!*, y de sus amenazas de apalearme. Algunos saltaron las murallas y huyeron no se sabe adónde; otros se refugiaron en la casa de la Inquisición, que tenían fortificada, y se encerraron en ella. Ha de saber usted, *don Jorge*, que todos los jefes carlistas: Gómez, Cabrera y el Serrador, se alojaron en esta casa; y ocurrió que, estando yo de conversación con Gómez en este mismo cuarto donde estamos ahora, entró Cabrera hecho una furia; Cabrera es menudo de cuerpo, pero tan vivo y valiente como un gato montés. «Esa *canaille*—dijo al entrar—de la *casa* de la Inquisición no quiere rendirse; si me da usted la orden, general, escalo la casa con mi gente y paso a cuchillo a los que están dentro.» Pero Gómez dijo: «No; debemos ahorrar sangre siempre que sea posible. Que les disparen unos cuantos tiros de fusil, y eso bastará.» Así fué, en efecto, *don Jorge*, porque a las pocas descargas su corazón desfalleció y se rindieron a discreción; después de desarmarlos, se les permitió volver a sus casas. Pero en cuanto se fueron los carlistas, todos esos individuos volvieron a ser tan valientes como antes, y de nuevo, en cuanto me ven doblar una esquina, me gritan: *¡Hola, carlista!* Para guardarse de ellos, mi hijo, ahora que ya ha terminado de servir a su merced, tendrá que ir desde aquí a su casa volando como una

perdiz, no sea que se los encuentre en la calle y le cosan a puñaladas.»

—Usted que ha visto a Gómez, dígame: ¿qué clase de hombre es?

—Es de estatura regular, grave y sombrío. El más notable de todos por su aspecto es el Serrador, especie de gigante, tan alto, que cuando entraba por la puerta del portal siempre daba con la cabeza en el dintel. El que menos me gusta es Palillos, bandido feroz y tétrico, a quien conocí de postillón. En otro tiempo venía muchas veces a mi casa; ahora es capitán de los ladrones de la Mancha, pues aunque se intitula realista, es un bandolero, ni más ni menos. Es una deshonra para la causa que se permita a tales hombres mezclarse con la gente honrada. Yo le odio, *don Jorge*; debido a él, vienen a mi casa tan pocos parroquianos. Los viajeros temen ahora atravesar la Mancha, no sea que caigan en su poder. ¡Así le ahorquen, *don Jorge*, sean los *cristinos* o los realistas; lo mismo me da!

—Cuando llegué conoció usted al momento que era inglés. ¿Es que vienen a Córdoba muchos compatriotas míos?

—*¡Toma!*—respondió el posadero—, son mis mejores parroquianos; he tenido en casa ingleses de todas categorías, desde el hijo de Belington hasta un *médico* joven que curó a esta *chica*, hija mía, del dolor de oídos. ¿Cómo no he de reconocer a un inglés? Con Gómez vinieron dos que servían como voluntarios. *¡Vaya, qué gente!* ¡Qué magníficos caballos montaban, y cómo desparramaban el oro! Venía con ellos un portugués muy noble, pero pobrísimo, un miguelista; según me dijeron, los dos ingleses le sostenían por devoción a la causa realista. El portugués estaba siempre cantando:

El rey chegou, el rey chegou,
E en Belem desembarcou.

Fueron unos días magníficos, *don Jorge*. Y entre paréntesis, se me ha olvidado preguntar de qué partido es su merced.

A la siguiente mañana, cuando estaba vistiéndome, el viejo genovés entró en mi cuarto:—*Signore*—me dijo—, vengo a decirle adiós. Ahora mismo me vuelvo a Sevilla con los caballos.

—¿Por qué tanta prisa?—respondí—. Mejor sería que se quedase usted aquí hasta mañana; usted y los caballos necesitan reposo. Descanse usted hoy, y yo pagaré el gasto.

—Gracias, *signore*; pero me voy inmediatamente; no puedo quedarme en esta casa.

—¿Qué le ocurre a la casa?—pregunté.

—De la casa nada tengo que decir—replicó el genovés—; de quien me quejo es de sus dueños. Hace cosa de una hora bajé a desayunarme, y me encontré en la cocina al posadero y a toda su familia. Bueno: me senté y pedí un chocolate, que me trajeron; pero, antes de tomármelo, el posadero empezó a hablar de política. Al principio me dijo que no estaba con ninguno de los dos bandos; pero es tan furibundo carlista como el mismo Carlos V, porque, en cuanto se enteró de que yo soy del bando contrario, me echó unas miradas de bestia salvaje. Ha de saber usted, *signore*, que, en tiempos de la anterior Constitución, tuve yo un café en Sevilla, al que concurrían los liberales más notorios, y fué causa de mi ruina, pues como admirador de sus opiniones, abrí a mis parroquianos el crédito que se les antojó, lo mismo en café que en licores, y, de esta suerte, al tiempo de ser derrocada la Constitución y restaurado el despotismo ya les había fiado cuanto tenía. Es posible que muchos de ellos me hubiesen pagado, porque no creo que abrigasen malas intenciones contra mí; pero llegó la

persecución, los liberales se dieron a la fuga, y, cosa bastante natural, pensaron en su propia seguridad más que en pagarme los cafés y los licores; a pesar de eso, soy partidario de sus ideas, y nunca vacilo en proclamarlo así. En cuanto el posadero, como ya he dicho a su merced, se enteró de mis opiniones, me miró como una fiera y «Salga usted de mi casa—exclamó—; no quiero espías en ella»; añadiendo algunas expresiones irrespetuosas para la joven reina Isabel y para Cristina, a quien considero compatriota mía, a pesar de ser napolitana. Perdí la calma al oírle y le devolví el cumplido diciendo que Carlos es un pillo y la princesa de Beira otra que tal. Me dispuse a ingerir el chocolate; pero, antes de llevármelo a los labios, la posadera, más furibunda carlista aún que su marido, si cabe, se abalanzó a mí, me arrebató la jícara y, tirándola por el aire, que casi dió con ella en el techo, exclamó: «¡Fuera de aquí, perro *negro*! ¡En mi casa no vuelves a catar cosa ninguna! ¡Colgado como un cerdo te vea yo!» Comprenderá su merced que no puedo estar aquí más tiempo. Se me olvidaba decir que el bribón del posadero asegura que usted le ha confesado ser de su misma opinión, pues en otro caso no le hubiera hospedado a usted.

—Mire, buen hombre—respondí—: yo soy, invariablemente, de la misma opinión política de la gente a cuya mesa me siento o bajo cuyo techo duermo, o, por lo menos, jamás digo cosa alguna que pueda inducirles a sospechar lo contrario. Gracias a este sistema me he librado más de una vez de reposar en almohadas sangrientas o de que me sazonasen el vino con sublimado.

* * *

Capítulo XVII

Córdoba.— Los moros de Berbería.— Los ingleses.— Un cura viejo.— El breviario romano.— El palomar.— El Santo Oficio.— Judaísmo.— Los palomares profanados.— Propuesta del posadero.

Poco hay que decir de Córdoba, ciudad pobre, sucia y triste, llena de angostas callejuelas, sin plazas ni edificios públicos dignos de atención, salvo y excepto su Catedral, dondequiera famosa; su emplazamiento es, sin embargo, bello y pintoresco. Corre por un lado el Guadalquivir, que, si bien poco profundo en estos lugares y lleno de bancos de arena, no deja de ser un río deleitoso; por el otro se alzan las escarpadas vertientes de Sierra Morena, plantadas de olivares hasta la cima. La ciudad está rodeada de altas murallas moriscas, que pueden tener hasta tres cuartos de legua de desarrollo; a diferencia de Sevilla y de la mayoría de las ciudades de España, carece de arrabales.

La Catedral, único edificio notable de Córdoba, como ya he dicho, es acaso el templo más extraordinario del mundo. Fué en su origen, como todos saben, una mezquita, erigida en los días más brillantes de la dominación árabe en España. Era de planta cuadrangular y de techo bajo, sostenido por infinidad de redondas columnas de mármol, pequeñas y

finas, muchas de las cuales subsisten aún, y ofrecen al primer golpe de vista la apariencia de un bosque de mármol; la mayor parte de ellas, sin embargo, fueron quitadas cuando los cristianos, después de expulsar a los muslimes, quisieron transformar la mezquita en catedral, como, en efecto, la transformaron parcialmente, levantando una cúpula y despejando en el interior un cierto espacio para hacer el coro. Tal como hoy está el templo, parece pertenecer en parte a Mahoma, y en parte al Nazareno; y aunque la mezcla de la pesada arquitectura gótica con el aéreo y delicado estilo de los árabes produce un efecto algo raro, todavía el edificio es magnífico y grandioso, y muy adecuado para suscitar el respeto y la veneración en el ánimo del visitante.

Los moros de Berbería parecen cuidarse muy poco de las hazañas de sus antepasados: sólo piensan en las cosas del día presente, y únicamente hasta donde esas cosas les conciernen de un modo personal. El entusiasmo desinteresado y la admiración por cuanto es grande y bueno, señales verdaderas e inconfundibles de un alma noble, son sentimientos que en absoluto desconocen. Asombra la indiferencia con que cruzan ante los restos de la antigua grandeza mora en España. Ni se exaltan ante las pruebas de lo que en otro tiempo fueron los moros, ni la conciencia de su situación actual les entristece. Vienen a Andalucía a vender perfumes, babuchas, dátiles y sedas de Fez y Marruecos; eso es lo que más les interesa, aun cuando la mayor parte de estos hombres estén lejos de ser unos ignorantes y hayan oído y leído lo que ocurría en España en los antiguos tiempos. Una vez hablaba yo en Madrid con un moro bastante amigo mío acerca de su visita a la Alhambra de Granada. «¿No lloró usted—le pregunté—, al pasar por aquellos patios, al acordarse de los Abencerrajes?»

«No—respondió—. ¿Por qué había de llorar?» «¿Y por qué fué usted a ver la Alhambra?»—pregunté. «Fuí a verla porque estando en Granada para asuntos míos un compatriota de usted me rogó que le acompañase a la Alhambra y le tradujese unas inscripciones. Es seguro que espontáneamente no se me hubiese ocurrido ir, porque la subida es penosa.» El hombre que me hablaba así compone versos y no es en modo alguno un poeta despreciable. Otra vez, estando yo en la catedral de Córdoba, entraron tres moros y la atravesaron pausadamente, dirigiéndose a la puerta situada en el lado frontero. Todo su interés por aquel lugar se tradujo en dos o tres ojeadas ligeras a las columnas, diciendo uno de ellos: «*Huáje del Mselmeen, huáje del Mselmeen*» (Cosas de los moros, cosas de los moros); y la única muestra de respeto que dieron por el templo donde en su tiempo se prosternaba Abderrahman el Grande fué que, al llegar a la puerta, se volvieron de cara y salieron andando hacia atrás; sin embargo, aquellos hombres eran *hajis* y *talibs*, hombres asimismo de grandes riquezas, que habían leído y viajado, que habían estado en la Meca y en la gran ciudad de la Nigricia[1].

Me detuve en Córdoba mucho más de lo primeramente calculado, porque no cesaba de recibir noticias acerca de la inseguridad del camino de Madrid. En poco tiempo escudriñé todos los rincones y escondrijos de aquella antigua ciudad y adquirí algunas amistades entre la gente del pueblo, que es mi modo de proceder habitual cuando llego a una población desconocida. Varias veces subí a Sierra Morena, acompañado por el hijo del posadero, aquel buen mozo de quien ya he hablado. Los posaderos, convencidos de que yo participaba de sus opiniones, me trataban con extremada cortesía; cierto que, en cambio, hube de prestar

oídos a vastos planes carlistas, verdaderas traiciones contra los poderes constituídos en España; pero todo lo llevé con paciencia.

—*Don Jorgito*—díjome un día el posadero—, yo quiero mucho a los ingleses; son mis mejores parroquianos. Es una lástima que no haya más unión entre España e Inglaterra y que no vengan más ingleses a visitarnos. ¿No se podría hacer un casorio? El rey entraría en seguida en Madrid. ¿Por qué no se hacen las *bodas* del hijo de don Carlos con la heredera de Inglaterra?

—De esa manera—respondí—vendrían seguramente muchos ingleses a España, y no sería la primera vez que el hijo de un Carlos se casa con una princesa de Inglaterra.

El huésped meditó un momento, y luego exclamó:

—*Carracho, Don Jorgito*, si se hiciera ese matrimonio, el rey y yo tendríamos motivo para tirar el sombrero al aire.

La casa o *posada* en que yo vivía era sumamente espaciosa, con infinidad de habitaciones grandes y chicas, pero desamuebladas en su mayoría. Mi cuarto estaba al final de un corredor inmensamente largo, como el que por modo admirable se describe en la leyenda maravillosa de Udolfo[2]. Durante uno o dos días creí que era yo el único huésped en la casa. Pero una mañana vi sentado en el corredor, junto a una ventana, a un anciano de singular aspecto, que leía con atención en un pequeño y abultado volumen. Sus vestidos eran de grosera tela azul, y llevaba un amplio sobretodo encima de un chaleco adornado con varias filas de botoncitos de nácar; tenía calados los espejuelos. Aunque le veía sentado, me di cuenta de que su estatura rayaba en lo gigantesco.

—¿Quién es ese hombre?—pregunté al posadero, al encontrarle poco

después—. ¿Es otro huésped de la casa?

—No puedo decir que sea precisamente un huésped, *Don Jorge de mi alma*—replicó—; pues, aunque pára en mi casa, no me da nada a ganar. Ha de saber usted, *Don Jorge*, que éste es uno de dos curas que había en un pueblo bastante grande[3] no lejos de aquí. Al entrar en el pueblo las tropas de Gómez, su reverencia salió a su encuentro revestido, con un libro en la mano, y, a petición de los soldados, proclamó a Carlos Quinto en la plaza del mercado. El otro cura era un liberal violento, un *negro* rematado, y los realistas le echaron mano, disponiéndose a ahorcarlo. Intervino su reverencia y obtuvo gracia para su colega, a condición de que gritase *¡Viva Carlos Quinto!*, y así lo hizo para salvar la vida. Bueno; pues en cuanto los realistas se fueron, el cura negro montó en una mula, vino a Córdoba y delató a su reverencia, a pesar de deberle la vida. Prendieron a su reverencia, trajéronle a Córdoba, y seguramente le habrían metido en la cárcel común por carlista si yo no hubiera salido fiador suyo, poniendo que no se marcharía de aquí y se presentaría cuando le llamaran a responder de los cargos aportados contra él; y en mi casa está, aunque no pueda llamarle mi huésped, pues no gano nada con él: toda su comida, que se reduce a unos pocos huevos, un poco de leche y pan, se la traen a diario del pueblo. En cuanto a su dinero, no sé de qué color es, aunque, según dicen, tiene *buenas pesetas*. Con todo, es un santo; siempre está leyendo y rezando, y es, además, del partido de los buenos. Por eso le tengo en mi casa, y saldría fiador suyo aunque fuese veinte veces más avaro de lo que parece.

Al siguiente día, al pasar otra vez por el corredor, vi al viejo sentado en el mismo sitio, y le saludé. Me devolvió el saludo con mucha cortesía y cerró el libro, colocándolo en sus rodillas, como si quisiera trabar

conversación. Después de cambiar breves palabras, tomé el libro para examinarlo.

—No podrá usted sacar mucho provecho de este libro, *Don Jorge*—dijo el viejo—. No puede usted entenderlo, porque no está escrito en inglés.

—Ni en español—repliqué—. Pero, respecto a poder entenderlo o no, ¿qué dificultad puede haber en una cosa tan sencilla? Este es el breviario romano escrito en latín.

—¿Pero entienden los ingleses el latín?—exclamó—. *¡Vaya!* ¿Quién hubiera pensado que los luteranos pudiesen entender la lengua de la Iglesia? *¡Vaya!* Cuanto más vive uno, más aprende.

—¿Cuántos años tiene vuestra reverencia?—pregunté.

—Ochenta, *Don Jorge*; ochenta años largos.

Esta fué la primera conversación que tuvimos su reverencia y yo. No tardó en sentir notable inclinación por mí, y me hacía el favor de acompañarme no pocos ratos. A diferencia de nuestro amigo el posadero, el cura no gustaba de hablar de política, cosa que no dejó de sorprenderme, conociendo yo, como conocía, la resuelta y peligrosa parte que había tomado en la última irrupción carlista en las cercanías. En cambio, le gustaba mucho platicar acerca de asuntos eclesiásticos y de los escritos de los Padres.

—He formado en mi casa una pequeña librería, *Don Jorge*, con todos los escritos de los Padres que me ha sido dable encontrar; su lectura me sirve de entretenimiento y de consuelo. Cuando pasen estos tristes días, *Don Jorge*, espero que, si continúa usted por estas partes, irá a visitarme, y le enseñaré mi modesta colección de los Padres, y también un palomar,

donde crío muchas palomas, que me producen no pequeño solaz y algún provecho.

—Supongo que al hablarme de su palomar—repuse—, alude usted a su parroquia, y que por la cría de las palomas representa usted el cuidado que toma por las almas de sus feligreses, inculcándoles el temor de Dios y la obediencia a la ley revelada, ocupación que, naturalmente, le produce a usted muchos solaces y consuelos espirituales.

—Hablaba sin metáfora, *Don Jorge*—replicó mi interlocutor—. Al decir que crío muchas palomas, no pretendo significar sino que yo proveo de pichones el mercado de Córdoba, y a veces el de Sevilla; mis aves son muy apreciadas, y creo que no hay en todo el reino otras más gordas ni mejor cebadas. Si fuera usted a mi pueblo, *Don Jorge*, tendría que hacer alto en una *venta* donde las probaría seguramente, porque en mi jurisdicción no consiento más palomares que el mío. Respecto de las almas de mis feligreses, creo que cumplo con mi deber en cuanto está de mi parte. Las cosas espirituales me deleitan sobremanera, y por esta razón me incorporé a la *Santa Casa* de Córdoba, en la que he servido durante muchos años.

—¿Vuestra reverencia ha sido inquisidor?—exclamé un poco asombrado.

—Desde los trece años hasta que se suprimió el Santo Oficio en estos desventurados reinos.

—Me sorprende y me alegra el saberlo—repuse yo—. Nada tan placentero para mí como hablar con un sacerdote que perteneció antaño a la Santa Casa de Córdoba.

El viejo, mirándome fijamente, contestó:

—Ya le comprendo a usted, *Don Jorge*. He adivinado hace rato que

usted es de los nuestros. Es usted un santo varón y muy instruído; aunque crea conveniente hacerse pasar por inglés y luterano, he penetrado su verdadera condición. Ningún luterano se tomaría por las cosas de la Iglesia el interés que usted demuestra; y a lo de ser inglés, digo que ninguno de esa nación puede hablar el castellano, y menos el latín. Creo que usted es de los nuestros: un sacerdote misionero; y me confirmo en esta idea, sobre todo, porque le veo a usted en frecuente conversación con los *gitanos*; parece que hace usted propaganda entre ellos. Pero viva usted prevenido, *Don Jorge*; desconfíe de la fe de Egipto; son malos penitentes y me gustan poco. No le aconsejaría yo a usted que se fiara de ellos.

—No lo intento siquiera—repliqué—; sobre todo en lo tocante al dinero. Pero, volviendo a cosas más importantes, dígame: ¿de qué delitos conocía la Santa Casa de Córdoba?

—Supongo que sabrá usted cuáles eran los asuntos propios de la función del Santo Oficio; por tanto, no necesito decirle que los delitos en que entendíamos eran los de brujería, judaísmo y ciertos descarríos carnales.

—¿Qué opinión tiene usted de la brujería? ¿Existe en realidad ese delito?

—*¡Qué sé yo!*—dijo el viejo encogiéndose de hombros—. La Iglesia tiene, o al menos tenía, el poder de castigar por algo, fuese real o irreal, *Don Jorge*; y como era necesario castigar para demostrar que tenía el poder de hacerlo, ¿qué importaba si el castigo se imponía por brujería o por otro delito?

—¿Ocurrieron en su tiempo de usted muchos casos de brujería?

—Uno o dos, *Don Jorge*; eran poco frecuentes. El último caso que

recuerdo ocurrió en un convento de Sevilla. Cierta monja tenía la costumbre de salir volando por la ventana al jardín y de revolotear en él sobre los naranjos. Se tomó declaración a varios testigos, y en el proceso, instruído con toda formalidad, quedaron, a mi entender, bastante bien probados los hechos. Pero de lo que sí estoy cierto es de que la monja fué castigada.

—¿Les daba a ustedes mucho que hacer el judaísmo en estas partes?

—¡Oh! Lo que más trabajo daba a la Santa Casa era, en efecto, el judaísmo; sus brotes y ramificaciones son numerosos, no sólo por aquí, sino en toda España; lo más singular es que hasta en el clero descubríamos continuamente casos de judaísmo de ambas especies que, por obligación, teníamos que castigar.

—¿Hay más de una especie de judaísmo?—pregunté.

—Siempre he dividido el judaísmo en dos clases: negro y blanco; por judaísmo negro entiendo la observancia de la ley de Moisés con preferencia a los preceptos de la Iglesia; en el judaísmo blanco entra todo género de herejía, como luteranismo, francmasonería y otros por el estilo.

—Comprendo fácilmente—dije yo—que muchos sacerdotes acepten los principios de la Reforma, y que no pocos se hayan dejado extraviar por las engañosas luces de la filosofía moderna; pero es casi inconcebible que dentro del clero haya judíos que sigan en secreto los ritos y prácticas de la ley antigua, aunque ya antes de ahora me han asegurado que el hecho es cierto.

—Crea usted, *Don Jorge*, que en el clero hay abundancia de judaísmo, lo mismo del negro que del blanco. Recuerdo que una vez estábamos registrando la casa de un eclesiástico acusado de judaísmo negro, y, después

de buscar mucho, encontramos debajo del piso una caja de madera, y en ella un pequeño relicario de plata, donde había guardados tres libros forrados de negra piel de cerdo; los abrimos, y resultaron libros devotos judíos, escritos en caracteres hebreos, antiquísimos; al ser interrogado, no negó su culpa el reo; antes bien, se vanaglorió de ella, diciendo que no había más que un Dios, y atacando el culto a María Santísima como una idolatría grosera.

—Y aquí entre nosotros, ¿qué opina usted de esa adoración a María Santísima?

—¿Qué opino yo? *¡Qué sé yo!*—dijo el viejo, encogiéndose de hombros aún más que la vez primera—. Pero le diré a usted que, bien mirado, me parece justa y natural. ¿Por qué no? Cualquiera que vaya a visitar mi iglesia, y la contemple tal como en ella está, *tan bonita, tan guapita*, tan bien vestida y gentil, con aquellos colores, blanco y carmín, tan lindos, no necesitará preguntar por qué se adora a María Santísima. Y, sobre todo, *Don Jorgito mío*, eso es cosa de la Iglesia y forma parte importante de su sistema.

—¿Y tuvo usted que entender en muchos casos de delitos carnales?

—Entre los seglares, no muchos; sobre los clérigos ejercíamos una rigurosa vigilancia. Pero, en general, éramos tolerantes en estas materias, conociendo las muchas flaquezas de la naturaleza humana. Rara vez castigábamos, salvo en los casos en que la gloria de la Iglesia y la lealtad a María Santísima hacían absolutamente inexcusable el castigo.

—¿Cuáles eran esos casos?—pregunté.

—Aludo a la profanación de los palomares, *don Jorge*, y a la introducción en ellos de carne de contrabando para fines que no eran ni

apropiados ni decentes.

—Vuestra reverencia me perdonará; pero no acabo de entender.

—Me refiero, *don Jorge*, a ciertos actos de perversión practicados por algunos clérigos en apartados y lejanos *palomares*, en olivares y huertos; actos condenados, si no recuerdo mal, por San Pablo en su primera carta al Papa Sixto. Ahora me habrá usted entendido, *don Jorge*, porque es usted hombre versado en cosas de iglesia.

—Creo que le he entendido a usted—repliqué.

Después de permanecer unos cuantos días más en Córdoba, resolví continuar mi viaje a Madrid, aunque seguían diciéndome que los caminos estaban muy inseguros. Me pareció inútil quedarme allí más tiempo en espera de que se restableciera la normalidad, cosa que podía no ocurrir nunca. Consulté, pues, con el posadero respecto del mejor modo de hacer el viaje. «*Don Jorgito*—respondió—, creo que puedo darle a usted un buen consejo. Usted tiene ganas de marcharse, según me dice, y yo no acostumbro a retener a mis huéspedes más tiempo del que buenamente quieren estar en mi casa; proceder de otro modo sería impropio de un posadero cristiano; eso se queda para los moros, los *cristinos* y los *negros*. Para facilitarle a usted el viaje, *don Jorge*, tengo un plan en la cabeza, y ya, antes de que me preguntase, había resuelto proponérselo a usted. Mi cuñado tiene dos caballos, y cuando se le ofrece los da en alquiler; usted puede alquilarlos, *don Jorge*, y mi cuñado en persona le acompañará para servirle y darle conversación, por lo que le pagará usted cuarenta duros. Pero, y esto es lo importante, como en el camino hay muchos ladrones y *malos sujetos*, tales como Palillos y su gente, hará usted una obligación, *don Jorge*, comprometiéndose, si los roban y desvalijan a ustedes, y si los

ladrones se quedan con los caballos de mi cuñado, a hacerle bueno, en cuanto lleguen a Madrid, todo lo que por seguirle a usted haya perdido. Este es mi plan, *don Jorge*, y no dudo que su merced lo apruebe, porque está trazado para favorecerle, y no con miras de lucro para mí ni los míos. En mi cuñado tendrá usted un gran compañero de viaje; es un hombre muy formal, pertenece al partido de los buenos, y ha viajado también mucho; porque, entre nosotros, *don Jorge*, es un poco *contrabandista*, y con frecuencia trae de contrabando diamantes y piedras preciosas de Portugal a España, para colocarlas en Córdoba o en Madrid. Conoce todos los *atajos*, *don Jorge*, y le respetan mucho en las *ventas* y *posadas* del camino. Ahora venga esa mano para cerrar el trato, y en seguida iré a buscar a mi cuñado para decirle que se disponga a salir con su merced pasado mañana.»

* * *

Notas

1. Alude, probablemente, a Khartum, capital del Sudán. (Nota de Burke.)

2. *The mystery of Udolpho*, por Mrs. Radcliffe (1764-1823). (Nota de Burke.)

3. Puente. (Nota de Burke.)

Capítulo XVIII

Salida de Córdoba.— El contrabandista.— Treta judaica.— Llegada a Madrid.

Salí de Córdoba una radiante mañana en compañía del *contrabandista*, que iba montado en un hermoso caballo de media alzada, una *jaca*, de la renombrada casta cordobesa; era el animal de color bayo claro, lucero, de remos fuertes, pero elegantes, y con una larga cola negra que le arrastraba por el suelo. El otro caballo, destinado a llevarme a Madrid, era de muy diferente estampa, que no predisponía en favor suyo. Por muchos rasgos se parecía sumamente a un cerdo, sobre todo por la curvatura del lomo, por la cortedad del cuello y por la manera de llevar siempre la cabeza junto al suelo; su perpetuo husmear y su rabo eran también enteramente los de un cerdo. Su piel más parecía cubierta de ásperas cerdas que de pelo; y en cuanto al tamaño, muchos cerdos de Westfalia he visto tan altos como él. No me agradaba mucho la idea de exhibirme a lomos de tan singularísimo cuadrúpedo, y me puse a mirar fijamente al excelente animal en que mi guía había tenido por conveniente instalarse. El hombre interpretó mis miradas, y me dió a entender que por llevar el equipaje le correspondía el mejor caballo, alegación que me pareció harto bien fundada para oponerle

reparo alguno.

Resultó que el *contrabandista* no era, ni con mucho, un compañero de camino tan agradable como las manifestaciones del posadero de Córdoba me habían hecho suponer. Durante el día, cabalgaba taciturno y en silencio, y apenas respondía a mis preguntas más que con monosílabos; por las noches, empero, después de comer bien y beber en proporción a mis expensas, consentía en mostrarse a veces más sociable y comunicativo. «Me he quitado del contrabando—me dijo en una de estas ocasiones—a causa de una estafa que me hicieron en Lisboa: un judío, a quien conocía yo desde mucho tiempo atrás, me encajó por bueno un brillante falso. Lo hizo con una habilidad extraordinaria, porque no soy yo tan novato que no sepa conocer las piedras buenas; al parecer, el judío tenía dos, y las cambió con mucha destreza, guardándose la buena, comprada por mí, y substituyéndola con otra, muy bien imitada, pero que no valía cuatro duros. Descubrí la estafa cuando había cruzado ya la frontera, y aunque volví allá a escape, no pude dar con el bandido; uno de sus rabinos me dijo que el tal había muerto y que acababan de enterrarle; pero bien conocí que mentía, porque al decírmelo le retozaba la risa en los ojos. Desde entonces renuncié al contrabando.»

No intentaré describir minuciosamente los varios incidentes de este viaje. Dejando a nuestra derecha las montañas de Jaén, pasamos por Andújar y Bailén, y al tercer día llegamos a La Carolina, pequeña pero linda ciudad en las faldas de Sierra Morena, habitada por los descendientes de los colonos alemanes. A dos leguas de este lugar entramos en el desfiladero de Despeñaperros, que aun en tiempos normales tiene muy mala fama por los robos que continuamente se perpetran en sus

escondrijos, y que en la época de que voy hablando era, según decían, un hormiguero de bandidos. Creíamos, pues, que nos robarían, o que quizás nos dejarían desnudos en el monte o nos maltratarían de cualquier otro modo; pero la Providencia intervino en favor nuestro. Al parecer, el día antes de nuestra llegada los bandidos habían cometido una espantosa muerte y robado hasta cuarenta mil *reales*, botín que probablemente los satisfacía por algún tiempo; lo cierto es que nadie nos molestó. A nadie vimos en el desfiladero, aunque a ratos llegaban hasta nosotros voces y silbidos. Entramos en la Mancha, donde temía yo caer en manos de Palillos y Orejita. La Providencia me protegió de nuevo. El tiempo había sido hasta entonces delicioso; súbitamente, el Señor sopló un viento helado, tan riguroso que era casi irresistible. Ningún ser humano, salvo nosotros, se aventuraba a salir. Atravesamos llanuras cubiertas de nieve, y pasamos por ciudades y pueblos que parecían desiertos. Los ladrones se estuvieron encerrados en sus cuevas y chozas; pero el frío a poco nos mata. Llegamos a Aranjuez el día de Navidad, ya tarde, y fuí a casa de un inglés, donde ingerí casi un cuartillo de aguardiente: no me hizo más efecto que si fuese agua tibia.

Al siguiente día llegamos a Madrid, y tuve la fortuna de encontrarlo todo tranquilo y en orden. El *contrabandista* estuvo conmigo dos días más, al cabo de los cuales se volvió a Córdoba montado en el grotesco animal que me había traído a mí todo el viaje; la *jaca* se la compré yo, porque en el camino aprecié sus facultades, y pensé que podría utilizarla en mis excursiones futuras. El *contrabandista* quedó tan contento del precio que le pagué por el caballo, y del trato que en general había recibido de mí mientras me acompañó, que de muy buena gana se hubiera quedado a

servirme como criado, y así me lo pidió, asegurándome que si yo consentía en ello, dejaría a su mujer y a sus hijos, y me seguiría por el mundo entero. No quise acceder a su petición, aunque necesitaba un criado; le hice, pues, volver a Córdoba, donde, según supe más tarde, murió repentinamente a la semana de haber llegado.

Su muerte ocurrió de singular manera: un día tomó el hombre la bolsa de su dinero, y después de contarlo le dijo a su mujer: «Con el viaje del inglés y la venta de la *jaca* he hecho noventa y cinco duros; a poca suerte que tenga, puedo doblarlos arriesgándolos en el contrabando. Mañana me voy a Lisboa a comprar diamantes. Vamos a ver si hay que herrar el caballo.» Se levantó, encaminándose a la puerta con intención de ir a la cuadra; pero antes de trasponer el dintel, cayó muerto al suelo. Así son las cosas de este mundo. Bien dice el sabio: «Nadie está seguro del mañana.»

FIN DEL TOMO PRIMERO

* * *

NOTAS

El Evangelio según S. Lucas, traducido al Romaní, o dialecto de los gitanos de España. [Madrid], 1837. En 16.º, 177 págs.

Segunda edición: Criscote e Majaró Lucas, chibado andré o Romanó, o chipé es Zincales de Sesé.

El Evangelio según S. Lucas, traducido al romaní, o dialecto de los gitanos de España. Lundra, 1872. En 16.º, 177 págs.

The Romany Rye; a sequel to «Lavengro». By George Borrow... In two volumes. London, John Murray, 1857.

«Om Frands Gonzales, of Rodrik Cid,

End siunges i Sierra Murene!»

Krönike Riim. Por Severin Grundtvig. Copenhague, 1829.

* * *

Tomo II

Índices

Páginas.

Capítulo xix.— Llegada a Madrid.— María Díaz.— Impresión del Testamento.— Mi proyecto.— El corcel andaluz.— Se necesita un criado.— Una petición.— Antonio Buchini.— El general Córdova.— Principios de honor.

13

Cap. xx.— Enfermedad.— Visita nocturna.— Una inteligencia superior.— El cuchicheo.— Salamanca.— Hospitalidad irlandesa.— Soldados españoles.— Anuncios de las Escrituras.

30

Cap. xxi.— Salida de Salamanca.— Recibimiento en Pitiega.— El dilema.— Inspiración súbita.— El buen cura.— Combate de dos cuadrúpedos.— Irlandeses cristianos.— Las llanuras de España.— Los catalanes.— La poza fatal.— Valladolid.— Propaganda de las Escrituras.— Las misiones para Filipinas.— El colegio inglés.— Una conversación.— La carcelera.

43

Cap. xxii.— Dueñas.— Los hijos de Egipto.— Chalanerías.— El

caballo de carga.— La caída.— Palencia.— Curas carlistas.— El mirador.— Sinceridad sacerdotal.— León.— Alarma de Antonio.— Calor y polvo.

69

Cap. xxiii.— Astorga.— La posada.— Los maragatos.— Costumbres de los maragatos.— La estatua.

87

Cap. xxiv.— Salida de Astorga.— La venta.— El atajo.— Salvación difícil.— El vaso de agua.— Sol y sombra.— Bembibre.— El convento de las Rocas.— Puesta de sol.— Cacabelos.— Aventura a media noche.— Villafranca.

94

Cap. xxv.— Villafranca.— El puerto.— Simplicidad gallega.— La guardia de la frontera.— La herradura.— Peculiaridades gallegas.— Una palabra sobre el idioma.— El correo.— El hostelero y los huéspedes.— Los andaluces.

113

Cap. xxvi.— Lugo.— Los baños.— Una historia de familia.— Los Migueletes.— Las tres cabezas.— Un veterinario.— La escuadra inglesa.— Venta de Testamentos.— La Coruña.— El reconocimiento.— Luigi Pozzi.— La especulación.— John Moore.

130

Cap. xxvii.— Compostela.— Rey Romero.— El buscador de tesoros.— Proyectos risueños.— El derecho de asilo.— Riquezas ocultas.— El canónigo.— El localismo.— La lepra.— Los huesos de Santiago.

151

Cap. xxviii.— Los mareantes de Padrón.— Caldas de los Reyes.— Pontevedra.— El notario público.— La insania de un barbero.— Una presentación.— La lengua gallega.— Paseo por la tarde.— Vigo.— El forastero.— Los judíos del desierto.— La bahía de Vigo.— Una interrupción brusca.— El gobernador.

168

Cap. xxix.— Llegada a Padrón.— Un proyecto aventurado.— El *alquilador*.— Falta de palabra.— Un compañero singular.— Historia sencilla.— Un camino áspero.— La deserción.— La jaca.— Un diálogo.— Situación difícil.— La *Estadea*.— Nos anochece.— La choza.— La almohada del viajero.

189

Cap. xxx.— Mañana de otoño.— El fin del mundo.— Corcubión.— Duyo.— El cabo.— Una ballena.— La bahía exterior.— La detención.— El pescador alcalde.— Calros Rey.— Un incrédulo.— ¿Dónde está el pasaporte?— La playa.— Un liberal influyente.— La criada.— El gran «Baintham».— Un libro sin par.— Hospitalidad.

211

Cap. xxxi.— La Coruña.— Paso de la bahía.— El Ferrol.— El astillero.— ¿Dónde estamos?— El embajador griego.— A la luz de un farol.— El barranco.— Viveiro.— La noche.— Ciénagas y tremedales.— Buenas palabras y buena moneda.— La cincha de cuero.— Ojos de lince.— El bribón del guía.

236

Cap. xxxii.— Martín de Ribadeo.— La yegua facciosa.— Los

asturianos.— Luarca.— Las siete bellotas.— Los ermitaños.— Narración de un asturiano.— Unos huéspedes raros.— El criado gigante.— Batuschca.

255

Cap. xxxiii.— Oviedo.— Los diez caballeros.— Otra vez el suizo.— Petición modesta.— Los ladrones.— Benevolencia episcopal.— La catedral.— Un retrato de Feijóo.

271

Cap. xxxiv.— Salida de Oviedo.— Villaviciosa.— El joven de la posada.— La narración de Antonio.— El general y su familia.— Noticias deplorables.— Mañana moriremos.— San Vicente.— Santander.— Una arenga.— El irlandés Flinter.

285

Cap. xxxv.— Salida de Santander.— Alarma nocturna.— La hoz tenebrosa.

301

* * *

LA BIBLIA EN ESPAÑA

* * *

Capítulo XIX

Llegada a Madrid.— María Díaz.— Impresión del Testamento.— Mi proyecto.— El corcel andaluz.— Se necesita un criado.— Una petición.— Antonio Buchini.— El general Córdova.— Principios de honor.

Llegué a Madrid[1], y en lugar de acudir a mi antiguo alojamiento de la calle de la Zarza, tomé otro en la calle de Santiago[2], en las cercanías de Palacio. El nombre de la hostelera (porque, hablando propiamente, hostelero no le había) era María Díaz, de quien voy a decir algo en particular, ya que ahora se me ofrece ocasión de hacerlo.

Podía contar esta mujer hasta treinta y cinco años; era más bien agraciada, y todos los rasgos de su fisonomía denotaban una inteligencia poco común. Tenía los ojos vivos y penetrantes, aunque a veces los velaba una expresión un tanto melancólica. Todo su porte respiraba serenidad y reposo notables, debajo de los que alentaban una robustez de ánimo y una energía para la acción prontas a manifestarse en cuanto era menester. Aunque española, y, como es natural, católica, animábanla una tolerancia y generosidad como ya las quisieran para sí personas colocadas a mucha mayor altura. Durante mi permanencia en España encontré en esta mujer un amigo firme e invariable, y a veces un discretísimo consejero. Se adhirió

a todos mis proyectos, no diré con entusiasmo, porque esto era impropio de su carácter, pero con sinceridad y cordialidad, y los favoreció en cuanto estuvo de su parte. No se apartó de mí en las horas de peligro y de persecución, y persistió en mi amistad, a pesar de lo mucho que mis enemigos trabajaron cerca de ella para inducirla a que me abandonase o me traicionara. Sus móviles fueron nobilísimos: la amistad y una percepción exacta de los deberes de la hospitalidad; ningún otro incentivo ni esperanza egoísta, por remota que fuese, influyó en la conducta de esta admirable mujer para conmigo. ¡Honor a María Díaz, la reposada, animosa e inteligente castellana! Sería yo un ingrato si no hablase aquí bien de ella, pues sobradamente merecido tiene este elogio en las humildes páginas de La Biblia en España.

María Díaz era natural de Villaseca, aldea de Castilla la Nueva situada en lo que llaman La Sagra, a unas tres leguas de Toledo. Su padre fué un arquitecto de cierta nombradía, entendido especialmente en la construcción de puentes. María Díaz se casó muy joven con un respetable hidalgo de Villaseca, llamado López, de quien tenía tres hijos. A la muerte de su padre, ocurrida cinco años antes de la fecha a que me refiero, María Díaz se trasladó a Madrid, en parte con el propósito de educar a sus hijos, y en parte con la esperanza de cobrar una importante suma que el Gobierno quedó debiendo a su padre por varias obras de utilidad y ornato, ejecutadas principalmente en las cercanías de Aranjuez. La justicia de su reclamación fué reconocida sin tardanza; pero, ¡ay!, no consiguió ni un cuarto, porque el Tesoro real estaba vacío. Sus esperanzas de felicidad terrena se concentraron entonces en sus hijos. Los dos más jóvenes eran aún de muy corta edad; pero el mayor, Juan José López, muchacho de diez y seis años,

prometía realizar sobradamente las más encumbradas esperanzas de su cariñosa madre. Dedicado a las artes, había hecho ya en ellas tales progresos, que era el discípulo favorito de su famoso tocayo Vicente López, el mejor pintor de la moderna España. Tal era María Díaz, quien, conforme a una costumbre seguida antaño universalmente en España, y muy extendida aún, conservaba su nombre de soltera, a pesar de estar casada. Esto es lo que hay que decir de María Díaz y su familia[3].

Uno de mis primeros cuidados fué visitar a Mr. Villiers, que me recibió con su bondad habitual. Le pregunté si, a juicio suyo, podía aventurarme a imprimir las Escrituras sin dirigir nuevas peticiones al Gobierno. Su respuesta fué satisfactoria. «Obtuvo usted el permiso del Gobierno de Istúriz—me dijo—, mucho menos liberal que el presente; yo soy testigo de la promesa que le hicieron a usted aquellos ministros, y la considero suficiente. Lo mejor que puede usted hacer es comenzar y terminar la obra lo más pronto posible, sin nuevas peticiones; y si alguien pretende interrumpirle, no tiene usted más que acudir a mí; ya sabe que puede mandarme cuanto quiera.» Salí de la entrevista muy contento, y en seguida comencé los preparativos para ejecutar lo que me había llevado a España.

Es innecesario referir aquí ciertos detalles de poco interés para el lector; baste decir que tres meses más tarde se publicaba en Madrid una edición del Nuevo Testamento de cinco mil ejemplares. La obra se imprimió en el establecimiento de don Andrés Borrego, escritor de economía política muy conocido, y propietario y director de un periódico influyente llamado *El Español*. A este señor me recomendó el propio Istúriz, el día de nuestra entrevista. El malaventurado ministro tenía a Borrego en grandísima

estimación, y pensaba elevarlo al puesto de ministro de Hacienda; pero al estallar la revolución de La Granja abortó este proyecto, con los demás de igual índole que tuviera formados[4].

La versión española del Nuevo Testamento que yo publicaba había sido hecha muchos años antes por cierto *Padre* Felipe Scio, confesor de Fernando VII, y hasta llegó a imprimirse; mas por las notas y comentarios que la recargaban, era impropia para la circulación general, a la que, después de todo, no iba destinada. En la nueva edición se omitieron, como es natural, las notas, y se ofreció al público la palabra divina escueta. Apareció en un hermoso volumen en octavo, muestra plausible, en conjunto, de la tipografía española. Pero la nueva impresión del Nuevo Testamento en Madrid no podía por sí sola producir fruto alguno, a menos que se tomasen medidas, y medidas muy enérgicas, para la circulación del libro sagrado.

Tratándose del Nuevo Testamento, no podía seguirse el sistema que habitualmente se emplea en España para publicar los libros, que consiste en confiar la obra a los libreros de la capital y contentarse con la venta que éstos y sus agentes en las ciudades de provincias obtienen sin salirse de la común rutina de su negocio; en general, el resultado de este sistema es que al cabo de año se venden unas pocas docenas de ejemplares, porque la demanda de obras literarias de cualquier género es en España miserablemente reducida.

Los cristianos de Inglaterra habían hecho ya sacrificios considerables con la esperanza de esparcir ampliamente la palabra de Dios entre los españoles, y era necesario ahora no escatimar los esfuerzos para que esa esperanza no quedase frustrada. Antes de que el libro estuviese listo

comencé los preparativos para realizar un plan en el que ya había pensado varias veces durante mi anterior visita a España, sin abandonarlo después nunca; plan que fué objeto de mis meditaciones lo mismo a la altura del cabo Finisterre en plena borrasca, que en los desfiladeros de Sierra Morena y en las llanuras de la Mancha, cuando caminaba lentamente seguido a corta distancia por el *contrabandista*.

Mi propósito era depositar unos cuantos ejemplares en las librerías de Madrid, y luego montar a caballo, con el Testamento en la mano, y emprender la propagación de la palabra de Dios entre los españoles, no sólo en las ciudades, sino en las aldeas; no sólo entre los habitantes de las llanuras, sino entre los montañeses y serranos. Me proponía recorrer Castilla la Vieja y atravesar toda Galicia y Asturias; establecer depósitos de la Escritura en las ciudades importantes, y visitar los lugares más apartados y recónditos; en todos ellos hablar de Cristo, explicar la naturaleza de su libro y poner el libro mismo en manos de aquellos que me pareciesen capaces de sacar de él algún provecho.

Bien sabía yo que en ese viaje me aguardaban muchos peligros, y que quizás iba a correr la misma suerte que San Esteban; pero ¿merece el nombre de discípulo de Cristo quien no afronta cualquier peligro por la causa de Aquel a quien proclama por maestro? «Quien por mi causa pierda su vida, la encontrará»; son palabras que el mismo Señor pronunció; palabras llenas de consuelo para mí, como lo estarán, sin duda, para cuantos emprenden con limpieza de corazón la difusión del Evangelio en tierras salvajes y bárbaras...[5].

Empecé por comprar otro caballo, aprovechando el precio extraordinariamente bajo de esos animales en aquellos días. Estaba a punto

de publicarse una disposición requisando cinco mil caballos; el resultado fué que un inmenso número de ellos salió a la venta, porque en virtud de la requisa podían embargarse, por conveniencia del servicio, los de cualquier persona, no siendo un extranjero. Lo más probable era que, una vez reunido el cupo de la requisa, el precio de los caballos se triplicara; por tal razón me decidí a comprar uno antes de hacerme verdadera falta. Compré un caballo entero andaluz, de pelo negro, de mucha fuerza, capaz de hacer un viaje de cien leguas en una semana; pero era cerril, salvaje y de malísimo genio. No obstante, el cargamento de Biblias que al llegar la ocasión pensaba yo echarle encima de las costillas, me pareció muy suficiente para amansarlo, sobre todo cuando tuviera que remontar las ásperas montañas del Norte de la Península. Hubiera deseado comprar una mula; pero aunque llegué a ofrecer treinta libras por una bastante ruin, no quisieron dármela; mientras que el precio de ambos caballos—magníficos animales por su talla y su fuerza—apenas llegaba a esa suma.

El estado de las regiones circunvecinas no convidaba a viajar por ellas. Cabrera estaba a nueve leguas de Madrid con un ejército de cerca de nueve mil hombres; había derrotado a varios pequeños destacamentos de tropas de la reina y devastado la Mancha a sangre y fuego, quemando varias ciudades. A todas horas llegaban bandadas de fugitivos aterrorizados, que referían nuevos desastres y miserias; lo único que me sorprendía era que el enemigo no se presentase, y con la toma de Madrid, que estaba casi a merced suya, no pusiese fin a la guerra de una vez. Pero la verdad es que los generales carlistas no deseaban terminar la guerra, porque mientras en el país continuasen la efusión de sangre y la anarquía, podían ellos saquear y ejercer esa desenfrenada autoridad tan grata a los hombres de brutales e

indómitas pasiones. Cabrera, sobre todo, era un malvado cobarde, en cuyo limitado entendimiento no podía albergarse una sola idea de mediana grandeza, cuyos hechos heroicos se limitaban a degollar hombres indefensos y a violar y destripar infelices mujeres; sin embargo, he visto que a un individuo tan vil, ciertos periódicos franceses (carlistas, naturalmente) le llaman el joven y heroico general. ¡Infame sea el miserable asesino! El último cabo de escuadra de Napoleón se hubiera reído de su talento militar, y medio batallón de granaderos austriacos hubiera bastado para tirarle de cabeza, con toda su patulea guerrera, al Ebro.

Hice, pues, los preparativos de mi viaje al Norte. Estaba ya provisto de caballos muy a propósito para soportar las fatigas del camino y la carga que me pareciese necesario echarles. Pero una cosa, indispensable para quien va a emprender una expedición de esa índole, me faltaba aún: quiero decir un criado que me acompañase. Quizás en ninguna parte del mundo abundan los criados tanto como en Madrid; al menos, los individuos dispuestos a ofrecer sus servicios a cambio de la soldada y la comida, aunque de los servicios efectivos que sean capaces de prestar se pueda decir muy poco; pero mi criado tenía que ser de condición poco común, inteligente, activo, capaz, en casos de apuro, de darme un consejo útil; además, valiente, porque se requería, en verdad, cierto valor para seguir a un amo resuelto a explorar la mayor parte de España, y que intentaba viajar sin protección de arrieros y carreteros, en *cabalgaduras* propias. Acaso hubiera estado años enteros buscando un criado de esa índole sin encontrarlo; pero la suerte me deparó uno cuando cabalmente lo necesitaba, sin tener que molestarme en hacer pesquisas laboriosas. Un día hablaba yo de este asunto con el señor Borrego, en cuyo establecimiento se había impreso el Nuevo Testamento, y

le pregunté si, en su opinión, podría yo encontrar en Madrid un hombre tal como me hacía falta, añadiendo que para mí era de especial importancia que el criado supiese, además del español, algún otro idioma en el que pudiésemos hablar cuando fuese necesario, sin que nos entendieran los curiosos.

—Hace media hora—me respondió—ha estado hablando conmigo un hombre que reúne exactamente todas esas cualidades, y, cosa singular, ha venido a verme creyendo que yo podría recomendarle a un amo. Dos veces le he tenido a mi servicio; respondo de que es listo y valiente; creo que también es digno de confianza, al menos para un amo que transija con su genio, porque ha de saber usted que es un individuo singularísimo, muy arbitrario en sus inclinaciones y antipatías; gusta de satisfacerlas a toda costa, suya o ajena. Quizás simpatice con usted, y en tal caso le será de mucha utilidad, porque en todo sabe poner mano, si quiere, y conoce no dos, sino media docena de idiomas.

—¿Es español?—pregunté.

—Se lo enviaré a usted mañana—dijo Borrego—, y, oyéndolo de su boca, sabrá usted mejor quién es y qué es.

Al siguiente día, en el preciso momento de sentarme ante la *sopa*, la patrona me dijo que un hombre deseaba hablarme.

—Que entre—respondí.

Y casi en el acto el desconocido entró. Iba decentemente vestido a la moda francesa, y su aspecto era más bien juvenil, aunque, según averigüé más adelante, estaba ya muy por encima de los cuarenta. De estatura algo más que mediana, llamaba la atención su delgadez, sin la que hubiera podido tenérsele por bien formado. Tenía los brazos largos y huesudos, y

toda su persona daba la impresión de una gran actividad y de una fuerza no pequeña. Eran lacios sus cabellos, negros como el azabache, angosta su frente, pequeños y grises sus ojos, en los que brillaba una expresión sutil y maligna, mezclada con otra de burla, que le daba un realce singular. Su nariz era correcta; pero la boca, de inmensa anchura, y la mandíbula inferior, muy saliente. No había visto yo en toda mi vida una fisonomía tan extraña, y durante un rato me estuve mirándole en silencio.

—¿Quién es usted?—pregunté por fin.

—Un criado en busca de amo—me respondió en correcto francés, pero con un acento extraño—. Vengo recomendado a usted, mi lor, por *monsieur* Borrego.

Yo.—¿De qué país es usted? ¿Es usted francés o español?

El hombre.—Dios me libre de ser ninguna de las dos cosas, *mi lor; j'ai l'honneur d'être de la nation grecque*; mi nombre es Antonio Buchini, nacido en Pera la *Belle*, cerca de Constantinopla.

Yo.—¿Y cómo ha venido usted a España?

Buchini.—*Mi lor, je vais vous raconter mon histoire du commencement jusqu'ici.* Mi padre era natural de Syra, en Grecia; siendo muy joven se trasladó a Pera, y allí sirvió de portero en casa de varios embajadores que le estimaban mucho por su fidelidad. Entre otros, sirvió al embajador de su país de usted, precisamente en la época en que Inglaterra y la Puerta se hacían guerra. *Monsieur* el embajador tuvo que huír para salvar la vida, y dejó al cuidado de mi padre casi todo lo que tenía de algún valor; mi padre lo escondió todo con mucho riesgo suyo, y cuando se ajustó la paz restituyó a *Monsieur* hasta la más insignificante baratija. Menciono estas circunstancias para demostrarle a usted que mi familia tiene principios de

honor y es digna de toda confianza. Mi padre se casó con una muchacha de Pera, *et moi je suis l'unique fruit de ce mariage*. De mi madre nada sé, porque murió a poco de nacer yo. Una familia de judíos ricos se compadeció de mi orfandad y se ofreció a recogerme; mi padre vino en ello de buen grado, y con aquella familia estuve varios años, hasta que fuí un *beau garçon*; se aficionaron mucho a mí, y al cabo se ofrecieron a adoptarme y a nombrarme heredero de cuanto tenían, a condición de hacerme judío. *Mais la circoncision n'était guère à mon goût*, especialmente la de los judíos, porque yo soy griego, y tengo mi orgullo y principios de honor. Me separé, pues, de aquella familia, diciendo que si alguna vez consentía en convertirme sería a la fe de los turcos, porque son muy hombres, son orgullosos y tienen principios de honor, como yo los tengo. Volví con mi padre, que me buscó varias colocaciones, ninguna de mi gusto, hasta que entré en casa de *Monsieur* Zea.

Yo. Supongo que se refiere usted a Zea Bermúdez, que se encontraría entonces en Constantinopla.

Buchini. Exactamente, *mi lor*, y a su servicio estuve mientras permaneció allí. Puso en mí gran confianza, más que nada porque hablo el español con gran pureza; lo aprendí con los judíos, que, según he oído decir a *Monsieur* Zea, lo hablan mejor que los actuales españoles de nacimiento.

No voy a seguir paso a paso la historia, un poco larga, del griego; baste decir que vino de Constantinopla a España con Zea Bermúdez y a su servicio continuó bastantes años, hasta que fué despedido por casarse con una doncella guipuzcoana, *fille de chambre* de *Madame* Zea. Desde entonces había servido a infinidad de amos, a veces como ayuda de cámara;

otras, las más, de cocinero. Me confesó, sin embargo, que casi nunca había durado más de tres días en un mismo empleo, a causa de las riñas que con toda seguridad suscitaba en la casa a poco de ser admitido, y para las que no encontraba otra razón que la de ser griego y tener principios de honor. Entre otras personas había servido al general Córdova, que era, según me dijo, muy mal pagador y tenía la costumbre de maltratar a sus criados. «Pero en mí se encontró con la horma de su zapato—dijo Antonio—, porque yo andaba prevenido; y un día, cuando desenvainaba la espada contra mí, saqué una pistola y le apunté a la cara. Se puso más pálido que un muerto, y desde aquel día me trató con toda clase de miramientos. Pero todo era fingido: el suceso se le había enconado en el alma, y estaba resuelto a vengarse. Cuando le dieron el mando del ejército, puso mucho empeño en que me fuese con él; *mais je lui ris au nez*, le hice el signo del *cortamanga*, pedí mis soldadas y le dejé; no pude hacer cosa mejor, porque al criado que llevó consigo le hizo fusilar acusado de insubordinación.»

—Temo—dije yo—que tenga usted un natural turbulento y que todas esas riñas de que me habla nazcan sólo de su mal genio.

—¿Y qué quiere usted, *Monsieur*? *Moi je suis Grec, je suis fier, et j'ai des principes d'honneur*. Deseo que se me trate con cierta consideración, aunque confieso que no tengo muy buen genio, y a veces me siento tentado de reñir hasta con las ollas y peroles de la cocina. Bien mirado todo, creo que a usted le convendría tomarme a su servicio, y yo le prometo a usted contenerme lo posible. Una cosa me agrada mucho en usted, y es que no está casado. Preferiría servir por pura amistad a un joven soltero que a un casado, aunque me diese cincuenta duros al mes. Es seguro que *Madame* me odiaría, y también su doncella, sobre todo su doncella,

porque yo estoy casado. Veo que *mi lor* desea admitirme.

—Pero acaba usted de decir que está casado—repliqué—. ¿Cómo va usted a dejar a su mujer? Porque yo estoy en vísperas de salir de Madrid para recorrer las provincias más apartadas y montañosas de España.

—Mi mujer recibirá la mitad de mi sueldo durante mi ausencia, *mi lor*, y, por tanto, no tendrá razón para quejarse si la dejo. ¡Qué digo, quejarse! Mi mujer está ya muy bien enseñada y no se quejará. Nunca habla ni se sienta en presencia mía sin pedirme permiso. ¿Acaso no soy yo griego? ¿Acaso no sé cómo debo gobernar mi propia casa? Admítame, *mi lor*; soy hombre de muchas habilidades, criado discreto, excelente cocinero, buen caballerizo y ágil jinete; en una palabra, soy Ρωμαϊκός. ¿Qué más quiere usted?

Le pregunté sus condiciones, que resultaron exorbitantes, a pesar de sus *principes d'honneur*. Descubrí, no obstante, que estaba dispuesto a contentarse con la mitad de lo que pedía. Apenas cerramos el trato, se apoderó de la sopera (la sopa se había quedado completamente fría) y, poniéndola en la punta o más bien en la uña del dedo índice, la hizo dar varias vueltas sobre su cabeza sin verter ni una gota, con gran asombro mío; se lanzó luego hacia la puerta, desapareció, y al cabo de un instante reapareció con la *puchera*, poniéndola, después de otros brinquitos y floreos, encima de la mesa. Hecho esto, dejó caer los brazos, y, poniendo una mano sobre otra, se estuvo en posición de descanso, entornados los ojos y con el mismo aplomo que si llevase ya a mi servicio veinte años.

De ese modo inauguró Antonio Buchini sus funciones. A muchos sitios salvajes me acompañó, andando el tiempo; en muchas singulares aventuras participó; su conducta fué a menudo sorprendente en sumo

grado, pero me sirvió con valor y fidelidad; en todo y por todo, no espero ver ya un criado como éste.

Kosko bakh, Anton□.

* * *

Notas

1. Borrow salió de Sevilla el 9 de Diciembre de 1836, estuvo once días en Córdoba, de donde partió el 20, llegando a Aranjuez el 25 y a Madrid el 26. (Knapp.)

2. Número 16, piso 3.º (Knapp.)

3. María Díaz murió en 1844. (Knapp.)

4. El primer contrato para imprimir el Nuevo Testamento lo hizo con Mr. Charles Wood, impresor del gobierno español. El contrato con Borrego es de 17 de Enero de 1837, para reproducir la edición de Londres (1826) del N. T. de Scio. (Knapp.)

5. Borrow pensó primeramente en dar por terminada su misión en la Península con la impresión del Nuevo Testamento, dejando a otros el cuidado de distribuir la obra. Cambió de idea y se ofreció a desempeñar en persona ese cometido; los directores de la Sociedad Bíblica aceptaron su propuesta, recibiendo Borrow la autorización oficial dos días después de terminarse la tirada del libro. (Knapp.)

6. Buena suerte, Antonio.

Capítulo XX

Enfermedad.— Visita nocturna.— Una inteligencia superior.— El cuchicheo.— Salamanca.— Hospitalidad irlandesa.— Soldados españoles.— Anuncios de las Escrituras.

El deseo que tengo de comenzar la narración de mi viaje me induce a abstenerme de contar a los lectores buen número de cosas que me sucedieron antes de salir de Madrid para esta expedición. A mediados de mayo, teniéndolo ya todo dispuesto, me despedí de mis amigos. Salamanca era el primer punto a que pensaba dirigirme.

Pocos días antes de mi partida me sentí bastante mal, a causa del estado del tiempo, muy desapacible por los vientos ásperos que constantemente soplaban. Me atacó un resfriado muy fuerte, que terminó con una tos por demás incómoda, rebelde a todos los remedios que sucesivamente empleé. Hechos ya los preparativos para marcharme en día determinado, llegué a temer que el estado de mi salud me obligase a aplazar el viaje algún tiempo. El último día de mi estancia en Madrid, viendo que apenas podía tenerme en pie, me decidí a emplear cualquier recurso desesperado, y por consejo del barbero-cirujano que me visitaba, me sangré, ya muy entrada la noche de aquel mismo día; el barbero me sacó diez y seis onzas de sangre, y

después de cobrar sus honorarios, se fué, deseándome feliz viaje; por su reputación me aseguró que al mediodía siguiente estaría restablecido por completo.

Pocos minutos después, y cuando sentado a solas meditaba yo en el viaje que iba a emprender y en el caduco estado de mi salud, oí llamar con fuerza a la puerta de la casa en cuyo tercer piso me alojaba. Un minuto después, Mr. S[outhern], de la embajada británica, entró en el aposento. Cambiadas unas breves palabras, dijo que me visitaba por encargo de Mr. Villiers para comunicarme la resolución tomada por el embajador. Temeroso de las graves dificultades con que tropezaría si intentaba difundir, solo y sin ayuda, el Evangelio de Dios por una parte considerable de España, había resuelto Mr. Villiers emplear todo su crédito e influencia en favor de mis planes, pareciéndole que, llevados a buen término, no podrían por menos de mejorar notablemente el estado político y moral de España.

Con tal fin se proponía adquirir una importante cantidad de ejemplares del Nuevo Testamento y remitírselos sin tardanza a los diferentes cónsules británicos establecidos en España, con órdenes precisas y terminantes de emplear todos los medios nacidos de su situación oficial en favorecer la circulación de tales libros y en asegurarlos la publicidad. Recibirían, además, el encargo de proporcionarme, en cuanto llegase yo a sus respectivos distritos, el auxilio, el estímulo y la protección de que hubiese menester.

Estas noticias me produjeron, como puede suponerse, grandísimo contento, pues, aunque de tiempo atrás conocía yo la buena voluntad con que Mr. Villiers estaba dispuesto a ayudarme en toda ocasión, y de ello me

había dado con frecuencia pruebas suficientes, nunca pude esperar que llegase tan adelante en su generosidad ni, dada su importante posición diplomática, que procediese con tanta audacia y resolución. Esa es la vez primera, creo yo, que un embajador británico ha hecho de la causa de la Sociedad Bíblica una causa nacional, o la ha favorecido directa o indirectamente. El caso de Mr. Villiers es mucho más de notar porque a mi llegada a Madrid no le hallé bien dispuesto, ni mucho menos, en favor de la Sociedad. Probablemente, el Espíritu Santo le iluminó en ese punto. Era de esperar que con su apoyo nuestra institución no tardaría en poseer numerosos agentes en España que, con muchos más medios y mejores ocasiones que yo, esparcirían la semilla del Evangelio y convirtirían el árido y reseco yermo en risueño y verde trigal.

Dos palabras acerca del caballero que me hizo esa visita nocturna.

Es lo más probable que él haya olvidado hace ya mucho tiempo al humilde propagandista de la Biblia en España; pero yo conservo todavía el recuerdo de las bondades que me dispensó. Dotado de una inteligencia de primer orden, maestro en el saber de toda Europa, profundamente versado en las lenguas clásicas, hablaba la mayoría de los idiomas modernos con notable facilidad, y poseía, además, un cabal conocimiento del corazón humano; tales cualidades, empleadas en la carrera diplomática, le daban una superioridad de que muy pocos, aun entre los mejor dotados, podían jactarse. Durante su permanencia en España prestó muchos relevantes servicios al Gobierno de su país, y al Gobierno, creo yo, no le faltarían ni el discernimiento necesario para verlos, ni gratitud para premiarlos. Tuvo que contrarrestar, sin embargo, los enconados ataques de la malquerencia estúpida y baja del partido que, poco después de esta época, usurpó la

dirección de los asuntos públicos en España. Ese partido, cuyos torpes manejos deshacía constantemente Mr. Southern, le temía y le odiaba como a su genio malo, y aprovechaba todas las ocasiones para arrojar sobre él las calumnias más inverosímiles y absurdas. Entre otras cosas, le acusaban de haber intervenido como agente del Gobierno británico en los sucesos de La Granja, provocando aquella revolución con el soborno de los soldados rebeldes y, en especial, del famoso sargento García. Tal acusación sólo puede provocar, naturalmente, una sonrisa en cuantos conocen bien el carácter inglés y la línea general de conducta seguida por el Gobierno británico; pero en España era universalmente creída, y hasta la publicó impresa cierto periódico, órgano oficial del necio duque de Frías, uno de los muchos primeros ministros del partido *moderado* que rápidamente se sucedieron en el poder en el último período de la lucha entre carlistas y *cristinos*. Pero ¿cuándo una imputación calumniosa se vino jamás al suelo en España por el peso de su propia absurdidad? ¡Infortunado país! ¡Mientras no te ilumine la pura luz del Evangelio no sabrás que el don más alto de todos es la caridad!

Al siguiente día se verificó la predicción del barbero: la tos y la fiebre cedieron mucho, si bien por la pérdida de sangre me encontraba algo débil. A las doce en punto llegaron los caballos a la puerta de mi casa de la *calle de Santiago*, y me dispuse a montar; pero mi caballo negro andaluz, *entero*, como ya dije, no se dejaba acercar; en cuanto me veía la intención, empezaba a dar vueltas muy de prisa.

—*C'est un mauvais signe, mon maître*—dijo Antonio, quien, vestido con un jubón verde, tocado con un gorro de *montero*, y calzadas las botas y las espuelas, tenía por la brida al caballo comprado al *contrabandista*,

dispuesto a seguirme—. Eso es una mala señal, y en mi país aplazarían el viaje hasta mañana.

—¿Hay en su país de usted quien dome los caballos de este modo?—pregunté, y tomando al caballo por la crin cumplí del modo más satisfactorio la ceremonia de hablarle quedo al oído. Estúvose quieto el animal y monté exclamando:

El mozo gitano gritó a su caballo
al tiempo de ponerle el freno en la boca:
¡Buen caballo, caballo gitano!
¡Déjame que te monte ahora![1]

Salimos de Madrid por la puerta de San Vicente, y nos encaminamos hacia las elevadas montañas que dividen las dos Castillas. Aquella noche nos quedamos en Guadarrama, pueblo grande al pie de la sierra, distante de Madrid siete leguas. Al día siguiente madrugamos, subimos al puerto y entramos en Castilla la Vieja.

Cruzadas las montañas, el camino de Salamanca corre casi siempre por llanuras arenosas y áridas, con pequeños y claros pinares esparcidos aquí y allá. Ningún suceso digno de mención me ocurrió en el viaje. Vendimos algunos Testamentos a nuestro paso por los pueblos, especialmente en Peñaranda. Al mediar el tercer día, descubrimos desde lo alto de una colina un gran cimborrio que, herido con fuerza por los rayos del sol, parecía de oro bruñido. Era la cúpula de la catedral de Salamanca. Nos halagaba la idea de encontrarnos ya al fin de nuestro viaje, pero nos engañábamos: aún faltaban cuatro leguas hasta la ciudad, cuyas iglesias y conventos, irguiendo sus masas gigantescas, se columbran desde inmensa distancia y seducen al viajero con la impresión de una proximidad completamente ilusoria. Hasta

mucho después de cerrar la noche, no llegamos a la puerta de la ciudad, cerrada y guardada en previsión de un ataque carlista; no sin dificultad nos permitieron entrar, y llevando nuestros caballos por calles desiertas, silenciosas y obscuras, dimos con un individuo que nos encaminó a una *posada*, la del Toro, grande, sombría e incómoda, la mejor de la ciudad, según comprobé más adelante.

Salamanca es una ciudad melancólica; los días de su gloria escolar se acabaron hace mucho tiempo para no volver; suceso no muy de lamentar, pues ¿qué provecho ha obtenido jamás el mundo de la filosofía escolástica? Y sólo a ella debió siempre Salamanca su fama. Sus aulas están ahora casi en silencio; la hierba crece en los patios donde en otro tiempo se agolpaban a diario ocho mil estudiantes lo menos, cifra a que hoy en día no llega la población total de la ciudad. Pero, con su melancolía y todo, ¡qué interesante, más aún, qué espléndido lugar es Salamanca! ¡Cuán soberbias sus iglesias, qué estupendos sus conventos abandonados, y con qué sublime pero adusta grandeza sus enormes y ruinosos muros, que coronan la escarpada orilla del Tormes, miran al ameno río y a su venerable puente!

¡Lástima que de los muchos ríos de España casi ninguno sea navegable! El Tormes es bello, pero de poca agua, y en lugar de ser manantial de prosperidades y de riqueza para esta parte de Castilla, sólo sirve para mover unos cuantos pequeños molinos instalados en las presas de piedra que de trecho en trecho atraviesan el cauce.

Mi estancia en Salamanca fué sobre todo placentera por las bondadosas atenciones y la diligente hospitalidad de los moradores del Colegio irlandés, para cuyo rector llevaba yo una carta de recomendación de mi bueno y excelente amigo Mr. O'Shea, el famoso banquero de Madrid. No

olvidaré fácilmente a aquellos irlandeses, sobre todo a su director, el doctor Gartland, genuino vástago del buen tronco hibernés, hombre de gran saber, de espíritu elevado y cumplido caballero. Aunque sabía de sobra quién yo era, tendió una mano amistosa al errante misionero hereje, exponiéndose con tal conducta a los agrios reparos de los curas del país, gente de pocos alcances, que me miraban de reojo cada vez que pasaba junto a los corrillos de la *Plaza*, donde, vestidos con sus largos manteos y tocados con la feísima teja, se reunían para murmurar. Pero ¿cuándo se ha visto que un irlandés deje de cumplir los deberes de la hospitalidad por temor a las consecuencias de su conducta? Estoy seguro de que ni el Papa ni los cardenales, con toda su autoridad, bastarían para inducirle a cerrar su puerta al mismo Lutero, si tan respetable personaje anduviese ahora por el mundo, necesitado de sustento y asilo.

¡Honor a Irlanda y a sus «cien mil bienvenidas»! Por mucho tiempo han sido sus campos los más verdes del mundo, sus hijas las más hermosas, sus hijos los más elocuentes y valerosos. ¡Que sea siempre así!

La *posada* donde me alojé era un buen ejemplar de los antiguos albergues españoles, igual en casi todo a las del tiempo de Felipe III o IV. Las habitaciones eran muchas y grandes, pavimentadas de ladrillo o de piedra, con una alcoba, generalmente, en un extremo y en ella una miserable cama de borra. Detrás de la casa el corral y al fondo de éste la cuadra, llena de caballos, jacas, mulas, *machos* y burros, porque huéspedes no faltaban, la mayoría de los cuales, *arrieros* o vendedores ambulantes que recorrían el país traficando en lienzos y paños burdos, dormía en el establo con sus *caballerías*. En el cuarto frontero al mío se alojaba un oficial herido, recién llegado de San Sebastián en un jaco lleno de mataduras; era

extremeño y se volvía a su pueblo para curarse. Le acompañaban tres soldados licenciados, inútiles para el servicio a causa de sus mutilaciones y lisiaduras; eran, según me contaron, del mismo pueblo que su merced, y por eso les permitía viajar en su compañía. Los soldados dormían en los camastros de las mulas; de día haraganeaban por la casa, fumando cigarros de papel. Nunca los vi comer, pero hacían frecuentes visitas a un rincón fresco y obscuro donde estaba una *bota*, y poniéndosela como a seis pulgadas de sus delgados y negruzcos labios, dejaban que el líquido se les entrase mansamente por el garguero abajo. Dijéronme que no tenían paga, y como carecían en absoluto de dinero, *su merced* el oficial les daba a veces un pedazo de pan, pero también él era pobre y sólo poseía un puñado de duros. ¡Magníficos huéspedes para una posada!, pensé yo: sin embargo, España, lo digo en su honor, es uno de los pocos países de Europa donde nunca se insulta a la pobreza ni se la mira con desprecio. A ninguna puerta llamará un pobre donde se le despida con un sofión, aunque sea la puerta de una posada; si no le dan albergue, despídenle al menos con suaves palabras, encomendándole a la misericordia de Dios y de su madre. Así es como debe ser. Yo me río del fanatismo y de los prejuicios de España; aborrezco la crueldad y ferocidad que han arrojado sobre su historia una mancha de infamia indeleble; pero he de decir en pro de los españoles que ningún pueblo del mundo muestra en el trato social un aprecio más justo de la consideración debida a la dignidad de la naturaleza humana, ni comprende mejor el proceder que a un hombre le importa adoptar respecto de sus semejantes. Ya he dicho que este es uno de los pocos países de Europa donde no se mira con desprecio la pobreza; añado ahora que es también uno de los pocos donde la riqueza no es ciegamente idolatrada. En

España, los mismos mendigos no se sienten seres degradados, porque no besan ningún pie, e ignoran lo que es verse abofeteados o escupidos; en España, el duque y el marqués con dificultad pueden alimentar una opinión excesivamente presuntuosa de su propia importancia, porque no encuentran a nadie, quizás con la excepción de su criado francés, que los adule o los halague.

Durante mi estancia en Salamanca, tomé algunas disposiciones para que la palabra de Dios pudiese ser conocida de todos en la famosa ciudad. El principal librero de la localidad, Blanco, hombre rico y respetable, consintió en ser mi representante, y, en consecuencia, deposité en su tienda cierto número de ejemplares del Nuevo Testamento. Blanco era propietario de una pequeña imprenta, donde se tiraba el *Boletín Oficial* de la ciudad. Redacté para el *Boletín* un anuncio de la obra, diciendo, entre otras cosas, que el Nuevo Testamento es la única guía para la salvación; hablaba también de la Sociedad Bíblica, y de los grandes sacrificios pecuniarios que estaba haciendo con la mira de proclamar a Cristo crucificado y de dar a conocer su doctrina. Quizás encuentren algunos ese paso demasiado atrevido, pero yo no sabía cuál otro podía tomar que llamase más la atención de la gente, extremo de gran importancia. Mandé también imprimir cierto número de esos anuncios en forma y tamaño de carteles, y los mandé pegar en diferentes sitios de la ciudad. Muchas esperanzas tenía yo de vender por ese medio una cantidad considerable de ejemplares del Nuevo Testamento; me proponía repetir el experimento en Valladolid, León, Santiago y demás ciudades importantes que visitase, repartiendo asimismo los anuncios por los caminos. De esa manera, los hijos de España llegarían a saber que el Nuevo Testamento existe, hecho

que apenas conocía entonces el cinco por ciento de los españoles, a pesar de la catolicidad y cristiandad de que con harta frecuencia se jactan.

* * *

Notas

1. He aquí la original copla bilingüe que damos traducida en el texto:

Capítulo XXI

Salida de Salamanca.— Recibimiento en Pitiega.— El dilema.— Inspiración súbita.— El buen cura.— Combate de dos cuadrúpedos.— Irlandeses cristianos.— Las llanuras de España.— Los catalanes.— La poza fatal.— Valladolid.— Propaganda de las Escrituras.— Las misiones para Filipinas.— El colegio inglés.— Una conversación.— La carcelera.

El sábado 10 de junio salí de Salamanca para Valladolid. Como el pueblo donde pensábamos quedarnos sólo distaba cinco leguas, no salimos hasta después del medio día. Había en el cielo una neblina que obscurecía al sol y casi lo ocultaba a nuestra vista. Mi amigo Mr. Patrick Cantwell, del Colegio irlandés, fué tan amable que me acompañó parte del camino. Montaba una mula de alquiler, extremadamente ruin en apariencia, incapaz, a juicio mío, de seguir el paso de nuestros fogosos caballos; parecía hermana gemela de la mula de Gil Pérez, en la que su sobrino hizo el famoso viaje de Oviedo a Peñaflor. Pero estaba yo muy equivocado. El animalito, en cuanto montó mi amigo, salió andando con aquel rápido paso tantas veces admirado por mí en las mulas españolas y que no puede igualar caballo alguno. Los nuestros, a pesar de su magnífica estampa, se quedaron atrás muy pronto, y a cada momento teníamos que ponerlos al

trote para seguir al singular cuadrúpedo, que muy a menudo engallaba la cabeza, encogía los labios y nos enseñaba sus amarillos dientes, como si se riera de nosotros, y acaso se reía. Aconteció que ninguno conocíamos bien el camino; en realidad, no veíamos cosa alguna que pudiera con justicia llamarse así. La ruta de Salamanca a Valladolid, a veces carril, a veces senda, es muy difícil de distinguir; no tardamos en perdernos, y anduvimos mucho más de lo que, en rigor, era necesario. Sin embargo, como nos cruzábamos frecuentemente con hombres y mujeres que pasaban montados en jumentos, nuestro orgullo no nos impidió tomar los necesarios informes, y a fuerza de preguntas llegamos al cabo a Pitiega, pueblecito a cuatro leguas de Salamanca, formado por chozas de tierra, en las que viven unas cincuenta familias, enclavado en una llanura polvorienta, cubierta de opulentos trigales. Preguntamos por la casa del *cura*, un anciano a quien había visto yo el día antes en el Colegio Irlandés, y que al enterarse de mi próximo viaje a Valladolid, me arrancó la promesa de no pasar por su pueblo sin visitarle y sin aceptar su hospitalidad. Una mujer nos encaminó a cierta casita aislada, de aspecto un poco mejor que las contiguas; tenía un pequeño pórtico, cubierto, si no recuerdo mal, por una parra. Llamamos fuerte y repetidas veces a la puerta, sin obtener contestación; callaba la voz del hombre, y ni siquiera ladraba un perro. Lo que ocurría era que el anciano cura estaba durmiendo la *siesta* y lo mismo toda su familia, compuesta de una sirvienta vieja y de un gato. Movíamos tanto ruido y dábamos tantas voces, impacientados por el hambre, que el bueno del cura acabó por despertarse, y saltando de la cama corrió presuroso a la puerta, lleno de confusión, y al vernos se deshizo en excusas por estar durmiendo en el punto y hora en que, según dijo, debía hallarse

en la azotea acechando la llegada de su huésped. Me abrazó cariñosamente y me condujo a su despacho, aposento de regulares dimensiones, guarnecido de estantes llenos de libros. En uno de los extremos había una especie de mesa o escritorio, tendido de cuero negro, y un ancho sillón, donde el cura me obligó a sentarme cuando me disponía, con ardor de bibliómano, a inspeccionar los estantes; con extraordinaria vehemencia me dijo que allí no había nada digno de la atención de un inglés, porque toda su librería estaba compuesta de libros de rezo y de áridos tratados de teología católica.

Se ocupó luego en ofrecernos un refrigerio. En un abrir y cerrar de ojos, con la ayuda del ama, puso sobre la mesa varios platos con bollos y confituras y unas botellas de vidrio grueso que se me antojaron muy parecidas a las de Schiedam, y resultaron, en efecto, suyas. «Aquí tienen—dijo el cura restregándose las manos—. Doy gracias a Dios por poder ofrecerles algo de su gusto. Estas botellas son de aguardiente de Holanda añejo»; y manifestando dos anchos vasos, continuó: «Llénenlos, amigos míos, y beban; beban y apúrenlo si les place, porque para mí eso está de sobra: rara vez bebo nada más que agua. Sé que a ustedes los isleños les gusta beber y que no pueden pasar sin ello; por tanto, si les sirve de provecho, lo que siento es no tener más.»

Al observar que nos contentábamos meramente con gustar el aguardiente nos miró asombrado y nos preguntó por qué no bebíamos. Le dijimos que muy rara vez bebíamos alcoholes, y yo añadí que, por mi parte, apenas probaba ni aun el vino, contentándome, como él, con beber agua. Algo incrédulo se mostró; pero nos dijo que procediéramos con plena libertad y pidiéramos lo que fuese de nuestro gusto. Le contestamos que

aún no habíamos comido y que nos alegraría poder ingerir algo substantífico. «Me temo que no haya en casa nada que les venga bien; con todo, vamos a verlo.»

En diciendo esto, nos condujo a una corraliza, a espaldas de la casa, que hubiera podido llamarse huerto o jardín de haberse criado en ella árboles o flores; pero sólo producía abundante hierba. En un extremo había un palomar bastante grande, y nos metimos en él, «porque—dijo el cura—si encontrásemos unos buenos pichones, ya tenían ustedes excelente comida.» Empero nos llevamos chasco: después de registrar los nidos, sólo encontramos pichones de muy pocos días, que no se podían comer. El buen hombre se entristeció mucho y empezó a temer, según dijo, que tuviésemos que marcharnos sin probar bocado. Dejamos el palomar y nos llevó a un sitio donde había varias colmenas, en torno de las que volaba un enjambre de afanosas abejas, llenando el aire con su zumbido. «Lo que más quiero, después de mis prójimos, son las abejas—dijo el cura—. Uno de mis placeres es sentarme aquí a observarlas y a escuchar su música.»

Pasamos después por varias habitaciones desamuebladas contiguas al corral, en una de las cuales colgaban varias lonjas de tocino; deteniéndose debajo de ellas, el cura alzó los ojos y se puso a mirarlas atentamente. Dijímosle que si no podía ofrecernos cosa mejor, tomaríamos muy gustosos unos torreznos, sobre todo si se les añadían unos huevos. «Para decir la verdad—respondió—, no tengo otra cosa, y si os arregláis con esto, me alegraré mucho; huevos no faltarán y podéis comer cuantos queráis, fresquísimos, porque las gallinas ponen todos los días.»

Una vez preparado todo a nuestro gusto, nos sentamos a comer el torrezno y los huevos; pero no en el aposento donde primeramente nos

recibió, sino en otro más chico, en el lado opuesto del zaguán. El buen cura no comió con nosotros por haberlo hecho ya mucho antes; pero se sentó en la cabecera de la mesa y animó la comida con su charla. «Ahí mismo donde están ustedes ahora—dijo—se sentaron antaño Wellington y Crawford, después de derrotar en los Arapiles a los franceses, rescatándonos de la servidumbre de aquella perversa nación. Nunca he venerado mi casa tanto como desde que la honraron con su presencia aquellos héroes, uno de los cuales era un semidiós.» Rompió luego en un elocuentísimo panegírico de *El Gran Lord*, como le llamaba, y con mucho gusto lo transcribiría si mi pluma fuese capaz de traducir al inglés los robustos y sonoros períodos de su poderoso castellano. Hasta entonces me había parecido el cura un viejo ignorante y sencillo, casi un simple, tan incapaz de sentir fuertes emociones como una tortuga dentro de su concha. Pero una súbita inspiración le iluminó; vibró en sus ojos una ardiente llamarada y todos los músculos de su rostro temblaron. El bonete de seda que, conforme al uso del clero católico, llevaba puesto, movíasele arriba y abajo a compás de su agitación. Pronto advertí que estaba ante uno de tantos hombres notables como surgen con frecuencia en el seno de la iglesia romana, que a una simplicidad infantil reúnen una energía inmensa y un entendimiento poderoso, y son igualmente aptos para guiar un reducido rebaño de ignorantes campesinos en una obscura aldea de Italia o de España, o para convertir millones de paganos en las costas del Japón, de China o del Paraguay.

El cura era un hombre delgado y seco, como de sesenta y cinco años, y vestía un manteo negro de tela burda; lo restante de su pergenio no era de mejor calidad. La modestia de su atavío no era, ni con mucho, resultado de

la pobreza. El curato era de muy buenos rendimientos, y ponía anualmente a disposición del titular ochocientos duros por lo menos, de los que invertía la octava parte en sufragar sobradamente los gastos de su casa y familia; lo demás lo empleaba por completo en obras de pura caridad. Daba de comer al caminante hambriento, que luego seguía su viaje muy alegre con provisiones en las alforjas y una *peseta* en el bolsillo; cuando sus feligreses necesitaban dinero, no tenían más que acudir a su despacho, y de seguro encontraban inmediato remedio. Era, verdaderamente, el banquero del pueblo, y ni esperaba ni deseaba que le devolvieran sus préstamos. Aunque necesitaba hacer viajes frecuentes a Salamanca, no tenía mula, y se valía de un jumento que le dejaba el molinero del pueblo. «Hace años tenía yo una mula, pero se la llevó sin mi permiso un viajero a quien albergué una noche; porque ha de saberse que en esa alcoba tengo dos camas muy limpias a disposición de los caminantes, y me alegraría mucho que usted y su amigo las ocuparan y se quedasen conmigo hasta mañana.»

Pero ansiaba yo continuar el viaje, y a mi amigo no le apetecía menos volverse a Salamanca. Al despedirme del hospitalario cura le regalé un ejemplar del Nuevo Testamento. Recibiólo sin proferir palabra y lo colocó en un estante de su despacho; observé que le hacía señas al estudiante irlandés, moviendo la cabeza como si quisiera decir: «Su amigo de usted no pierde ocasión de propagar su libro»; porque sabía muy bien quién era yo. No olvidaré tan pronto al presbítero, bueno de veras, Antonio García de Aguilar, *cura* de Pitiega.

Llegamos a Pedroso poco antes de anochecer. Pedroso es una aldehuela como de treinta casas, cortada por un arroyuelo o *regata*. En sus orillas,

mujeres y mozas lavaban ropa y cantaban; la iglesia, aislada y solitaria, se alzaba en último término. Preguntamos por la *posada* y nos mostraron una casucha que en nada se distinguía de las demás por su aspecto general. En vano llamamos a la puerta: en Castilla no es costumbre que los posaderos salgan a recibir a sus huéspedes. Concluímos por apearnos y entrar en la casa; preguntamos a una mujer de semblante adusto dónde podíamos poner los caballos. Nos dijo que no era posible llevarlos a la cuadra de la casa, porque habían metido en ella unos *malos machos*, pertenecientes a dos viajeros, que se pondrían seguramente a reñir con nuestros caballos y habría una *función* capaz de hundir la casa. Nos señaló un anejo a la posada, al otro lado de la calle, diciendo que allí podríamos encerrar nuestras bestias. Reconocimos el lugar, encontrándolo lleno de basura, habitado por los cerdos, y sin cerradura en la puerta. Me acordé de la mula del *cura* y me entraron pocas ganas de dejar los caballos en tal lugar, a merced de cualquier ladrón de aquellos contornos. Volví, pues, a la posada y dije resueltamente que había decidido llevarlos a la cuadra. Dos hombres, sentados en el suelo, cenaban una inmensa fuente de liebre estofada; eran los vendedores ambulantes, dueños de los machos. Al dirigirme a la cuadra, uno de los dos hombres murmuró: «Sí, sí; anda y ya verás lo que pasa». Apenas entré en el establo sonó un hórrido y discordante grito, mezcla de rebuzno y quejido, y el más grande de los dos *machos*, soltándose del pesebre a que estaba atado, con los ojos como brasas y resoplando con la furia de un vendaval, se arrojó sobre mi caballo; pero éste, tan cerril como el macho, alzó las patas y, a la manera de un pugilista inglés, le pagó con tal caricia en la frente que casi le tira al suelo. Se trabó después un combate, y pensé que iba a realizarse la predicción de la adusta mujer haciéndose

pedazos la casa. Puse fin a la batalla colgándome del ronzal del macho, con riesgo de mis extremidades, mientras Antonio, a costa de mucho trabajo, apartaba el caballo. Entonces el dueño del macho, que se había quedado en la puerta, se adelantó diciendo: «Si hubiera usted seguido el consejo que le dieron, no habría pasado esto». Díjele que era un disparate dejar los caballos en un sitio donde probablemente los robarían antes del amanecer, y que yo no estaba dispuesto a correr ese albur; el hombre me respondió: «Es verdad, es verdad; quizá ha hecho usted bien». Luego ató de nuevo el *macho* al pesebre, y reforzó la atadura con un pedazo de tralla, asegurando que ya no era posible que el animal se soltase.

Después de cenar vagué por el pueblo. Intenté hablar con dos o tres labradores, en pie a la puerta de sus casas; pero todos se mostraron por demás reservados, y con un áspero *buenas noches*, daban media vuelta y se metían dentro, sin invitarme a entrar. Me encaminé, por último, al pórtico de la iglesia, y allí permanecí un rato pensativo, hasta que juzgué conveniente retirarme a descansar, y así lo hice, no sin fijar antes en el atrio de la iglesia un cartel anunciando que el Nuevo Testamento se vendía en Salamanca. De vuelta en la posada encontré a los dos vendedores ambulantes profundamente dormidos en las *mantas* de sus machos, tendidas por el suelo. Un hombre a quien yo no había visto hasta entonces, y que era, al parecer, el amo de la casa, me dijo: «Me figuro, *caballero*, que usted ha de ser un comerciante francés, de paso para la feria de Medina.» «No soy francés ni comerciante—respondí—. Aunque pasaré por Medina, no voy a la feria.» «Entonces será usted uno de los irlandeses cristianos de Salamanca, *caballero*—replicó el hombre—. He oído decir que viene usted de allí.» «¿Por qué los llama usted irlandeses cristianos?

¿Es que hay paganos en su país?» «Los llamamos cristianos—dijo el posadero—para distinguirlos de los irlandeses ingleses, que son peor que paganos, porque son judíos y herejes.» Sin responder, me entré en mi cuarto, y desde él oí, por estar la puerta entornada, el siguiente breve diálogo entre el posadero y su mujer.

El posadero.—*Mujer*, me parece que tenemos mala gente en casa.

Su mujer.—¿Te refieres a los últimos que han llegado, a ese *caballero* y a su criado? Sí; no he visto en mi vida gente peor encarada.

El posadero.—No me gusta el criado, y menos todavía el amo. Es un hombre sin formalidad ni educación; me dice que no es francés, le hablo de los irlandeses cristianos, y parece que tampoco es de su casta. Tengo más que barruntos de que es hereje o, por lo menos, judío.

Su mujer.—Acaso sea las dos cosas. *¡María Santísima!* ¿Qué haremos para purificar la casa cuando se vayan?

El posadero.—¡Oh! Lo que es eso irá a la *cuenta*, como es natural.

Dormí profundamente, y me levanté algo entrada la mañana; después de desayunarme pagué la cuenta, y bien conocí, por su exorbitancia, que no habían dejado de poner en ella los gastos de purificación. Los vendedores ambulantes se habían marchado al rayar el día. Sacamos luego los caballos y montamos; en la puerta de la posada había un grupo de gente que no nos quitaba ojo.—¿Qué significa esto?—le pregunté a Antonio.

—Se susurra que no somos cristianos—respondió—y han venido para persignarse al vernos partir.

En el momento de romper la marcha, en efecto, lo menos doce manos se pusieron a hacer la señal de la cruz, que ahuyenta al Malo. Antonio se volvió al instante y se santiguó al modo griego, mucho más complejo y

difícil que el católico.

—*¡Mirad qué santiguo, qué santiguo de los demonios!*—exclamaron varias voces, mientras avivábamos el paso por temor a las consecuencias.

El día fué por demás caluroso, y con mucha lentitud proseguimos la marcha a través de las llanuras de Castilla la Vieja. En todo lo perteneciente a España, la inmensidad y la sublimidad se asocian. Grandes son sus montañas y no menos grandes sus planicies, ilimitadas, al parecer; pero no como las uniformes e ininterrumpidas llanadas de las estepas rusas. El terreno presenta de continuo escabrosidades y desniveles; aquí un barranco profundo o rambla, excavado por los torrentes invernales; más allá una eminencia, muchas veces fragosa e inculta, en cuya cima aparece un pueblecito aislado y solitario. ¡Cuánta melancolía por doquier; qué escasas las notas vivas, joviales! Aquí y allá se encuentra a veces algún labriego solitario trabajando la tierra; tierra sin límites, donde los olmos, las encinas y los fresnos son desconocidos; tierra sin verdor, sobre la que sólo el triste y desolado pino destaca su forma piramidal. ¿Y quién viaja por estas comarcas? Principalmente los *arrieros* y sus largas recuas de mulas, adornadas con campanillas de monótono tintineo. Vedlos, con sus rostros atezados, sus trajes pardos, sus sombrerotes gachos; ved a los *arrieros*, verdaderos señores de las rutas de España, más respetados en estos caminos polvorientos que los duques y los *condes*, vedlos: mal encarados, orgullosos, rara vez sociables, cuyas roncas voces se oyen en ocasiones desde una milla de distancia, ya excitando a los perezosos animales, ya entreteniendo la tristeza del camino con rudos y discordantes cantares.

Muy entrada la tarde llegamos a Medina del Campo, una de las principales ciudades de España en otro tiempo, y al presente lugar sin

importancia. Inmensas ruinas la rodean por todas partes, atestiguando la pasada grandeza de la «ciudad de la llanura». La plaza principal o del mercado es notable; rodéanla sólidos porches, sobre los que se alzan negruzcos edificios muy antiguos. Medina estaba llena de gente, porque la feria se celebraba de allí a un par de días. Algún trabajo nos costó conseguir que nos admitieran en la *posada*, ocupada principalmente por catalanes llegados de Valladolid. Esa gente no sólo llevaba consigo sus mercancías, sino sus mujeres e hijos. Algunos tenían malísima catadura, sobre todo uno, gordo y de aspecto salvaje, como de cuarenta años de edad, que se portó de atroz manera: sentado con su mujer, quizás su concubina, a la puerta de un aposento que daba al patio, no cesaba de expeler horribles y obscenos juramentos en español y en catalán. La mujer era de notable hermosura; pero muy recia y al parecer no menos salvaje que el hombre; su modo de hablar era igualmente horrendo. Ambos parecían dominados por incomprensible furor. Al cabo, ante cierta observación hecha por la mujer, el hombre se levantó y sacando de la faja un gran cuchillo le tiró un golpe a su compañera en el pecho desnudo; la mujer, empero, interpuso la palma de la mano y recibió en ella el navajazo. Estúvose un momento el agresor mirando gotear la sangre en el suelo, mientras la mujer levantaba en alto la mano herida; luego, arrojando un estruendoso juramento, salió corriendo del patio a la *plaza*. Me acerqué entonces a la mujer y dije: «¿Por qué ha sido todo eso? Espero que ese tunante no le habrá herido de gravedad.» Volvió hacia mí el semblante con expresión infernal y mirándome despreciativamente exclamó: «*Carals, ¿que es eso?* ¿No puede un caballero catalán hablar de sus asuntos particulares con su señora sin que usted los interrumpa?» Se vendó luego la mano con un pañuelo y entrándose en el

cuarto sacó una mesita, puso en ella diferentes cosas para disponer la cena, y se sentó en un taburete. En seguida volvió el catalán y, sin decir palabra, se sentó en el umbral, como si nada hubiera ocurrido; la singular pareja comenzó a comer y a beber, sazonando los manjares con juramentos y burlas.

Pasamos la noche en Medina, y a la mañana siguiente, muy temprano, reanudamos el viaje, pasando por una comarca muy parecida a la que recorrimos el día antes; a cosa del mediodía llegamos a una pequeña *venta*, a media legua del Duero, y en ella descansamos durante las horas de más calor; montamos después nuevamente y, cruzando el río por un hermoso puente de piedra, nos encaminamos a Valladolid. Las márgenes del Duero son muy bellas por aquel sitio y pobladas de árboles y arbustos en los que trinaban melodiosamente a nuestro paso algunos pajarillos. Delicioso frescor subía del agua que, a veces, se embravecía entre las piedras o fluía veloz sobre la blanca arena, o se estancaba con mansedumbre en las pozas azules, de considerable hondura. Muy cerca de una de estas hoyas estaba sentada una mujer, como de treinta años, vestida a lo labrador, con pulcritud; miraba fijamente al agua, arrojando a ella, de vez en cuando, flores y ramitas. Me detuve un momento y la hablé; pero sin mirarme ni contestar, siguió contemplando el agua como si hubiera perdido la conciencia de cuanto le rodeaba. «¿Quién es esa mujer?», pregunté a un pastor que encontré momentos más tarde. «Es una loca, *la pobrecita*—respondió—. Hace un mes se le ahogó un hijo en esa poza, y desde entonces ha perdido el juicio. La van a llevar a Valladolid, a la *Casa de los locos*. Todos los años se ahoga bastante gente en los remolinos del Duero; éste es un río muy malo. *Vaya usted con la Virgen, caballero.*»

Después entramos en los mezquinos y ralos *pinares* que bordean el camino de Valladolid por aquella dirección.

Valladolid está situado en medio de un inmenso valle, o más bien hondonada, abierta, al parecer, por una fortísima convulsión de la planicie castellana. Las alturas de las inmediaciones no son, propiamente, una elevación del suelo, sino más bien los bordes de la hondonada. Son muy escabrosas y pendientes y de aspecto por demás insólito. Parece que en épocas remotas toda esta comarca estuvo trabajada por fuerzas volcánicas. Hay en Valladolid numerosos conventos, ahora abandonados, magnífica muestra, algunos de ellos, de la arquitectura española. La iglesia principal, bastante antigua, está sin acabar; propusiéronse los fundadores levantar un edificio muy vasto; pero sus medios no bastaron para realizar el plan. Es de granito sin labrar. Valladolid es ciudad fabril, pero en cambio su comercio está principalmente en manos de los catalanes, establecidos aquí en número próximo a trescientos. Posee una hermosa *alameda* por la que corre el Esgueva. La población dícese que llega a sesenta mil habitantes.

Paramos en la *Posada de las Diligencias*, edificio magnífico; pero a los dos días de llegar nos fuimos de ella muy gustosos, porque el alojamiento era malísimo, y la gente de la casa por demás grosera. El dueño, hombre de talla gigantesca, de enormes bigotes y de marcialidad afectada, debía de creerse un caballero demasiado principal para fijar la atención en sus huéspedes, de los que, a la verdad, no andaba muy recargado, porque sólo estábamos Antonio y yo. Era persona importante entre los guardias nacionales de Valladolid y se recreaba pavoneándose por la ciudad en un corcel pesadote que encerraba en una cuadra subterránea.

Trasladamos nuestros reales al Caballo de Troya, *posada* antigua, a

cargo de un vascongado que, al menos, no se creía superior a su oficio. Las cosas andaban muy revueltas en Valladolid por creerse inminente una visita de los facciosos. Barreadas todas las puertas, construyeron, además, unos reductos para cubrir los aproches de la ciudad. Poco después de marcharnos nosotros, llegaron, en efecto, los carlistas al mando del cabecilla vizcaíno Zariategui. No encontraron resistencia; los nacionales más decididos se retiraron al reducto principal y en seguida lo entregaron, sin que en toda esa función se disparase un tiro. Mi amigo, el héroe de la posada, en cuanto oyó que se aproximaba el enemigo, montó a caballo y escapó, y no ha vuelto a saberse de él. A mi regreso a Valladolid, hallé la posada en otras manos mucho mejores: regíala un francés de Bayona, quien me prodigó tantas amabilidades como groserías sufrí de su predecesor.

A los pocos días conocí al librero de la localidad, hombre sencillo, de corazón bondadoso, que de buen grado se encargó de vender los Testamentos. Todo género de literatura hallábase en Valladolid en profundísima decadencia. Mi nuevo amigo sólo podía dedicarse a vender libros en combinación con otros negocios, porque, según me aseguró, la librería no le daba para vivir. Sin embargo, durante la semana que permanecí en la ciudad se vendió un número considerable de ejemplares, y abrigaba yo buenas esperanzas de que aún pedirían muchos más. Para llamar la atención sobre mis libros recurrí al sistema empleado en Salamanca y fijé carteles en las paredes. Antes de marcharme dispuse que todas las semanas los renovasen; con eso pensaba yo lograr multiplicados y saludables frutos, porque el pueblo tendría siempre ocasión de saber que existía, al alcance de sus medios, un libro que contiene la palabra de vida, y

acaso se sintiera inducido a comprarlo y a consultarlo, incluso acerca de su salvación... Hay en Valladolid un colegio inglés y otro escocés. Mis amables amigos los irlandeses de Salamanca me habían dado una carta de presentación para el rector del último. Estaba el colegio instalado en un lóbrego edificio, en calle apartada. El rector vestía como los eclesiásticos españoles, carácter que, a todas luces, pretendían apropiarse. Había en sus modales cierta fría sequedad, sin pizca del generoso celo ni de la ardiente hospitalidad que de tal modo me cautivaron en el cortesísimo rector de los irlandeses de Salamanca; sin embargo, me trató con mucha urbanidad y se ofreció a enseñarme las curiosidades locales. Sabía, sin duda alguna, quién era yo, y acaso por esta razón se mostró más reservado de lo que en otro caso hubiese sido; no hablamos palabra de asuntos religiosos, como si de consuno quisiésemos eludirlos. Bajo sus auspicios visité el colegio de las Misiones Filipinas, situado en las afueras; me presentaron al rector, septuagenario de hermosa presencia, muy vigoroso, en hábito de fraile. Expresaba su semblante una benignidad plácida que me interesó sobremanera; hablaba poco y con sencillez; parecía haber dicho adiós a todas las pasiones terrenales. Sin embargo, aún se aferraba a cierta pequeña debilidad.

Yo.—Vive usted en una casa hermosa, padre. Lo menos caben aquí doscientos estudiantes.

El rector.—Más aún, hijo mío; se hizo para albergar más centenares que simples individuos vivimos en ella ahora.

Yo.—Veo aquí algunos trabajos de defensa improvisados; los muros están llenos de aspilleras por todas partes.

El rector.—Hace unos días vinieron los nacionales de Valladolid y

causaron bastante daño sin utilidad alguna; estuvieron un poco groseros y me amenazaron con los clubs. ¡Pobres hombres, pobres hombres!

Yo.—Supongo que también las misiones, a pesar de sus elevados fines, se resentirán de los trastornos actuales de España.

El rector.—Demasiado cierto es eso; ahora el Gobierno no nos favorece nada; sólo contamos con nuestras propias fuerzas y con la ayuda de Dios.

Yo.—¿Cuántos misioneros novicios hay en el colegio?

El rector.—Ninguno, hijo mío; ninguno. El rebaño se ha dispersado; el pastor se ha quedado solo.

Yo.—Vuestra reverencia habrá, sin duda alguna, tomado parte activa en las misiones.

El rector.—Cuarenta años he estado en Filipinas, hijo mío; cuarenta años entre los indios. ¡Ay de mí! ¡Cuánto quiero yo a los indios de Filipinas!

Yo.—¿Habla vuestra reverencia la lengua de los indios?

El rector.—No, hijo mío. A los indios les enseñábamos el castellano; a mi parecer, no hay idioma mejor. Les enseñábamos el castellano y la adoración de la Virgen. ¿Qué más necesitaban saber?

Yo.—¿Y qué piensa vuestra reverencia de las Filipinas como país?

El rector.—Cuarenta años he estado allá; pero lo conozco poco; el país no me interesaba gran cosa; mis amores eran los indios. No es mala tierra aquélla; pero no tiene comparación con Castilla.

Yo.—¿Vuestra reverencia es castellano?

El rector.—Soy castellano viejo, hijo mío.

Desde la Casa de las Misiones Filipinas, me condujo mi amigo al Colegio inglés, establecimiento muy superior en todos los órdenes al

Colegio Escocés. En este último había muy pocos alumnos, creo que seis o siete apenas, mientras que en el seminario inglés se educaban unos treinta o cuarenta, según me dijeron. La casa es hermosa, con una iglesia pequeña, pero suntuosa, y muy buena biblioteca: su emplazamiento es alegre y ventilado; completamente aislada en un barrio de poco tránsito, un elevado muro, genuina muestra del exclusivismo inglés, la rodea por todas partes y encierra, además, un deleitoso jardín. Este colegio es, con gran ventaja, el mejor de los de su clase en toda la Península, y creo que el más floreciente. En el rápido vistazo dado a su interior no podía enterarme a fondo de su régimen; pero no dejó de impresionarme el orden, la limpieza, el método reinantes por doquiera. Sin embargo, no me atrevería yo a afirmar que el aire de severa disciplina monástica que allí se advertía respondiese con exactitud a la realidad. En la visita nos acompañó el vicerrector, por estar ausente el rector. De todas las curiosidades del colegio la más notable es la galería de pinturas, donde se guardan los retratos de gran número de antiguos alumnos de la casa martirizados en Inglaterra, en el ejercicio de su vocación, durante los agitados tiempos de Eduardo VI y de la feroz Isabel. En esa casa se educaron muchos de aquellos sacerdotes medio extranjeros, pálidos, sonrientes, que a hurtadillas recorrían en todas direcciones la verde Inglaterra; ocultos en misteriosos albergues, en el seno de los bosques, soplaban sobre el moribundo rescoldo del papismo, sin otra esperanza y acaso sin otro deseo que el de perecer descuartizados por las sangrientas manos del verdugo, entre el griterío de una plebe tan fanática como ellos; sacerdotes como Bedingfield y Garnet, y tantos otros cuyo nombre se ha incorporado a las gestas de su país. Muchas historias, maravillosas precisamente por ser ciertas, podrían, sin duda, extraerse de los archivos del

seminario papista inglés de Valladolid.

No escaseaban los huéspedes en el Caballo de Troya, donde nos alojábamos. Entre los llegados durante mi estancia allí, figuraba una mujer muy fornida y jovial, en extremo bien vestida, con traje de seda negra y *mantilla* de mucho precio. Acompañábala un mozalbete de quince años, muy guapo, pero de expresión maligna y arisca, hijo suyo. Venían de Toro, lugar distante una jornada de Valladolid, famoso por su vino. Una noche, estando al *fresco* en el patio de la posada, tuvimos el siguiente coloquio:

La mujer.—¡*Vaya, vaya*, qué pueblo tan aburrido es Valladolid! ¡Qué diferencia de Toro!

Yo.—Yo le hubiera creído, por lo menos, tan divertido como Toro, que no es ni la tercera parte de grande.

La mujer.—¿Tan divertido como Toro? *¡Vaya, vaya!* ¿Ha estado usted alguna vez en la cárcel de Toro, señor caballero?

Yo.—Nunca he tenido ese honor; generalmente, la cárcel es el último sitio que se me ocurre visitar.

La mujer.—Vea usted lo que es la diferencia de gustos: yo he ido a ver la cárcel de Valladolid, y me parece tan aburrida como la ciudad.

Yo.—Es claro; si en alguna parte hay tristeza y fastidio, ha de ser en la cárcel.

La mujer.—Pero no en la de Toro.

Yo.—¿Qué tiene la cárcel de Toro para distinguirse de las demás?

La mujer.—¿Qué tiene? *¡Vaya!* ¿Pues no soy yo la *carcelera*? ¿Y no es mi marido el *alcaide*? Y mi hijo, ¿no es hijo de la cárcel?

Yo.—Dispense usted: no conocía esas circunstancias. La diferencia, en efecto, es grande.

La mujer.—Ya lo creo. Yo también soy hija de la cárcel; mi padre era *alcaide* y mi hijo podría aspirar a serlo, si no fuese tonto.

Yo.—¿Tonto? Pues en la cara lo disimula bastante. No sería yo quien comprara a este muchacho si lo vendieran por tonto.

La carcelera.—¡Buen negocio haría usted si lo comprase! Más *picardías* tiene que cualquier *calabocero* de Toro. Mi sentido es que no le tira la cárcel tanto como debiera, sabiendo lo que han sido sus padres. Tiene demasiado orgullo, demasiados caprichos; al cabo ha logrado convencerme para que lo traiga a Valladolid, y le he colocado a prueba en casa de un comerciante de la *Plaza*. Espero que no irá a parar a la cárcel; si no, ya verá la diferencia que hay entre ser hijo de la cárcel y estar encarcelado.

Yo.—Habiendo tantas distracciones en Toro, los presos no lo pasarán mal con usted.

La carcelera.—Sí; somos muy buenos con ellos; me refiero a los que son *caballeros*, porque con los que no tienen más que *miseria*, ¿qué podemos hacer? La cárcel de Toro es muy divertida: dejamos entrar todo el vino que quieren los presos, mientras tienen dinero para comprarlo y para pagar el derecho de entrada. La de Valladolid no es ni la mitad de alegre; no hay cárcel como la de Toro. Allí aprendí yo a tocar la guitarra. Un caballero andaluz me enseñó a tocar y cantar *a la gitana*. ¡Pobre muchacho! Fué mi primer *novio*. Juanito, trae la guitarra, que voy a cantarle a este caballero unos aires andaluces.

La *carcelera* tenía hermosa voz y tocaba el instrumento favorito de los españoles con verdadera maestría. Estuve escuchando sus habilidades cerca de una hora, hasta que me retiré a mi habitación a descansar. Creo que continuó tocando y cantando la mayor parte de la noche, porque la oí

todas las veces que me desperté, y aun entre sueños me sonaban en los oídos las cuerdas de la guitarra.

* * *

Capítulo XXII

Dueñas.— Los hijos de Egipto.— Chalanerías.— El caballo de carga.— La caída.— Palencia.— Curas carlistas.— El mirador.— Sinceridad sacerdotal.— León.— Alarma de Antonio.— Calor y polvo.

Después de estar diez días en Valladolid nos pusimos en marcha para León. Llegamos al mediodía a Dueñas, ciudad notable por muchos motivos, distante de Valladolid seis leguas cortas. Hállase situada en una ladera, sobre la que se alza a pico una montaña de tierra calcárea coronada por un castillo en ruinas. En torno de Dueñas se ve multitud de cuevas excavadas en la pendiente y cerradas con fuertes puertas: son las bodegas donde se guarda el vino que en abundancia produce la comarca, y que se vende principalmente a los navarros y montañeses; acuden a buscarlo en carretas de bueyes y se lo llevan en grandes cantidades. Paramos en una mezquina posada de los arrabales, con idea de dar descanso a los caballos. Varios soldados de Caballería allí alojados aparecieron en seguida, y con ojos de gente experta empezaron a examinar mi caballo *entero*. «Este caballo tan bueno debiera ser nuestro—dijo el cabo—. ¡Qué pecho tiene! ¿Con qué derecho viaja usted en ese caballo, *señor*, haciendo falta tantos para el servicio de la reina? Este caballo pertenece a la *requisa*.» «Con el

derecho que me da el haberlo comprado, y el ser yo inglés»—repliqué. «¡Oh, su merced es inglés!—respondió el cabo—. Eso es otra cosa. A los ingleses se les permite en España hacer de lo suyo lo que quieran, permiso que no tienen los españoles. Caballero, he visto a sus paisanos de usted en las provincias vascongadas: *vaya*, ¡qué jinetes y qué caballos! Tampoco se baten mal; pero lo que mejor hacen es montar. Los he visto subir por los *barrancos* en busca de los facciosos, y caer sobre ellos de improviso cuando se creían más seguros y no dejar ni uno vivo. La verdad: este caballo es magnífico; voy a mirarle el diente.»

Miré al cabo; tenía la nariz y los ojos dentro de la boca del caballo. Los demás de la partida, que podían ser seis o siete, no estaban menos atareados. El uno le examinaba las manos; el otro, las patas; éste tiraba de la cola con toda su fuerza, mientras aquél le apretaba la tráquea para descubrir si el animal tenía allí alguna tacha. Por fin, al ver al cabo dispuesto a aflojarle la silla para reconocerle el lomo, exclamé:

—Quietos, *chabés*[1] de Egipto; os olvidáis de que sois *hundunares*[2], y que no estáis *paruguing grastes*[3] en el *chardí*[4].

Al oír estas palabras, el cabo y los soldados volvieron completamente el rostro hacia mí. Sí; no cabía duda: eran los semblantes y el mirar fijo y velado de los hijos de Egipto. Lo menos un minuto estuvimos mirándonos mutuamente, hasta que el cabo, en la más elocuente lamentación gitana imaginable, me dijo: ¡El *erray*[5] nos conoce a nosotros, pobres *Caloré*![6] ¿Y dice que es inglés? *¡Bullati!*[7] No me figuraba encontrar por aquí un *Busnó*[8] que nos conociera, porque en estas tierras no se ven nunca *gitanos*. Sí; su merced acierta; somos todos de la sangre de los *Caloré*. Somos de *Melegrana*[9], y de allí nos sacaron para llevarnos a las guerras. Su merced ha

acertado; al ver este caballo nos hemos creído otra vez en nuestra casa en el *mercado* de Granada; el caballo es paisano nuestro, un *andalou* verdadero. *Por Dios*, véndanos su merced este caballo; aunque somos pobres *Caloré*, podemos comprarlo.

—Os olvidáis de que sois soldados; ¿cómo me ibais a comprar el caballo?

—Somos soldados—replicó el cabo—; pero no hemos dejado de ser *Caloré*. Compramos y vendemos *bestis*; nuestro capitán va a la parte con nosotros. Hemos estado en las guerras; pero no queremos pelear; eso se queda para los *Busné*. Hemos vivido juntos y muy unidos, como buenos *Caloré*; hemos ganado dinero. *No tenga usted cuidao.* Podemos comprarle el caballo.

Al decir esto, sacó una bolsa con diez onzas de oro lo menos.

—Si quisiera venderlo—repuse—, ¿cuánto me daríais por el caballo?

—Entonces su merced desea vender el caballo. Eso ya es otra cosa. Le daremos a su merced diez duros por él. No vale para nada.

—¿Cómo es eso?—exclamé—. Hace un momento me habéis dicho que era un caballo muy bueno, paisano vuestro.

—No, *señor*; no hemos dicho que sea *Andalou*, hemos dicho que es *Extremou*, y de lo peor de su casta. Tiene diez y ocho años, es corto de resuello y está malo.

—Pero si yo no quiero vender el caballo; al contrario. Más bien necesito comprar que vender.

—¿Su merced no quiere vender el caballo?—dijo el gitano—. Espere su merced: daremos sesenta duros por el caballo de su merced.

—Aunque me dierais doscientos sesenta. *¡Meclis, meclis!*[10], no digas

más. Conozco las tretas de los gitanos. No quiero tratos con vosotros.

—¿No ha dicho su merced que desea comprar un caballo?—preguntó el gitano.

—No necesito comprar ninguno—exclamé—. De necesitar algo, sería una jaca para el equipaje. Pero se ha hecho tarde; Antonio, paga la cuenta.

—Espere su merced; no tenga tanta prisa—dijo el gitano—. Voy a traerle lo que usted necesita.

Sin aguardar respuesta corrió a la cuadra, y a poco salió trayendo por el ramal una jaca ruana, de unos trece palmos de alzada, llena de mataduras y señales de las cuerdas y ataderos. La estampa, sin embargo, no era mala, y tenía un brillo extraordinario en los ojos.

—Aquí tiene su merced—dijo el gitano—la mejor jaca de España.

—¿Para qué me enseñas ese pobre animal?—pregunté.

—¿Pobre animal?—repuso el gitano—. Es un caballo mejor que su *Andalou* de usted.

—Puede que no quisieras cambiarlos—dije yo sonriendo.

—*Señor*, lo que yo digo es que puesto a correr, le saca ventaja a su *Andalou* de usted.

—Está muy flaco—respondí—. Me parece que concluirá muy pronto de pasar fatigas.

—Flaco y todo como está, *señor*, ni usted ni cuantos ingleses hay en España son capaces de dominarlo.

Miré otra vez al animal, y su estampa me hizo una impresión más favorable aún que antes. Necesitaba yo una caballería para relevar, cuando fuese menester, a la de Antonio en el transporte del equipaje, y aunque el estado de aquella jaca era lastimoso, pensé que con el buen trato no

tardaría en redondearse.

—¿Puedo montar en él?—pregunté.

—Es caballo de carga, *señor*, y no está hecho a la silla; sólo se deja montar por mí, que soy su amo. Cuando se arranca, no para hasta el mar: se lanza por cuestas y montañas, y las deja atrás en un momento. Si quiere usted montar este caballo, *señor*, permítame que antes le ponga la brida, porque con el ronzal no podrá usted sujetarlo.

—Eso es una tontería—repliqué—. Pretendes hacerme creer que tiene mucho genio para pedir más por él. Te digo que está casi muriéndose.

Tomé el ronzal y monté. Apenas me sintió sobre las costillas, el animalito, que hasta entonces había estado inmóvil como una piedra, sin mostrar el menor deseo de cambiar de postura ni dar más señales de vida que revolver los ojos y enderezar una oreja, arrancó al galope tendido como un caballo de carreras. Presumía yo que el caballo iba a cocear o a tirarse al suelo para librarse de la carga; pero la escapada me cogió completamente desprevenido. No me costó gran trabajo, sin embargo, sostenerme, porque desde la niñez estaba yo habituado a montar en pelo; pero frustró todos los esfuerzos que hice para detenerlo, y casi empecé a creer, como me había dicho el gitano, que ya no se pararía hasta el mar. No obstante, disponía yo de un arma poderosa, y fué tirar del ronzal con toda mi fuerza, hasta que obligué al caballo a volver ligeramente el cuello, que, por lo rígido, parecía de palo; a pesar de todo, no disminuyó la rapidez de su carrera ni un momento. A mano izquierda del camino, por donde volábamos, había una profunda zanja, en el preciso lugar donde el camino torcía a la derecha, y hacia la zanja se lanzó oblicuamente el caballo. Con los tirones se rompió el ronzal; el caballo siguió disparado como una flecha, y yo caí de espaldas al

suelo.

—*Señor*—dijo el gitano, acercándoseme con el semblante más serio del mundo—, ya le decía yo a usted que no montase sin brida ni freno; es caballo de carga y sólo está acostumbrado a que le monte yo, que le doy de comer. (Al decir esto silbó, y el animal, que andaba dando corcovos por el campo, y acoceando el aire, volvió al instante con un suave relincho.) Vea su merced qué manso es—continuó el gitano—. Es un caballo de carga de primera, y puede subir, con todo lo que usted lleva, las montañas de Galicia.

—¿Cuánto pides por él?—dije yo.

—*Señor*, como su merced es inglés y buen *jinete*, y, sobre todo, conoce los usos de los *Caloré*, y sus mañas y lenguaje también, se lo venderé a usted muy arreglado. Me dará usted doscientos sesenta duros por él, ni uno menos.

—Es mucho dinero—respondí.

—No, *señor*, nada de eso; es un caballo de carga; fíjese usted que pertenece al ejército, y no lo vendo para mí.

Dos horas de caballo nos pusieron en Palencia, ciudad antigua y bella, admirablemente situada a orillas del Carrión, y famosa por su comercio de lanas. Nos alojamos en la mejor *posada* que había, y seguidamente fuí a visitar a uno de los principales comerciantes de la ciudad, para quien me había dado una recomendación mi banquero de Madrid. Dijéronme que el señor estaba durmiendo la *siesta*. «Entonces—pensé yo—lo mejor será hacer otro tanto», y me volví a la *posada*. Por la tarde repetí la visita, y vi al comerciante. Era un hombre bajo y corpulento, de unos treinta años; al pronto me recibió con cierta sequedad, pero no tardaron sus modales en

dulcificarse, y a lo último no sabía ya cómo darme suficientes pruebas de su cortesía. Me presentó a un su hermano, recién llegado de Santander, persona inteligente en grado sumo, y que había vivido varios años en Inglaterra. Ambos se empeñaron en enseñarme la ciudad, como lo hicieron, paseándome por ella y por sus cercanías. Admiré sobre todo la catedral, edificio de estilo gótico primitivo, pero elegante y ligero. Mientras recorríamos sus naves laterales, los dulces rayos del sol poniente, al entrar por las ventanas arqueadas, iluminaban algunos hermosos cuadros de Murillo que adornan el sagrado edificio[11]. Desde la iglesia lleváronme mis amigos por un camino pintoresco a un batán de las afueras. Abundaban allí el agua y los árboles, pareciéndome los alrededores de Palencia uno de los lugares más agradables que hasta entonces había visto. Cansados de rodar de una parte a otra, fuimos a un café, donde me obsequiaron con dulces y chocolate. Tal fué la hospitalidad de mis amigos, sencilla y agradable, como hay mucha en España.

Al siguiente día proseguimos el viaje, triste en su mayor parte, a través de áridas y desoladas llanuras, con algunos pueblos y ciudades esparcidos aquí y allá, pueblos silenciosos, melancólicos, distantes unos de otros dos o tres leguas. Hacia el mediodía percibimos a lo lejos, entre brumas, una inmensa cadena de montañas, límite septentrional de Castilla; pero el día se nubló y obscureció, y las perdimos de vista. Un viento sonoro comenzó a soplar con violencia en las desoladas llanuras, arrojándonos al rostro nubes de polvo; los pocos rayos de sol que traspasaban las nubes eran candentes, inflamados. Iba yo muy cansado del viaje, y cuando a eso de las cuatro llegamos a X[12], pueblo grande, a mitad de camino entre Palencia y León, resolví pasar allí la noche. Pocos lugares habré visto en mi vida tan

desolados como aquel pueblo. Las casas, grandes en su mayoría, tenían muros de barro, como los pajares. En toda la sinuosa y larga calle por donde entramos, no vimos alma viviente a quien preguntar por la *venta* o *posada*; al cabo, en un extremo de la plaza, al fondo, descubrimos dos bultos negros parados junto a una puerta, e interrogándolos supimos ser aquella la casa que buscábamos. Extraño era el aspecto de los dos seres, que parecían los genios del lugar. El uno, pequeño y delgado, de unos cincuenta años, tenía las facciones pronunciadas y aviesas. Vestía una holgada casaca negra de largos faldones, calzón también negro y gruesas medias de estambre del mismo color. Hubiérale tomado desde luego por un eclesiástico, a no ser por su sombrero, pequeña castora abollada, nada clerical ciertamente. Su acompañante era de corta estatura y mucho más joven. Vestía de análogo modo, salvo que llevaba una capa azul obscuro. Empuñaban sendos bastones, y, sin alejarse de la puerta, tan pronto entraban como salían, mirando a veces al camino, como si aguardasen a alguien.

—Créame usted, *mon maître*—me dijo Antonio en francés—, estos dos individuos son curas carlistas, y están aguardando la llegada del Pretendiente. *Les imbeciles!*

Llevamos los caballos a la cuadra, guiados por la posadera. «¿Quiénes son esos hombres?»—pregunté.

—El más viejo es el arcipreste del *pueblo*—respondió la mujer—. El otro es hermano de mi marido. *¡Pobrecito!* Era fraile en un convento de aquí; pero lo cerraron y echaron a los hermanos.

Volvimos a la puerta.

—Me parece, caballeros, que ustedes son catalanes—dijo el

cura.—¿Traen ustedes noticias de aquel reino?

—¿Por qué supone usted que somos catalanes?—pregunté.

—Porque les he oído hace un momento hablar en esa lengua.

—No traigo noticias de Cataluña—respondí—. Pero creo que la mayor parte del principado está en manos de los carlistas.

—¡Ejem, hermano Pedro! Este caballero dice que la mayor parte de Cataluña está en poder de los realistas. Por favor, caballero, dígame si sabe por dónde andará a estas horas Don Carlos con su ejército.

—Por mis noticias—respondí—es posible que esté ya muy cerca de aquí.

Eché a andar hacia la salida del pueblo. Al instante se me juntaron los dos individuos, y Antonio con ellos, poniéndonos los cuatro a mirar fijamente al camino.

—¿Ve usted algo?—pregunté por fin a Antonio.

—*Non, mon maître.*

—¿Ve usted algo, señor?—pregunté al cura.

—No veo nada—respondió, alargando el pescuezo.

—No veo nada—dijo Pedro, el ex fraile—; sólo veo mucho polvo, cada vez más espeso.

—Entonces, yo me vuelvo—dije—. Es poco prudente estarse aquí esperando al Pretendiente. Si los nacionales de la población se enteran, pueden fusilarnos.

—¡Ejem!—dijo el cura, siguiéndome—. Aquí no hay nacionales; quisiera yo saber quién se atrevería a serlo. Cuando los vecinos recibieron orden de alistarse en la milicia, rehusaron todos sin excepción, y tuvimos que pagar una multa. Por tanto, amigo, si tiene algo que comunicarnos

hable sin recelo; aquí todos somos de su misma opinión.

—Yo no tengo opinión alguna—repliqué—, como no sea que me corre prisa cenar. No estoy por *Rey* ni por *Roque*. ¿No dice usted que soy catalán? Pues ya sabe usted que los catalanes no piensan más que en sus negocios.

Al anochecer anduve vagando por el pueblo, que me pareció aún más abandonado y melancólico que antes; acaso fué, no obstante, una población de importancia en tiempos pasados. En un extremo del pueblo yacían las ruinas de un vasto y tosco castillo, casi todo de piedra berroqueña; quise visitarlas, pero hallé la entrada defendida por una puerta. Desde el castillo me encaminé al convento, triste y desolado lugar, antigua morada de frailes franciscanos mendicantes. Ya me volvía a la posada, cuando oí fuerte rumor de voces, y guiándome por ellas no tardé en salir a una especie de prado, donde sobre un montículo estaba sentado un cura vestido de hábitos, leyendo en alta voz un periódico; en torno suyo, de pie o sentados en la hierba, se congregaban unos cincuenta *vecinos*, vestidos casi todos con luengas capas; entre ellos descubrí a mis dos amigos, el cura y el fraile. «Es un buen enjambre de carlistas—dije entre mí—ansiosos de noticias»; y me encaminé hacia otra parte de la pradera, donde pastaban los ganados del pueblo. El cura, en cuanto me vió, se apartó del grupo y vino a mí. «He oído que necesita usted un caballo—me dijo—. Yo tengo aquí uno pastando, el mejor del reino de León»; y con la volubilidad de un *chalán* empezó a ensalzar los méritos del animal. No tardó en juntársenos el fraile, quien, aprovechando una oportunidad, me tiró de la manga, y me dijo:

—Señor, con el cura no se puede tratar; es el pillo más grande de estos

contornos. Si necesita usted un caballo, mi hermano tiene uno mucho mejor, y se lo dará más barato.

—No pienso comprarlo hasta que llegue a León—exclamé; y me fuí, meditando en la amistad y en la sinceridad de los curas.

Desde X a León, ocho leguas de camino, el país mejoró rápidamente; cruzamos varios arroyos, y a veces atravesábamos praderas exuberantes. Volvió a brillar el sol, y acogí su reaparición con alegría, a pesar del sofocante calor. A dos leguas de León dimos alcance a un tropel de gente con caballos, mulas y carros que acudían a la famosa feria que el día de San Juan se celebra en León; en efecto, se inauguró a los tres días de nuestra llegada. Aunque esa feria es principalmente de caballos, acuden a ella comerciantes de muchas partes de España con diferentes géneros de mercadería, y allí me encontré a muchos catalanes ya vistos en Medina y Valladolid.

Nada notable hay en León, ciudad vieja y tétrica, salvo la catedral, que es, en muchos respectos, un duplicado de la de Palencia, elegante y aérea como ésta, pero sin los espléndidos cuadros que la adornan. La situación de León en el centro de una comarca floreciente, abundante en árboles, y regada por muchas corrientes de agua nacidas en las grandes montañas de las inmediaciones, es muy placentera. Dista mucho, sin embargo, de ser un lugar saludable, sobre todo en verano, cuando los calores suscitan las emanaciones nocivas de las aguas, que engendran muchas enfermedades, especialmente calenturas. Apenas llevaba tres días en León me atacó una de esas fiebres, contra la que creí no poder luchar, no obstante mi constitución robusta, pues en siete días que me duró me quedé casi en los huesos, y en tan deplorable estado de debilidad que no podía hacer el más

leve movimiento. Pero ya antes había logrado que un librero se encargara de vender los Testamentos, y publicado los anuncios de costumbre, aunque sin grandes esperanzas de buen éxito, porque los leoneses, con raras excepciones, son furibundos carlistas y ciegos e ignorantes secuaces de la arcaica iglesia papal. La sede episcopal de León estuvo ocupada en otro tiempo por el primer ministro de Don Carlos, y parece que su espíritu fanático y feroz llena todavía la ciudad. En cuanto aparecieron los carteles, el clero se puso en movimiento. Fueron de casa en casa, fulminando maldiciones y anatemas y amenazando con todo género de desventuras a quien comprase o leyese «los libros malditos» que los herejes introducían en el país con propósito de pervertir las almas cándidas de los habitantes. Hicieron más: incoaron un proceso ante el tribunal eclesiástico contra el librero. Por fortuna, ese tribunal no posee ahora mucha autoridad, y el librero, atrevido y resuelto, sostuvo el reto y llegó hasta fijar un anuncio en la misma puerta de la catedral. A pesar del griterío que se levantó contra los libros, se vendieron en León algunos ejemplares; dos fueron adquiridos por sendos exclaustrados, y otros tantos por párrocos de las aldeas vecinas. Creo que en total se vendieron unos quince ejemplares, de suerte que mi visita a lugar tan atrasado no se perdió del todo, porque la semilla del Evangelio quedó sembrada, aunque con parquedad. Pero las espesas tinieblas que envuelven a León son verdaderamente lamentables, y la ignorancia del pueblo es tan grande que en las tiendas se venden públicamente y tienen gran aceptación conjuros y encantaciones impresos contra Satanás y su hueste y contra todo género de maleficios. Tales son los resultados del papismo, la falacia que más ha contribuído a envilecer y embrutecer al espíritu humano.

Apenas pude levantarme del lecho donde la fiebre me tuvo postrado. Antonio me descubrió sus temores. Díjome que había visto a varios soldados, con el uniforme de Don Carlos, acechar a la puerta de la *posada* e inquirir noticias respecto de mí. Ocurría, en efecto, en León un hecho singular: más de cincuenta individuos, que por diversos motivos habían dejado las filas del Pretendiente, paseaban por las calles vistiendo su librea, plenamente seguros de que nadie los molestaría gracias a la protección cierta de las autoridades locales. Supe también por Antonio que el posadero era un notorio *alcahuete* o espía de los ladrones de toda la comarca, y que a menos de emprender el viaje muy pronto y sin avisar, nos robarían seguramente en el camino. No hice gran caso de tales indicaciones; pero tenía vivos deseos de marcharme de León, porque, a mi parecer, en tanto permaneciese allí no podría recobrar la salud ni la fuerza.

De consiguiente, a las tres de la mañana salimos para Galicia; apenas habíamos andado media legua, estalló una tormenta violentísima. Nos hallábamos en un bosque que se dilataba bastante en la misma dirección que nosotros seguíamos.

El viento doblaba los árboles casi hasta el suelo o los arrancaba de cuajo; la luz de los relámpagos que fulguraban en torno nuestro, barría la tierra y casi nos cegaba. El fogoso caballo andaluz que yo montaba se espantó y comenzó a botar como un endemoniado. Como estaba tan débil, me costó grandísimo trabajo agarrarme a la silla y evitar una caída que podía ser fatal. La tronada acabó en una manga de agua tremenda que engrosó los arroyos e inundó los campos, haciendo muchos daños en los sembrados. Después de una caminata de cinco leguas comenzamos a entrar en la región montañosa de Astorga. El calor se hizo casi sofocante.

Aparecieron enjambres de moscas que, posándose en los caballos, los enloquecían a picaduras. El camino era duro y fatigoso. Con gran trabajo llegamos a Astorga, cubiertos de barro y de polvo, tan sedientos que la lengua se nos pegaba al paladar.

* * *

Notas

1. Plural de *chabó* o *chabé*: mozo, joven, compañero.

2. Soldados.

3. *Parugar*: trocar, traficar. *Graste*: caballo.

4. Feria.

5. Caballero.

6. Plural de *Caloró*: gitano.

7. *Bul*; *Bullati*: el ano.

8. Un hombre no gitano; un gentil.

9. Granada.

10. ¡Quita de ahí! ¡Déjame!

11. Estos «cuadros de Murillo» son imaginarios, observa el editor U. R. Burke.

12. Posiblemente Cisneros o Calzada. (Nota del editor Burke.)

Capítulo XXIII

Astorga.— La posada.— Los maragatos.— Costumbres de los maragatos.— La estatua.

Fuimos a una posada de los arrabales, la única, por cierto, que había en la ciudad. El patio estaba lleno de *arrieros* y carreteros que movían gran alboroto; el posadero reñía con dos de sus parroquianos, y reinaba universal confusión. Al apearme recibí en la cara el contenido de un vaso de vino; pero como el saludo iba probablemente destinado a otro, me hice el desentendido. Alcanzóle a Antonio un estacazo, y, menos paciente que yo, devolvió en el acto el saludo cruzándole la cara con el látigo a un carretero. Mientras me esforzaba por separar a los dos antagonistas, mi caballo se escapó, y rompiendo por entre la revuelta multitud, derribó a varios individuos y causó no pocos destrozos. Costó mucho tiempo restablecer la paz; por fin nos condujeron a una habitación de regular decencia. Apenas nos habíamos instalado, llegó de Madrid la galera para La Coruña llena de viajeros polvorientos: mujeres, niños, oficiales inválidos y otra gente así. En seguida nos expulsaron de nuestro cuarto y arrojaron los equipajes al patio. Como nos quejáramos de tal trato, nos dijeron que éramos dos vagabundos a quien nadie conocía, que habíamos llegado sin

arriero y puesto en confusión la casa entera. Por gran favor nos permitieron, al cabo, refugiarnos en un ruinoso cuartucho pegado a la cuadra, lleno de ratas y de miseria. Había allí una cama con dosel muy antigua, y hubimos de darnos por contentos con tan miserable acomodo porque, abrasado de fiebre, yo no podía seguir adelante. El calor era insoportable. Me senté en la escalera, con la cabeza entre las manos, anhelando por falta de aire; Antonio acudió a darme de beber agua con vinagre, y me sentí aliviado.

Tres días estuvimos en aquel arrabal, y la mayor parte del tiempo permanecí tendido en la cama. Una o dos veces se me ocurrió ir a la ciudad; pero no encontré librero ni persona alguna dispuesta a encargarse de vender mis Testamentos. La gente era brutal, estúpida y grosera; me volví a la cama cansado y desanimado. Allí me estuve oyendo, de tiempo en tiempo, los armoniosos sones de la campana del reloj de la vieja catedral. El posadero ni fué a verme ni preguntó por mí. Con los cuidados de Antonio recobré las fuerzas rápidamente. «*Mon maître*—me dijo una tarde—. Veo que está usted mejor; vámonos mañana de esta ciudad y de esta *posada*, que son a cual peores. *Allons, mon maître! Il est temps de nous mettre en chemin pour Lugo et Galice.*»

Antes de contar lo que nos ocurrió en el viaje a Lugo y Galicia, acaso no esté de más decir unas palabras respecto de Astorga y sus contornos. Astorga es una ciudad amurallada, de cinco a seis mil habitantes, con catedral y seminario, vacío actualmente. Está situada en los confines y puede ser llamada capital de una comarca denominada país de los *maragatos*, como de tres leguas cuadradas de extensión, que limita al Noroeste la montaña llamada Teleno, la más elevada de una cadena nacida

cerca de la desembocadura del Miño y que enlaza con el inmenso macizo divisorio de las Asturias y Guipúzcoa. La región, rocosa en su mayor parte, con ligeras salpicaduras de tierra de un color rojo ladrillo, es ingrata y árida, y paga mezquinamente los afanes del labrador. Los maragatos son quizás la casta más singular de cuantas pueden encontrarse en la mezclada población de España. Tienen costumbres y vestidos peculiares, y nunca se casan con españoles. Su nombre indica su origen, pues significa «moros godos»; y hoy en día su pergenio, consistente en un chaquetón muy ajustado, ceñido al talle por una faja ancha, calzones anchos hasta la rodilla, botas y polainas, difiere muy poco del de los moros de Berbería. Llevan afeitado el cráneo, y sólo se dejan un ligero cerquillo de pelo en la parte inferior. Si llevaran turbante o *barrete* apenas se los distinguiría de los moros por el vestido; pero usan en lugar de aquél el *sombrero* ancho. Es casi indudable que los maragatos son reliquias de aquellos godos que tomaron partido por los moros invasores de España, y adoptaron su religión, costumbres y traje, que, con excepción de la primera, conservan aún en buena parte. Pero es también evidente que su sangre no se ha mezclado con la de los salvajes hijos del desierto, porque con dificultad se encontrarían en las montañas de Noruega tipos y rostros más esencialmente godos que los maragatos. Son hombres de fuerza atlética; pero toscos, pesados, de facciones generalmente correctas, pero vacíos de expresión. Hablan con lentitud y lisura; rara vez, o nunca, se observan en ellos los arranques de elocuencia y de imaginación tan comunes en los demás españoles; tienen además una pronunciación áspera y fuerte, y al oírlos hablar creeríase escuchar a un campesino alemán o inglés que intentara expresarse en el idioma de la Península. Son de temperamento flemático, y con dificultad se encolerizan;

pero son peligrosos y extremados cuando una vez se incomodan; persona que los conocía bien me dijo que prefería afrontar a diez valencianos, pueblo mal notado por su ferocidad e instintos sanguinarios, que a un solo maragato irritado, por flojo y embotado que sea en las demás ocasiones.

Los hombres apenas se ocupan en las labores del campo, abandonándoselas a las mujeres, que aran las pedregosas tierras y recogen sus menguadas cosechas. Muy diferente es la ocupación de sus maridos e hijos: constituyen un pueblo de *arrieros*, y considerarían casi como una desgracia emplearse en otros quehaceres. Por todos los caminos de España, y particularmente al Norte de la cordillera divisoria de ambas Castillas, pasan los maragatos, en cuadrillas de cinco o seis, dormitando, o simplemente echados en el lomo de sus gigantescas y cargadísimas mulas, bajo los rayos del sol achicharrante. En suma: casi todo el comercio de una mitad de España está en manos de los maragatos, cuya fidelidad es tal, que cuantos han utilizado sus servicios no vacilarían en confiarles el transporte de un tesoro desde el Cantábrico a Madrid, en la seguridad completa de que no sería culpa suya si no llegaba salvo e intacto a su destino; arrojados han de ser los ladrones que intenten arrebatar sus mercancías a los arrieros maragatos, dondequiera temidos; aferrados a ellas mientras pueden tenerse en pie, las defienden a tiros o con su propio cuerpo si caen en la pelea.

Pero aunque son los *arrieros* más fieles de España, distan mucho de ser desinteresados; en general, cobran por el transporte de mercancías el doble, cuando menos, de lo que a otros del mismo oficio les parecería suficiente recompensa. De esa manera acumulan grandes sumas de dinero, a pesar de que se tratan mucho mejor de lo que en general es uso entre los frugales españoles, otro argumento en favor de su pura descendencia gótica, porque

los maragatos, como verdaderos hombres del Norte, son aficionados a la bebida y se regodean en las comidas copiosas y empalagosas; así tienen esos corpachones tan rozagantes. Muchos han dejado al morir fortunas considerables, y no es raro que leguen una parte de su caudal para erigir o embellecer casas religiosas.

En el extremo oriental de la catedral de Astorga, dominando el altivo muro, hay sobre el tejado una estatua de plomo colosal: es la estatua de un arriero maragato que legó a la catedral una cantidad importante[1]. La figura aparece vestida con el traje nacional; pero desvía el rostro de la tierra de sus padres, y como ondea en la mano una especie de bandera, parece que está animando a todos los de su raza para que abandonen aquella región estéril y busquen en otros climas un campo más rico y vasto para su actividad y su energía.

Hablé de religión con varios maragatos, que es asunto primordial; pero «su corazón estaba endurecido; sus oídos, sordos, y sus ojos, cerrados». Con uno, sobre todo, hablé mucho rato, después de mostrarle el Nuevo Testamento. Me escuchó, o pareció escucharme, con paciencia, bebiendo de vez en cuando copiosos tragos de un inmenso jarro de vino blanco que sostenía entre las rodillas. Cuando acabé de hablar me dijo: «Mañana me voy a Lugo, para donde va usted también, según tengo entendido. Si quiere usted enviar allá sus baúles, no tengo inconveniente en encargarme de ello, a tanto (y me dió un precio exorbitante). De todo lo demás que me ha dicho usted, entiendo muy poco y no creo ni una palabra; respecto de los libros que me ha enseñado usted, compraré tres o cuatro. No pienso leerlos, la verdad; pero, sin duda, los venderé a precio más alto del que usted pide por ellos.»

Y basta ya de maragatos.

* * *

Notas

1. El nombre del arriero era Pedro Mato. La estatua es de madera. (Nota del editor Burke.)

Capítulo XXIV

Salida de Astorga.— La venta.— El atajo.— Salvación difícil.— El vaso de agua.— Sol y sombra.— Bembibre.— El convento de las Rocas.— Puesta de sol.— Cacabelos.— Aventura a media noche.— Villafranca.

A las cuatro de una hermosa mañana salimos de Astorga, o más bien de sus arrabales, donde habíamos vivido; nos encaminamos hacia el Norte en dirección de Galicia; dejamos a nuestra izquierda la montaña de Teleno, y fuimos bordeando por el Este el país de los maragatos, por terreno fragoso, alegrado por algunos vallecitos verdes y arroyuelos. Varias maragatas, montadas en jumentos, se cruzaron con nosotros; iban a Astorga a vender verduras. Vi a otras en los campos gobernando el tosco arado, tirado por bueyes flacos. Pasamos también por un pueblecito donde no vi alma viviente. Cerca de aquel pueblo entramos en la carretera directa de Madrid a La Coruña, y después de andar unas cuatro leguas llegamos a una especie de desfiladero, formado, a nuestra izquierda, por una enorme y maciza montaña (una de las que arrancan del macizo de Teleno), y a nuestra derecha por otra de mucha menos altura. En el comedio de esa hoz, bastante ancha, se descubría una vista muy hermosa. Delante, como a legua y media de distancia, alzábase la poderosa cordillera divisoria ya

mentada; en sus vertientes azules, y en sus quebradas y pintorescas cumbres, se enredaban todavía algunos tenues jirones de la niebla matutina, que los fuertes rayos del sol deshacían con rapidez. Parecía una enorme barrera que fuese a interceptarnos el camino, y me recordó las fábulas relativas a los hijos de Magog, de quienes se dice que residen en lo más remoto de Tartaria detrás de una gigantesca muralla de granito, que sólo puede pasarse por una puerta de acero de mil codos de altura.

Poco después llegamos a Manzanal, aldea compuesta de tristes casuchas, con todas las muestras de la pobreza y de la miseria. Era la hora indicada para comer nosotros y dar pienso a los caballos, y nos dirigimos a una *venta* al final del pueblo; si bien encontramos cebada para los animales, trabajo nos costó hallar algo para nosotros. Por fortuna, pude adquirir un jarro grande de leche, porque las vacas abundaban; muchas de ellas pastaban en un pintoresco valle que acabábamos de atravesar, bien poblado de hierba y de árboles, con un arroyuelo cortado por pequeñas cascadas. Tendría el jarro hasta una azumbre de leche, y en pocos minutos lo apuré, pues aunque tenía perdido el apetito, la fiebre me abrasaba de sed. La venta consistía en un inmenso establo, con una partición para cocina y un sitio donde dormía la familia del ventero. El amo, joven y recio, estaba recostado en un ancho banco de piedra junto a la puerta. Era muy preguntón; pero como yo no podía saciar su afán de noticias, comenzó a hablar él, y, cada vez más comunicativo, acabó por referirme la historia de su vida; en resumen, me contó que había sido correo en las provincias Vascongadas, y que un año antes fué trasladado a aquella aldea, donde tenía a su cargo la estafeta. Era liberal entusiasta, y hablaba pestes de la gente del país, toda carlista, según decía, y amiga de los frailes. No puse gran atención en sus

palabras, porque me entretuve en observar a un muchacho maragato, de unos catorce años, que servía en la casa de mozo de cuadra. Pregunté al amo si aún estábamos en tierra de maragatos, y me respondió que ya la habíamos dejado más de una legua atrás; el muchacho aquel era huérfano, y se había puesto a servir para ahorrar unos cuartos y dedicarse a *arriero*. Hice unas preguntas al muchacho; pero me miró a la cara, malhumorado, y guardó tenaz silencio o respondió sólo con monosílabos. Al preguntarle si sabía leer: «Sí—dijo—; como ese caballo de usted que está ahí queriendo arrancar el pesebre.»

Dejado Manzanal, continuamos el viaje. No tardamos en llegar al borde de un profundo valle abierto entre montañas, no las que habíamos visto frente a nosotros, y que ahora dejábamos a la derecha, sino las del macizo de Teleno antes de unirse a aquéllas. El valle se asemejaba un poco a una herradura; el camino seguía las laderas dando un gran rodeo; pero cabalmente delante de nosotros arrancaba un sendero que en suave descenso, al parecer, cruzaba el valle para unirse de nuevo al camino al otro lado, a un cuarto de milla de distancia; nos metimos por el atajo para evitar el rodeo.

Poco trecho llevaríamos andado, cuando encontramos a dos gallegos que iban a segar a Castilla. Uno de ellos exclamó; «Caballero, vuélvase atrás; dentro de nada llegará usted a unos precipicios donde se romperán la cabeza los caballos; apenas hemos podido subirlos nosotros a pie.» El otro gritó: «Caballero, siga adelante; pero lleve mucho cuidado; si los caballos no tropiezan no correrá usted gran peligro; mi compañero es tonto.» Los dos montañeses se pusieron a disputar, sosteniendo cada cual su opinión con juramentos y maldiciones pero, sin esperar el resultado, proseguí

adelante. Gruesas piedras, pedazos de pizarra, en los que mi caballo tropezaba sin cesar, empezaron a obstruir el camino. Oí también ruido de agua en una garganta profunda que no había visto hasta entonces, y me pareció más que insensato continuar por el atajo. Volví el caballo, y me dirigía con rapidez al camino, cuando Antonio, mi fiel criado griego, me indicó una pradera por la cual, a su parecer, podríamos cortar mucho y salir a la carretera en un punto bastante más bajo que si desandábamos todo el atajo. Radiante hierba verde, muy corta, cubría la pradera, cruzada por un arroyuelo. Metí espuelas al caballo creyendo salir a la carretera en un momento; pero el animal empezó a resoplar con violencia, a espantarse y a dar otras evidentes señales de no querer cruzar por aquel sitio, en apariencia tentador. Creí que el olor de algún lobo, o de otra alimaña cualquiera, era la causa de su espanto; pero salí pronto de mi error viéndole hundirse hasta los corvejones en una ciénaga; lanzó un agudo relincho, y mostrando grandísimo terror, manoteó y se esforzó por zafarse; pero a cada momento se hundía más. Al cabo pudo alcanzar una veta de roca que emergía del fango; en ella puso los cuatro remos, y con un esfuerzo tremendo saltó el arroyo y se libró del suelo traicionero cayendo en otro de relativa firmeza, donde permaneció jadeante, cubiertos los ijares de espuma y sudor. Antonio, que había contemplado la escena, no se atrevió a seguirme, y desandando todo el atajo se reunió poco después conmigo en la carretera. El suceso trajo a mi memoria la pradera y el sendero que tentaron a Cristián cuando seguía el angosto camino del cielo, y que acabaron por llevarle a los dominios del gigante Desesperado.

Comenzamos luego a descender al valle por una ancha y excelente *carretera* abierta en la escarpada falda de la montaña que teníamos a la

derecha. A la izquierda quedaba la garganta por donde caía el torrente de que antes hablé. Era la carretera tortuosa, y el paisaje más pintoresco a cada revuelta. Ensanchábase poco a poco la garganta; el arroyo que por ella corría, con el alimento de numerosos manantiales, engrosaba su vena y su fragor; pronto quedó muy debajo de nosotros, prosiguiendo su arrebatado curso hacia el terreno llano, por donde fluía a través de una linda y angosta pradera. Selvático era el aspecto de las montañas del fondo, cubiertas, desde los pies a la cima, de árboles tan espesos que no se percibía ni un palmo del suelo, en cuyos senos se albergan lobos, jabalíes y *corzos*. Estos, según me contó un campesino que pasó guiando un carro de bueyes, bajan con frecuencia a la pradera, donde los cazan a tiros para aprovechar la piel, porque la carne, muy dura y desagradable, nadie la quiere. No obstante lo agreste de la región, la mano del hombre era visible por doquiera. En las escarpadas vertientes de la garganta, por donde el arroyo caía, amarilleaban pequeños sembrados de cebada; abajo, en la pradera, veíase una aldea y una iglesia; hasta nosotros subían los alegres cantares de los segadores que guadañaban la lozana y abundosa hierba. Apenas podía creer que estábamos en España, tan parda, árida y triste en general, y casi me imaginé hallarme en la antigua y gloriosa tierra de Grecia, cuyos montes y selvas han sido tan bien descriptos por Teócrito.

Entramos en un pueblecito situado en el fondo del valle y regado por las aguas del torrente, ya casi convertido en río. No he visto situación tan romántica como la de aquel pueblo. Rodeado de montañas, que casi le dominaban a pico, cobijado por muy densas y variadas arboledas, alegrábanlo el rumor de las aguas, el canto de los ruiseñores y las sonoras notas del cuco, encaramado en las altas ramas; pero la aldea era miserable.

Las casas eran de pizarra, abundantísima en las montañas vecinas, y las techumbres del mismo material; pero no a la manera limpia y ordenada que se usa en las casas inglesas, porque las pizarras eran de todos tamaños y parecían colocadas en revuelta confusión. Muertos de sed y de calor nos sentamos en un banco de piedra, y rogué a una mujer que me diese un poco de agua. Respondió que me la traería, a condición de pagarla. Antonio, al oírla, se incomodó mucho, y mezclando el griego, el turco y el español, invocó la venganza de la *Panhagia* sobre aquella mujer sin corazón. «Si ofreciese dinero a un mahometano por un trago de agua—decía Antonio—me lo arrojaría a la cara, y usted es católica y por la puerta de su casa pasa un río.» Le mandé callar, y repetí mi ruego, después de dar a la mujer dos *cuartos*; tomó entonces un cántaro y lo llenó en el arroyo. El agua era cenagosa y desagradable; pero calmó la sed febril que me devoraba.

Montamos de nuevo y proseguimos la marcha. Durante un trecho considerable el camino seguía la margen del río; las aguas se precipitaban a veces en pequeñas cascadas, o alborotaban entre las piedras, o fluían en sombrío silencio sobre las pozas profundas, bajo el dosel de los sauces. Las pozas debían de ser abundantes en pesca; con mucha frecuencia saltaban del agua gruesas truchas y cazaban las brillantes moscas que pasaban rozando la engañosa superficie. Eran deliciosos el momento y el lugar. Rodaba el sol por lo alto del firmamento, despidiendo de su orbe de fuego rayos gloriosísimos, y la atmósfera vibraba con su resplandor; pero la sombra de los árboles templaba su fuerza, o la hacían inofensiva la vivificante frescura que subía del agua o las suaves brisas que a intervalos murmuraban en las praderas, «aireando la mejilla y levantando el cabello»

del viajero. Las montañas fueron poco a poco aclarándose. Entramos en una planicie. Sobre las altas hierbas ondulantes extendían los robustísimos castaños, en plena floración, sus gigantescas y sombrosas ramas. Echadas en el suelo descansaban unas cuantas parejas de bueyes, soportando en sus cabezas el grave peso de la pértiga de las carretas, mientras los boyeros se ocupaban en aderezar la comida o dormían a la sombra y sobre la hierba una *siesta* deliciosa. Me acerqué al grupo más numeroso y pregunté a un individuo si necesitaban el Testamento de Jesucristo. Miráronse con asombro unos a otros y me miraron a mí, hasta que un joven, que conservaba entre las manos una escopeta mientras descansaba, me preguntó qué era eso y si yo era catalán, «porque tiene usted un hablar muy áspero, y es alto y rubio como aquella gente». Me senté con ellos, y les dije que no era catalán, sino que venía por el mar de Occidente, de un sitio distante muchas leguas de allí, a vender aquel libro a mitad de su precio de coste, y que la salvación de su alma dependía de conocerlo bien. Expliqué la naturaleza del Nuevo Testamento y leí la parábola del sembrador. Mis oyentes miráronse de nuevo con asombro; pero me dijeron que no podían, siendo pobres, comprar libros. Me levanté, monté a caballo, y al marcharme les dije: «La paz sea con vosotros.» Oído esto por el joven de la escopeta, se puso en pie, y exclamando: «*Cáspita*, ¡qué cosa tan rara!», me arrebató el libro de la mano y me pagó el precio que le había pedido.

Acaso no se encuentre, aun buscándolo por todo el mundo, un lugar cuyas ventajas naturales rivalicen con las de esta llanura o valle de Bembibre, con su barrera de ingentes montañas, con sus copudos castaños, y con los robledales y saucedas que visten las márgenes del río, tributario del Miño. Es verdad que, cuando yo pasé por allí, el luminar del cielo ardía

en todo su esplendor, y las cosas, alumbradas por sus rayos, aparecían brillantes, prósperas y jocundas. No aseguro que aquellos lugares me hubieran producido igual admiración contemplados a otra luz; pero es indiscutible que siendo tantas sus cualidades no pueden por menos de producir en cualquier tiempo hondo deleite; a la belleza apacible de un paisaje inglés júntase allí un no sé qué de grande y de agreste, y tengo para mí que el hombre nacido en aquellos valles, a no ser muy insaciable y turbulento, no querrá abandonarlos jamás. En aquellas horas no hubiera ambicionado yo mejor destino que el de ser pastor o cazador en las praderas o en las montañas de Bembibre.

Tres horas más tarde, la situación había variado. En Bembibre, pueblo de barro y pizarra, poco digno de atención, hicimos alto, para comer nosotros y dar pienso a los caballos. Continuamos luego cuesta arriba, porque el camino iba por una de las últimas estribaciones de aquellas montañas divisorias, ya frecuentemente mencionadas; pero el cielo se había obscurecido; las nubes rodaban veloces sobre las montañas, viniendo del mar, y un viento frío se quejaba tristemente. Dimos alcance a un aldeano, montado en una mula miserable, y nos dijo: «Tenemos la nube encima; los asturianos la van a ver muy bien, porque corre hacia su tierra.» Apenas lo había dicho, un relámpago, tan vivo y deslumbrador como si todo el brillo del elemento ígneo se hubiese concentrado en él, fulguró en torno, inflamando la atmósfera y envolviendo montañas, rocas y árboles en un resplandor indescriptible. La mula del aldeano se cayó al suelo; mi caballo se encabritó, y dando media vuelta echó a correr como loco cuesta abajo, y durante un rato no pude refrenarlo. Al relámpago siguió el estampido de un trueno, no menos terrible, pero lejano, sordo y profundo; las montañas

recogieron su sonido y lo repitieron llevándolo de cumbre en cumbre, hasta que se perdió en el espacio sin límites. Otros relámpagos y truenos estallaron, pero más débiles en comparación; cayeron algunas gotas de lluvia. Lo recio de la nube parecía estar en otra región. «Donde haya caído esa exhalación—dijo el aldeano al juntarse de nuevo a nosotros—más de cien familias estarán llorando a estas horas; aun a seis leguas de distancia mi mula se ha cegado con el resplandor.» Llevaba por la brida al animal, que, en efecto, parecía dañado en la vista. «Si los frailes estuviesen aún en su nido, allá en lo alto—continuó—, diría que esto es obra suya, porque ellos son los causantes de todas las desgracias de esta tierra.»

Alcé los ojos en la dirección indicada por el aldeano, y a media ladera de la montaña por cuya base íbamos vi un inmenso peñasco, pavoroso y negruzco, que sobresalía a gran altura sobre el camino, como si amenazase destruírlo. Parecíase aquello a uno de los arrecifes de rocas representados en el cuadro del Diluvio, a los que trepan los aterrorizados fugitivos para escapar a la tenaz persecución de las embravecidas e incontrastables olas, y desde los que miran con horror a sus pies, mientras sobre ellos se levantan nuevas y vertiginosas alturas a las que en vano pugnan por encaramarse. En el mismo borde de aquel peñasco se alzaba un edificio consagrado, al parecer, a fines religiosos, porque sobre sus muros y techumbre se erguía el campanario de una iglesia. «Esa es la casa de la Virgen de las Rocas—dijo el aldeano—, y hasta hace poco estaba llena de frailes; pero los han echado, y ahora no viven ahí más que lechuzas y cuervos.» Repliqué que no debía de ser envidiable la vida en una mansión tan triste y desamparada, porque en invierno se correría grave peligro de morir allí de frío. «De ningún modo—me respondió—. Tenían toda la leña que querían para sus *braseros*

y chimeneas, y mucho y buen vino para calentarse en las comidas, nada frugales. Además, tenían otro convento ahí en el valle, al que se retiraban cuando les parecía bien.» Al preguntarle el motivo de su aversión a los frailes, me contestó que había sido vasallo suyo, y que año tras año le privaban de la flor de cuanto poseía. Hablando de ese modo llegamos a una aldea, debajo precisamente del convento, y allí me dejó el aldeano, después de señalarme una casa de piedra, con una imagen sobre la puerta, que perteneció en otro tiempo, según dijo, a la *canalla* de allá arriba.

El sol se acercaba al ocaso; deseoso de llegar a Villafranca, donde pensaba descansar, y de la que aún me separaban tres leguas y media, no me detuve en la aldea. El camino empezó a descender en rápida y tortuosa cuesta, que terminaba en un valle, en cuyo fondo había un puente angosto y largo; por debajo pasaba un río, que por una ancha garganta se abría paso entre dos montañas. La cordillera estaba allí tajada, probablemente por una convulsión de la naturaleza. Contemplé la hoz y las montañas de ambos lados. A gran altura, por mi derecha, pero destacándose con mucha claridad, iluminado por los últimos rayos del sol, aparecía el convento del Despeñadero, y frente por frente, al otro extremo del valle, alzábase a pico la montaña rival, que, por interceptar en parte considerable la luz, echaba masas de sombras sobre la parte alta del paso, envolviéndolo en misteriosa obscuridad. Del seno de ella se arrojaba con ruido atronador un río, blanco de espuma, arrastrando en pos de sí piedras y ramas: era el bravío Sil, engrosado tal vez por las recientes lluvias, que desde su cuna en las montañas de Asturias se precipitaba hacia el Océano.

Pasaron algunas horas más. Era ya noche cerrada y nos hallábamos rodeados de bosques, buscando a tientas el camino, porque la obscuridad

era tal que apenas veía a una vara más allá de la cabeza del caballo. El animal parecía intranquilo, se paraba muchas veces, apuntaba las orejas y daba relinchos lastimeros. Frecuentes relámpagos iluminaban con sus llamaradas el cielo negro y echaban una momentánea claridad sobre nuestro camino. Ningún ruido interrumpía el silencio de la noche, salvo el tardo paso de los caballos, y a veces el croar de las ranas en algún charco. Me acordé de que estaba en España, tierra predilecta de estas dos furias: asesinato y robo, y de la facilidad con que dos viajeros fatigados e inermes podían ser víctimas suyas.

Al fin salimos de los bosques, y después de andar otro poco el caballo relinchó alegremente y salió al trote corto. Pronto llegaron a mis oídos ladridos de perros, y creímos estar cerca de poblado. En efecto, estábamos en Cacabelos, ciudad a unas cinco millas de Villafranca.

Eran cerca de las once, y me pareció mejor esperar al siguiente día en aquel lugar que seguir sin dilación a Villafranca, exponiéndonos a los horrores de la obscuridad en un camino solitario y desconocido. Tomé el partido de quedarme, pero no había contado con la huéspeda: en la primera *posada* a que llamé respondieron que no podían admitirnos, y menos aún a los caballos, porque la cuadra estaba llena de agua. En la segunda—y en el pueblo no había más que dos—una tosca voz me respondió desde la ventana casi con las palabras de la Escritura: «No importunes; la puerta está ya cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados; no puedo levantarme para abrirte.» En realidad, no tenía yo muchas ganas de entrar, porque la posada tenía pobrísimo aspecto; pero daba lástima ver a los pobres caballos manotear contra la puerta, como si implorasen la entrada.

Ya no teníamos dónde escoger: sólo nos quedaba continuar nuestro triste viaje a Villafranca, hasta donde había, según nos dijeron, una legua corta, que resultó ser legua y media. No fué cosa fácil salir del pueblo, porque nos perdíamos en el laberinto de sus callejuelas. Un muchacho de unos diez y ocho años consintió, mediante la oferta de una *peseta*, en guiarnos, y después de muchas vueltas nos puso en un puente, diciéndonos que le cruzáramos y siguiéramos el camino, que era el de Villafranca; recibió luego lo ofrecido y se marchó muy de prisa.

Seguimos sus indicaciones, no sin alguna sospecha de que pudiera habernos engañado. La noche era aún más obscura, de suerte que no se podía distinguir cosa alguna, por muy próxima que estuviese. Los relámpagos eran más débiles y raros. Oíamos el rumor de los árboles y a veces ladridos de perros; pero este ruido cesó pronto y quedamos envueltos en silenciosas tinieblas. Mi caballo, o por cansancio o por el mal estado del camino, tropezaba mucho; en vista de lo cual me apeé, y llevándolo por las riendas no tardé en dejar a Antonio muy atrás.

Un gran trecho anduve de ese modo, cuando sobrevino un incidente muy apropiado a la hora y al lugar. Iba yo por entre árboles y matorrales; de pronto el caballo se detiene, y a poco me tira de espaldas. No sé cómo fué; pero el miedo, nunca sentido hasta entonces en la soledad ni en las tinieblas, me invadió súbitamente. Me disponía a hacer andar al caballo cuando sentí ruido a mi derecha, y escuché con atención. El ruido parecía el de una o varias personas, abriéndose camino a través de ramas y maleza. Cesó pronto y oí pasos en el camino. Era el andar lento y vacilante de gentes que transportan un objeto pesadísimo, casi superior a sus fuerzas, y me pareció oír la respiración anhelosa de hombres muy fatigados. Hubo

una breve pausa, durante la que me pareció que descansaban en medio del camino. Luego se reanudaron los pasos, hasta llegar al otro lado, y de nuevo oí los crujidos de las ramas; continuó un poco de tiempo y gradualmente se desvaneció.

Seguí mi camino, pensando en lo que acababa de suceder y haciendo conjeturas sobre la causa. Los relámpagos fulguraban de nuevo, y a su luz pude ver que me acercaba a unas elevadas y obscuras montañas. La caminata nocturna duraba tanto que perdí la esperanza de llegar a la ciudad, y entorné los ojos adormilado, aunque continuaba marchando mecánicamente, sin soltar la rienda del caballo. De pronto una voz me gritó a corta distancia: «*¿Quién vive?*»; al fin había dado con el camino de Villafranca. La voz procedía de un centinela del arrabal, uno de esos singulares migueletes, medio soldados, medio *guerillas* que en general emplea el Gobierno de España en limpiar de ladrones los caminos. Di la respuesta usual: «*España*», y me acerqué al lugar donde estaba de plantón. Cambiamos unas palabras y me senté en una piedra a esperar a Antonio, que tardó bastante en llegar. Le pregunté si se había cruzado con alguien en el camino; pero no había visto nada. La noche, o más bien la mañana, era aún muy obscura, a pesar de un débil cuarto de luna que a ratos se dejaba ver entre las nubes. Bajamos una calle a nuestra izquierda, que el miguelete nos indicó, para llegar a la puerta de la ciudad. La calle era empinada, no veíamos puerta ninguna, y no tardamos en ver detenidos nuestros pasos por una fila de casas y un muro. Llamamos a la puerta de dos o tres de aquellas casas (en cuyos pisos superiores había luces encendidas), con el fin de orientarnos, pero no nos oyeron o no nos hicieron caso. Hórrido maullar de gatos saludaba nuestros oídos desde los

tejados y desde los rincones obscuros, y me acordé de la llegada nocturna de Don Quijote y su escudero al Toboso y sus inútiles pesquisas por las desiertas calles en busca del palacio de Dulcinea. Al fin vimos luz y oímos voces en una casita aislada, al otro lado de una especie de foso; tirando de los caballos llegamos a la puerta y llamamos; nos abrió un viejo, que por su traje me pareció un hornero, y no me equivoqué; en razón de su oficio estaba levantado a tales horas. Le rogamos que nos indicase el camino para entrar en la ciudad, y echó delante de nosotros por una angosta callejuela que arrancaba junto a su casa, diciendo que él mismo iba a llevarnos a la *posada*.

La calleja conducía directamente a una plaza, al parecer la del mercado, y ya en ella detúvose nuestro guía ante una casa de esquina, y llamó. Después de un buen rato se abrió una ventana del piso alto, y una voz de mujer nos preguntó quiénes éramos. «Dos viajeros que acaban de llegar y buscan posada»—respondió el viejo. «No quiero que me molesten a estas horas de la noche—respondió la mujer—; querrán cenar y no hay nada en casa; que vayan a cualquier otra parte». Cuando ya iba la mujer a cerrar la ventana, grité que no necesitábamos cena, sino descanso para nosotros y los caballos, porque veníamos desde Astorga y estábamos muertos de cansancio. «¿Quién es el que habla?—exclamó la mujer—. Esa voz seguramente es la de Gil, el relojero alemán de Pontevedra. Bien venido, compañero; llega usted a tiempo, porque tengo el reloj desarreglado. Siento haberle hecho a usted esperar; en seguida abro».

Cerróse de golpe la ventana, y a poco brilló una luz entre las rendijas de la puerta; giró una llave en la cerradura, y entramos.

* * *

Capítulo XXV

Villafranca.— El puerto.— Simplicidad gallega.— La guardia de la frontera.— La herradura.— Peculiaridades gallegas.— Una palabra sobre el idioma.— El correo.— El hostelero y los huéspedes.— Los andaluces.

¡Ave María!—dijo la mujer—. ¿Quién está aquí? Este no es Gil, el relojero.—Que sea Gil o sea Juan—respondí—necesitamos posada, y la pagaremos.—Nuestro primer cuidado fué estabular los caballos, que estaban agotados; después tratamos de instalarnos lo mejor posible. La casa era grande y cómoda. Luego de beber un poco de agua me tendí en el suelo de una habitación sobre los colchones que trajo la posadera, y en menos de un minuto me quedé profundamente dormido.

Me desperté muy entrada la mañana. Salí a la plaza del mercado, llena de gente. Alzando los ojos vi asomar sobre los tejados de las casas los picos de unas montañas muy altas y sombrías. La ciudad está en una profunda hondonada y rodeada de montañas casi por todos lados.—*¡Quel pays barbare!*—dijo Antonio—, al reunirse conmigo. Cuanto más lejos vamos, más salvaje parece todo. Empieza a darme miedo el viaje a Galicia. Me dicen que tenemos que trepar por esas montañas; se despearán los caballos.—Dejé la plaza del mercado y subí a la muralla de la ciudad con

ánimo de descubrir la puerta por donde habíamos entrado la noche precedente; pero no tuve mejor éxito con luz del sol que en la obscuridad. En la dirección de Astorga la ciudad parecía estar herméticamente cerrada.

Deseoso de entrar en Galicia, y pareciéndome que los caballos se habían hasta cierto punto repuesto del cansancio de la jornada anterior, montamos de nuevo y proseguimos nuestra ruta. Atravesamos un puente, y al instante nos vimos en un profundo desfiladero, por cuyo fondo se precipitaba un impetuoso riachuelo, dominado a pico por la carretera que lleva a Galicia. Estábamos en el renombrado puerto de Fuencebadón.

Es imposible describir el puerto ni la región circunvecina, que contiene algunos de los más extraordinarios paisajes de España; a todo lo que aspiro es a trazar un débil e imperfecto bosquejo. El viajero que sube el puerto sigue durante casi una legua el curso del torrente, cuyas márgenes, escarpadas en algunos sitios, descienden en otros suavemente hasta el agua, y están pobladas de hermosos árboles: robles, álamos y castaños. Al principio se ven numerosas aldehuelas de casas bajas, con techumbre de inmensas pizarras y aleros que casi tocan al suelo. Las aldeas son menos frecuentes a medida que el camino es más estrecho y escarpado, hasta que por último desaparecen poco antes del sitio en que el camino se aparta del riachuelo para no verlo más, si bien se oye todavía a sus tributarios mugir en el fondo de las ramblas, o se los ve caer en delgados chorros por los barrancos abajo. Todo es allí de insólita y agreste belleza. La eminencia por donde trepa el camino se yergue a la derecha, mientras en el extremo opuesto de un profundo barranco se alza una montaña inmensa, a cuya cima apenas alcanza la vista. Pero lo más singular del puerto son los campos o praderas suspendidos en las vertientes. Cubiertos estaban,

cuando yo pasé, de exuberante hierba, y en muchos de ellos los segadores guadañaban, aunque parecía imposible que un hombre pudiera tenerse en pie en terreno tan escarpado; los senderillos que corren en todas direcciones parecen hilos tendidos en la falda de la montaña. Un carro de bueyes va serpenteando en torno de un pico elevadísimo; una de las ruedas queda por completo al aire sobre la espantosa pendiente; el vértigo se apodera del cerebro y hay que apartar la vista con rapidez. Una nube se interpone; cuando volvemos a mirar, los objetos de nuestra ansiedad han desaparecido. El camino es cada vez más estrecho y tortuoso. Andadas dos leguas aún queda un tercio de la cuesta por subir. Todavía no es aquello Galicia; todavía se oye hablar castellano, muy tosco, a la verdad, en las chozas miserables levantadas en los apartados rincones por donde pasa el camino.

Poco antes de llegar a lo alto del puerto una niebla espesa envolvió las cimas de las montañas. Comenzó a lloviznar. «Estas son las nieblas que los gallegos llaman *bretima*—dijo Antonio—, y abundan mucho en esta tierra.» «¿Ha estado usted ya otras veces en Galicia?»—pregunté. «*Non, mon maître*; pero he servido en muchas casas donde había criados gallegos, y por eso conozco un poco sus costumbres y su lengua.» «¿Y tiene usted buena opinión de los gallegos?» «En manera alguna, *mon maître*; los hombres, en general, parecen muy rústicos y simples, pero son capaces de engañar al *filou* más listo de París; respecto de las mujeres es imposible vivir en la misma casa que ellas, sobre todo si son *camareras* y acompañan a la *señora*; no hacen más que mover disensiones y disputas en la casa, y contar habladurías de los otros criados. Ya he perdido en Madrid dos o tres colocaciones excelentes por culpa de las camareras gallegas. Ya estamos en la

raya, *mon maître*; me parece que este pueblo debe de ser ya de Galicia».

Entramos en el pueblo, situado en lo alto de la montaña, y como jinetes y caballos estábamos cansadísimos, buscamos un sitio donde reparar las fuerzas. Junto a la puerta del pueblo había una casa ante la que se hallaban una o dos mulas y una jaca; pensé que aquélla sería la posada, y en efecto lo era. Entramos: varios soldados estaban tumbados en unos montones del heno que casi llenaba el local, parecido a un establo. Todos eran de malísimo aspecto y muy sucios. Hablaban entre sí en un dialecto de extraña sonoridad, que supuse sería el gallego. En cuanto nos vieron, dos o tres se levantaron de sus camas y corrieron al encuentro de Antonio, a quien saludaron con mucho afecto, llamándole *companheiro*. «¿De qué conoce usted a esta gente?», le pregunté en francés. «*Ces messieurs sont presque tous de ma connoissance*»—contestó—, *et, entre nous, ce sont de véritables vauriens*; casi todos son ladrones y asesinos. Aquel tuerto, que es el cabo, se escapó hace poco de Madrid con más que sospechas de estar complicado en un envenenamiento; aquí, en su tierra, está bastante seguro, y, como usted ve, lo emplean en guardar la frontera. Debemos ser amables con ellos, *mon maître*; hay que darles vino, o se ofenderán. Los conozco, *mon maître*; los conozco. ¡Hola! Posadero, traiga una *azumbre* de vino.»

Mientras Antonio convidaba a sus amigos llevé los caballos a la cuadra; había que atravesar la casa, posada o como se la quiera llamar. La cuadra era un miserable cobertizo, donde los caballos se hundían hasta el menudillo en cieno y barro. Pedí cebada, pero me dijeron que en Galicia no se usaba para pienso y era rarísima; en sustitución me ofrecieron maíz, que los caballos comieron sin reparo; tampoco se podía encontrar paja, sustituida por heno medio verde. A fuerza de patalear en el fango de la

cuadra, mi caballo perdió una herradura, y en vano la busqué.—«¿Hay herrador en el pueblo?», pregunté a un individuo que hacía de mozo de cuadra.

El mozo de cuadra.—*Sí, senhor*; pero supongo que traerá usted consigo herraduras, porque si no, a este caballo tan grande no lo herrarán en el pueblo.

Yo.—¿Qué quiere usted decir? ¿Es que el herrador no sabe su oficio? ¿No puede poner una herradura?

El mozo de cuadra.—*Sí, senhor*, puede poner una herradura si usted se la proporciona; pero en Galicia no hay herraduras para caballos, al menos por estos sitios.

Yo.—¿No es costumbre aquí herrar a los caballos?

El mozo de cuadra.—*Senhor*, en Galicia no hay caballos; no hay más que jacas; los que traen caballos a Galicia—sólo un loco puede hacer tal—tienen que traer también un repuesto de herraduras, porque aquí no las hay de ese tamaño.

Yo.—¿Qué quiere decir eso de que sólo un loco puede traer caballos a Galicia?

El mozo de cuadra.—*Senhor*, no hay caballo que resista los piensos y las montañas de Galicia sin enfermar; y si no se muere de una vez, le costará a usted en veterinarios más de lo que vale. Además, un caballo no sirve aquí de nada, y en terreno tan quebrado no puede prestar ni la décima parte del servicio que una yegüecilla puede hacer. Vea también, *senhor*, que su caballo es entero; de cada veinte jacas que vea usted por los caminos de Galicia, diez y nueve son yeguas; los machos se envían a Castilla para venderlos. *Senhor*, su caballo entrará en celo por esos caminos y atrapará un

muermo, que no tiene cura. *Senhor*, sólo a un loco se le ocurre traer un caballo a Galicia, pero hay que estar dos veces loco para traer un *entero*, como usted ha hecho.

—Extraño país es Galicia—dije yo; y me fuí a consultar con Antonio.

Resultó que los informes del mozo de cuadra eran literalmente exactos en lo referente a la herradura; por lo menos, el herrador del pueblo, a quien llevé mi caballo, confesó que no podía herrarlo por carecer de herraduras adecuadas a sus cascos. Dijo que probablemente tendríamos que llevar el caballo a Lugo, donde por haber guarnición de caballería encontraríamos acaso lo que necesitábamos. Añadió, empero, que la mayor parte de los soldados de caballería iban montados en jacas del país, porque la mortalidad entre los caballos traídos de país llano era espantosa. Lugo estaba a diez leguas; al parecer no había por el momento otro remedio que tener paciencia, y tomado algún descanso seguimos el viaje, llevando los caballos por las riendas.

Estábamos en la cima de una de las más elevadas montañas de Galicia; anduvimos una legua por terreno llano y empezamos a bajar. Cuando íbamos por la planicie, cubierta de tojos y jaras, dimos de súbito con media docena de individuos armados de carabinas y vestidos con uniformes andrajosos. Al principio supusimos que eran bandidos; se trataba tan sólo de una patrulla de soldados destacada del pueblo que acabábamos de dejar, como escolta de un correo provincial. Nos rodearon clamando por cigarros, pero no cometieron grosería mayor. Como no teníamos cigarros, les di una moneda de plata. Dos de los peor encarados tenían mucho empeño en que los permitiésemos escoltarnos hasta Nogales, pueblo en que nos proponíamos pernoctar. «No se lo permita usted de ningún

modo, *mon maître*—dijo Antonio—. Son dos asesinos famosos a quienes conocí en Madrid; en el primer barranco nos matarían para robarnos.» Decliné cortésmente sus ofertas y partimos. «Al parecer, conoce usted a todos los salteadores de Galicia», dije a Antonio cuando bajábamos de la montaña.

—A esos dos individuos—replicó—los conocí cuando estuve de cocinero en casa del general O..., que es gallego; eran íntimos amigos del *repostero*. Todos los gallegos que hay en Madrid, cualquiera que sea su condición, se conocen; allí, al menos, son todos buenos amigos y se ayudan mutuamente en cuantas ocasiones se presentan. Si en una casa hay un criado gallego, seguramente la cocina se llena de paisanos suyos, y no tarda en advertirlo el cocinero a costa suya, porque comúnmente se dan maña para devorar cualquier regalillo que tengan reservado para sí y su familia.

Poco antes de la mitad de la cuesta llegamos a una aldea. Al ver una fragua hicimos alto, con la débil esperanza de encontrar una herradura para mi caballo, que por ir descalzo empezaba a renquear. Con gran alegría descubrimos que el herrero poseía una herradura de caballo, que algún tiempo antes se había encontrado en el camino. Después de machacarla y arreglarla mucho, el Vulcano gallego falló que serviría muy bien a falta de otra mejor; con lo cual montamos de nuevo y continuamos despacio el descenso.

Poco antes de ponerse el sol llegamos a Nogales, aldea situada en un angosto valle, al pie de la montaña en cuya travesía habíamos gastado el día entero. Era un lugar en extremo pintoresco. Montes escarpados, cubiertos de frondosos castañares, lo rodeaban por todos lados. La aldea misma estaba casi cobijada por los árboles; pegado a ella corría un murmurante

arroyuelo. Encontramos una *posada* regularmente espaciosa y cómoda.

Estaba yo débil y cansado, pero con pocas ganas de dormir. Antonio aderezó nuestra cena, o más bien la suya, porque yo no tenía apetito. Sentado a la puerta, me entretuve en contemplar los bosques de las alturas circunvecinas o el agua del arroyuelo, y en escuchar a la gente que vagaba por allí, hablando en el dialecto del país. ¡Qué extraña lengua es el gallego, con su acento quejumbroso y melodioso a la vez, y con su revoltijo de palabras de varios idiomas, pero sobre todo del español y del portugués! «¿Entiende usted lo que dicen?»—pregunté a Antonio, que ya se había reunido conmigo. «No lo entiendo, *mon maître*—respondió—. He aprendido muchas palabras con los criados gallegos en las casas donde he servido, pero no puedo seguir una conversación. He oído decir a los gallegos que no hay dos aldeas donde se hable de la misma manera, y que muchas veces no se entienden entre sí. Lo peor del gallego es que todos piensan al oirlo por primera vez que es facilísimo de aprender, porque a cada momento perciben vocablos ya oídos antes; pero eso sirve tan sólo de mayor extravío y embrollo, y para que se entienda mal lo que se oye; mientras que si ignorasen totalmente esta lengua, aguzarían el oído para entenderla, como me pasa a mí cuando oigo hablar vascuence, bien que no conozco más palabra de este idioma que *jaungicoa*.»

Al cerrar la noche me fuí a la cama, donde estuve cuatro o cinco horas intranquilo y desvelado, porque aún no estaba limpio de fiebre. Mucho después de media noche, y cuando iba quedándome dormido, me espabiló un gran ruido en la calle, y el resplandor de unas luces que entraban por la celosía de la ventana de mi cuarto. Un momento después apareció Antonio, a medio vestir. «*Mon maître*—dijo—, acaba de llegar el correo

de Madrid a La Coruña con una gran escolta y enorme número de viajeros. Me dicen que el camino de aquí a Lugo está infestado de ladrones y de carlistas que cometen todo género de atrocidades; debemos aprovecharnos de la ocasión y mañana al mediodía podemos estar en salvo en Lugo.» Al instante me arrojé de la cama y me vestí, diciendo a Antonio que fuese a disponer los caballos sin tardanza.

Pronto estuvimos montados y en la calle, en medio de una revuelta muchedumbre de hombres y cuadrúpedos. La luz de dos teas puestas delante del correo brillaba en las armas de varios soldados, formados, al parecer, a ambos lados del camino; pero la obscuridad no me permitía ver los objetos claramente. El correo iba montado en una yegua peluda; en el arzón y en la grupa llevaba sendos sacos de cuero, tan grandes que casi tocaban al suelo. Durante un cuarto de hora todo fué confusión, ir y venir, gritos y batahola; al cabo de ese tiempo se dió la orden de marcha. Apenas habíamos salido del pueblo se apagaron las teas y quedamos casi en totales tinieblas; marchábamos entre árboles, como se dejaba conocer por el rumor de las hojas en torno nuestro. Mi caballo iba muy intranquilo, relinchaba medrosamente, y a veces se encabritaba. «Si su caballo de usted no se tranquiliza, caballero, tendremos que pegarle un tiro—dijo una voz con acento andaluz—; descompone toda la comitiva.» «Sería una lástima, sargento—repliqué—, porque es cordobés por los cuatro costados; no está hecho a los caminos de este país bárbaro.» «¡Oh! ¿Es de Córdoba?—dijo la voz—, *vaya*, no lo sabía; yo también soy cordobés. *¡Pobrecito!* Déjeme usted palparlo; sí, en el pelo conozco que es paisano mío. La verdad, matarle... *¡Vaya!*, me gustaría ver al gallego del demonio que se atreva a hacerle daño. País bárbaro, *yo lo creo*: ni aceite, ni olivos, ni pan, ni cebada.

De modo que usted ha estado en Córdoba; *vaya*, hágame el favor de aceptar este cigarro.»

De esa manera anduvimos varias horas por montes y valles, casi siempre a muy lento paso. Los soldados de la escolta cantaban de tiempo en tiempo canciones patrióticas, respirando amor y adhesión a la joven reina Isabel y odio al feroz tirano Carlos. Una de las coplas que oí decía, sobre poco más o menos:

Duro tiene el corazón
Con Carlos, viejo cruel,
y sólo seis años cuenta,
niña inocente, Isabel.

Al romper el día, me encontré en medio de una procesión de doscientas o trescientas personas, algunas a pie, la mayoría montadas en mulas o yeguas; no vi un solo caballo, fuera del mío y el de Antonio. Unos pocos soldados iban diseminados a lo largo del camino. El país era montuoso, pero no tanto ni tan pintoresco como el que habíamos atravesado el día anterior; casi todo él estaba dividido en pequeños campos plantados de maíz. Cada dos o tres leguas se relevaba la escolta en algún pueblo donde había tropas destacadas. La mayor parte de las veces los pueblos eran un conjunto de miserables chozas, con techumbre de bálago, empapada de humedad, y cubierta frecuentemente de vegetación silvestre. Había montones de estiércol delante de las puertas, y abundaban los charcos y lodazales. Enormes cerdos pululaban mezclados con chiquillos en cueros. El interior de las chozas correspondía a su apariencia externa: estaban llenas de suciedad y miseria.

Llegamos a Lugo a las dos de la tarde. Durante las dos o tres últimas leguas, el cansancio nacido de la falta de sueño y de mi pasada enfermedad me agobiaba tanto que fuí continuamente dormitando en la silla, sin enterarme apenas de lo que estaba pasando. Nos alojamos en una vasta *posada* extramuros de la ciudad, edificada en una elevación del terreno, desde donde se descubría una extensa vista hacia el Este. Poco después de llegar empezó a llover a torrentes, y así continuó sin cesar los dos días sucesivos, cosa que me afligió poco, pues pasé todo ese tiempo en la cama, y casi puedo decir que dormitando. En la tarde del tercer día me levanté.

Había en la casa bastante bullicio, producido por la llegada de una familia procedente de La Coruña; venía en un gran coche de viaje, escoltado por cuatro carabineros. La familia era más bien numerosa: se componía del padre, un hijo y once hijas; la mayor de unos diez y ocho años. Un individuo de miserable aspecto, de chaqueta y sombrero de copa alta, les servía de criado. Llegaron muy mojados, tiritando; todos parecían muy desconsolados, especialmente el padre, hombre de mediana edad, de buena presencia.

—¿Podremos alojarnos en esta *fonda*?—preguntó con dulce voz al dueño.

—Sin duda alguna—replicó el hostelero—; nuestra casa es grande. ¿Cuántas habitaciones necesita su merced para su familia?

—Con una tendremos bastante—contestó el forastero.

El huésped, que por ser gotoso iba apoyado en un palo, miró un momento al viajero y luego a cada individuo de su familia, sin olvidar al criado, y con un ligero encogimiento de hombros por todo comentario, les mostró el camino de un aposento donde había dos o tres camas con

colchones de borra, aposento que yo rechacé a mi llegada por pequeño, obscuro e incómodo; abriéndolo bruscamente, preguntó si les servía.

—Es un poco pequeño—repuso el señor;—pero creo que nos servirá.

—Me alegro mucho—replicó el huésped—. ¿Hay que preparar cena para su merced y su familia?

—No, gracias—contestó el forastero—. Mi criado mismo preparará lo poco que necesitamos.

Entregada la llave al criado, toda la familia se ocultó en la habitación, no sin despedir antes a la escolta, gratificando al jefe de los carabineros con una *peseta*. El hombre estuvo medio minuto contemplando la propina brillar en la palma de su mano; luego, con un brusco *¡vamos!*, giró sobre los talones y sin despedirse de nadie se fué con los hombres a sus órdenes.

—¿Quiénes serán esos forasteros?—pregunté al huésped cuando estábamos los dos sentados en un ancho corredor abierto en un lado de la casa y que ocupaba todo aquel frente.

—No lo sé—contestó—; pero por su escolta supongo que tienen algún empleo oficial. No son de por aquí, y estoy casi seguro de que son andaluces.

A los pocos minutos se abrió la puerta de la habitación ocupada por los forasteros y apareció el criado con una vasija en la mano.

—*Señor patrón*—preguntó—, ¿me hace el favor de decirme dónde puedo comprar un poco de aceite?

—En la casa lo hay—replicó el huésped—si es que necesita usted comprar; pero si, como es probable, supone usted que al vendérselo queremos ganar un *cuarto*, puede usted ir a comprarlo a la calle. Es lo que yo me figuraba—continuó el huésped cuando el criado se fué a su

recado—: son andaluces y van a hacer lo que llaman un *gazpacho* para cenar. ¡Qué tacañería la de esos andaluces! Vienen a sacarle el jugo a Galicia, y les molesta que el pobre posadero se gane un *cuarto* vendiéndoles el aceite para el *gazpacho*. Una cosa le aseguro a usted, señor: cuando el criado vuelva y pida pan y ajos para mezclarlos con el aceite, le diré que no lo hay en casa; si ha comprado el aceite fuera, lo mismo puede comprar el ajo y el pan; sí por cierto; y para el caso, el agua también.

* * *

Capítulo XXVI

Lugo.— Los baños— Una historia de familia.— Los Migueletes.— Las tres cabezas.— Un veterinario.— La escuadra inglesa.— Venta de testamentos.— La Coruña.— El reconocimiento.— Luigi Pozzi.— La especulación.— John Moore.

En Lugo encontré un librero rico para quien me habían dado en Madrid una carta de recomendación. De buen grado se encargó de la venta de mis libros. El Señor se dignó favorecer los humildes esfuerzos que por su causa hice en Lugo. Treinta ejemplares del Nuevo Testamento llevé allí, y en un solo día se vendieron. El obispo de la ciudad—Lugo es sede episcopal—compró para sí dos ejemplares, y varios curas y frailes exclaustrados, en lugar de seguir el ejemplo de sus hermanos de León persiguiendo la obra, hablaron bien de ella y recomendaron su lectura. Ante la gran demanda que hubo me apesadumbró que mi repuesto de libros estuviese exhausto; si hubiera podido reponerlo, se habrían vendido cuatro veces más libros en los pocos días que permanecí en Lugo.

Lugo cuenta unos 6.000 habitantes. Está situado en una elevación del terreno; antiguas murallas lo defienden. Carece de edificios notables; la misma catedral es de poca importancia. En el centro de la ciudad se

encuentra la plaza del mercado, ligera y alegre, sin las macizas y pesadas fábricas que los españoles, así en tiempos pasados como en los modernos, acostumbran levantar en torno de sus *plazas*. Es cosa singular que Lugo, ciudad de muy escasa importancia en nuestros días, fuese en otros tiempos capital de España[1]; tal ocurría en la época de los romanos, que, por ser un pueblo no muy dado a guiarse por el capricho, tendría, sin duda, razones muy valiosas para preferir esa localidad.

Hay muchas reliquias romanas en las cercanías; la más importante son las ruinas de las antiguas termas medicinales en la ribera Sur del Miño, que serpentea por el valle al pie de la ciudad. En esos sitios, el Miño es un río con altas y escarpadas márgenes, muy pobladas de árboles.

Una tarde visité los baños en compañía de mi amigo el librero. Fueron construídos sobre unos manantiales calientes que vierten su caudal en el río. A pesar de su estado ruinoso se hallaban atestados de enfermos, que esperaban mejorar con las aguas, famosas todavía por sus cualidades salutíferas. Extraño espectáculo ofrecían los pacientes, vestidos con túnicas de franela muy parecidas a mortajas, sumergidos en el agua caliente, entre los sillares desencajados, envueltos en nubes de vapor.

Tres o cuatro días después de mi llegada hallábame sentado en el corredor que, como ya he dicho, ocupaba un frente entero de la casa. El cielo estaba despejado, y el sol radiante animaba con su luz todas las cosas. De pronto se abrió la puerta del aposento ocupado por los forasteros, y salió toda la familia, con excepción del padre, quien, supuse yo, debía de estar fuera ocupado en sus asuntos. El mísero criado cerraba la marcha, y al salir de la habitación cerró cuidadosamente la puerta y se guardó la llave en el bolsillo. El hijo y las once hijas iban muy bien vestidos: el muchacho, con

pantalón y chaqueta de corte inglés; las muchachas, de blanco inmaculado. La familia era, en general, bien parecida, de ojos negros y tez olivácea; pero la hija mayor era de notable hermosura. Se colocaron en los bancos del corredor, y el desarrapado doméstico se sentó con sus amos sin ceremonia alguna. Estuvieron un buen rato callados, mirando con ojos desconsolados las casas del arrabal y los pardos muros de la ciudad, hasta que la hija mayor, o *señorita*, como la llamaban, rompió el silencio con un «*¡Ay, Dios mío!*»

El criado.—*¡Ay, Dios mío!* A bonita tierra hemos venido a parar.

Yo.—No veo por qué les parece a ustedes tan malo un país que por su naturaleza es el más rico y abundante de toda España. Cierto que la generalidad de los habitantes están en la miseria; pero la culpa es suya, no de la tierra.

El criado.—Caballero, el país es horrible; no diga usted que no. Las señoritas, el señorito y yo estamos espantados; hasta su merced lo está también, y dice que hemos venido a esta tierra a expiar nuestros pecados. Todos los días llueve, y ésta es casi la primera vez que vemos el sol desde que llegamos. No cesa de llover, y no puede uno salir a la calle sin meterse en el *fango* hasta el tobillo, y luego no se encuentra una casa.

Yo.—No lo entiendo. Me parece que hay casas de sobra en la población.

El criado.—Dispense usted, señor. Ayer alquiló su merced una casa por tres reales y medio al día; pero cuando la *señorita* la vió se echó a llorar, y dijo que aquello no era una casa, sino una perrera; entonces su merced pagó la renta de un día y rompió el trato. ¡Tres reales y medio diarios! En nuestro país podríamos tener un palacio por ese dinero.

Yo.—¿De qué país vienen ustedes?

El criado.—Caballero, usted parece un señor muy decente y le voy a contar nuestra historia. Somos de Andalucía, y su merced era el año pasado recaudador general de contribuciones en Granada; tenía catorce mil *reals* de sueldo, con lo que nos dábamos traza para vivir bastante bien, sin perder las *funciones* de toros, y cuando no las había, las de *novillos*, y alguna que otra vez a la ópera. En una palabra: vivíamos con holgura y sin privarnos de diversiones; tanto, que su merced pensaba últimamente comprarle un caballo al señorito, que tiene catorce años, y ha de aprender a montar ahora o nunca. Pero el ministerio cambió, caballero, y los nuevos ministros, que no eran amigos de su merced, le quitaron el empleo. Caballero, desde aquella bendita tierra de Granada, donde nuestro sueldo era de catorce mil *reals*, nos han trasladado a Galicia, a esta fatal ciudad de Lugo, y su merced tiene que contentarse con diez mil, a todas luces insuficientes para sostener nuestras antiguas comodidades. ¡Adiós las *funciones* de toros y de *novillos*, y la ópera! ¡Adiós la esperanza de tener un caballo para el señorito! Caballero, estoy desesperado. ¡Calle, calle por amor de Dios; yo no puedo hablar más!

Conocida su historia, ya no me asombró que el recaudador general desease ahorrar un *cuarto* en la compra del aceite para su *gazpacho* y el de su familia de once hijas, un hijo y un criado.

Estuvimos en Lugo una semana y continuamos el viaje a La Coruña, distante unas doce leguas. Nos levantamos antes de rayar el día para aprovechar la escolta del correo, en cuya compañía hicimos unas seis leguas. Se hablaba mucho de ladrones y de partidas volantes de facciosos, razón por la que nuestra escolta era considerable. A unas cinco o seis leguas

de Lugo, la guardia de soldados regulares fué relevada por un pelotón de cincuenta migueletes. Todos tenían aspecto de bandidos; pero nunca había visto yo gente de tan bárbara hermosura. Hallábanse todos en la flor de la edad; eran de elevada estatura, de miembros hercúleos; usaban recias patillas y caminaban con aire fanfarrón, como si provocaran el peligro y lo desdeñaran. Contrastaban sobremanera con los soldados que nos escoltaron hasta allí, pobres muchachos de diez y seis a diez y ocho años, sin vigor ni actividad. El traje peculiar de los migueletes, si a algo militar se parece, es al que usaban antiguamente los marinos ingleses. Llevan un sombrero característico y, generalmente, polainas; sus armas son el fusil y la bayoneta. El color de su vestido es de ordinario pardo obscuro. Guardan muy poca o ninguna disciplina, tanto en las marchas como en la acción. Son excelentes tropas irregulares, y en servicio de guerra se les emplea con singular utilidad como escaramuzadores. Sus funciones propias se asemejan, sin embargo, a las de la policía y están encargados de limpiar de ladrones los caminos, para lo cual se hallan en cierto respecto muy bien preparados, porque, en general, todos son ladrones durante alguna época de su vida. No es fácil decir por qué los llaman migueletes; lo más probable es que deriven su nombre del de un antiguo jefe. Tengo pocas noticias acerca de este cuerpo, y no puedo, por tanto, entrar en detalles; lo siento, porque sin duda ha de haber muchas cosas notables que decir acerca de él.

Cansado de la marcha lenta del correo, resolví adelantarme, arrostrando el peligro; cometí con eso una imprudencia no pequeña, pues estuve a punto de caer en manos de los ladrones. De súbito dos individuos se me plantaron delante apuntándome con sus escopetas, y las hubieran descargado sobre mí, probablemente, si no se llegan a asustar al oír el ruido

del caballo de Antonio, que me seguía a muy corta distancia. El suceso ocurrió en el puente de Castellanos, lugar famoso por los robos y muertes que en él se hacían, y muy a propósito para tales empresas, porque está en el fondo de un profundo barranco, rodeado de agrestes y desoladas montañas. Un cuarto de hora antes tan sólo, había pasado yo junto a tres horribles cabezas clavadas en sendos palos al borde del camino; eran las de un capitán de ladrones y dos cómplices suyos, apresados y ejecutados dos meses antes. Su principal guarida eran las inmediaciones del puente; tenían por costumbre arrojar los cuerpos de sus víctimas a las profundas y negras aguas que corrían impetuosas por debajo. Aquellas tres cabezas no se borrarán jamás de mi memoria, particularmente la del capitán, puesta en un palo más alto que el de las otras dos: sus largos cabellos ondeaban al viento, y las facciones, ennegrecidas y torcidas, hacían, bañadas de sol, una mueca burlona. Los individuos que me echaron el alto eran restos de la cuadrilla.

Llegamos a Betanzos muy entrada la tarde. La ciudad está en una ría, a cierta distancia del mar y a unas tres leguas de La Coruña. Altas montañas la rodean por tres lados. Durante casi todo el día el tiempo estuvo cubierto y amenazador; al llegar a Betanzos, la densidad y pesadez de la atmósfera eran insoportables. Por todas partes los malos olores asaltaban nuestro órgano olfatorio. Las calles estaban muy sucias, las casas también, y singularmente la *posada*. Entramos en el establo; estaba sembrado de algas podridas y otros desperdicios, donde se revolcaban los cerdos. Alrededor zumbaban las moscas, muy gordas y asquerosas. «¡Esto es una peste!»—exclamé—. Pero no había otra cuadra, y tuvimos que atar los infelices animales a tan sucios pesebres. El único pienso que pudimos

darles fué maíz. Al anochecer los llevamos a beber en el riachuelo que pasa por Betanzos. El *entero* bebió con ansia; pero al volver a la posada noté que estaba triste y que llevaba la cabeza caída. Apenas ocupó de nuevo su plaza, le acometió una tos muy honda y bronca. Recordé lo que me había dicho el mozo de cuadra en la montaña: «Es un loco el que trae un caballo a Galicia, y dos veces loco si trae un *entero*.» Durante la mayor parte del día el caballo anduvo en medio de un tropel de cien yeguas lo menos, y se excitó mucho. Con la tos, le entró un temblor violento. Me procuré un cuartillo de aguardiente anisado, y con ayuda de Antonio le di friegas casi durante una hora, hasta que el pelo se le cubrió de blanca espuma; pero la tos le iba en aumento, tenía la mirada fija y los miembros rígidos.

—¡No hay más remedio que sangrarlo!—dije—. Corre a buscar al veterinario.

Llegó el veterinario.

—Va usted a sangrar el caballo—exclamé—y a sacarle una *azumbre* de sangre.

El albéitar miró al animal y se encaminó a la puerta.

—¿Adónde va usted?—pregunté.

—A mi casa—respondió.

—¡Pero si le necesitamos a usted aquí!

—Ya lo comprendo—repuso—. Y por eso me voy.

—Tiene usted que sangrar el caballo o se me morirá.

—Lo sé—dijo el albéitar—; pero no lo sangro.

—¿Por qué?

—No lo sangro más que con una condición.

—¿Con cuál?

—¡Con cuál! Que me pagará usted una onza de oro.

—¡Sube corriendo a buscar el estuche de piel!—dije a Antonio.

Trajo el estuche, tomé un fleme ancho y, con ayuda de una piedra, lo introduje en la vena principal de una pata del caballo. Al principio la sangre no quería salir; al fin, a fuerza de frotes, comenzó a manar, y acabó por correr en abundancia; así estuvo una media hora.

—El caballo se va a desmayar, *mon maître*—dijo Antonio.

—Sostenle firme—respondí—, y dentro de diez minutos cerraré la vena.

La cerré, en efecto, y mientras lo hacía me puse a mirar al albéitar a la cara, arqueando las cejas.

—¡*Carracho*, qué diablo de brujo!—musitó el albéitar al marcharse—. ¡A él si que le sangraría yo si tuviese aquí el cuchillo!

Por la noche volvimos a sangrar el caballo, y con esta segunda sangría se salvó. A la mañana siguiente empezó a comer.

A otro día salimos para La Coruña, llevando los caballos por la brida. El día era espléndido, y nuestro paseo delicioso. Ibamos bajo los árboles muy altos y sombrosos, que bordean la ruta desde Betanzos hasta ya cerca de La Coruña. Nada tan risueño y alegre como el país circunvecino. Los viñedos abundaban en las inmediaciones de las aldeas por donde atravesábamos, y millones de plantas de maíz erguían sus altas cañas y desplegaban sus anchas hojas verdes en los campos. A las tres horas de camino columbramos la bahía de La Coruña, en la que, no obstante estar aún a una legua de distancia, vimos tres o cuatro grandes navíos anclados. «¿Pertenecerán los navíos a España?»—me pregunté—. En la aldea inmediata nos dijeron que la noche anterior había llegado una escuadra

inglesa, se ignoraba con qué objeto.

—Sin embargo—continuó nuestro informador—, parece seguro que traen algún designio sobre Galicia. Esos extranjeros son la ruina de España.

Nos alojamos en la que llaman calle Real, en una excelente *fonda* o *posada*, regida por un individuo bajo y grueso, de aspecto bastante risible, genovés por su cuna. Estaba casado con una vascongada, alta, fea, pero de buen genio, que le había dado un hijo y una hija. Al parecer la mujer había llevado consigo poco tiempo antes a todas sus parientes guipuzcoanas, que en número de nueve llenaban en la casa los oficios de camareras, cocineras y fregatrices; todas eran muy feas, pero de buen natural y en extremo parlanchinas. Durante el día entero atronaban la casa con su excelente vascuence y su malísimo castellano. El genovés, por el contrario, hablaba poco; una razón poderosa hubiera podido aducir para ello: llevaba treinta años en España y había olvidado su idioma nativo, sin aprender el español, que hablaba bastante mal.

Reinaba en La Coruña gran animación y bullicio con motivo de la llegada de la escuadra inglesa; pero al día siguiente la flota se marchó para hacer un breve crucero por el Mediterráneo, y en el acto volvió todo a su curso normal.

Tenía yo en La Coruña un repuesto de quinientos Testamentos, con los que me proponía abastecer las principales ciudades gallegas. En seguida que llegué se publicaron los anuncios usuales, y el libro se vendió regularmente—unos siete u ocho ejemplares diarios, por término medio—. Al leer estos detalles no faltará acaso quien sienta la tentación de decir: «Esas minucias no valen la pena de mencionarlas.» Pero los que tal crean, deben pensar que hasta muy pocos meses antes de la fecha a que me

refiero la existencia misma del Evangelio era casi desconocida en España, y que necesariamente había de ser empeño difícil inducir a los españoles, gente que lee muy poco, a comprar una obra como el Nuevo Testamento, de primordial importancia para la salud del alma, es cierto, pero que ofrece pocas esperanzas de diversión a los espíritus frívolos y corrompidos. Esperaba yo presenciar los albores de una época mejor y más ilustrada, y me regocijaba pensando que en la infeliz y desalumbrada España se vendía ya el Nuevo Testamento, aunque en corta cantidad, desde Madrid hasta las más distantes poblaciones gallegas, en un trayecto de casi cuatrocientas millas.

La Coruña se alza en una península que tiene por un lado el mar y por otro la famosa bahía.

La ciudad se divide en vieja y nueva; esta última fué probablemente en otros tiempos un mero arrabal. La ciudad vieja, desolada y en ruinas, está separada de la ciudad nueva por un ancho foso. La ciudad moderna es mucho más agradable y contiene una calle suntuosa, la calle Real, residencia de los principales comerciantes. Un rasgo singular de esta calle es que toda ella está pavimentada con losas de mármol, por las que circulan caballerías y carros como si fuese un pavimento ordinario.

Es un dicho proverbial entre los coruñeses que en su ciudad hay una calle tan limpia que se puede comer en ella la *puchera* sin el más leve reparo. Sin duda el dicho podrá ser cierto después de una de las lluvias que con tal frecuencia empapan el suelo de Galicia, y dejan el piso de la calle muy lustroso. La Coruña fué en tiempos pasados una plaza comercial importante; pero la mayor parte del tráfico se ha trasladado últimamente a Santander, ciudad situada a mucha distancia de La Coruña, en dirección

del golfo de Vizcaya.

—¿Va usted a ir a Santiago, Giorgio? Si fuese usted allá, me haría el favor de llevar un recado a un pobre compatriota mío—dijo una voz en inglés cerrado, estando yo una mañana a la puerta de mi *posada*, en la calle Real de La Coruña.

Miré en torno, y vi un hombre cerca de mí, en pie junto a la puerta de una tienda contigua a la posada. Representaba sesenta y cinco años; era pálido su rostro y la nariz notable por su color rojo. Vestía un amplio sobretodo verde, tenía en la boca una larga pipa de barro y en la mano una vara.

—¿Quién es usted y quién es su compatriota?—pregunté—. No le conozco a usted.

—Pues yo a usted, sí—replicó el hombre—. Usted me compró el primer cuchillo que vendí en el mercado de N.

Yo.—¡Ah! Ahora le recuerdo a usted, Luigi Pozzi, y me acuerdo muy bien, además, de las veces que fuí, siendo un chiquillo, hace ya veinte años, a la tiendecita de usted y le oía hablar en milanés con sus compatriotas.

Luigi.—Aquellos eran tiempos dichosos para mí. ¡Oh!, si supiera usted con qué fuerza reaparecieron en mi memoria cuando le vi a usted detenerse a la puerta de la *posada*. Al instante me metí dentro, cerré la tienda, me eché en la cama y lloré.

Yo.—No veo motivo para que eche usted tan de menos aquellos tiempos. Cuando yo le conocí a usted en Inglaterra era usted buhonero; a veces ponía un tenducho en el mercado de una ciudad rural. Ahora me lo encuentro en un puerto español, propietario, por lo visto, de una tienda importante. No veo por qué se queja usted del cambio.

Luigi (Arrojando la pipa al suelo).—¡Quejarme del cambio! ¿Sabe usted una cosa? Inglaterra es el paraíso de los piamonteses y milaneses, especialmente de los de Como. Jamás nos entregamos al descanso que no soñemos con ella, ya estemos en nuestro país, ya en tierra extranjera, como yo ahora. ¡Quejarme del cambio! ¡Y que eso lo diga un inglés! Prefiero ser miserable vagabundo en Inglaterra que dueño y señor de todo en diez leguas a la redonda del lago de Como, y otro tanto dirán todos mis compatriotas que han estado en Inglaterra, dondequiera que se encuentren. Puedo enseñarle diez cartas de otros tantos compatriotas residentes en América, donde se han hecho ricos, y prosperan, y son hombres principales; pues bien: todas las noches, cuando sus cabezas reposan en la almohada, sus almas *auslandra*[2], y van arrastradas a Inglaterra y hacia sus verdes campos. Llegan allí en alas del ensueño, ponen sus cajas en el suelo y van mostrando a los honrados campesinos, a sus mujeres e hijas, espejillos y otras chucherías, y como antaño, las venden entre regateos y chuscadas. Al caer la tarde, vuelven como en los tiempos pasados a las tabernas a comer las tostadas de pan y el queso y a beber la cerveza de Suffolk, y a escuchar los ruidosos cantares y alegres chanzas de los labradores. Pues si echan de menos Inglaterra y sueñan con ella los que están en América, país próspero, según reconocen ellos mismos, favorable a los piamonteses y milaneses, cuánto más la echará de menos quien, como yo, lleva tantos años en España, en esta espantosa ciudad de La Coruña, sosteniendo un comercio ruinoso, y donde se pasan los meses sin ver una cara inglesa ni oír una palabra del bendito idioma inglés.

Yo.—Con tal predilección por Inglaterra, ¿qué le movió a usted a dejarla y a venir a España?

Luigi.—Se lo diré a usted. Hace unos diez y seis años se apoderó de cuantos estábamos en Inglaterra un deseo general de ser algo más de lo que hasta entonces habíamos sido: buhoneros, vagabundos; deseaban además—el hombre nunca está contento—ver tierras nuevas; la mayor parte se fué de Inglaterra, y donde antes había diez, apenas si quedó uno. Casi todos se fueron a América, país muy favorable, como ya le he dicho a usted, para nosotros los naturales de Como. Bueno; todos mis amigos y parientes atravesaron el mar; yo también me empeñé en viajar; pero en vez de irme con los otros al Oeste, a un país donde todos han prosperado, se me ocurrió venir a esta tierra de España, donde cuantos extranjeros se establecen mueren de tristeza, más tarde o más temprano. Se me metió en la cabeza la idea de que podía hacer fortuna de golpe trayendo un cargamento de artículos ingleses baratos, como los que vendía yo de ordinario a los aldeanos de Inglaterra. Fleté medio barco para mis artículos, porque en Inglaterra había ganado algún dinero con mi humilde tráfico, y llegué a La Coruña. Aquí empezaron de golpe mis contrariedades; los desengaños sucedían a los desengaños. Con extremada dificultad obtuve permiso para desembarcar las mercancías, y eso a costa de un gran sacrificio en sobornos, propinas y cosas parecidas. Apenas establecido, vi que el comercio era aquí muy escaso y que mis géneros se vendían muy lentamente, y a precio de coste o poco más. Pensé marcharme a otra parte; pero me dijeron que tendría que dejar aquí mis existencias, a menos de pagar nuevas propinas que me hubiesen arruinado. De este modo he resistido catorce años, vendiendo apenas lo bastante para pagar el alquiler de la tienda y mantenerme; y así continuaré hasta que me muera, o hasta que se me acaben los géneros. En mal hora me fuí de Inglaterra para venir a

España.

Yo.—¿Me ha dicho usted que tiene un compatriota en Santiago?

Luigi.—Sí; un pobre hombre, muy honrado, que, como yo, ha tenido la extraña suerte de venir a parar a Galicia. A veces me las arreglo para mandarle algunos géneros que vende en Santiago con más ganancia que yo aquí. Es hombre feliz, porque no ha visto Inglaterra, e ignora la diferencia entre los dos países. ¡Oh campiñas inglesas, quién os volviera a ver! ¡Y aquellas cervecerías! ¡Y lo que más vale de todo, la buena fe de la gente y la seguridad personal! He viajado por toda Inglaterra, y en ninguna parte me trataron mal, salvo una vez en el Norte, ciertos papistas a quienes aconsejé que abandonaran sus pantomimas y asistieran al culto anglicano, como hacía yo, y como todos mis compatriotas hacían en Inglaterra; porque, sépalo usted, *signor Giorgio*, todos nosotros, ya fuésemos piamonteses, ya naturales de Como, veíamos con muy buenos ojos la religión protestante, cuando no éramos miembros efectivos de ella.

Yo.—¿Qué se propone usted hacer ahora, Luigi? ¿Qué esperanzas tiene?

Luigi.—Mis esperanzas están borradas, *Giorgio*; mi único propósito es morirme en La Coruña, acaso en el hospital, si es que me admiten. Hace años todavía pensaba en marcharme, aunque fuese dejándolo todo abandonado, para volver a Inglaterra o irme a América; pero ahora es demasiado tarde, *Giorgio*; demasiado tarde. Cuando perdí todas mis esperanzas me di a la bebida, a la que nunca tuve antes afición, y ahora soy lo que supongo habrá usted adivinado.

—Para todos hay esperanza en el Evangelio—dije yo—, incluso para usted. Le enviaré a usted uno.

En la ciudad vieja, mirando al Este, hay una pequeña batería cuyo muro bañan las aguas de la bahía. Es un lugar apacible, desde donde se descubre una extensa vista. La batería ocupa unas ochenta varas en cuadro; algunos arbolillos crecen por allí, y sirve más que nada de lugar de esparcimiento de los coruñeses.

En el centro de la batería está la tumba de Moore, levantada por los caballerescos franceses, en conmemoración de la muerte de su heroico antagonista. Es de forma oblonga, rematada por una piedra, y en cada lado ostenta uno de esos sencillos y sublimes epitafios en que nuestros rivales son maestros, y que tan fuerte contraste hacen con las pretenciosas e hinchadas inscripciones que deforman los muros de la Abadía de Westminster:

«JOHN MOORE,
Jefe del ejército inglés. Muerto en el campo de batalla.
1809.»

La tumba es de mármol; rodéala un muro cuadrangular, alto parapeto de tosco granito; pegado a cada esquina, emerge del suelo la culata de un enorme cañón de bronce, destinado a dar solidez al muro. Estas construcciones exteriores no son obra de los franceses, sino del gobierno inglés.

Allí yace el héroe, casi a la vista de la gloriosa colina donde, revolviéndose contra sus perseguidores como un león acosado, terminó su carrera. Muchos ganan la inmortalidad sin buscarla, y mueren antes de que sus primeros rayos doren su nombre; de éstos fué Moore. El general, al huír de Castilla con sus desalentadas tropas, hostigado por un enemigo impetuoso y terrible, no soñaba que estaba a punto de alcanzar lo que

muchos hombres, mejores y más grandes aunque no ciertamente más valientes que él, han deseado en vano. Sus mismos infortunios, la desastrosa retirada, la sangrienta muerte, y su tumba en país extranjero, lejos de sus parientes y amigos, aseguraron su fama inmortal. Apenas hay un español que no conozca de oídas esta tumba y que no hable de ella con respeto. Afírmase que con el general hereje fueron sepultados tesoros inmensos, aunque nadie acierta a decir para qué fin. De creer a los gallegos, los demonios de las nubes persiguieron a los ingleses en su fuga y los atacaron con torbellinos y mangas de agua cuando se esforzaban por remontar los tortuosos y empinados senderos de Fuencebadón; otras leyendas aún más groseras se cuentan acerca del modo como cayó el valeroso general. Sí; la inmortalidad ha coronado las sienes de Moore, incluso en España, tierra del olvido, por donde el Guadalete, el antiguo Leteo, fluye.

* * *

Notas

1. Es un error: *Lucus Augusti* fué sólo capital de la Galicia septentrional; *Bracara Augusta* (Braga), de la meridional; el Miño las dividía. (Nota del editor Burke.)

2. Vocablo del dialecto milanés, según Borrow y su anotador Burke, equivalente a vagar sin rumbo.

Capítulo XXVII

Compostela.— Rey Romero.— El buscador de tesoros.— Proyectos risueños.— El derecho de asilo.— Riquezas ocultas.— El canónigo.— El localismo.— La lepra.— Los huesos de Santiago.

En los comienzos de agosto me hallé en Santiago de Compostela. Hice el viaje desde La Coruña en compañía del correo, a quien escoltaba una fuerte patrulla de soldados, a causa de la perturbación de la comarca, infestada de bandidos. Desde La Coruña a Santiago no hay más que diez leguas; pero el viaje duró día y medio. Fué muy agradable: el terreno era muy variado y bello, alternando los montes y los valles; en muchos sitios, frondosos árboles de variadas especies cobijaban bajo su espléndido follaje el camino. Centenares de viajeros, a pie o a caballo, se aprovecharon de la defensa que la escolta ofrecía; el temor a los ladrones era grande. Dos o tres veces se dió la señal de alarma durante el viaje; pero llegamos a Santiago sin ser atacados.

Santiago se alza en una planicie amena, rodeada de montañas; la más notable es una de forma cónica, llamada Pico Sacro, de la que se cuentan muchas leyendas maravillosas. Santiago es una ciudad vieja muy bella, de unos veinte mil habitantes. Hubo tiempos en que, con la sola excepción de

Roma, fué Santiago el lugar de peregrinación más famoso del mundo, porque dicen que su catedral guarda los huesos de Santiago el Mayor, el hijo del trueno, que, según la leyenda de la iglesia romana, fué el primero en predicar el Evangelio en España. Pero su gloria como lugar de peregrinación decae rápidamente.

La catedral, aunque obra de varias épocas, en la que se mezclan diversos estilos de arquitectura, es una fábrica majestuosa y venerable, muy a propósito para suscitar la admiración y el respeto; es casi imposible, a la verdad, pasear por sus sombrías naves, oír la solemne música y los nobles cánticos, respirar el incienso de los grandes incensarios, lanzados a veces hasta la bóveda del techo por la maquinaria que los mueve, mientras los cirios gigantescos brillan aquí y allá en la penumbra, en los altares de numerosos santos, ante los que los fieles, de hinojos, exhalan sus plegarias en demanda de protección, de piedad y de amor, y dudar de que hollamos una casa donde el Señor mora con deleite. El Señor, empero, se aparta de ella; no escucha, no mira, y si lo hace será con enojo. ¿De qué aprovechan la solemne música, los nobles cánticos, el incienso de suave olor? ¿De qué aprovecha arrodillarse ante aquel altar mayor, todo de plata, coronado por una estatua con sombrero de plata y armadura, emblema de un hombre que, si bien apóstol y confesor, fué todo lo más un servidor inútil? ¿De qué aprovecha esperar la remisión de los pecados confiando en los méritos de quien no poseía ninguno, o rendir homenaje a otros que nacieron y se criaron en pecado, y que sólo por el ejercicio de una ardiente fe, otorgada desde lo alto, podían esperar librarse de la cólera del Omnipotente? Alzaos de hinojos, hijos de Compostela, y si os prosternáis sea sólo ante el Altísimo, ni volváis a dirigir a vuestro patrono, en la víspera de su fiesta,

este himno, por sublime que parezca:
¡Oh tú, escudo de la fe que en España profesamos,
azote del enemigo que se atreviera a retarnos,
tú, a quien el hijo de Dios, de los elementos amo,
llamárate hijo del trueno, oh tú, inmortal Santiago!

Desde ese asilo bendito, glorioso y sacrosanto
dispénsanos tus mercedes y tu favor soberano;
escucha nuestras plegarias, que con fervoroso labio
ofrecémoste rendidos, poderoso Santiago.

A ti las gracias eleva España en un solo canto,
y aunque de tu nombre cobra honor y gloria preclaros,
más se precia de tener tu cuerpo en el santuario
de Compostela, sepulcro del bendito Santiago.

Cuando la maldad impía, la liviandad y el escarnio
de la fe, a España sumieron en las tinieblas del caos,
tú tan sólo luz divina fuiste y refulgente faro
que del infierno el escuro alumbraste, Santiago.

Y cuando a guerra terrible el español esforzado
se lanzó, te apareciste caballero en tu caballo
rompiendo las filas moras que por Mahoma jurando
a tu poder se rindieron, victorioso Santiago.

Así pues, aquí nos tienes a tus pies arrodillados,
porque intercedas pidiendo perdón de nuestros pecados
a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo,
¡oh tú, más alto que el sol, bendito apóstol Santiago!

En Santiago tropecé con un coadyuvante para mis trabajos bíblicos, bueno y cordial, en la persona del librero de la población, Rey Romero, hombre de unos sesenta años. Este excelente sujeto, rico y respetado, tomó el asunto con un entusiasmo inspirado sin duda desde lo alto, sin perder ocasión de recomendar mi libro a cuantos entraban en su tienda, espléndido y cómodo establecimiento sito en la Azabachería. En muchos casos, cuando los aldeanos de las cercanías entraban a comprar alguno de los necios y populares libros de cuentos que circulan por España, les convencía para que, en su lugar, se llevaran a su casa el Testamento, asegurándoles que el libro sagrado era mucho mejor, más instructivo y hasta mucho más entretenido que los que iban a buscar. No tardó en cobrarme gran afición, y todas las tardes me visitaba en mi *posada* y me acompañaba en mis paseos por la ciudad y sus alrededores. El hombre sabía muchas cosas, y, aunque de corazón sencillo, poseía un ingenio muy despierto en extremo regocijante a veces.

Una noche, ya tarde, me paseaba solo por la *alameda* de Santiago pensando qué dirección tomaría en mi próximo viaje, porque ya llevaba allí diez días; la luna, esplendorosa, alumbraba todos los objetos hasta considerable distancia en torno mío. La *alameda* estaba por completo solitaria; todo el mundo, menos yo, se había retirado a descansar. Me senté en un banco y proseguí mis reflexiones, cuando, de súbito, me interrumpió un ruido como de alguien que anduviese pesadamente renqueando. Volví los ojos en la dirección del ruido, y al pronto sólo percibí un bulto informe que avanzaba con lentitud; cuando estuvo más cerca distinguí la silueta de un hombre, vestido con burdo traje pardo, con una especie de sombrero andaluz, y que a modo de bastón empuñaba una rama de árbol pelada.

Llegó frente a mi banco; se detuvo, se quitó el sombrero y me pidió limosna con un acento insólito y en una jerga extraña, algo semejante al catalán. La luna iluminó unas guedejas grises y un semblante rojizo y curtido que al instante reconocí.

—Benedicto Mol—exclamé—, ¿cómo es posible que me le encuentre a usted en Compostela?

—*Och, mein Gott, es ist der Herr!*—replicó Benedicto—. ¡*Och*, qué buena suerte! ¡La primera persona que veo en Compostela es el *Herr*!

Yo.—Apenas puedo dar crédito a mis ojos. ¿Dice usted que acaba de llegar a Santiago?

Benedicto.—¡Oh, sí! Llego en este momento; vengo a pie desde Madrid, que ya es camino.

Yo.—¿Y qué ha podido inducirle a usted a emprender un viaje tan largo?

Benedicto.—Vengo en busca del *Schatz*, del tesoro. Le dije a usted en Madrid que estaba a punto de venir; ahora me lo encuentro aquí; ya no tengo duda de que hallaré el *Schatz*.

Yo.—¿Y cómo se las ha arreglado para vivir durante el viaje?

Benedicto.—¡Oh! He sacado unos *cuartos* pidiendo limosna. Al llegar a Toro me puse a trabajar de jabonero, hasta que, descubierta mi incapacidad, me echaron del pueblo. Continué pidiendo limosna hasta llegar a Orense, que ya es tierra de Galicia. No me gusta nada este país.

Yo.—¿Por qué?

Benedicto.—¡Por qué! Porque aquí todos mendigan, y como apenas tienen para ellos, menos tienen para mí, que soy forastero. ¡Oh! ¡Qué miseria la de Galicia! Cuando por las noches llego a una de esas pocilgas

que ellos llaman *posadas*, y pido por Dios un pedazo de pan para comer y un poco de paja para dormir, me maldicen y me contestan que en Galicia no hay pan ni paja, y a buen seguro que desde que estoy en Galicia no he visto ninguna de las dos cosas; sólo un poco de lo que llaman aquí *broa* y unos desperdicios de cañas, usadas para cama de los caballos; me duelen todos los huesos desde que entré en Galicia.

Yo.—A pesar de todo, ha venido usted a un país que llama miserable, en busca de un tesoro.

Benedicto.—¡Oh!, *yaw*, pero el *Schatz* está enterrado; no está sobre la tierra; en Galicia no hay dinero en la haz de la tierra. Lo desenterraré, y luego compraré un coche con seis mulas y me iré a Lucerna; si al *Herr* le agrada irse conmigo, será muy bien recibido.

Yo.—Me temo que se haya metido usted en un callejón sin salida. ¿Qué piensa usted hacer? ¿Tiene usted algún dinero?

Benedicto.—Ni un *cuarto*; pero una vez en Santiago, eso ya no me importa. Estoy cerca del *Schatz*; además le he visto a usted, que es buena señal; esto quiere decir que aún está aquí el *Schatz*. Voy a ir a la mejor *posada* de la población y viviré como un duque, hasta que se me presente la ocasión de desenterrar el *Schatz*, con el que pagaré todos los gastos.

—No haga usted eso—repliqué yo—. Busque un sitio para dormir y procúrese algún trabajo. Mientras tanto, tenga esta pequeñez para remediarse. Creo que el tesoro que ha venido a buscar sólo existe en su imaginación de usted.

Le di un duro y me marché.

Nunca he gozado de paseos más encantadores que en las cercanías de Santiago. Mi amigo, el bueno y anciano librero, me acompañaba casi

siempre. Vagábamos por las frondosas márgenes de los numerosos arroyuelos, gozando de los placenteros atardeceres veraniegos de aquella parte de España. El tema de nuestros coloquios era de ordinario la religión; pero también hablábamos con frecuencia de los países extranjeros visitados por mí, y otras veces de cosas que interesaban personalmente a mi amigo. «Los libreros españoles—decía—somos todos liberales; no somos amigos del sistema frailuno, ni podríamos serlo. Los frailes favorecen las tinieblas, y nosotros vivimos de esparcir la luz. Somos muy amantes de nuestra profesión, y más o menos, todos hemos padecido por su causa. Muchos de los nuestros fueron ahorcados en los tiempos de terror, por vender inofensivas traducciones del francés o del inglés. Poco después de ser derrocada la Constitución por Angulema y las bayonetas francesas, tuve que huír de Santiago y refugiarme en la parte más agreste de Galicia, cerca de Corcubión. A no ser por los buenos amigos, no lo contaría ahora; con todo, me costó mucho dinero arreglar el asunto. Mientras estuve escondido, se hicieron cargo de la librería los funcionarios de la curia eclesiástica, y le decían a mi mujer que era menester quemarme por haber vendido libros malos. Pero esos tiempos ya pasaron, gracias a Dios, y espero que no han de volver.»

Una vez íbamos paseando por las calles de Santiago, y el librero se detuvo delante de una iglesia, poniéndose a contemplarla atentamente. Como no ofrecía a la vista nada notable, le pregunté la causa de su interés. «En tiempo de los frailes—me dijo—esta iglesia tenía derecho de asilo, y cualquier criminal que se refugiaba en ella quedaba en salvo. A todos alcanzaba su protección, aun a los más viles, menos a los *negros*, como llamaban a los liberales.»

—¿A los asesinos también?—pregunté.

—A los asesinos y a otros delincuentes peores. Entre paréntesis: he oído decir que ustedes los ingleses miran con la más extremada aversión el homicidio; ¿creen ustedes, en efecto, que es un crimen enorme?

—¿Pues no lo hemos de creer?—repliqué.—En todos los demás cabe reparación; pero si quitamos la vida lo quitamos todo.

—Los frailes pensaban de otro modo—replicó el anciano—, y consideraron siempre el homicidio como una *friolera*; pero no así el delito de casarse sin dispensa dos primos hermanos, para el que, a creerlos, difícilmente hay remisión en este mundo ni el otro.

Dos o tres días después de esto estábamos sentados en mi habitación de la *posada*, conversando, cuando Antonio abrió la puerta y dijo, sonriente, que abajo estaba un «señor» extranjero que pretendía hablarme. «Que suba»—respondí; y casi al instante apareció Benedicto Mol.

—Aquí tiene usted una persona singularísima—dije al librero—. En general, ustedes los gallegos se marchan de su tierra para hacer dinero; éste, por el contrario, viene aquí a buscarlo.

Rey Romero.—Y hace muy bien. Galicia es la provincia de España que más riquezas naturales encierra; pero los habitantes son muy lerdos, y no saben utilizar los dones que les rodean; en prueba de lo que puede sacarse de Galicia, vea usted a los catalanes que se han establecido aquí: todos son ricos. Hay riquezas por todas partes, sobre la tierra y debajo de ella.

Benedicto.—¡Oh!, *yaw*, en tierra, eso es lo que yo digo. Hay muchos más tesoros debajo de tierra que encima de ella.

Yo.—¿Ha descubierto usted desde que no nos vemos el sitio donde dice usted que está escondido el tesoro?

Benedicto.—Sí; ahora lo sé ya todo. Está enterrado en la sacristía de San Roque.

Yo.—¿Cómo lo ha averiguado usted?

Benedicto.—Verá usted. Al día siguiente de llegar, anduve paseándome por la población, en busca de la iglesia; pero no encontré ninguna que correspondiese con las señas que me dió mi camarada antes de morir en el hospital. Entré en bastantes, examinándolas con cuidado, pero en vano; no pude dar con el sitio que yo veía con los ojos del alma. Conté el caso a la gente de mi posada y me aconsejaron que llamase a una *meiga*.

Yo.—¡Una *meiga*! ¿Qué es eso?

Benedicto.—¡Oh! Una *Haxweib*, una bruja; los gallegos en su jerga, de la que no entiendo una palabra, la llaman bruja. Consentí, y enviaron a buscar a la *meiga*. ¡Ah, qué *Weib* es la *meiga*! No he visto nunca mujer igual; tan alta como yo, su rostro es tan redondo y tan rojo como el sol. Me preguntó muchas cosas en gallego, y cuando le dije todo lo que necesitaba saber sacó una baraja de naipes y fué poniéndolos en la mesa de un modo particular; me dijo, al fin, que el tesoro está en la iglesia de San Roque, cosa cierta, seguramente, pues he ido a la iglesia y corresponde con toda exactitud a las señas que me dió el compañero muerto en el hospital. ¡Oh!, esa *meiga* es una *Hax* muy poderosa. Es muy conocida en estos contornos y se sabe que ha hecho muchos daños en el ganado. En pago de su trabajo le di medio duro, del que usted me regaló.

Yo.—Pues se ha portado usted como un tonto; la bruja le ha engañado groseramente. Pero aun siendo verdad que el tesoro esté en la iglesia que usted dice, no es probable que le permitan remover el suelo de la sacristía para desenterrarlo.

Benedicto.—Ese asunto va ya por muy buen camino. Ayer fuí a confesarme con un canónigo, que me dió la absolución y su bendición; no es que a mí me importen mucho esas cosas; pero sí sé que este es el modo mejor de entrar en materia; me confesé, y luego hablé de mis viajes, y acabé por contar al canónigo lo del tesoro, y le propuse que si me ayudaba nos lo repartiríamos entre los dos. ¡Oh!, quisiera que hubiesen ustedes visto la cara que puso. En el acto aceptó la propuesta, y me dijo que podía ser un buen negocio; me estrechó la mano, afirmando que soy un suizo honrado y muy buen católico.

Después le propuse que me admitiera en su casa y me tuviese con él hasta que se presentase ocasión de desenterrar juntos el tesoro. Pero a eso se negó.

Rey Romero.—Lo que es eso, lo creo: cuente usted con que ningún canónigo se comprometerá hasta ese punto sin razones muy fuertes para ello. Las historias de tesoros ocultos están ya muy gastadas; por aquí se han oído contar casi desde los tiempos de los moros.

Benedicto.—Me aconsejó ir a ver al capitán general y pedirle permiso para las excavaciones, prometiéndome, si lo obtenía, ayudarme con toda su influencia.

En diciendo esto, el suizo se fué, y no volví a ver e ni oí hablar de él en todo lo demás del tiempo que estuve en Santiago.

El librero no se cansaba de enseñarme su ciudad natal, de la que era entusiasta admirador. La verdad es que en ninguna parte he encontrado el sentimiento localista, muy extendido por toda España, tan fuerte como en Santiago. Con tal que su ciudad prospere, a los santiagueses les importa poco que las demás ciudades gallegas perezcan. Su antipatía a la ciudad de

La Coruña no tenía límites, sentimiento agravado en no corta medida por la traslación de la capitalidad provincial desde Santiago a La Coruña. No me toca a mí, que soy extranjero, decir si el cambio era o no recomendable; pero mi opinión íntima es por completo adversa a él. Santiago es una de las ciudades más céntricas de Galicia, con importantes núcleos de población por todos lados, mientras que La Coruña está en un extremo, a gran distancia del resto de la región. «Es una lástima que los *vecinos* de La Coruña no puedan inventar un medio de llevarse nuestra catedral, como se han llevado nuestro gobierno—decía un santiagués—. Así harían mejor papel, porque ahora no tienen una iglesia donde se pueda decir misa.» «También es gran lástima—decía otro—que no puedan llevarse nuestro hospital, para no verse obligados a enviarnos sus enfermos pobres. Siempre me ha parecido que los enfermos de La Coruña tienen mucho peor cara que los de otras partes; pero ¿qué puede venir de La Coruña que sea bueno?»

En compañía del librero visité el hospital; pero no me detuve mucho tiempo en él, porque la miseria y la suciedad reinantes me arrojaron rápidamente a la calle. La verdad es que Santiago viene a ser el inmenso lazareto de Galicia, lo cual explica el prodigioso número de seres horribles que se ven por las calles, llegados, en su mayoría, en demanda de asistencia médica, que se les administra—según pude saber—con escasez e ineficacia. Entre aquellos desgraciados descubría a veces algún caso de la terrible lepra, e instantaneamente huía de él con un «Dios te remedie», como un judío de la antigüedad. Galicia es la única provincia de España donde aún son frecuentes los casos de lepra; prueba convincente de que esta enfermedad es producida por la mala alimentación y por el descuido en la limpieza,

porque los gallegos, en lo tocante a las comodidades de la vida y a los hábitos civilizados, están, por confesión propia, mucho más atrasados que los demás naturales de España.

—Además del hospital general—dijo el librero—tenemos una leprosería. ¿Quiere usted verla? En Santiago hay de todo. Nada falta: hasta la lepra tiene aquí albergue.

—No me opongo a que vayamos a ver la leprosería; pero ha de ser desde lejos, porque lo que es entrar, no entro.

Dicho esto me llevó por el camino de Padrón y Vigo abajo, e indicándome dos o tres chozas, exclamó:

—Esa es la leprosería.

—Muy pobre me parece—respondí—. ¿Qué comodidades pueden encontrar ahí dentro los enfermos? ¿Quién los cuida?

—Ahí los dejan entregados a sí mismos—respondió el librero—. Probablemente se morirán a veces por abandono. En otro tiempo la leprosería estaba bien dotada, con rentas bastantes para sostenerla; pero también fueron secuestradas en las revueltas últimas. Ahora, los leprosos menos repulsivos se sitúan por lo común al borde de la carretera y mendigan para todos. Vea usted, ahí está uno.

Era cierto: un leproso, medio desnudo, descubiertas las relucientes escamas, aparecía sentado al pie de una cerca ruinosa. Arrojamos unas monedas en el sombrero de aquel ser infortunado, y nos fuimos.

—Mala enfermedad es ésta—dijo mi amigo—, y yo, que he visto muchos leprosos, confieso que su proximidad me hace poca gracia. La verdad: preferiría que no entrasen, como entran algunas veces, en mi tienda a pedir limosna. Tengo entendido que la lepra es la enfermedad más

contagiosa que hay; pero existe una variedad de virulencia terrible, la más temida de todas: es la lepra elefantina. A los que mueren de ella los queman, por disposición de la ley, y se aventan las cenizas, porque si el cuerpo de esos leprosos se enterrase en el cementerio, la enfermedad se propagaría en seguida incluso a los demás muertos allí enterrados. Al menos, eso es lo que se cree por aquí. Ahora se está siguiendo causa por haber enterrado en el cementerio los cadáveres de unas víctimas de la lepra elefantina. Funesta es la lepra en cualquiera de sus formas, pero sobre todo la elefantina.

—Hablando de cadáveres—dije yo—, ¿cree usted que los huesos de Santiago están realmente enterrados en Compostela?

—¿Qué puedo decir yo?—respondió el anciano—. De eso sabe usted tanto como yo. Debajo del altar mayor hay una piedra muy grande que, según dicen, cierra la boca de un profundo pozo en cuyo fondo se cree que están enterrados los huesos de Santiago; por qué los pusieron en el fondo de un pozo es un misterio insondable para mí. Uno de los dependientes de la iglesia me ha contado que una noche estaba de guardia con un compañero dentro de la iglesia, porque unos ladrones habían asaltado poco antes una de las capillas y cometido un sacrilegio; el tiempo se les hacía pesado, y para entretenerse, en el silencio de la noche, tomaron una palanca, removieron la losa y miraron en la sima abierta: estaba obscura como una tumba; entonces ataron un peso al extremo de una cuerda larga y lo echaron dentro. A muy gran profundidad chocó, al parecer, contra un objeto sólido, haciendo un ruido opaco, como de plomo. Supusieron que podía ser un ataúd, y quizás lo fuese; pero ¿de quién? Esa es la cuestión.

* * *

Capítulo XXVIII

Los mareantes de Padrón.— Caldas de los Reyes.— Pontevedra.— El notario público.— La insania de un barbero.— Una presentación.— La lengua gallega.— Paseo por la tarde.— Vigo.— El forastero.— Los judíos del desierto.— La bahía de Vigo.— Una interrupción brusca.— El gobernador.

Después de estar unos quince días en Santiago, montamos de nuevo a caballo y proseguimos el viaje en dirección de Vigo. Como salimos de Santiago ya muy entrada la tarde, no pasamos aquel día de Padrón, distante sólo tres leguas. Padrón es un pequeño puerto situado en una ría, y lo llaman así por razón de brevedad; pero su nombre verdadero es *Villa del Padrón*, o ciudad del santo patrono, porque ésta fué, según la leyenda, la principal residencia del santo en Galicia. Los romanos llamaron a este lugar Iria Flavia. Es una ciudad pequeña, pero floreciente, con comercio marítimo de alguna importancia, pues sus barquichuelos surcan a veces el Golfo de Vizcaya, y hasta llegan al Támesis y a Londres.

Hay una curiosa anécdota referente a los mareantes de Padrón que no estará enteramente fuera de lugar aquí, pues se relaciona con la circulación de las Escrituras. Hallándome un día en la tienda de mi amigo el librero de

Santiago, entró un sacerdote corpulento, con aspecto de buen humor. Tomó uno de mis Testamentos y al instante rompió en una ruidosa carcajada.

—¿Qué ocurre?—preguntó el librero.

—La vista de este libro me trae a la memoria un sucedido—repuso el otro—. Hace unos veinte años, cuando a los ingleses se les metió por vez primera en la cabeza convertirnos a los españoles a su manera de pensar, repartieron gran número de libros de esta clase entre los españoles que iban a Londres; algunos cayeron en manos de ciertos mareantes de Padrón, y cuando esta buena gente regresó a Galicia se observó que se habían vuelto muy tercos y amigos de disputar. Apenas aventuraba alguien delante de ellos una opinión, la contradecían de plano, sobre todo si se trataba de asuntos religiosos. «Eso es falso—decían—. San Pablo, en tal capítulo y en tal versículo, afirma exactamente lo contrario.» «¿Qué sabes tú lo que San Pablo ni otros santos han escrito?»—les preguntaban los curas—. «Más de lo que ustedes se figuran—respondían—. Ya no se nos puede tener en tinieblas y en la ignorancia respecto de esas cosas», y entonces exhibían sus libros y leían párrafos y más párrafos, haciendo comentarios que escandalizaban a todos; no les importaba nada el Papa, y hasta hablaban con irreverencia de las reliquias de Santiago. El caso se divulgó pronto, y de nuestra sede salieron órdenes para secuestrar los libros y quemarlos. Así se hizo; los mareantes fueron castigados o reprendidos, y no he vuelto a oír hablar de ellos. No he podido por menos de reirme al ver esos libros acordándome de los mareantes de Padrón y de sus disputas religiosas.

Al día siguiente llegamos a Pontevedra. Como no se decía que por allí hubiese ladrones, viajábamos solos y sin escolta. El camino es bello y

pintoresco, aunque algo solitario, sobre todo después que dejamos atrás la pequeña ciudad de Caldas. En España hay varias poblaciones de ese nombre. Esta de que hablo se llama, para distinguirla de las demás, Caldas de los Reyes. No estará de más advertir que el español *Caldas* es sinónimo del morisco *Alhama*, palabra muy frecuente en la topografía de España y Africa. Caldas tiene, al parecer, muy bien puesto su nombre. Se alza en una confluencia de manantiales, y cuando pasamos por allí estaba atestada de gente que acudía a curarse con las aguas. En el curso de mis viajes he observado que siempre hay vestigios de volcanes en las cercanías de los manantiales de aguas calientes, ya sea montañas hendidas, o gruesos peñascos que emergen aislados en la llanura o en la ladera como si los titanes hubiesen estado jugando a los bolos. Este último rasgo es el que domina en Caldas; la vertiente Sur de la montaña se halla cubierta de inmensas piedras de granito, expelidas, en alguna antiquísima erupción, de las entrañas de la tierra. Desde Caldas a Pontevedra el camino es montuoso y cansado; tuvimos mucho calor, y las nubes de moscas, una de las plagas de Galicia, molestaban tanto a nuestros caballos, que nos obligaron a cortar unas ramas de árbol para protegerles la cabeza y el cuello contra los atormentadores aguijones de aquellos insectos sedientos de sangre.

Para viajar a caballo por Galicia en esa época del año, es muy recomendable llevar una red fina para defensa del animal, remedio seguro y cómodo, completamente desconocido en Galicia, por las muestras, no obstante ser quizá el país del mundo en que más se necesita.

Pontevedra, en conjunto, merece el nombre de ciudad monumental, pues algunos de sus edificios públicos, en especial los conventos, son tales como no se ven en parte alguna, fuera de España e Italia. Rodéanla

murallas de piedra labrada, y se alza en el fondo de una ensenada, en la que desemboca el río Lérez. Dícese que fué fundada por una colonia griega, cuyo jefe era nada menos que Teucer el Telamonio. En tiempos antiguos fué plaza comercial importante; cerca del puerto se ven las ruinas de un *farol*, o faro, que pasa por ser antiquísimo. El puerto, empero, muy distante de la ciudad, es incómodo y muy poco profundo. La comarca pontevedresa es de incomparable amenidad, abundante en frutas de todo género, especialmente en uvas, que en la estación propicia muestran, pendientes de las *parras*, su deliciosa lozanía. Un antiguo autor andaluz ha dicho que aquí se producen tantos naranjos y limoneros como en la campiña cordobesa; pero las naranjas no son buenas y no pueden competir con las de Andalucía. Los pontevedreses se jactan de que su suelo produce dos esquilmos al año, y que mientras recogen una cosecha siembran la otra. Razón tienen para enorgullecerse de una tierra como la suya, pródigamente dotada.

La ciudad está en gran decadencia, y a pesar de la suntuosidad de sus edificios públicos, encontramos allí aún más suciedad y miseria que las usuales en Galicia. La *posada* era misérrima, y para acabarlo de arreglar la posadera tenía un genio regañón inaguantable. Porque Antonio se quejó de la calidad de algunos de los comestibles que nos servía, empezó a maldecirle violentamente en la lengua del país, única que sabía hablar, y le amenazó, si intentaba producir desorden en la casa, con echarle a la calle a él, a los caballos y a su amo. Ni el mismo Sócrates se hubiera conducido en tal ocasión con más prudencia que Antonio, quien se encogió de hombros, murmuró unas palabras en griego y guardó silencio.

—¿Dónde vive el notario público?—pregunté—. Es de saber que el

notario público vendía libros, y para él llevaba yo una recomendación de mi amigo de Santiago. Un muchacho me guió a casa del *señor* García, que tal era el nombre del notario. Me encontré con un hombre de unos cuarenta años, vivo, altivo y locuaz. De muy buen grado se encargó de vender mis Testamentos, y en un abrir y cerrar de ojos le vendió dos a un cliente, aldeano por las muestras, que le esperaba en el despacho. El notario era un patriota entusiasta; pero claro es que en sentido local, porque no le importaba más país que Pontevedra.

Los tales vigueses—me dijo—pretenden que su ciudad es mejor que la nuestra, y que tiene más títulos para ser la capital de esta parte de Galicia. ¿Ha oído usted jamás un desatino semejante? Le digo a usted, amigo, que me importaría muy poco que ardiese Vigo con cuantos mentecatos y bribones encierra. ¿Se le ocurriría a usted jamás comparar Vigo con Pontevedra?

—No lo sé—repuse—; nunca he estado en Vigo; pero he oído decir que su bahía es la mejor del mundo.

—¿La bahía, buen señor? ¡La bahía! Sí; esos bribones tienen una bahía, y la bahía es la que nos ha robado todo nuestro comercio. Pero ¿qué necesidad tiene de una bahía la capital de una provincia? Lo que necesita son edificios públicos donde puedan reunirse los diputados provinciales a tratar de sus asuntos; pues bien: lejos de tener Vigo un edificio público bueno, no hay una casa decente en todo el pueblo. ¡La bahía! Sí, tienen una bahía; ¿pero tienen agua para beber? ¿Tienen fuentes? Sí, las tienen; pero el agua es tan salobre, que haría reventar a un caballo. Espero, querido amigo, que no habrá hecho usted un viaje tan largo para ponerse de parte de una gavilla de piratas como los de Vigo.

—No he venido a ponerme de su parte—contesté—; la verdad es que no sabía yo que necesitasen mi ayuda en esta disputa. Sólo vengo a traerles el Nuevo Testamento, del que están al parecer muy necesitados, si son tan pícaros e infames como usted los pinta.

—¿Pintarlos, querido amigo? Pero ¿no lo dice el caso por sí solo? ¿No sostienen que su ciudad es más apropiada que la nuestra para ser capital de la provincia? *¡Qué disparate! ¡Que bribonería!*

—¿Hay en Vigo alguna librería?—pregunté.

—Había una perteneciente a un barbero loco. Afortunadamente para usted la librería quebró y su dueño ha desaparecido. No hubiera dejado de jugarle a usted una de estas dos malas partidas: o hacerle una cortadura en el cuello, so pretexto de afeitarle, o encargarse de sus libros y no darle nunca cuentas de su venta. ¡Una bahía! ¡Quisiera yo ver qué derecho tiene a una bahía un nido de lechuzas como Vigo!

No es posible tratar a nadie con más bondad que el notario público me trató a mi en cuanto le convencí de que no tenía intención de ponerme de parte de los de Vigo contra Pontevedra. Eran entonces las seis de la tarde; sin dilación me llevó a una confitería y me obsequió con un helado y una jícara de chocolate. Salimos luego a pasear por la ciudad, y el notario fué mostrándome varios edificios, especialmente el convento de los jesuítas. «Vea usted esa fachada. ¿Qué le parece?»—decía.

Al expresarle la admiración sincera que sentía, acabé de conquistar el corazón del buen notario. «Supongo que en Vigo no habrá nada como esto»—le dije—. Me miró un instante, guiñó los ojos, ahogó una risita de triunfo, y prosiguió su camino andando a tremenda velocidad. El *señor* García iba vestido enteramente como un notario inglés. Llevaba sombrero

blanco, levita obscura, calzones de lana gris abotonados en las rodillas, medias blancas y zapatos negros bien embetunados. Pero nunca he visto a un notario inglés andar tan de prisa; aquello apenas podía llamarse andar; más parecía una sucesión de sacudidas eléctricas y de brincos. Viéndome en la imposibilidad de seguirle, le pregunté falto de alientos:

—¿Adónde me lleva usted?

—A casa del hombre de más talento de España—replicó—, a quien voy a presentarle a usted. No vaya usted a pensar que Pontevedra sólo se enorgullece de sus edificios públicos y de la hermosura de su suelo: produce también más espíritus esclarecidos que ninguna otra ciudad de España. ¿Ha oído usted hablar alguna vez del gran Tamerlán?

—Sí tal—respondí—. Pero no procedía de Pontevedra ni de sus alrededores; vino de las estepas de Tartaria, cerca del río Oxo.

—Ya lo sé—replicó el notario—; pero lo que yo quiero decir es que, cuando Enrique III tuvo que enviar un embajador a aquel africano, el único hombre que halló a propósito para el caso fué un caballero de Pontevedra llamado don...[1] ¡Que los de Vigo rebatan ese hecho si pueden!

Entramos en un ancho portal y subimos una suntuosa escalera, al final de la que el notario llamó a una puerta pequeña.

—¿A quién me va usted a presentar?—le pregunté.

—A un abogado que se llama...—replicó García. Es el hombre de más talento de España, y conoce todas las lenguas y todas las ciencias.

Nos abrió una mujer de aspecto respetable, con todas las muestras de ser el ama de gobierno, y luego de decirnos, contestando a nuestras preguntas, que el abogado estaba en casa, nos llevó a una inmensa sala, o más bien librería, pues los muros estaban cubiertos de libros excepto en

dos o tres sitios ocupados por algunos buenos cuadros de escuela española antigua. Los suaves rayos del sol poniente entraban por una ventana con cristales de colores, y esclarecían el aposento. Detrás de la mesa estaba sentado el abogado, a quien miré con no pequeña curiosidad. Tenía la frente alta y llena de arrugas, y las facciones muy graves, netamente españolas. Vestía una especie de hopalanda, y frisaba en los sesenta años. Estaba leyendo, sentado detrás de una ancha mesa, y, al entrar nosotros, medio se incorporó y nos hizo una ligera reverencia.

El notario le hizo un saludo reverente, y en voz baja le pidió permiso para presentarle un amigo, un caballero inglés que viajaba por Galicia.

—Tengo mucho gusto en verle—dijo el abogado—; pero espero que hablará castellano, pues en otro caso apenas podríamos comunicarnos; aunque leo el francés y el latín, no los hablo.

—Habla el español casi tan bien como si fuera de Pontevedra—repuso el notario.

—Los naturales de Pontevedra—observé yo—me parecen más versados en gallego que en castellano, pues la mayor parte de las conversaciones que oigo en la calle son en aquel dialecto.

—El último caballero que me presentó mi amigo García—dijo el abogado—era un portugués que hablaba muy poco o nada el español. Dicen que el gallego y el portugués se parecen mucho; pero cuando quisimos hablar en las dos lenguas no nos fué posible entendernos. Yo entendía poco de lo que él decía, y mi gallego era para él completamente ininteligible. ¿Entiende usted el dialecto local?—continuó.

—Muy poco—repliqué—. Debe de ser principalmente por el acento peculiar y la pronunciación, nueva para mí, de los gallegos, porque su

lengua está compuesta casi del todo de palabras españolas y portuguesas.

—De modo que es usted inglés—dijo el abogado—. Sus compatriotas han hecho mucho daño antiguamente en estas regiones, si hemos de creer a las historias.

—Sí—dije yo—; hundieron los galeones y quemaron los mejores barcos de guerra de ustedes en la bahía de Vigo, y en tiempo de lord Cobham impusieron a la ciudad de Pontevedra una contribución de cuarenta mil libras esterlinas.

—Cualquier potencia extranjera—interrumpió el notario—tiene perfecto derecho para atacar a Vigo; pero no concibo qué podían alegar sus compatriotas de usted para arruinar a Pontevedra, ciudad respetable que nunca les hizo daño.

—*Señor* caballero—dijo el abogado—, voy a enseñarle a usted mi librería. Aquí tiene usted una obra curiosa, una colección de poemas, escritos casi todos en gallego por el cura de *Fruime*. Es nuestro poeta nacional y nos enorgullecemos de él.

Estuvimos más de una hora con el abogado; su conversación, si no me convenció de que fuese el hombre de más talento de España, era, en general, de gran interés; el abogado poseía, ciertamente, una ilustración general bastante extensa, aunque le faltaba muchísimo para ser el profundo filólogo que el notario me había dicho[2].

En la tarde del siguiente día, al disponerme a salir de Pontevedra, el *señor* García, en pie junto a mi caballo, me abrazó, y me deslizó en la mano un folletito. «Este libro—me dijo—contiene una descripción de Pontevedra. Hable usted bien de Pontevedra dondequiera que vaya.» Asentí con la cabeza. «Espere—añadió—. He oído hablar, mi querido

amigo, de la Sociedad a que usted pertenece, y trabajaré cuanto pueda en favor de sus designios. Lo hago con absoluto desinterés; pero si alguna vez, andando el tiempo, tuviese usted ocasión de hablar en letras de molde del *señor* García, notario de Pontevedra—ya usted me entiende—, deseo que no deje de hacerlo.»

—Así lo haré—contesté yo.

El recorrido de Pontevedra a Vigo es sólo de cuatro leguas, y fué un agradable paseo a caballo que hicimos en una tarde. Al acercarnos a Vigo, el terreno iba siendo extremadamente montañoso, aunque el paisaje era de insuperable hermosura. Las vertientes de las montañas estaban casi todas cubiertas de frondosas arboledas, hasta la misma cúspide, aunque a veces algún pico de roca desnuda asomaba, alzándose hasta las nubes.

Al anochecer, el camino se entenebreció, envolviéndolo las montañas y bosques circundantes en profundas sombras. Pero era un camino muy transitado: oíamos el chirriar de muchos carros que iban por él y continuamente nos cruzábamos con numerosos jinetes y peatones. Las aldeas eran frecuentes. Las *parras* crecían con lozana pompa, aún mayor, si cabe, que en el campo de Pontevedra. Por todas partes reinaban la actividad y la vida. El zumbido de los insectos, el alegre ladrar de los perros, los rudos cantares de Galicia, se mezclaban en deleitosa sinfonía. Tan placentero fué el viaje, que casi sentí llegar a las puertas de Vigo.

La ciudad ocupa la parte baja de un elevado cerro, más escarpado y pendiente a medida que se sube hacia el castillo que lo corona. El casco de la población es pequeño y compacto, rodeado de murallas bajas; las calles son angostas, empinadas y tortuosas; en medio de la ciudad hay una plaza pequeña.

Hay un *faubourg* de regular extensión a lo largo del borde de la bahía. Encontramos una excelente *posada*, regida por un matrimonio vascongado, cortés e inteligente. Las calles estaban abarrotadas y todo en la ciudad era ruido y jolgorio. Lucía un desdichado simulacro de iluminación, puesta por el vecindario para celebrar una victoria ganada, o que se afirmaba haber ganado, contra las tropas del Pretendiente. Por todas partes se veían uniformes militares. Para mayor bullicio, acababa de llegar de Oporto una compañía de cómicos portugueses, y aquella noche iban a dar su primera representación en Vigo. «¿Representan la comedia en español?»—pregunté—. «No—me respondieron—, y por eso tiene todo el mundo tantos deseos de ir; otra cosa sería si representaran en una lengua que todos entendieran.»

A la mañana siguiente hallábame sentado, para desayunarme, en un vasto aposento que miraba a la *Plaza Mayor* de Vigo. El sol lucía esplendoroso, y todas las cosas en torno aparecían animadas, jocundas. En aquel momento entró un desconocido, me hizo una reverencia profunda y se plantó en la ventana, donde permaneció buen rato en silencio. Era un hombre como de treinta y cinco años, de muy notable presencia. Sus facciones eran de absoluta corrección, casi puedo decir de perfecta belleza. Tenía el pelo negrísimo y lustroso; los ojos, grandes, negros y melancólicos; pero lo que más me llamó la atención fué su tez, de tono oliváceo amoratado. Vestía con primorosa elegancia según la moda francesa. Llevaba al cuello una gruesa cadena de oro, en los dedos anchos anillos, y engastado en uno de ellos, un magnífico rubí. «¿Quién será este hombre?—pensé yo—. ¿Español, portugués? Acaso un criollo.» Le hice una pregunta indiferente en español, y me contestó en el mismo idioma;

pero su acento me convenció de que no era español ni portugués.

—Si no me engaño, hablo con un inglés, señor—me dijo en el mejor inglés que puede hablar un extranjero.

Yo.—Lo ha acertado usted; pero yo, en cambio, no acabo de adivinar qué país es el suyo.

El desconocido.—¿Puedo tomar asiento?

Yo.—Singular pregunta. ¿No tiene usted tanto derecho como yo a sentarse en la sala común de una posada?

El desconocido.—No estoy seguro de ello. A la gente de aquí, en general, no le gusta verme tomar asiento a su lado.

Yo.—Quizás por las opiniones políticas de usted, o porque haya usted tenido la desgracia de cometer algún delito.

El desconocido.—No tengo opiniones políticas, y no he cometido, que yo sepa, delito alguno. Aquí me odian por mi país y mi religión.

Yo.—¿Estoy hablando quizás con un protestante, como yo?

El desconocido.—No soy protestante. Si lo fuese, se andarían con más tiento para demostrarme su odio, porque entonces tendría un Gobierno y un cónsul que me defendieran. Soy judío, judío de Berbería, súbdito de Abderramán.

Yo.—En tal caso, no tiene usted mucho de qué lamentarse si aquí le miran mal, puesto que en Berbería los judíos son esclavos.

El desconocido.—En casi todas partes lo son, es cierto; pero no donde yo he nacido, muy en el interior del país, cerca de los desiertos. Allí los judíos son libres y temidos, y tan valientes como los mismos musulmanes; saben domar potros y manejar el fusil. Los judíos de nuestra tribu no son esclavos, y no queremos que se nos trate como tales por los cristianos ni

por los moros.

Yo.—La historia de usted debe de ser muy curiosa; quisiera conocerla.

El desconocido.—No pienso contarle mi historia a nadie. He viajado mucho, dedicado al comercio, y he prosperado. Ahora estoy establecido en Portugal; pero no me gusta la gente de los países católicos, y menos que ninguna la de España. Al llegar aquí he sufrido injusticias vergonzosas en la *aduana*, y, al protestar, se rieron de mí y me llamaron judío. Por dondequiera que voy, veo escarnecer a los judíos, excepto en el país de usted; por eso mi corazón se apasiona por los ingleses. Usted es aquí un forastero. ¿Puedo servirle en algo? No tiene usted más que mandarme.

Yo.—Se lo agradezco a usted con toda el alma, pero no necesito nada.

El desconocido.—¿Trae usted letras? Yo le tomo a usted las que traiga.

Yo.—Nada necesito. El favor que puede usted hacerme es aceptar de mí un libro.

El desconocido.—Lo aceptaré muy agradecido. Sé cuál es. ¡Qué pueblo tan singular: el mismo vestido, el mismo semblante, el mismo libro! Pelham me dió uno en Egipto. ¡Adiós! Jesús fué un hombre virtuoso, quizás un profeta; pero... ¡adiós!

Bien pueden los pontevedreses envidiar a los de Vigo su bahía, con la que, en muchas cualidades, no puede compararse ninguna otra en el mundo. Altas y escarpadas montañas la defienden por todos lados, menos por el Oeste, abierto sobre el Atlántico; pero en medio de la boca surge una isla, imponente muro de roca, que rompe el oleaje e impide que las mareas del Poniente invadan la bahía con violencia. A cada lado de la isla hay un paso, bastante ancho para que los barcos puedan atravesarlo en cualquier tiempo con toda seguridad. La bahía es oblonga, y se mete mucho tierra

adentro; es tan vasta, que mil navíos de línea pueden maniobrar en ella sin estorbarse. Las aguas son obscuras, sosegadas y profundas, sin bajíos ni arenas; de suerte que el barco de guerra más soberbio puede surgir a tiro de piedra de los muros de la ciudad sin averiarse la quilla.

Aquella bahía ha presenciado muchos sucesos memorables, ha visto armamentos poderosos. Allí se reunieron los corpulentos barcos de la Invencible; desde allí, cargada con la pompa, el poderío y el terror de la vieja España, la monstruosa escuadra, desplegando sus enormes velas al viento, zarpó orgullosamente para arrasar la isla luterana. La mitad de los bosques de Galicia fué arrasada, y todos los marineros de las mil bahías y rías de las agrias costas cantábricas fueron enganchados a la fuerza para construir y armar la flota. Allí fué donde las banderas unidas de Inglaterra y Holanda humillaron el orgullo de España y Francia: sus navíos de guerra estallaron, volando sus astillas inflamadas sobre las cumbres de las montañas de Galicia, y los galeones, en llamas, se hundieron con sus tesoros, mientras iban a la deriva en dirección de Sampayo. En las costas de aquella bahía fué donde la guardia inglesa vació por vez primera las *bodegas* españolas, mientras las bombas de Cobham hundían las techumbres del castillo de Castro, y los *vecinos* de Pontevedra enterraban sus doblones en las cuevas, y los correos llevaban a escape a Lugo y Orense la noticia de la invasión de los herejes y del desastre de Vigo. Todos esos hechos acudían a mi mente, contemplando la bahía desde un punto muy alto de la montaña, a muy corta distancia del fuerte.

—¿Qué está usted haciendo ahí, caballero?—gritaron varias voces—. ¡Quieto, *Carracho*! Si intenta usted correr, le descerrajo un tiro.

Miré en torno y vi, exactamente encima de mí, tres o cuatro

individuos, soldados por las muestras, vestidos con sucios uniformes, en un tortuoso sendero que trepaba por la colina. Teníanme encañonado con sus fusiles.

—¿Qué estoy haciendo? Ya lo ven ustedes: nada—respondí—, como no sea mirar la bahía. Y en eso de correr, no hay cuidado: el terreno no es a propósito.

—Dése usted preso—dijeron—, y venga usted con nosotros al castillo.

—Precisamente estaba pensando en ir allá antes de recibir su amable invitación—contesté—. Deseo ver el fuerte.

Me encaramé al lugar donde estaban, y en el acto me rodearon; con esa escolta llegué al castillo, que en su tiempo habría sido muy importante, pero ahora ruinoso.

—Sospechamos que es usted un espía—dijo el cabo, que iba delante.

—¿De veras?—contesté.

—Sí—repuso el cabo—, y en estos últimos tiempos hemos cogido y fusilado varios.

Encaramado en uno de los parapetos del castillo estaba un joven, con uniforme de oficial subalterno, a quien me presentaron.

—Hace media hora que estamos vigilándole a usted, mientras hacía observaciones—me dijo.

—Pues se han tomado ustedes un trabajo inútil—respondí—. Soy inglés, y me entretenía en contemplar la bahía. Quisiera que ahora tuviese usted la amabilidad de enseñarme el fuerte.

Hablamos un poco más, y el oficial dijo: «Me gusta ser amable con la gente de su país de usted: queda usted en libertad.» Me incliné, salí del fuerte y emprendí el descenso de la montaña. Cuando iba a entrar en la

ciudad, el cabo, que me había seguido ocultamente, me tocó en el hombro. «Venga usted conmigo a ver al gobernador»—dijo—. «Con mucho gusto»—respondí—. El gobernador estaba afeitándose cuando llegamos a su presencia, y apareció en mangas de camisa, con la navaja en la mano. Parecía de muy mal humor, debido quizás a que le habíamos interrumpido en su tocado. Me hizo dos o tres preguntas, y al saber que llevaba pasaporte y que era portador de una carta para el cónsul inglés, me dijo que podía marcharme cuando quisiera. Hice una reverencia al gobernador de la ciudad, como antes al gobernador del fuerte, y salí, encaminándome a la posada.

En Vigo hice muy poca cosa en punto a la distribución de mis libros; estuve allí unos cuantos días, y me marché, tomando de nuevo el camino de Santiago.

* * *

Notas

1. Alude a D. Pelayo Gómez de Sotomayor, primer enviado de Enrique III cerca de Tamerlán.

2. El abogado se llamaba D. Claudio González y Zúñiga, autor de la *Descripción Económica de la Provincia de Pontevedra*. Pontevedra, 1834. (Knapp).

Capítulo XXIX

Llegada a Padrón.— Un proyecto aventurado.— El *alquilador*.— Falta de palabra.— Un compañero singular.— Historia sencilla.— Un camino áspero.— La deserción.— La jaca.— Un diálogo.— Situación difícil.— La *Estadea*.— Nos anochece.— La choza.— La almohada del viajero.

Llegué a Padrón al caer la tarde, de vuelta de Pontevedra y de Vigo. Tenía el propósito de enviar a mi criado con los caballos a Santiago y alquilar un guía que me llevase a Finisterre. Difícil me sería justificar con alguna razón plausible el ardiente deseo que tenía de visitar ese lugar; pero recordaba que el año anterior me había librado casi por milagro de naufragar y perecer en los peñascales que bordean aquel punto extremo del Viejo Mundo, y pensé que llevar el Evangelio a un lugar tan apartado y agreste sería acaso una peregrinación acepta a los ojos de mi Hacedor. Verdad es que sólo me restaba un ejemplar de los que había llevado conmigo en esta última etapa; pero tal reflexión, lejos de desanimarme en mi proyecto, produjo el efecto contrario: consideré que el Señor, desde que se reveló al hombre, se había servido siempre para cumplir las más grandes obras de medios insuficientes en apariencia, y pensé que el único ejemplar restante podría por sí solo causar tanto bien como los otros cuatro mil

novecientos noventa y nueve de la edición de Madrid.

Sabía yo que mis caballos no servían en modo alguno para ir a Finisterre, porque los caminos y sendas corrían por barrancos pedregosos, por ásperas y empinadas montañas; resolví, pues, dejarlos atrás con Antonio, a quien tampoco quería yo exponer a las penalidades de un viaje como aquél. Sin pérdida de tiempo mandé buscar un *alquilador* y le expliqué mis intenciones. Díjome que tenía a mi disposición una excelente jaca de montaña y que él en persona me acompañaría; pero al propio tiempo añadió que el viaje era terrible para hombres y bestias, y esperaba que se lo pagase con largueza. Consentí en darle cuanto me pidió; pero con la expresa condición de acompañarme él en persona, como me había ofrecido, pues no tenía yo gana de internarme en las montañas con el último bigardo del pueblo que se le antojase buscar, y que sería muy capaz de jugarme una mala pasada. Replicó con la frase que los españoles usan invariablemente para desvanecer la desconfianza o la duda: «*No tenga usted cuidado*, yo mismo iré.» Arregladas así las cosas satisfactoriamente, a mi parecer, tomé una cena ligera y me retiré a dormir.

Había yo encargado al *alquilador* que me llamase a las tres de la mañana siguiente; pero no apareció hasta las cinco; supongo que se dormiría, pues eso fué lo que me ocurrió también a mí. Me levanté de un brinco; me vestí; puse unas cuantas cosas en la maleta, sin olvidar el Testamento que pensaba regalar a los habitantes de Finisterre, y luego salí, encontrando a mi amigo el *alquilador*, que tenía por las riendas la *jaca* en que había yo de hacer la excursión. Era un animalito muy bueno, fuerte y sano al parecer, sin un solo pelo blanco en todo su cuerpo, negro como las alas del cuervo.

Detrás permanecía en pie un bípedo de singularísima catadura, en quien por el momento no puse atención; pero del que he de contar mucho en lo sucesivo.

Pregunté al *alquilador* si estaba todo listo, y obtenida respuesta afirmativa, me despedí de Antonio, puse en marcha la jaca y con paso vivo salimos del pueblo, tomando al principio el camino de Santiago. El tipo aquel de quien he hablado antes venía pegado a nosotros; pregunté al *alquilador* quién era y por qué motivo nos seguía, a lo cual respondió que era un criado suyo y que nos acompañaría un rato para volverse luego. Continuamos a buen paso, hasta llegar a menos de un cuarto de milla del convento de la *Esclavitud*, un poco más allá del cual, según me habían dicho, tendríamos que dejar el camino real; en tal punto, el *alquilador* se detuvo bruscamente, y al instante todos hicimos alto. Pregunté la razón de la parada, y no obtuve respuesta. El *alquilador* tenía los ojos clavados en el suelo y contaba, al parecer, con intenso cuidado las huellas de las vacas, mulas y caballos estampadas en el polvo de la carretera. Repetí mi pregunta con voz más fuerte, cuando después de una larga pausa alzó un poco los ojos, aunque sin mirarme a la cara, y dijo que creía que yo estaba en la idea de que me iba a acompañar hasta Finisterre, y que, si era así, lo sentía mucho, por ser cosa imposible de cumplir, pues ignoraba completamente el camino, y además era incapaz de hacer un viaje tan largo por tan mal terreno, no siendo ya el hombre que antaño había sido, y que él estaba comprometido a llevar aquel mismo día a Pontevedra a un caballero que le aguardaba.

—Pero—continuó—como me gusta quedar siempre como un *caballero* con todo el mundo, he tomado mis medidas para no dejarle a

usted plantado. He hecho un ajuste con este individuo—añadió señalando al tipo raro—para que le acompañe. Es de toda confianza, y conoce muy bien el camino de Finisterre, pues ha ido allá muchas veces con esta misma jaca que usted monta. Además será un buen compañero de viaje, porque habla francés e inglés muy bien, y ha recorrido todo el mundo.

El hombre cesó al cabo de hablar; su engaño, desvergüenza y villanía me produjeron tal efecto, que pasó algún tiempo antes de poder hallar una respuesta. Le reproché en términos muy duros su falta de palabra y le dije que se me pasaban muy buenas ganas de volver al instante al pueblo y denunciarle al *alcalde* para que le castigase a toda costa. A esto replicó:

—Señor caballero, con hacer eso no se encontrará usted más cerca de Finisterre, adonde tiene tantas ganas de ir. Siga mi consejo: meta espuela a la jaca; porque, como usted ve, se hace tarde, y hay doce leguas largas a Corcubión, donde pasará usted la noche; y desde allí a Finisterre, tampoco es grano de anís. Con este hombre *no tenga usted cuidado*: es el mejor guía de Galicia, habla inglés y francés, y le servirá de agradable compañía.

Ya entonces había yo reflexionado que con volver a Padrón sólo conseguiría gastar tiempo, y que el intento de hacer castigar al individuo aquel no me reportaría ventaja alguna; además, como me parecía un tunante en toda la extensión de la palabra, tan buena era la compañía de cualquier otra persona como la suya. Manifesté, pues, mi resolución de seguir adelante, y le dije que se volviera, y le conjuré por Dios a que se arrepintiese de sus culpas. Vencedor en este punto, pensó sacar nuevas ventajas; se colocó a una vara delante de la jaca, y me dijo que el precio que yo me había comprometido a pagar por el alquiler de la jaca (todo lo que me pidió, dicho sea de paso) era muy poco, y que antes de continuar había

de prometerle dos duros más, pues sin duda estaba loco o borracho al hacer el trato conmigo. La cólera me dominó por completo, y sin pararme a reflexionar metí espuelas a la *jaca*, que le derribó en el polvo y le pasó por encima. A cien varas de distancia volví la cabeza y le vi en pie en el mismo sitio, el sombrero caído en el suelo, y sin dejar de mirarnos se santiguaba con mucha devoción. Su criado, o lo que fuese, lejos de socorrer a su principal, en cuanto la *jaca* se movió echó a correr a su lado, sin proferir palabra ni hacer otro comentario que golpearse vigorosamente un muslo con la mano derecha. No tardamos en pasar de Esclavitud, y un instante después volvimos a la izquierda, metiéndonos por un sendero desigual y pedregoso que llevaba a unos maizales. Pasamos junto a varias caserías, y llegamos al fin a una cañada, cuyas laderas estaban cubiertas de robles enanos y que descendía suavemente hasta un riachuelo obscuro, sombreado por los árboles, que atravesamos por un tosco puentecillo. Ya entonces había tenido tiempo de examinar detenidamente de pies a cabeza a mi singular compañero. Su estatura, estirándose todo lo posible, quizás hubiera llegado a cinco pies y una pulgada, pero el hombre tenía cierta tendencia a encorvarse. La naturaleza le había dotado de inmensa cabeza, poniéndosela a ras de los hombros, porque entre las piezas que entraron en su composición faltó, por lo visto, un cuello. A los lados se balanceaban unos brazos largos y musculosos. Era, en conjunto, de armazón tan fuerte y sólida como la de un atleta. Sus piernas eran cortas, pero muy ágiles, y su rostro, largo, largo, hubiera guardado cierta remota semejanza con un rostro humano a no haber la boca tuerta y los anchos ojos parados usurpado su sitio natural a la nariz, que era casi invisible. Su vestido se componía de tres prendas: sombrero portugués, ancho de copa y angosto

de alas, viejo y andrajoso; una especie de camisa y unos calzones de tela burda. Quise trabar conversación con él, y, recordando lo que el alquilador me había dicho, le pregunté en inglés si había trabajado siempre en el oficio de guía. Al oírme volvió los ojos hacia mí con expresión singular, y clavándomelos en el rostro soltó una risotada, dió un salto y palmoteó tres veces por encima de su cabeza. Comprendí que no me había entendido; repetí la pregunta en francés, y me respondió de nuevo con la risa, el salto y las palmadas. Al cabo, en mal español, dijo:

—Mi amo, hable en español, por amor de Dios, y le entenderé a usted, y mejor aún si habla en gallego; pero no puedo prometerle otra cosa. Oí lo que le decía el *alquilador*; pero es el mayor *embustero* de la tierra, y le engañó a usted en eso, como al prometerle que le acompañaría. A su servicio estoy por mis pecados; pero en mal hora dejé el profundo mar y me dediqué a guía.

Me contó que era de Padrón, marinero de oficio, y que había pasado la mayor parte de su vida en la escuadra española; sirviendo en ella, visitó Cuba y otras muchas partes de la América española.

—Cuando mi amo—continuó—le dijo a usted que yo sería un buen compañero de viaje, le dijo la verdad, la única verdad que ha salido de su boca en un mes; mucho antes de llegar a Finisterre se habrá usted alegrado de que el criado, y no el amo, haya venido con usted; mi amo es muy torpe y muy pesado, y yo soy como usted ve.

Dió dos o tres saltos mortales, volvió a reírse a carcajadas y a palmotear.

—Seguramente no se figura usted—continuó—que ayer vine de La Coruña con esa jaca y muy buena carga; llegamos a Padrón a las dos de la madrugada, y a pesar de eso la jaca y yo estamos dispuestos a hacer este

nuevo viaje. Como dice mi amo, *no tenga usted cuidado*; nadie ha tenido queja de la jaca ni de mí.

Hablando de esa suerte recorrimos un buen trecho del camino, por terreno pintoresco, hasta llegar a una aldea muy linda en la falda de una montaña.

—Este pueblo—dijo el guía—se llama Los Angeles, porque su iglesia la hicieron los ángeles hace ya mucho tiempo; debajo de ella pusieren una barra de oro traída del cielo y que había servido de viga en la propia casa de Dios. Va por debajo de tierra desde aquí hasta la catedral de Compostela.

Atravesamos el pueblo, que, según me dijo también el guía, tenía unos baños muy visitados por los santiagueses. Torcimos hacia el Noroeste, dando la vuelta a una montaña que alzaba majestuosamente sobre nuestras cabezas su cumbre coronada de peñascos desnudos; a nuestra derecha, en la otra orilla de un valle espacioso, corría una elevada cadena de montañas, que iba a enlazarse con las del Norte de Santiago. En la cima de esa cadena alzábanse unas torres almenadas, llamadas de Altamira, al decir de mi guía, restos de un antiguo castillo, ya en ruinas, que fué en otro tiempo la residencia principal que los condes de ese título tenían en la provincia. Volviendo después hacia el Oeste, no tardamos en encontrarnos al pie de un puerto muy empinado y escabroso, que conducía a una región más alta. La subida nos costó cerca de media hora, y las dificultades del terreno eran tales, que más de una vez me alegré de haber dejado nuestros caballos y de montar aquella intrépida jaquita; acostumbrada a los caminos, trepaba con mucho ánimo, y nos puso al fin sin daño en lo alto de la subida.

Allí entramos en una *choza* gallega para reponer nuestras fuerzas y las del caballo. El cuadrúpedo comió un poco de maíz, y los dos bípedos nos

regalamos con *broa* y *aguardiente*, servidos por una mujer que encontramos en la choza. Salí fuera unos minutos a observar el aspecto del país, y al volver encontré al guía profundamente dormido en el banco donde le dejé. Estaba sentado, muy tieso, con la espalda apoyada en la pared y las piernas colgando a unas tres pulgadas del suelo, porque eran demasiado cortas para llegar a él. Cinco minutos lo menos estuve contemplando su reposo, tan profundo y tranquilo como el de la muerte. Su rostro me recordaba mucho esas singulares fisonomías de santos y monjes que a veces se encuentran en las hornacinas de los muros de los conventos en ruinas. No había ni el más ligero vislumbre de vitalidad en su semblante, que por el color y la rigidez pudiera parecer de piedra, tan informe y tan tosco como una de esas cabezas de piedra de Icolmkill que han desafiado las intemperies de doce siglos. Mirándole estuve hasta que empecé a sentir cierta alarma, pensando que la vida podía haber huído de aquella maltrecha y extenuada máquina. Le sacudí con fuerza por un hombro, y lentamente se despertó, abrió los ojos asombrado y luego los cerró. Durante unos momentos no supo, con toda evidencia, dónde estaba. Le di voces preguntándole si pensaba pasarse el día durmiendo en lugar de llevarme a Finisterre; al oírme se dejó caer sobre las piernas, arrebató el sombrero que yacía en la mesa, y en el acto salió por la puerta corriendo y gritando:

—Sí, sí, ya me acuerdo; sígame, capitán, y le llevaré a Finisterre en un vuelo.

Le seguí con la vista y tomó a todo correr la misma dirección que antes traíamos.—Espera—le grité—; espera. ¿Me vas a dejar aquí con la jaca? Espera; aún no hemos pagado el gasto. Espera.—Pero no volvió la cabeza ni

un instante, y en menos de un minuto se perdió de vista. La jaca, atada al pesebre en un rincón de la choza, comenzó a dar relinchos terroríficos, a manotear y a erizar la cola y la crin de un modo extraño. Tanto tiraba del ramal, que temí que se estrangulara.

—¡Mujer!—exclamé—, ¿dónde anda usted y qué significa todo esto?

Pero la huéspeda había desaparecido también, y aunque recorrí la *choza*, dando fuertes voces, no obtuve respuesta.

Continuaban los relinchos de la jaca, y los tirones que daba del ramal eran cada vez más fuertes.

—¿Estoy rodeado de locos?—grité, y arrojando sobre la mesa una *peseta* desaté el caballo e intenté ponerle el bocado, pero no lo conseguí. Apenas solté el ramal comenzó la jaca a tirar hacia la puerta, a despecho de cuantos esfuerzos hice para impedirlo.—Si te escapas—dije—mi situación va a ser divertida—. Pero todo tiene remedio: de un brinco monté en la silla, y un instante después el animalito me llevaba, en rápido galope, por un camino que supuse sería el de Finisterre.

La situación, divertida para el lector, era para mí bastante apurada. Hallábame a lomos de un caballo fogoso, sin medio alguno de gobernarlo, a todo correr por un camino peligroso y desconocido. No parecía ni rastro del guía, ni encontré a nadie a quien pedir noticias. La verdad es que, dado caso de alcanzar a un pasajero o de cruzarme con él, apenas habría tenido tiempo de dirigirle la palabra: tan veloz era la carrera del caballo. «¿Estará este animal enseñado a estas cosas?—pensaba yo—. ¿Me llevará a una cueva de ladrones, que me corten el cuello? ¿No hace más que seguir, por instinto, a su amo?» No tardé en desechar ambas suposiciones. La velocidad de la jaca amenguó; al parecer, había perdido el camino. Miró en

torno con inquietud; al cabo llegó a un arenal, pegó el hocico al suelo, y de pronto se tumbó, revolcándose de una manera verdaderamente caballuna. No me hice daño, y al instante aproveché la ocasión para ponerle el bocado, que antes llevaba colgado del pescuezo. Volví a montar y me puse a buscar el camino.

No tardé en encontrarlo, y seguí adelante. El camino iba por un yermo poblado de brezos y tojos y sembrado de pedruscos. El sol, ya muy alto, calentaba de firme. Encontré alguna gente, hombres y mujeres, que me miraba sorprendida, maravillándose probablemente de que una persona como yo anduviese sin guía por tales sitios. Pregunté a dos mujeres si habían visto a mi guía; pero no me entendieron o no quisieron entenderme, y, luego de cambiar entre sí unas pocas palabras en uno de los cien dialectos de Galicia, siguieron su camino. Después de atravesar el descampado, llegué de improviso a un convento al borde de un profundo barranco, por cuyo fondo corría un rumoroso arroyo.

El lugar era bello y pintoresco; espesas arboledas poblaban las vertientes del barranco; del otro lado surgía una montaña alta y obscura. El convento, muy capaz, parecía abandonado. Pasé junto a él, y al instante llegué a una aldea, tan desierta, por las muestras, como el convento, pues no hallé ser viviente, ni siquiera un perro que me saludara con sus ladridos. Me detuve en una fuente de piedra, que vertía sus aguas en una pila. Sentada en la pila, con los brazos caídos y los ojos clavados en la montaña vecina, estaba una figura humana, que aún se presenta frecuentemente a mi fantasía, sobre todo cuando duermo y me oprime una pesadilla: era mi fugitivo guía.

Yo.—Buenos días tenga usted, caballero. El tiempo está caluroso, y ese

agua exquisita convida a beberla. Tentado estoy de apearme y regalarme con un trago.

El guía.—Su merced no puede hacer mejor cosa. Hace mucho calor, en efecto; lo mejor es que beba un poco de agua. También yo acabo de beber. Pero le aconsejo que no dé agua al caballo: está jadeante y muy sudado.

Yo.—Ya puede estarlo. He venido galopando lo menos dos leguas en busca de un individuo que se comprometió a llevarme a Finisterre, pero que me ha abandonado de la manera más extraña del mundo; tanto, que he llegado a creer que era un bandido, no un hombre honrado ¿No le ha visto usted, por casualidad?

El guía.—¿Qué señas tiene?

Yo.—Es bajo, grueso, muy parecido a usted, giboso y, con perdón de usted, muy feo.

El guía.—¡Ja, ja! Le conozco. Hemos venido corriendo juntos hasta la fuente, y aquí me dejó. Caballero, ese hombre no es un ladrón; si algo es, es un *nuveiro*, un hombre que anda por las nubes, y que, a veces, un soplo de viento se lo lleva. Si alguna vez vuelve usted a viajar con ese hombre, no le permita usted beber más de una copa de anís cada vez; de lo contrario, se subirá a las nubes, le dejará a usted y andará por ahí corriendo hasta que dé con un arroyo, o pegue con la cabeza en una fuente; entonces, con un trago, vuelve a ser lo que era. ¿De manera, señor caballero, que va usted a Finisterre? Pues vea usted qué rareza: un caballero muy parecido a usted me ajustó esta mañana para que le llevara allí también; pero se me ha perdido en el camino. Me parece lo mejor que continuemos juntos hasta que encuentre usted a su guía y yo a mi amo.

Podían ser las dos de la tarde cuando llegamos a un puente, largo y

ruinoso, muy antiguo al parecer, llamado, según el guía, puente de Don Alonso. Atravesaba una ensenada, o más bien ría, porque el mar no estaba lejos; a nuestra derecha quedaba la pequeña ciudad de Noya.

—Cuando atravesemos el puente, capitán—dijo el guía—, llegaremos a país desconocido, porque yo no he pasado nunca de Noya, y de Finisterre, no sólo no he estado allí nunca, pero ni siquiera he oído hablar. He preguntado a dos o tres personas, desde que nos pusimos en camino, y saben tanto como yo. Sin embargo, bien mirado todo, creo que lo mejor es seguir hasta Corcubión, a unas cinco leguas de aquí, adonde quizás lleguemos antes de cerrar la noche si damos con el camino o encontramos quien nos guíe; porque, como ya le he dicho, yo lo desconozco en absoluto.

—En buenas manos he caído—respondí—. Creo, en efecto, que lo mejor es ir a Corcubión, y allí quizás sepamos algo de Finisterre y se encuentre un guía que nos lleve.

Entonces, con nuevos brincos y cabriolas, echó a andar con paso rápido, deteniéndose a veces en una *choza* con el propósito de adquirir informes, supongo yo, aunque apenas entendí una palabra de la jerga en que él y sus interlocutores hablaban.

A poco llegamos a un terreno por demás agreste y montuoso. Subimos y bajamos barrancos; vadeamos arroyos, y nos arañamos la cara y las manos en las zarzas, deteniéndonos a veces a coger moras silvestres, de que había cosecha abundante. Por camino tan duro avanzábamos muy despacio. La jaca iba detrás del guía, tan pegada a él, que casi le tocaba en el hombro con el hocico. El país era cada vez más agreste, y una vez que dejamos atrás un molino, ya no vimos rastro de vivienda humana. El molino estaba en el fondo de una hondonada, sombreada por grandes árboles, y sus ruedas, al

girar, hacían un ruido triste y monótono.

—¿Llegaremos a Corcubión esta noche?—pregunté al guía cuando, al salir del valle, nos encontramos en un descampado sin límites, al parecer.

El guía.—No; no podemos, y este descampado no me gusta nada. El sol va a ponerse en seguida, y entonces, como haya niebla, nos encontraremos a la *Estadea*.

Yo.—¿Qué es eso de la *Estadea*?

El guía.—¡Qué es eso de la *Estadea*! ¿Me pregunta mi amo qué es la *Estadinha*? No me he encontrado a la *Estadinha* más que una vez, y fué en un sitio como éste. Iba yo con unas mujeres, y se levantó una niebla muy espesa. De pronto empezaron a brillar encima de nosotros, entre la niebla, muchas luces; había lo menos mil. Se oyó un chillido tremendo, y las mujeres se cayeron al suelo, gritando: *¡Estadea, Estadea!* Yo también me caí y gritaba: *¡Estadinha! ¡Estadinha!* La *Estadea* son las almas de los muertos que andan encima de la niebla con luces en las manos. Con franqueza, mi amo, si encontramos a las almas, me escapo y no paro de correr hasta tirarme de cabeza al mar. Esta noche ya no llegamos a Corcubión; mi única esperanza es que encontremos por aquí una *choza* donde podamos defendernos de la *Estadinha*.

La noche se nos echó encima antes de atravesar el despoblado; pero no hubo niebla, con gran contento de mi guía, y un pico de luna alumbraba parcialmente nuestros pasos. Estábamos, sin embargo, en una situación muy triste: aquel era el páramo más desolado de la provincia más agreste de España, ignorábamos el camino y apenas si sabíamos adónde íbamos, porque el guía me dijo repetidas veces que no creía en la existencia de un lugar llamado Finisterre, y de existir, sería alguna montaña solitaria

señalada en el mapa. Si me ponía a reflexionar sobre el carácter de mi guía, no encontraba grandes motivos de tranquilidad ni de aliento; en el caso más favorable, era evidentemente un hombre medio tonto, sujeto, por confesión propia, a ciertos paroxismos que no se diferenciaban esencialmente de la locura. Su insensata huida de cerca de tres leguas, aquella misma mañana, sin causa aparente para ello, y últimamente su loco y supersticioso temor de encontrar a las almas de los muertos en el despoblado, caso en el que se proponía, según me dijo, abandonarme y correr en busca del mar, me impresionaron fuertemente. Pensé también en la posibilidad de que no estuviésemos en el camino de Finisterre ni en el de Corcubión, y resolví acogerme a la primera choza que encontrásemos, para no correr el riesgo de rodar a un precipicio y rompernos la nuca. Pero no se veía cabaña alguna; el despoblado parecía interminable, y por él anduvimos hasta que se puso la luna, dejándonos en casi total obscuridad.

Al cabo llegamos al pie de una cuesta muy escarpada, a la cual subía un agrio sendero.

—¿Será este nuestro camino?—pregunté al guía.

—No nos queda otro, capitán—respondió el hombre—. Subiremos, y cuando estemos arriba veremos el mar, si es que está cerca.

Eché pie a tierra, porque subir a caballo por tal sendero en plena obscuridad hubiese sido locura. Trepamos en hilera: primero, el guía; detrás, la jaca, con el hocico pegado, como de costumbre, al hombro de su amo, a quien quería apasionadamente, y yo a retaguardia, agarrado con la mano izquierda a la cola del caballo. Dimos muchos traspiés y más de una caída; cierta vez rodamos todos por la falda del cerro. A los veinte minutos llegamos a la cima; miramos en torno, pero no vimos el mar; un páramo

obscuro, apenas entrevisto, se extendía al parecer por todos lados.

—Vamos a tener que acampar aquí hasta mañana—dije yo.

De pronto mi guía me tomó una mano.

—Allí hay *lume, senhor*—decía—; allí hay *lume*.

Miré en la dirección que me indicaba, y después de esforzarme un rato, me pareció ver a cierta distancia, muy por bajo de nosotros, un débil resplandor.

—Eso es *lume*—exclamó el guía—, y procede de la chimenea de una *choza*.

A la bajada del cerro vagamos sin rumbo no poco tiempo, hasta que nos encontramos en medio de seis o siete chozas negras.

—Llama a la puerta de una cualquiera—dije al guía—y pregunta si pueden darnos asilo por esta noche.

Así lo hizo, y al instante apareció un hombre con una tea encendida en la mano.

—¿Puede usted guarecer a un *cabalheiro* contra la noche y la *estadea*?—preguntó el guía.

—Sí puedo, gracias a Dios—dijo el hombre.

Era de figura atlética; no llevaba zapatos ni medias, y, en conjunto, le encontré muy parecido a los campesinos de los pantanos de Munster.

—Hagan el favor de entrar, caballeros; podemos acomodarlos a ustedes y también a la *cabalgadura*.

La choza donde entramos estaba dividida en tres compartimientos: en el primero había hierba, en el segundo estaban las vacas, y en el tercero la familia, compuesta del padre y la madre del hombre que nos había abierto y de su mujer e hijos.

—Usted es catalán, señor caballero, y va a buscar a sus paisanos de Corcubión—dijo el hombre en regular español—. ¡Ah! Ustedes los catalanes son buena gente y tienen muy buenos establecimientos en las costas gallegas; la lástima es que se llevan todo el dinero fuera del país.

No tengo, en cualquiera circunstancia, el menor inconveniente en pasar por catalán; en aquel caso más bien me alegré de que una gente tan salvaje creyera que yo tenía en las vecindades amigos poderosos y compatriotas que estaban, acaso, aguardándome. Favorecí, pues, su error y empecé a hablar, con fuerte acento catalán, de la pesca en Galicia y del impuesto sobre la sal. El guía me miró un momento con expresión singular, entre seria y burlona; sin embargo, no dijo nada; se dió un palmetazo en el muslo, como de costumbre, y pegó el brinco que casi dió en el techo con su risible cabezota. Preguntando, supe que aún faltaban dos leguas hasta Corcubión, y que el camino, entre cerros y páramos, era difícil.

Nuestro huésped nos preguntó si teníamos hambre; le respondimos que sí, y trajo una docena de huevos y un poco de tocino. Mientras se aderezaba la cena, mi guía sostuvo con la familia una larga conversación; pero como hablaban en gallego no pude entenderlos. Creo que principalmente se referían a brujas y hechicerías, porque nombraban mucho la *estadea*. Después de la cena pregunté dónde podría descansar; el huésped me señaló una trampilla en el techo, diciendo que encima había un desván a propósito para dormir, y en él encontraría paja limpia. Por pura curiosidad pregunté si no había en la choza ninguna cama.

—No—replicó el hombre—; ni las hay hasta Corcubión. Yo nunca me he acostado en cama, ni nadie de mi familia; dormimos en el suelo o en la

paja con el ganado.

Como viajero experto me abstuve de lamentarlo; subí por una escalera al desván, bastante ancho y casi vacío; puse la capa por almohada y me tendí en las tablas, prefiriéndolas por más de un motivo a la paja. Durante un buen rato estuve oyendo a la gente aquella hablar en gallego, y entre los intersticios del piso veía los resplandores de la lumbre. Las voces se extinguieron poco a poco; el fuego se fué apagando y dejé de verlo. Me adormecí, desperté, me adormecí de nuevo, y caí por último en profundo sueño, del que sólo desperté al segundo canto del gallo.

* * *

Capítulo XXX

Mañana de otoño.— El fin del mundo.— Corcubión.— Duyo.— El cabo.— Una ballena.— La bahía exterior.— La detención.— El pescador alcalde.— Calros Rey.— Un incrédulo.— ¿Dónde está el pasaporte?— La playa.— Un liberal influyente.— La criada.— El gran «Baintham».— Un libro sin par.— Hospitalidad.

Hacía una hermosa mañana de otoño cuando salimos de la *choza* y proseguimos el viaje a Corcubión. Gratifiqué al huésped con un par de *pesetas*, y me pidió por favor que si regresábamos por el mismo camino, y la noche nos sorprendía, no dejáramos de buscar albergue bajo su techo. Así se lo prometí, al mismo tiempo que formaba el propósito de hacer todo lo posible para evitar tal contingencia, porque dormir en el desván de una choza gallega no es muy apetecible, aunque no tan malo como pasar la noche en un descampado o en un monte.

Emprendimos, pues, la marcha a paso vivo por ásperos caminos de herradura y veredas, rodeados de brezos y jaras. Al cabo de una hora llegamos a la vista del mar, y, dirigidos por un muchacho que encontramos en el despoblado guardando unas pocas y míseras ovejas, torcimos hacia el Noroeste y alcanzamos, por último, la cima de una montaña, donde nos

detuvimos un poco a contemplar el panorama que se ofrecía ante nosotros.

No sin razón los latinos dieron a aquellos parajes el nombre de *Finis terræ*. Nos encontrábamos en un sitio exactamente igual a como en mi infancia había yo imaginado la conclusión del mundo, más allá de la que sólo había un mar borrascoso, o el abismo, o el caos. Tenía ante mis ojos un Océano inmenso, y a mis pies la dilatada e irregular línea de la costa, alta y escarpada. Con seguridad no hay en todo el mundo costa más abrupta que la costa gallega, desde la desembocadura del Miño hasta el Cabo Finisterre. Es una barrera de montañas de granito muy agrestes, dentelladas casi todas en la cima, y cortadas a veces por radas y bahías, como las de Vigo y Pontevedra, que penetran profundamente en tierra. Esas ensenadas y rías son todas de inmensa hondura, y de capacidad sobrada para abrigar las escuadras de las más soberbias naciones marítimas del mundo.

La grandeza severa y agreste de aquellos parajes, subyuga la imaginación. Esa costa salvaje, lo primero que percibe de España el viajero procedente del Norte o el que surca el ancho Océano, responde muy bien, por su apariencia, a la idea que de antemano se tiene de tan singular país. «Sí—exclama el viajero—; esta es España, sin duda alguna; la inexorable, la rígida España; esta tierra es un emblema de los espíritus que en ella han visto la luz. ¿De qué otra tierra podían salir aquellos seres prodigiosos que aterraron al Viejo Mundo, y llenaron el Nuevo de sangre y horror? ¡Alba y Felipe, Cortés y Pizarro, severos y colosales espectros que surgen entre las sombras de la edad pasada, como esas montañas de granito surgen de la niebla ante los ojos del navegante! ¡Sí; esta es España, sin duda: la inexorable, la indomable España; tierra emblemática de sus hijos!»

En cuanto a mí, al contemplar el ancho mar y la costa tan salvaje,

exclamé: «¡Oh imagen de nuestra sepultura y de los temerosos caminos que a ella llevan! Esos desiertos y páramos por donde he pasado son como las ásperas y tristes jornadas de nuestra vida. Alentados por la esperanza, luchamos con todos los obstáculos, con la montaña, la ciénaga y el yermo, para llegar ¿a qué? a la tumba y a sus bordes pavorosos. ¡Oh! ¡Que no me abandone en la hora postrera la esperanza en el Redentor y en Dios!»

Descendimos del cerro, y de nuevo perdimos de vista el mar, metiéndonos por barrancos y cañadas, donde había, de vez en cuando, manchas de pinos. Continuando el descenso, acabamos por llegar a la terminación de una larga y angosta ría, donde se alzaba una aldea; a corta distancia, en la margen occidental de la ría, veíase una población bastante mayor, que casi tenía derecho al nombre de ciudad. Esta última era Corcubión; la primera, si no recuerdo mal, se llamaba Ría de Silla. Nos apresuramos a llegar a Corcubión, y mandé al guía que preguntase por el camino de Finisterre. Entró en una taberna, de donde salía mucho bullicio, y a poco volvió diciéndome que el pueblo de Finisterre distaba una legua y media de allí. Un hombre, en manifiesto estado de embriaguez, apareció en la puerta, detrás de mi guía.

—¿Van ustedes a Finisterre, *cavalheiros*?—exclamó.

—Sí, amigo mío—respondí—. ¡Allá vamos!

—Entonces van ustedes a un *fato de borrachos*—replicó—. Tengan cuidado no les hagan alguna mala partida.

Seguimos adelante, y, luego de atravesar una península arenosa, a la espalda de la ciudad, llegamos a la costa de una inmensa bahía, cuya extremidad Noroeste la formaba el renombrado Cabo de Finisterre, que se extendía ante nuestra vista mar adentro.

Por una playa de arena de blancura deslumbradora avanzamos hacia el Cabo, meta de nuestro viaje. El sol brillaba resplandeciente, y sus rayos iluminaban todas las cosas. Delante de nosotros, el mar parecía un espejo, y las olas que rompían en la costa eran tan débiles que apenas levantaban un murmullo. Avivamos el paso, siguiendo el profundo contorno de la bahía, dominada por montañas gigantescas. Singulares recuerdos comenzaron a invadir mi espíritu: en aquella playa, según la tradición de toda la antigua cristiandad, Santiago, el Santo patrono de España, predicó el Evangelio a los idólatras españoles. En aquella playa se alzaba en otro tiempo una ciudad comercial inmensa, la más orgullosa de España. En la bahía, hoy desierta, resonaban entonces millares y millares de voces, cuando las naves y el comercio de todo lo descubierto de la tierra se concentraban en Duyo.

—¿Cómo se llama este pueblo?—pregunté a una mujer, al pasar por cinco o seis casas ruinosas en el recodo de la bahía, antes de entrar en la península de Finisterre.

—Esto no es un pueblo—dijo la gallega—. Esto no es un pueblo, señor caballero; es una ciudad, es Duyo.

¡Tales son las glorias del mundo! ¡Aquellas chozas eran todo lo que el rugiente mar y la garra del tiempo habían dejado de Duyo, la gran ciudad! Y ahora, derechos a Finisterre.

Al mediodía llegamos al pueblo de ese nombre, compuesto de un centenar de casas y construído en el lado Sur de la península, precisamente en el paraje donde el terreno se levanta para formar la enorme y escarpada cabeza del Cabo. En vano buscamos una posada o *venta* donde encerrar el caballo; por un momento creímos haber encontrado lo que buscábamos, y hasta llegamos a atar el caballo al pesebre. Pero en cuanto salimos lo

desataron, echándolo a la calle. La poca gente que vimos nos observaba de un modo extraño. No hicimos gran caso de estos detalles y continuamos calle arriba, hasta que nos admitieron en casa de un comerciante castellano, a quien su suerte había llevado a aquel rincón de Galicia, al fin del mundo. Lo primero que hicimos fué echar un pienso al caballo, que ya daba señales de estar muy cansado. Pedimos luego para nosotros algo de comer: como una hora más tarde nos sirvieron un pescado de unas tres libras, regularmente sabroso, muy fresco, condimentado para nosotros por una vieja que desempeñaba las funciones de ama de gobierno. Terminada la comida, salí con mi grotesco guía y me dispuse a subir a la montaña.

Nos detuvimos a examinar un reducto o batería abandonada que mira a la bahía, y, mientras estábamos en esto, reparé más de una vez que también nosotros éramos objeto de curiosidad y acecho; en efecto, a nuestro paso vislumbré más de una cara que nos atisbaba por los huecos y hendiduras de las tapias. Comenzamos luego a subir al Finisterre, trazando en sus vertientes graníticas numerosos y largos *detours*. El sol estaba en lo más alto de su carrera, y sus ardentísimos y furiosos rayos caían a plomo y nos asaeteaban. En la subida se me destrozó el calzado y me corté los pies; el calor me hacía sudar a chorros. Para mi guía, en cambio, la subida no era, al parecer, fatigosa ni difícil. No le asustaba el calor del día, ni una gota de sudor surcaba su curtido semblante, ni le faltaba el resuello; brincaba de roca en roca con la irritante agilidad de una cabra montés. Antes de llegar a la mitad de la subida me encontré rendido por completo. Comencé a rilar y a tambalearme.

—¡No tenga miedo!—dijo el guía—. Ahí se ve una cerca; échese un poco a la sombra.

Me pasó uno de sus largos y robustos brazos por la cintura, y, aunque comparado conmigo parecía un enano, me sostuvo como a un chico hasta llegar a una tosca valla que atravesaba la mayor parte de la montaña y servía, probablemente, de lindero. Difícil fué encontrar una sombra: descubrimos, por último, una pequeña hendidura, abierta quizás por algún pastor para dormir en ella la *siesta*. Allí me tendió el guía con mucho tiento, y, quitándose el enorme sombrero, comenzó a abanicarme sin descanso. Fuí reviviendo por momentos, y, después de descansar un rato muy largo, emprendí de nuevo la subida; por fin llegué a la cumbre con ayuda del guía.

Nos encontramos a gran altura entre dos bahías, con la vasta soledad del mar delante de nosotros. De los diez mil barcos que anualmente surcan aquellas aguas a la vista del Cabo, no se descubría entonces ni uno solo. Era el mar un desierto azul brillante, del que, a intervalos, emergía la negra cabeza de un cachalote arrojando dos delgados chorros de agua. La bahía de Finisterre, la más grande de las dos, resplandecía hasta su entrada con los bellos tornasoles de un inmenso banco de *sardinhas*, en cuyos bordes estaba probablemente el cachalote dándose un festín. Al otro lado del Cabo veíamos a nuestros pies una bahía más pequeña, bordeada de rocas de formas extrañas, que dominan la costa; esta bahía se llama en el lenguaje del país *Praia do mar de fora*, y es lugar temible en días de borrasca, cuando el oleaje del Atlántico penetra en ella y rompe contra las rocas sumergidas que allí abundan. Aun en días de calma resuena en aquella bahía un fragor cavernoso que llena el corazón de inquietud.

Descubríase por doquiera un panorama grandioso, sublime. Después de contemplarlo desde la cima cerca de una hora, descendimos.

Al llegar a la casa donde teníamos nuestro pasajero albergue, hallamos ocupado el portal por unos cuantos hombres, echados algunos en el suelo y bebiendo vino en unas pequeñas vasijas de barro muy usadas en aquella parte de Galicia. Les saludé cortésmente al pasar y subí al aposento donde comimos. En un tosco y sucio lecho que allí había me arrojé rendido de cansancio. Resolví reposar un poco, y por la noche reunir a la gente del pueblo y leerles unos capítulos de la Escritura y dirigirles una ligera exhortación cristiana. Me dormí pronto; pero mi sueño fué muy intranquilo. Veíame rodeado de dificultades múltiples, entre peñascos y barrancos, luchando en vano por libertarme. Rostros muy extraños se asomaban entre los árboles o salían de las cavernas y sacaban una lengua bífida y arrojaban gritos de cólera. Miré en torno buscando a mi guía, pero no le hallé; me pareció, sin embargo, oír en lo hondo de un barranco una voz que hablaba de mí. No sé cuánto hubieran durado estas pesadillas; pero, de súbito, sentí que me agarraban con violencia por un hombro, y de un tirón casi me arrastraron fuera de la cama. Desperté con gran sorpresa, y a la luz del sol poniente vi inclinada sobre mí una figura extraña y desconocida: era la de un hombre ya de edad, de gigantesca talla, muy barbudo, con cejas grandes y frondosas, vestido a lo pescador y con un fusil mohoso en la mano.

Yo.—¿Quién es usted, qué desea?

El hombre.—Poco importa quién soy yo. Levántese y venga conmigo; le necesito.

Yo.—¿Con qué autoridad se atreve usted a venir a molestarme?

El hombre.—Con la autoridad de la *justicia* de Finisterre. Sígame sin resistencia, Calros, o será peor.

—¿Calros?—dije yo—. ¿Qué significa esto?

Me pareció, sin embargo, lo más prudente obedecer, y bajé la escalera detrás de mi hombre. La tienda y el portal hallábanse atestados de vecinos de Finisterre: hombres, mujeres y chicos; estos últimos desnudos casi todos, chorreando agua, como si los hubieran llamado a toda prisa de sus juegos en la orilla del mar. A través de aquella multitud, el hombre que he tratado de describir se abrió paso con ademán autoritario.

Al llegar a la calle, posó sin violencia una de sus pesadas manos en mi brazo.

—¡Es Calros, es Calros!—gritó un centenar de voces—. Acaba de llegar a Finisterre y la *justicia* le ha prendido.

Sin saber lo que todo aquello podía significar, seguí calle abajo en compañía de mi singular conductor. La multitud que nos seguía vociferando era cada vez más numerosa. Hasta sacaron los enfermos a las puertas para que viesen lo que ocurría y echaran un vistazo al temible Calros. Me admiró, sobre todo, el ardimiento de que dió muestras un tullido, quien, a despecho de los ruegos de su mujer, se mezcló con las turbas, y, aunque perdió la muleta, siguió adelante, brincando con una sola pierna, mientras decía:

—*¡Carracho! ¡También voy yo!*

Por fin llegamos a una casa un poco mayor que las demás; el guía me introdujo en una sala baja, me colocó en el centro y volvió corriendo a la puerta con ánimo de impedir el paso a la gente que pugnaba por entrar con nosotros. No sin trabajo consiguió su propósito; una o dos veces se vió en el caso de rechazar a culatazos a los intrusos. Me puse entonces a examinar el aposento. Todo el mobiliario consistía en unos cuantos toneles; había

además en el suelo el mástil de una lancha y una o dos velas. Sentados en los toneles estaban tres o cuatro hombres, con toscos trajes de pescadores o de carpinteros de ribera. El personaje principal era un individuo de unos treinta y cinco años, de gesto avinagrado, *alcalde* de Finisterre, según averigüé después, y dueño de la casa en que nos encontrábamos. En un rincón descubrí a mi guía; evidentemente estaba preso: dos robustos pescadores, armado el uno con un fusil y el otro con un bichero, le guardaban. Un minuto duró mi examen; el *alcalde*, atusándose las patillas, me interrogó así:

—¿Quién es usted, dónde está su pasaporte y a qué ha venido a Finisterre?

Yo.—Soy un inglés, mi pasaporte es éste y he venido a ver Finisterre.

Mi respuesta los desconcertó, al parecer, por breves momentos. Miráronse unos a otros, y miraron mi pasaporte. Al cabo, el *alcalde*, golpeándolo con un dedo, vociferó:

—Este pasaporte no es español; parece que está escrito en francés.

Yo.—Ya le he dicho a usted que soy extranjero. Por eso traigo, como es natural, pasaporte extranjero.

El alcalde.—Entonces quiere usted hacernos creer que no es *Calros rey*.

Yo.—Nunca he oído hablar de ese rey ni he oído tal nombre.

El alcalde.—¡Miren qué sujeto! Se atreve a decir que no ha oído hablar nunca de Calros el pretendiente, que se titula rey.

Yo.—Si ese Calros es el pretendiente don Carlos, todo lo que puedo contestar es que no creo que hable usted en serio. Lo mismo podía usted decir que ese pobre hombre, mi guía, a quien por lo visto han hecho ustedes prisionero, es su sobrino, el *infante* don Sebastián.

El alcalde.—¡Ah! Usted mismo se ha vendido; en efecto, por tal le tenemos.

Yo.—Es verdad que los dos son jorobados; pero ¿en qué me parezco yo a don Carlos? No tengo tipo español, y al pretendiente le llevo lo menos la cabeza.

El alcalde.—Eso no le hace. Ya se sabe que usted lleva varios chalecos consigo, y con ellos se disfraza, pareciendo más alto o más bajo, según le acomoda.

Esta razón era tan concluyente, que no supe contestar. El *alcalde* echó una mirada de triunfo en torno suyo, como si hubiese hecho un gran descubrimiento.

—Sí; ¡es Calros, es Calros!—decía la turba, agolpada en la puerta.

—No estaría mal fusilar a estos dos hombres ahora mismo—continuó el *alcalde*—; porque si no son los dos pretendientes, es seguro que los dos son facciosos.

—No estoy yo muy seguro de que sean ni una cosa ni otra—dijo una voz bronca.

La *justicia* de Finisterre volvió los ojos hacia donde había sonado la voz, y lo mismo hice yo. Nuestras miradas se posaron en el individuo que guardaba la puerta; había plantado el cañón de la escopeta en el suelo y apoyaba la barba en la culata.

—No estoy muy seguro de que sean una cosa ni otra—repitió avanzando—. He examinado a este hombre—dijo, señalándome—y escuchado su modo de hablar, y me parece que es inglés; su cara y su voz lo dicen. ¿Quién conoce a los ingleses mejor que Antonio de la Trava? ¿Quién tiene más motivos para conocerlos? ¿No ha tripulado sus barcos,

no ha comido su galleta, y no estaba junto a Nelson cuando le mataron de un tiro?

Al oírle, el *alcalde* se enfureció.

—Es tan inglés como tú—exclamó—. Si fuese inglés no habría venido a escondidas ni por tierra; habría venido embarcado y con recomendaciones para alguno de nosotros o para los catalanes; habría venido a comprar o a vender; pero en Finisterre no le conoce nadie ni conoce a nadie; además, lo primero que ha hecho al llegar aquí ha sido inspeccionar el fuerte y subir a la montaña a trazar un campamento, estoy seguro. ¿A qué iba a venir a Finisterre si no es Calros ni un *bribón* de *faccioso*?

Comprendí que había gran parte de justicia en alguna de estas observaciones, y por vez primera me di cuenta de la gran imprudencia que había cometido metiéndome por parajes tan incultos y entre gentes tan bárbaras, sin llevar pretexto alguno que pudiera justificar a sus ojos mi viaje. Traté de convencer al *alcalde* de que mi expedición por aquel país no tenía otro fin que el de conocer las muchas cosas notables que encierra y recoger noticias acerca del carácter y condición de los habitantes. Pero estos motivos eran incomprensibles para él.

—¿A qué ha subido usted a la montaña? ¡Para ver el paisaje! *¡Disparate!* Hace cuarenta años que vivo en Finisterre y no he subido nunca, ni subiría en un día como el de hoy aunque me diesen dos onzas de oro. Ha venido usted a medir la altura y a replantear un campamento.

Encontré, sin embargo, un amigo resuelto en Antonio, el viejo, quien insistió, fundándose en su conocimiento de los ingleses, en que muy bien podía ser cierto cuanto yo decía.

—Los ingleses—decía—no saben qué hacer con tanto dinero como tienen, y andan de aquí para allá por todo el mundo, y a lo mejor pagan carísimo lo que para la demás gente no vale un cuarto.

Comenzó entonces, a pesar del enojo del *alcalde*, a examinarme de inglés. Todos sus conocimientos en esta lengua se reducían a dos palabras: *knife* y *fork*, las cuales traduje a sus equivalentes en español; el viejo me declaró inglés al instante, y blandiendo su escopeta exclamó:

—Este hombre no es Calros; es inglés, como tiene dicho, y el que trate de molestarle se las entenderá con Antonio de la Trava, *el valiente de Finisterre*.

Nadie trató de impugnar ese fallo, y al fin resolvieron enviarme a Corcubión para que me interrogara el *alcalde mayor* del distrito.

—Pero ¿qué hacemos con este otro individuo?—preguntó el *alcalde* de Finisterre—. Este, al menos, no es inglés. Tráele para acá y oigamos lo que dice en su defensa. Vamos, hombre, ¿quién eres y quién es tu amo?

El guía.—Soy Sebastianillo, un pobre marinero licenciado de Padrón, y mi amo, a la hora presente, es este caballero que está aquí, el inglés más valiente y de más dinero del mundo. Tiene en Vigo dos barcos cargados de riquezas. Ya se lo dije a ustedes antes, cuando me prendieron en la posada.

El alcalde.—¿Y tu pasaporte?

El guía.—Yo no tengo pasaporte. ¿Quién piensa en traer pasaporte a un sitio como éste, donde no habrá dos personas que sepan leer? Yo no tengo pasaporte; el de mi amo sirve también para mí.

El alcalde.—No tal; y puesto que no tienes pasaporte y confiesas que te llamas Sebastián, vamos a fusilarte. Antonio de la Trava, tú y los escopeteros os lleváis de aquí a este Sebastianillo y le fusiláis delante de la

puerta.

Antonio de la Trava.—Con mucho gusto, *señor alcalde*, puesto que usted lo manda. No tengo por qué tomarme ningún trabajo en favor de este individuo. Es seguro que no es inglés; más trazas tiene de brujo o de *nuveiro*, uno de esos demonios que levantan las tormentas y hunden las lanchas. Además, dice que es de Padrón, y todos los de ese pueblo son ladrones y borrachos. Una vez me jugaron una mala partida, y no me disgustaría fusilar a todo el *pueblo*.

Intervine yo entonces, y dije que si fusilaban al guía debían fusilarme a mí también; ponderé la crueldad y barbarie de quitar la vida a un pobre desdichado que, como se adivinaba al primer golpe de vista, era medio tonto; añadí que si alguien tenía culpa en aquel caso era yo, porque el otro no era más que un criado sometido a mis órdenes.

—Después de todo—dijo el alcalde—, me parece que lo mejor es enviar a los dos presos a Corcubión para que el *alcalde mayor* haga de vosotros lo que le parezca. Pero tenéis que pagar la escolta; no vayáis a figuraros que los vecinos de Finisterre no tienen cosa mejor que hacer que ir de una parte a otra con cada individuo que se le ocurra venir a esta ciudad.

—De eso me encargo yo—dijo Antonio—. Soy el *valiente* de Finisterre y no me asusto de dos hombres. Además, estoy seguro de que el capitán, aquí presente, me pagará lo que sea razonable, o dejaría de ser inglés. Conque no perdamos tiempo, y en marcha para Corcubión, que se hace tarde. Sin embargo, capitán, lo primero de todo es registrarle a usted, y luego registraré el equipaje. Supongo que no llevará usted armas; pero lo mejor es cerciorarse.

Mucho antes de cerrar la noche, montado de nuevo en la jaca y

acompañado por el guía, emprendí a través de la playa el regreso a Corcubión. Delante iba Antonio de la Trava, escopeta al hombro, andando pesadamente.

Yo.—¿No le da a usted miedo, Antonio, ir solo con dos presos, uno de ellos a caballo? Si quisiéramos, creo que podríamos más que usted.

Antonio de la Trava.—Soy el *valiente de Finisterre* y no me asusto por eso.

Yo.—¿Por qué le llaman a usted el *valiente* de Finisterre?

Antonio de la Trava.—En todo el distrito se me conoce por ese nombre. Cuando los franceses vinieron a Finisterre y destruyeron el fuerte, tres murieron a mis manos. Yo estaba en lo alto de la montaña, adonde ha subido usted hoy; desde allí hacía fuego sobre el enemigo, hasta que tres soldados se lanzaron en mi persecución. ¡Qué locos! A dos de ellos los eché a rodar entre las peñas con dos tiros de este fusil, y al tercero le rompí la cabeza de un culatazo. Por esto me llaman el *valiente* de Finisterre.

Yo.—¿Y cómo fué usted a parar de marinero en la escuadra inglesa? Me parece haberle oído decir que presenció usted la muerte de Nelson.

Antonio de la Trava.—Sus compatriotas de usted me apresaron, capitán; y como soy marinero desde la niñez, se mostraron muy satisfechos de mis servicios. Nueve meses pasé con ellos, y estuve en Trafalgar. Vi morir al almirante inglés. Usted se le parece algo en la cara, y cuando le oigo a usted hablar me parece oír la voz del almirante. Tengo cariño a los ingleses, y por eso le he salvado a usted. No crea usted que me iba yo a cansar andando por estos arenales si fuese usted un compatriota. Ya estamos en Duyo, capitán. ¿Tomamos un reparillo?

Así lo hicimos, o, mejor dicho, Antonio de la Trava se reparó

trasegando vaso tras vaso de vino con una sed, al parecer, inextinguible.

—El hombre que nos dijo que los borrachos de Finisterre nos harían una mala partida era más brujo que yo—murmuró Sebastián, mi guía.

Por fin, el veterano héroe del Cabo se levantó despacio y dijo que debíamos darnos prisa para llegar a Corcubión antes de cerrar la noche.

—¿Qué clase de persona es el *alcalde* a quien me lleva usted?—dije.

—¡Oh! Es muy diferente del de Finisterre. Es un *señorito* joven llegado hace poco de Madrid. Ni siquiera es gallego. Es muy liberal, y a órdenes suyas se debe principalmente que andemos por aquí tan sobre aviso. Se dice que los carlistas piensan hacer un desembarco en esta parte de la costa de Galicia. Que vengan siquiera a Finisterre; allí somos todos liberales sin excepción, y el *valiente*, aunque ya es viejo, está dispuesto a repetir lo que hizo en tiempo de los franceses. Pues, como iba diciendo antes, el *alcalde* a quien vamos a ver es un joven muy instruído, y si quiere, puede hablar con usted en inglés mejor aún que yo, eso que fuí amigo de Nelson y peleé a su lado en Trafalgar.

La noche cerró antes de llegar a Corcubión. Antonio se detuvo de nuevo en una taberna y después nos condujo a casa del *alcalde*. Su andar era ya muy poco seguro; al llegar a la puerta de la casa tropezó en el umbral y se cayó al suelo. Se puso en pie, lanzando un juramento, y al instante comenzó a aporrear la puerta con la culata del fusil. «¿Quién es?»—preguntó al fin en gallego una suave voz de mujer—. «El *valiente* de Finisterre»—respondió Antonio—. Se abrió la puerta y vimos ante nosotros una mujer bastante linda con una luz en la mano.

—¿Qué le trae por aquí tan tarde, Antonio?—preguntó.

—Traigo dos prisioneros, *mi pulida*—respondió.

—*¡Ave María!*—exclamó—. Supongo que no correremos peligro.

—De uno respondo—replicó el viejo—; pero el otro es un *nuveiro* y ha hundido más barcas que todos sus hermanos de Galicia. Pero no te asustes, preciosa—añadió al ver santiguarse a la mujer—; cierra primero la puerta y llévame luego a donde esté el *alcalde*; tengo mucho que contarle.

Cerróse la puerta, y Antonio, después de ordenarnos permanecer en el patio, subió, precedido de la muchacha, una escalera de piedra, dejándonos en profundas tinieblas.

Pasó un cuarto de hora; de nuevo vimos el fulgor de la luz en la escalera, y la muchacha reapareció. Vino hacia mí y aproximándome al rostro la luz, me miró con atención. Después de un minucioso examen, se acercó a mi guía y le contempló con mayor detenimiento aún; volvióse al fin a mí y dijo en el mejor español que pudo: «*Señor* caballero, le felicito a usted por tener un criado como éste. Es el *mozo* mejor parecido de toda Galicia. *¡Vaya!* Con sólo que llevara algo más de ropa y no fuese descalzo como va, ahora mismo le admitía de *novio*; pero, desgraciadamente, he hecho voto de no casarme nunca con un pobre, y sí sólo con quien tenga la bolsa bien repleta de dinero y pueda comprarme buenos trajes. ¿De manera que son ustedes carlistas? *¡Vaya!* No crean que por eso voy a quererles mal; pero, siendo carlistas, ¿por qué han ido ustedes a Finisterre, si allí son todos *cristinos* y *negros*? ¿Por qué no han ido ustedes a mi pueblo? Allí nadie se hubiese metido con ustedes. Los de mi pueblo no se parecen a esos borrachos de Finisterre. En mi pueblo no molesta nadie a la gente de bien. *¡Vaya!* No saben ustedes el odio que le tengo a ese borracho de Finisterre que les ha traído. ¡Es tan viejo y tan feo! Si no fuera por la ley que le tengo al *señor alcalde*, abriría la puerta y le pondría en la calle a usted y a su

criado, *el buen mozo*.»

En esto, bajó Antonio. «Sígame—dijo—; su merced el *alcalde* está dispuesto a recibirle al momento.» Sebastián y yo le seguimos escaleras arriba, y entramos en un aposento, donde, sentado detrás de una mesa, vimos a un joven de corta estatura, pero guapo de cara y vestido a la última moda. Estaba escribiendo una carta, y cuando terminó se la entregó a un secretario para copiarla. Entonces me miró un instante fijamente y tuvimos la siguiente conversación:

El alcalde.—Ya veo que es usted inglés; aquí mi amigo Antonio me ha dicho que le han detenido a usted en Finisterre.

Yo.—Le han dicho a usted la verdad; a no ser por él, creo que hubiera perecido a manos de aquellos salvajes pescadores.

El alcalde.—Los habitantes de Finisterre son buena gente y muy liberales todos. ¿Me permite usted ver el pasaporte? Sí; está en regla. Es verdaderamente ridículo que le hayan detenido a usted tomándole por carlista.

Yo.—No sólo por carlista, sino por don Carlos en persona.

El alcalde.—¡Oh!, es de lo más ridículo; ¡confundir a un compatriota del gran Baintham con un bárbaro como ése!

Yo.—Dispense usted, señor: ¿de quien ha dicho usted?

El alcalde.—Del gran Baintham; el que ha inventado leyes para el mundo entero. Espero verlas adoptadas dentro de poco en este desgraciado país.

Yo.—¡Oh! Quiere usted decir Jeremías Bentham. Sí: un hombre muy notable en su línea.

El alcalde.—¡En su línea! ¡En todas las líneas! Es el genio más universal

que ha producido el mundo: es un Solón, un Platón y un Lope de Vega.

Yo.—No he leído sus obras; pero no dudo que sea un Solón, y hasta un Platón, como usted dice. Lo que no podía figurarme es que se le clasificara como poeta con Lope de Vega.

El alcalde.—¡Es asombroso! Por lo que veo, no ha leído usted nada de él; en cambio, aquí estoy yo, un pobre *alcalde* de Galicia, que tiene todos los escritos de Baintham en ese estante y los estudia día y noche.

Yo.—Conocerá usted el inglés, sin duda alguna.

El alcalde.—Sí tal; quiero decir, el inglés contenido en las obras de Baintham. Celebro muchísimo ver a un compatriota suyo por estos parajes tan bárbaros. Comprendo y aprecio los motivos que le han traído a usted por aquí; disimule las groserías e insolencias que haya sufrido. Ahora trataremos de repararlas en lo posible. Está usted en libertad; pero como es tarde, le buscaré a usted alojamiento para esta noche. Aquí al lado hay uno muy a propósito. Vamos allá ahora mismo. Espere: ¿lleva usted un libro en la mano?

Yo.—El Nuevo Testamento.

El alcalde.—¿Qué libro es ése?

Yo.—Una parte de las Sagradas Escrituras, de la Biblia.

El alcalde.—¿Para qué lleva usted consigo ese libro?

Yo.—Uno de los motivos principales de mi visita a Finisterre era llevar este libro a un sitio tan inculto.

El alcalde.—¡Ja, ja! ¡Qué rareza! Sí; ya caigo. He oído decir que los ingleses aprecian mucho ese libro estrafalario. Es muy raro que los contemporáneos del gran Baintham den valor alguno a ese librote frailesco.

Era ya muy entrada la noche; mi nuevo amigo me acompañó al

alojamiento que me había destinado, en casa de una anciana respetable, donde hallé una habitación cómoda y limpia. Por el camino deslicé en la mano de Antonio una propina, y al llegar a la casa le regalé con toda solemnidad, y en presencia del *alcalde*, el Testamento, rogándole que lo llevase a Finisterre y lo conservase como recuerdo del inglés a quien había protegido con tanta eficacia.

Antonio.—Así lo haré, y cuando los vientos del Noroeste no permitan salir al mar, leeré en el regalo de su merced. Adiós, mi capitán; cuando vuelva usted a Finisterre espero que vendrá en un buen barco inglés, abarrotado de contrabando, y no por tierra en una jaca, ni en compañía de *nuveiros* y gente de Padrón.

Al instante llegó la criada del *alcalde* con una canasta que puso en la cocina, y preparó una cena excelente para el amigo de su amo.

Servida la cena, el *alcalde* se despidió de mí, no sin preguntarme en qué podía serme útil.

—Mañana me vuelvo a Santiago—respondí—. Espero sinceramente que alguna vez se me presentará ocasión de dar a conocer al mundo la hospitalidad que he recibido de un hombre tan docto como el *alcalde* de Corcubión[1].

* * *

Notas

1. El alcalde de Corcubión no necesitaba saber inglés para leer a Bentham, porque desde 1820 a 1837 gran parte de sus escritos se habían traducido y publicado en España. Las obras completas fueron publicadas en español por Baltasar Anduaga Espinosa, Madrid, 1841-1843, 14 vols. en 4.º El calificativo de «Solón inglés» que Borrow pone en boca del

alcalde está tomado de un artículo del *Monthly Magazine*, que Borrow conocía bien. Su indiferencia por Bentham nace de la secreta hostilidad que Borrow profesaba al Dr. Bowring, uno de los agentes principales de la introducción de las obras de Bentham en la Península. (Knapp.)

Capítulo XXXI

La Coruña.— Paso de la bahía.— El Ferrol.— El astillero.— ¿Dónde estamos?— El embajador griego.— A la luz de un farol.— El barranco.— Viveiro.— La noche.— Ciénagas y tremedales.— Buenas palabras y buena moneda.— La cincha de cuero.— Ojos de lince.— El bribón del guía.

Desde Corcubión volví a Santiago y La Coruña, y comencé los preparativos del viaje a Asturias. En Santiago vendí el caballo andaluz. Los viajes por Galicia le habían quebrantado mucho, y me pareció incapaz de hacer las largas caminatas por país montañoso que me aguardaban. La escasez de caballos en La Coruña era tan grande, que no me fué difícil vender el mío por mucho más dinero del que me costó. Un comerciante de La Coruña, joven y rico, se enamoró de su pelo lustroso y de la largura de su crin y de su cola. Por mi parte tenía más de un motivo para alegrarme de venderlo: estaba resabiado y sin domar, y no hacía más que buscarme cuestiones en las cuadras de las *posadas* donde parábamos a dormir o a comer. Un labrador de Castilla la Vieja, a cuya jaca trató de mala manera mi caballo, me decía en cierta ocasión:

—Señor caballero, si se quiere usted bien o en algo se respeta, deshágase de ese animal, que puede ser su perdición; créame usted.

En La Coruña se quedó, donde murió del muermo, según supe más tarde. ¡Paz a su memoria!

Crucé la bahía para ir de La Coruña a El Ferrol. Antonio, con el caballo que nos quedaba, fué por tierra, viaje fatigoso y largo, bien que por mar sólo haya tres leguas. Me mareé mucho en la travesía, y tuve que ir echado, casi sin sentido, en el fondo de la pequeña lancha en que me embarqué, abarrotada de gente. El viento era contrario y la marejada muy fuerte. No pudimos izar la vela; cinco o seis marinerotes nos llevaron a remo, y en todo el tiempo no cesaron de cantar canciones gallegas. De pronto, el mar pareció serenarse y el mareo se me quitó de golpe. Me puse en pie y miré en torno. Estábamos en uno de los parajes más raros que pueden imaginarse: era un largo y angosto pasadizo, dominado en ambas márgenes por una estupenda barrera de rocas negras y amenazadoras. Esa hendidura natural de la línea de la costa es tan regular y tan recta, que no parece obra del azar, sino hecha a propósito. Las aguas, sombrías y quietas, son de inmensa profundidad. El paso tendrá una milla de largo, y es la entrada de un ancho fondeadero, en cuyo extremo opuesto se alza la ciudad de El Ferrol.

Apenas entré en esta ciudad se apoderó de mi alma la tristeza. La hierba crecía en las calles; por todas partes me daban en cara las huellas de la miseria. El Ferrol es el gran arsenal marítimo de España, y participa en la ruina de la en otro tiempo espléndida marina española. Ya no pululan en él aquellos millares de carpinteros de ribera que construían las largas fragatas y los tremendos navíos de tres puentes, destruídos casi todos en Trafalgar. Tan sólo unos pocos obreros mal pagados y medio hambrientos desperdician allí las horas, y apenas sirven para reparar tal cual *guardacostas* desmantelado por los tiros de alguna goleta inglesa contrabandista de

Gibraltar. La mitad de los habitantes de El Ferrol pide limosna; y dícese que no es raro encontrar entre ellos oficiales de marina retirados, muchos de ellos inválidos, a quienes se deja perecer en la indigencia, ya que, por la penuria de los tiempos, cobran sus sueldos y pensiones con tres o cuatro años de retraso. Una turba de pordioseros importunos me siguió hasta la *posada* y aún intentó penetrar en mi habitación.

—¿Quién es usted?—pregunté a una mujer postrada a mis plantas, que conservaba en el rostro huellas evidentes de un pasado mejor.

—Soy la viuda—me respondió en muy buen francés—de un valeroso oficial que fué en otros tiempos almirante de este puerto.

En ninguna parte se manifiestan la miseria y la decadencia de la moderna España con tanta fuerza como en El Ferrol.

Con todo, hay aquí todavía mucho que admirar. A pesar de su desolación actual, hay en El Ferrol algunas calles buenas y no pocas casas muy hermosas. La *alameda* es una plantación de un millar de olmos próximamente, casi todos magníficos; los pobres ferrolanos, con el genuino espíritu localista tan dominante en España, se jactan de que su ciudad posee un paseo público mejor que el de Madrid, y al compararle con el *Prado* hablan de éste con no disimulado desprecio. En un extremo de la *alameda* se levanta la única iglesia que hay en El Ferrol; la visité al día siguiente de mi llegada, que fué domingo. Los fieles, aldeanos casi todos, no cabían en ella, y con la cabeza descubierta permanecían de hinojos delante de la puerta, ocupando buen trecho del paseo.

Paralelo a la *alameda* corre el muro del arsenal y del astillero. Varias horas gasté en la visita de esos lugares, provisto del indispensable permiso escrito del capitán general de El Ferrol; al visitarlos quedé lleno de

admiración. Yo he visto los reales astilleros de Rusia y de Inglaterra; pero, en cuanto a la grandeza del plan y a la suntuosidad de la ejecución, no pueden ni por un momento compararse con estos maravillosos monumentos del extinguido esplendor naval de España. No me propongo describirlos; baste decir que el fondeadero oval, rodeado de un muelle de granito, tiene capacidad bastante para cien navíos de primer orden; pero en lugar de tal fuerza sólo había allí una fragata de sesenta cañones y dos bergantines; a tan insignificante número de barcos se halla reducida actualmente la marina de España.

Dos o tres días llevaba yo en El Ferrol aguardando a Antonio, y no acababa de llegar; al fin, según estaba yo al caer de una tarde avizorando la calle, le vi venir, llevando por el diestro a nuestro único caballo. Me contó que a unas tres leguas de La Coruña, el caballo, agobiado por el calor y por las moscas, se había caído al suelo con una especie de ataque, del que sólo había vuelto a fuerza de copiosas sangrías, razón por la que tuvo que detenerse un día más en el camino. El caballo estaba, en efecto, muy débil; tenía un estertor que al principio me alarmó; pero le administré unas medicinas, y a los pocos días me pareció bastante restablecido para continuar el viaje.

Partimos, por tanto, de El Ferrol, después de alquilar una jaca para mí y de ajustar un guía que nos llevase a Ribadeo, a veinte leguas de El Ferrol, en los confines de las Asturias. El día, al principio, estuvo despejado; pero antes de llegar a Novales, a tres leguas de camino, se obscureció el cielo y cayó la niebla, acompañada de llovizna. El país que atravesábamos era muy pintoresco. A eso de las dos de la tarde divisamos entre la niebla, a nuestra izquierda, Santa Marta, pequeña ciudad de pescadores, con una hermosa

bahía. Siguiendo a lo largo de la cima de una cadena de montañas entramos en un castañar que parecía inacabable; la lluvia continuaba, repicando sin cesar en las anchas hojas verdes.

—Ya empiezan las lluvias del otoño—dijo el guía—. Mucho se van ustedes a mojar, mis amos, antes de llegar a Oviedo.

—¿Ha estado usted alguna vez en Oviedo?—pregunté.

—No; sólo he llegado hasta Ribadeo, y para eso nada más que una vez. Hablando con franqueza, no sé cómo nos arreglaremos al llegar a los descampados que hay aquí cerca; de noche, y con lluvia, será muy difícil encontrar el camino. Quisiera estar ya de vuelta en El Ferrol, porque este camino, el peor de Galicia por muchas razones, no me gusta; pero donde va la jaca de mi amo allí tengo yo que ir también: tal es la vida para nosotros los guías.

Me encogí de hombros al recibir esas noticias, poco agradables en verdad, y di la callada por respuesta.

Por fin, al cerrar la noche, salimos del bosque, y a poco descendimos a un profundo valle, al pie de elevadas montañas.

—¿Dónde estamos ahora?—pregunté al guía, a punto que, en el fondo del valle, salvábamos por un tosco puente un arroyuelo ruidoso y espumante, engrosado por las lluvias.

—En el valle de Coisa Doiro—replicó—; mi opinión es que pasemos aquí la noche para no aventurarnos en los montes por donde pasa el camino de Viveiro, porque entrar en ellos y perdernos va a ser todo uno, y entonces *¡adiós!*, morimos todos.

—¿Hay algún pueblo por aquí cerca?

—Sí, señor; el pueblo está enfrente de nosotros, y dentro de un

instante llegaremos a él.

A poco entramos en una aldea que se alzaba, entre árboles altísimos, a la entrada del desfiladero.

Antonio se apeó, entró en dos o tres chozas y volvió en seguida, diciendo:

—No podemos quedarnos aquí, *mon maître*, sin que nos coma la miseria; mejor estaremos entre esos cerros. No hay ni lumbre ni luz en estas chozas y la lluvia cala los techos.

El guía, sin embargo, se negó a continuar.

—Con luz del día me costaría trabajo encontrar el camino—gritó malhumorado—; peor será de noche, con tormenta y *bretima*.

Adquirimos un poco de vino y de pan de maíz en una de las chozas, y mientras comíamos, Antonio dijo:

—*Mon maître*, lo mejor que en esta situación podemos hacer es ajustar a cualquiera de este pueblo para que nos lleve por esas montañas a Viveiro. Aquí no hay camas, y si nos echamos en la paja, con los vestidos mojados, atraparemos una terciana gallega. El guía que traemos no sirve para nada; vamos a buscar uno que le sustituya.

Sin aguardar respuesta, arrojó la corteza de *broa* que estaba comiendo y desapareció. Se encaminó, como más adelante supe, a la choza del *alcalde*, y le pidió, en nombre de la reina, un guía para el embajador griego, que se había extraviado camino de Asturias. Volvió a los diez minutos en compañía de la autoridad local, quien, con gran sorpresa de mi parte, me hizo una profunda reverencia y permaneció con la cabeza descubierta bajo la lluvia.

—Su excelencia—exclamó Antonio—necesita un guía para ir a Viveiro.

Las personas de nuestra clase no están obligadas a pagar los servicios que necesiten; sin embargo, su excelencia es de entrañas compasivas y dará gustoso tres *pesetas* a cualquier persona competente que le acompañe a Viveiro, y todo el pan y el vino que quiera comer y beber al llegar.

—Su excelencia será servido—respondió el *alcalde*—. Sin embargo, como el camino es largo y difícil y en la montaña hay mucha *bretima*, me parece que, además del pan y del vino, su excelencia no debe ofrecer menos de cuatro *pesetas* al guía que le lleve a Viveiro, y no conozco ninguno mejor que mi yerno, Juanito.

—Concedido, *señor alcalde*—repliqué yo—. Traiga usted el guía, y la peseta de aumento saldrá también a relucir en sazón oportuna.

No tardó en aparecer Juanito con un farol en la mano. Partimos al instante. Los dos guías empezaron a hablar en gallego.

—*Mon maître*—dijo Antonio—, este nuevo tunante le está preguntando al otro qué traemos, a su parecer, en las maletas.

Luego, sin esperar mi respuesta, gritó:—¡Pistolas, bárbaros; pistolas!, como vais a saber a costa vuestra si no dejáis esa jerigonza y habláis en castellano.

Callaron los gallegos, y al instante el primer guía se quedó atrás, mientras el otro abría la marcha, farol en mano.

—Quédate atrás y muy separado—dijo Antonio al primero—. Te advierto, además, que veo lo mismo detrás que delante. *Mon maître*—continuó dirigiéndose a mí—, no creo que estos individuos traten de hacernos daño, sobre todo porque no se conocen; pero bueno será que vayan separados, porque el lugar y la hora son tentadores para cometer un robo o una muerte.

Seguía lloviendo sin cesar; el camino era escabroso y muy pendiente, y la noche tan obscura, que apenas veíamos la masa confusa de las montañas circundantes. Una o dos veces nuestro guía pareció perder el camino: se detenía, hablaba entre dientes, alzaba en alto el farol y luego seguía adelante despacio e indeciso. De esta manera anduvimos tres o cuatro horas; al cabo pregunté al guía cuánto faltaba para Viveiro.

—No sé a punto fijo dónde estamos—respondió—, aunque creo que no nos hemos perdido. De todos modos, podemos estar escasamente a menos de dos leguas cortas de Viveiro.

—Entonces no llegamos antes de salir el sol—interrumpió Antonio—, porque una legua corta de Galicia equivale lo menos a dos de Castilla, y acaso estamos destinados a no llegar nunca si el camino va por ese precipicio.

Al tiempo que hablaba comenzó el guía a bajar por un barranco que parecía llevar a las entrañas de la tierra.

—¡Alto!—dije yo—. ¿Adónde vas?

—A Viveiro, *senhor*—replicó el hombre—; éste es el camino de Viveiro; no hay otro. Ahora ya sé dónde estamos.

La luz del farol cayó sobre las curtidas facciones del guía al volverse para contestar, según estaba un poco por bajo de nosotros en la vertiente del barranco, poblada de gruesos árboles, debajo de cuya bóveda frondosa descendía un sendero de pavorosa pendiente. Me apeé de la jaca, y entregando las riendas al otro guía dije:

—Aquí tienes el caballo de tu amo; llévalo por el despeñadero abajo si quieres; pero yo me lavo las manos en el asunto.

El hombre, sin responder palabra, montó de un salto, y diciéndole a la

jaca: *¡Vamos, Perico!*, empezó a bajar.

—Venga, *senhor*—decía el del farol—; no hay tiempo que perder; la luz se va a apagar muy pronto, y estamos en lo peor de todo el camino.

Pensé en la probabilidad de que el guía nos llevase a una cueva de forajidos, donde nos degollarían; pero, cobrando ánimos, me agarré a la brida de nuestro caballo y seguí al hombre aquel por el barranco abajo, entre peñas y zarzas. Duró el descenso unos diez minutos, y antes de llegar al final se apagó la luz y quedamos en casi total obscuridad.

El guía nos animaba diciendo que no había peligro, y al fin llegamos al fondo del barranco, por donde corría un riachuelo. Le vadeamos con agua hasta las rodillas. Estando en el agua, alcé los ojos y vislumbré un pedazo de cielo a través de las ramas de los árboles que por todas partes cubrían las empinadas vertientes del barranco y abovedaban el cauce del arroyo. Jamás viajero descarriado se ha visto en un sitio tan extraño ni de tales lobreguez y horror. Después de una breve pausa, empezamos a escalar la vertiente opuesta, menos escarpada que la otra, y en pocos minutos llegamos a la cima.

Poco después amainó la lluvia, salió la luna, y algunos de sus débiles rayos perforaron la húmeda gasa de la niebla. El camino era ya menos pendiente. A las dos horas descendimos al borde de una vasta ensenada, y la costeamos hasta un sitio donde había muchos botes y lanchas volcados en la arena. Al instante vimos ante nosotros los muros de Viveiro, sobre los que derramaba la luna un débil resplandor. Entramos por una puerta abovedada, alta y, al parecer, ruinosa, y el guía nos condujo al momento a la *posada*.

Todo el mundo estaba en Viveiro sepultado en profundo sueño; ni

siquiera un perro nos saludó con sus ladridos. Después de mucho llamar, nos abrieron en la *posada*, edificio grande y ruinoso. Apenas estuvimos alojados hombres y caballos, la lluvia comenzó de nuevo con mayor furia que antes, con gran aparato de relámpagos y truenos. Antonio y yo, rendidos de cansancio, nos acostamos en unas malas camas dispuestas en un aposento ruinoso, en el que penetraba la lluvia por una porción de grietas; los guías se quedaron comiendo pan y bebiendo vino hasta la mañana.

Al levantarme, la vista de un día despejado me llenó de contento. Antonio preparó en seguida un sabroso desayuno de gallina estofada, que nos vino muy bien después de las diez leguas de viaje del día anterior por los caminos que he intentado describir. Fuimos luego a dar una vuelta por la población, que consiste en poco más de una calle larga, en la falda de un empinado cerro, muy poblado de bosque y árboles frutales. A eso de las diez proseguimos el viaje, acompañados por el primer guía; el otro se había vuelto a Coisa Doiro unas horas antes.

Aquel día caminamos casi siempre a la vista de la costa cantábrica, siguiendo su contorno. El país era estéril, cubierto en muchos sitios de grandes pedruscos; encontramos, sin embargo, algunos pedazos de tierra cultivada, plantados de viñedo. Vimos muy pocas viviendas humanas; con todo, el viaje fué placentero, gracias al esplendente sol, que alegraba con sus rayos los agrestes yermos y brillaba en la superficie del lejano mar, dormido en apacible calma.

Al caer la tarde estábamos en las inmediaciones de la costa, con una cadena de montañas cubiertas de bosque a nuestra derecha. El guía nos llevó hacia una ensenada de bordes pantanosos, y a poco se detuvo y

declaró que ya no sabía adónde nos llevaba.

—*Mon maître*—dijo Antonio—, lo mejor es que guiemos nosotros mismos; como usted ve, de nada sirve fiarse de este individuo, que sólo sabe meter a la gente en los cenagales.

Volvimos atrás, y dando la vuelta a la ciénaga en un trecho considerable, llegamos a un angosto sendero; nos metimos por él, hasta dar en un bosque muy espeso, donde al instante nos perdimos por completo. Vagamos entre los árboles mucho tiempo; de pronto oímos ruido de agua, y un momento después el fragor de un rodezno. Guiados por el ruido, descubrimos un pequeño molino de piedras construído sobre un arroyo: allí nos detuvimos y llamamos; pero sin obtener respuesta.

—Aquí no hay nadie—dijo Antonio—. Pero este sendero nos llevará, seguramente, a sitio habitado.

Echamos por él, y a los diez minutos estábamos a la puerta de una choza, dentro de la que se veía luz. Antonio se apeó y abrió la puerta.

—¿Hay aquí alguien que quiera llevarnos a Ribadeo?—preguntó.

—*Senhor*—respondió una voz—, de aquí a Ribadeo hay cinco leguas largas, y hay que cruzar además un río.

—Entonces hasta el pueblo más próximo—continuó Antonio.

—Yo soy *vecino* del pueblo inmediato, que está en el camino de Ribadeo—dijo otra voz—, y les llevaré a ustedes allá si me dan buenas palabras y, lo que es mejor, buenas monedas.

Al decir esto salió de la choza un hombre con un palo grueso en la mano. Echó a andar resueltamente a paso largo delante de nosotros, y en menos de media hora nos sacó del bosque. En otra media hora nos llevó a un grupo de casucas situadas cerca del mar; nos señaló una de ellas, y,

guardándose una peseta que le di, se despidió.

Los moradores de la casa consintieron de buen grado en albergarnos aquella noche. La vivienda era mucho más limpia y cómoda que la generalidad de las miserables chozas de los campesinos gallegos. El piso bajo consistía en una troje y una cuadra; encima había un desván muy capaz con algunas camas de borra limpias y cómodas. Vi también algunos mástiles y velas de botes. La familia se componía de dos hermanos con sus mujeres e hijos. Uno era pescador; pero el otro, que era el principal de la familia, me dijo que había residido muchos años en Madrid sirviendo, y que, reunida una pequeña suma, se volvió al pueblo natal, donde compró un poco de tierra, de cuyo cultivo vivía. Toda la familia hablaba usualmente el castellano, y, según me dijeron, no se habla mucho gallego por aquellas partes. He olvidado el nombre del pueblo, situado en el estuario del Foz, que baja de Mondoñedo. Por la mañana cruzamos el estuario en una barcaza con los caballos, y al mediodía llegamos a Ribadeo.

—Ya ve su merced—me dijo el guía que traíamos desde El Ferrol—que he cumplido mi ajuste y que el viaje ha sido muy duro; espero que su merced nos permitirá a *Perico* y a mí pasar la noche a su costa en esta posada, y mañana nos volveremos; ahora estamos muy cansados.

—Nunca he montado una jaca mejor que *Perico*, ni he tropezado con un guía peor que usted. No conoce usted el terreno, y no ha hecho más que buscarnos dificultades. Sin embargo, quédese aquí esta noche, si está cansado, como dice, y mañana puede volverse al Ferrol, donde le aconsejo que se dedique a otro oficio.

Esto se lo dije a la puerta de la *posada* de Ribadeo.

—¿Llevo los caballos a la cuadra?—preguntó.

—Como usted quiera.

Antonio le miró un momento, según se alejaba con los caballos, y, moviendo la cabeza, le siguió con cautela. Al cuarto de hora volvió sonriente, cargado con la montura de nuestro caballo.

—*Mon maître*—dijo—, durante todo el viaje he ido formando muy mala opinión del guía; pero ahora acabo de descubrir que si ha pedido permiso para quedarse aquí ha sido con idea de robarnos algo. Andaba muy solícito con nuestro caballo en la cuadra, y ahora echo de menos la cincha de cuero nueva que tanto le llamaba la atención estos días. Ya la habrá escondido no sé dónde; pero le tenemos seguro, porque aún no ha cobrado el alquiler de la jaca ni la propina.

En esto volvió el guía. Los pícaros son siempre suspicaces. El hombre nos echó una ojeada, y notando acaso en nuestros rostros algo que no le gustó, dijo de súbito:

—Déme usted el alquiler del caballo y mi *propina*; *Perico* y yo nos vamos al momento.

—¿Cómo es eso?—respondí—. Yo creía que usted y *Perico* estaban cansados y que pasarían aquí la noche; pronto se han repuesto ustedes del cansancio.

—Lo he pensado mejor—dijo el hombre—. Mi amo se enfadaría si pierdo tiempo aquí. Así que págueme y nos iremos.

—Descuide usted—respondí—. Voy a pagarle, puesto que lo desea. ¿Está completa la montura?

—Sí, señor; se la he entregado a su criado.

—Todo está aquí—dijo Antonio—, menos la cincha de cuero.

—Yo no la tengo—replicó el guía.

—Claro está que no—contesté—. Vamos a la cuadra; quizás la encontremos allí.

Fuimos a la cuadra, y, aunque buscamos mucho, la cincha no pareció.

—La lleva rodeada a la cintura, debajo del pantalón, *mon maître*—dijo Antonio, cuyos ojos de lince lo escudriñaban todo—. Pero no nos demos por enterados; estas gentes son paisanos suyos y acaso se pondrían de su parte si intentásemos apoderarnos de él. Ya le digo que le tenemos en nuestro poder, porque no le hemos pagado.

El prójimo empezó entonces a hablar en gallego con los circunstantes (se habían congregado varias personas), diciendo que el *Denho* le llevase si sabía algo de la cincha perdida; pero nadie parecía inclinado a ponerse de su parte, y los oyentes se limitaban a encogerse de hombros. Volvimos al portal de la posada, clamando el guía por el precio del alquiler y la *propina*. No le respondí, y acabó por marcharse, amenazándonos con acudir a la *justicia*; a los diez minutos volvió corriendo con la cincha en la mano.

—Acabo de encontrarla en la calle—dijo—. Su criado la habrá perdido.

Tomé la cincha y me puse a contar muy despacio la cantidad a que ascendía el alquiler del caballo; después de entregársela delante de testigos, dije:

—Durante todo el viaje no nos ha servido usted de nada; sin embargo, ha disfrutado del mismo trato que nosotros, y ha comido y bebido a su antojo: tenía intención de darle a usted dos duros de *propina*; pero en vista de que a pesar de lo bien que le hemos tratado ha querido usted robarnos, no le doy ni un *cuarto*; conque váyase a sus negocios.

Todos los presentes aprobaron esta sentencia, y le dijeron que tenía su

merecido y que era la deshonra de Galicia. Dos o tres mujeres se santiguaron y le preguntaron si no temía que el *Denho*, a quien había invocado, se lo llevase. Por último, un hombre de presencia respetable le dijo:

—¿No se avergüenza usted de haber querido robar a dos extranjeros inocentes?

—¡Extranjeros!—rugió el guía, que echaba espuma de rabia—¡inocentes extranjeros, *carracho*! Más saben de España y de Galicia que todos nosotros juntos. ¡Oh! *Denho*, el criado no es un hombre, es un brujo, un *nuveiro*. ¿Dónde está *Perico*?

Montó en su jaca y se fué en seguida a otra posada; pero la historia de su picardía corrió más que él, y no quisieron admitirlo en ninguna parte; volvió sobre sus pasos, y, al verme asomado a la ventana de la casa, lanzó un grito salvaje, me amenazó con el puño y salió al galope de la ciudad, perseguido por los gritos y los insultos de la gente.

* * *

Capítulo XXXII

Martín de Ribadeo.— La yegua facciosa.— Los asturianos.— Luarca.— Las siete bellotas.— Los ermitaños.— Narración de un asturiano.— Unos huéspedes raros.— El criado gigante.— Batuschca.

¿Qué se le ofrece a usted?—pregunté a un individuo bajo, grueso, de alegre rostro, vestido con una chaqueta de pana y pantalones de lienzo ordinario, que se presentó en mi habitación al obscurecer.

—Soy Martín de Ribadeo—contestó—, de oficio *alquilador*. He oído que su merced necesita un caballo para ir a Asturias, con un guía, naturalmente; si es así, le aconsejo que me ajuste a mí y a mi yegua.

—Ya estoy cansado de guías—repliqué—; tanto, que estaba pensando comprar una jaca y seguir adelante sin guía ninguno. El último que hemos tenido era un pillo.

—Eso me han dicho, y no ha sido poca suerte para ese *bribón* que no estuviese yo en Ribadeo cuando ocurrió el suceso a que alude su merced. Al volver, ya se había ido con *Perico*; que si no, de seguro le sangro. Es la vergüenza del oficio, uno de los más honrados y antiguos del mundo. Al mismo *Perico* debía darle vergüenza de él, porque *Perico*, aunque sea una jaca, es persona muy cabal y de gran talento, conocidísima en los caminos.

Sólo mi yegua le aventaja.

—¿Conoce usted bien el camino de Oviedo?—pregunté.

—No, señor; sólo le conozco hasta Luarca, que es un día de viaje. No le quiero engañar a usted; por tanto, sólo iré con ustedes hasta ese pueblo; pero quizás podría servirles para todo el viaje, pues si no conozco el terreno, tengo lengua en la boca y pies ligeros para hacer preguntas y correr. De todos modos, no me comprometo más que hasta Luarca, donde ustedes harán lo que gusten. Deseo acompañarles a ustedes porque son extranjeros y la conversación de los extranjeros me gusta: siempre se aprende algo útil o entretenido. Además, deseo que ustedes se convenzan de que no todos los guías de Galicia son ladrones, y se convencerán con que me dejen acompañarles hasta Luarca.

Me chocaron tanto el buen humor y la franqueza de aquel hombre, y, sobre todo, la originalidad de carácter que descubrían sus palabras, que de buen grado le ajusté para que nos sirviera de guía hasta Luarca; cerrado el trato, me dejó, prometiendo venir a buscarme con la yegua a las ocho de la mañana siguiente.

Ribadeo es uno de los principales puertos de Galicia, admirablemente situado para el comercio en una profunda ensenada, donde desemboca el Eo. Contiene muy buenos edificios y una amplia *plaza* plantada de árboles. Había anclados en la rada varios navíos; la población, más bien numerosa, no mostraba aquella miseria y tristeza que acababa de ver en los ferrolanos.

Al día siguiente, Martín de Ribadeo se presentó con la yegua a la hora convenida. La yegua era flaca y macilenta y tenía poca más alzada que una jaca; pero era muy limpia de remos, y Martín aseguraba que no había otra mejor en toda España. «Esta yegua es facciosa—decía—, creo que alavesa.

Los carlistas la trajeron, y como se quedó coja la desecharon y yo la compré por un duro. Pero ya no está coja, como verán ustedes muy pronto.»

Habíamos llegado a la ría que divide Galicia y Asturias. Una barcaza nos esperaba como a dos varas de la orilla. Martín se acercó al agua con su yegua, la animó con un grito, y sin vacilación alguna el animal se lanzó de un brinco a la barca. «Ya les he dicho que es *facciosa*—dijo Martín—. Sólo un animal faccioso da este salto.»

Embarcados en la lancha, cruzamos la ría, que tendría por allí una milla de anchura, y tomamos tierra en Castropol, primera ciudad de Asturias. Monté entonces en la yegua facciosa y Antonio en mi caballo. Martín iba delante, bromeando con cuantas personas se encontraba, y a veces nos alegraba el camino con sus canciones.

Estábamos ya en Asturias; al mediodía llegamos a Navia, pueblecito de pescadores situado en una *ría*; en las inmediaciones se alzan, formando semicírculo, unas ásperas montañas llamadas Sierra de Burón. En la rada había un barquichuelo, procedente, según averigüé más tarde, de las provincias Vascongadas, para cargar sidra o *sagardúa*, la bebida de que tanto gustan los vascos. Cuando íbamos por la angosta calle del pueblo, tres hombres, zapateros al parecer, sentados en una tiendecilla, saludaron a Antonio con un *¡Hola!* Detúvose a conversar con ellos, y cuando se reunió con nosotros en la *posada* le pregunté quienes eran. «*Mon maître*—dijo—, *ce sont des messieurs de ma connaissance*.» He sido compañero de servicio de los tres varias veces; y de antemano le digo a usted que en este país apenas hay un pueblo donde no tenga yo un amigo. Todos los asturianos van a Madrid en cierta época de su vida en busca de colocación, y cuando han arañado algún dinero se vuelven a su país. Como

yo he servido en todas las casas grandes de Madrid, conozco a la mayor parte de ellos. No tengo nada que decir contra los asturianos, salvo que son tacaños y mezquinos mientras están sirviendo; pero no son ladrones, ni en su país ni fuera de él, y he oído decir que se puede atravesar Asturias de punta a punta sin el menor riesgo de que le roben o le maltraten a uno, cosa que no sucede en Galicia, donde a cada momento estábamos expuestos a que nos cortaran el cuello.

Salimos de Navia y seguimos adelante, a través de una comarca desolada, hasta el puerto de Baralla, en una ingente barrera de granito, desnuda de toda vegetación, aunque desde lejos aparezca de un ligero color verde.

—Este puerto—dijo Martín de Ribadeo—tiene muy mala fama, y no me gustaría atravesarlo de noche. Aquí no hay ladrones, sino algo peor, los *duendes* de dos frailes franciscanos. Cuentan que en tiempos antiguos, mucho antes de suprimirse los conventos, dos frailes franciscanos salieron de su convento a mendigar. Recogieron muchas limosnas, y cuando al cerrar la noche pasaban por aquí, camino de su convento, disputaron sobre cuál de los dos había recogido más, empeñado cada uno en que había cumplido con su obligación mejor que el otro; al cabo, de las palabras vivas pasaron a los insultos, y de los insultos a los golpes. ¿Qué cree usted que hicieron aquellos demonios de frailes? Se quitaron las capas, haciéndoles en una punta sendos nudos con una gruesa piedra dentro, y se machacaron con tal furia, que ambos quedaron muertos. Yo no sé, mi amo, cuál es peor plaga, si los frailes, los curas o los gorriones.

¡Dios Nuestro Señor nos libre de todos los pajarracos,
frailes, curas y gorriones que por ahí van volando,

que los gorriones no dejan de trigo siquiera un grano,
los frailes se beben la uva que nosotros vendimiamos
y los curas tienen todas las mujeres a su mando.
Dios Nuestro Señor nos libre de todos los pajarracos!

Dos horas después llegamos a Luarca, cuya situación es singular. Se halla en una profunda hondonada, de tan rápidas vertientes, que no se ve el pueblo hasta que está uno encima de él. En el extremo Norte de la hondonada hay una pequeña bahía, en la que entra el mar por un boquete angosto. Encontramos una *posada* grande y cómoda; por consejo de Martín buscamos un guía y un caballo de refresco; pero nos dijeron que todos los caballos del pueblo estaban ausentes y que aún tardarían dos días en volver. «Al entrar en Luarca—dijo Martín—tuve el presentimiento de que no estábamos destinados a separarnos ahora. Tiene usted que alquilarnos a mí y a la yegua hasta Gijón; allí ya encontrará usted medio de trasladarse a Oviedo. Hablando con franqueza, no siento lo más mínimo que los guías estén fuera, porque la compañía de usted me agrada, y estoy seguro de que a usted le agrada la mía. Ahora voy a escribir una carta a mi mujer diciéndole que no volveré a Ribadeo en unos cuantos días.» Martín salió del aposento cantando la siguiente copla:
Un manco escribió una carta;
un ciego la está mirando;
un mudo la está leyendo,
y un sordo la está escuchando.

A la mañana siguiente, muy temprano, salimos de la hondonada de Luarca; en una hora de marcha, los caballos nos llevaron a Caneiro, profundo y romántico valle entre peñascos, sombreado por altos castaños.

Por en medio del valle pasa un río muy rápido, que cruzamos en bote.

—En toda Asturias—dijo el botero—no hay otro río como éste para las truchas. Mire usted esas piedras grandes del fondo; pues cuando llega su época, si el tiempo es bueno, no se vende tantísima pesca como hay.

Dejando atrás el valle, entramos en una región de mucha piedra, montañosa, lúgubre y agreste. El día, nublado, sombrío, lo entristecía todo en torno nuestro.

—¿Vamos bien por este camino para Gijón y Oviedo?—preguntó Martín a una vieja que estaba a la puerta de una casa.

—¿Para Gijón y Oviedo?—replicó la comadre—. Aun tienen ustedes que cansarse de andar antes de llegar a Gijón y Oviedo. Por de pronto tienen ustedes que rajar las *bellotas*; cabalmente están ustedes debajo.

—¿Qué quiere decir con eso de rajar las *bellotas*?—pregunté a Martín de Ribadeo.

—¿No ha oído nunca su merced hablar de las siete *bellotas*?—respondió el guía—. A punto fijo no puedo decirle a usted lo que son, porque no las he visto nunca; pero creo que han de ser siete montañas que vamos a cruzar, y las llaman de ese modo porque las encuentran parecidas a las *bellotas*. He oído hablar de ellas bastante, y me alegro de tener ocasión de verlas, aunque, según dicen, se les indigestan a los caballos.

En aquella parte de Asturias alcanzan las montañas considerable altura. Son casi todas de obscuro granito, cubierto aquí y allá por una ligera capa de tierra. Se acercan mucho al mar, hacia el cual declinan en vertientes muy quebradas, donde se abren profundas y escarpadas gargantas; por cada una corre un arroyo, tributo de las montañas al piélago salado. El camino va

por esos derrumbaderos. A siete de ellos los llaman en el país *las siete bellotas*. El más terrible de todos es el del centro, del cual desciende un torrente impetuoso. En lo más alto, a muchos cientos de varas de elevación, se alza una escarpada muralla de roca, negra como el hollín; cuando pasamos, un velo de *bretima* envolvía la cumbre. Esa garganta se ramifica por ambos lados en pequeñas cañadas o valles, tan cubiertos de árboles y tallares, que la mirada no puede penetrar en ellos.

—Estos sitios serían muy buenos para unas ermitas—dije a Martín de Ribadeo—. Aquí podían vivir felices, alimentándose de raíces y no bebiendo más que agua, unos cuantos santos varones, y dedicarse a la contemplación divina sin que el ruido del mundo viniese a turbarlos.

—Es verdad—respondió Martín—, y quizás por eso no hay ermitas en los *barrancos* de las siete *bellotas*. Nuestros ermitaños tienen poca afición a las raíces y al agua, y no se oponen a que de vez en cuando interrumpan sus meditaciones. *¡Vaya!* Nunca he visto una ermita que no estuviese cerca de algún pueblo rico, o que no fuese un sitio frecuentado por todos los vagos de los alrededores. A los ermitaños no les gusta vivir en estos barrancos, porque los lobos y las zorras acabarían con sus gallinas. Conocía yo a un ermitaño que al morir dejó a su sobrina una fortuna de setecientos duros, ahorrada casi toda cebando pavos.

En la cima de esta *bellota* había una *venta* miserable donde descansamos, continuando después el viaje. Ya muy avanzada la tarde salimos del último de aquellos difíciles puertos. El viento comenzó entonces a soplar, trayendo en sus alas una lluvia menuda. Pasamos por Soto de Luiña, y prosiguiendo nuestro camino a través de una región muy agreste, pero pintoresca, nos encontramos al anochecer al pie de una

escarpada montaña, a la que se subía por un camino de herradura, a través de un bosque de altísimos árboles. Mucho antes de llegar a la cumbre se hizo de noche; la lluvia arreció. Ibamos tropezando en la obscuridad y llevábamos de la brida los caballos, que a veces se arrodillaban por lo resbaladizo del sendero. Alcanzamos, por fin, la cumbre sin novedad, y con paso vivo llegamos, media hora más tarde, a la entrada de Muros, pueblo grande, situado precisamente al pie de la otra vertiente de la montaña.

Ardía un buen fuego en la *posada*, y su calor, que no tardó en secarnos los vestidos, nos recompensó, hasta cierto punto, de los trabajos sufridos al escalar las *bellotas*. ¡Singular paraje aquella *posada* de Muros! La casa era grande e irregular, con espaciosa cocina en el piso bajo. Escaleras arriba había un vasto comedor con inmensa mesa de roble, rodeada de pesados sillones de cuero muy altos de respaldo, que lo menos tenían tres siglos. Con este aposento se comunicaba una galería o voladizo de madera, abierta al aire, que conducía a un cuarto pequeño, provisto de un lecho antiguo, con dosel y cortinas, donde yo había de dormir. Era una de esas posadas que los novelistas gustan de introducir en sus descripciones, sobre todo cuando los sucesos narrados ocurren en España. El huésped era un asturiano locuaz.

El viento rugía sin cesar y llovía a torrentes. Me senté, soñoliento, al amor de la lumbre, y la conversación del huésped me despabiló.

—*Señor*—me dijo—, hacía ya tres años que no venían extranjeros a mi casa. Recuerdo que por esta misma época, y en una noche como la de hoy, llegaron a la posada dos hombres a caballo. Me chocó que no trajeran guía. En mi vida he visto dos individuos más raros; no se me olvidarán jamás. El uno era tan alto como un gigante; tenía unos bigotes rojizos que le tapaban

la boca; la cara era coloradota y parecía muy torpe y estúpido; debía de serlo, en efecto, porque cuando le hablé no pareció haberme entendido, y me contestó farfullando un *¡válgame Dios!* tan extraño, que me le quedé mirando con los ojos y la boca abiertos. El otro no era alto ni colorado, ni tenía pelos en la cara, ni apenas en la cabeza. Era diminuto y parecía *jorobado*; pero ¡*válgame Dios*, qué ojos los suyos! Tan penetrantes y malignos eran como los de un gato montés. Hablaba el español tan bien como yo; pero no era español. Un español no tiene aquel mirar. Iba vestido de *zamarra*, con muchos bordados y filigranas, y llevaba sombrero andaluz; no tardé en comprender que el pequeño era el amo, y el gigante el criado.

»¡*Válgame Dios*, qué malísimo genio tenía el *jorobado*! Con todo, era muy gracioso y zumbón, y a veces me decía unas chuscadas como para morirse de risa. Se puso a cenar en el comedor de arriba (permítame usted que le diga que durmió en el mismo cuarto en que su merced va a dormir esta noche), y su criado le servía. Bueno: yo tenía mucha curiosidad, y me senté también a la mesa sin pedirle permiso. ¿Por qué había de pedírselo? Yo estaba en mi casa, y un asturiano es buena compañía para un rey, y es a menudo de mejor sangre. La cena fué sorprendente. En cuanto el gigante se descuidaba lo más mínimo en el servicio de su amo, el *jorobado* se ponía en pie, se subía a la silla de un brinco, y agarrando al gigante por el pelo le daba de bofetadas, hasta el punto de hacerme temer que iba a arrojar las muelas por la boca. Pero el gigante no parecía dar gran importancia a estos incidentes; supongo que ya estaría acostumbrado. *¡Válgame Dios!* Un español no lo hubiera llevado con tanta paciencia. Pero lo que más me sorprendía era que después de pegar al criado el amo se sentaba, y al

instante comenzaba a hablar y a reír con él como si no hubiera ocurrido nada, y el gigante reía y conversaba con su amo como si no le hubiera pegado nunca.

»Ya supondrá usted, *señor*, que no entendí ni palabra de la conversación, porque no hablaban en cristiano, sino en la misma lengua extraña en que el gigante me contestaba cuando le dirigía la palabra; todavía me está sonando en los oídos. No se parecía a ninguna otra lengua, ni al vascuence, ni a la lengua en que su merced habla aquí a mi tocayo el *signor* Antonio. *¡Válgame Dios!* A lo que más se parecía es al ruido que hace una persona al enjuagarse la boca con agua. Creo recordar todavía una palabra que no se le caía de los labios al gigante; pero su amo no la empleaba jamás.

»Pero aún no le he contado a usted lo más raro de esta historia. Cuando se acabó la cena estaba muy avanzada la noche; la lluvia golpeaba en las ventanas como en este momento. De pronto el jorobado sacó el reloj, ¡*Válgame Dios*, qué reloj! Sólo le diré a usted una cosa, *señor*: que con los brillantes engastados en las tapas se podía comprar toda Asturias y Muros encima, y relucían tanto que no hacía falta lámpara en el cuarto. El *jorobado* miró al reloj y me dijo: «Me voy a acostar.» Tomé la luz y le llevé por la galería a su cuarto, seguidos del criado. Bueno, *señor*: levanté la mesa y me quedé aquí abajo esperando al criado, a quien tenía preparada una buena cama cerca de la mía. *Señor*, esperé con calma una hora, pero al cabo se me agotó la paciencia; subí al comedor, entré en la galería, y al llegar a la puerta de la habitación de aquel viajero tan raro, ¿qué dirá usted que vi?

—¿Cómo lo voy a saber?—respondí—. Acaso sus botas de montar.

—No, *señor*; no vi sus botas de montar. Tumbado en el suelo, con la

cabeza apoyada en la puerta, de suerte que era imposible abrirla sin despertarle, estaba el gigante profundamente dormido; sus inmensas piernas ocupaban casi toda la longitud de la galería. Me santigüé lleno de admiración; y no me faltaban motivos, porque el viento era tan fuerte como esta noche, la lluvia entraba a chorros en la galería, y, sin embargo, allí se estaba el hombre dormido profundamente, sin abrigo, sin un leño siquiera por almohada, tumbado delante de la puerta de su amo.

»*Señor*, aquella noche dormí muy poco, porque pensé que había alojado a dos brujos o a gente que no era humana. Una o dos veces subí al piso de arriba y me asomé a la galería: el criado continuaba allí dormido; me persigné y me volví a la cama.

—Bueno—dije yo—, ¿qué ocurrió al día siguiente?

—Nada de particular: el *jorobado* bajó de su cuarto y estuvo bromeando conmigo en buen español; el criado bajó también, pero de todo lo que dijo, que no fué mucho, no entendí ni palabra, porque hablaba en aquella calamidad de lengua. Estuvieron aquí todo el día hasta después de cenar; entonces el *jorobado* me dió una onza de oro, montaron los dos a caballo y se fueron no sé adónde, en plena noche, de modo tan extraño como habían venido.

—¿Es eso todo?—pregunté.

—No, *señor*; no es eso todo: razón tenía yo al suponer que eran *brujos*; al día siguiente llegó un correo y los buscaron mucho, y a mí me prendieron por haberlos tenido en mi casa. Esto ocurrió a poco de empezar la guerra. Se dijo que eran espías y emisarios de no sé qué nación, y que habían visitado todos los rincones de Asturias para conferenciar con los descontentos. Lograron escaparse y no volvió a saberse de ellos; pero los

caballos que montaban parecieron, sin los jinetes, vagando por el monte; eran jacas ordinarias sin ningún valor. Se cree que los *brujos* se embarcarían en algún barquichuelo escondido en una de las *rías* de la costa.

Yo.—¿Qué palabra era la que oía usted decir continuamente al criado, y que cree usted poder recordar?

El Huésped.—*Señor*, hace ya tres años que la oí, y a veces puedo recordarla, pero a veces no; en ocasiones me he despertado repitiéndola. Espere, *señor*; la tengo en la punta de la lengua: era *Patusca*.

Yo.—Quiere usted decir *Batuschca*; aquellos hombres eran rusos.

* * *

Capítulo XXXIII

Oviedo.— Los diez caballeros.— Otra vez el suizo.— Petición modesta.— Los ladrones.— Benevolencia episcopal.— La catedral.— Un retrato de Feijóo.

Tengo que dar ahora un gran salto en mi viaje, nada menos que desde Muros a Oviedo, contentándome con decir que fuimos desde Muros a Vélez[1] y desde aquí a Gijón, donde nuestro guía Martín se despidió, volviéndose con la yegua a Ribadeo. El buen hombre sintió mucho separarse de nosotros y hasta llegó a manifestar el deseo de que le tomase a él con su yegua a mi servicio.

—Tengo muchas ganas—me dijo—de correr toda España y hasta el mundo entero, y es seguro que no volveré a ver una ocasión como la que ahora se me presenta pegándome a los faldones de su merced.

Al recordarle yo que tenía mujer e hijos, respondió:

—Es verdad, es verdad; me había olvidado de ellos; dichoso el guía que no tenga más familia que una yegua y un potro.

Oviedo está a tres leguas de Gijón. Antonio fué en el caballo, y yo en una especie de diligencia que hace el servicio diario entre las dos poblaciones. El camino es bueno, pero montuoso. Llegué sin novedad a la

capital de las Asturias, aunque en época más bien desfavorable, porque hasta las puertas de la ciudad llegaba el estruendo de la guerra y se oía «la exhortación de los capitanes y la gritería del ejército». Por la fecha a que me refiero, Castilla estaba en manos de los carlistas, que habían tomado y saqueado Valladolid, como habían hecho poco antes con Segovia. Se esperaba verlos marchar contra Oviedo de un día para otro; pero no hubieran dejado de encontrar resistencia, porque contaba la ciudad con una guarnición considerable que había erigido algunos reductos y fortificado varios conventos, especialmente el de Santa Clara de la Vega. Todos los ánimos se hallaban en un estado de ansiedad febril, muy especialmente por no recibirse noticias de Madrid, que, según los últimos informes, estaba en poder de las partidas de Cabrera y de Palillos.

Sucedió, pues, que una noche me encontraba yo en la antigua ciudad de Oviedo, en un apartado aposento, grande y mal amueblado, de una antigua *posada*, que fué en otros tiempos palacio de los condes de Santa Cruz. Eran más de las diez y llovía a mares. De pronto, conforme estaba yo escribiendo, me detuve al oír el ruido de numerosas pisadas en la crujiente escalera que conducía a mi cuarto. La puerta se abrió de súbito y entraron nueve hombres de elevada estatura, al mando de un personaje pequeñuelo y chepudo. Todos iban embozados en amplias capas españolas, pero al instante conocí en su porte que eran *caballeros*. Colocáronse en fila delante de la mesa en que yo escribía. De repente, se desembozaron todos a un tiempo y vi que cada uno llevaba un libro en la mano, libro que yo conocía muy bien. Después de una pausa que no fuí capaz de romper, porque estaba atónito de asombro, y casi me imaginaba que tenía delante una aparición, el chepudo avanzó un poco y con voz suave y argentina dijo:

«*Señor* caballero, ¿ha sido usted quien ha traído este libro a las Asturias?» Me figuré que aquellos señores eran las autoridades civiles de la población que venían a arrestarme, y, poniéndome en pie, repuse: «Sí, por cierto: yo he sido, y es una gloria para mí haberlo hecho. El libro es el Nuevo Testamento de Dios; quisiera poder traer un millón.»

—Y yo también lo deseo de corazón—dijo el hombrecillo con un suspiro—. No tema usted nada, señor caballero; estos señores son amigos míos. Acabamos de comprar estos libros en la tienda donde usted los ha entregado para su venta, y nos hemos tomado la libertad de visitarle para darle las gracias por el tesoro que nos ha traído. Espero que podrá proveernos también del Viejo Testamento.

Respondí que sentía mucho decirles que por el momento me era completamente imposible complacerles, porque no tenía ejemplares del Antiguo Testamento; pero que no perdía la esperanza de procurarme en breve algunos, trayéndolos de Inglaterra.

Me hizo después muchas preguntas acerca de mis viajes de propaganda por España, de sus resultados y de las miras que la Sociedad Bíblica tenía respecto de este país; esperaba que nuestra sociedad dedicase atención especial a Asturias, el terreno más favorable, a su parecer, para nuestros trabajos, de toda la Península. Después de media hora de conversación, el chepudo me dijo de súbito en inglés: «Buenas noches, señor», y, embozándose en la capa, se fué como había venido. Sus compañeros, que hasta entonces no habían pronunciado una palabra, repitieron todos: «Señor, buenas noches», y, envolviéndose en las capas, le siguieron.

Para explicar esta escena extraña, he de decir que por la mañana había visitado yo al pequeño librero de la ciudad, Longoria, y, de acuerdo con él,

le envié por la tarde un fardo de cuarenta Testamentos, todo lo que me quedaba, con unos cuantos carteles. El librero me aseguró que, si bien se encargaba de la venta muy gustoso, no había esperanzas de buen éxito, porque llevaba ya un mes sin vender un solo libro de ninguna clase, debido a lo revuelto de los tiempos y a la pobreza reinante en el país; estas noticias me desanimaron mucho. Pero la visita nocturna me advirtió que no debe uno abatirse cuando las cosas presentan un aspecto muy sombrío, porque entonces es cuando la mano del Señor interviene, por lo general, con mayor actividad, para que los hombres aprendan a conocer que cuanto de bueno se realiza no es obra suya, sino de El.

Dos o tres días después de esta aventura hallábame de nuevo en mi destartalado y mal amueblado aposento; serían las diez de una mañana melancólica, y la lluvia otoñal continuaba cayendo. Acababa de desayunarme y me disponía a escribir mis notas diarias, cuando se abrió la puerta de golpe y Antonio entró de un brinco.

—*Mon maître*—dijo, sin aliento—, ¿quién dirá usted que ha venido?

—El pretendiente, tal vez—dije yo con cierto sobresalto—. Si es así, estamos presos.

—¡Bah!, ¡bah!—dijo Antonio—. No es el pretendiente; es uno que vale veinte veces más: es el suizo de Santiago.

—¡Benedicto Mol, el suizo!—exclamé—. ¡Qué! ¿Ha encontrado el tesoro? ¿Cómo viene? ¿Cómo está vestido?

—*Mon maître*—dijo Antonio—, viene a pie, juzgando por los zapatos que trae, tan rotos, que los dedos le asoman por los agujeros; su ropa es un andrajo.

—Debe de haber algún misterio en todo esto—respondí—. ¿Dónde

está ahora?

—Abajo, *mon maître*—replicó Antonio—. Viene a buscarnos. Pero en cuanto le vi he subido corriendo a darle a usted la noticia.

Pocos minutos después Benedicto Mol subía las escaleras. Venía, como Antonio me dijo, vestido de harapos y casi descalzo; su sombrero andaluz, tan viejo, chorreaba agua.

—*Och, lieber Herr*—dijo Benedicto—, ¡qué alegría tan grande verle a usted! ¡Oh! Sólo con verle a usted la cara estoy casi pagado de todas las miserias que he sufrido desde que me separé de usted en Santiago.

Yo.—Le veo a usted en Oviedo y apenas puedo dar crédito a mis ojos. ¿Qué motivo le trae a usted a esta población tan fuera de su camino y desde tan gran distancia?

Benedicto.—*Lieber Herr*, permítame que me siente y le contaré todo lo que me ha sucedido. Pocos días después de verle a usted por última vez, el *canónigo* me aconsejó que pidiese al capitán general permiso y ayuda para desenterrar el tesoro. Fuí a ver al capitán general, que al principio me recibió con amabilidad, me hizo muchas preguntas y me dijo que volviera. Continué visitándole, hasta que se negó a recibirme, y por más que hice, no pude volverle a ver. El canónigo entonces fué incomodándose, sobre todo porque me había dado unas pocas *pesetas* de las limosnas de la iglesia; y muy a menudo me llamaba *bribón* e impostor. Al cabo, una mañana fuí a verle, le dije que me proponía volver a Madrid para someter el asunto al Gobierno, y le pedí por favor una certificación en la que constase que yo había hecho una peregrinación a Santiago; pensaba yo que ese documento me sería útil en el camino, porque me permitiría pedir limosna con más autoridad. Apenas oyó mi pretensión, sin decir palabra ni darme tiempo

para defenderme, se arrojó sobre mí como un tigre y me agarrotó el cuello con las manos, tan bien y tan fuerte, que pensé morir estrangulado. Pero yo soy suizo, nacido en Lucerna, y apenas me recobré un poco, no me costó trabajo rechazarle; entonces, amenazándole con el palo, me retiré. Me siguió hasta la puerta con horribles maldiciones, y me amenazó, si me atrevía a volver, con meterme en la cárcel por ladrón y hereje. Fuí entonces a buscarle a usted, *lieber Herr*; pero me dijeron que se había marchado usted a La Coruña, y a La Coruña me fuí en su busca.

Yo.—¿Y qué le sucedió en el camino?

Benedicto.—Voy a decírselo. A mitad de camino, entre La Coruña y Santiago, y según iba yo pensando en el *Schatz*, oí un galope estrepitoso; miré en torno y vi que dos hombres a caballo venían derechamente hacia mí a campo traviesa con la rapidez del viento. *Lieber Gott*—dije yo—, estos son ladrones o facciosos; y lo eran, en efecto. En un momento me alcanzaron y me dieron el alto; tiré el palo, me quité el sombrero y los saludé. «Buenos días, *caballeros*»—dije—. «Buenos días, paisano»—respondieron—, y estuvimos mirándonos más de un minuto. *Lieber Himmel*, nunca he visto ladrones tan bien vestidos y armados, ni mejor montados que aquéllos. Llevaban dos jacas magníficas, tan fogosas que parecían poder subir hasta las nubes en un vuelo. Estuvimos mirándonos hasta que uno me preguntó quien era yo, de donde venía y a donde iba. «Caballeros—respondí—, yo soy suizo y he venido a Santiago a cumplir una promesa; ahora me vuelvo a mi país.» No dije una palabra del tesoro, porque temí que me fusilaran si se les ocurría pensar que llevaba conmigo parte de él.

—¿Tienes dinero?—me preguntaron.

—Caballeros—respondí—, ya ven ustedes que viajo a pie y con los zapatos rotos; si tuviera dinero no iría así. No quiero engañarles, sin embargo: tengo una *peseta* y unos *cuartos*. Al decir esto, saqué lo que tenía y se lo ofrecí.

—Nosotros somos *caballeros* de Galicia—dijeron—y no quitamos *pesetas*, menos aún *cuartos*. ¿De qué partido eres? ¿Estás por la reina?

—No, caballeros—respondí—; no estoy por la reina; pero al mismo tiempo, permítanme ustedes que les diga que tampoco estoy por el rey; no estoy enterado de ese asunto; soy suizo, y, por tanto, no peleo en pro ni en contra de nadie mientras no me paguen.

Esto les hizo reír; me preguntaron luego cosas relativas a Santiago, a las tropas que había y al capitán general; para no disgustarles conté todo lo que sabía y más aún. Entonces, uno de ellos, el más feroz y violento de los dos, me apuntó con el trabuco y dijo: «Si hubieses sido español, te hubiéramos hecho astillas la cabeza, tomándote por espía; pero vemos que eres extranjero y creemos lo que nos has dicho. Toma esta *peseta* y sigue tu camino; pero cuidado con decir a nadie nada de nosotros, porque si no, *¡carracho!*...» Descargó el trabuco por encima de mi cabeza, y tan cerca que durante un segundo me tuve por muerto. Luego, dando una gran voz, salieron al galope; sus caballos saltaban por los *barrancos* como si estuvieran poseídos de los demonios.

Yo.—¿Qué le ocurrió a usted al llegar a La Coruña?

Benedicto.—Al llegar a La Coruña pregunté por usted, *lieber Herr*, y me dijeron que precisamente el día anterior se había marchado usted a Oviedo; al oirlo se me heló el corazón, viéndome en el extremo más remoto de Galicia sin un amigo que me socorriera. Estuve un día o dos sin saber

qué hacer; al fin resolví dirigirme a la frontera de Francia, pasando por Oviedo, donde esperaba verle a usted y pedirle consejo. Mendigué entre los alemanes establecidos en La Coruña un socorro para el camino, y saqué muy poco, sólo unos *cuartos*, menos de lo que los facciosos me dieron en el camino de Santiago; con eso salí para Asturias por el camino de Mondoñedo. *Och*, qué ciudad, ¡Mondoñedo!, llena de canónigos, de curas, de *pfaffen*, más carlistas todos que el propio don Carlos.

»Un día fuí al palacio del obispo y hablé con él, diciéndole que volvía de una peregrinación a Santiago y le pedí un socorro. Díjome que no podía remediarme, y en cuanto a lo de ser peregrino de Santiago se holgó mucho de ello, esperando que fuese de gran provecho para mi alma. Salí de Mondoñedo y me metí por las montañas, pidiendo limosna a la puerta de cada *choza* que encontraba; decía a todos que era un peregrino procedente de Santiago, y mostraba mi pasaporte en prueba de que había estado allí. *Lieber Herr*, nadie me dió un *cuarto*, ni siquiera un pedazo de *broa*; gallegos y asturianos se reían de Santiago y me dijeron que el nombre del santo no era ya un talismán en España. Me hubiera muerto de hambre a no ser porque de vez en cuando arrancaba una o dos mazorcas de algún maizal; también cogía tal cual racimo de las *parras* y moras de zarza; de este modo fuí tirando hasta llegar a las *bellotas*; allí encontré un cabrito perdido, lo maté y me comí un pedazo, crudo y todo, porque el hambre era mucha; me sentó muy mal, y estuve dos días postrado en un *barranco*, medio muerto, incapaz de valerme; fué una gran suerte que no me devorasen los lobos. Después, a campo traviesa, seguí a Oviedo; no sé cómo he llegado; parecía un espectro. La noche pasada dormí en una pocilga vacía, a unas dos leguas de aquí, y antes de abandonarla me hinqué de

rodillas y pedí a Dios que me permitiese encontrarle a usted, *lieber Herr*, porque usted era mi última esperanza.

Yo.—¿Y qué piensa usted hacer ahora?

Benedicto.—¿Qué quiere usted que le diga, *lieber Herr*? No sé qué hacer. Me someto en todo a sus consejos.

Yo.—Estaré en Oviedo unos pocos días más; durante ellos, puede usted alojarse en esta *posada*, y trate de recobrarse de las fatigas de tan desastrosos viajes; quizás antes de marcharme se me ocurra algún plan para sacarle a usted de esta situación tan apurada.

Oviedo tiene unos quince mil habitantes. Está en una situación pintoresca, entre dos montañas: el Morcín y el Naranco; la primera es muy alta y escabrosa; durante la mayor parte del año se halla cubierta de nieve; las vertientes de la otra están cultivadas y plantadas de viñedo. El ornamento principal de la ciudad es la catedral; su torre, extremadamente alta, es quizás uno de los más puros ejemplares de la arquitectura gótica que existen hoy en día. El interior de la catedral es decente y apropiado; pero muy sencillo y sin adornos. Sólo vi un cuadro: la Conversión de San Pablo. Una de las capillas es cementerio, donde descansan los huesos de once reyes godos. ¡Paz a sus almas!

En La Coruña me habían dado una carta de recomendación para un comerciante de Oviedo, el cual me recibió con gran cortesía, y dedicó, por lo general, un rato todos los días a enseñarme las cosas notables de Oviedo. Una mañana me dijo:

—Usted habrá oído, sin duda, hablar de Feijóo, el famoso filósofo benedictino, cuyos escritos han contribuido mucho a disipar las supersticiones y los errores populares, tanto tiempo acreditados en España;

está enterrado en uno de los conventos de Oviedo, donde pasó gran parte de su vida. Venga usted conmigo y le enseñaré su retrato. Nuestro gran rey Carlos III envió desde Madrid a su pintor para que lo hiciera. Ahora pertenece a mi amigo el abogado don Ramón Valdés.

Fuimos a casa de don Ramón Valdés, quien, muy cortésmente, me enseñó el retrato de Feijóo, de forma circular, como de un pie de diámetro, rodeado de un pequeño bastidor de cobre, algo así como el borde de una bacía de barbero. Tenía el semblante ancho y grueso, pero correcto; arqueadas las cejas, los ojos vivos y penetrantes, la nariz aguileña. Llevaba en la cabeza un gorro de seda; el cuello de la túnica apenas llegaba a verse. Era, sin duda, un cuadro bueno, y me llamó mucho la atención, como uno de los mejores ejemplares del moderno arte español que había visto hasta entonces.

Uno o dos días después dije a Benedicto Mol:—Mañana me voy a Santander. Es hora ya de que resuelva usted lo que ha de hacer: o volverse a Madrid o dirigirse rápidamente a Francia, y desde allí continuar hacia su país.

—*Lieber Herr*—dijo Benedicto—, iré detrás de usted a Santander en jornadas cortas, porque en un país tan montañoso no puedo andar mucho; una vez allí, acaso encuentre medio de ir a Francia. En estos viajes tan horribles me sirve de mucho consuelo pensar que voy siguiendo las huellas de usted y la esperanza de alcanzarle de nuevo. Esta esperanza me salvó la vida en las *bellotas*, y sin eso no hubiera llegado jamás a Oviedo. Saldré de España lo antes posible y me iré a Lucerna, aunque es fuerte cosa dejar detrás de mí el *Schatz* en la tierra de los gallegos.

Al separarnos le regalé unos pocos duros.

—Benedicto es un hombre extraño—me dijo Antonio a la mañana siguiente, cuando, acompañados por un guía, salimos de Oviedo—. Es un hombre extraño, *mon maître*, el tal Benedicto. Ha llevado una vida extraña y le espera una muerte extraña también: lo lleva escrito en el rostro. No creo que se marche de España, y si se marcha será para volver, porque está embrujado con el tesoro. Anoche envió a buscar una *sorcière*, y delante de mí la consultó; le dijo que estaba destinado a encontrar el tesoro, pero que antes tenía que cruzar agua. Le puso en guardia contra un enemigo, que Benedicto supone que será el canónigo de Santiago. He oído hablar mucho del ansia de dinero de los suizos; este hombre es una prueba. Por todos los tesoros de España no sufriría yo lo que Benedicto ha sufrido en estos últimos viajes.

* * *

Notas

1. ¿Avilés?

Capítulo XXXIV

Salida de Oviedo.— Villaviciosa.— El joven de la posada.— La narración de Antonio.— El general y su familia.— Noticias deplorables.— Mañana moriremos.— San Vicente.— Santander.— Una arenga.— El irlandés Flinter.

Salimos, pues, de Oviedo e hicimos rumbo a Santander. El guía que llevábamos, y a quien había yo alquilado la jaca que montaba, nos lo recomendó mi amigo el comerciante de Oviedo. Resultó ser un individuo desidioso e indolente; iba, por lo general, doscientas o trescientas varas rezagado de nosotros, y en lugar de alegrarnos el camino con cantares y cuentos, como Martín de Ribadeo, apenas abrió los labios, salvo para decirnos que no fuésemos tan de prisa, o que le iba a reventar la jaca si le daba tantos espolazos. Además era ladrón, y aunque se ajustó para hacer el viaje a *seco*, o sea corriendo de su cuenta sus gastos personales y los del caballo, se las arregló de modo que, durante todo el viaje, unos y otros pesaron sobre mí. Cuando se viaja por España, el plan más barato es que en el ajuste entre la manutención del guía y de su caballo o mula, porque así el precio del alquiler disminuye lo menos un tercio, y las cuentas en el camino rara vez suben más por eso; mientras que, en otro caso, el guía se

embolsa la diferencia, y, no obstante, queda libre de su escote a expensas del viajero, gracias a la connivencia de los posaderos, unidos a los guías por una especie de espíritu de cuerpo.

Entrada la tarde llegamos a Villaviciosa, ciudad pequeña y sucia, a ocho leguas de Oviedo, al borde de una ensenada que comunica con el golfo de Vizcaya. Suele llamarse a Villaviciosa *la capital de las avellanas* por la inmensa cantidad de ese fruto que se cosecha en su término; la mayor parte se exporta a Inglaterra. Al acercarnos al pueblo, dábamos alcance a numerosos carros de *avellanas* que llevaban la misma dirección que nosotros. Me dijeron que en la rada había anclados algunos barcos ingleses. Por extraño que parezca, y a pesar de hallarnos en la *capital de las avellanas*, nos fué muy difícil procurarnos un puñado de ellas para postre, y más de la mitad de las que nos dieron estaban hueras. Los de la posada nos dijeron que como las avellanas eran para la exportación, no se les ocurría siquiera comerlas ni ofrecérselas a los huéspedes.

Al día siguiente llegamos muy temprano a Colunga, lindo pueblecito, situado en una elevación del terreno, entre frondosos castañares. El pueblo es famoso, al menos en Asturias, por ser cuna de Argüelles, padre de la Constitución española.

Al desmontar a la puerta de la *posada*, donde pensábamos reparar las fuerzas, una persona, asomada a una ventana del piso alto, lanzó una exclamación y desapareció. Estábamos todavía en la puerta, cuando el mismo individuo llegó corriendo y se arrojó al cuello de Antonio. Era un joven bien parecido, de unos veinticinco años, vestido con elegancia y tocado con una gorra de *montero*. Antonio, después de mirarle un momento, exclamó: *Ah, monsieur, est ce bien vous?*, y le dió un afectuoso

apretón de manos. El desconocido le hizo señas de que le siguiera, y en el acto se fueron los dos al aposento de encima.

Preguntándome lo que podría significar aquello, me senté a almorzar. Pasó una hora, y Antonio no volvía. Por entre las tablas que formaban el techo de la cocina, oía yo su voz y la de su amigo, y me parecía oír a veces sollozos entrecortados y gemidos. Hubo después un largo silencio. Ya empezaba a impacientarme e iba a llamar a Antonio, cuando el hombre se presentó; pero no le acompañaba el desconocido.

—Sepamos, por todas las extravagancias de este mundo—pregunté—¿qué ha estado usted haciendo por ahí? ¿Quién es ese hombre?

—*Mon maître*—dijo Antonio—, *c'est un monsieur de ma connaissance*. Con su permiso, voy a tomar un bocado, y por el camino le contaré a usted lo que sé de él.

—*Monsieur*—dijo Antonio cuando cabalgábamos ya fuera de Colunga—, está usted impaciente por saber la historia de ese caballero a quien ha visto usted abrazarme en la posada. Sepa usted, *mon maître*, que estas guerras de carlistas y *cristinos* han causado muchas miserias y desventuras en este país; pero no creo que haya en toda España persona tan plenamente desdichada como ese pobre y joven caballero de la posada; todas sus desventuras provienen del espíritu de partido y de facción que en estos últimos tiempos prevalecía tanto.

»*Mon maître*, como le he dicho a usted repetidas veces, he vivido en muchas casas y servido a muchos amos; sucedió que hará unos diez años entré a servir al padre de ese caballero, muy niño entonces. La familia estaba en muy buena posición; el padre era general del ejército y bastante

rico. Constituían la familia el padre, su señora y dos hijos; el más joven es el que usted ha visto; el otro le llevaba unos cuantos años. *¡Par Dieu!* En aquella casa lo pasé muy bien; todos los individuos de la familia me trataban con bondad. De muchas casas me han despedido; pero de aquella, no; cosa notable. Las tres veces que me salí fué por mi libre voluntad. Me enfadaba con los otros criados, o con el perro o el gato. La última vez me fuí por culpa de una codorniz colgada en la ventana de *madame*, y que me despertaba todas las mañanas con su canto. *Eh bien, mon maître*, así corrieron las cosas durante los tres años que, con tales alternativas, estuve al servicio de la familia; al cabo de ese tiempo, decidieron que el señorito más joven se fuese a viajar, y se pensó que yo le acompañase como criado. Tenía yo muy buenas ganas de irme con él; mas, *par malheur*, me encontraba por aquellos días muy disgustado con *madame*, su madre, por causa de la codorniz, e insistí en que antes de acompañar al señorito matarían al pájaro y lo echarían al puchero. *Madame* se negó a esto de modo terminante; y hasta el pobre señorito, que siempre se había puesto de mi parte en tales ocasiones, dijo que eso era una extravagancia; me fuí de la casa muy amoscado, y no volví más.

»*Eh bien, mon maître*, el señorito se fué a viajar y estuvo fuera varios años; desde su partida hasta que le he encontrado en Colunga, no había vuelto a verle ni oído hablar de él; pero sí tenía noticias de su familia: de *monsieur*, su padre; de *madame*, su madre, y de su hermano, oficial de caballería. Poco antes de la guerra civil, o sea antes de morir Fernando VII, *monsieur*, padre de este joven, fué nombrado capitán general de La Coruña. Aunque muy buen amo, *monsieur* era bastante orgulloso, amigo de la disciplina, de la obediencia y de todas esas cosas. Además, no era

amigo del populacho, de la *canaille*, y profesaba singular aversión a los nacionales. Por esto, al morir Fernando, se susurraba en La Coruña que el general no era liberal, y que era más amigo de Carlos que de Cristina. *Eh bien*: aconteció que un día se celebraba en la bahía una gran *fête* en la que tomaban parte los soldados y los nacionales; yo no sé cómo sucedió; el caso es que hubo una *émeute*, y los nacionales echaron mano a *monsieur*, el general, le ataron una cuerda al cuello, le zambulleron en el agua desde la falúa en que iba, y lo llevaron a remolque hasta que se ahogó. Entonces fueron a su casa, la saquearon, y maltrataron de tal modo a *madame*, que por entonces estaba *enceinte*, que a las pocas horas expiró.

»Le digo a usted, *mon maître*, aunque le cueste trabajo creerlo, que al saber la desgracia de *madame* y del general, lloré por ellos, y sentí haberme despedido de la casa airadamente, por causa de la maldita codorniz.

»*Eh bien, mon maître, nous poursuivrons notre histoire.* El hijo mayor, oficial de caballería, como le he dicho, y hombre enérgico, en cuanto supo la muerte de sus padres juró vengarse. ¡Pobre infeliz! No se le ocurrió más que desertar con dos o tres camaradas descontentos, y, metiéndose en Galicia, levantaron una pequeña facción y proclamaron a don Carlos. Por un poco de tiempo hicieron mucho daño a los liberales, quemando y arrasando sus propiedades, y dieron muerte a varios nacionales que cayeron en sus manos. Pero esto duró poco; su facción fué dispersada y el jefe preso y ahorcado, y su cabeza clavada en un palo.

»*Nous sommes déjà presque au bout.* Cuando llegamos a la posada, el joven me llevó a su cuarto, como usted vió, y durante un buen rato las lágrimas y los sollozos no le dejaron hablar. Su historia se cuenta en dos palabras: volvió de su viaje, y la primera noticia que le aguardaba a su

regreso era que habían ahogado a su padre, asesinado a su madre y ahorcado a su hermano, y que, además, todos los bienes de la familia estaban confiscados. Y no era eso todo: donde quiera que iba le miraban como faccioso, y los nacionales le apaleaban. Acudió a sus parientes, y algunos, del bando carlista, le aconsejaron que se alistara en el ejército de don Carlos, y el mismo Pretendiente, que fué amigo de su padre, le ofreció un empleo en su ejército. Pero, *mon maître*, como le dije a usted antes, se trata de un joven pacífico, manso como un cordero, que aborrece el derramamiento de sangre. Además, no era de ideas carlistas, porque durante sus estudios había leído libros escritos en tiempos antiguos por algunos compatriotas míos, donde no se habla más que de repúblicas, de libertades y de derechos del hombre, de suerte que se inclinaba más al sistema liberal que al de don Carlos; declinó, por tanto, la oferta de don Carlos, y todos sus parientes le abandonaron, mientras los liberales le acosaban de pueblo en pueblo como a bestia salvaje. Al fin, vendió unas tierrecillas que le quedaban, y con el producto se retiró a Colunga, donde nadie le conoce; aquí lleva hace varios meses una vida muy triste; la lectura de dos o tres libros y correr de vez en cuando una liebre con su perro son todas sus distracciones. Me pidió consejo, pero no pude darle ninguno y no hice más que llorar con él. Al cabo, dijo: «Querido Antonio, para mí no hay remedio, ya lo veo. Dices que tu amo está abajo; ruégale de mi parte que se espere hasta mañana; mandaremos llamar a las muchachas del pueblo, buscaremos un violín y una gaita, y bailaremos para olvidar nuestros cuidados un momento.» Entonces me dijo unas palabras en griego viejo; apenas las entendí, pero creo que significan algo así como: «Bebamos y comamos y alegrémonos, que mañana moriremos.»

»*Eh bien, mon maître*: le dije que usted es un señor muy serio, que no se divierte nunca y que estaba de prisa. Lloró otra vez, y, abrazándome, nos dijimos adiós. Ya sabe usted, *mon maître*, la historia del joven de la posada.»

Dormimos en Ribadesella, y al mediar el siguiente día llegamos a Llanes. El camino corría entre la costa y una inmensa cadena de montañas que alzaba su barrera formidable a una legua del mar. El terreno por donde íbamos era regularmente llano y parecía bien cultivado. Abundaban los viñedos y los árboles, y a cortos intervalos se alzaban los *cortijos* de los propietarios, edificios de piedra, de planta cuadrada, rodeados de un muro exterior. Llanes es una ciudad antigua, de gran importancia en otros tiempos. En sus cercanías está el convento de San Cilorio, uno de los edificios monásticos más grandes de España. Ahora está abandonado, y se alza solitario y desolado en una de las penínsulas de la costa cantábrica. Dejado Llanes, entramos a poco en una de las regiones más áridas y tristes que pueden imaginarse, donde todo era piedra y rocas, sin árboles ni hierba. La noche nos cogió en aquellos lugares. Continuamos la marcha, no obstante, hasta llegar a una aldea llamada Santo Colombo. Allí pasamos la noche en casa de un carabinero, hombre atlético, a quien encontramos a la puerta, armado de fusil. Era castellano, con todo el ceremonioso formulismo y la grave urbanidad que en otro tiempo dieron tanta fama a sus compatriotas. Regañó a su mujer porque hablaba con la criada delante de nosotros de asuntos de la casa. «Bárbara—dijo—, esa conversación no puede interesarles a unos caballeros forasteros; cállate, o vete a otra parte con la *muchacha*.» No quiso aceptar remuneración alguna por su hospitalidad. «Soy un *caballero* como ustedes—dijo—. No acostumbro a

albergar gente en mi casa para ganar dinero. A ustedes les admití porque se les había hecho de noche y la *posada* estaba lejos.»

Madrugamos mucho y seguimos nuestra ruta por un terreno tan triste y pedregoso como el recorrido el día antes. En cuatro horas llegamos a San Vicente, pueblo grande y destrozado, habitado principalmente por miserables pescadores. Conserva, empero, notables reliquias de su pasada magnificencia; el puente, tendido sobre la profunda y ancha ría en cuya margen se alza la ciudad, no tiene menos de treinta y dos arcos, y es de granito gris. Su fábrica es muy antigua; se halla tan ruinoso en algunos sitios, que ofrece peligro.

Dejando atrás San Vicente, caminamos unas cuantas leguas por la costa; a veces atravesábamos alguna angosta ría. El terreno comenzó a mejorar; en las cercanías de Santillana era ya fértil y ameno. Como una hora antes de llegar al país de Gil Blas, atravesamos un extenso bosque, con muchas rocas y precipicios. En un lugar como éste se hallaba la caverna de Rolando, según se cuenta en la novela. El bosque tenía mala fama; el guía nos dijo que en él se cometían robos; pero nada nos sucedió, y llegamos a Santillana a eso de las seis de la tarde.

No entramos en la ciudad; hicimos alto en una gran *venta* o *posada*, en las afueras, delante de la que se alzaba un fresno gigante. Apenas hospedados, estalló una espantosa tormenta de agua y viento, con muchos truenos y relámpagos, que se prolongó sin interrupción varias horas, y cuyos efectos observé durante el viaje del siguiente día: todos los ríos que encontramos iban muy crecidos; al borde del camino yacían descuajados algunos árboles. Santillana cuenta con cuatro mil habitantes, y dista de Santander, adonde llegamos al otro día temprano, seis leguas cortas.

No hay cosa que contraste más con la región desolada y los pueblos medio en ruinas que acabábamos de atravesar, que el bullicio y la actividad de Santander, casi la única ciudad de España que no ha padecido con las guerras civiles, a pesar de hallarse en los confines de las Provincias Vascongadas, reducto del Pretendiente. Hasta las postrimerías del siglo pasado, Santander era poco más que una obscura ciudad de pescadores; pero en estos últimos años ha monopolizado casi por completo el comercio con las posesiones ultramarinas de España, especialmente con la Habana. La consecuencia de esto ha sido que, mientras Santander se enriquecía con rapidez, La Coruña y Cádiz han ido decayendo al mismo paso. Santander posee un muelle muy hermoso, sobre el que se alza una línea de soberbios edificios, mucho más suntuosos que los palacios de la aristocracia en Madrid; son de estilo francés, y en su mayoría los ocupan comerciantes. La población de Santander es de unos sesenta mil habitantes.

El día de mi llegada comí en la *table d'hôte* de la fonda principal, regida por un genovés. La concurrencia era muy mezclada: franceses, alemanes y españoles hablaban en sus idiomas respectivos, y en una punta de la mesa, sentados frente a frente, dos catalanes, uno de los cuales pesaría veinte arrobas, gruñían en su áspero dialecto. Mucho antes de terminar la comida, un individuo sentado junto al catalán corpulento monopolizó la atención y las conversaciones de todos. Era un hombre delgado, de mediana estatura, rubicundo y con una irregularidad en la mirada que, si no era estrabismo, se le parecía mucho. Llevaba uniforme militar, azul, y por el gusto de perorar se olvidaba de los manjares que tenía delante. Hablaba en correctísimo español, pero con un leve acento extranjero. Entretúvose un buen rato en discurrir acerca de la guerra y de sus particularidades,

criticando con mucha libertad la conducta de los generales, tanto carlistas como *cristinos*, en la presente lucha, y, por último, exclamó:

—Si el Gobierno me diese veinte mil hombres tan sólo, acababa yo la guerra en seis meses.

—Dispense usted, señor—dijo un español sentado a la mesa—; la curiosidad me mueve a pedirle a usted el favor de decirnos su distinguido nombre.

—Yo soy Flinter—contestó el militar—, nombre que las mujeres, los niños y los hombres de España traen de boca en boca. Soy Flinter el irlandés y acabo de escaparme de las garras de don Carlos en las Provincias Vascongadas. Al morir Fernando me declaré por Isabel, estimando que todo buen caballero irlandés al servicio de España debía hacer otro tanto. Todos ustedes han oído hablar de mis hazañas; permítanme ustedes decir que aún hubiese hecho mucho más si la envidia de mi gloria no hubiese trabajado para privarme de los medios de acción necesarios. Hace dos años me mandaron a Extremadura a organizar las milicias. Las partidas de Gómez y de Cabrera entraron en la provincia, sembrando la devastación en torno; con todo, me encontraron en mi puesto, y si mis subalternos me hubieran secundado como era debido, los dos cabecillas no habrían vuelto ante su amo a jactarse de sus triunfos. Estando a la defensiva en mis atrincheramientos, se destacó de las filas carlistas un hombre y nos intimó la rendición. «¿Quién eres?»—le pregunté—. «Soy Cabrera»—respondió—. «Y yo soy Flinter—repliqué desenvainando el sable—; retírate a tus líneas o mueres inmediatamente.» Amedrentado, hizo lo que le mandé. Una hora después nos rendimos. Me llevaron prisionero a las Provincias Vascongadas, y los carlistas se regocijaron

mucho con mi captura, porque el nombre de Flinter era muy sonado en sus filas. Me arrojaron en una mazmorra repugnante, donde estuve veinte meses. Hacía mucho frío, yo estaba desnudo, pero no me desanimé por eso: mi indomable espíritu no podía sentir tal flaqueza. Al cabo, mi carcelero se compadeció de mis desdichas. Díjome que «le apesadumbraba ver morir sin gloria a hombre tan valiente». Combinamos un plan de fuga, adquirimos unos disfraces y nos lanzamos juntos a la ventura. Pasamos inadvertidos hasta llegar a las líneas carlistas sobre Bilbao; allí nos dieron el alto. Pero mi presencia de ánimo no me abandonó. Iba yo disfrazado de carretero catalán, y la frialdad de mis respuestas engañó a mis interrogadores. Nos dejaron pasar y no tardamos en vernos en salvo dentro de los muros de Bilbao. Aquella noche hubo iluminación en la ciudad, porque el león había roto sus redes, Flinter se había escapado y volvía a reanimar una causa abatida. Acabo de llegar ahora de Santander, de paso para Madrid, donde voy a pedir al Gobierno el mando de veinte mil hombres.

¡Pobre Flinter! Seguramente no se han visto juntos en el mismo cuerpo un corazón más intrépido ni una boca más fanfarrona. Se fué a Madrid y, por la influencia del embajador británico, amigo suyo, obtuvo el mando de una pequeña división, con la que se dió traza para sorprender y derrotar, en las cercanías de Toledo, un cuerpo de carlistas al mando de Orejita, tres veces superior en número a sus tropas. En pago de esa hazaña, el Gobierno, que era entonces *moderado* o *juste milieu*, le persiguió con incansable animosidad; el primer ministro, Ofalia, apoyó con toda su influencia numerosas y ridículas acusaciones de robos y saqueos aducidas contra el demasiado victorioso general por los canónigos carlistas de Toledo. Fué

asimismo acusado de negligencia por haber consentido, después de la batalla de Valdepeñas, ganada también por él con gran intrepidez, que las fuerzas carlistas se posesionaran de las minas de Almadén; bien que el Gobierno, empeñado en perderle, hizo cuanto pudo para impedir que se aprovechara de la victoria, negándole todo género de recursos y refuerzos. Privado de los frutos de su victoria, cegáronse sus esperanzas, y una melancolía morbosa se apoderó del irlandés; resignó el mando, y menos de diez meses después de haberle visto en Santander, dió a sus cobardes y envidiosos enemigos un triunfo que los satisfizo, cortándose el cuello con una navaja de afeitar.

¡Almas ardorosas, nacidas en otros climas, que aspiráis a distinguiros al servicio de España y a ganar recompensas y honores, acordaos de la suerte de Colón y de otro no menos valiente y apasionado: Flinter!

* * *

Capítulo XXXV

Salida de Santander.— Alarma nocturna.— La hoz tenebrosa.

Tenía yo encargado que mandaran desde Madrid a Santander 200 Testamentos; con no pequeño disgusto hallé que no habían llegado, y supuse o que los carlistas se habían apoderado de ellos en el camino, o que mi carta se había extraviado. Pensé pedir a Inglaterra provisión de ellos; pero abandoné la idea por dos razones: en primer lugar, hubiera tenido que perder un mes aguardando, ocioso, su llegada, y la ciudad era muy cara, y en segundo lugar, me encontraba muy mal de salud y no podía procurarme buena asistencia médica en Santander. Desde que salí de La Coruña me afligía una disentería terrible, complicada últimamente con una oftalmía. Resolví, por tanto, marcharme a Madrid. Pero no era esto empresa fácil. Partidas del ejército de don Carlos, batidas en Castilla, merodeaban por la región que yo iba a cruzar, sobre todo por la parte llamada La Montaña, de modo que las comunicaciones de Santander con el Sur estaban cortadas. Sin embargo, determiné confiar, como siempre, en el Todopoderoso y afrontar el peligro. Compré un caballejo, y en compañía de Antonio me puse en camino.

Antes de marcharme hablé con los libreros para el caso de que me fuera

posible enviarles un depósito de Testamentos desde Madrid; arregladas las cosas a gusto mío, me puse en manos de la Providencia. No me detendré en referir este viaje de 300 millas. Pasamos por en medio del fuego, aunque parezca raro, sin chamuscarnos un pelo de la cabeza. Delante, detrás y a cada lado de nosotros se cometían robos, muertes y todo género de atrocidades; pero ni siquiera nos ladró un perro, aunque en cierta ocasión se concertó un plan para cogernos. A unas cuatro leguas de Santander, mientras echábamos pienso a los caballos en la posada de un pueblo, vi salir corriendo a un hombre que había estado cuchicheando con el mozo que nos daba la cebada para las bestias. En el acto le pregunté lo que el hombre le había dicho; pero obtuve sólo respuestas evasivas. Luego resultó que hablaron de nosotros. Dos o tres leguas más lejos había otro pueblo y otra posada, donde tenía pensado detenerme, y de seguro lo dije así; pero al llegar a ella, como aún quedaba bastante sol, decidí continuar hasta otra posada que creía encontrar a una legua de distancia; me equivoqué en esto, porque no encontramos ninguna hasta Ontaneda, a nueve leguas y media de Santander, donde había un pequeño destacamento de soldados. A media noche nos despertó el grito de alarma; el faccioso estaba cerca; acababa de llegar un emisario del *alcalde* del pueblo inmediato, donde había tenido yo intención de pernoctar, diciendo que una partida carlista había sorprendido el lugar en busca de un espía inglés que suponían alojado en la posada. Al oír esto, el oficial que mandaba la tropa no se creyó seguro, y al instante reunió su gente y se retiró a un pueblo próximo fortificado, guarnecido por un destacamento más poderoso. Nosotros ensillamos los caballos y continuamos nuestro camino en la obscuridad. Si los carlistas llegan a cogerme me hubieran fusilado en el acto, y arrojado mi

cuerpo en las peñas para pasto de buitres y lobos. Pero «no estaba escrito», decía Antonio, que, como muchos de sus compatriotas, era fatalista. A la noche siguiente nos libramos también de buena: llegábamos cerca de la entrada de un paso horrible llamado *El puerto de la puente de las tablas*, que atraviesa una montaña pavorosa y negra, al otro lado de la cual está la ciudad de Oña, donde me proponía pasar la noche. Hacía un cuarto de hora que se había puesto el sol. De pronto un hombre, con el rostro lleno de sangre, salió precipitadamente de la hoz.

—Vuélvase atrás, señor—dijo—, en nombre de Dios; en la hoz hay ladrones, y acaban de robarme la mula y todo lo que tengo; con trabajo he salido vivo de sus manos.

No sé por qué no le hice caso, y sin responder seguí adelante; cierto que estaba yo tan cansado y enfermo que me importaba muy poco lo que pudiera sucederme. Entramos; a derecha e izquierda se alzaban las rocas a pico e interceptaban la escasa luz del crepúsculo, de suerte que en torno nuestro reinaban tinieblas sepulcrales o, más bien, las tinieblas del valle de la sombra de muerte, y no sabíamos por dónde íbamos; pero confiábamos en el instinto de los caballos, que avanzaban con las cabezas pegadas al suelo. No se oía más ruido que el fragor del agua al despeñarse por la hoz. A cada momento creía que iba a sentir un puñal en el cuello; pero «no estaba escrito». Atravesamos la hoz sin hallar ser humano, y a los tres cuartos de hora de haber entrado en ella nos encontrábamos en la *posada* de la ciudad de Oña, atestada de tropas y de paisanos armados en espera de un ataque del grueso del ejército carlista, que andaba muy cerca.

Bueno: llegamos a Burgos sin novedad; llegamos a Valladolid sin novedad; pasamos el Guadarrama sin novedad, y, por último, llegamos sin

novedad a nuestra casa en Madrid. La gente ponderaba nuestra buena suerte; Antonio decía: «No estaba escrito»; pero yo digo: Loado sea el Señor por las mercedes que nos otorgó.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

* * *

NOTAS

The Romany chal to his horse did cry,
As he placed the bit in his horse's jaw.
«Kosko gry! Romany gry!
Muk man kistur tute knaw!»

* * *

* * *

Tomo III

Índice

Páginas.

Capítulo xxxvi. — Estado de los asuntos en Madrid. — Nuevo Ministerio. — El Obispo de Roma. — El librero de Toledo. — Las espadas. — Las casas de Toledo. — La gitana abandonada. — Diligencias mías en Madrid. — Otro criado.

13

Cap. xxxvii. — Euscarra. — El vascuence no es el irlandés. — Dialectos del sánscrito y del tártaro. — Una lengua de vocales. — La poesía popular. — Los bascos. — Sus caracteres. — Las mujeres bascas.

26

Cap. xxxviii. — La prohibición. — El Evangelio, perseguido. — Inculpación de brujería. — Ofalia.

38

Cap. xxxix. — Los dos Evangelios. — El alguacil. — La orden de prisión. — María la buena. — El arresto. — Me envían a la cárcel. — Reflexiones. — El recibimiento. — La celda en la cárcel. — Demanda de desagravios.

45

Cap. xl. — Ofalia. — El juez. — Cárcel de la Corte. — El domingo en la cárcel. — Vestimenta de los ladrones. — Padre e hijo. — Un comportamiento característico. — El francés. — La ración carcelaria. — El valle de las sombras. — Castellano puro. — Balseiro. — La cueva. — La gloria del ladrón.

63

Cap. xli. — María Díaz. — Reproches del clero. — Visita de Antonio. — Antonio en funciones. — Una escena. — Benedicto Mol. — Su peregrinación por España. — Los cuatro Evangelios.

85

Cap. xlii. — Salida de la cárcel. — Las excusas. — El corazón humano. — La vuelta del griego. — La Iglesia romana. — La luz de la Escritura. — El arzobispo de Toledo. — Una entrevista. — Piedras preciosas. — Una resolución. — El lenguaje extranjero. — Despedida de Benedicto. — La caza del tesoro en Compostela. — Realidad y ficción.

97

Cap. xliii. — Villaseca. — Una casa morisca. — La puchera. — Un cónclave de rústicos. — Ceremoniosa urbanidad. — La flor de España. — El puente de Azeca. — El castillo en ruinas. — Nos echamos al campo. — Demanda de Testamentos. — El labrador viejo. — El cura y el herrero. — La baratura de los Testamentos.

116

Cap. xliv. — Aranjuez. — Una advertencia. — Aventura nocturna. — Nueva expedición. — Segovia. — Abades. — Curas facciosos. — López, en la cárcel. — Liberación de López.

136

Cap. xlv. — Regreso a España. — Sevilla. — Un perseguidor encarnizado. — La profetisa manchega. — El sueño de Antonio.

150

Cap. xlvi. — Se reanuda la obra de propaganda. — Aventura en Cobeña. — El poder del clero. — Autoridades rurales. — Fuente la Higuera. — El contratiempo de Victoriano. — La cárcel del pueblo. — La cuerda. — Un recado de Antonio. — Antonio, en misa.

157

Cap. xlvii. — Término de nuestros trabajos rurales. — Alarma del clero. — Una nueva tentativa. — Triunfo en Madrid. — Duende o alguacil. — El bastón de mando. — El corregidor. — Una explicación. — El Papa en Inglaterra. — La exposición del Evangelio. — Obras de Lutero.

171

Cap. xlviii. — Proyecto de viaje. — Una escena sangrienta. — El fraile. — Sevilla. — Bellezas de Sevilla. — Naranjos y flores. — Murillo. — El Angel de la guarda. — Dionysius. — Mis coadyuvantes. — Demanda de Biblias.

186

Cap. xlix. — La casa solitaria. — La Dehesa. — Juan Crisóstomo. — Manuel. — La librería en Sevilla. — Dionisio y los curas. — Atenas y Roma. — Proselitismo. — Embargo de Testamentos. — Salida de Sevilla.

201

Cap. l. — Noche en el Guadalquivir. — La luz del Evangelio. — Bonanza. — La playa de Sanlúcar. — Panorama andaluz. — Historia de una caja. — *Cosas de los ingleses.* — Los dos gitanos. — El cochero. — El gorro de dormir encarnado. — El vapor. — El idioma cristiano.

216

Cap. li. — Cádiz. — Las fortificaciones. — El cónsul general. — Anécdota característica. — Un vapor catalán. — Trafalgar. — Alonso Guzmán. — Gebel Muza. — La fragata *Orestes*. — El león hostil. — Las obras del Creador. — Un lagarto del Peñón. — El gentío. — La reina de los mares. — Oración por mi país.

234

Cap. lii. — Un hostelero jovial. — Los aspirantes a la gloria. — Un retrato. — Los *Hamales*. — Una excursión. — Labriego y soldado. — Las excavaciones. — Un tirón de la ropa. — Judas y su padre. — Peregrinación de Judas. — La barba frondosa. — Los falsos moros. — Judas y el hijo del Rey. — Vejez prematura.

257

Cap. liii. — Marineros genoveses. — La cueva de San Miguel. — Un abismo tenebroso. — Un joven americano. — El propietario de esclavos. — El brujo. — Un incrédulo.

281

Cap. liv. — Otra vez a bordo. — Un rostro sorprendente. — El Haji. — Nos damos a la vela. — Los dos judíos. — Un barco americano. — Tánger. — Adun Oulem. — La riña. — Lo prohibido.

292

Cap. lv. — El muelle. — Los dos moros. — Djmah de Tánger. — La casa de Dios. — El cónsul británico. — Espectáculo curioso. — La casa mora. — Juana Correa. — Ave María.

307

Cap. lvi. — El Mahasni. — Sin Samani. — El Bazar. — Santos moros.

— ¡Mira la ayana! — La higuera chumba. — Sepulturas judías. — La mansión de los esqueletos. — El mozo de cuadra. — Los caballos de los musulmanes. — Dar-dwag.

320

Cap. lvii. — Un trío singular. — El mulato. — La oferta de paz. — Moros de Granada. — *Vive la Guadeloupe!* — Los moros. — Pascual Fava. — La argelina ciega. — La retreta.

338

* * *

LA BIBLIA EN ESPAÑA

* * *

Capítulo XXXVI

Estado de los asuntos en Madrid. — Nuevo Ministerio. — El obispo de Roma. — El librero de Toledo. — Las espadas. — Las casas de Toledo. — La gitana abandonada. — Diligencias mías en Madrid. — Otro criado.

Durante mi viaje por las provincias del Norte de España, que ocupó una parte considerable del año 1837[1], sólo pude realizar una porción muy pequeña de lo que en un principio me había propuesto hacer. Los resultados de los trabajos del hombre son insignificantes comparados con los vastos designios que su presunción concibe; sin embargo, algo se había conseguido con mi reciente viaje. El Nuevo Testamento de Cristo se vendía ya tranquilamente en las principales ciudades del Norte, y contaba con el amigable concurso de los libreros de aquellas partes, especialmente con el del viejo Rey Romero, de Compostela, el más importante de todos. Además, había yo repartido con mis propias manos un número considerable de Testamentos entre individuos particulares, todos de las clases bajas, a saber: muleteros, carreteros, *contrabandistas*, etc.; de suerte que, en conjunto, tenía motivos bastantes de reconocimiento y gratitud.

Encontré nuestros asuntos en Madrid en situación nada próspera: en las librerías se habían vendido pocos ejemplares. ¿Qué otra cosa podía

esperarse racionalmente en unos tiempos como los que acababan de pasar? Don Carlos había llegado a las puertas de la capital con un fuerte ejército; ante la amenaza del saqueo y de la degollina inminentes, la gente se preocupó más de poner en salvo vidas y haciendas que de leer ninguna clase de libros.

Pero el enemigo ya se había retirado a sus reductos de Alava y Guipúzcoa. Tuve, pues, esperanzas de que amaneciesen días mejores y de que la obra, bajo mi vigilancia, prosperaría, por la gracia de Dios, en la capital de España. El lector verá a continuación cuán lejos estuvieron los hechos de corresponder a mis deseos.

Durante mi viaje al Norte había sobrevenido un cambio total en el Ministerio. En lugar del partido liberal, arrojado del Gabinete, entró el partido *moderado*; por desgracia para mis planes, los nuevos ministros eran personas a quienes yo no conocía y sobre quienes mis antiguos amigos Istúriz y Galiano tenían poca o ninguna influencia. A estos señores se les dejó sistemáticamente aparte, y su carrera política pareció terminada para siempre.

Del nuevo Gobierno poco podía yo esperar: casi todos los hombres que lo formaban habían sido cortesanos o funcionarios del difunto rey Fernando, eran partidarios del absolutismo y no estaban en modo alguno dispuestos a hacer o permitir cosas que pudieran enojar a la Corte de Roma, a la que ansiaban tener contenta, esperando inducirla quizás a reconocer a la niña Isabel II, no como reina constitucional, sino como reina absoluta.

Ese partido se mantuvo en el poder durante lo restante de mi residencia en España, y me persiguió, menos por odio y maldad que por política. Sólo

a la terminación de la guerra perdió su preponderancia y cayó con su protectora, la reina madre, ante la dictadura de Espartero.

El primer paso que di después de mi regreso, tocante a la difusión de las Escrituras, fué muy atrevido. Consistió ni más ni menos que en abrir una tienda para vender los Testamentos. La tienda estaba en una calle importante y animada: la calle del Príncipe, inmediata a la plaza de Cervantes. La amueblé muy bien con armarios de vidrieras y cornucopias, y puse al frente de ella a un gallego listo, de nombre Pepe Calzado, que todas las semanas me daba cuenta fiel de los ejemplares vendidos.

Al día siguiente de abrir el establecimiento, estaba yo en la otra acera de la calle, apoyado de espaldas en la pared, cruzado de brazos, contemplando la tienda, en cuyos huecos se leía en grandes letras amarillas: *Despacho de la Sociedad Bíblica y Extranjera*, y, sumido en mi contemplación, pensaba: «¡Qué inesperadas mudanzas trae el tiempo! ¡Ocho meses he pasado de aquí para allá en esta vieja España, tan papista, repartiendo Testamentos como agente de una Sociedad que los papistas tienen por herética, y no me han lapidado ni quemado! Ahora, en la capital hago lo que a cualquiera le hubiera parecido causa bastante para que todos los difuntos inquisidores y familiares enterrados dentro de sus muros se alzaran de sus tumbas gritando: "¡Abominación!", y nadie se mete conmigo. ¡Obispo de Roma! ¡Obispo de Roma! Ten cuidado. Pueden cerrarme la tienda; pero qué signo de los tiempos es el hecho de que la hayan dejado existir un solo día. Se me antoja, padre mío, que los días de tu preponderancia en España están contados, y que ya no te consentirán saquearla mucho tiempo, ni mofarte de ella, ni flagelarla con escorpiones, como en épocas pasadas. Veo ya la mano que escribe en el muro un: "*¡Mene, Mene, Tekel, Upharsin!* Ten

cuidado, *Batuschca*".»

Dos horas permanecí apoyado en la pared, contemplando la tienda.

Poco tiempo después de abrir el *Despacho* en Madrid, monté de nuevo a caballo, y, seguido de Antonio, fuí a Toledo con propósito de difundir las Escrituras, para lo cual envié por delante con un arriero un cargamento de cien ejemplares. Sin tardanza busqué al principal librero de la ciudad, no sin temor de encontrarme con un carlista, o, al menos, con un *servil*, ya que en Toledo abundan tanto los canónigos, curas y frailes exclaustrados. Me llevé el chasco mayor de mi vida: al entrar en la tienda, espaciosa y cómoda, vi a un hombre atlético, vestido con una especie de uniforme de caballería, calado el morrión y un sable inmenso en la mano. Era el librero en persona, oficial de la Guardia nacional de caballería. Al saber quién era yo, me estrechó cordialmente la mano y dijo que con el mayor placer se haría cargo de los libros y procuraría difundirlos por todos los medios a su alcance.

—¿No incurrirá usted en el odio del clero si hace eso?

—*¡Ca!*—respondió—. ¿Quién los hace caso? Yo soy rico, y mi padre también lo fué. No dependo de ellos. Ya no pueden odiarme más de lo que me odian, porque no oculto mis opiniones. Ahora mismo acabo de regresar de una expedición de tres días con mis compañeros los nacionales; hemos estado persiguiendo a los facciosos y ladrones de estos contornos; hemos matado a tres y traemos varios prisioneros. ¿Quién hace caso de los curas pusilánimes? Yo soy liberal, *don Jorge*, y amigo de su compatriota Flinter. Le he ayudado a cazar muchos curas guerrilleros y frailes salteadores que andaban en la facción. He oído que le han nombrado capitán general de Toledo: me alegro; cuando llegue se van a ver aquí cosas

buenas, *don Jorge*. Le aseguro a usted que al clero le apretaremos las clavijas.

Toledo fué antiguamente capital de España. Su población es ahora de unas quince mil almas, aunque en tiempo de los romanos y también durante la Edad Media llegó, según dicen, a doscientos o trescientos mil habitantes. Está situado a unas doce leguas al Oeste de Madrid, y se alza sobre un cerro de granito que el Tajo rodea en todo su perímetro, salvo por el Norte. Encierra todavía muchos edificios notables, a pesar de que se halla en decadencia hace mucho tiempo. Su catedral, la más espléndida de España, es Sede del Primado. En la torre de esta catedral se encuentra la famosa campana de Toledo, la mayor del mundo, con excepción de la monstruosa campana de Moscou, que también he visto. Pesa 1.543 *arrobas*; su sonido es desagradable, porque está rajada. Toledo podía jactarse en otro tiempo de poseer los mejores cuadros de España; pero durante la guerra de la Independencia los franceses robaron o destruyeron muchos, y todavía más se han sacado por orden del Gobierno. El más notable de todos, acaso, aún se encuentra allí: aludo al que representa el entierro del conde de Orgaz, la obra maestra de Doménico, el griego, genio extraordinario, algunas de cuyas obras poseen méritos de altísima calidad. El cuadro a que me refiero está en la pequeña iglesia parroquial de Santo Tomé, al fondo de la nave, a la izquierda del altar. Si pudiera comprarse, creo que en cinco mil libras sería barato.

Entre las muchas cosas notables que se ofrecen en Toledo a la curiosa mirada del observador, se halla la fábrica de armas, donde se elaboran espadas, lanzas y otras armas destinadas al Ejército, con excepción de las de fuego, traídas del extranjero casi todas.

Es bien sabido que antiguamente las hojas de Toledo eran muy estimadas y se hacía gran comercio de ellas en toda la cristiandad. La *fábrica* actual es un hermoso edificio moderno, situado extramuros de la ciudad, en una planicie contigua al río, con el que se comunica por un pequeño canal. Dicen que el buen temple de las espadas se debe principalmente al agua y a la arena del Tajo. Pregunté a varios maestros de la fábrica si hoy en día sabían hacer armas tan buenas como las antiguas y si el secreto de la fabricación se había perdido.

—*¡Ca!*—me respondieron—. Las espadas de Toledo no han sido nunca tan buenas como las que hacemos ahora. Es muy ridículo que los extranjeros vengan a comprar aquí espadas viejas, pura morralla casi todas, no fabricadas en Toledo, por las que pagan grandes sumas, y, en cambio, les costaría trabajo dar dos duros por esta joya, hecha ayer mismo.

Al decir esto, pusieron en mi mano una espada del tamaño ordinario.

—Su merced—dijeron—parece que tiene buen brazo; pruebe el temple de esta espada contra ese muro de piedra. Tire una estocada a fondo y no tema.

Tengo, en efecto, un brazo vigoroso: con toda mi fuerza ataqué de punta contra el sólido granito; la violencia del golpe fué tal, que el brazo se me quedó insensible hasta el hombro durante una semana, pero la espada no se embotó ni sufrió lo más mínimo.

—Mejor espada que ésta—dijo un obrero antiguo, natural de Castilla la Vieja—no la ha habido para matar moros en la Sagra.

Durante mi estancia en Toledo me alojé en la Posada de los Caballeros, nombre muy merecido en cierto modo, porque existen muchos palacios menos suntuosos que esa posada. Al hablar así, no vaya a suponerse que

me refiero al lujo del mobiliario o a la exquisitez y excelencia de su cocina. Las habitaciones estaban tan mal provistas como las de todas las posadas españolas en general, y la comida, aunque buena en su género, era vulgar y casera; pero he visto pocos edificios tan imponentes. Era de inmenso grandor, compuesto de varios pisos, de traza algo semejante a la de las casas moras, con un patio cuadrangular en el centro y un *aljibe* inmenso debajo, para recoger el agua llovida. Todas las casas de Toledo tienen aljibes parecidos, adonde, en la estación lluviosa, van a parar las aguas de los tejados por unas canales. Esta es la única agua que se emplea para beber; la del Tajo, considerada como insalubre, sólo se usa para la limpieza, y la suben por las empinadas y angostas calles en cántaros de barro a lomo de unos pollinos. Como la ciudad está en una montaña de granito, no tiene fuentes. En cuanto al agua llovida, después de sedimentarse en los aljibes, es muy gustosa y potable; los aljibes se limpian dos veces al año. Durante el verano, muy riguroso en esta parte de España, las familias pasan casi todo el día en los patios, cubiertos con un toldo de lienzo; el calor de la atmósfera se templa por la frialdad que sube de los aljibes, que responden al mismo propósito que las fuentes en las provincias meridionales de España.

Estuve próximamente una semana en Toledo; en ese tiempo se vendieron algunos ejemplares del Testamento en la tienda de mi amigo el librero. Algunos curas tomaron el libro del *mostrador* donde se encontraba y lo examinaron, pero sin decir nada; ninguno lo compró. Mi amigo me enseñó su casa; casi todas las habitaciones estaban forradas de libros desde el suelo hasta el techo; y muchos de ellos eran de gran valor. Díjome que su colección de libros antiguos de literatura española era la mejor del reino. Estaba, empero, menos orgulloso de su librería que de su caballeriza; y

como advirtiera que yo entendía algo de caballos, su estimación y su respeto hacia mí crecieron por modo considerable.

—Todo lo que tengo—decía—está a la disposición de usted; veo que es usted un hombre de los que a mí me gustan. Cuando quiera usted dar un paseo a caballo por la *Sagra*, no tiene usted más que avisar a mi criado y le ensillará el famoso cordobés *entero* que compré en Aranjuez al deshacerse la yeguada real. Sólo a otro hombre le dejaría yo el caballo, y ese hombre es Flinter.

En Toledo encontré a una gitana abandonada, con un hijo de unos catorce años de edad; no era toledana; había ido allí desde la Mancha en pos de su marido, preso bajo la inculpación de robo de caballerías; el delito se le probó, y de allí a pocos días iba a salir para Málaga con una cadena de galeotes. El preso carecía en absoluto de dinero, y su mujer recorría las calles de Toledo diciendo la buenaventura para ganar unos pocos *cuartos* con que ayudar al marido en la cárcel. Me dijo que se proponía seguirle a Málaga, donde esperaba poder proporcionarle medios de fuga. ¡Qué ejemplo de amor conyugal! Por añadidura, el amor estaba todo en un lado solo de esa pareja, como ocurre con frecuencia. Su marido era un tunante despreciable, que la había abandonado marchándose a Madrid, donde vivió en concubinato con Aurora, criminal notoria, por cuyas instigaciones cometió el robo que ahora tenía que expiar.

—Y si tu marido logra escaparse en Málaga, ¿adónde va a ir?

—Al *chim* de los *Corahai*, hijo mío; a la tierra de los moros, a ser soldado del rey moro.

—¿Y qué va a ser de ti?—pregunté—. ¿Crees que te llevará consigo?

—Me dejará en la costa, hijo mío, y en cuanto haya cruzado la *pawnee*[2]

negra, me olvidará, no pensará más en mí.

—¿Por qué te tomas tantos trabajos por él, sabiendo lo ingrato que es?

—¿No soy su *romi*, hijo mío, y no estoy obligada por la ley de los *Calés* a asistirle hasta lo último? Si al cabo de cien años volviera de la tierra de los *Corahai* y me encontrase viva, y me dijese: «Tengo hambre, mujercita; vé a robar o a decir *bají*», iría sin falta, porque es el *rom* y yo la *romi*.

Al regresar a Madrid encontré abierto todavía el *despacho*. Se habían vendido algunos Testamentos, aunque en cantidad nada considerable. La obra luchaba con grandes inconvenientes para su difusión, por la ilimitada ignorancia de la gente respecto de su tenor y contenido. No era, pues, maravilla que despertase poco interés. Para llamar la atención del público sobre el *despacho*, imprimí tres mil carteles en papel amarillo, azul y carmesí, y los pegué por las esquinas, y además inserté en los periódicos una información relativa al caso; el resultado fué que en muy poco tiempo apenas hubo alguien en Madrid que no conociera la existencia de la tienda y del libro. En Londres y París, estas diligencias habrían asegurado, probablemente, la venta de la edición entera del Nuevo Testamento en pocos días. En Madrid, el resultado no fué tan lisonjero; al cabo de un mes de estar abierta la tienda, sólo se había vendido un centenar de ejemplares.

Este proceder mío no podía por menos de producir gran sensación: los curas y sus secuaces rebosaban de enconada furia, que durante cierto tiempo tuvieron por conveniente manifestar sólo con palabras; estaban en la creencia de que el embajador y el Gobierno británicos me protegían; pero su malignidad hacía temer cualquier ataque, por atroz que fuese; y si la comparación no fuese inadecuada a mí, gusano el más insignificante de la Tierra, diría que, como Pablo en Éfeso, estaba luchando con fieras

salvajes.

El último día del año 1837, mi criado Antonio me dijo así:

—*Mon maître*, no tengo más remedio que dejarle a usted por una temporada. Desde que volvimos de nuestro viaje estoy descontento de la casa, de los muebles y de doña Mariquita. Por tanto, me he ajustado de cocinero en casa del conde de..., donde ganaré al mes cuatro duros menos de lo que su merced me da. Me gusta la variedad, aunque sea para perder. *Adieu, mon maître*; deseo que encuentre usted un criado tan bueno como se le merece. Sin embargo, si necesitara usted alguna vez con urgencia *de mes soins*, llámeme sin vacilar, y en el acto me despediré de mi nuevo amo, si todavía estoy con él, e iré a buscarle a usted.

Así me vi privado de los servicios de Antonio por cierto tiempo. Estuve unos cuantos días sin criado, al cabo de los cuales ajusté a cierto cántabro o vasco, natural de Hernani, en Guipúzcoa, que me habían recomendado mucho.

* * *

Notas

1. Regresó a Madrid el 30 de octubre (Knapp).

2. Pawnee, Pani: agua.

Capítulo XXXVII

Euscarra. — El vascuence no es el irlandés. — Dialectos del sánscrito y del tártaro. — Una lengua de vocales. — La poesía popular. — Los bascos. — Sus caracteres. — Las mujeres bascas.

Entramos ahora en el año 1838, acaso el más fecundo en acontecimientos de cuantos pasé en España. El *despacho* continuaba todavía abierto, con ligero incremento en la venta. Como tenía entonces pocas cosas importantes que hacer, di a la estampa dos obras, en cuya preparación llevaba trabajando ya algún tiempo. Estas obras eran las traducciones del Evangelio de San Lucas al vascuence y al caló.

Poco tengo que decir respecto de la traducción del Evangelio al gitano, porque ya he hablado de esto en otra obra[1]: lo traduje, así como la mayor parte del Nuevo Testamento, durante mi dilatada convivencia con los gitanos españoles. Respecto al Lucas en vascuence, no estará de más hablar con algún detenimiento, y aprovechar la ocasión que se me ofrece para decir unas palabras acerca del idioma en que está escrito y del pueblo a quien iba destinado.

El Euscarra: tal es el nombre peculiar de un habla o idioma que se supone prevaleció por toda España en otro tiempo, pero confinado ahora a

ciertas comarcas de ambas vertientes de los Pirineos, bañadas por las aguas del golfo de Cantabria o bahía de Vizcaya. A este idioma se le llama comúnmente el basco o el bizcaíno, palabras que son meras modificaciones del vocablo Euscarra, al que se ha antepuesto la consonante B por razón de eufonía. Acerca de esta lengua se han dicho muchas cosas vagas, erróneas o hipotéticas. Los bascos afirman que no sólo fué la lengua primitiva de España, sino de todo el mundo, y que de ella proceden todas las demás; pero los bascos son gente muy ignorante y no saben nada de filosofía del lenguaje. Por tanto, muy poca importancia se puede conceder a sus opiniones sobre el asunto. Algunos de ellos, sin embargo, que se jactan de poseer cierta instrucción, sostienen que el basco es ni más ni menos que un dialecto del fenicio, y que los bascos descienden de una colonia fenicia establecida al pie de los Pirineos en edad remota. De esta teoría, o más bien conjetura, no apoyada por la más ligera prueba, no hay para qué ocuparse con detención, limitándonos a observar que si, como muchos verdaderos sabios lo han supuesto y casi demostrado, el fenicio es un dialecto del hebreo o está emparentado estrechamente con él, sería tan poco razonable suponer que el basco se deriva del fenicio como que la lengua del Kanschatka o el iroqués son dialectos del griego y del latín.

Existe, sin embargo, otra opinión con respecto al basco que merece más detenido examen, por la circunstancia de hallarse muy extendida entre los *literati* de varios países de Europa, muy especialmente en Inglaterra. Aludo al origen céltico de esta lengua, y a su estrecha conexión con el más cultivado de todos los dialectos celtas: el irlandés. Gente que presume de conocer bien el asunto ha llegado a afirmar que existe tan poca diferencia entre las lenguas basca e irlandesa, que los individuos de ambas naciones

no encuentran dificultad para entenderse entre sí, sin otro medio de comunicación que sus idiomas respectivos; en una palabra, que apenas si hay más diferencia entre el irlandés y el basco que entre el basco francés y el basco español. Tal semejanza, por mucho que se haya insistido en ella, no existe en la realidad; quizás en toda Europa sería difícil encontrar dos lenguas con menos puntos de semejanza que el basco y el irlandés.

El irlandés, como la mayoría de los demás idiomas europeos, es un dialecto del sánscrito, idioma remoto, como puede suponerse; el apartado rincón del mundo occidental en que aquel idioma se conserva es el más distante del lugar en que nació el idioma originario. Mas no por eso deja de ser un dialecto de aquella venerable y primitiva habla, aunque no se parezca a ella ciertamente tanto como el inglés, el danés y las lenguas pertenecientes a la llamada familia gótica, y mucho menos que las de la esclavonia, porque a medida que se avanza hacia el Este, la asimilación de las lenguas al tronco paterno es más clara y perceptible; pero dialecto del sánscrito, repito, concordes en la estructura, en la disposición de las palabras, y en muchos casos en las palabras mismas, en las que, a pesar de sus modificaciones, se reconoce todavía los vocablos sánscritos. Pero ¿qué es el basco y a qué familia pertenece?

Todos los dialectos hablados actualmente en Europa proceden de dos grandes lenguas asiáticas, que si ya no se hablan, existen en libros y son además las lenguas de dos de las principales religiones de Oriente. Aludo al tibetano y al sánscrito, las lenguas sagradas de los secuaces de Budha y de Bramah. Estas lenguas, aunque poseen muchas voces comunes, lo que puede explicarse por su estrecha proximidad, son realmente distintas, dadas las grandes diferencias de su estructura. No tengo tiempo ni deseo de

explicar aquí en qué consisten esas diferencias; baste decir que los dialectos célticos, góticos y esclavones de Europa pertenecen a la familia sánscrita, así como en el Este el persa, y en menor grado el árabe, el hebreo, etc.[2], mientras que a la familia tibetana o tártara pertenecen en Asia el mandchú y el mongol, el calmuco y el turco del mar Caspio, y en Europa el húngaro y el basco parcialmente.

Esta última lengua es, en verdad, una singular anomalía; tanto, que en general es menos difícil decir lo que no es que lo que es. Abundan en ella los vocablos del sánscrito, y cubren su superficie. Sería erróneo, sin embargo, considerar esta lengua como un dialecto sánscrito, porque en la ordenación de las palabras prepondera decididamente la forma tártara. También se encuentran en el basco palabras tártaras en cantidad notable, aunque no tantas como las derivadas del sánscrito. De estas raíces tártaras me limitaré al presente a citar una sola, aunque si fuese necesario podría aducirlas a centenares. Esta palabra es *Jauna* o *Khauna*, de uso constante entre los bascos, y que es el *Khan* de los Mongoles y Mandchúes, con la misma significación: Señor.

Después de estudiar detenidamente el asunto en todos sus aspectos y de pesar lo que en pro y en contra se alega de cada lado, me inclino a incluir el basco entre los dialectos tártaros más bien que entre los del sánscrito. Todo el que tenga ocasión de comparar la elocución de los bascos y de los tártaros, llegará con sólo eso, aunque no los entienda, a la conclusión de que sus lenguas respectivas se han formado con arreglo a iguales principios. En ambas se suceden períodos interminables al parecer, durante los que la voz sube gradualmente y luego desciende del mismo modo.

He hablado del sorprendente número de vocablos del sánscrito

contenidos en la lengua basca, de los que se encontrará un ejemplo más abajo. Es muy de notar que en la mayor parte de los derivados del sánscrito, el basco ha dejado caer la consonante inicial, de suerte que la palabra comienza por una vocal.

El basco puede, en verdad, llamarse una lengua de vocales, porque el número de consonantes empleadas es relativamente corto; acaso de cada diez palabras, ocho empiezan y terminan por vocal, y a esto se debe que el basco sea una lengua extremadamente suave y melodiosa, muy superior en este respecto a cualquier otro idioma de Europa, sin excluir el italiano. Véanse a continuación algunos ejemplos de palabras bascas parangonadas con las raíces sánscritas.

Basco.
Sánscrito.
Ardoa.
Sandhana.
Vino.
Arratsa.
Ratri.
Noche.
Beguia.
Akshi.
Ojo.
Choria.
Chiria.
Pájaro.
Chacurra.

Cucura.

Perro.

Erreguiña.

Rani.

Reina.

Ycusi.

Iksha.

Ver.

Iru.

Treya.

Tres.

Jan (Khan).

Khana.

Comer.

Uria.

Puri.

Ciudad.

Urruti.

Dura.

Lejos.

En esta lengua publiqué el Evangelio de San Lucas, en Madrid. Adquirí la traducción hecha por un médico basco llamado Oteiza[3]. Antes de enviarla a la imprenta, guardé la traducción en mi poder cerca de dos años, y durante ese tiempo, y sobre todo en mis viajes, no perdí ocasión de someterla a examen de las personas que pasaban por entendidas en Euscarra. No me satisfacía por completo la traducción, pero inútilmente

busqué otra mejor.

Había yo adquirido, siendo muchacho, algunas ligeras nociones de Euscarra, tal como se usa en los libros. Esas nociones las aumenté considerablemente durante mi residencia en España, y gracias a mis relaciones con algunos bascos llegué a entender, hasta cierto punto, su idioma hablado, y aún lo hablé yo también, pero siempre con gran inseguridad; porque para hablar el vascuence, siquiera regularmente, es necesario haber vivido en el país desde muy niño. Tan grandes son las dificultades que presenta y tanto se diferencia de las demás lenguas, que es muy raro encontrar un forastero capaz de hablarlo un poco; los españoles consideran tan formidables esos obstáculos, que, según un proverbio suyo, Satanás vivió siete años en Vizcaya, y tuvo que marcharse porque ni podía entender a los vizcaínos ni le entendían.

Hay muy pocos alicientes para el estudio de esta lengua. En primer lugar, su adquisición es completamente innecesaria, aun para los que residen en el territorio donde se habla, porque la generalidad entiende el español en las provincias bascas pertenecientes a España, y el francés en las que pertenecen a Francia.

En segundo lugar, ninguno de sus dialectos posee una literatura propia que recompense el trabajo de aprenderlo. Existen algunos libros en basco francés y en basco español, pero son exclusivamente libros de devoción papista, y en su mayoría traducciones.

Se preguntará quizás al llegar aquí si los bascos no poseen una poesía popular, como casi todas las naciones, por pequeñas e insignificantes que sean. No están faltos, en verdad, de canciones, baladas y coplas, pero de carácter tal, que no puede llamárseles poesía. He puesto por escrito, al

oírlas recitar, una considerable porción de lo que llaman su poesía; pero el único ejemplo de versos tolerables que encontré es la siguiente copla, que, después de todo, no merece excesivos elogios:

Ichasoa urac aundi,
Estu ondoric agueri—
Pasaco ninsaqueni andic
Maitea icustea gatic.

que significa: Las aguas del mar son vastas, e invisible su seno, pero yo las cruzaré para ir al encuentro de mi amor.

Los bascos son un pueblo cantor más que poeta. A pesar de la facilidad que su idioma presenta para la composición de versos, no han producido nunca un poeta con la más leve pretensión de nombradía; pero tienen muy buenas voces y son excelentes en la composición musical. En opinión de cierto autor, el *Abbé d'Iharce*[4], que ha escrito acerca de ellos, el nombre de *Cantabri*, que los romanos les dieron, se deriva de *Khantor-ber*, que significa suaves cantores. Poseen mucha música original, alguna extremadamente antigua, según dicen. De esta música se han publicado algunos trozos en Donostian (San Sebastián), en el año 1826, editados por un tal Juan Ignacio Iztueta[5]. Consisten en unas marchas rudas y emocionantes, a cuyos sones créese que los bascos antiguos tenían la costumbre de bajar de sus montañas para pelear con los romanos y después con los moros. Al escucharlas llega uno con facilidad a creerse en presencia de un combate encarnizado. Oye uno las resonantes cargas de la caballería, el ludir de las espadas y el rebote de los cuerpos por los barrancos abajo.

Esta música va acompañada de palabras, pero qué palabras. ¡No puede imaginarse nada más estúpido, más trivial, más desprovisto de interés!

Lejos de ser marcial, la letra refiere incidentes cotidianos, sin conexión alguna con la música. Las palabras son evidentemente de fecha moderna.

En lo físico, los bascos son de estatura regular, ágiles y atléticos. En general, tienen bellas facciones y hermosa tez, y se parecen no poco a ciertas tribus tártaras del Cáucaso. Su bravura es indiscutible, y pasan por ser los mejores soldados con que cuenta la corona de España: hecho que en gran parte corrobora la suposición de que son de origen tártaro, la raza más belicosa de todas, y la que ha producido los más famosos conquistadores. Son los bascos gente fiel y honrada, capaz de adhesión desinteresada; bondadosos y hospitalarios con los forasteros; puntos todos que están muy lejos de diferir del carácter tártaro. Pero son un tanto lerdos, y su capacidad no es ni con mucho de primer orden, en lo cual se parecen también a los tártaros.

No hay en la tierra pueblo más orgulloso que los bascos; pero el suyo es una especie de orgullo republicano. Carecen de clase aristocrática; ninguno reconoce a otro por superior. El carretero más pobre tiene tanto orgullo como el gobernador de Tolosa.

«Tiene más poder que yo, pero no mejor sangre; andando el tiempo, acaso sea yo también gobernador». Aborrecen el servicio doméstico, a lo menos fuera de su país natal, y aunque las circunstancias les obligan con frecuencia a buscar amo, es muy raro que ocupen un puesto de escaleras abajo: son mayordomos, secretarios, tenedores de libros, etc. Cierto que, por mi buena suerte, encontré un criado basco, pero siempre me trató más como a un igual que como a un amo: se sentaba delante de mí, me daba su opinión sin pedírsela y entraba en conversación conmigo en todo momento y ocasión. Me guardé muy bien de refrenarle, porque entonces

se hubiera despedido, y en mi vida he visto una criatura más fiel. Su destino fué muy triste, como se verá más adelante.

Al decir que los bascos aborrecen la servidumbre, y que es muy raro encontrarlos de criados con los españoles, me refiero sólo a los varones; las hembras, por el contrario, no oponen reparos a entrar de criadas. Los bascos no miran, ciertamente, a las mujeres con la estimación debida, y las consideran aptas para poco más que para llenar empleos bajos, lo mismo que en Oriente, donde se las considera como siervas y esclavas. El carácter de las vascongadas difiere mucho del de los hombres. Son muy despiertas y agudas, y tienen, en general, más talento. Son famosas cocineras, y en casi todas las casas importantes de Madrid una vizcaína ejerce el supremo empleo en el departamento culinario.

* * *

Notas

1. *The Zincali.*

2. La ciencia lingüística moderna difiere de tal modo de estas teorías, que sería muy difícil rectificarlas en una nota instructiva y no demasiadamente larga. Lo mejor será quizás prescindir de este capítulo completamente. (Nota de la edición Burke.)

3. *Evangelioa San Lucasen Guissan. El Evangelio según San Lucas.* Traducido al vascuence. Madrid. Imprenta de la Compañía Tipográfica, 1838.

4. A nadie que haya leído la obra de este *Abbé* se le ocurrirá citarlo como una autoridad seria. Se titula *L'histoire des cantabres par l'Abbé d'Iharce de Bidassouet*. París, 1825. Según el autor, el vascuence fué la lengua de los primeros hombres; *Noah*, que en vascuence significa *vino*, es el recuerdo etimológico de la intemperancia del patriarca (Burke).

5. *Euscaldun anciña anciñaco*, etc. Donostian, 1826. Con una introducción en español y muchas canciones bascas, con notación musical.

Capítulo XXXVIII

La prohibición. — El Evangelio, perseguido. — Inculpación de brujería. — Ofalia.

A mediados de Enero, mis enemigos me dieron una carga, prohibiéndome, de modo terminante, en virtud de orden dictada por el gobernador de Madrid, que siguiera vendiendo Testamentos. No me cogió de susto la medida, porque desde algún tiempo antes esperaba yo algo parecido, en razón de las ideas políticas profesadas por los ministros. Fuí, sin dilación, a visitar a Sir George Villiers, informándole de lo sucedido. Me prometió hacer cuanto pudiese para obtener la revocación de la orden. Por desgracia, no tenía entonces gran influencia, porque se había opuesto con todas sus fuerzas al advenimiento del Ministerio moderado, y al nombramiento de Ofalia para la presidencia del Gabinete. Sin embargo, no perdí ni un momento la confianza en el Todopoderoso, en cuyo servicio estaba yo ocupado.

Antes de ese tropiezo las cosas marchaban muy bien. La demanda de Testamentos aumentaba por modo considerable; tanto, que el clero se alarmó, y ese paso fué la consecuencia. Pero habían primero intentado dar otro, muy propio suyo: pretendieron dominarme por el miedo. Uno de los

rufianes de Madrid, llamados *Manolos*, me salió al paso una noche en una calle obscura, y me dijo que si continuaba vendiendo mis «libros judíos», me «enhebraría un cuchillo en el corazón»; yo le contesté que se fuese a su casa, rezase unas oraciones, y dijera a los que le enviaban que me daban mucha lástima; con lo cual se fué, soltando un juramento. Pocos días más tarde recibí orden de enviar dos ejemplares del Testamento a las oficinas del gobernador, y así lo hice; menos de veinticuatro horas después llegó un *alguacil* a la tienda, y me notificó la prohibición de seguir vendiendo la obra.

Una circunstancia me regocijó. Por raro que parezca, las autoridades no tomaron medida alguna para cerrarme el *despacho*, y la prohibición sólo se refería a la venta del Nuevo Testamento; como faltaba poco para que el Evangelio de San Lucas, en caló y en vascuence, estuviese listo para la venta, esperé sostener las cosas, aunque en menor escala, hasta que vinieran mejores tiempos.

Me aconsejaron que borrase del escaparate de la tienda las palabras «*Despacho* de la Sociedad Bíblica británica y extranjera». Me negué a ello. El letrero había llamado mucho la atención, como yo me proponía. Si hubiera intentado llevar este asunto bajo cuerda, apenas habría llegado a vender en Madrid, hasta la fecha de que voy hablando, treinta ejemplares, en lugar de casi trescientos que tenía vendidos. Quien no me conozca se inclinará a llamarme temerario; pero estoy muy lejos de serlo, y nunca adopto un camino aventurado mientras me quede abierto alguno que no lo sea. Sin embargo, yo no soy hombre que se asuste del peligro, cuando veo que no hay más remedio que arrostrarlo para conseguir un propósito.

Los libreros se negaban a vender mi libro; me vi compelido a establecer

por mi cuenta una tienda. En Madrid cada tienda tiene su nombre. ¿Cuál podía yo dar a la mía, sino el verdadero? No me avergonzaba de mi causa ni de mi bandera. La enarbolé, y luché a su sombra, no sin buen éxito.

Entretanto, el partido clerical en Madrid no perdonaba esfuerzo para difamarme. En una publicación suya, llamada *El amigo de la religión cristiana*, apareció un ataque estúpido, pero furioso, contra mí, al cual traté con el desprecio merecido. No satisfechos con eso, intentaron concitar al pueblo en contra mía, diciendo que yo era brujo, compañero de gitanos y hechiceras; y así me llamaban sus agentes cuando me encontraban en la calle. No tengo por qué negar que yo era amigo de gitanos y de adivinos. ¿Iba a avergonzarme de su compañía, cuando mi Maestro se trataba con publicanos y ladrones? Con frecuencia recibía visitas de gitanos: los adoctrinaba, y les leía trozos del Evangelio en su propia lengua; cuando estaban hambrientos y extenuados les daba de comer y de beber. Esto pudo tenerse por brujería en España, pero abrigo la esperanza de que en Inglaterra lo apreciarán de otro modo; y si hubiese yo perecido por entonces, creo que no hubiera faltado alguien dispuesto a reconocer que mi vida no había sido por completo inútil (siempre como instrumento del Altísimo), ya que logré traducir uno de los más valiosos libros de Dios a la lengua de sus criaturas más degradadas.

Entré en negociaciones con el Gobierno para obtener el permiso de vender en Madrid el Nuevo Testamento, y anular la prohibición. Encontré oposición muy grande, que no pude vencer. Varios obispos ultrapapistas, residentes por entonces en Madrid, habían denunciado la Biblia, a la Sociedad Bíblica y a mí. Pero no obstante sus concertados y poderosos esfuerzos, no pudieron conseguir su propósito principal, o sea mi

expulsión de Madrid y de España. El conde Ofalia, aunque toleró ser instrumento, hasta cierto punto, de aquellas gentes, no dejó que le empujaran tan lejos. No encuentro palabras bastante enérgicas para hacer justicia al celo y al interés que en todo este asunto desplegó Sir Jorge Villiers en pro de la causa del Testamento. Celebró varias entrevistas con Ofalia sobre esta cuestión, y en ellas le significó su juicio acerca de la injusticia y tiranía con que en aquel caso había sido tratado su compatriota.

Tales quejas hicieron impresión en Ofalia, y más de una vez prometió hacer cuanto pudiese para complacer a Sir Jorge; pero luego los obispos le asediaban, y, poniendo en juego sus temores políticos, ya que no los religiosos, le impedían proceder en el asunto con justicia y honradez. Por indicación de Sir Jorge Villiers, tracé una breve memoria explicando lo que es la Sociedad Bíblica y sus propósitos, en especial los tocantes a España; Sir Jorge entregó personalmente esa memoria al conde. No cansaré al lector insertándola aquí, contentándome con observar que no intenté adular ni halagar, y me expresé con franqueza y honradez, como debe hacer un cristiano. Ofalia, al leer mi escrito, exclamó: «¡Lástima que esta Sociedad sea protestante, y que no sean católicos todos sus miembros!»

Pocos días después me envió un recado con un amigo, pidiéndome, cosa que me asombró, un ejemplar del Evangelio en gitano. Permítaseme decir aquí que la fama de este libro, aunque no publicado todavía, se había esparcido por Madrid como fuego por reguero de pólvora, y todo el mundo ansiaba tener un ejemplar; varios grandes de España me enviaron recado con la misma pretensión, pero no les atendí. Al instante resolví aprovechar la coyuntura que me ofrecía el conde de Ofalia y me dispuse a

visitarle en persona. Mandé encuadernar lujosamente un ejemplar del Evangelio, y, encaminándome a Palacio, obtuve audiencia en el acto. Era un hombre diminuto, mustio, entre los cincuenta y los sesenta años de edad, con dientes y pelo postizos, pero de muy corteses maneras. Me recibió con gran afabilidad y me dió las gracias por el regalo; pero cuando le hablé del Nuevo Testamento, me dijo que el asunto estaba rodeado de dificultades, y que la gran masa del clero se había puesto en mi contra; me exhortó a que tuviera paciencia y calma, y en tal caso dijo que trataría de buscar el modo de complacerme. Entre otras cosas, me dijo que los obispos odiaban a un sectario más que a un ateo. Contesté que, como los antiguos fariseos, se cuidaban más del oro del templo que del templo mismo. Durante toda la entrevista dió evidentes señales de un gran temor, y continuamente miraba detrás y alrededor de sí, como si temiera que alguien le escuchase; esto me hizo recordar el dicho de un amigo, según el cual, si hay algo de verdad en la metempsícosis, el alma del conde de Ofalia debió de pertenecer originariamente a un ratón. Nos separamos en muy amistosos términos, y me fuí maravillado del extraño azar que ha hecho de un pobre hombre como éste el primer ministro de un país como España.

* * *

Capítulo XXXIX

Los dos Evangelios. — El alguacil. — La orden de prisión. — María la buena. — El arresto. — Me envían a la cárcel. — Reflexiones. — El recibimiento. — La celda en la cárcel. — Demanda de desagravios.

Al cabo, la traducción del Evangelio de San Lucas al gitano estuvo lista. Deposité cierto número de ejemplares en el *despacho* y anuncié su venta. El Evangelio en vascuence, impreso también por entonces, fué igualmente anunciado. Hubo poca demanda de esta obra. No así del San Lucas en gitano, y con facilidad hubiera podido vender toda la edición en menos de quince días. Sin embargo, mucho antes de transcurrir este plazo el clero se puso sobre las armas.

«¡Brujería!»—dijo un obispo.

«Aquí hay más de lo que a primera vista parece»—exclamó el segundo.

«Va a convertir a toda España valiéndose del lenguaje gitano»—gritó un tercero.

Y luego surgió el coro habitual en esos casos:

«*¡Qué infamia! ¡Qué picardía!*»

Al fin, después de andar en bureo entre sí, corrieron a su instrumento

el *corregidor*, o *jefe político*, como se le llama ahora, de Madrid. He olvidado el nombre de este personaje, a quien no conocí personalmente. Juzgando por sus acciones y por lo que se decía de él, puedo asegurar que era una criatura estúpida, testarudo, y además grosero, un *mélange* de *borrico*, mula y lobo. Como profesaba inveterada antipatía a todos los extranjeros, prestó oídos benévolos a la queja de mis acusadores, y sin tardanza dió orden de secuestrar todos los ejemplares del Evangelio en gitano que hubiese en el despacho[1]. La consecuencia fué que un nutrido cuerpo de *alguaciles* dirigió sus pasos a la calle del Príncipe, y se apoderaron de unos treinta ejemplares del libro perseguido y de otros tantos del San Lucas en vascuence. Con tales despojos, los satélites volvieron en triunfo a la *jefatura política*, donde se repartieron entre sí los ejemplares del Evangelio en gitano, vendiéndolos después casi todos a buen precio, porque el libro era muy buscado, y así se convirtieron sin quererlo en agentes de una Sociedad herética. Pero cada cual debe vivir de su trabajo—dice esa gente—y no pierde ocasión de hacer buenas sus palabras, vendiendo lo mejor que puede cualquier botín que cae en sus manos.

Como nadie se ocupaba del Evangelio en vascuence, fué guardado sin tropiezo, con otras capturas invendibles, en los almacenes de la jefatura.

Ya estaban secuestrados los Evangelios en gitano, al menos los que tenía en el *despacho* expuestos para la venta. Pero el *corregidor* y sus amigos pensaron que aún podía conseguirse mucho más mediante una pequeña combinación. Todos los días se presentaban en la tienda algunos ganchos de la policía, bajo disfraces diferentes, preguntando con gran interés por los «libros gitanos» y ofreciendo pagar los ejemplares a buen precio. Pero se fueron con las manos vacías. Mi gallego estaba sobre aviso, y a todo el que

preguntaba le decía que por el momento no se vendían libros de ninguna clase en el establecimiento. Y así era la verdad, pues le había dado orden de no vender más, bajo ningún pretexto.

A pesar de mi conducta franca, no me creyeron. El *corregidor* y sus aliados no podían convencerse de que, bajo cuerda, y por medios misteriosos, no vendía yo diariamente cientos de aquellos libros gitanos que iban a revolucionar el país y a destruir el poder del obispo de Roma. Trazaron, pues, un plan, mediante el cual esperaban colocarme en tal situación, que no pudiese en algún tiempo trabajar activamente en la difusión de las Escrituras, ya estuviesen en gitano o en otro idioma cualquiera.

El 1.º de mayo (1838), por la mañana, si no recuerdo mal, un individuo desconocido se presentó en mi cuarto cuando me disponía a tomar el desayuno. Era un tipo de innoble catadura, de mediana talla, con todos los estigmas de la picardía en el semblante. La huéspeda le introdujo en mi aposento y se retiró. No me agradó la llegada del visitante; pero, afectando cortesía, le rogué que se sentara y le pregunté el objeto de su visita.

—Vengo de parte de su excelencia el jefe político de Madrid—respondió—y mi objeto es decirle a usted que su excelencia conoce perfectamente sus manejos, y cuando quiera puede demostrar que sigue usted vendiendo en secreto los malditos libros cuya venta se le ha prohibido a usted.

—¿De verdad? Pues que lo haga sin tardanza. ¿Qué necesidad tiene de avisarme?

—Puede que crea usted—continuó el hombre—que su señoría no tiene testigos; pues los tiene, sépalo usted, y muchos, y muy respetables

además.

—No lo dudo—repliqué—. Dada la apariencia respetable de usted, será usted uno de ellos. Pero me está usted haciendo perder tiempo; márchese, pues, y diga a quien le haya enviado que no tengo una idea muy alta de su talento.

—Me iré cuando quiera—replicó el otro.—¿Sabe usted con quién está hablando? ¿Sabe usted que si me parece conveniente puedo registrarle a usted el cuarto, hasta debajo de la cama? ¿Qué tenemos aquí?—continuó; y empezó a hurgar con el bastón un rimero de papeles que había encima de una silla—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Son también papeles de los gitanos?

En el acto resolví no tolerar por más tiempo su proceder, y, agarrando al hombre por un brazo, le saqué del cuarto, y sin soltarle le conduje escaleras abajo desde el tercer piso, en que yo vivía, hasta la calle, mirándole fijamente a la cara durante todo el tiempo.

El individuo se había dejado el *sombrero* encima de la mesa, y se lo envié con la patrona, que se lo entregó en propia mano cuando aún se estaba en la calle el hombre mirando con ojos pasmados a mi balcón.

—Le han tendido a usted una *trampa*, *don Jorge*—dijo María Díaz cuando subió de la calle—. Ese *corchete* no traía más intención que la de provocarle a usted. De cada palabra que usted le ha dicho hará un mundo, como acostumbra esa gente; al darle el sombrero ha dicho que antes de veinticuatro horas habrá usted visto por dentro la cárcel de Madrid.

En efecto, en el curso de la mañana supe que se había dictado contra mí orden de arresto[2]. La perspectiva de un encarcelamiento no me atemorizó gran cosa; las aventuras de mi vida y mis inveterados hábitos de vagabundo me habían ya familiarizado con situaciones de todo género,

hasta el punto de encontrarme tan a gusto en una prisión como en las doradas salas de un palacio, y aún más, porque en aquel lugar siempre puedo aumentar mi provisión de informaciones útiles, mientras que en el último el aburrimiento se apodera de mí con frecuencia. Había yo, además, pensado algún tiempo atrás hacer una visita a la cárcel, en parte con la esperanza de poder decir algunas palabras de instrucción cristiana a los criminales, y en parte con la mira de hacer ciertas investigaciones acerca del lenguaje de los ladrones en España, asunto que había excitado en gran manera mi curiosidad; y hasta hice algunas gestiones para conseguir que me dejasen entrar en la *Cárcel de la Corte*, pero encontré el asunto rodeado de dificultades, como hubiese dicho mi amigo Ofalia. Casi me alegré, pues, de la oportunidad que iba a presentárseme para ingresar en la cárcel, no en calidad de visitante, sino como mártir, como víctima de mi celo por la santa causa de la religión.

Resolví, sin embargo, chasquear a mis enemigos por aquel día cuando menos, y burlar la amenaza del *alguacil* de que me prenderían antes de veinticuatro horas. Con este propósito me instalé para lo restante del día en una famosa fonda francesa de la calle del Caballero de Gracia[3] que, por ser uno de los lugares más concurridos y más elegantes de Madrid, pensé, naturalmente, que sería el último adonde al corregidor se le ocurriría buscarme.

A eso de las diez de la noche, María Díaz, a quien yo había dicho el lugar de mi refugio, llegó acompañada de su hijo, Juan López.

—*Oh, señor*—dijo María al verme—, ya están buscándole a usted; el *alcalde* del *barrio*, con una gran *comitiva* de *alguaciles* y gente así, acaba de presentarse en casa con la orden de arrestarle a usted, dictada por el

corregidor. Han registrado toda la casa, y al no encontrarle se han enfadado mucho. ¡Ay de mí! ¿Qué va a ocurrir si le encuentran?

—No tema usted nada, buena María—dije yo—. Se le olvida a usted que soy inglés; también se le olvida al *corregidor*. Préndame cuando quiera, esté usted segura de que se daría por muy contento dejándome escapar. Por ahora, sin embargo, le permitiremos seguir su camino; parece que se ha vuelto loco.

Dormí en la fonda, y en la mañana del día siguiente acudí a la embajada, donde tuve una entrevista con sir Jorge, a quien referí detalladamente el suceso. Díjome que le costaba trabajo creer que el *corregidor* abrigase intenciones serias de prenderme: en primer lugar, porque yo no había cometido delito alguno; y en segundo, porque yo no estaba bajo la jurisdicción de aquel funcionario, sino bajo la del capitán general, único que tenía atribuciones para resolver en asuntos tocantes a los extranjeros, y ante quien debía yo comparecer acompañado del cónsul de mi país.

—Sin embargo—añadió—, no se sabe hasta dónde son capaces de llegar los jaques que ocupan el poder. Por tanto, si tiene usted algún temor, le aconsejo que permanezca unos días en la embajada como huésped mío, y aquí estará usted completamente a salvo.

Le aseguré que no tenía miedo alguno, porque estaba ya muy acostumbrado a semejantes aventuras. Desde la habitación de sir Jorge me dirigí a la del primer secretario, Mr. Southern, con quien entré en conversación. Apenas llevaba allí un minuto, cuando Francisco, mi criado, irrumpió en el cuarto casi sin aliento y agitadísimo, exclamando en vascuence:

—*Niri jauna*, los *alguaciloac* y los *corchetoac* y los demás *lapurrac* están otra vez en casa. Parecen medio locos; y como no le pueden encontrar a usted, están registrando los papeles, en la creencia, supongo yo, de que está usted escondido entre ellos.

Míster Southern nos interrumpió, preguntando lo que aquello significaba. Se lo conté, y añadí que me proponía volver en el acto a mi casa.

—Pero entonces esos hombres acaso le arresten a usted—dijo Mr. Southern—antes de que podamos intervenir nosotros.

—Tengo que afrontar ese riesgo—repliqué, y un momento después me fuí.

Pero, antes de llegar a la mitad de la calle de Alcalá, dos individuos vinieron a mí, y, diciéndome que era su prisionero, me mandaron seguirlos a la oficina del *corregidor*.

Eran dos *alguaciles*, quienes, sospechando que podría entrar en la embajada o salir de ella, estaban en acecho por las inmediaciones.

Rápidamente me volví a Francisco y le dije en vascuence que fuese otra vez a la embajada y contase al secretario lo que acababa de suceder. El pobre muchacho salió como una exhalación, no sin volver a medias el cuerpo de vez en cuando para amenazar con el puño y cubrir de improperios en vascuence a los dos *lapurrac*, como llamaba a los *alguaciles*.

Lleváronme a la *jefatura*, donde está el despacho del *corregidor*, y me introdujeron en una vasta pieza, invitándome con el gesto a tomar asiento en un banco de madera. Luego se me puso uno a cada lado. Aparte de nosotros, había en la habitación unas veinte personas lo menos; con toda seguridad, empleados de la casa, a juzgar por su aspecto. Iban todos bien

vestidos, a la moda francesa en su mayoría; y, sin embargo, harto se notaba lo que en realidad eran: *alguaciles*, espías y soplones. Si Gil Blas hubiera despertado de su sueño de dos siglos, los hubiese reconocido sin dificultad, a pesar de la diferencia de trajes. Lanzábanme ojeadas al pasar, según recorrían la habitación de arriba a abajo; luego se reunieron en un corro y empezaron a cuchichear. Le oí decir a uno de ellos:

—Entiende los siete dialectos del gitano.

Entonces, otro, andaluz sin género de duda, a juzgar por el habla, dijo:

—*Es muy diestro*; monta a caballo y tira el cuchillo tan bien como si fuera de mi tierra.

Al oírlo, se volvieron todos y me miraron con interés, mezclado, evidentemente, de respeto, como de seguro no lo hubieran sentido si hubiesen pensado que yo era tan sólo un hombre de bien que daba testimonio en la causa de la justicia.

Esperé pacientemente en el banco una hora lo menos, creyendo que me llamarían de un momento a otro a presencia del señor *corregidor*. Pero me figuro que no debieron de juzgarme digno de ver a tan eminente personaje, porque al cabo de ese tiempo un hombre de edad provecta—perteneciente, empero, al género *alguacil*—entró en el aposento y avanzó derechamente hacia mí.

—Levántese—dijo.

Obedecí.

—¿Cómo es su nombre?—preguntó.

Se lo dije.

—Entonces—replicó mostrando un papel que tenía en la mano—, *señor*, su excelencia el *corregidor* manda que le llevemos a usted a la cárcel

sin tardanza.

Me miraba fijamente al hablar, quizás con la esperanza de verme caer al suelo al oír el formidable nombre de cárcel; sin embargo, me limité a sonreír. Entonces entregó el papel, que supongo sería la orden de encarcelamiento, a uno de mis dos apresadores, y, obediente a la seña que me hicieron, eché a andar tras ellos.

Supe más adelante que tan pronto como sir Jorge tuvo noticia de mi arresto envió al secretario de la legación, Mr. Southern, a visitar al corregidor, y estuvo haciendo antesala la mayor parte del tiempo que yo permanecí en la jefatura. Al pedir audiencia al *corregidor* se proponía darle sus quejas y señalarle los peligros a que se exponía con el paso temerario que acababa de dar. El corregidor, muy terco, se negó a recibirle, pensando quizás que avenirse a razones redundaría en menoscabo de su dignidad; pero su conducta me favoreció por modo eficacísimo, porque después de tal ejemplo de gratuita insolencia nadie puso en duda la injusticia y el atropello de que me había hecho víctima.

Los *alguaciles* me llevaron por la Plaza Mayor a la Cárcel de la Corte, que así se llama. Al cruzar la plaza recordé que, en los buenos tiempos pasados, la Inquisición de España acostumbraba a celebrar allí sus solemnes *autos de fe*, y eché una mirada a los balcones de la Casa de la Villa, desde donde presenció el último rey de la dinastía austriaca el auto más solemne que se recuerda, y, después de ver quemar por grupos de cuatro o de cinco unos treinta herejes, hombres y mujeres, se enjugó el rostro, sudoroso por el calor y ennegrecido por el humo, y tranquilamente preguntó: «*¿No hay más?*»; ejemplar prueba de paciencia muy aplaudida por sus curas y confesores, que, andando el tiempo, le envenenaron.

—Y aquí estoy yo—iba yo pensando—, que he hecho en contra del papismo más que todos los pobres cristianos martirizados en esta maldita plaza, enviado simplemente a la cárcel, de la que estoy seguro de salir dentro de pocos días con buena opinión y aplauso. ¡Papa de Roma! Creo que sigues siendo tan maligno como siempre; pero de tan escaso poder, que da lástima. Te estás quedando paralítico, *Batuschca*, y tu cayado se ha convertido en una muleta.

Llegamos a la cárcel, sita en una calle estrecha, no lejos de la Plaza Mayor. Entramos en un pasadizo obscuro, a cuyo extremo había una verja. Llamaron mis conductores, y un rostro feroz se dejó ver a través de la verja; hubo un cambio de palabras, y a los pocos momentos me encontré dentro de la cárcel de Madrid, en una especie de corredor abierto a considerable altura sobre un patio, de donde subía fuerte rumor de voces y, en ocasiones, gritos y clamores salvajes. En el corredor, que servía como de oficina, había varias personas, una de ellas sentada detrás de un pupitre; hacia ella fueron los *alguaciles*, y, después de hablar un rato en voz baja, pusieron en sus manos la orden de arresto. La leyó con atención, y, levantándose después, se me acercó. ¡Qué tipo! Tendría unos cuarenta años, y su estatura hubiera sido de unos seis pies y dos pulgadas a no ir encorvado en forma que parecía una ese. Era más delgado que un hilo; diríase que un soplo de aire bastaba para llevárselo. Su rostro hubiera sido hermoso sin tan portentosa y extraordinaria delgadez. Tenía la nariz aguileña; los dientes blancos como el marfil; negros los ojos—¡oh, qué negrura!—, de muy extraña expresión; atezada la piel, y el pelo de la cabeza como las plumas del cuervo. Sus facciones dilatábanse de continuo por una sonrisa profunda y tranquila, que con toda su tranquilidad era una sonrisa

cruel, muy propia del semblante de un Nerón. «*Mais en revanche personne n'étoit plus honnête.*»

—*Caballero*—dijo—, permítame usted que me presente yo mismo: soy el *alcaide* de esta cárcel. Veo por este papel que durante cierto tiempo, muy corto, sin duda, tendré el honor de que me haga compañía bajo este techo; espero que desechará usted de su ánimo todo temor. Me encargan que le trate a usted con todo el respeto debido a la ilustre nación a que pertenece y a que tiene derecho un caballero de tan elevada condición. La verdad es que el encargo está de más, pues por mi propio impulso hubiera tenido yo gran placer en colmarle de atenciones y comodidades. *Caballero*, debe usted considerarse aquí más como huésped que como preso. Puede usted correr toda la casa a su antojo. Aquí encontrará usted cosas no del todo indignas de la atención de un espíritu reflexivo. Le ruego que disponga de los llaveros y empleados como de sus criados propios. Ahora voy a tener el honor de llevarle a su habitación, la única que hay vacía. La reservamos siempre para caballeros distinguidos. De nuevo me congratulo de que las órdenes recibidas coincidan con mi inclinación personal. No se le pondrá a usted cuenta ninguna, aunque el alquiler diario de ese cuarto llega a veces a una onza de oro. Le ruego, pues, que me siga, caballero, y me considere en todos tiempos y ocasiones como su afectísimo y obediente servidor.

Al decir esto, se quitó el sombrero y me hizo una profunda reverencia.

Tal fué el discurso del *alcaide* de la cárcel de Madrid, discurso pronunciado en puro y sonoro castellano, con mucho reposo, gravedad y casi dignidad; discurso que hubiera hecho honor a un magnate de ilustre cuna, a monsieur Bassompierre recibiendo en la Bastilla a un príncipe italiano, o al gobernador de la Torre de Londres recibiendo a un duque

inglés acusado de alta traición. Pues bien: ¿quién era este *alcaide*? Uno de los mayores tunantes de España. Un individuo que más de una vez, por su rapacidad y avaricia, y por mermar las miserables raciones de los presos, había provocado insurrecciones en el patio, sofocadas en sangre con ayuda de la fuerza militar; un tipo de baja extracción, que cinco años antes era tambor en una partida de voluntarios realistas. Pero España es el país de los caracteres extraordinarios.

Seguí al *alcaide* hasta el final del corredor, donde había una verja muy espesa, y a cada lado de ella estaba sentado un llavero, tipos de horrenda catadura. Se abrió la verja, y, volviendo a la derecha, seguimos por otro corredor, donde había mucha gente paseándose: presos políticos, según supe más tarde. Al final del corredor, que abarcaba toda la longitud del *patio*, entramos en otro; la primer habitación que encontramos era la que me habían destinado. El aposento, espacioso y alto de techo, estaba en absoluto desprovisto de muebles, con excepción de una cuba de madera, destinada a contener mi ración diaria de agua.

—*Caballero*—dijo el *alcaide*—, como usted ve, el cuarto está desamueblado. Ya son las tres de la *tarde*; por tanto, le aconsejo a usted que, sin descuidarse, envíe a buscar a su posada una cama y las demás cosas que pueda necesitar; el *llavero* le hará a usted la cama. *Caballero*, adiós, hasta otra vista.

Seguí su consejo, y escribí con lápiz una nota a María Díaz, enviándosela por el *llavero*; hecho esto, me senté en la cuba, y caí en una especie de ensueño que me duró mucho tiempo.

Al cerrar la noche llegó María Díaz, acompañada de dos mozos de cordel y de Francisco, todos cargados. Encendieron una lámpara, echaron

lumbre en el brasero, y la melancolía de la cárcel se disipó hasta cierto punto.

Cuando tuve silla donde sentarme, me levanté de la cuba y me puse a despachar algunos manjares que mi buena patrona no se había olvidado de traerme. De pronto, Mr. Southern entró. Se echó a reír de buena gana al verme ocupado en la forma que he dicho.

—Borrow—me dijo—, es usted hombre muy a propósito para correr mundo, porque todo lo toma usted con frialdad y como la cosa más natural. Pero lo que más me sorprende en usted es el gran número de amigos que tiene; no le falta a usted en la cárcel gente que se afane por su bienestar. Hasta su criado es amigo de usted, en lugar de ser, como en general ocurre, su peor enemigo. Ese vascongado es una criatura muy noble. No olvidaré nunca cómo habló de usted cuando llegó corriendo a la Embajada a llevar la noticia de su arresto. Tanto a sir Jorge como a mí, nos interesó mucho; si alguna vez desea usted separarse de él, avíseme, para tomarlo a mi servicio. Pero hablemos de otra cosa.

Entonces me contó que sir Jorge había ya enviado a Ofalia una nota oficial pidiendo reparaciones por el caprichoso ultraje cometido en la persona de un súbdito británico.

—Estará usted en la cárcel esta noche—dijo—; pero tenga la seguridad de que mañana, si lo desea, puede salir de aquí en triunfo.

—De ningún modo lo deseo—repliqué—. Me han metido en la cárcel por hacer su capricho, y yo me propongo permanecer en ella por hacer el mío.

—Si el tedio de la cárcel no puede más que usted—dijo Mr. Southern—, creo que esa resolución es la más conveniente; el Gobierno se

ha comprometido de mala manera en este asunto, y, hablando con franqueza, no lo sentimos, ni mucho menos. Esos señores nos han tratado más de una vez con excesiva desconsideración, y ahora se nos presenta, si continúa usted firme, una excelente oportunidad de humillar su insolencia. Voy al instante a decir a sir Jorge la resolución de usted, y mañana temprano tendrá usted noticias nuestras.

Con esto se despidió de mí; me acosté, y no tardé en dormirme en la cárcel de Madrid.

* * *

Notas

1. El 14 de enero de 1838 el jefe político, don Francisco de Gamboa, ordenó el secuestro.

2. Por el gobernador don Diego de Entena, sucesor de Gamboa. La prisión se decretaba: 1.º, por insultos al alguacil; 2.º, por repartir un libro impreso en Gibraltar. Era el Lucas en gitano (sin licencia de impresión), pero que todos sabían impreso en Madrid (Knapp).

3. En la fonda de Genieys (Knapp).

Capítulo XL

Ofalia. — El juez. — Cárcel de la Corte. — El domingo en la cárcel. — Vestimenta de los ladrones. — Padre e hijo. — Un comportamiento característico. — El francés. — La ración carcelaria. — El valle de las sombras. — Castellano puro. — Balseiro. — La cueva. — La gloria del ladrón.

Ofalia comprendió en seguida que la prisión de un súbdito británico, hecha en forma tan ilegal, traería probablemente consecuencias graves. Si él en persona animó al *corregidor* en su conducta respecto de mí, es cosa imposible de decidir; probablemente, no lo hizo; pero el corregidor era un funcionario de su elección, y de sus actos eran hasta cierto punto responsables Ofalia y todo el Gobierno. Sir Jorge había presentado ya una protesta muy enérgica, y había llegado a decir en una nota oficial que desistiría de toda ulterior comunicación con el Gobierno español mientras no se me dieran las reparaciones amplias y completas a que tenía derecho por el atropello sufrido. Ofalia respondió que iban a adoptarse inmediatamente las disposiciones necesarias para mi excarcelación, y que mía sería la culpa si después continuaba preso. Sin dilación ordenó a un *juez de la primera instancia* que fuese a tomarme declaración y me soltara,

amonestándome para que fuese más prudente en lo sucesivo. Pero mis amigos de la Embajada me habían aconsejado lo que debía hacer en aquel caso. Por consiguiente, cuando el *juez*, en la segunda noche de mi encarcelamiento, se presentó en la prisión y me llamó a su presencia, acudí, en efecto; pero al querer interrogarme, me negué en redondo a contestar.

—No tiene usted derecho para interrogarme—le dije—. No quiero faltar al respeto debido al Gobierno y a usted, *caballero juez* pero me han encarcelado ilegalmente. Un jurista tan competente como usted no puede ignorar que, conforme a las leyes españolas, yo, por ser extranjero, no puedo ser llevado a la cárcel bajo la inculpación que se me ha hecho, sin comparecer previamente ante el capitán general de esta real ciudad, cuyo deber es proteger a los extranjeros y ver si no se han infringido en sus personas las leyes de la hospitalidad.

Juez.—Vaya, vaya, *Don Jorge*, ya veo adónde quiere ir a parar; pero sea usted razonable: no le hablo como *juez*, sino como un amigo que desea su bien y que siente profunda reverencia por la nación británica. Todo este asunto es baladí; no niego que el jefe político ha procedido con alguna ligereza por informes de una persona quizás no muy digna de crédito; pero no se le han causado a usted graves daños, y a una persona de mundo como usted una aventurilla de este género más le sirve de diversión que de otra cosa. Sea usted razonable, olvide lo ocurrido; ya sabe que lo propio de un cristiano, y además su deber, es perdonar. Le aconsejo, *Don Jorge*, que salga de la cárcel al momento; me atrevo a decir que ya está usted cansado de ella. En este momento es usted libre de marcharse; váyase al punto a su casa, y yo le prometo a usted que a nadie se le permitirá ir a molestarle en lo sucesivo. Ya va siendo tarde, y las puertas de la cárcel se cerrarán dentro de

poco. *¡Vamos, Don Jorge, a la casa, a la posada!*

Yo.—Pero Pablo les dijo: «Nos han azotado públicamente sin oírnos en juicio, siendo romanos, y nos han arrojado en la cárcel. ¿Y ahora salen con soltarnos en secreto? No ha de ser así; sino que han de venir y soltarnos ellos mismos»[1].

Luego le hice una reverencia al juez, que se encogió de hombros y tomó un polvo de tabaco. Al salir del aposento me volví al *alcaide*, que estaba de pie en la puerta, y le dije:

—Sepa usted que no saldré de esta cárcel hasta que haya recibido plena satisfacción del atropello que sufro. Usted puede expulsarme, si quiere; pero cualquier intento que usted haga lo resistiré con todas mis fuerzas.

—Usía tiene razón—dijo en voz baja el alcaide, inclinándose.

Sir Jorge, al enterarse de esto, me escribió una carta alabando mi resolución de permanecer por el pronto en la cárcel, y rogándome que le dijese qué cosas podrían enviarme de la Embajada para aliviar un poco mi situación.

Voy a dejar por un momento mis asuntos personales, y contaré algunas cosas relativas a la cárcel de Madrid y a sus huéspedes.

La *Cárcel de la Corte*, donde yo estaba, aunque es la principal prisión de Madrid, no dice nada, ciertamente, en favor de la capital de España. No he tenido ocasión de averiguar si fué construída precisamente para el destino que hoy tiene[2]; lo probable es que no, porque la práctica de levantar edificios adecuados para encarcelar a los delincuentes no se ha extendido hasta estos últimos años. En todos los países ha sido costumbre convertir en prisiones los castillos, conventos y palacios abandonados, práctica todavía en vigor en la mayor parte del continente, sobre todo en

España e Italia, y a la cual se debe en buena parte la inseguridad de las prisiones, y la miseria, suciedad e insalubridad que generalmente reinan en ellas.

No me propongo describir detenidamente la cárcel de Madrid: verdad que sería casi imposible describir un edificio tan irregular y destartalado. Lo más característico son los dos patios, el uno detrás del otro, destinados al recreo y aireación de la masa principal de presos. Tres *calabozos* abovedados ocupan tres lados del patio, debajo justamente de las galerías de que antes hablé. Esos calabozos tienen capacidad para ciento o ciento cincuenta presos cada uno, y en ellos quedan encerrados por la noche con cerrojos y barras; pero durante el día pueden vagar por los patios a su antojo. El segundo patio era mucho más grande que el primero; pero sólo contenía dos calabozos, horriblemente inmundos y repugnantes; en este segundo patio se encierra a los ladrones de ínfima categoría. Uno de los calabozos es, si cabe, más horrible que el otro; le llaman la *gallinería*, y en él encerraban todas las noches la carne joven del presidio: chicuelos infelices de siete a quince años de edad, casi todos en la mayor desnudez. El lecho común de los huéspedes de estos calabozos era el suelo, sin que entre él y sus cuerpos se interpusiese nada, salvo a veces una *manta* o un delgado jergón; pero este último lujo era rarísimo.

Además de los *calabozos* que daban a los patios, había otros en diversos sitios de la cárcel; algunos completamente en tinieblas, destinados a recibir a quienes parecía conveniente tratar con especial rigor. Había también un departamento para mujeres. A la galería principal daban varios aposentos pequeños, donde residían los presos por deudas o por delitos políticos. Por último, había una pequeña capilla, donde los reos de muerte pasan los tres

últimos días de su existencia, en compañía de sus directores espirituales.

No se me olvidará fácilmente el primer domingo que pasé en la cárcel. El domingo es día de gala en la cárcel, al menos en la de Madrid, y en ese día santo toda la ladronería de la cárcel exhibe sus galas y primores. No hay en el mundo gente más vanidosa que los ladrones, en general, ni más amiga de figurar y de llamar la atención de los camaradas por su apariencia fastuosa. En tiempos pasados, el célebre Sheppard se recreaba vistiendo un traje de terciopelo de Génova, y cuando se presentaba en público, llevaba generalmente al costado una espada con guarnición de plata. Vaux y Hayward, héroes más modernos, eran los hombres mejor vestidos en el *pavé* de Londres. Muchos bandidos italianos se engalanan con esplendidez, y hasta los ladrones gitanos sienten los encantos del vestir ricamente; sólo el gorro de Haram Pasha, jefe de la partida de gitanos caníbales que infestó a Hungría a fines del siglo pasado, llevaba adornos de oro y joyas evaluados en cuatro mil guilders. ¡Vean los frívolos y vanidosos cuán bien se armonizan el crimen y la vanidad! Los ladrones españoles son tan amigos de este género de ostentación como sus hermanos de otras tierras, y tanto en la cárcel como fuera de ella, su mayor contento es lucir su profusión de ropa blanca, ya recostados al sol, ya paseándose gentilmente de aquí para allá.

Ropa blanca como la nieve: tal es el rasgo principal de la vanidad de los ladrones de España. No llevan chaqueta encima de la camisa, cuyas mangas son anchas y flotantes; sólo usan un chaleco de seda verde o azul, con muchos botones de plata, que son más de adorno que de uso, pues rara vez los abrochan. Llevan, además, calzones anchos, un poco a la manera turca; rodeada a la cintura una *faja* carmesí, y anudado en torno de la cabeza un

pañuelo de vivos colores, de los telares de Barcelona; zapatos finos y medias de seda completan el arreo del ladrón. Este vestido es bastante pintoresco, y muy apropiado al tiempo soleado y brillante de la Península; pero hay en él una chispa de afeminamiento, que cuadra mal con el arriesgado oficio de ladrón. No se crea, sin embargo, que cualquier ladrón puede permitirse semejante lujo: hay varias categorías de ladrones, algunos bastante pobres, que apenas tienen un harapo para cubrirse. Quizás en la cárcel de Madrid, tan poblada, no hubiera más de veinte que aparecieran vestidos en la forma que he tratado de describir; eran *gente de reputación*, ladrones encumbrados, casi todos jóvenes, que si bien no tenían dinero propio, los sostenían en la posición sus *majas* y *amigas*, mujeres de cierta clase que traban amistad con los ladrones y cuya mayor gloria y deleite consiste en satisfacer la vanidad de sus amigos con los gajes de su propia vergüenza y envilecimiento. Estas mujeres proveen a sus *cortejos* de ropa nívea, lavada quizás por sus propias manos en las aguas del Manzanares, para la parada del domingo, momento en que ellas, vestidas *a la maja*, aparecen en las galerías altas y miran con ojos de admiración a los ladrones pavoneándose en el patio.

Entre esta gente de la ropa nívea, dos tipos llamaron especialmente mi atención: eran padre e hijo. El primero, de unos treinta años, de atlética estatura, era ladrón nocturno, famoso por su habilidad en el oficio. Hallábase preso por una muerte atroz, perpetrada, a favor de una noche silenciosa, en una casa de Carabanchel, donde tuvo por único cómplice a su hijo, un niño de menos de siete años de edad. «La manzana—como dice Dauer—no ha caído lejos del árbol.» El retoño era en un todo un traslado de su padre, aunque en miniatura. Llevaba también las mangas de seda, el

chaleco con botones de plata y el pañuelo rodeado a la cabeza, como los ladrones, y, cosa bastante ridícula, un enorme cuchillo manchego en la *faja* carmesí. Con toda evidencia, era el orgullo del rufián de su padre, que atendía con todos los cuidados imaginables a aquella cría de la horca; le columpiaba en sus rodillas, y a veces se quitaba el cigarro de sus labios bigotudos para ponérselo en la boca al pequeñuelo. El chico era el favorito del patio, porque su padre era uno de los *valientes* de la cárcel, y los que temían sus proezas y deseaban serle agradables estaban siempre mimando a su hijo. ¡Qué enigma es este mundo! ¡Qué obscuras y misteriosas las fuentes de lo que llaman crimen y virtud! Si aquel desventurado niño es, con el tiempo, un asesino como su padre, ¿podría culpársele por ello? Arrullado por ladrones, ya vestido de ladrón, hijo de un ladrón cuya historia fué quizás igual a ésta, ¿es justo...?

¡Oh hombre! ¡Hombre! No intentes penetrar en el misterio del bien y del mal morales; reconoce que eres un gusano, arrójate al suelo y murmura con los labios pegados al polvo: ¡Jesús! ¡Jesús!

Lo que más me sorprendió fué el buen comportamiento de los presos; lo llamo bueno después de considerar bien todas las cosas y de compararlo con el de la generalidad de los presos en otros países. Tienen en ocasiones sus estallidos de alegría salvaje, sus riñas, que habitualmente ventilan en el segundo patio cuchillo en mano; el resultado suele ser con frecuencia una muerte, o algún desgarrón espantoso en la cara o en el abdomen; pero, en general, su conducta era infinitamente superior a lo que podía esperarse de los huéspedes de tal lugar. Sin embargo, no era el resultado de la coacción, ni de vigilancia alguna especial que se ejerciese sobre ellos, pues quizás en ninguna parte del mundo están los presos tan abandonados a sí mismos y

en tan extremado descuido como en España: las autoridades no se preocupan más que de impedir su fuga; no prestan la más mínima atención a su conducta moral, ni consagran un solo pensamiento a su salud, comodidad o mejoramiento mental mientras los tienen encerrados. Con todo, en esta cárcel de Madrid, y puede decirse que en las prisiones españolas en general, pues he sido huésped de más de una, los oídos del visitante no se sienten nunca lastimados con las horrendas blasfemias y obscenidades que se oyen en las cárceles de otros países, especialmente en las de la civilizada Francia; ni ofendidos sus ojos e insultado personalmente, como lo sería de seguro en Bicêtre al querer mirar al patio desde las galerías, y eso que en la cárcel de Madrid se hallaban tipos de lo más perdido de España, rufianes que tenían a su cargo atrocidades y crueldades espeluznantes. Pero la gravedad y la calma son los caracteres que predominan en los españoles; y hasta el ladrón, salvo en los instantes en que está entregado a sus faenas (y entonces no le hay más sanguinario, más despiadado ni más rapaz y ansioso de botín), puede ser hombre cortés y afable, que gusta de conducirse con templanza y decoro.

Felizmente para mí, quizás, mi conocimiento con los rufianes de España comenzó y acabó en las ciudades por donde anduve y en las prisiones en que fuí arrojado por la causa del Evangelio, y, a pesar de mis frecuentes viajes, nunca me los encontré en los caminos ni en *despoblado*.

El preso de peor genio en toda la cárcel, y también probablemente el más notable, era un francés como de sesenta años, de estatura regular, pero delgado, como casi todos sus compatriotas. La hechura del cráneo delataba, para un frenólogo, la vileza del sujeto; sus facciones tenían muy dañada expresión. No llevaba sombrero, y sus vestidos, aunque parecían casi

nuevos, eran de lo más ordinario. Por lo general manteníase apartado de los demás, y se pasaba horas enteras de pie recostado en las paredes, con los brazos caídos, mirando con ojos de mal humor a cuantos pasaban por delante. No figuraba entre los *valientes* de profesión de la cárcel: su edad no le permitía ya asumir tan eminente calidad; pero todos los demás presos parecían tratarle con cierto temor: quizás temían su lengua, pues, en ocasiones, empleábala en verter maldiciones horrendas sobre los que incurrían en su desagrado. Hablaba a la perfección en buen español y, con gran sorpresa mía, en excelente vascuence, y en esta lengua conversaba con Francisco, quien, asomándose a la ventana de mi cuarto, bromeaba con los presos del patio, que le tenían en gran aprecio.

Un día, estando en el *patio*, donde por permiso del *alcaide* podía entrar cuando quería, me acerqué al francés, que estaba, como de costumbre, recostado en la pared, y le ofrecí un cigarro. Yo no fumo, pero no debe uno mezclarse con las clases bajas de España sin llevar un cigarro que ofrecer llegado el caso. El hombre me miró con ferocidad un instante, y, al parecer, iba a rechazar mi obsequio con una horrible maldición quizás. Repetí el ofrecimiento, sin embargo, llevándome la mano al corazón, y en el acto sus torvas facciones se dilataron, y con un gesto genuinamente francés, y una profunda cortesía, aceptó el cigarro, exclamando:

—*Ah, monsieur, pardon, mais c'est faire trop d'honneur à un pauvre diable comme moi.*

—Nada de eso—repliqué—. Los dos estamos presos en tierra extranjera y, por tanto, debemos protegernos mutuamente. Supongo que siempre que necesite su ayuda de usted en la cárcel podré contar con ella.

—*Ah, monsieur*—exclamó el francés transportado—, *vous avez bien*

raison; il faut que les étrangers se donnent la main dans ce... pays de barbares. *Tenez*—añadió en voz baja—si tiene usted algún plan para escaparse, y necesita de mí, cuente con un brazo y un cuchillo a su servicio; puede usted fiarse de mí: no espere tanto de ninguna de esas *sacrées gens d'ici*—. Al decir esto echó una rabiosa mirada sobre sus compañeros de cárcel.

—No me parece usted muy amigo de España ni de los españoles—dije yo—. Deduzco que han cometido con usted alguna injusticia. ¿Por qué está usted en la cárcel?

—*Pour rien du tout, c'est à dire pour une bagatelle*; pero ¿qué puede esperarse de estos animales? ¿No le han encarcelado a usted, según he oído, por brujería y gitanismo?

—¿Quizás le han traído aquí por sus opiniones?

—*Ah mon Dieu, non; je ne suis pas homme à semblable betise.* Yo no tengo opiniones. *Je faisois... mais ce n'importe; je me trouve ici, où je crève de faim.*

—Siento ver a un buen hombre en situación tan calamitosa—dije yo—. ¿No tiene usted para vivir algo más que la ración de la cárcel? ¿No tiene usted amigos?

—¿Amigos en este país? Se burla usted de mí. ¡Aquí no encuentra uno amigos, a menos que los compre! ¡Reviento de hambre! Desde que entré aquí he ido vendiendo mi ropa, hasta quedarme desnudo, para comer, porque la ración de la cárcel no basta para el sustento, y aún nos roba la mitad el *Batu*, como llaman al bárbaro del gobernador. Les *haillons* que ahora me cubren me los han dado unas señoras devotas que algunas veces nos visitan. Los vendería si valiesen algo. No tengo un *sou*, y por falta de

unos cuantos duros me ahorcarán dentro de un mes si no logro escaparme, aunque, como ya le dije antes, no he hecho nada: una simple bagatela; pero en España no hay peores crímenes que la pobreza y la miseria.

—Le he oído a usted hablar en vascuence. ¿Es usted de la Vizcaya francesa?

—Soy de Bordeaux, *monsieur*; pero he vivido mucho tiempo en las Landas y en Vizcaya, *travaillant à mon metier*. Leo en sus ojos que desea usted conocer mi historia; no se la cuento; no contiene nada de particular. Vea usted, ya me he fumado el cigarro; deme usted otro, y un duro de añadidura, si me hace el favor, *nous sommes crevés ici de faim*. A un español no le diría tanto; pero sus compatriotas de usted me inspiran respeto; los conozco bien; he tropezado con ellos en Maida y en el otro sitio[3].

¡Nada de particular en su historia! Mucho me engaño, o un solo capítulo de su vida, de haberse escrito, hubiera contenido más peripecias maravillosas que cincuenta volúmenes de aventuras por tierra y mar de las que más arriesgadas parezcan. Había sido soldado. ¡Qué de cosas no podría contar aquel hombre de marchas y retiradas, de batallas perdidas y ganadas, de ciudades saqueadas, conventos allanados! Quizás había visto las llamas de Moscou subir hasta las nubes, y «había medido sus fuerzas con las de la Naturaleza en el desierto invernal», asaltado por las borrascas de nieve y mordido por el tremendo frío de Rusia. ¿Y qué podía significar con lo de ejercer su oficio en Vizcaya y en las Landas, sino que había sido ladrón en esas regiones agrestes, la segunda de las cuales es, por los robos y crímenes que en ella se cometen, la peor reputada de todo el territorio francés? ¿Nada de particular en su historia? Entonces, ¿qué historia tendrá algo que valga la pena de ser contado?

Di al preso el cigarro y el duro. Se los guardó, y dejando caer nuevamente los brazos, y recostándose en la pared, pareció hundirse poco a poco en uno de sus ensimismamientos. Le miré a la cara y le hablé; pero no pareció oírme ni verme. Su espíritu erraba quizás en el pavoroso valle de la sombra, hasta el que se abren camino a veces, durante su vida, los hijos de la tierra; pavoroso lugar donde no hay agua, ni mora la esperanza, ni vive más que el gusano imperecedero del remordimiento. Ese valle es un facsímil del infierno, y quien penetra en él sufre aquí en la tierra temporalmente lo que las almas de los condenados han de sufrir a través de las edades sin fin.

El francés fué ahorcado un mes más tarde. La bagatela por que estaba preso eran varios robos y asesinatos cometidos mediante una singular estratagema. De concierto con otros dos, alquiló una vasta casa en un barrio poco frecuentado, y a ella mandaba que le enviasen géneros de valor que compraba en los comercios para pagarlos en el momento de la entrega, y los que iban a entregar pagaban su credulidad con la pérdida del género y de la vida. Dos o tres cayeron en el lazo. Tuve vivos deseos de hablar privadamente con aquel hombre tan arrojado, y, por tanto, rogué al *alcaide* que le permitiera comer conmigo en mi cuarto; a esto, el gobernador, a quien me tomaré la libertad de llamar monsieur Bassompierre, por habérseme olvidado su verdadero nombre, se quitó el sombrero, y con sus habituales sonrisa y reverencias me replicó en el más puro castellano:

—Caballero inglés, y creo que puedo añadir, amigo mío: perdóneme usted, pero me es del todo imposible acceder a su petición, fundada, no lo dudo, en los más admirables sentimientos de filosofía. A otro cualquiera de estos caballeros que están bajo mi custodia se le permitirá, cuando usted

lo desee, acompañarle en su cuarto. Incluso llegaré a mandar que le quiten los grillos al que haya de ir con usted, si tuviese grillos puestos, a fin de que pueda participar en la comida de usted con la comodidad y holgura convenientes; pero con el caballero de que se trata no puedo consentirlo: es el peor de toda esta familia, y seguramente en la habitación de usted o en la galería armaría una *función* para intentar fugarse. Caballero, *me pesa*; pero no puedo acceder a lo que pide. Si se tratase de otro caballero cualquiera, lo haría con mucho gusto; el mismo Balseiro, a pesar de lo que de él se cuenta, sabe conducirse como es debido; en su modo de proceder hay siempre algo de formalidad y cortesía; si usted quiere, caballero, irá a disfrutar de su hospitalidad.

Ya he hablado de Balseiro en la primera parte de esta narración. Hallábase ahora encerrado en el piso más alto de la cárcel, en un calabozo muy seguro, con otros malhechores. Había sido condenado, en unión de un Pepe Candelas, ladrón de no corta fama, por un audacísimo robo cometido, en pleno día, nada menos que en la persona de la modista de la reina, una francesa, a quien ataron en una tienda, robándole dinero y géneros por valor de cinco a seis mil duros. Candelas había ya expiado su crimen en el patíbulo; pero Balseiro, que era, en opinión común, el peor de los dos bandidos, había logrado salvar la vida a fuerza de dinero, un aliado con que su compañero no contaba; le conmutaron la pena de muerte, a que fué sentenciado, por la de veinte años de cadena en el *presidio* de Málaga. Visité al héroe y conversé con él un rato a través de la reja del calabozo. Me reconoció y me hizo recordar la victoria que obtuve sobre él en la disputa acerca de nuestros respectivos conocimientos en *gitano* cerrado, en el que Sevilla, el torero, no tenía par.

Al decirle que sentía verle en tal situación, me replicó que el asunto no tenía importancia, porque dentro de seis semanas le llevarían al *presidio*, y una vez allí, con ayuda de unas onzas bien distribuídas entre sus guardianes, se escaparía cuando quisiera.

—Pero ¿adónde vas a ir?—le pregunté.

—¿No puedo irme a tierra de moros—replicó Balseiro—, o con los ingleses al campo de Gibraltar, o, si lo prefiero, no puedo volver a este *foro* y vivir como hasta aquí, *choring* a los *gachós*? ¿Qué me cuesta esconderme? Madrid es grande, y Balseiro tiene muchos amigos, especialmente entre los *lumias*—añadió con una sonrisa.

Le hablé de su malhadado cómplice Candelas, y su rostro tomó una expresión horrible.

—Supongo que estará en los infiernos—exclamó el ladrón.

La amistad del inicuo nunca es de larga duración. Los dos héroes regañaron, a lo que parece, en la cárcel, acusándole Candelas al otro de haber procedido con mala fe y haberse apropiado indebidamente, para su disfrute personal, el *corpus delicti* en varios robos cometidos en compañía.

No puedo resistir al deseo de contar las aventuras ulteriores de Balseiro.

Poco después de mi salida de la cárcel, Balseiro, con poca paciencia para esperar a que el *presidio* le ofreciese la ocasión de recobrar la libertad, agujereó el techo de la cárcel, y en compañía de otros penados se fugó. Volvió al instante a sus primeros hábitos, cometiendo muchos robos atrevidos dentro de Madrid y en los alrededores. Voy a referir el último, al que puedo llamar su crimen maestro, singular ejemplo de maldad. Los robos callejeros y el escalo no le satisfacían, y resolvió dar un gran golpe con el que esperaba ganar dinero suficiente para irse a vivir con lujo y esplendor

a cualquier país extranjero.

Había cierto intendente de la Casa Real, llamado Gabiria, vasco de nacimiento y dueño de inmensas riquezas, que tenía dos hijos, dos guapos chicos de doce a catorce años de edad, a quienes yo había visto a menudo y hasta hablado con ellos en mis correrías por la orilla del Manzanares, su paseo favorito. Los dos muchachos estaban educándose, en aquel tiempo, en cierto colegio de Madrid. Balseiro, conocedor del cariño que su padre les tenía, determinó servirse de él en provecho de su rapacidad. Trazó un plan, que consistía ni más ni menos que en secuestrar a los chicos y no devolverlos sino mediante un rescate enorme. El plan fué ejecutado en parte: dos cómplices de Balseiro, bien vestidos, llamaron a la puerta del colegio donde estaban los chicos, y valiéndose de una carta falsificada, que dieron como escrita por el padre, arrancaron al director del colegio el permiso para llevarse a los chicos a pasar un día de campo. A unas cinco leguas de Madrid, Balseiro tenía una cueva, en un lugar solitario y agreste, entre El Escorial y un pueblo llamado Torrelodones; allí llevaron a los muchachos, donde quedaron bajo la custodia de los dos cómplices; Balseiro permaneció en Madrid con objeto de entrar en negociaciones con el padre. Pero éste, hombre de notable resolución, en lugar de acceder a las peticiones del bandido formuladas por carta, adoptó sin perder tiempo medidas muy enérgicas para recobrar sus hijos.

Envióse gente a pie y a caballo a recorrer la comarca, y antes de una semana descubrieron a los muchachos cerca de la cueva, abandonados por sus guardianes, que cogieron miedo al enterarse de la resolución con que los buscaban; no tardaron en detenerlos, sin embargo, y los muchachos reconocieron a sus secuestradores.

Balseiro comprendió que Madrid se ponía inhabitable para él, y quiso escaparse, no sé si a la tierra del moro o al Campo de Gibraltar; pero reconocido en un pueblo cercano a Madrid, fué preso, y sin tardanza llevado a la capital, donde a poco perdió la vida en el patíbulo con sus dos cómplices; Gabiria y sus hijos presenciaron la horrible escena a sus anchas, subidos en un carruaje.

Tal fin tuvo Balseiro, de quien no hubiera hablado tanto a no ser por lo del *gitano* cerrado. ¡Pobre desventurado! Conquistó el género de inmortalidad a que aspiran tantos ladrones españoles, mientras lucen su nívea ropa blanca pavoneándose en el *patio*. El rapto de los hijos de Gabiria le convirtió de golpe en ídolo de toda la cofradía. Un ladrón famoso, con quien más adelante estuve yo encarcelado en Sevilla, pronunció su elogio en esta forma:

—Balseiro era un hombre muy cabal y muy buena persona. Hacía cabeza de nuestro gremio, *Don Jorge*; ya no volveremos a verle. ¡Lástima que no pudiera sacar el *parné* y escaparse a tierra de moros, *Don Jorge*!

* * *

Notas

1. Hechos de los Apóstoles, XVI, 37.

2. El edificio llamado *Cárcel de Corte*, en la Plaza de Provincia, construído para prisión en 1644, comprendía lo que es hoy el ministerio de Estado, más un anejo a su espalda, que llegaba hasta la calle de la Concepción Jerónima.

3. Quizás Waterlóo. (Nota de Borrow.)

Capítulo XLI

María Díaz. — Reproches del clero. — Visita de Antonio. — Antonio en funciones. — Una escena. — Benedicto Mol. — Su peregrinación por España. — Los cuatro Evangelios.

—Sepamos—dije a María Díaz tres mañanas después de mi encarcelamiento—. ¿Qué dice en Madrid la gente a propósito de este suceso?

—No sé lo que la gente, en general, dirá; probablemente no le importará esto gran cosa. La verdad, son ya cosa tan corriente las prisiones, que el público parece que las mira con indiferencia; pero los curas andan muy revueltos, y confiesan la imprudencia que han cometido al hacer que su amigo el *corregidor* le prenda a usted.

—¿Cómo es eso? ¿Temen que castiguen a su amigo?

—No tal, *señor*—replicó María—Eso les importaría poco, aunque el corregidor se la haya buscado buena por servirlos; esa gente no tiene afectos, y no se les daría un ardite que colgasen a todos sus amigos, quedando ellos en salvo. Pero dicen que han procedido de ligero al meterle a usted en la cárcel, porque al hacer eso le han dado a usted ocasión de poner en práctica un plan antiguo. «Ese individuo es un *bribón*—dicen—.

Se ha hecho amigo de los presos, y le han enseñado su lengua, que ya hablaba casi tan bien como si hubiera nacido en la cárcel. En cuanto le pongan en libertad publicará un Evangelio para que lo lean los ladrones, y será mucho más peligroso que el Evangelio en gitano, porque los gitanos son pocos, pero los ladrones...! ¡Ay de nosotros! ¡Todos vamos a ser luteranizados! ¡Qué infamia, qué picardía! Todo esto ha sido una treta suya. Siempre ha tenido ganas de ir a la cárcel *el bribonazo*; en mal hora le hemos metido en ella. España no estará segura hasta que le ahorquen; hay que mandarle al quinto infierno, y allí tendrá tiempo de traducir sus fatales Evangelios al lenguaje de los demonios.»

—No le he dicho al *alcaide* arriba de tres palabras acerca de la jerga de las cárceles.

—¿Tres palabras? *Don Jorge*, ¿qué no se puede hacer con esas tres palabras? De poco le ha servido a usted vivir entre nosotros si cree que necesitamos más de tres palabras para armar un embrollo. Esas tres palabras acerca del lenguaje de los ladrones bastan para que por todo Madrid se diga que anda entremezclado con ellos, que ha aprendido su lenguaje y ha escrito un libro que va a trastornar a España, a abrir a los ingleses las puertas de Cádiz, entregar a Mendizábal toda la plata y las joyas de las iglesias, y a Don Martín Lutero, el palacio arzobispal de Toledo.

Al caer la tarde de un día bastante melancólico, y hallándome sentado en el aposento que el *alcaide* me había destinado, oí un golpe en la puerta. «¿Quién es?», pregunté. «*C'est moi, mon maître*», gritó una voz muy conocida, y al instante entró Antonio Buchini, vestido como la vez primera que le presenté al lector, es decir, con un excelente sobretodo francés, ya un poco ajado, chaqueta y pantalones, y en una mano, un sombrero

pequeñito, y en la otra, un bastón largo y delgado.

—*Bon jour, mon maître*—dijo el griego. Echando una mirada en torno, continuó:—Me alegro de verle a usted bien instalado. Si no recuerdo mal, *mon maître*, en sitios peores que éste hemos dormido durante nuestros viajes por Galicia y Castilla.

—Tiene usted mucha razón, Antonio—repliqué—. Aquí estoy muy cómodamente. Le agradezco la bondad de haber venido a visitar a su antiguo amo, sobre todo ahora, que está pasando trabajos. Supongo que por venir aquí, no irá usted a enojar a su dueño actual; ya debe de estar cerca la hora de comer. ¿Cómo ha abandonado usted la cocina?

—¿A qué amo se refiere usted, *mon maître*?—preguntó Antonio.

—¡De quién voy a hablar! Del Conde... por cuyo servicio me dejó usted, tentado del ofrecimiento de cuatro duros al mes sobre los que yo le daba.

—Su merced me hace recordar un asunto que ya tenía olvidado por completo. Al presente no tengo otro amo que usted, *monsieur Georges*, porque siempre le considero a usted como tal, aunque no goce de la felicidad de acompañarle.

—¿Entonces se marchó usted de casa del Conde a los tres días de entrar, según costumbre?

—A las tres horas, *mon maître*—repuso Antonio—. Pero yo le diré a usted en qué circunstancias. A poco de separarme de usted, fuí a casa de *monsieur le Comte*; entré en la cocina y miré en torno. No puedo decir que me descontentase lo que vi: la cocina era cómoda y espaciosa, todo estaba limpio y en orden; los criados parecían amables y corteses; sin embargo, no sé cómo fué, pero se apoderó de mí la idea de que la casa no me convenía

en modo alguno y que no estaría en ella mucho tiempo; colgué de un clavo la mochila, y, sentándome en la mesa de la cocina, empecé a cantar una canción griega, como hago siempre que estoy disgustado. Rodeáronme los criados, haciéndome preguntas; pero yo no les contesté, y continué cantando hasta que se acercó la hora de preparar la comida; entonces salté al suelo de pronto y los eché de la cocina a todos, diciéndoles que nada tenían que hacer allí en tal ocasión. Al momento entré en funciones. Hice un esfuerzo, *mon maître*, y me puse a preparar una comida que me hubiese hecho honor; había convidados aquel día y determiné, por tanto, demostrar a mi amo que la capacidad de su cocinero griego era insuperable. *Eh bien, mon maître*, todo marchaba bastante bien, y casi me encontraba ya a gusto en mi nuevo empleo, cuando se precipitó en la cocina *le fils de la maison*, mi señorito, un chiquillo de unos trece años, bastante feo. Llevaba en la mano una rebanada de pan, y, después de un breve reconocimiento, la sepultó en una cacerola donde se guisaban unas perdices. Ya sabe usted, *mon maître*, que soy muy delicado en ciertas cuestiones, porque no soy español, sino griego, y tengo principios de honor. Sin vacilar un momento, cogí a mi señorito por los hombros, y empujándole hacia la puerta, le despedí como merecía. Con gritos clamorosos subió corriendo al piso alto. Yo continué en mi trabajo, pero no habían pasado tres minutos cuando oí un pavoroso estrépito en lo alto de la escalera, *on faisoit un horrible tintamarre*, y de vez en cuando oía juramentos y maldiciones. Al instante la puerta se abrió con violencia, y en impetuosa carrera echaron escaleras abajo el Conde, mi señor, su mujer, mi señorito, seguidos de una regular bandada de mujeres y de *filles de chambre*. A todos los llevaba gran delantera el Conde, mi señor, con una espada desnuda en la mano y

gritando: «¿Dónde está el malvado que ha deshonrado a mi hijo? ¿Dónde está, que lo mato ahora mismo?» Yo no sé cómo ocurrió, *mon maître*, pero, cabalmente, en aquel momento volqué una gran fuente de *garbanzos* destinados a la *puchera* del día siguiente. Estaban crudos, y tan duros como piedras; los derramé por el suelo, y la mayor parte de ellos fué a parar junto a la entrada. *Eh bien, mon maître*, un instante después entró el Conde de un brinco, echando chispas por los ojos, y con una espada en la mano, como ya he dicho. «*Tenez, gueux enragé*», me gritó, tirándome una furiosa estocada; pero no había acabado de decir esas palabras, cuando resbaló, y cayó hacia adelante todo lo largo que era, y la espada se le escapó de la mano *comme une flèche*. ¡Si hubiese usted oído el alboroto que se armó! Hubo una confusión terrible: el Conde yacía en el suelo, al parecer, aturdido por el golpe. Yo no hice caso, y continué trabajando con afán. Al fin le levantaron, y con sus cuidados recobró el sentido; estaba muy pálido y agitado. Pidió la espada; todas las miradas se clavaron en mí, y adiviné que se preparaba un ataque general. De súbito, retiré del fuego una gran *casserole*, donde se freían unos huevos, y la mantuve a la distancia que permitía la longitud del brazo, examinándola con afectada atención, mientras avanzaba el pie derecho y echaba atrás el izquierdo cuanto podía. Todos se estuvieron quietos, figurándose que iba a hacer una operación importante, y así fué, en efecto, porque adelanté de pronto la pierna izquierda, y con un rápido *coup de pied*, lancé la *casserole* y su contenido por encima de mi cabeza con tal fuerza, que fueron volando a estamparse en una pared bastante detrás de mí. Esto lo hice para significar que el trato quedaba roto y que sacudía el polvo de mis zapatos; arrojé sobre el Conde la mirada peculiar de los cocineros scirotas cuando se sienten insultados, y,

dilatando mi boca por ambos lados hasta cerca de las orejas, descolgué la mochila y me fuí, cantando al marcharme la canción del antiguo Demos, quien, moribundo, pedía la comida y agua para lavarse las manos:

Ὁ ἥλιος ἐβασίλευε, κι' ὁ Δῆμος διατάζει.
Σύρτε, παιδιά μου, 'σ τὸ νερὸν ψωμὶ νὰ φάτ' ἀπόψε.

De esta manera, *mon maître*, salí de casa del Conde.

Yo.—¡Excelente manera de portarse! Por confesión propia, veo que su conducta no ha podido ser peor. Si no fuera por las muchas pruebas de valor y fidelidad que me dió usted estando a mi servicio, desde este momento no volveríamos a vernos más.

Antonio.—*Mais qu'est ce que vous voudriez, mon maître?* ¿No soy griego, y hombre de honor y muy susceptible? ¿Quiere usted que los cocineros de Scira y de Stambul se sometan en España a que los insulten los hijos de los condes, precipitándose en el templo con rebanadas de pan? *Non, non, mon maître*, usted es demasiado noble y, sobre todo, demasiado justo para pedir eso. Pero hablemos de otra cosa. *Mon maître*, no he venido solo: en el corredor espera una persona que ansía verle a usted.

Yo.—¿Quién es?

Antonio.—Uno a quien ya se ha encontrado usted, *mon maître*, en sitios muy extraños y diversos.

Yo.—Pero ¿de quién se trata?

Antonio.—De uno a quien le aguarda un fin desusado, «porque así está escrito». El suizo más extraordinario que hay, el de Santiago: *der Schatz Gräber*.

Yo.—¿Benedicto Mol?

—*Yaw, mein lieber Herr*—dijo Benedicto, abriendo del todo la puerta, que estaba entornada—. Soy yo. Me he encontrado en la calle a *Herr Anton*, y al oír que estaba usted aquí, he venido a visitarle.

Yo.—Pero ¿qué rareza es ésta, y cómo es que le veo a usted otra vez en Madrid? Yo creía que ya estaba usted en su país.

Benedicto.—No tema, *lieber Herr*; allá he de volver a su debido tiempo, pero no a pie, sino en coche de mulas. El *Schatz* se está todavía en su escondite, esperando que lo desentierren; ahora tengo mejores esperanzas que nunca; muchos amigos, mucho dinero. ¿Ha reparado usted cómo voy vestido, *lieber Herr*?

En efecto, llevaba ropas mucho mejores que nunca. La chaqueta y los pantalones, de crudillo, eran casi nuevos. Tocábase aún con un sombrero andaluz, de forma cónica, pero no viejo ni raído, sino nuevo y lustroso, y de inmensa altura. En lugar del tosco palo que llevaba en Santiago y en Oviedo, traía ahora una recia caña de bambú, rematada por una disforme cabeza de oso o de león, prolijamente tallada en peltre.

—Parece usted un buscador de tesoros al volver de una expedición fructífera—exclamé.

—Más bien parece—interrumpió Antonio—uno que ha dejado de trabajar por cuenta propia y busca tesoros a costa ajena.

Pregunté detalladamente al suizo por sus aventuras desde que le vi por última vez en Oviedo, donde le dejé para continuar mi viaje a Santander. De sus respuestas colegí que me había seguido hasta este último punto, pero invirtiendo mucho tiempo en el camino, debilitado por el hambre y las privaciones. En Santander me perdió el rastro. Ya se le había agotado el pequeño socorro que yo le dí. Pensó entonces irse a Francia, pero no se

atrevió a aventurarse en las provincias Vascongadas, donde ardía la guerra, para no caer en manos de los carlistas, que hubieran podido fusilarle por espía. Como nadie le socorría en Santander, se fué pidiendo limosna por los caminos, hasta que se encontró en Aragón, no podía decir exactamente dónde. «Mis calamidades eran tantas—dijo Benedicto—que estuve a punto de perder el juicio. ¡Oh, qué horror, vagar por los agrestes montes y las vastas planicies de España, sin dinero y sin esperanza! Algunas veces, encontrándome entre peñas y *barrancos*, quizás sin haber probado alimento desde la salida hasta la puesta del sol, me enfurecía. Entonces levantaba el palo hacia el cielo, y, blandiéndolo, gritaba: *Lieber Herr Gott, ach lieber Herr Gott*, ahora más que nunca necesito tu ayuda; si tardas en socorrerme estoy perdido; ¡ayúdame ahora, ahora! Y una vez, cuando deliraba de ese modo, me pareció oír una voz—más, estoy seguro de haberla oído—que sonaba en la cavidad de una peña, muy clara y muy fuerte, gritando: «*Der Schatz, der Schatz*, no hay que desenterrarlo todavía; a Madrid, a Madrid. El camino del *Schatz* pasa por Madrid.» De nuevo la idea del *Schatz* se apoderó de mi ánimo; reflexioné en lo feliz que sería si pudiese desenterrarlo. ¡No más mendigar, no más errar por hórridas montañas y desiertos! Blandí el palo, y noté, con sorpresa, que mi cuerpo y mis miembros se reanimaban con nuevas energías; anduve a buen paso, y no tardé en salir al camino real; mendigué, y proseguí como mejor pude hasta llegar a Madrid.

—¿Y qué le ha sucedido después de llegar a Madrid?—pregunté—. ¿Ha encontrado usted el tesoro en las calles?

De pronto, Benedicto se volvió reservado y taciturno, cosa que me sorprendió en extremo, porque hasta entonces se había mostrado siempre

muy comunicativo en lo tocante a sus cuentas y proyectos. Por lo que pude sacar de sus medias palabras e insinuaciones, parecía que al llegar a Madrid cayó en manos de ciertas personas que le trataron con bondad, proveyéndole de dinero y ropa; no por puro desinterés, sino con los ojos puestos en el tesoro. «Esperan mucho de mí—dijo el suizo—. Después de todo, acaso hubiera sido más ventajoso sacar el tesoro sin su ayuda, con tal que hubiese sido posible.» No sabía o no quiso decirme quiénes eran sus nuevos amigos, salvo que tenían muchísima influencia. Dijo algo acerca de la Reina Cristina, y de un juramento que había prestado ante un obispo, sobre un crucifijo y los cuatro *Evangelien*. Pensé que había perdido la cabeza, y dejé de preguntarle. En el momento de marcharse, me dijo: «*Lieber Herr*, dispénseme usted si no le he hablado con entera franqueza, debiéndole tanto como le debo, pero no me atrevo; ahora no me pertenezco. Además, siempre es de mal agüero hablar una palabra acerca de un tesoro antes de tenerlo en nuestro poder. Una vez, en mi país hubo un hombre que cavó en el suelo hasta descubrir un caldero de cobre que contenía un *Schatz*. Al cogerlo por el asa, no hizo más que exclamar, en su entusiasmo: "¡Ya lo tengo!", y eso bastó: desprendióse la caldera y se hundió, quedándose el hombre con el asa en la mano: eso fué cuanto ganó con tantos trabajos. Adiós, *lieber Herr*; dentro de poco me mandarán a Santiago para desenterrar el *Schatz*, pero vendré a verle a usted antes de marcharme. ¡Adiós!»

* * *

Capítulo XLII

Salida de la cárcel. — Las excusas. — El corazón humano. — La vuelta del griego. — La Iglesia romana. — La luz de la Escritura. — El arzobispo de Toledo. — Una entrevista. — Piedras preciosas. — Una resolución. — El lenguaje extranjero. — Despedida de Benedicto. — La caza del tesoro en Compostela. — Realidad y ficción.

Unas tres semanas estuve en la cárcel de Madrid, y, al cabo de ese tiempo la dejé. Si yo hubiese sido orgulloso, o abrigado algún rencor contra el partido que me encarceló, el modo como me devolvían la libertad hubiera halagado grandemente esas malas pasiones. El Gobierno, en un documento transmitido a sir Jorge, reconoció que me habían detenido sin razón bastante, y que ninguna tacha quedaba sobre mí de resultas de la prisión; se encargaba al propio tiempo de pagar todos los gastos que la tramitación del asunto me originó.

Además, se mostró dispuesto a dejar cesante al individuo por cuyos informes me detuvieron, es decir, el *corchete* que me visitó en mi hospedaje de la calle de Santiago y se comportó del modo descrito en uno de los anteriores capítulos. Rehusé, empero, aprovecharme de la condescendencia del Gobierno, más que nada porque me dijeron que el

individuo de marras tenía mujer e hijos, y si le dejaban cesante, se quedarían en la miseria. Consideré, además, que en cuanto hizo y dijo se limitó probablemente a obedecer órdenes secretas; le perdoné, pues, sin reservas, y si en el momento presente no conserva su plaza, la culpa, ciertamente, no es mía.

También rehusé aceptar indemnización por mis gastos, que fueron de importancia. Es probable que muchas personas en mi caso hubiesen procedido de muy diferente modo en este punto, y me guardo de afirmar que en ello anduviese yo del todo discreto o acertado. Pero me repugnaba recibir dinero de una gente como la que componía el Gobierno de España, gente a quien, lo confieso, despreciaba yo cordialmente, y no quería darle motivo para decir que el inglés a quien habían apresado injustamente y sin proceso, accedía a recibir dinero de sus manos. En una palabra, confieso mi debilidad: deseaba yo que continuasen siendo deudores míos, y estaba seguro de que no opondrían la más leve objeción a continuar siéndolo; se guardaron su dinero y probablemente se rieron para su capote de mi falta de sentido común.

La mayor pérdida que me ocasionó el encarcelamiento, y por la que no podía ofrecerse ni recibirse indemnización, fué la muerte de mi afectuoso y fiel Francisco, el vascongado, que por acompañarme durante todo el tiempo que duró mi prisión, cogió el tifus o fiebre carcelaria, que entonces hacía estragos en la cárcel de la Corte, y murió a los pocos días de mi liberación. Murió ya entrada la noche. A la mañana siguiente estaba yo en la cama reflexionando sobre esta pérdida, y me preguntaba de qué nación sería mi servidor futuro, cuando oí un ruido al parecer causado por una persona ocupada en limpiar vigorosamente zapatos o botas, y a intervalos

una voz extraña y discordante que cantaba trozos de una canción en una lengua desconocida; no sabiendo lo que aquello podría ser, toqué la campanilla.

—¿Ha llamado usted, *mon maître*?—dijo Antonio asomándose a la puerta con uno de los brazos profundamente sepultado en una bota.

—Sí, por cierto—contesté—; pero no me podía imaginar que fuese usted quien respondiera a la llamada.

—*Mais pourquoi non, mon maître?*—exclamó Antonio—. ¿Quién va a servirle a usted ahora sino yo? *N'est pas que le sieur François est mort?* En cuanto lo supe, me dije: voy a volver a mi puesto *chez mon maître*, monsieur Georges.

—Supongo que estará usted sin colocación, y por eso ha venido.

—*Au contraire, mon maître*—replicó el griego. Acababa de ajustarme en casa del duque de Frías, donde me daban al mes diez duros más que su merced; pero al saber que se había usted quedado sin criado, fuí sin pérdida de tiempo a decir al duque, aunque ya estaba muy entrada la noche, que no me convenía servirle; y aquí estoy.

—Pues de esa manera, no le admito—dije yo—. Vuelva a casa del duque, preséntele sus excusas por lo que ha hecho, y solicite su cese en debida forma; entonces, si su gracia desea prescindir de usted, caso bastante probable, le admitiré con mucho gusto a mi servicio.

Después de sufrir una prisión cuya injusticia reconocían mis propios enemigos, era razonable esperar de sus manos un trato más liberal que el que hasta allí me habían dispensado. Mi única ambición era por entonces conseguir tolerancia para la venta del Evangelio en aquel infortunado y perturbado reino; para lograr ese fin no sólo hubiera consentido en sufrir,

uno tras otro, veinte encarcelamientos como el pasado, sino que hubiera sacrificado gustoso la vida misma. Pronto advertí, sin embargo, que probablemente no iba a ganar nada con mi encarcelación; al contrario, desde que se concluyó el asunto, fuí objeto de la aversión personal del Gobierno, lo que tal vez no sucedía antes; las concesiones que se vieron obligados a hacer para evitar una ruptura con Inglaterra humillaron su orgullo y vanidad. Mostráronse dispuestos a saciar su aversión, contrariando mis planes todo lo posible. Tuve una entrevista con Ofalia acerca del asunto que embargaba mi ánimo; le encontré desabrido y áspero. «Lo que más le conviene a usted es permanecer tranquilo—me dijo—. ¡Cuidado! Ya ha puesto usted una vez toda la *corte* en confusión; cuidado, repito. Otra vez puede que no se escape usted tan fácilmente.»

—Quizás no—repliqué—y quizás ni lo deseo siquiera; es cosa agradable padecer por la causa del Evangelio. Ahora me tomaré la libertad de preguntar si, en el caso de ponerme a propagar la Palabra de Dios, me lo impedirán.

—Naturalmente—exclamó Ofalia—; la Iglesia lo prohibe.

—Pues, con todo, voy a intentarlo—exclamé.

—¿Sabe usted lo que dice?—preguntó Ofalia, arqueando las cejas y abriendo la boca.

—Sí, continué—; voy a hacer la prueba en todos los pueblos de España donde me sea posible entrar.

Durante mi permanencia en España, la oposición más recia que encontré fué la del clero; por instigación suya el Gobierno adoptaba las medidas convenientes para impedir la amplia difusión del libro sagrado por el país. No interrumpiré el curso de mi narración con reflexiones acerca de

la situación de una Iglesia que, si bien pretende fundarse en la Escritura, arrebataría la luz de la Escritura a toda la Humanidad, si pudiese. Pero Roma sabe perfectamente que no es una Iglesia cristiana, y como no tiene deseo de serlo, obra cuerdamente quitando a sus secuaces de delante de los ojos las páginas que podrían revelarles las verdades del Cristianismo. Sus agentes y validos en España esforzábanse cuanto podían por anular mis humildes trabajos y difamar la obra que yo andaba esparciendo. Todo el clero ignorante y fanático (la gran mayoría) era opuesto a ella, y cuantos ansiaban estar a bien con la corte de Roma vociferaban su oposición. Había, empero, una parte del clero, pequeña a la verdad, bien dispuesta en favor de la circulación del Evangelio, aunque en modo alguno inclinada a hacer el menor sacrificio individual por tal fin; éstos eran los que profesaban el liberalismo, que se supone implica una disposición a adoptar cuantas reformas, así en lo civil como en lo eclesiástico, parezcan conducentes al bien del país. No pocos clérigos españoles eran partidarios de ese principio, o al menos se declaraban tales; algunos, por conveniencia propia sin duda, con la esperanza de aprovechar el espíritu de los tiempos para su medro personal; otros, hay que esperarlo, por convicción, por puro amor a las ideas. Entre éstos se encontraban, por la época a que me refiero, varios obispos. Pero es digno de nota que ninguno de ellos debía su puesto al Papa, que los desautorizaba, sino a la Reina Gobernadora, cabeza visible del liberalismo en España. No es de extrañar, por tanto, que hombres colocados en tales circunstancias se sintiesen dispuestos a apoyar cualquier medida o plan favorables al progreso del liberalismo, más bien que a contrariarlos; y no hay duda que la circulación de la Escritura era una medida de ese género. Con todo, su buena voluntad, suponiendo que la

tuvieran, fué para mí poco valiosa, porque nunca dieron un paso decisivo ni alzaron sus voces para denunciar de modo positiva y resuelto la conducta de quienes pretendían privar al mundo de la luz de la Escritura. En cierta ocasión creí que iba a conseguir, por su medio, algo importante para la causa del Evangelio en España; pero me desengañé pronto, y me convencí de que descansar en lo que quisieran hacer era tanto como apoyar la mano en una caña, que, sin sostenerme, me desgarraría la carne. Algunos de ellos me enviaron mensajes expresando la estimación en que me tenían y asegurándome cuán cara a su corazón era la causa del Evangelio. Recibí incluso un aviso insinuándome que mi visita no sería desagradable al arzobispo de Toledo, Primado de España.

Poco puedo decir de este personaje, cuya historia desconozco por completo. A la muerte de Fernando era, creo yo, obispo de Mallorca, pequeña e insignificante sede, de muy pobres rentas, que quizás cambió gustoso por otra más rica. Es probable, sin embargo, que de mostrarse fiel servidor del Papa, y, por ende, partidario de los legitimistas, hubiera ocupado hasta el día de su muerte la silla episcopal de Mallorca; pero pasaba por liberal, y la Reina Gobernadora tuvo a bien concederle la dignidad de arzobispo de Toledo, haciéndole así cabeza de la Iglesia en España. Cierto que el Papa se negó a ratificar la designación, razón por la que todos los buenos católicos estaban obligados a seguir considerándole como obispo de Mallorca y no como Primado de España. Pero el obispo cobraba las rentas de la sede toledana, débil sombra de lo que fueron antaño, pero muy importantes aún, y vivía en el palacio del Primado, en Madrid, de suerte que si no era arzobispo *de jure* era lo que para muchos valía más: arzobispo *de facto*.

Sabedor de la amistad personal del arzobispo con Ofalia, quien, según decían, le consideraba mucho, resolví hacerle una visita, y así una mañana me encaminé al palacio en que vivía. Sin dificultad obtuve audiencia: un lacayo, asturiano a lo que creo, a quien hallé sentado en un banco de piedra del portal, me condujo a su presencia. Cuando entré, el arzobispo estaba solo, sentado detrás de una mesa, en un vasto aposento, especie de sala de estrados. Vestía con sencillez: sotana negra y birrete de seda; pero en un dedo llevaba una amatista soberbia, resplandeciente, de brillo deslumbrador. Se incorporó un momento, al acercarme, y con la mano me indicó una silla. Podía tener sesenta años; era muy alto, pero se encorvaba bastante, por debilidad sin duda; y la tez pálida de sus facciones demacradas denotaba su mala salud. Cuando de nuevo se sentó inclinó la cabeza, como si contemplase la mesa que tenía delante.

—Supongo que V.E. sabrá quién soy—dije al cabo, rompiendo el silencio.

El arzobispo inclinó la cabeza hacia el hombro izquierdo, con expresión algo equívoca, pero no dijo nada.

—Yo soy el que los *Manolos* de Madrid llaman *Don Jorgito el Inglés*. Acabo de salir de la cárcel, donde me encerraron por propagar el Evangelio del Señor en este reino de España.

El arzobispo repitió el mismo movimiento equívoco de la cabeza, pero aún no dijo nada.

—He sabido que V.E. deseaba verme, y por esa razón he venido a hacerle esta visita.

—Yo no le he llamado a usted—dijo el arzobispo, alzando de súbito la cabeza, y con ojos de espanto.

—Quizás no; pero me habían dado a entender que mi presencia sería grata; como al parecer no es así, me iré.

—Puesto que ha venido usted, me alegro mucho de verle.

—Y yo celebro mucho oírle—dije yo, volviendo a sentarme—. Ya que estoy aquí, podemos hablar de un asunto de la mayor importancia: la difusión de la Escritura. ¿Conoce V.E. algún medio para alcanzar un fin tan deseable?

—No—dijo el arzobispo débilmente.

—¿No cree V.E. que el conocimiento de la Escritura produciría inestimables beneficios a estos reinos?

—No lo sé.

—¿Hay probabilidades de convencer al Gobierno para que consienta su circulación?

—¿Cómo voy a saberlo?—y el arzobispo se me quedó mirando a la cara.

Yo también le miré a él; había en su rostro tal expresión de desvalimiento, que casi era chochez. «¡Válgame Dios!—pensé—. ¿A quién he venido yo a contar estas cosas? ¡Pobre hombre! No sirves para representar el papel de Martín Lutero, y en España menos que en otra parte. Me maravilla que tus amigos te hayan nombrado arzobispo de Toledo. Quizás pensaron que no harías provecho ni daño, y te escogieron, como escogen a veces en mi país a los primados, en razón de tu incapacidad. No pareces muy contento en este empleo, ni tu sitial debe de ser muy cómodo. Más a gusto estabas cuando eras el pobre obispo de Mallorca; entonces podías saborear la *puchera* sin miedo de que te la sazonaran con sublimado. No temías entonces que te ahogaran en el lecho.

La *siesta* es cosa agradable, cuando no está uno expuesto a verla interrumpida por un súbito espanto. Me sorprenderá si no estás ya envenenado»—continué casi en voz alta, según estaba mirándole al semblante, que a mi parecer se cubría de palidez mortal.

—¿Qué decía usted, *don Jorge?*—preguntó el arzobispo.

—Que V.E. lleva un brillante magnífico—dije yo.

—¿Le gustan a usted los brillantes, *don Jorge*?—dijo el arzobispo, cuyas facciones se animaron—. *¡Vaya!* ¡También a mí! ¡Son muy bonitos! ¿Entiende usted de brillantes?

—Sí entiendo—respondí—, y no he visto nunca otro mejor que ése, salvo uno, perteneciente a un conocido mío, un khan de Tartaria. Pero no lo llevaba en el dedo; poníaselo al caballo en el frontal, donde brillaba como una estrella. Llamábalo *Daoud Scharr*, que significa «luz de guerra».

—*¡Vaya!*—dijo el arzobispo—. ¡Qué curioso! Me alegro de que le gusten a usted los brillantes, *don Jorge*. Al hablar de caballos me ha hecho usted recordar que le he visto con frecuencia a caballo. *¡Vaya!* Qué modo de montar. Es peligroso encontrársele a usted en el camino.

—¿V.E. es aficionado a la equitación?

—De ninguna manera, *don Jorge*. No me gustan los caballos. En la Iglesia no es costumbre montar a caballo; preferimos las mulas: son animales más tranquilos. Los caballos me dan miedo: ¡cocean de un modo!

—La coz del caballo mata—dije yo—si da en un sitio vital. Pero no opino como V.E. acerca de las mulas; un buen *jinete* puede sostenerse a caballo, por resabiado que el animal esté; pero las mulas, *¡vaya!*, cuando una mula falsa *tira por detrás*, no creo que ni el propio Padre de la Iglesia se sostenga en la silla ni un momento, por muy buen bocado que lleve.

Al marcharme, le dije:—¿Qué puedo esperar acerca del Evangelio?

—*No sé*—dijo el arzobispo inclinando de nuevo la cabeza hacia el hombro derecho, mientras sus facciones reasumían la expresión de vaciedad.

Así terminó mi entrevista con el arzobispo de Toledo.

—Me parece—dije a María Díaz al volver a casa—, me parece, *Mariquita mía*, que si el Evangelio, para ser tolerado en España, ha de esperar a que los obispos y arzobispos liberales acudan resueltamente en su ayuda, va a tener que aguardar mucho tiempo.

—Soy del mismo parecer, señor—respondió María—. ¡Bonito sería tener que esperar a que esa gente haga un esfuerzo en favor de usted! *¡Ca!* Risa me da pensarlo. ¿Cómo ha tenido usted la candidez de figurarse que les importa algo el Evangelio? *¡Vaya!*, son verdaderos curas; en los ofrecimientos que le han hecho a usted sólo les movía su propio interés. El Santo Padre no quiere reconocerlos, y les gustaría asustarle un poco para obligarle a transigir; pero como los reconociera, ya vería usted luego si le admitían en sus palacios o tenían algún trato con usted. «¡Fuera ese prójimo!—dirían—. *¡Vaya!* ¿No es luterano? ¿No es enemigo de la Iglesia? *¡A la horca, a la horca!*» Conozco a esa familia mejor que usted, *don Jorge*.

—Es inútil aguardar más—dije yo—. Pero en Madrid nada puedo hacer. No se puede vender la obra en el *despacho*, y acabo de saber que todos los ejemplares dejados para la venta en las librerías de las diversas poblaciones que he visitado los ha secuestrado el Gobierno. Mi decisión está tomada: montaré en mis caballos, que relinchan en la cuadra, y me iré a recorrer en persona los pueblos y llanuras de la polvorienta España. *Al campo, al campo.* «Camina, avanza prósperamente y reina por medio de la

verdad y de la mansedumbre y de la justicia; tu diestra te conducirá a cosas maravillosas.» Caminaré, pues, María.

—No puede hacer su merced cosa mejor, y permítame ahora decirle que, por cada libro que pudiera usted vender en un *despacho* en la ciudad, venderá usted ciento en los pueblos con tal de darlos baratos, porque en el campo hay poco dinero. *¡Vaya!* ¿Sabré yo lo que digo? ¿No soy también de pueblo, *villana* de la Sagra? A caballo, pues; los caballos no hacen más que relinchar en la cuadra, como usted dice, y casi podía haber añadido que el *señor* Antonio relincha en la casa. Dice que no tiene nada que hacer, motivo por el que está otra vez disgustado e inquieto. Todo lo encuentra mal, a mí en primer término. Esta mañana le saludé, y, en lugar de contestarme, torció la boca de un modo nunca visto en tierras de España.

—Se me ocurre una idea—dije yo—. Ha mentado usted la Sagra ¿Por qué no comenzar mis trabajos por los pueblos de esa comarca?

—Muy bien pensado—replicó María—. La recolección termina ahora por allí, y encontrará usted a la gente relativamente desocupada, con vagar para acompañarle a usted y oírle. Si quiere seguir mi consejo, debe usted establecerse en Villaseca en la casa que fué de mis padres, donde al presente vive mi señor marido. Vaya usted a Villaseca lo primero, y desde allí puede usted emprender excursiones con el *señor* Antonio. Quizás mi marido les acompañe; si es así, les servirá de mucho. La gente en Villaseca es amable y cortés; cuando se dirigen a un forastero le hablan a gritos y en gallego.

—¡En gallego!—exclamé.

—Todos saben unas cuantas palabras de gallego aprendidas de los que bajan todos los años a segar, y como el gallego es la única lengua extraña que conocen, la emplean por cortesía al dirigirse a un extranjero. *¡Vaya!* No

es mal pueblo Villaseca, ni es mala gente; la única persona de mala condición que allí hay es el reverendo señor cura.

No fueron largos los preparativos de mi empresa. Envié por delante con un *arriero* un buen repuesto de Testamentos, y yo salí al siguiente día. Pero antes de marcharme recibí la visita de Benedicto Mol.

—Vengo a decirle a usted adiós, *lieber Herr*. Mañana me vuelvo a Compostela.

—¿Con qué propósito?

—Para desenterrar el *Schatz*, *lieber Herr*. ¿Cuál otro podía llevar? ¿Por qué he vivido hasta hoy, sino para al fin poder desenterrar el *Schatz*?

—Pudiera usted haber vivido para algo mejor—exclamé—. Con todo, le deseo buen éxito. ¿En qué funda usted sus esperanzas? ¿Le han dado permiso para hacer excavaciones? Seguramente no se le habrán olvidado a usted las penalidades que sufrió en Galicia.

—No se me han olvidado, *lieber Herr*, ni el viaje a Oviedo, ni las siete bellotas, ni la lucha con la muerte en el *barranco*. Pero tengo que cumplir mi destino. Ahora voy a Galicia a expensas del Gobierno, como si perteneciera de nuevo a la Guardia suiza: voy en coche de mulas, quiero decir, en *galera*. Tendré toda la ayuda necesaria, y puedo cavar hasta el centro de la tierra si lo creo conveniente. Además... pero no puedo decirle más, porque he jurado sobre los cuatro *Evangelien* guardar secreto.

—Bien, Benedicto, no tengo nada que decir, salvo desearle a usted que triunfe en sus excavaciones.

—Gracias, *lieber Herr*; gracias. Ahora, adiós. ¡Triunfaré, triunfaré!

Aquí se quedó cortado, se estremeció, y, mirándome, con expresión casi de loco en el semblante, exclamó:

—*¡Heiliger Gott!* Me olvido de una cosa. Supongamos que al fin y a la postre no encuentro el tesoro.

—Es muy sensato lo que usted dice; ¡lástima que hasta ahora no se le haya ocurrido! Le aseguro a usted, amigo mío, que se ha metido en una empresa desesperada. Verdad que puede usted encontrar un tesoro; pero hay cien probabilidades contra una de que no lo encontrará. ¿Qué será de usted en tal caso? Le tomarán por un impostor, y las consecuencias serán horribles. Recuerde quién es usted y entre qué gentes está. Los españoles son crédulos; pero cuando una vez llegan a sospechar que los han engañado, y sobre todo que se han reído de ellos, su sed de venganza no conoce límites. No crea usted que su inocencia le servirá de algo. Yo estoy convencido de que no es usted un impostor, pero ellos no lo creerán jamás. Todavía no es tarde. Devuelva usted esas ropas tan buenas y ese elegante bastón a quien se lo haya dado. Póngase un traje viejo, empuñe el tosco palo, y véngase conmigo a la Sagra para ayudarme a difundir el insigne Evangelio entre los lugareños de la ribera del Tajo.

Benedicto meditó un momento, y luego, sacudiendo la cabeza, gritó:

—¡No! ¡No! Tengo que cumplir mi destino. El *Schatz* no está aún desenterrado. Así lo dijo la voz en el *barranco*. Mañana, a Compostela. Lo encontraré: el *Schatz* está allí aún; «tiene» que estar.

Salió y no le volví a ver más. Pero después oí contar de él cosas extraordinarias. Resultó que el Gobierno dió oídos a la fábula de Benedicto, y se dejó impresionar de tal modo por sus exageradas descripciones del tesoro oculto, que llegó a creer en la posibilidad de desenterrar en Santiago, con poco trabajo y poco gasto, oro y diamantes de sobra para enriquecerse y para extinguir la deuda nacional de España. El

suizo volvió a Compostela «como un duque», para usar sus mismas palabras. El asunto, mantenido al comienzo en profundo secreto, se divulgó con rapidez. Se acordó dar a una exploración que podía tener tan importantes consecuencias toda la publicidad y el aparato posibles. Acercábase una fiesta muy solemne, y pareció lo más acertado que la busca comenzase en tal día. El día llegó. Todas las campanas de Compostela repicaban. El pueblo en masa se lanzó a la calle; un millar de soldados formaba en la plaza; la expectación llegó al grado sumo. Una solemne comitiva se dirigió a la iglesia de San Roque; a su cabeza iban el capitán general y el suizo, que blandía un mágico bastón; pegada a ellos iba la *meiga*, la bruja gallega que primeramente guió al buscador del tesoro; numerosos albañiles cerraban la marcha, llevando las herramientas necesarias para la excavación. La comitiva entra en la iglesia, la cruza con paso solemne, y llega a una galería abovedada. El suizo mira en torno. «Cavad aquí»—dijo de pronto—. «Sí, cavad aquí»—dijo la *meiga*. Los albañiles trabajan, horadan el piso, espárcese un olor horrible y fétido...

Para qué más; no se halló tesoro alguno, y mis advertencias al desgraciado suizo resultaron demasiado proféticas. Sin tardanza le prendieron, arrojándole en la hórrida prisión de Santiago, seguido de las maldiciones de millares de personas, que con gusto le hubieran despedazado.

El asunto no terminó ahí. Los enemigos políticos del Gobierno no dejaron escapar una ocasión tan favorable para asestarle los dardos del ridículo. Los *moderados* fueron censurados en las Cortes por su avaricia y su credulidad, mientras en alas de la Prensa liberal se esparcía por toda España la historia del tesoro escondido en Santiago.

—Después de todo, eso ha sido una *trampa* de *don Jorge*—dijo un enemigo mío—. Ese prójimo se encuentra siempre enredado en la mitad de las *picardías* que se cometen en España.

Ansioso por saber la suerte que había corrido el suizo, escribí a mi antiguo amigo de Compostela, Rey Romero. En su respuesta decía: «Vi al suizo en la cárcel, desde donde me mandó llamar, implorando mi socorro en nombre de la amistad que tengo con usted. Pero ¿cómo favorecerle? Se lo llevaron de Santiago en seguida, no se adónde. Dicen que ha desaparecido por el camino.»

La verdad es a veces más sorprendente que la fábula. ¿En qué novela se encontrará nada más insensato, grotesco y triste que la historia fácilmente comprobable de Benedicto Mol, el buscador del tesoro de Santiago?

* * *

Capítulo XLIII

Villaseca. — Una casa morisca. — La puchera. — Un cónclave de rústicos. — Ceremoniosa urbanidad. — La Flor de España. — El puente de Azeca. — El castillo en ruinas. — Nos echamos al campo. — Demanda de Testamentos. — El labrador viejo. — El cura y el herrero. — La baratura de los Testamentos.

Llegué a Villaseca uno de los días de más furioso calor en que he desafiado los rayos del sol. La temperatura debió de llegar a cien grados a la sombra; la atmósfera parecía una ardiente llama. En un lugar que dicen Leganés, a seis leguas de Madrid, y como a mitad de camino entre la capital y Toledo, nos apartamos de la carretera, dirigiéndonos al Este. Cabalgamos por lo que en España llaman llanuras, que en cualquier otro país del mundo parecería terreno quebrado y desigual. Las mieses de trigo y cebada habían ya desaparecido; quedaban aquí y allá, como últimos vestigios, algunos haces que los labradores se ocupaban en recoger para acarrearlos a sus pueblos.

Difícil me sería decir que fuese bello aquel paisaje, de absoluta desnudez, sin árboles ni verdor. No le faltaban, empero, pretensiones de magnificencia y grandeza, como no le faltan a ningún paraje de España.

Los objetos más llamativos eran dos enormes cerros calcáreos, o más bien uno rajado en dos, que se erguía a gran altura; la cima del más próximo se coronaba con las ruinas del antiguo castillo de Villaluenga. A eso de la una de la tarde llegamos a Villaseca.

Era un pueblo grande, de unos setecientos habitantes, rodeado de un muro de tierra. En el centro está la *plaza*, uno de cuyos lados lo ocupa lo que llaman un palacio, tosco edificio cuadrangular, de dos pisos, perteneciente a alguna familia noble, los señores de las tierras del contorno. Estaba vacío; ocupábalo tan sólo una especie de administrador, que encerraba en sus salones el grano que en pago de las rentas recibía de los arrendatarios y *villanos* que labraban el término.

El pueblo dista como un cuarto de legua de la orilla del Tajo, que aun allí, en el corazón de España, es un hermoso río, no navegable, sin embargo, a causa de los bancos de arena que en muchos sitios emergen a modo de isletas, cubiertas de árboles y maleza. La aldea saca del río toda su provisión de agua, por carecer de ella, al menos potable, dentro de sus muros; todos los manantiales son salobres, y de esto le vendrá probablemente el nombre de Villaseca. Dícese que sus habitantes son de origen moro; y es la verdad que aquí se observan ciertas costumbres que robustecen mucho ese supuesto. Entre otras, hay una muy curiosa: se reputa infamante para una mujer de Villaseca atravesar la plaza, o ser vista en ella, aunque no vacilan en mostrarse en las calles y callejas.

Existe una hostilidad profundamente arraigada entre los habitantes de este lugar y los de un pueblo inmediato llamado Bargas; rara vez se hablan cuando se encuentran, y nunca se casan entre sí. Una tradición vaga pretende que los naturales de este último pueblo son cristianos viejos, y es

harto probable que los del vecino fuesen originariamente de muy otra sangre; los de Villaseca tienen la tez muy morena, mientras los moradores de Bargas son rubios y blancos. Así, en pleno siglo XIX, se conserva en España la antigua enemistad de moros y cristianos.

Empapados en sudor, que nos corría a chorros por la frente, llegamos a la puerta de Juan López, el marido de María Díaz. Sabedor de que iríamos a visitarle, ya nos esperaba, y nos acogió cordialmente en su vivienda que, como una casa mora auténtica, tenía un solo piso. Era muy espaciosa, no obstante, con patio y establo. Todos los aposentos eran deliciosamente frescos. El pavimento, de ladrillo o piedra; las angostas ventanas, enrejadas y sin cristal, apenas dejaban pasar un rayo de sol.

Habían preparado una *puchera* contando con nuestra llegada; el calor no me quitó el apetito, y no pasó mucho tiempo sin que hiciese cabal justicia al manjar típico de España. Mientras yo comía, López punteaba en la guitarra, cantando a veces trozos de canciones andaluzas. Era un tipo pequeño, de rostro alegre, muy activo, a quien había visto yo con frecuencia en Madrid; buena muestra del *labrador* español. Aunque no tenía, ni con mucho, la inteligencia ni los recursos de María Díaz, su mujer, no por eso carecía de natural despejo ni entendimiento. Era, además, honrado y desinteresado, y prestó buenos servicios a la causa del Evangelio, como se verá ahora.

Acabada la comida, López me habló así:—*Señor don Jorge*, su llegada a este pueblo ha causado ya sensación, sobre todo, por ser los tiempos de guerra y alborotos, y vivir cada cual temeroso del vecino; aquí estamos pegados a los confines del país faccioso, porque, como usted bien sabe, la mayor parte de la Mancha está en poder de *carlinos* y de ladrones, y algunas

partidas se asoman a menudo por la otra orilla del río. En razón de esto, el *alcalde* del pueblo y otros vecinos pudientes y graves desean ver y hablar a su merced, y examinar su pasaporte.

—Bien está—exclamé—. Vamos a visitar a esos dignos señores.

En diciendo esto, condújome a través de la *plaza* a casa del *alcalde*, donde hallamos al rústico dignatario sentado entre puertas, gozando de la refrigerante frescura de una corriente de aire. Era hombre viejo, como de sesenta años, sin nada notable en su continente ni en sus facciones plácidas, en las que se reflejaba su buen natural. Estaban con él otras personas, entre ellas el barbero del pueblo, alto, de enorme corpulencia, alavés por su cuna, nacido en Vitoria. También estaba allí un individuo cuya faz tenía un pronunciado tinte rojizo, con la nariz bastante torcida: era el herrero del lugar, y le llamaban *El Tuerto*, por la circunstancia de no tener más que un ojo. Hice una profunda reverencia al concurso, y manifestando mi pasaporte, hablé así:

—Graves señores y caballeros de esta ciudad de Villaseca, como yo soy un extranjero de quien no es posible que sepan cosa alguna, me he creído obligado a presentarme ante vosotros y a deciros quién soy. Sabed, pues, que soy inglés de limpia sangre y buena familia, que viajo por estos países para diversión y provecho propios, y también para los de otras personas. Ahora he venido a Villaseca, donde me propongo estar algún tiempo, dedicado a lo que me parezca conveniente: unas veces pasearé a caballo por esos campos, otras me bañaré en las aguas del río, cosa buena, según dicen, en tiempo de calor. Suplico, por tanto, que durante mi estancia en esta capital sus gobernantes me concedan la protección y el amparo que habitualmente dispensan a los que llevan vida pacífica y bien ordenada, y

están dispuestos a ser dóciles y obedientes a las costumbres y leyes de la república.

—Habla bien—dijo el *alcalde* mirando en torno.

—Sí, habla bien—dijo el corpulento alavés—. No hay que negarlo.

—Nunca he oído hablar mejor—exclamó el herrero, levantándose del taburete en que se hallaba sentado—. *¡Vaya!* Es hombre recio y de buen color, como yo. Me agrada; tengo yo un caballo que le irá muy bien, un caballo que es la flor de España, con ocho dedos sobre la marca.

Entonces, con nueva inclinación de cabeza, presenté el pasaporte al *alcalde*, quien con un ligero movimiento de la mano pareció que se negaba a recibirlo, y al mismo tiempo decía:—No es necesario.

—Oh, de ningún modo—exclamó el barbero.

—Los vecinos de Villaseca—observó el herrero—saben portarse como gente seria. Vergüenza les daría abrigar sospecha alguna contra un caballero tan cortés y bien hablado.

Pero yo sabía que su negativa no significaba nada, por ser tan sólo una parte del ceremonial de su urbanidad; presenté por segunda vez el pasaporte y lo tomaron con avidez; en un momento, todos los presentes clavaron en él los ojos con intensa curiosidad. Lo examinaron de arriba abajo, lo volvieron y revolvieron, y aunque no es probable que ninguno de los presentes entendiese palabra de él, por estar escrito en francés, produjo, sin embargo, universal contento; cuando el *alcalde*, doblándolo con cuidado, me lo devolvió, todos observaron que no habían visto en su vida otro pasaporte mejor, o que hablase de su portador en términos más elogiosos.

¿Quién ha escrito que «La mofa de Cervantes ahuyentó de España el

heroísmo»? No lo sé[1]; el autor de esa línea apenas merece recordación. La tentación de emborronar papel es tan violenta en nuestros días, que muchos se ponen a escribir de pueblos y países de los que no saben nada, o menos que nada. *¡Vaya!* El haber visto una corrida de toros en Madrid o en Sevilla, o gastado un puñado de onzas en una *posada* en cualquiera de esos dos puntos, regida acaso por un genovés o un francés, no da competencia para escribir acerca de una gente como los españoles, ni para decir al mundo cómo piensan, cómo hablan y cómo proceden. ¡Ahuyentar con burlas el espíritu caballeresco de España! Cuando todas las probabilidades son de que la gran masa de la nación española habla, piensa y vive exactamente como sus antepasados hace seis siglos.

Por la tarde, el herrero, o como le llamaban en el pueblo, *El Herrador*, se presentó a caballo ante la puerta de López.

—*Vamos, don Jorge*—exclamó—. Venga conmigo si su merced está dispuesto a montar. Voy a bañar el caballo en el Tajo, por el puente de Azeca.

Al instante ensillé mi *jaca cordobesa*, y juntos salimos del pueblo, dirigiéndonos a través de la llanura hacia el río.

—¿Ha visto usted alguna vez un caballo como el mío, *don Jorge*?—preguntó—. ¿Verdad que es una *alhaja*?

El caballo era, en efecto, un animal de gran estampa, garboso, de diez y seis palmas de alzada cuando menos, ancho de pechos, pero muy fino y limpio de remos. Engallaba soberbiamente el cuello y erguía la cabeza como un cisne. De pelo alazán claro, tenía las crines y la cola casi negros. Al expresarle mi admiración, el *herrador* se animó, y apretando con las rodillas los flancos del caballo y soltándole las riendas, se lanzó por el campo en

prodigiosa carrera, al mismo tiempo que profería el antiguo grito español: *¡Cierra!* En vano quise competir con él.

—Le llamo «flor de España»—dijo el *herrador* al reunirse conmigo—. Cómprelo usted, *don Jorge*, lo doy en tres mil *reales*. No lo vendería ni por el doble; pero los ladrones carlistas le han echado el ojo y temo que el día menos pensado crucen el río y se metan en Villaseca para apoderarse de mi caballo, la «flor de España».

No estará de más hacer notar aquí que, pasado un mes, mi amigo el *herrador*, no pudiendo hallar un buen comprador para su corcel, entró en tratos con los susodichos bandoleros, y acabó vendiéndoselo a su cabecilla, no por los tres mil *reales* que pedía, sino a cambio de una punta de ganado, robada probablemente en las llanuras manchegas. Por ese trato, caso de alta traición, ni más ni menos, le metieron en la cárcel de Toledo; pero no debió de estar allí mucho tiempo, porque en una breve visita que hice a Villaseca en la primavera del siguiente año me lo encontré de *alcalde* de aquella «república».

Llegamos al puente de Azeca, situado como a media legua de Villaseca; junto a él hay un gran molino, sobre una presa que corta el río. Apeándose del corcel, el *herrador* le quitó la silla, le hizo entrar en la represa y lo llevó, guiándolo con una cuerda, a un sitio dado, donde el agua le llegaba a la mitad del cuello; una vez allí, ató la cuerda a un poste hincado en la orilla y dejó al caballo metido en el río. Me pareció lo mejor seguir su ejemplo: pedí una cuerda en el molino, y metí mi caballo en el agua.

—Esto les refresca la sangre, *don Jorge*—dijo el *herrador*—. Que se estén así una hora; mientras, iremos por ahí nosotros a entretenernos.

Cerca del puente, en la orilla donde estábamos nosotros, había una

especie de cuerpo de guardia, y en él tres carabineros que cobraban el pontazgo. Trabamos conversación con ellos.

—Este puesto, tan inmediato al campo faccioso—dije a uno de los carabineros, que resultó ser catalán—será muy peligroso. Con seguridad que a una partida de *carlinos* o de bandoleros no le costaría gran trabajo atravesar el puente y hacerles prisioneros a todos ustedes.

—Eso puede ocurrir en cualquier momento, caballero—contestó el catalán—. Pero todos estamos en manos de Dios, y hasta ahora nos ha protegido, y quizás siga protegiéndonos. Es verdad que el otro día, un compañero nuestro de los cuatro que estábamos aquí cayó en manos de la *canaille*. Se le ocurrió ir a la otra orilla con el fusil, a ver si mataba algo en el soto, y de pronto, tres o cuatro facciosos cayeron sobre él y le dieron una muerte horrible. ¡Hay que tener paciencia! Todos hemos de morir. Puede ser que mañana me degüellen esos *malvados*, pero eso no me quitará el sueño esta noche. Caballero, yo soy de Barcelona, y allí he visto a los marinos de su nación; esta tierra no es tan buena como Barcelona. *¡Paciencia!* Caballero, si desea un vaso de agua, entre en nuestra casa. Tenemos agua fresca, porque enterramos el cántaro en un hoyo abierto en el suelo; está fría, como le digo; pero el agua de Castilla no es como la de Cataluña.

La luna había salido cuando tomamos los caballos para volver al pueblo; los rayos del bello luminar rebrillaban alegremente en las impetuosas aguas del Tajo, plateaban la planicie por donde íbamos, y bañaban en ondas de claridad las escarpadas vertientes del cerro calcáreo de Villaluenga y las ruinas antiguas que coronan su cumbre.

—¿Por qué llaman a ese sitio el Castillo de Villaluenga?—pregunté.

—Porque al otro lado del cerro hay un pueblo de ese nombre, *Don Jorge*—respondió el *herrador*—. Ese castillo es un lugar muy raro, *¡vaya!* Algunos dicen que lo edificaron los moros en tiempos antiguos; otros, que los cristianos al sitiar, por vez primera, a Toledo. Ahora está deshabitado, salvo por los conejos, que se crían en abundancia entre la hierba frondosa y en las ruinas, y por las águilas y buitres que anidan en lo alto de las torres. A veces voy por allí con la escopeta a matar un conejo. En los días despejados se ve desde las murallas Madrid y Toledo. No diré que me agrade el sitio: lo encuentro demasiado triste y melancólico. El cerro es todo de greda y muy penoso de subir. Oí decir a mi abuela que una vez cuando era chica salió de ese cerro una nube de humo y se vieron llamas, talmente como si hubiera ahí un volcán, y quizás lo haya, *Don Jorge*.

La magna obra de difundir la Escritura comenzó sin dilación en La Sagra. A pesar del sofocante calor, recorrí a caballo todos aquellos contornos. No fué corta fortuna que el calor me siente bien; en otro caso no hubiera podido hacer nada en aquella estación, pues con frecuencia hasta los *arrieros* se caían de las mulas muertos de insolación. Antonio me prestó excelente ayuda; despreciaba como yo el calor, y sin temor a nada visitó varios pueblos con éxito notable. «*Mon maître*—decía—tengo empeño en demostrarle que sirvo para todo.» Pero quien nos hizo avergonzarnos de nuestros trabajos fué mi huésped, Juan López, a quien el Señor quiso inclinar a favor de la causa. «*Don Jorge*—dijo—, *yo quiero engancharme con usted*; soy liberal, enemigo de la superstición; voy a echarme al campo, y, si es preciso, le seguiré a usted al fin del mundo. *¡Viva Inglaterra, viva el Evangelio!*» Así diciendo, puso un buen fardo de Testamentos en las aguaderas, cargó con ellas a su rucia y gritó: *¡Arre,*

burra!, y se fué a más andar. Yo me senté a escribir mi diario.

Antes de concluir mi tarea oí a la *burra* roznar en el corral; suspendí la escritura, fuí allá y hallé de vuelta a mi huésped. Había vendido toda la carga, veinte Testamentos, en el pueblo de Bargas, distante una legua de Villaseca. Ocho pobres agosteros, que se refrigeraban a la puerta de una taberna, compraron sendos ejemplares, y el maestro de escuela adquirió los restantes para los pequeñuelos que tenía a su cuidado, lamentándose al propio tiempo de la dificultad con que tropezaba para adquirir libros religiosos, a causa de su rareza y de su exorbitante precio. Muchas otras personas deseaban también comprar Testamentos, pero López no pudo suministrárselos; al marcharse le rogaron que no tardara en volver.

Bien sabía yo que estaba jugando una partida muy arriesgada, y que, cuando menos lo pensase, podía verme preso, atado a la cola de una mula y arrastrado a la cárcel de Toledo o de Madrid. Tal perspectiva no me desanimaba lo más mínimo; antes bien, me incitaba a perseverar; puedo decir, sin la más leve intención de engrandecerme, que en aquella época ansiaba ofrecer mi vida en aras de la causa, y no me hubiera importado que la bala de un forajido o una fiebre carcelaria pusiesen fin a mi carrera. Nada me amedrentaba. Mi lema era: «camina con la palabra de la verdad».

La noticia de la llegada del libro de vida corrió por los pueblos de La Sagra de Toledo como una chispa en un reguero de pólvora, y dondequiera que mi gente o yo encaminábamos nuestros pasos, hallábamos a los habitantes dispuestos a recibir nuestra mercancía, y donde no la mostrábamos, nos la pedían. Una noche, según estaba bañándome y bañando el caballo en el Tajo, se reunió un grupo de gente en la orilla y gritó: «Sal del agua, inglés, y danos libros; traemos el dinero en la mano».

La pobre gente extendía hacia mí las manos, llenas de *cuartos*; pero, desgraciadamente, no tenía allí Testamentos que darles. Sin embargo, Antonio, que no andaba lejos, les enseñó uno, y al instante se lo arrancaron de las manos; luego tuvieron los rústicos un altercado, disputándose la posesión del libro. Era cosa frecuente que los pobres labriegos de aquellos contornos, con deseos de adquirir Testamentos, pero sin dinero para comprarlos, nos llevasen a casa, para cambiarlos por libros, varios artículos de valor equivalente; por ejemplo, conejos, fruta y cebada; y yo tenía por regla no desairarlos nunca, ya que nos llevaban cosas útiles para nuestro consumo personal o para el de los caballos.

En Villaseca había una escuela donde aprendían las primeras letras cincuenta y siete niños. Una mañana, el maestro, alto de cuerpo y flaco, de unos sesenta años, cubierta la cabeza con un puntiagudo sombrero andaluz, y embozado, a pesar del tiempo tan caluroso, en una larga capa, se presentó en mi casa, y después de tomar asiento, me pidió que le enseñara uno de nuestros libros. Le entregué un ejemplar y estuvo examinándolo casi una hora sin proferir palabra. Al cabo lo dejó, dando un suspiro, y dijo que le contentaría mucho comprar algunos ejemplares para su escuela, pero que su aspecto, sobre todo la calidad del papel y la encuadernación, le hacían temer que estuviesen fuera del alcance de los medios de los padres de sus alumnos, casi desprovistos de dinero, por ser labradores pobres. Entonces comenzó a censurar al Gobierno, que, decía, instalaba escuelas sin proveerlas de los libros necesarios; añadió que en su escuela sólo había dos libros para uso de todos sus alumnos, y ésos contenían poco bueno. Le pregunté cuánto podría pedirse, en su opinión, por los Testamentos. «Hablando con franqueza—dijo—, *señor* caballero, he pagado otras veces

doce *reales* por libros muy inferiores al de usted; pero le aseguro que mis pobres alumnos no pueden, en modo alguno, pagar ni la mitad de ese precio.» «Pues yo le vendo a usted—repuse—todos los que quiera a tres *reales* cada uno. Ya sé que el país es pobre, y ni mis amigos ni yo, al procurar al pueblo medios de instrucción espiritual, queremos disminuir su ya escaso pan.» «*¡Bendito sea Dios!*»—replicó, y apenas podía dar crédito a sus oídos. Al instante compró doce ejemplares, gastando en eso, según me dijo, todo el dinero que poseía, excepto unos pocos *cuartos*. La introducción de la palabra de Dios en las escuelas rurales de España estaba empezada, y humildemente espero que, con el tiempo, será ese uno de los sucesos que la Sociedad Bíblica podrá con más razón recordar con júbilo y con acciones de gracias al Todopoderoso.

Un labriego viejo está leyendo en el portal. Ochenta y cuatro años han pasado sobre su cabeza, y está casi enteramente sordo; no obstante, lee en alta voz el segundo capítulo de Mateo: tres días antes encargó un Testamento, pero como no disponía del dinero no lo ha pagado hasta este momento. Acaba de traerme treinta cuartos. Al contemplar los cabellos plateados que coronan su semblante quemado por el sol, vienen a mi memoria las palabras del cántico de Simeón: «Ahora, Señor, sacas en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa, porque mis ojos han visto tu salvación».

Durante mi estancia en Villaseca recibí de los buenos vecinos del pueblo muchas pruebas de sencilla hospitalidad y honesta fineza. De tal modo conquisté sus corazones por la «formalidad» de mi conducta y de mis palabras, que tengo la firme creencia de que me hubieran defendido a cuchilladas contra cualquier intento de reducirme a prisión o de

molestarme de cualquier otro modo. Quien desee conocer al español genuino no debe buscarlo en los puertos ni en las grandes ciudades, sino en los pueblos solitarios y apartados, como los de La Sagra. Allí encontrará la gravedad en el porte y la caballeresca disposición del ánimo que se dan como destruídas por la sátira de Cervantes; y allí oirá, en la conversación de cada día, esas expresiones grandiosas, que son objeto de mofa, como exageraciones ridículas, al encontrarlas en los libros de caballerías.

Un enemigo tenía yo en el pueblo: el cura.

—Ese individuo es un hereje y un pícaro—dijo un día en la tertulia—. Nunca va a la iglesia y está envenenando el alma del pueblo con sus libros luteranos. Hay que enviarlo a Toledo atado codo con codo, o a lo menos echarle del pueblo.

—No haré nada de eso—dijo el *alcalde*, que pasaba por carlista—. Si tiene sus opiniones, yo también tengo las mías. Se porta como es debido, y no tengo para qué meterme en sus asuntos. Ha estado muy fino con mi hija y le ha regalado un libro. *¡Que viva!* Y si es o no luterano, yo tengo oído que entre los luteranos hay hijos de tan buenos padres como aquí. Me parece todo un *caballero*. Habla muy bien.

—Eso no puede negarse—dijo el barbero.

—¿Hay quien hable «tan» bien como él?—exclamó el *herrador*—. ¿Ni quien tenga más formalidad? *¡Vaya!* Es un hombre que aprecia el mérito de mi caballo, la flor de España, y me ha dicho que no lo hay mejor en *Inglaterra*. Un hombre, además, que si tuviera que quedarse en España, me asegura que compraría mi caballo, y me daría por él lo que le pidiese. ¡Echar a un hombre así! Un hombre de mi sangre, rubio como yo. ¿Quién se atrevería a echarlo de aquí, si yo, el tuerto, me opongo?

Voy a contar una anécdota, relacionada con la circulación de las Escrituras, que no deja de ser rara.

Ya he hablado del molino del puente de Azeca. Trabé amistad con el arrendatario, conocido en el país por don Antero. Un día me llevó aparte, y con gran asombro mío me preguntó si no querría venderle un millar de Testamentos, al mismo precio que los daba a los lugareños, mostrándose dispuesto a pagarlos al contado. Al decir esto, hundió una mano en un bolsillo y extrajo un puñado de onzas. Le pregunté qué motivo le impulsaba a una compra tan importante; dijo que tenía un pariente en Toledo, y, deseando establecerlo, le había parecido lo mejor alquilarle una tienda en la ciudad y que se dedicase a vender Testamentos. Le contesté que no debía pensar en cosa semejante, porque lo más probable era que secuestraran los libros al pretender introducirlos en Toledo, dado lo muy opuestos que eran los curas y canónigos a su difusión.

El hombre no se arredró. Díjome que su pariente podía viajar, lo mismo que yo, y vender libros a los campesinos, con alguna ganancia. Confieso que al principio estuve inclinado a aceptar su ofrecimiento, pero al cabo rehusé, porque no quería exponer a un buen hombre al riesgo de perder dinero y bienes, y acaso la libertad y la vida. También era yo opuesto a vender los libros a precio más elevado, sabiendo que los campesinos no podían pagarlo, y que en tal caso perderían los libros mucha parte de la influencia de que gozaban; su baratura producía impresión en el ánimo del pueblo, y casi la tenían allí por milagrosa, como los judíos al maná que cayó del cielo cuando perecían de hambre, o a la fuente que brotó súbitamente de la dura roca para saciar su sed en el desierto.

Durante todo este tiempo, un labriego iba y venía continuamente entre

Villaseca y Madrid, llevando cargas de Testamentos en un *borrico*. Proseguimos nuestros trabajos hasta que la mayor parte de los pueblos de La Sagra estuvieron provistos de libros, sobre todo, Bargas, Cobeja, Mocejón, Villaluenga, Villaseca y Yuncler. Supimos, por último, que nuestras andanzas eran conocidas en Toledo, donde producían gran alarma, y regresamos a Madrid.

* * *

Notas

1. Alude a Byron. Borrow, citando de memoria, escribe: «Cervantes sneered Spain's chivalry away.» El pasaje de Byron es:

Capítulo XLIV

Aranjuez. — Una advertencia. — Aventura nocturna. — Nueva expedición. — Segovia. — Abades. — Curas facciosos. — López, en la cárcel. — Liberación de López.

El buen éxito que coronó nuestros esfuerzos en La Sagra de Toledo me incitó prontamente a acometer una nueva empresa. Determiné encaminarme a La Mancha, y distribuir la Palabra por los pueblos de aquella provincia. López, que ya había prestado tan importantes servicios en La Sagra, nos acompañó a Madrid, y ansiaba tomar parte en la nueva expedición. Resolví ir por de pronto a Aranjuez, donde esperaba obtener algunas noticias útiles para regular nuestros movimientos ulteriores; Aranjuez está a corta distancia de la raya de La Mancha, y lo cruza la carretera que lleva a esa provincia. Partimos, pues, de Madrid, y en cada pueblo del camino vendimos de treinta a cuarenta Testamentos, hasta llegar a Aranjuez, adonde habíamos enviado por delante un buen repuesto de libros.

Ameno sitio es Aranjuez, aunque abandonado. Allí el Tajo fluye por un delicioso valle, quizás el más fértil de España; y allí surgió, en días mejores para ese país, una pequeña ciudad, con un palacio modesto, pero

muy lindo, sombreado por árboles enormes, donde los reyes venían a explayarse olvidando los cuidados del trono. Allí pasó sus últimos días Fernando VII, rodeado de *señoras* guapas y de toreros andaluces; pero, como dice Schiller en una de sus tragedias: «Los hermosos días de Aranjuez ya se acabaron.» Cuando el sensual Fernando rindió su cuenta postrera, la realeza huyó de allí, y el sitio decayó pronto. Ya no se agolpan en palacio los intrigantes cortesanos; su vasto circo, donde antaño los toros manchegos bramaban furiosos en la lucha, está cerrado; y ya no se oye el leve puntear de las guitarras en sus arboledas y jardines.

Tres días estuve en Aranjuez, durante los que Antonio, López y yo no dejamos en la ciudad ninguna casa por visitar. Hallamos entre los habitantes gran miseria y mucha ignorancia; tropezamos con alguna oposición; sin embargo, plugo al Todopoderoso permitirnos vender unos ochenta Testamentos, comprados todos por la gente más pobre; las personas acomodadas no pusieron atención en la Palabra de Dios, y más bien se mofaban de ella y la ridiculizaban.

Una circunstancia me agradó y contentó en gran manera, a saber: la prueba ocular de que los libros vendidos se leían, y con mucha atención, por los compradores, y que otras varias personas recibían su benéfico influjo. En las calles de Aranjuez, y debajo de los poderosos cedros y gigantescos álamos y plátanos que forman sus hermosos bosques, vi con frecuencia grupos de individuos oyendo leer en alta voz el Nuevo Testamento.

Es probable que, de permanecer más tiempo en Aranjuez, hubiera vendido muchos más de aquellos Divinos Libros; pero ansiaba ganar La Mancha y sus arenosas planicies, y esconderme por una temporada en sus

apartados pueblos, para huír de la tormenta que sentía cernerse sobre mí. Una vez más allá de Ocaña, ciudad fronteriza, sabía yo bien que nada tendría que temer de las autoridades españolas, cuyo poder terminaba allí; el resto de La Mancha hallábase casi por completo en manos de los carlistas, y recorrido por pequeñas partidas de bandidos, de quien esperaba librarme con la protección del Señor. Partí, pues, para Ocaña, distante de Aranjuez tres leguas.

Antonio y yo salimos a las seis de la tarde; muy de mañana, habíamos enviado por delante a López con doscientos o trescientos Testamentos. Dejamos la carretera, y caminamos por un atajo a través de agrestes cerros, y por terreno quebrado y pendiente.

Como íbamos bien montados, llegamos frente a Ocaña cuando acababa de ponerse el sol; el pueblo se alza en un cerro escarpado; un valle profundo se abría entre el pueblo y nosotros; bajamos, hasta llegar a un puentecillo por el que se cruza un riachuelo en el fondo del valle, a muy corta distancia de una especie de arrabal. Cruzamos el puente, y al pasar junto a una casa abandonada, a mano izquierda, un hombre se destacó del hueco de la puerta.

Lo que voy a decir parecerá incomprensible; téngase presente que anda en ello un pueblo harto singular. El hombre se plantó delante del caballo, cerrando el camino, y dijo: *Schophon*, que en hebreo significa conejo. Sabía yo que esta palabra era una contraseña de los judíos, y pregunté al hombre si tenía alguna cosa que advertirme. Dijo así: «No debe usted entrar en esta ciudad, porque le han tendido un lazo. El *corregidor* de Toledo, en quien toda maldad tiene cabida, por agradar a los sacerdotes de María, a quienes escupo al rostro, ha ordenado a los *alcaldes*, *escribanos* y *corchetes* de estas

partes que le echen a usted mano dondequiera que le encuentren, y le manden a Toledo con sus libros y con cuanto le pertenezca. A su criado le prendieron esta mañana en la parte alta del pueblo, cuando iba vendiendo libros por la calle, y ahora le esperan a usted en la *posada*; pero como yo le conocía a usted por lo que me han contado mis hermanos, he estado esperándole aquí unas horas para darle este aviso, y que su caballo vuelva el rabo a sus enemigos y se burle de ellos con un relincho. No tema usted por su criado; el *alcalde* le conoce y le pondrá en libertad; pero usted huya, y que Dios le proteja». Dicho esto, se fué corriendo hacia el pueblo.

No vacilé un momento en seguir su consejo, sabiendo bien que, secuestrados los libros, ya nada podía hacer en aquellos lugares. Retrocedimos en dirección de Aranjuez. Los caballos, a pesar de la naturaleza del terreno, corrían a todo galope; pero no habían terminado nuestras aventuras. A mitad de camino, y a una media legua del pueblo de Ontígola, vimos cerca de nosotros, a mano izquierda, tres hombres sobre un montículo. Hasta donde la obscuridad lo permitía, nos pareció distinguir que estaban al descubierto, pero llevaban sendas escopetas. Eran *rateros*, o salteadores de caminos. Hicimos alto y gritamos:

—¿Quién va?

—¡Qué les importa a ustedes!—respondieron—. Sigan adelante.

Su designio era hacernos fuego desde un sitio en que fuera imposible errar.

Gritamos de nuevo:

—Si no pasáis ahora mismo a la derecha del camino, os pateamos con los cascos de los caballos.

Vacilaron, y al fin obedecieron, porque todos los asesinos son cobardes

y a la menor señal de energía se someten.

Cuando pasábamos al galope, gritó uno, con una palabrota obscena:

—¿Tiramos?

Pero otro dijo:

—¡No, no! ¡Hay peligro!

Llegamos a Aranjuez, donde se nos reunió López a la mañana siguiente temprano, y nos volvimos a Madrid.

Pena me da decir que en Ocaña secuestraron doscientos Testamentos y, sellados, los enviaron a Toledo. López me contó que los hubiera vendido todos en dos horas: tan grande era la demanda. Así y todo, vendió veintisiete en menos de diez minutos.

A pesar del tropiezo de Ocaña no estábamos desanimados, ni mucho menos, y sin perder tiempo empezamos a preparar otra expedición. Al volver de Aranjuez a Madrid, mis ojos habían contemplado muy a menudo la potente barrera de montañas que divide las dos Castillas, y me dije: «¿Por qué no cruzar esas montañas y comenzar mis operaciones al otro lado, en la propia Castilla la Vieja? Allí no me conocen, y será difícil que hayan llegado noticias de mis trabajos. Quizás el enemigo duerme, y antes que se despierte puedo sembrar mucha buena simiente en los pueblos de los castellanos viejos. A Castilla, pues; a *Castilla la Vieja*.» Por consiguiente, el día después de mi regreso despaché varias cargas de libros a diferentes pueblos que me proponía visitar, y envié por delante a López, con su burra bien cargada, y orden de esperarme, en un día señalado, debajo de cierto arco del acueducto de Segovia. También le di orden de ajustar a cuantas personas quisieran cooperar en la distribución de las Escrituras y pareciesen útiles para el caso. Imposible hallar un colaborador

más valioso que López para una expedición de ese género. No sólo conocía muy bien el país, sino que tenía amigos, y hasta parientes, al otro lado de la sierra, y me aseguró que en sus casas nos recibirían siempre muy bien. Partió con grandes bríos, exclamando:

—Tenga buen ánimo, *don Jorge*; antes de que volvamos habremos vendido hasta el último ejemplar de su librería evangélica. ¡Abajo los frailes! ¡Abajo la superstición! *¡Viva Inglaterra! ¡Viva el Evangelio!*

A los pocos días le seguí yo con Antonio. Subimos a la sierra por el puerto que llaman de Peña Cerrada, a unas tres leguas al Este del de Guadarrama. Es muy poco frecuentado, porque la carretera que une ambas Castillas pasa por Guadarrama. Tiene además muy mala reputación: todos dicen que se halla infestado de ladrones. Acababa de ponerse el sol cuando llegamos a la cumbre, y entramos en un espeso y sombrío pinar que cubre enteramente las montañas por la parte de Castilla la Vieja. La bajada no tardó en hacerse tan rápida y pendiente, que de buen grado nos apeamos de los caballos y los obligamos a ir delante. Cada vez nos hundíamos más en el bosque; los pájaros nocturnos empezaron a graznar, y millones de grillos dejaban oír su penetrante chirrido encima, debajo y alrededor nuestro. A veces percibíamos a cierta distancia, entre los árboles, unas llamaradas como de inmensas hogueras.

—Son los carboneros, *mon maître*—dijo Antonio—. No debemos acercarnos porque son gente bárbara, medio bandidos. Han matado y robado a muchos viajeros en estas horribles soledades.

Era noche obscurísima cuando llegamos al pie de las montañas; aún estábamos entre pinares y bosques, que se extendían muchas leguas a la redonda.

—Difícil será que lleguemos a Segovia esta noche, *mon maître*—dijo Antonio.

Así fué, en efecto, porque nos desorientamos, y al llegar, al fin, a un sitio donde se bifurcaba el camino, en lugar de tomar el de la izquierda, que nos hubiese llevado a Segovia, volvimos a la derecha, en dirección de La Granja, adonde llegamos a media noche.

Encontramos en La Granja mayor desolación aún que en Aranjuez. Ambos sitios han padecido mucho con la ausencia de los reyes; pero el primero hasta un grado en extremo aterrador. Los nueve décimos de la población han abandonado el lugar, residencia favorita de Cristina hasta el último pronunciamiento. Tan grande es la soledad de La Granja, que los jabalíes de los bosques vecinos, y especialmente los de una montaña cónica, cubierta por un hermoso pinar, que se alza inmediatamente detrás del palacio, llegan muy a menudo hasta las calles y plazas, y dejan la huella de sus colmillos en los postes de los soportales.

Estuvimos veinticuatro horas en La Granja y continuamos a Segovia. Llegó el día que tenía señalado para reunirme con López. Fuí al acueducto y me senté debajo del arco 107, donde esperé la mayor parte del día; pero López no se presentó. Me levanté y volví a la ciudad.

Esperé dos días en Segovia en casa de un amigo; tampoco recibí noticias de López. Al cabo, por una de las mayores casualidades del mundo, oí a un lugareño que en las cercanías de Abades había unos hombres vendiendo libros.

Abades dista de Segovia unas tres leguas, y hacia allá me puse en camino, así que recibí la noticia, con tres pollinos cargados de Testamentos. Al anochecer llegué a Abades, y encontré a López, con dos

campesinos que había contratado, en casa del barbero del pueblo, donde me alojé también. Llevaba ya vendidos muchos Testamentos en las cercanías, y había empezado a venderlos aquel día en el mismo Abades; pero dos de los tres *curas* del pueblo se lo estorbaron: con horrendas maldiciones condenaban la obra, y amenazaban a López con la muerte eterna por venderla, y lo mismo a cualquiera otra persona que la comprase; López, aterrado, se contuvo en espera de mi llegada. El tercer *cura*, sin embargo, se esforzó cuanto pudo en persuadir al pueblo que adquiriese Testamentos, diciendo que sus colegas eran unos hipócritas, unos malos pastores, que, por mantenerlos en la ignorancia de la palabra y de la voluntad de Cristo, los conducían al infierno. Oídas estas noticias, me encaminé a la plaza, y la misma noche logré vender más de treinta Testamentos. A la mañana siguiente, los dos *curas* facciosos se me metieron en casa; pero en cuanto me levanté para hacerles cara se retiraron y no supe más de ellos, excepto que me anatematizaron más de una vez públicamente en la iglesia; como no me resultó daño alguno, el suceso me preocupó muy poco.

No referiré con detalles los eventos de la siguiente semana; baste decir que, distribuídas mis fuerzas del modo más conveniente, logré, con la ayuda de Dios, vender de quinientos a seiscientos Testamentos en los pueblos enclavados dentro de un radio de siete leguas en torno de Abades. Al cabo de ese tiempo, supe que mis trabajos se conocían ya en Segovia, a cuya provincia pertenece Abades, y que se había enviado al *alcalde* orden de secuestrar cuantos libros hallase en mi poder. Sabido esto, y aunque ya era entrada la noche, levanté el campo con mi gente, llevándonos más de trescientos Testamentos, porque habíamos recibido de Madrid, pocas

horas antes, nueva provisión de ellos. Pasamos la noche al raso, y a la mañana siguiente llegamos a Labajos, pueblo situado en la carretera de Madrid a Valladolid. No vendimos libros en aquel lugar, limitándonos a abastecer desde él de la Palabra de Dios a los pueblos inmediatos; también vendimos libros por los caminos.

No llevábamos en Labajos una semana, trabajando con mucho fruto, cuando el cabecilla carlista Balmaseda, al frente de su caballería, hizo su atrevida incursión por la parte Sur de Castilla la Vieja, arrojándose como un alud desde los pinares de Soria. Presencié los horrores que se siguieron: saqueo de Arévalo; toma de Martín Muñoz. En medio de escenas tan terribles continuábamos nuestra tarea. De pronto, López estuvo tres días perdido, y pasé angustias mortales por su causa, imaginándome que los carlistas le habían fusilado; al cabo supe que estaba preso en Villalos[1], pueblo distante tres leguas de allí. Los pasos que di para librarlo se encuentran detallados en una comunicación que juzgué de mi deber transmitir a lord William Hervey, a la sazón ministro británico en Madrid en reemplazo de sir Jorge Villiers, ya conde de Clarendon.

«Labajos (provincia de Segovia),

23 de agosto de 1838.

Señor: Con su venia me permito llamar su atención sobre los siguientes hechos: El día 21 del corriente supe que un dependiente mío, llamado Juan López, estaba preso en la cárcel de Villalos, provincia de Avila, por orden del *cura* del pueblo. El crimen de que se le acusaba era la venta del Nuevo Testamento. Estaba yo a la sazón en Labajos, provincia de Segovia, y la división del cabecilla faccioso Balmaseda andaba por las inmediaciones. El día 22 monté a caballo y fuí a Villalos, distante tres leguas. A mi llegada

encontré que López había sido trasladado desde la cárcel a una casa particular. Había llegado una orden del *corregidor* de Avila mandando poner en libertad a López y retener tan sólo los libros que se hallaran en su poder. Sin embargo, en abierta oposición a esa orden (de la que le envío copia), el *alcalde* de Villalos, por instigación del *cura*, no permitió al dicho López marcharse del pueblo, ni con dirección a Avila, ni a otro sitio cualquiera. A López le dieron a entender que, como se esperaba la llegada de los facciosos, se proponían denunciarle a ellos como liberal para que lo fusilaran. Teniendo en cuenta estas circunstancias creí de mi deber, como cristiano y caballero, rescatar a mi infeliz criado de tan inicuas manos, y, por tanto, desafiando toda oposición, le saqué de allí, aunque inerme, a través de una turba de cien lugareños cuando menos. Al salir del pueblo grité: *¡Viva Isabel segunda!*

Como creo que el *cura* de Villalos es capaz de cualquier infamia, ruego humildemente a V.E. que haga llegar con prontitud al Gobierno español una copia del anterior relato.

Tengo el honor de ser, como siempre, señor, el más sumiso servidor de V.E.

Jorge Borrow.

Al muy honorable señor William Hervey.»

Libertado López, proseguimos la obra de distribución. Pero de pronto sentí los primeros síntomas de una enfermedad, que me obligaron a volver con premura a Madrid. Ya de vuelta, me atacó una fiebre que me retuvo en el lecho unas semanas. Tuve varios ataques de delirio; durante uno de ellos me imaginé que estaba en la plaza de Martín Muñoz empeñado en una lucha a muerte con el cabecilla Balmaseda.

Apenas me vi limpio de fiebre, se apoderó de mí una melancolía profunda que me imposibilitaba para todo trabajo. Me recomendaron un cambio de lugar y de aires, y me volví a Inglaterra.

* * *

Notas

1. Velayos.

Capítulo XLV

Regreso a España. — Sevilla. — Un perseguidor encarnizado. — La profetisa manchega. — El sueño de Antonio.

El 31 de diciembre de 1838 llegué a España por tercera vez. Estuve en Cádiz un par de días, y fuí a Sevilla, desde donde pensaba trasladarme a Madrid por la posta. Detúveme allí una quincena gozando del clima delicioso de aquel paraíso terrenal y de las embalsamadas brisas del invierno andaluz, como ya hice dos años atrás. Antes de marcharme de Sevilla visité al librero, mi corresponsal, quien me dijo que de los cien ejemplares del Testamento dejados a su cargo, el Gobierno había embargado setenta y siete el verano anterior, que se hallaban en poder del gobernador eclesiástico. Resolví, pues, visitar también a este funcionario, con la mira de hacer averiguaciones respecto de mis bienes.

Vivía en una vasta casa en la *Pajaría*, o mercado de la paja. Era muy viejo, entre los setenta y los ochenta años, y, como la generalidad de cuantos visten hábitos sacerdotales en Sevilla, furioso perseguidor papista. Me figuro que le costaría trabajo creer a sus oídos cuando sus dos sobrinos-nietos, guapos chicos, pelinegros, que estaban jugando en el patio, fueron a decirle que un inglés deseaba hablarle, pues probablemente

era yo el primer hereje que se aventuraba en su vivienda. Hallábase en una sala abovedada, sentado en un gran sillón, con dos secretarios de siniestra catadura, también en hábitos clericales, ocupados en escribir en una mesa delante de él. Me trajo con fuerza a la memoria la imagen del torvo y viejo inquisidor que persuadió a Felipe II para que matase a su propio hijo como enemigo de la Iglesia.

Se levantó al verme entrar, y me contempló con semblante ensombrecido por la sospecha y la contrariedad. Al cabo se dignó señalarme un sofá y empecé a darle cuenta de mi asunto. Mucho se agitó al oírme hablar de los Testamentos; pero en cuanto mencioné a la Sociedad Bíblica, y le dije quién era yo, no pudo contenerse más tiempo: con lengua balbuciente, y los ojos chispeantes como ascuas, empezó a ultrajarnos a la Sociedad y a mí, diciendo que eran execrables los fines de la primera, y que en lo tocante a mí, se sorprendía de que, habiéndome ya una vez alojado en la cárcel de Madrid, me hubiesen permitido salir de ella; añadió que era oprobioso para el Gobierno permitir que una persona de mi condición vagase en libertad por un país inocente y pacífico para corromper a las almas ignorantes y confiadas. Lejos de dejarme desconcertar por su proceder brutal, le repliqué con toda la cortesía posible, y le aseguré que en aquel caso no tenía razón para alarmarse, pues el solo motivo de reclamar los libros era el deseo de aprovechar una oportunidad que entonces se me presentaba para enviarlos fuera del país, como, en efecto, tenía orden oficial de hacerlo. Pero con nada se calmó, y me hizo saber que no devolvería los libros en ningún caso, salvo por orden terminante del Gobierno. Como el asunto no tenía importancia, juzgué lo más cuerdo no insistir, y prudente retirarme antes de que me invitara a hacerlo. Hasta la calle me siguieron su

sobrina y sus nietos, que durante toda la conversación habían estado escuchando en la puerta de la sala sin perder palabra.

Al pasar por la Mancha nos detuvimos cuatro horas en Manzanares, pueblo grande. Hallábame en la plaza de conversación con un cura, cuando un ser harapiento y espantable se presentó: era una muchacha de unos diez y ocho o diez y nueve años, completamente ciega; una telilla blanca le cubría los ojos, grandes, parados. Su tez era tan amarillenta como la de una mulata. Al pronto creí que sería gitana, y hablándole en *gitano* inquirí si era de la casta. Me entendió; pero, moviendo la cabeza, me dijo que era algo mejor que *gitana*, y sabía hablar una lengua superior también a la jerga de los hechiceros, y empezó a hacerme preguntas en un latín extremadamente bueno. Mucho me sorprendí, como era natural; apelando a todo el latín que sabía, la llamé «profetisa manchega», le expresé mi admiración por su mucha sabiduría, y le rogué que me explicase cómo la había adquirido. Debo hacer notar aquí que al momento nos rodeó la multitud, y aunque no entendía ni palabra de nuestro diálogo, rompía en aplausos a cada frase de la muchacha, enorgulleciéndose de poseer una profetisa capaz de contestar al inglés.

Díjome que era ciega de nacimiento, y que un padre jesuíta, compadecido de ella, le enseñó, de niña, la lengua sagrada, para que ganase con más facilidad la atención y los corazones de los cristianos. Pronto descubrí que el jesuíta le había enseñado algo más que latín, pues al saber que yo era inglés, dijo que siempre había profesado gran afecto a mi país, cuna en otro tiempo de santos y de sabios, por ejemplo: Beda y Alcuino, Columbus y Tomás de Cantorbery; pero, añadió, esos tiempos se acabaron con la reaparición de Semíramis (Isabel). Su latín era excelente de veras, y

cuando yo, como un godo auténtico, hablé de Anglia y Terra Vandálica, me corrigió diciéndome que en su lengua esos lugares se llamaban Britannia y Terra Bética. Acabado el coloquio, la profetisa hizo una colecta, y hasta los más pobres dieron algo.

Tras un viaje de cuatro días con sus noches, llegamos a Madrid sin el menor tropiezo, aunque es de estricta justicia hacer notar, y siempre con gratitud al Todopoderoso, que el correo siguiente fué robado. Momentos después de la llegada, me ocurrió un caso singular. Al entrar por el arco de la *posada* llamada de La Reina, donde pensaba alojarme, unos brazos me rodearon, y volviéndome con asombro, reconocí a Antonio, mi criado griego. Estaba muy flaco, mal vestido; los ojos parecían saltársele de las órbitas.

En cuanto estuvimos solos me contó que desde mi partida había pasado muchas miserias y escaseces, sin poder hallar en todo el tiempo amo a quien servir; tanto, que casi había llegado al borde de la desesperación; pero la noche antes de mi llegada tuvo un sueño, y me vió, montado en un caballo negro, llegar a la puerta de la *posada*: por esa razón había estado esperándome allí la mayor parte del día. No pretendo dar una opinión acerca de esta historia, que se sale de los límites de mi filosofía, y me contentaré con decir que en Madrid sólo dos personas conocían mi llegada a España. Con gusto le recibí de nuevo a mi servicio, pues, no obstante sus defectos, me había sido muy útil muchas veces en mis viajes y en mis trabajos bíblicos.

Tan pronto como me instalé en mi antiguo hospedaje, uno de mis primeros cuidados fué visitar a Lord Clarendon. Díjome, entre otras cosas, que había recibido una comunicación oficial del Gobierno, participándole

el embargo de los Testamentos en Ocaña, en las circunstancias ya contadas por mí, y haciéndole saber que, a menos de tomar disposiciones urgentes para llevárselos fuera del reino, serían destruídos en Toledo, donde estaban depositados. Contesté que no me preocupaba el asunto; y que si las autoridades de Toledo, civiles o eclesiásticas, resolvían quemar los libros, mi único deseo era que los entregasen a las llamas con toda la publicidad posible, porque así no harían más que manifestar su diabólico rencor y hostilidad a la Palabra de Dios.

Ansioso de reanudar mis trabajos, apenas llegué a Madrid escribí a López el de Villaseca, para saber si se hallaba pronto a cooperar en la tarea, como en otras ocasiones. Me contestó que estaba muy ocupado en las faenas de la labranza; para llenar su puesto, empero, me envió un labriego viejo, llamado Victoriano López, lejano pariente suyo.

¿Qué es un misionero en el corazón de España, sin caballo? Tal consideración me indujo a comprar uno árabe, de mucha raza, traído de Argel por un oficial de la legión francesa. El corcel, lo mejor que, a juicio mío, ha producido jamás el desierto, se llamaba *Sidi Habismilk*.

* * *

Capítulo XLVI

Se reanuda la obra de propaganda. — Aventura en Cobeña. — El poder del clero. — Autoridades rurales. — Fuente la Higuera. — El contratiempo de Victoriano. — La cárcel del pueblo. — La cuerda. — Un recado de Antonio. — Antonio, en misa.

En el capítulo anterior he dicho que inmediatamente después de llegar a Madrid, comencé a disponerlo todo para inaugurar las operaciones en los contornos de la capital; y no tardé en acometer efectivamente mis trabajos. Un triunfo considerable coronó mis débiles esfuerzos en pro de la buena causa, por lo que ahora, transcurridos algunos años, todavía al volver la vista atrás doy gracias al Omnipotente.

En menos de una quincena recorrimos todos los pueblos que hay dentro de un radio de cuatro leguas al Este de Madrid, y vendimos cerca de doscientos Testamentos. Esos pueblos son casi todos muy pequeños; algunos no tienen arriba de una docena de casas, o más bien chozas miserables. Dejé a Antonio, mi griego, en Madrid, encargado de nuestros asuntos, y yo salí con Victoriano, el lugareño de Villaseca, en la dirección ya mencionada. Pero nos separamos pronto, echando por caminos diferentes.

El primer pueblo en que intenté alguna cosa fué Cobeña, a tres leguas

de Madrid. Iba yo vestido como los campesinos de las cercanías de Segovia, en Castilla la Vieja, a saber, en la cabeza una especie de capacete de piel o *montera*, y el chaquetón y los calzones del mismo material. Esto me daba el aspecto de un hombre entre los sesenta y los setenta años; delante de mí llevaba un *borrico*, con un saco lleno de Testamentos atravesado en el lomo. En las afueras del pueblo encontré a una mujer joven, de muy gentil parecer, que llevaba un niño de la mano. A punto de cruzarme con ella, dirigiéndole la habitual salutación de *¡Vaya usted con Dios!*, la mujer se detuvo, y, tras de mirarme un momento, dijo:

—¡Tío!, ¿qué lleva usted en el *borrico*? ¿Es jabón?

—¡Sí!—repliqué—. ¡Jabón para limpiar las almas!

Me preguntó qué daba a entender con eso, y le dije que llevaba, para vender, libros muy buenos y baratos. Pidió ver uno, y, manifestando un ejemplar que llevaba en el bolsillo, se lo entregué. Al instante comenzó a leerlo en voz alta, y así estuvo lo menos diez minutos, exclamando de vez en cuando: «*¡Qué lectura tan bonita, qué lectura tan linda!*» Por último, como le dije que iba de prisa y no podía aguardar más tiempo, exclamó: «¡Es verdad, es verdad!», y me preguntó el precio del libro. «Sólo tres reales», contesté. A esto repuso que, con ser tan poco lo que yo pedía, era más de lo que tenía proporción de dar, pues en aquellas partes había muy poco o ningún dinero. Dije que lo sentía, pero que me era imposible vender los libros a menos precio, y, tomando el que le había dado, me despedí y la dejé. Pero no había andado treinta varas cuando el niño echó a correr detrás de mí, gritando, casi sin aliento: «¡Párate, tío!, ¡el libro, el libro!» Me dió alcance, pagó los tres *reales* en monedas de cobre, y, apoderándose del Testamento, volvió corriendo hacia la que debía de ser su

hermana, blandiendo el libro sobre su cabeza con gran júbilo.

En llegando al pueblo, dirigí mis pasos a una casa en torno de cuya puerta vi reunida alguna gente, mujeres en su mayoría. Desempaqueté los libros, y, picada al instante su curiosidad, no tardaron en tener cada una un ejemplar en la mano, y muchas leían en voz alta; pero aunque esperé casi una hora, sólo pude vender un ejemplar, quejándose todos amargamente de lo malos que estaban los tiempos y de la casi total carencia de dinero, aunque, a la vez, reconocían que los libros eran de maravillosa baratura y, al parecer, muy buenos y cristianos. Ya iba a recoger la mercancía y a marcharme, cuando de pronto se presentó el cura del pueblo. Examinó los libros un buen rato con gran atención, me preguntó el precio de cada ejemplar, y, al saber que era sólo tres *reales*, replicó que la encuadernación valía más, y mucho temía que no los hubiese robado, por lo que quizás su deber era enviarme a la cárcel por sospechoso; pero añadió que los libros eran buenos libros, comoquiera que los hubiese adquirido, y acabó comprando dos ejemplares. La pobre gente, en cuanto oyó al cura alabar los libros, entró en vivos deseos de adquirirlos, y corrió de aquí para allá en busca de dinero, de modo que se vendieron de veinte a treinta ejemplares casi en un instante. Esta aventura no sólo es un ejemplo del influjo que en España aún conserva el clero en el ánimo del pueblo; pero demuestra que ese influjo no siempre se ejerce en pro del mantenimiento de la ignorancia y de la superstición.

En otro pueblo, al mostrar el Testamento a una mujer, dijo que compraría con gusto un ejemplar para un hijo que tenía en la escuela; pero que antes necesitaba saber si el libro le serviría. Se fué, y a poco volvió con el maestro, seguido de todos sus alumnos; entonces, enseñándole al

maestro el libro, la mujer le preguntó si era a propósito para su hijo. El maestro la llamó necia por hacerle tal pregunta, y dijo que conocía el libro muy bien, y que no lo había igual en el mundo.

Al instante compró cinco ejemplares para sus alumnos, deplorando no tener más dinero, «que a tenerlo—dijo—compraría toda la partida». Oído esto, la mujer compró cuatro ejemplares: uno para su hijo, otro para su «difunto marido», un tercero para sí, y el cuarto para su hermano, a quien, según dijo, esperaba de Madrid aquella noche.

En esta forma proseguimos, aunque no siempre con el mismo éxito. En algunas aldeas, la gente estaba tan pobre y necesitada, que carecía literalmente de dinero; pero aun en tales casos nos las arreglábamos para vender algunos ejemplares, a cambio de cebada y otras especies. Al entrar en una aldehuela, Victoriano se vió detenido por el cura, quien, enterado de lo que vendía, le intimó a marcharse en el acto, ó de lo contrario le haría prender y escribiría a Madrid denunciando sus idas y venidas. La excursión duró unos ocho días. En cuanto volví, envié a Victoriano a Carabanchel, pueblo inmediato a Madrid, el único que por la parte Oeste dejé de visitar el año anterior. En una hora que estuvo allí, vendió veinte ejemplares, y se volvió a Madrid luego, porque era de muy pocos ánimos y tuvo miedo de tropezar con los ladrones que por las noches infestaban el camino.

Poco después de estos sucesos, ocurrió un incidente que quizás haga sonreír al lector inglés; mas no deja de tener interés como muestra de los sentimientos dominantes en algunos de los apartados pueblos de España respecto de cuanto sea novedad o lo parezca, y de las acciones singulares que a veces cometen las autoridades rurales y los curas, sin el más leve temor de que les llame a cuentas; pues como viven completamente aparte

del resto del mundo, se tienen por personas de insuperable importancia, y apenas sueñan que exista un poder superior al suyo propio.

Estaba yo a punto de emprender una excursión a Guadalajara y los pueblos de la Alcarria, distantes de Madrid unas siete leguas; en realidad, sólo aguardaba para salir el regreso de Victoriano, a quien había enviado con unos pocos Testamentos en aquella dirección a manera de explorador, a fin de conocer por sus noticias la disposición de ánimo de la gente respecto de la compra de libros, y poder formar una opinión aproximada acerca del número de ejemplares que necesitaría llevar conmigo. Pero estuve quince días sin recibir noticias suyas, y al cabo, un campesino me trajo una carta, fechada en la cárcel de Fuente la Higuera, pueblo a ocho leguas de Madrid, en la *campiña* de Alcalá: en esta carta me decía Victoriano que ya llevaba ocho días preso, y que si yo no tenía medio de libertarle, permanecería en la cárcel hasta que se muriese de hambre, lo cual ocurriría, sin duda alguna, tan pronto como se le acabase el dinero. De mis averiguaciones posteriores resultó que, pasada la ciudad de Alcalá, empezó a vender libros con muy buen éxito. Todo su repuesto consistía en sesenta y un Testamentos, y en el solo pueblo de Arganza[1] vendió, sin la menor dificultad y sin interrupción, veinticinco; los pobres labriegos le cubrían de bendiciones por proveerles de libros tan buenos a tan bajo precio.

Ya sólo le quedaban diez y ocho libros cuando tomó el camino de Fuente la Higuera. Este pueblo le era bastante conocido por haberlo visitado en otro tiempo cuando recorría aquellos términos vendiendo *cacharras*. Sintió, pues, ciertas inquietudes en el camino, porque el pueblo tuvo siempre mala fama. A la llegada, en cuanto dejó su *caballejo* en la *posada*, fué a ver al *alcalde* y le pidió permiso para vender los libros,

permiso que aquel dignatario otorgó en el acto. Entró luego en una casa y vendió un ejemplar, y lo mismo en otra. Animado por el éxito entró en una tercera, al parecer la del barbero del pueblo. Este personaje acababa de comer y estaba en el zaguán sentado en un sillón de brazos cuando se presentó Victoriano. Era hombre de unos treinta y cinco años, de aspecto truculento y bárbaro. Tomó un Testamento que le ofrecía Victoriano y se puso a examinarlo; pero en cuanto paró los ojos en la portada rompió a reír, exclamando:

—*¡Ja, ja, don Jorge Borrow!* ¡El hereje inglés! ¡Al fin damos con él! ¡Loados sean la Virgen y los Santos! Hace tiempo que aquí estamos esperándoles, y al fin han llegado.

Preguntó el precio del libro, y al saber que era tres *reales* le arrojó dos y salió corriendo de la casa con el Testamento en la mano.

Alarmado Victoriano, decidió marcharse del pueblo lo antes posible. Volvió, pues, precipitadamente a la *posada*, pagó el pienso de su caballo, entró en la cuadra, y echándole el aparejo a las costillas se disponía a salir, cuando de pronto se presentaron el *alcalde* del pueblo, el barbero y hasta doce hombres más, algunos armados con escopetas. En el acto prendieron a Victoriano, embargáronle libros y caballo, y con muchos denuestos llevaron al preso a la que llamaban cárcel, cuarto reducido y húmedo, con una pequeña ventana enrejada, donde le dejaron encerrado. A los tres cuartos de hora volvieron y se lo llevaron a casa del cura, donde estaban reunidos en cónclave; el cura, completamente ciego, presidía, y el sacristán oficiaba de secretario. El barbero formuló su acusación contra el preso, a saber: que le había sorprendido en el acto de vender una versión de las Escrituras en lengua vulgar, y el cura interrogó a Victoriano,

preguntándole su nombre y lugar de residencia. Respondió que se llamaba Victoriano López, y que era natural de Villaseca, en la Sagra de Toledo. El cura le preguntó entonces qué religión profesaba, y si era mahometano o francmasón; el preso contestó que católico romano. Debe advertirse que Victoriano, aunque bastante listo, era un pobre labrador de sesenta y cuatro años, y hasta aquel momento no había oído hablar de mahometanos ni francmasones. El cura se enojó, le llamó *tunante*, y dijo: «Ha vendido usted su alma a un hereje; hace mucho tiempo que conocemos su conducta de usted y la de su amo. Usted es el mismo López a quien rescató el año pasado de la cárcel de Villalos, en la provincia de Avila. Deseo de todas veras que intente hacer aquí la misma cosa.»

«¡Sí, sí!—exclamaron los demás del cónclave—: que se atreva a venir y regará con su sangre esas piedras». Así estuvieron hablando cerca de media hora. Al cabo, levantaron la sesión, llevando de nuevo a Victoriano a su encierro.

Mientras estuvo preso vivió con regular comodidad, porque llevaba algún dinero. Dos veces al día le enviaban la comida de la *posada*, donde su caballo permanecía en secuestro. Una o dos veces pidió permiso al *alcalde*, que le visitaba a diario mañana y noche con su escolta armada, para comprar papel y pluma con el fin de escribir a Madrid; pero le negaron en absoluto ese favor, y a todos los habitantes del pueblo se les prohibió, bajo terribles penas, proveerle de los medios de escribir ni llevar recado suyo más allá de las cercas del lugar; debajo de la ventana de su encierro pusieron dos chicos de plantón para estar a la mira de cuanto le llevasen.

Ocurrió un día que, teniendo Victoriano necesidad de una almohada, envió a decir a la gente de la *posada* que le mandasen las *alforjas*. En ellas

había por casualidad una cuerda que en España llaman *soga*, con la que acostumbraba sujetarlas al lomo de la jaca. Los chicos, al ver colgar de las *alforjas* la punta de la cuerda, corrieron a decírselo al *alcalde*.

Ya entrada la noche, el *alcalde* visitó al prisionero, a la cabeza de sus doce hombres, como de costumbre.

—*Buenas noches*—dijo el *alcalde*.

—*Buenas noches tenga usted*—contestó Victoriano.

—¿Para qué ha mandado usted buscar una *soga* esta tarde?—preguntó el funcionario.

—Yo no he mandado por la *soga*—respondió el preso—. Mandé por las *alforjas* para que me sirvan de almohada, y la cuerda estaba dentro por casualidad.

—Es usted un bribón, embustero, mal intencionado—replicó el alcalde—. Usted pretende ahorcarse para perdernos a todos, porque nos echarían la culpa de su muerte. Deme la *soga*.—El mayor insulto que puede hacerse a un español es acusarle de intentar suicidarse. El pobre Victoriano, presa de violenta cólera, le disparó al *alcalde* varios nombres poco corteses, sacó la *soga* de las alforjas y se la tiró a la cabeza, diciéndole que se la llevase para emplearla en su propio cuello.

Al fin, los dueños de la *posada* se apiadaron del preso, percatándose de que le maltrataban sin motivo; resolvieron, pues, darle ocasión de informar a sus amigos de lo que le sucedía, y le mandaron plumas y tintero dentro de un pan, y un pedazo de papel diciendo que este último era para cigarros.

Victoriano escribió la carta; pero surgió la dificultad de enviarla a su destino, porque nadie del pueblo quería llevarla a ningún precio. Aquella buena gente convenció a un soldado cumplido, de otro pueblo, que por

ventura estaba en Fuente la Higuera en busca de trabajo, para que se encargase de llevar la carta, asegurándole que le pagarían bien. El hombre, aprovechando una ocasión, recibió la carta de Victoriano por la ventana, anduvo toda la noche sin parar y me la entregó sin contratiempo en Madrid.

Así quedé libre de la ansiedad en que estaba y sin ningún temor acerca de la conclusión del asunto. Al instante fuí a ver a un amigo, con grandes posesiones en las cercanías de Guadalajara, provincia a que pertenece Fuente la Higuera, quien me dió cartas para el gobernador civil de Guadalajara y para las principales autoridades; estas cartas se las entregué a Antonio, que solicitó encargarse del cometido de libertar al preso. Se encaminó lo primero a Fuente la Higuera, donde, encontrándose en casa del *alcalde*, le dijo resueltamente a lo que iba. El *alcalde*, creyendo que yo estaría para llegar con un ejército inglés a fin de rescatar al preso, se alarmó mucho, y al instante envió a su mujer a convocar la escolta; pero al asegurarle Antonio que no había propósito de emplear la violencia, se tranquilizó algo. A poco, Antonio fué citado ante el cónclave y su ciego y sacerdotal presidente. Al principio quisieron asustarle alzando mucho la voz, y hablando de la necesidad de matar a todos los extranjeros, y en especial al aborrecido *don Jorge* y sus dependientes. Pero Antonio, que no era hombre para dejarse intimidar tan fácilmente, se burló de sus amenazas, y, enseñándoles las cartas que llevaba para las autoridades de Guadalajara, dijo que pensaba ir allá a la mañana siguiente y denunciar su conducta ilegal; añadió que era súbdito turco, y que si se atrevían a cometer con él la más leve desconsideración escribiría a la Sublime Puerta, junto a la que los más poderosos reyes del mundo son pobres gusanos, y no dejaría de vengar

los agravios hechos a su hijo, dondequiera que estuviese, en forma demasiado terrible para mencionada. Luego se volvió a la *posada*. El cónclave quedó deliberando a solas, y resolvió enviar el prisionero a Guadalajara al otro día, poniéndolo en manos del gobernador civil.

No obstante, para conservar una apariencia de autoridad, pusieron dos hombres armados a la puerta de la *posada* donde vivía Antonio, como si también estuviese preso. Los hombres, cada vez que el reloj daba la hora, exclamaban: «*¡Ave María!* ¡Mueran los herejes!» Por la mañana temprano, el *alcalde* se presentó en la *posada*; pero antes de entrar dirigió desde la puerta un discurso a la gente que había en la calle, diciendo entre otras cosas: «Hermanos, estos individuos han venido a robarnos nuestra religión.» Entró luego en el aposento de Antonio, y tras de saludarle con gran cortesía le invitó a ir con él a la iglesia a oír la misa mayor, que estaba para empezar. A esto, Antonio, aunque ciertamente no era un traga-misas, se levantó y fué con él, y permaneció dos horas, según me contó luego, de rodillas en las frías losas, muy a disgusto; los fieles no le quitaron ojo durante todo el tiempo.

Después de la misa almorzó y se fué a Guadalajara. Victoriano había salido ya con escolta. En llegando, presentó las cartas a las personas a quien iban dirigidas. Al gobernador civil le dió un ataque de risa al oír de labios de Antonio el relato de lo sucedido. Victoriano fué puesto en libertad, y los libros, retenidos bajo secuestro en Guadalajara; el gobernador declaró, no obstante, que si bien su deber era retenerlos por el momento, me los enviarían en cuanto yo quisiese reclamarlos; añadió que haría lo posible para castigar severamente a las autoridades de Fuente la Higuera, porque en todo aquel caso habían procedido en forma tiránica y cruelísima,

excediéndose de sus atribuciones. Así terminó el asunto; uno de esos menudos incidentes que alternan en la vida del misionero en España.

* * *

Notas

1. ¿Daganzo?

Capítulo XLVII

Término de nuestros trabajos rurales. — Alarma del clero. — Una nueva tentativa. — Triunfo en Madrid. — Duende o alguacil. — El bastón de mando. — El corregidor. — Una explicación. — El Papa en Inglaterra. — La exposición del Evangelio. — Obras de Lutero.

Proseguimos la tarea de repartir las Escrituras, con éxito vario, hasta mediados de marzo, en que resolví marcharme a Talavera para ver si era posible hacer algo en esa ciudad y sus cercanías. Salí, por tanto, en aquella dirección acompañado de Antonio y de Victoriano. Al paso nos detuvimos en Navalcarnero, pueblo grande, a cinco leguas al Oeste de Madrid, donde permanecí tres días, enviando a Victoriano a las aldeas circunyacentes con pequeñas partidas de Testamentos. La Providencia, que hasta entonces nos favoreció por modo tan notable en nuestras expediciones rurales, nos retiró su apoyo, y nos redujo a terminarlas de repente, porque en todos los lugares donde poníamos a la venta los escritos sagrados eran en el acto embargados por personas que, al parecer, estaban en acecho; eventos que me obligaron a variar el propósito de ir a Talavera y a regresar sin dilación a Madrid.

Supe posteriormente que, alarmado el alto clero por nuestra campaña

al otro lado de Madrid, presentó una queja en forma ante el Gobierno, quien envió inmediatamente órdenes a los *alcaldes* de los pueblos, grandes y chicos, de Castilla la Nueva, para que secuestrasen los Testamentos en cuanto salieran a la venta; pero amonestándoles, al mismo tiempo, para que pusieran el mayor cuidado en no detener ni maltratar a la persona o personas que intentasen venderlos. Una puntual reseña de mi persona acompañaba a las órdenes, y se exhortaba a las autoridades, lo mismo civiles que militares, a tener mucho cuidado conmigo y con mis mañas y maquinaciones, porque, como el documento decía, un día estaba yo en un sitio y a la mañana siguiente en otro distante del primero veinte leguas.

Este golpe no me desalentó mucho ni realmente me cogió de sorpresa. Resolví, con todo, variar de campo de acción y no exponer los libros sagrados a un secuestro a cada paso que diera para difundirlos. En mis últimas tentativas consagré mi atención exclusivamente a los pueblos y a las ciudades pequeñas, en las que le era muy fácil al Gobierno frustrar mis esfuerzos mediante circulares a las autoridades locales, puestas así sobre aviso, y cuya vigilancia era imposible burlar, pues cualquier novedad ocurrida en un pueblo pequeño se esparce sin tardanza. El caso sería muy distinto tratándose de la muchedumbre de la capital, donde podía continuar mis trabajos con relativo secreto. Formé el plan de abandonar los distritos rurales y ofrecer en Madrid el sagrado libro de casa en casa al mismo reducido precio que en los campos. Sin dilación llevé a efecto mi plan.

Como tenía muchos conocimientos en el pueblo bajo, escogí ocho personas inteligentes para que cooperasen en mi tarea; cinco de ellas eran mujeres. A todos los proveí de Testamentos y los repartí por todos los

barrios de Madrid. El resultado de sus esfuerzos superó mis esperanzas. Menos de quince días después de volver de Navalcarnero se habían vendido en las calles y avenidas de Madrid cerca de seiscientos ejemplares de la vida y palabras del Nazareno; hecho que se me permitirá mencionar con júbilo y con el regocijo conveniente en el Señor.

Una de las calles más ricas es la calle de la Montera, donde residen los principales comerciantes y tenderos de Madrid. Es, en efecto, la calle del comercio, y por tal motivo, como por ser un lugar favorito de los paseantes, corresponde a la muy famosa Nefsky de San Petersburgo. Cada casa de esa calle recibió un Testamento, y lo mismo puede decirse de la Puerta del Sol. Más: en algunas ocasiones, cada habitante de la casa, hombres y niños, criados y criadas, adquirió un ejemplar. Antonio, el griego, hizo maravillas en ese barrio; es de justicia decir que, a no ser por su mediación, en muchos casos no habría podido yo dar tan buena cuenta de la difusión de la Biblia en España. Hubo un tiempo en que tenía yo la costumbre de decir: «tenebroso Madrid», expresión que, gracias a Dios, era ya de abandonar, porque sería poco justo seguir llamando tenebrosa a una ciudad en la que estaban en circulación y en uso diario mil trescientos Testamentos por lo menos.

Entonces utilicé una partida de Biblias que me habían mandado en rama desde Barcelona en los comienzos del año anterior. La demanda de las Escrituras completas era grande; tanto, que no podíamos dar abasto, y los libros se vendían más de prisa de lo que tardaban en encuadernarlos los hombres empleados en esta tarea. Un pedido de veintiocho ejemplares me lo pagaron por adelantado. Muchas de estas Biblias fueron a parar a las mejores casas de Madrid. El marqués de... tenía una familia numerosa; pero

todos sus individuos, viejos y jóvenes, poseían una Biblia y un Testamento, por recomendación, cosa rara, del capellán de la casa. Uno de mis agentes más celosos en la propaganda de la Biblia fué un eclesiástico. Nunca salía a la calle sin un ejemplar debajo del manteo, y a la primera persona que le parecía poder comprarlo se lo ofrecía. Otro colaborador excelente fué un noble de Navarra, ya anciano, riquísimo, que continuamente adquiría ejemplares por su cuenta para mandarlos, según me dijeron, a su provincia natal y repartirlos entre sus amigos y los pobres.

Cierta noche me retiré a descansar algo más pronto que de costumbre, sintiéndome ligeramente indispuesto. Dormí con profundo sueño unas horas, y de pronto me desperté al sentir abrirse la puerta del cuartito en que descansaba. Me incorporé, y vi entrar en el cuarto a María Díaz con una luz en la mano. Observé que sus facciones, notables por su calma y placidez habituales, parecían un tanto alteradas.

—¿Qué hora es—pregunté—y qué pasa?

—*Señor*—respondió cerrando la puerta y acercándose a la cama—, es cerca de media noche; pero acaba de llegar un policía que quiere verle a usted. Le he dicho que era imposible, porque estaba usted en la cama, y me ha contestado, después de estornudar en mi misma cara, que le vería a usted aunque estuviese de cuerpo presente. Tiene todo el aire de un duende y me ha asustado. Ya sabe usted que yo no soy miedosa, *don Jorge*; pero confieso que cada vez que veo a uno de esos malvados polizontes me faltan los ánimos; los conozco demasiado bien y sé de lo que son capaces.

—¡Bah!—dije yo—. No tenga usted miedo; que entre; no le temo, sea *alguacil* o duende. Pero quédese usted a la puerta para ser testigo de lo que ocurra, porque es muy probable que venga a molestarme a esta hora

intempestiva buscando la ocasión de dar malos informes de mí a sus jefes, como hizo aquel otro individuo la vez pasada.

La patrona salió del aposento, y oí que decía una o dos palabras a alguien en el pasillo; sonó luego un estruendoso estornudo, y un instante después apareció en la puerta una figura rara. Era un hombre muy viejo, de largos cabellos blancos, que se escapaban por debajo de las alas de un sombrero extremadamente picudo. Iba muy encorvado y avanzaba con lentitud. No pude verle bien la cara, que, por hallarse la patrona detrás de él con la luz, quedaba en profunda sombra. Observé, sin embargo, que sus ojos chispeaban como los de un hurón. Se acercó a los pies de la cama, en la que aún permanecía yo preguntándome lo que tan extraña visita pudiera significar; allí se detuvo, mirándome durante un minuto por lo menos, sin proferir una sílaba. De pronto adelantó una mano seca y rugosa, que hasta entonces tuvo oculta bajo la capa, y me apuntó al rostro con una especie de bastoncillo con remate de metal, como si fuese a empezar un exorcismo. Pareció que iba a hablar; pero las palabras, si quiso decir alguna, fueron ahogadas al nacer por un estornudo que de pronto se le escapó, tan violento, que la patrona se echó para atrás, exclamando: «*¡Ave María purísima!*», y a poco deja caer la luz con el susto.

—Buen hombre—dije yo—, ¿qué significa esta ridícula aparición? Si tiene usted algo que decirme, despache pronto y váyase a sus asuntos. No me encuentro bueno y está usted privándome del descanso.

—En méritos de este bastón—dijo el viejo—y por la autoridad que me confiere para decir y hacer lo que convenga, le mando, ordeno y requiero para que mañana, a las once, comparezca en el despacho de mi señor el *corregidor* de esta villa de Madrid, para que con la humildad y reverencia

debidas oiga usted lo que tenga a bien decirle, y, si fuese necesario, se someta a recibir los castigos que sus delitos, leves o enormes, merezcan. *Tenez, compère*—añadió en perverso francés—, *voilà mon affaire; voilà ce que je viens vous dire*.

En diciendo esto, me miró un momento, inclinó por dos veces la cabeza, metió de nuevo el bastón dentro de la capa y salió del cuarto y de la casa, lanzando en el pasillo un estornudo de despedida.

Al día siguiente, a las once en punto, me presenté en las oficinas del *corregidor*. Ya no ocupaba el cargo el mismo individuo en cuya cólera incurrí en otra ocasión y que tuvo a bien encarcelarme, sino otro distinto, creo que catalán, cuyo nombre también he olvidado. En aquella época, los cargos se daban y se quitaban de la noche a la mañana, y quien se sostenía en alguno de ellos siquiera un mes, podía considerarse funcionario antiguo. No tuve que esperar; en cuanto di mi nombre me llevaron a presencia del *corregidor*, personaje de unos cincuenta años, de buen parecer, corpulento y bien vestido. Cuando entré escribía en un bufete; pero casi al instante se levantó y vino hacia mí. Me clavó los ojos en el rostro, y yo, sin cortarme, puse los míos en el suyo. Quizás esperaba una actitud menos firme, y verme temblar y rebajarme ante él; se juzgó, pues, desacatado en su propia madriguera, y su levadura española antigua fermentó. Se tiró de las patillas con furia, y dirigiéndome una mirada colérica dijo:

—*Escuchad*: tengo que hacerle a usted una pregunta.

—Antes de responder a las preguntas de vuecencia—dije—voy a tomarme la libertad de dirigirle una: ¿Qué ley o qué razón hay para que a un hombre pacífico y extranjero vayan a molestarle a media noche unos

duendes con el requerimiento de presentarse en una oficina pública como si fuese un delincuente?

—No dice usted la verdad—exclamó el *corregidor*—. La persona que fué a requerirle a usted no es un *duende*, sino uno de los empleados más antiguos y respetables de esta casa, y, lejos de enviarle a media noche, faltaban por mi reloj veinticinco minutos para esa hora, y como usted vive cerca de aquí, debió de llegar a su casa lo menos diez minutos antes de media noche; de modo que no es exacto lo que usted dice, ni guarda usted miramientos con la verdad.

—Esa diferencia no importa nada—repliqué—. A mí me molesta lo mismo que me interrumpan el sueño a las doce de la noche que a las doce menos diez. Respecto al emisario, podría no ser un duende, pero lo parecía, y con seguridad se propuso asustar a la dueña de la casa, como lo consiguió, hasta el punto de que casi se desmaya, a fuerza de muecas horribles, de estornudos y aspavientos.

El corregidor.—Es usted un... ¡No sé lo que iba a decir! ¿Ignora usted que puedo mandarle a la cárcel?

Yo.—Tiene usted veinte *alguaciles* que acudirán a la primera señal, y, por tanto, es claro que puede usted prenderme, como hizo su antecesor, que casi perdió el puesto por eso; pero usted sabe perfectamente que no tiene derecho para hacerlo, porque no estoy bajo su jurisdicción, sino bajo la del capitán general. Si he obedecido su requerimiento ha sido porque tengo mucha curiosidad de saber lo que usted necesita de mí, y no por otra cosa. En cuanto a lo de prenderme, permítame usted decirle que cuenta con mi pleno consentimiento para ello; en la cárcel es donde se encuentra en Madrid la gente más cortés; y como ahora estoy compilando el

vocabulario de los ladrones madrileños, tendré, si me llevan a la cárcel, una excelente ocasión de completarlo. Hasta en la cárcel se puede aprender mucho; porque, como dicen los gitanos, «perro que mucho corretea encuentra hueso».

El corregidor.—Ese lenguaje no es propio de un caballero. ¿Olvida usted dónde está y con quién habla? ¿Es este un lugar adecuado para hablar de gitanos y de ladrones?

Yo.—No conozco, a la verdad, otro más a propósito, no siendo la cárcel. Pero estamos perdiendo el tiempo, y ansío saber para qué me han llamado, si por delitos leves o enormes, como decía el emisario.

Tardé bastante tiempo en arrancar al enojado *corregidor* las noticias pedidas; al fin las obtuve. Resultaba que una caja de Testamentos enviada por mí a Navalcarnero fué embargada por las autoridades locales, y después de retenerla allí unos días la devolvieron a Madrid consignada al *corregidor*. Estando la caja en las mensajerías, entró allí Antonio para otro asunto; la reconoció, y en el acto la reclamó como de mi pertenencia, llevándosela a mi almacén después de pagar el porte. Tan poca importancia dió al suceso, que no me habló de él. Pero el pobre *corregidor* estaba convencido de que todo ello era una profunda maquinación para robarle y burlarnos de él. Dejábase llevar de una excitación casi frenética, y pateaba el suelo, exclamando:

—*¡Qué picardía! ¡Qué infamia!*

—Este es el antiguo sistema—pensé yo—de prejuzgar a las gentes y de imputarles motivos y acciones con los que nunca han soñado.

Díjele con franqueza que ignoraba en absoluto el hecho por que se sentía agraviado; pero que si practicadas las averiguaciones convenientes

resultaba que, en efecto, mi criado se había llevado la caja del lugar adonde la habían expedido, yo haría que la devolvieran en el acto, aunque era mía propia.

—Tengo un gran repuesto de Testamentos—dije—y puedo dejar que se pierdan cincuenta o ciento. Soy hombre de paz y deseo no tener disputas con las autoridades por causa de un cajón viejo y de una partida de libros cuyo valor no llega por junto a cuarenta duros.

Me miró un instante como si dudase de mi sinceridad, y luego, tirándose otra vez de las patillas, me atacó en otro terreno:

—*Pero ¡qué infamia, qué picardía!* Venir a España a cambiar la religión del país. ¿Qué diría usted si los españoles fuesen a Inglaterra con propósito de quitar el luteranismo establecido allí?

—Serían muy bien recibidos—repliqué—, especialmente si intentaban hacerlo por la difusión de la Biblia, el libro de todos los cristianos, como los ingleses hacen en España. Pero vuecencia ignora quizás que el Papa tiene campo libre y libre acción en Inglaterra, y se le permite convertir todos los días a cuantos luteranos quieren volverse a él. No puede, sin embargo, alabarse de grandes triunfos; el pueblo ama demasiado la luz para abrazar las tinieblas, y se reiría de la idea de cambiar las gracias del Evangelio por las ceremonias y observancias supersticiosas de la Iglesia de Roma.

Al repetirle la promesa de devolver en seguida la caja y los libros, el *corregidor* se dió por satisfecho y repentinamente se mostró por demás condescendiente y amable: llegó hasta decirme que dejaba por completo a mi resolución lo de devolver los libros o no.

—Antes de que se vaya usted—continuó—deseo decirle que, en mi opinión particular, es sumamente recomendable en todos los países la

tolerancia religiosa plena, y dejar que cada sistema religioso perezca o se sostenga según sus propios méritos.

Tales fueron las últimas palabras del *corregidor* de Madrid, que no sé si expresarían su opinión particular; pero que, ciertamente, se fundaban en el buen sentido y la razón. Le saludé respetuosamente y me fuí; cumplí mi promesa respecto de los libros, y el asunto quedó terminado.

Por aquel tiempo llegué casi a creer que se iniciaba una reforma religiosa en España; y, realmente, llegaron a mi noticia ciertos hechos, que, si me los hubieran pronosticado un año antes, con dificultad los hubiese creído.

El lector quedará sorprendido cuando sepa que en dos iglesias de Madrid los respectivos curas explicaban regularmente el Evangelio los domingos por la tarde a una veintena de chicos, provistos de sendos ejemplares de la edición hecha por la Sociedad Bíblica en Madrid en 1837. Las iglesias eran las de San Ginés y Santa Cruz. Creo modestamente que este solo hecho pagaba con creces todas las expensas causadas a la Sociedad por su empeño de introducir el Evangelio en España; pero, sea de ello lo que fuere, es lo cierto que a mí me recompensaba sobradamente todos los afanes y disgustos pasados. Sentí entonces que, en cualquier momento en que me viese obligado a abandonar mis trabajos en la Península, lo haría sin murmurar, lleno el corazón de gratitud hacia el Señor por haberme permitido a mí, vaso inútil, ver, cuando menos, germinar algo de la semilla que durante dos años había estado arrojando sobre el pedregoso suelo del interior de España.

Cuando pienso en las dificultades que obstruían nuestro camino, me cuesta a veces trabajo creer todo lo que el Omnipotente nos permitió llevar

a cabo durante el año que acababa de pasar. Una edición copiosa del Nuevo Testamento se había casi agotado en el centro mismo de España, a despecho de la oposición y del clamor furibundo de un clero bárbaro y de las órdenes de un Gobierno falaz; y germinaba el espíritu de examen en materia religiosa, que tarde o temprano llevaría, así lo esperaba yo fervientemente, abundantísimos frutos de bendición. Hasta allí, el nombre más aborrecido y temido en aquellas partes de España era el de Martín Lutero, a quien en general se le consideraba como un demonio, primo hermano de Belial y Beelzebub, que, bajo la apariencia de hombre, había escrito y predicado blasfemias contra el Altísimo; pero ahora, cosa singular, se hablaba de ese personaje, execrado en otro tiempo, con no pequeñas señales de respeto. No pocas veces me visitaban, Biblia en mano, personas que con tantas veras como simplicidad me preguntaban por los escritos del gran doctor Martín, a quien, por cierto, algunos le creían aún vivo.

No estará de más hacer notar aquí que de todos los nombres relacionados con la Reforma, el único conocido en España es el de Lutero; permítaseme añadir que a ningún escrito de controversia, con excepción de los suyos, se le concedería probablemente la menor fuerza ni autoridad, por grande que fuese su mérito intrínseco. El género de opúsculos que comúnmente se escriben para declarar los errores del papismo no producirá, por tanto, mucho beneficio en España, al paso que podría conseguirse bastante provecho con traducciones bien hechas de las obras de Lutero, seleccionadas con tino.

* * *

Capítulo XLVIII

Proyecto de viaje. — Una escena sangrienta. — El fraile. — Sevilla. — Bellezas de Sevilla. — Naranjos y flores. — Murillo. — El Angel de la guarda. — Dionysius. — Mis coadyuvantes. — Demanda de Biblias.

A mediados de abril llevaba ya vendidos tantos Testamentos como, a mi parecer, podían colocarse en Madrid; retiré, pues, mi gente, porque temía saturar el mercado, y desacreditar el libro haciéndolo demasiado común. Me quedaba sólo un millar de ejemplares de la edición que saqué dos años antes; en cuanto a la Biblia, todos los ejemplares se habían vendido; la demanda era mucha todavía, pero no me fué posible atenderla.

Resolví marcharme a Sevilla y llevar los ejemplares del Testamento que me quedaban, porque allí se había hecho muy poca propaganda. Pronto estuvieron terminados mis preparativos. Los caminos estaban entonces peligrosísimos, razón por la que pensé incorporarme a un convoy próximo a partir para Andalucía. Pero dos días antes de ponerse en camino, comprendí que el número de personas dispuestas como yo a utilizar el convoy sería probablemente muy grande; pensé en la lentitud de ese modo de viajar, y recordando además los insultos que los paisanos tenían que soportar con frecuencia de los soldados y subalternos, resolví aventurarme

a hacer el viaje en el coche correo. Llevé a cabo mi determinación. Antonio, a quien conservé a mi servicio, y los dos caballos, se fueron con el convoy, y yo salí pocos días después con el correo. Hicimos todo el viaje sin el menor accidente: una vez más me acompañó mi prodigiosa buena suerte. Con razón la llamo prodigiosa, pues iba recorriendo la madriguera de un león; toda la Mancha, con excepción de unos pocos lugares fortificados, estaba una vez más en manos de Palillos y de sus forajidos, quienes, cuando lo tenían a bien, detenían el correo, quemaban el coche y las cartas, asesinaban a la mezquina escolta, y si por casualidad iba algún viajero, se lo llevaban al monte, poniéndole luego en la alternativa de rescatarse por un precio enorme o de pegarle cuatro tiros en la cabeza, como dicen los españoles.

La parte alta de Andalucía caía rápidamente en tan mala situación como la Mancha. La última vez que había pasado el correo, seis ladrones a caballo le atacaron en el desfiladero del Rumblar; la escolta se componía de otros tantos soldados; pero los ladrones se lanzaron de súbito al galope desde detrás de una *venta* solitaria, los cogieron de sorpresa, porque los cascos de los caballos no hacían ruido en el suelo arenoso, y los arrojaron al suelo. Los soldados, menos dos que se escaparon por entre las peñas, fueron desarmados en el acto y atados a los olivos. Allí los escarnecieron y atormentaron los ladrones, o más bien asesinos, porque a la media hora los fusilaron; al cabo le volaron la cabeza de un trabucazo. Entonces los ladrones quemaron el coche, pegando fuego a las cartas con la mecha de encender los cigarros. Al correo le salvó la vida uno de la cuadrilla, que había sido en otro tiempo postillón suyo; pero le robaron, dejándole desnudo. El infeliz, al pasar de nuevo por el lugar de la carnicería, lloraba, y,

aunque español, maldecía a España y a los españoles, diciendo que pensaba irse muy pronto a Morería, confesar a Mahoma y seguir la ley de los moros, porque cualesquiera país y religión eran mejores que los suyos. Nos indicó el árbol donde había muerto el cabo; a pesar de lo mucho que había llovido, el suelo estaba todo alrededor saturado de sangre; un perro roía un pedazo del cráneo de aquel desventurado. Hizo con nosotros todo el viaje desde Madrid a Sevilla un fraile misionero que iba a las islas Filipinas, *para conquistar*, tales eran sus palabras, supongo que quería decir para predicar a los indios. Durante el viaje entero dió muestras de un miedo abyecto; tan impresionado iba, que se puso a la muerte y tuvimos que detenernos dos veces en el camino y tenderlo entre los verdes trigos. Decía que si los facciosos le echaban mano, era clérigo muerto, pues tras de hacerle decir una misa, le volarían con pólvora. Había sido, según me dijo, profesor de Filosofía en un convento de Madrid, me parece que el de Santo Tomás, antes de que los suprimieran; pero estaba en la mayor ignorancia respecto de las Escrituras, confundiéndolas con las obras de Virgilio.

Paramos en Manzanares, como de costumbre; era la mañana de un domingo, y la plaza estaba llena de gente. Me reconocieron al momento, y veinte pares de piernas salieron corriendo en el acto en busca de la profetisa, que no tardó en presentarse en la casa donde habíamos entrado a almorzar. Nos saludamos con gran efusión, y luego, en su latín, fué dándome cuenta de todo lo sucedido en el pueblo desde mi última visita, y oí las atrocidades cometidas por los facciosos en las cercanías. La convidé a almorzar y la presenté al fraile, a quien se dirigió en estos términos: *Anne Domine Reverendissime facis adhuc sacrificium?* El fraile no la entendió, y, encendido en cólera, la anatematizó por bruja y la mandó marcharse. La

ciega no se desconcertó, y se puso a cantar en versos castellanos improvisados las alabanzas de los frailes y de los conventos. Al marcharnos le di una *peseta*, con lo que rompió en llanto y me suplicó que no dejase de escribir si llegaba en salvo a Sevilla.

Llegamos a Sevilla sin novedad, y me despedí del fraile, diciéndole que esperaba encontrarle de nuevo en Filipinas. Como pensaba quedarme en Sevilla unos meses, decidí alquilar una casa, para vivir con más independencia y economía que en la *posada*. No tardé en encontrar una que por todos conceptos me convenía. Estaba en la plazuela de la Pila Seca, barrio apartado, en las inmediaciones de la catedral, y a corta distancia de la Puerta de Jerez. Pocos días después llegó Antonio con los caballos y me instalé en mi casa.

Una vez más me encontraba en la hermosa Sevilla, con tiempo y comodidad bastantes para gozar de sus encantos y de sus deliciosos alrededores. Por desgracia, al tiempo que llegué y durante la quincena siguiente el cielo de Andalucía, tan radiante de ordinario, se cubrió de negras nubes que descargaron chaparrones tremendos, tales como muy pocos sevillanos recordaban haberlos visto nunca.

El temporal causó no pocos daños en la campiña, y el Guadalquivir, que durante la estación lluviosa es un río muy rápido e impetuoso, se salió de madre y amenazó con una inundación. Es verdad que a ratos escampaba, y el sol, manifestándose en su tabernáculo de nubes, animaba todas las cosas con sus rayos de oro e incitaba a la mariposa a salir de su madeja, y al lagarto, de la cavidad del árbol; yo me aprovechaba sin falta de esas claras para dar un rápido paseo.

¡Oh, cuán placentero es, sobre todo al venir la primavera, vagar por las

márgenes del Guadalquivir! No lejos de la ciudad, río abajo, hay un parque llamado *Las Delicias*. Fórmanlo árboles de varias especies, pero los álamos y olivos predominan. Largos senderos umbríos lo atraviesan. Ese parque es el paseo favorito de los sevillanos; en él se congrega en ocasiones cuanta belleza y bizarría encierra la ciudad. Allí las ojinegras damas andaluzas se pasean con el gracioso prendido de las *mantillas* de encaje; allí los jinetes andaluces galopan en sus corceles de sangre mora, de luenga cola y espesa crin. Cuando el sol se pone, el panorama que ofrece la ciudad, mirada desde ese sitio, es de inefable hermosura. A lo lejos se yergue la corpulenta Torre del Oro, empleada ahora como aduana, principal defensa de la ciudad en tiempo de los moros. Se alza al borde del río, como gigante centinela, y es el primer edificio que atrae la mirada del viajero cuando remonta el río hacia Sevilla. En la otra margen, frente a la Torre, se halla el hermoso convento de agustinos, gala del barrio de Triana, y entre ambos edificios fluye el Guadalquivir, en cuyas ondas se mecen las naves de Cataluña y Valencia. Más lejos se ve el puente de barcas que atraviesa el cauce. El principal objeto del panorama es, con todo, la Torre del Oro, donde los rayos del sol poniente parecen concentrarse como en un foco, de modo que semeja fabricada de oro puro, y es probable que a tal circunstancia deba su nombre. Yerto, yerto debe de estar el corazón que permanezca insensible ante ese paisaje mágico, al que apenas podría hacer justicia el pincel de Claudio mismo. ¡Cuántas veces he vertido lágrimas de arrobamiento al contemplarlo, y escuchado a los mirlos y ruiseñores modular en la arboleda sus cantos melodiosos, y respirado las brisas cargadas con el aroma de los naranjales de Sevilla!

«Kennst du das Land wo die Citronen blühen?»

El interior de Sevilla no corresponde en casi nada al exterior. Las calles son angostas, mal pavimentadas, llenas de suciedad y mendigos. Las casas, construídas casi todas conforme el patrón moro, tienen en el centro un *patio* cuadrangular, donde una fuente de mármol surte de continuo agua cristalina. En la estación del calor, los patios se cubren con un toldo, bajo el cual pasa la familia la mayor parte del día.

Muchas casas, y sobre todo las de los ricos, tienen en el patio arbustos, naranjos, toda clase de flores, y a veces una pajarera pequeña, de suerte que no es concebible mayor delicia que la de tenderse allí a la sombra, oyendo el canto de los pájaros y el rumor de la fuente.

Nada tan interesante para el viajero que vaga por Sevilla como atisbar los patios desde la calle, a través de las verjas. Muchas veces me paraba a contemplarlos, y otras tantas lamentaba que mi destino no me permitiera vivir en tal edén el resto de mis días. Ya he hablado en otra ocasión de la catedral de Sevilla; pero con brevedad y a la ligera. Es quizás la catedral más suntuosa de España, y aunque de estructura no tan regular como las de Toledo y Burgos, es mucho más digna de admiración considerada en conjunto. No es posible recorrer sus largas naves y alzar la vista a la techumbre, sostenida por columnas colosales y decorada con suntuosidad, sin sentirse sobrecogido de sagrado pavor y de profundo asombro. Cierto que el interior, como el de la generalidad de las catedrales españolas, es un poco obscuro y triste; pero nada pierde con eso; al contrario, aumenta la grandiosidad del efecto. Nuestra Señora de París es un edificio hermoso; pero a quien ha visto las catedrales españolas, y en particular la de Sevilla, se le antoja casi mezquino y sin importancia, y más parecido a una casa consistorial que a un templo del Eterno. La catedral de París está

desprovista en absoluto de la solemne obscuridad y sombría pompa, tan intensas en la de Sevilla, con lo que le falta el requisito más importante de una catedral.

Los cuadros que adornan la mayoría de las capillas son de los mejores de la escuela española; entre ellos destacan muchas de las obras maestras de Murillo, hijo de Sevilla. De todos los cuadros de este hombre extraordinario, el que más impresión me ha hecho siempre es uno de los menos famosos. Aludo al *Angel de la Guarda*, cuadrito colocado al fondo de la iglesia, mirando a la nave principal. El ángel, empuñando con la diestra una espada flamígera, guía al niño, que es, a juicio mío, la creación más prodigiosa de Murillo. La figura es como de un niño de cinco años, y la expresión del rostro, completamente infantil; pero su andar es el de un conquistador, el de un Dios, el del Creador del Universo, y el globo terrenal parece temblar bajo tanta majestad.

Al culto de la catedral asisten muchos fieles, en especial cuando hay sermón. Los sermones son improvisados; hay algunos muy edificantes, fieles a las Escrituras. He oído muchos con gusto, aunque me sorprendía bastante observar que cuando los predicadores citaban la Biblia, tomaban las citas, casi invariablemente, de los libros apócrifos. Ante los principales altares no faltan, por lo general, fieles, en su mayoría mujeres, animados muchos de ellos de ardentísima devoción.

Antes de salir de Madrid me había forjado la ilusión de encontrar pocas dificultades para la difusión del Evangelio en Andalucía, al menos por cierto tiempo, ya que el campo de operaciones era nuevo, y mi persona y mis propósitos, menos conocidos y temidos que en Castilla la Nueva. Pero resultó que el Gobierno de Madrid había cumplido su amenaza y enviado

por toda España la orden de secuestrar los libros dondequiera que se hallasen. Los Testamentos llegados de Madrid embargáronlos en la aduana, adonde se llevan todas las mercancías, aunque procedan del interior, para la exacción de un impuesto. Gracias a los manejos de Antonio recuperé una de las cajas, mientras la otra fué enviada a Sanlúcar, para expedirla fuera del reino tan pronto como se me presentara oportunidad de hacerlo.

No me dejé desanimar por este ligero *contretemps*, aunque sentí de corazón la pérdida de los libros embargados, pues ya no podría repartirlos por aquella región, donde hacían tanta falta; pero me consolé pensando que aún me quedaban unos cientos de ejemplares, cuya distribución podía dar, placiendo a Dios, muy santos frutos.

Tardé algún tiempo en empezar los trabajos, porque me hallaba en terreno desconocido y no sabía qué camino tomar. No contaba con más ayuda que la del pobre Antonio, tan ignorante del lugar como yo. La Providencia, empero, no tardó en enviarme un colaborador, en forma bastante singular. Estaba yo en el patio de la Posada de la Reina, adonde solía ir a comer algunas veces, cuando entró un hombre de talla gigantesca, vestido de un modo extraño. Excitada mi curiosidad, pregunté al posadero quién era el desconocido. Díjome que un extranjero, griego a su parecer, que había vivido mucho tiempo en Sevilla. Oído esto, me fuí a él y le abordé en griego, pues aunque lo hablo muy mal, puedo darme a entender en ese idioma. Me contestó en la misma lengua, y halagado por el interés que un extranjero como yo demostraba por su nación, no tardó en contarme su propia historia. Llamábase, según me dijo, Dionysius, natural de Cefalonia; educado para hacerse de iglesia, abandonó esa carrera, mal avenida con su temperamento, para seguir la profesión de navegante, por la

que había sentido temprana inclinación. Tras muchas aventuras y alternativas de la fortuna, naufragó en las costas de España, y avergonzándose de volver pobre a su país, se quedó en la Península, y residió principalmente en Sevilla, donde ahora sostenía un modesto comercio de libros. Era de la religión griega, y muy apegado a ella; y en descubriendo luego que yo era protestante, manifestó su aborrecimiento sin límites por el sistema papista, y aun por sus secuaces en general, a quienes llamaba latinos, achacándoles la ruina de Grecia, vendida por ellos al Turco.

En el acto se me ocurrió que aquel individuo podía prestarme excelente ayuda en la obra que me había llevado a Sevilla, o sea la propagación del Evangelio eterno; por tanto, tras algo más de conversación, en la que mostró una instrucción muy sólida, me franqueé con él. Adoptó mis planes con mucho calor, y en adelante no tuve motivo para lamentar mi confianza, pues el griego repartió gran copia de Nuevos Testamentos, y aún acertó a enviar cierto número de ejemplares a dos ciudades pequeñas a alguna distancia de Sevilla.

También me ayudó en la propagación del Evangelio un profesor de música, ya viejo, muy etiquetero y estirado, pero con excelentes cualidades. Este venerable individuo me trajo, no más que a los tres días de conocernos, el precio de seis Testamentos y de un Evangelio en gitano, vendidos por él soportando el candente sol andaluz. ¿Qué motivo le impulsaba? Uno muy cristiano. Decía que sus infortunados compatriotas, entregados a la sazón a la matanza y al saqueo recíprocos, se corregirían probablemente leyendo el Evangelio, sin que en ningún caso pudiera seguírseles de su lectura daño alguno. Añadía que si muchos hombres han

reformado su vida merced a las Escrituras, nadie se ha vuelto todavía ladrón o asesino por leerlas.

Pero mi agente más extraordinario fué uno que en ocasiones empleé para repartir el Evangelio entre las clases bajas. Si llego a tener mayor cantidad de libros a mi disposición, hubiera podido sacar gran partido de los servicios de aquel individuo; pero como el repuesto disminuía con rapidez y no tenía esperanzas de renovarlo, me mostraba casi avaro de los pocos libros que me quedaban. El agente era un albañil griego, llamado Juan Crisóstomo, que me presentó Dionisio. Nacido en Morea, llevaba más de veinticinco años en España, de suerte que había casi olvidado su lengua natal. Con todo, tenía tal apego a su patria, que cuanto no fuese griego le parecía malo y en extremo bárbaro. Carecía de toda instrucción; pero su fuerza de carácter y cierta ruda elocuencia que poseía le granjearon tan gran ascendiente en el ánimo de las clases trabajadoras de Sevilla, que aceptaban casi todo lo que les decía, no obstante chocar a cada paso con sus prejuicios. De tal modo, que, a pesar de su condición de extranjero, hubiera podido ser en cualquier momento el Masaniello de Sevilla. No he conocido criatura más honrada, y pronto comprendí que, empleándolo a mi servicio, no obstante sus rarezas, podía tener plena seguridad de que sus actos no desdecirían del libro que vendía.

Continuamente estaban pidiéndome Biblias, que no podíamos servir. Los Testamentos gozaban, en comparación, de poca estima. Por este tiempo descubrí un hecho que me hubiera sido muy útil conocer tres años antes; pero viviendo se aprende. Me refiero a la inconveniencia de imprimir Testamentos, y *sólo* Testamentos, para los países católicos. La razón es clara: el católico, sin hábito de leer la Escritura, encuentra mil cosas ininteligibles

en el Nuevo Testamento, cuyo fundamento es el Antiguo. «La Escritura da testimonio de mí», podría decirse con razón en este punto. Se me dirá que en Inglaterra hay gran demanda de Nuevos Testamentos, impresos por separado, y prestan infinita utilidad; pero Inglaterra, gracias sean dadas al Señor, no es un país papista; y de que un labrador inglés pueda leer el Testamento con buen fruto no se sigue que los campesinos españoles e italianos gocen de igual ventaja, porque encontrarán muchas cosas obscuras, que no lo son para aquél, versado en la historia bíblica desde la niñez. Confieso, no obstante, que en mi campaña del verano anterior no hubiera podido hacer con la Biblia lo que la Providencia me permitió realizar con los Testamentos, porque la primera es demasiado voluminosa para andar con ella por el campo.

* * *

Capítulo XLIX

La casa solitaria. — La Dehesa. — Juan Crisóstomo. — Manuel. — La librería en Sevilla. — Dionisio y los curas. — Atenas y Roma. — Proselitismo. — Embargo de Testamentos. — Salida de Sevilla.

Como ya he dicho, alquilé en Sevilla una casa vacía, con el propósito de vivir en ella algunos meses. Ocupaba todo un lado de una plazuela solitaria. Distribuída al modo andaluz, tan agradable, tenía un patio pavimentado con pequeñas losas de mármol azules y blancas. En el centro del patio había una fuente muy abundante en linfa cristalina, y al caer desde una delgada columna al estanque octogonal, el agua hacía un rumor que se oía desde todas las habitaciones. La casa era vasta y espaciosa, de dos pisos, con piezas suficientes, por lo menos, para diez veces el número de personas que en ella morábamos. De ordinario pasaba el día en las habitaciones bajas, por ser muy frescas. En una de ellas había una enorme pila de piedra, siempre rebosante de agua de la fuente, en la que me sumergía todas las mañanas. Tal fué la vivienda a que me retiré con Antonio y los caballos, luego de proveerme de unos pocos utensilios caseros indispensables.

Suerte mía fué poseer aquellos cuadrúpedos, ya que así tuve modo de gozar en grandísima medida las bellezas de la campiña circundante. Pocas

cosas hay en la vida más deliciosas que un paseo a caballo, en primavera o verano, por los alrededores de Sevilla. Mi excursión favorita era en dirección de Jerez, por la vasta *Dehesa*, como la llaman, que se extiende desde Sevilla hasta las puertas de aquella ciudad, casi a cincuenta millas de distancia, sin un pueblo apenas entremedias. El terreno es desigual y quebrado, en su mayor parte cubierto de matorrales de la especie que llaman *carrasco*, entre los que corre un camino de herradura, no fácil de discernir, trazado principalmente por los *arrieros*, con sus largas recuas de mulas y *borricos*. Allí, el aire embalsamado de la hermosa Andalucía se respira en toda su pureza. Las flores y hierbas aromáticas que crecen en abundancia, difunden en torno sus perfumes. Allí la tristeza y la pesadumbre huyen del pecho como por magia, en tanto que los ojos se extasían ante el panorama, iluminado por un sol esplendoroso, sin igual, en cuya luz flotan las mariposas, pintadas de alegres colores, y las *salamanquesas*, verdes y áureas, despatarradas en el suelo, gozan del voluptuoso calor, o se lanzan a veces de un salto velocísimo, con susto del viajero, a la madriguera más próxima, y allí se le quedan mirando con sus ojillos agudos y brillantes. Es imposible, repito, estar triste en tierras tales, y con razón los antiguos griegos y romanos colocaron aquí sus Campos Elíseos. Son bellísimas, aun en su desolación actual, porque la mano del hombre no las cultiva desde el día funesto en que la expulsión de los moros privó a Andalucía de los dos tercios, cuando menos, de su población.

Todas las tardes salía a caballo por la Dehesa, hasta perder de vista las torres más altas de Sevilla. Entonces volvía, y, apretándole las rodillas a *Sidi Habismilk*, mi caballo árabe, tomaba el veloz animal, que jamás necesitó látigo ni espuela, el camino de Sevilla con la rapidez de un torbellino,

devorando la distancia en una carrera loca; dejada atrás la Dehesa, se precipitaba por el paseo de las Delicias, sombreado de olmos, y a poco el estruendo de sus cascos resonaba bajo la bóveda del arco de la Puerta de Jerez; un momento después, quedábase inmóvil como una piedra ante la puerta de mi casa solitaria, en la silenciosa plazuela de la Pila Seca.

Son las ocho de la noche, y, de vuelta de la Dehesa, estoy en la *sotea* tomando el fresco. Juan Crisóstomo acaba de llegar del trabajo. No le he hablado; pero oigo cómo, abajo en el patio, cuenta a Antonio los progresos que ha hecho en los dos últimos días. Habla un griego bárbaro, mechado con abundantes vocablos españoles; colijo de sus palabras que ya ha vendido doce Testamentos entre sus compañeros de trabajo. Oigo caer al suelo unas monedas de cobre, y Antonio, que no tiene temple de verdadero cristiano, le reprocha que no haya traído en plata el producto de la venta. Juan Crisóstomo pide luego quince ejemplares más, porque la demanda aumenta, según dice, y podrá sin dificultad venderlos en todo el día siguiente, mientras atiende a sus ocupaciones. Antonio va en busca de los libros, y Juan se queda solo junto a la fuente de mármol, cantando una canción extraña, tal vez un himno de su amada iglesia griega. He ahí uno de los ayudantes que el Señor me ha dado en mis trabajos evangélicos a orillas del Guadalquivir.

Todo el tiempo que pasé en Sevilla viví muy retirado, gastando la mayor parte del día en estudiar, o en ese semisoñoliento estado de inactividad, resultado natural de los climas calurosos. El carácter de la gente entre quien me hallaba no me inducía a buscar su sociedad. Los andaluces de la clase alta son probablemente, en términos generales, los seres más necios y vanos de la especie humana, sin otros gustos que los

goces sensuales, la ostentación en el vestir y las conversaciones obscenas. Su insolencia sólo tiene igual en su bajeza, y su prodigalidad, en su avaricia. Las clases bajas son un poquito mejores que las de posición elevada; verdad es que no puede alabarse el nivel de su moralidad: son engañosos, camorristas y vengativos; pero son en general más corteses y, con toda seguridad, no más ignorantes.

A los andaluces, en general, los tienen en muy baja estimación los demás españoles, y aun los de mejor posición tropiezan con dificultades para ser admitidos en las tertulias respetables de Madrid, donde si logran entrar, son invariablemente ridiculizados por los gestos y ademanes absurdos en que se complacen, por su inclinación a la jactancia, sus exageraciones, su curioso acento y la manera incorrecta de pronunciar el castellano.

En una palabra: los andaluces, en todas las cualidades del carácter, se hallan tan por debajo de los otros españoles, como el país que aquéllos habitan es superior en belleza y fertilidad a las demás provincias de España.

Pero no vaya a creerse ni por un momento que mi intención es negar que entre los andaluces haya individuos estimables y excelentes: uno descubrí yo a quien sin vacilar proclamo como el carácter más extraordinario que he conocido; pero no era un retoño de una familia noble, ni «portador de suaves vestidos», ni personaje lustroso y perfumado, ni uno de los *románticos* que vagaban por las calles de Sevilla adoptando actitudes lánguidas, con largas melenas negras que, en rizos exuberantes, les llegaban hasta los hombros, sino uno de aquellos a quienes los orgullosos y duros de corazón llaman la hez del populacho; un hombre miserable, sin casa, sin dinero, harapiento, destrozado. Aludo a Manuel, a

quien no sé por qué oficio nombrar: si vendedor de billetes de lotería, o auriga del carro de los muertos, o poeta laureado en poesía gitana. Maravilla será que aún estés vivo, amigo Manuel; tú, de condición natural tan noble, honrado, de corazón puro, humilde, pero digno, ¿vagas todavía por los patios de la bella *Safacoro*[1], o por la margen del *Len Baro*[2], con la mirada perdida en el espacio y esforzándote por recordar alguna copla de Luis Lobo medio olvidada? ¿O descansas ya, fuera de la *Puerta de Jerez*, en el *Camposanto*, adonde en tiempo de epidemia acostumbrabas llevar a tantos, así gitanos como gentiles, en tu carro de tintineante campanilla? Muchas veces en las *réunions* de los sabios y escritores de este país de tantas letras, harto de sus alardes de pedantería y egotismo, he recordado gustoso nuestros recitados de poesías gitanas en la casona de Pila Seca. Muchas veces, asqueado ante las ostentosas profesiones de fe de los que pasean la cruz en doradas carrozas, te he recordado a ti y tu fe tranquila, sin pretensiones; tu paciencia en la miseria, tu fortaleza en la adversidad. Y cuántas veces, al meditar en la muerte, que con rapidez se aproxima, he deseado poder reunirme contigo otra vez, y que tus manos ayuden a llevarme al campo de los muertos, allá en la soleada planicie, ¡oh Manuel!

Mi visitante más asiduo era Dionisio, que por raro caso dejaba de ir a verme alguna tarde: el pobre hombre iba en busca de simpatía y conversación. Es difícil concebir situación más desamparada y aislada que la de aquel griego en Sevilla, sin un amigo apenas, pendiente, para subsistir, de la mísera pitanza que podía producirle la venta de unos pocos libros, ofrecidos en su mayoría de puerta en puerta.

—¿Qué pudo inducirle a usted en un principio a dedicarse a vender libros en Sevilla?—le pregunté cuando, cierta tarde calurosa, llegó,

sofocado y cansado, con un paquete de libros atado con una correa.

Dionisio.—A falta de empleo mejor, *Kyrie*, adopté este oficio, que está muy despreciado y no da para vivir. Cuántas veces he lamentado que no me enseñasen a zapatero, o no haber aprendido, de mozo, cualquier oficio manual útil; ahora lo hubiese seguido muy contento. Eso me hubiera procurado, al menos, el respeto de mis semejantes, pues me necesitarían; mientras que ahora todos me huyen y me miran con desprecio. Vendo una mercancía que aquí no le importa a nadie. ¡Libros en Sevilla, donde nadie lee, como no sean novelas nuevas, traducidas del francés, y obscenidades! ¡Libros! ¡Ojalá fuese gitano, que entonces, vendiendo burros, sería al menos independiente y más respetado que ahora!

Yo.—¿En qué género de libros comercia usted principalmente?

Dionisio.—En el menos adecuado al mercado de Sevilla, *Kyrie*: en libros de valor substancial, fundamentales; muchos en griego viejo, adquiridos por mí al disolverse los conventos, cuando los fondos de sus bibliotecas, arrojados a los patios, se vendían a tanto la *arroba*. Al principio creí hacer fortuna, y, en realidad, con esos libros la hubiera hecho en cualquier otra parte; pero aquí he llegado a ofrecer por medio duro un Elzevir, en vano. Si no fuera por los forasteros, que me compran algo, me moriría de hambre.

Yo.—Pero en Sevilla hay una gran catedral con muchos curas y canónigos; de seguro irán a verle a usted algunos para comprar obras clásicas y libros de literatura eclesiástica.

Dionisio.—Si cree usted eso, *Kyrie*, conoce usted mal a los eclesiásticos de Sevilla. Yo trato a muchos y puedo asegurarle que es difícil encontrar una caterva de gentes con más declarada aversión a los trabajos intelectuales

de toda especie. No leen más que periódicos, y los toman sólo por la esperanza de saber que su amigo don Carlos está ya reinstalado en Madrid; pero prefieren el chocolate y los bizcochos y dormir la siesta antes de comer a toda la filosofía de Platón y a la elocuencia de Tulio. Algunas veces van a mi casa, pero sólo para matar una hora de aburrimiento charlando de cosas sin sustancia. Una vez fueron a verme tres de ellos con la esperanza de convertirme a la superstición latina. «*Signor Donatio* (así me llamaban), ¿cómo usted, persona tan libre de prejuicios, y con ciertas pretensiones de saber, sigue aferrado a una religión tan absurda? Tras de residir tantos años en una tierra civilizada, como esta de España, harto tiempo es ya de que abandone usted su culto medio pagano e ingrese en el seno de la Iglesia. Siga nuestro consejo y no le irá mal.» «Gracias, señores—repliqué—, por el interés que mi felicidad les inspira; yo no me niego a razones: discutamos el asunto. ¿Cuáles son los puntos de mi religión que a ustedes les parecen mal? Porque claro es que ustedes conocerán perfectamente nuestros dogmas y ceremonias.» «Nada sabemos de su religión de usted, *signor Donatio*, salvo que es muy absurda, y, por tanto, está usted obligado, ya que es hombre bien instruído y sin prejuicios, a renunciar a ella.» «Pero, señores, si no conocen ustedes mi religión, ¿cómo la llaman absurda? No es propio de personas imparciales despreciar lo que se desconoce.» «Pero, *signor Donatio*, la religión de usted no es la Católica, Apostólica, Romana, ¿verdad?» «Podría serlo, señores, juzgando por lo que ustedes saben de ella; para que se enteren, les diré que no; mi religión es la Apostólica Griega. No la llamo católica por ser absurdo llamar católico a lo que no está admitido universalmente.» «Pero, *signor Donatio*, ello mismo lo dice: ¿qué va a entender de religión una cuadrilla de griegos bárbaros e

ignorantes? Si niegan la autoridad de Roma, ¿dónde van a buscar ideas religiosas razonables? ¿De dónde les va a venir el Evangelio?» «¿El Evangelio? Señores, permítanme que les enseñe un libro: aquí está. ¿Qué opinan ustedes?» «*Signor Donatio*, ¿qué significa esto? ¿Qué son esos diabólicos caracteres? ¿Son moriscos? ¿Quién es capaz de entenderlos?» «Supongo que siendo ustedes sacerdotes de la Iglesia romana sabrán algo de latín; pues si examinan la portada del libro leerán en la lengua de su Iglesia: Evangelio de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, en su original griego», del cual la Vulgata es una mera traducción, y no muy correcta por cierto. Respecto a la barbarie de Grecia, ignoran ustedes, al parecer, que hubo una ciudad, llamada Atenas, famosísima, siglos antes de que a la primera choza de Roma le pusieran su techo de bálago y de que los vagabundos que primero la poblaron se hubieran escapado de manos de la justicia.» «*Signor Donatio*, es usted un hereje ignorante y, además, un insolente. ¡Qué desatinos son esos!...» Pero no quiero cansarle los oídos, *Kyrie*, con los absurdos que los pobres *papas*[3] latinos me dispararon; su estribillo era: ¡qué disparates son esos!, muy aplicable, por cierto, a lo que ellos decían. Viendo que no podían conmigo en la controversia religiosa, denigraron a mi país con rabia: «España es mejor país que Grecia»—dijo uno. «Antes de venir a España no había usted probado el pan»—exclamó otro. «Y bien poco desde entonces»—pensaba yo. «Nunca había usted visto una ciudad como Sevilla»—añadió el tercero. Pero entonces comenzó lo más divertido de la comedia; mis visitantes eran naturales de tres puntos diferentes: uno era de Sevilla, otro de Utrera, y el tercero de Miguelturra, pueblo miserable de la Mancha. Al oír mentar a Sevilla, empezaron los otros dos a cantar las alabanzas de sus cunas respectivas;

surgieron las comparaciones, y el resultado fué una disputa violenta. Rociáronse de ultrajes; mientras, yo me mantuve apartado, encogiéndome de hombros, y decía *tipotas*[4]. Al fin, cuando se marchaban, dije: «¿Quién hubiese creído, señores, que la polémica de las iglesias latina y griega estaba tan estrechamente relacionada con los méritos comparativos de Sevilla, Utrera y Miguelturra?»

Yo.—¿Hay aquí gran espíritu de proselitismo? ¿Qué clase de gente se convierte?

Dionisio.—Le diré a usted, *Kyrie*: la generalidad de los conversos se compone de protestantes alemanes o ingleses, aventureros, que vienen a establecerse aquí, y al cabo del tiempo se casan con españolas, para lo cual es necesario el previo ingreso en la Iglesia latina. Unos pocos son judíos vagabundos de Gibraltar o de Tánger, delincuentes huídos a España, y que renuncian a su fe para no morir de inanición. Pero a tan ilustre gente hay que pagarla, y los curas se encargan de buscarles *padrinos*, generalmente entre las devotas ricas sometidas a su influencia, que tienen a gloria y por acto meritorio cooperar en la reconquista de almas perdidas para la Iglesia. El neófito se deja convencer mediante la promesa de una *peseta* diaria, que los padrinos pagan de ordinario durante el primer año; pero rara vez más tiempo. Hace unos cuarenta años, sin embargo, lograron una conversión más notable. En Marruecos se encendió una guerra civil por las opuestas pretensiones de dos hermanos al Trono. Vencido uno de ellos, huyó a España, implorando la protección de Carlos IV. Pronto le dedicaron los curas atención especial, que no anduvieron tardos en convertirle, y consiguieron que el rey le señalase una pensión de un duro diario. De allí a pocos años murió en Sevilla hecho un vago, despreciado de todos. Dejó un

hijo, hoy notario, muy devoto exteriormente. Pero es el hipócrita y *picarón* más grande que existe. Quisiera que le viera usted la cara, *Kyrie*: es la de Judas Iscariote. Tal sería también, creo yo, la opinión de usted, que es fisonomista. Vive en la puerta inmediata a la mía, y a pesar de su religiosidad ostentosa, le dejan vivir en la mayor pobreza.

Y nada más por ahora acerca de Dionisio.

A mediados de julio, nuestros trabajos en Sevilla llegaron a término por la muy eficaz razón de que ya no tenía más Testamentos que vender; desde mi llegada se habían puesto en circulación algo más de doscientos.

Unos diez días antes de esa fecha me visitaron varios *alguaciles* acompañados de una especie de alcalde de barrio, y se apoderaron de unos pocos Testamentos y Evangelios en gitano que por casualidad encontraron esparcidos por el suelo. La visita no me desagradó, ni mucho menos, porque era prueba satisfactoria del efecto de nuestros trabajos en Sevilla.

No puedo por menos de referir aquí un sucedido: Uno o dos días después del secuestro fuí a casa del alcalde de barrio con motivo de mi pasaporte, y le encontré echado en la cama, por ser la hora de *siesta*, leyendo con atención uno de los Testamentos que se llevó de mi casa, todos los cuales, si hubiera obedecido las órdenes que tenía, debió haber depositado en el Gobierno civil. Tan absorto estaba en la lectura, que al pronto no se dió cuenta de mi llegada; cuando la advirtió, saltó de la cama muy confuso y guardó el libro en su bufete; yo, sonriendo, le dije que se tranquilizara, pues me alegraba verle ocupado en cosa de tan gran provecho. Ya más sereno, manifestó que había leído casi todo el libro, sin hallar nada malo en él; por el contrario, todo le parecía digno de loa. Añadió que los curas debían de estar *endemoniados* para perseguirlo con

tal saña.

Hicieron el embargo en domingo, y me encontraron leyendo la liturgia. Uno de los *alguaciles* hizo notar al marcharse el diferente modo que protestantes y católicos tenían de guardar las fiestas: los primeros, en sus casas leyendo buenos libros; los segundos, en los toros, mirando cómo las fieras arrancan las entrañas ensangrentadas a los pobres caballos. La plaza de toros de Sevilla es la más hermosa de España, y todos los domingos (único día en que se abre) se llena invariablemente de una multitud entusiasta.

Comencé ya los preparativos para ausentarme de Sevilla por unos meses con destino a la costa de Berbería. Antonio, que no quiso salir de España, donde estaban su mujer y sus hijos, se volvió a Madrid muy contento con una buena gratificación que le di. Como me proponía volver aún a Sevilla, dejé la casa y los caballos al cuidado de un amigo de confianza, y me marché. En los capítulos siguientes se verán las razones que tuve para visitar Berbería.

* * *

Notas

1. Nombre gitano de Sevilla.
2. Idem íd. del Guadalquivir.
3. En griego, sacerdotes.
4. Nada.

Capítulo L

Noche en el Guadalquivir. — La luz del Evangelio. — Bonanza. — La playa de Sanlúcar. — Panorama andaluz. — Historia de una caja. — *Cosas de los ingleses.* — Los dos gitanos. — El cochero. — El gorro de dormir encarnado. — El vapor. — El idioma cristiano.

En la noche del 31 de julio salí de Sevilla para mi expedición a bordo de uno de los vapores que navegaban por el Guadalquivir entre Sevilla y Cádiz. Llevaba el propósito de detenerme en Sanlúcar para recobrar la caja de Testamentos retenida allí en secuestro, mientras llegaba la ocasión oportuna de sacarlos fuera del reino de España. Destinaba yo esos Testamentos a ser repartidos entre los cristianos que esperaba encontrar en las costas de Berbería. Sanlúcar dista unas quince leguas de Sevilla, y se halla a la entrada de la bahía de Cádiz, donde el Guadalquivir junta sus aguas amarillas con las ondas saladas. El vapor desatracó del muelle a eso de las nueve y media, entre el vocerío con que los de a bordo y los que se quedaban en tierra se despedían de sus amigos. En ese tumulto me pareció oír las voces de algunos amigos míos que me habían acompañado al muelle, y al instante me puse a gritar con más fuerza que nadie. La noche era muy obscura; tanto, que apenas distinguíamos los árboles que pueblan

el borde oriental del río hasta la primera revuelta. Durante todo aquel día había reinado en Sevilla un *calmazo*; es decir, un tiempo excesivamente bochornoso, sin el más leve soplo de aire que lo animase. La noche fué también pesada y sofocante. Como yo había hecho con frecuencia el viaje del Guadalquivir, remontando y descendiendo el famoso río, no sentí la inquietud y curiosidad que la gente experimenta al hallarse, sea con luz o a obscuras, en paraje extraño, y como no conocía a ninguno de los pasajeros que charlaban sobre cubierta, pensé que lo mejor sería retirarme a la cámara y descansar un poco, a ser posible. La cámara estaba desierta y regularmente fresca, con todas las ventanas de las dos bandas abiertas para que corriese el aire. Tendido en un diván me dormí pronto, y así estuve dos horas, hasta que las furiosas picaduras de mil chinches me despertaron, obligándome a salir a cubierta, donde me dormí otra vez arropado con mi abrigo. Me desperté al rayar el día; estábamos a unas dos leguas de Sanlúcar. Me puse en pie y miré al Oriente, observando los progresos graduales del amanecer: primero un débil fulgor, luego unas bandas de claridad, después un arrebol, un rayo brillante, y por fin el disco de oro de ese orbe que cada día emerge del inmenso abismo; al instante, el vasto panorama fulguró con claros resplandores; la tierra reía, chispeaban las aguas, los pájaros trinaban, y los hombres levantábanse regocijados, porque era un nuevo día, y el sol, en la misión que le dió su Creador, comenzaba a difundir la luz y el contento, ahuyentando la pesadumbre y las tinieblas.

Ved el sol matinal
cual inunda su claridad la tierra,
su camino triunfal
de vida y luz se llenan.

El Evangelio alumbra
con luz aun más divina,
saca a los pecadores de sus tumbas
y da a los ciegos vista.

Nos detuvimos frente a Bonanza, que es, hablando propiamente, el puerto de Sanlúcar, aunque dista de este pueblo media legua. Llámase Bonanza en razón de su buen surgidero, al abrigo de las borrascas del Océano. Consiste en varios edificios espaciosos, blancos, casi todos almacenes del Gobierno, y lo habitan carabineros, aduaneros y unos pocos pescadores. Un bote vino a recoger los pasajeros para Sanlúcar y trajo a bordo media docena de personas que iban a Cádiz; yo me fuí con aquéllos. Un joven español, de talla diminuta, me hizo en francés algunas preguntas acerca de lo que me parecían el paisaje y el clima de Andalucía. Díjele que los admiraba mucho, lo que, evidentemente, le causó gran placer. El botero llegó entonces pidiendo dos *reales* por llevarme a la costa; no llevaba yo dinero suelto, y le ofrecí un duro para que cambiase. Dijo que le era imposible; le pregunté qué haríamos, y groseramente me contestó que no lo sabía, pero que no estaba para perder tiempo y quería cobrar en el acto. El joven español, al observar mi apuro, sacó dos *reales* y pagó al hombre. Le di las gracias de todo corazón por tal rasgo de cortesía, y muy de veras se lo agradecí, pues hay pocas situaciones tan desagradables como encontrarse en un grupo de gente que no tiene cambio, y verse acosado al mismo tiempo para el pago. Una persona algo depravada me decía una vez que es preferible carecer de dinero en absoluto, pues en tal caso ya sabe uno lo que ha de hacer. Más tarde encontré en Cádiz al joven español y le pagué, dándole gracias otra vez.

Cerca del desembarcadero esperaban unos cuantos cabriolés, dispuestos a llevarnos a Sanlúcar. Tomé uno, y echamos a andar lentamente por la playa. El sitio es famoso en las novelas antiguas españolas, del género llamado picaresco, o sea las consagradas a las aventuras de pícaros notorios; el modelo de todas, así como de las del mismo género en cualquier otro idioma, es *Lazarillo de Tormes*. El propio Cervantes inmortalizó esta playa en la más divertida de sus novelas cortas, *La ilustre fregona*. En una palabra, la playa de Sanlúcar era en los tiempos antiguos, si no en los modernos, punto de cita de rufianes, *contrabandistas* y vagabundos de toda laya, que allí anidaban en míseras chozas, hoy desaparecidas. El mismo Sanlúcar siempre fué notado por la inclinación de sus habitantes—los peores de Andalucía—al robo. Aquel ventero del *Quijote*, tan pícaro, perfeccionó su educación en Sanlúcar. Todos estos recuerdos se agolpaban en mi espíritu según íbamos recorriendo la playa, dorada por el sol de Andalucía, que todo lo hermosea. Llegamos al fin a ponernos próximamente frente a Sanlúcar, que se alza a cierta distancia de la ribera. Allí se nos ofreció un espectáculo muy animado: una multitud de mujeres, vistiéndose o desnudándose, pululaba en la orilla, mientras (calculando con prudencia) centenares de ellas jugaban y retozaban en el agua. Algunas estaban tendidas cuan largas eran al borde mismo de la playa, en un lecho de arena y pedrezuelas, dejando que las minúsculas olas les pasaran sobre el cuerpo; otras nadaban valientemente mar adentro. Había una confusa batahola de gritos, chillidos y agudas risas femeninas; oíase también algunas canciones, cuyo asunto es fácil de adivinar, pues estábamos en la soleada Andalucía, ¿y en qué pueden pensar ni de qué hablar o cantar sus ojinegras hijas más que de *amor, amor*, que entonces

resonaba en la tierra y en las aguas? Prosiguiendo a lo largo de la playa, vimos también una multitud de hombres bañándose; no pasamos junto a ellos, pues torcimos a la izquierda y remontamos un paseo o avenida que conduce a Sanlúcar, como de un cuarto de milla de longitud. La vista desde allí era, en verdad, magnífica: ante nosotros yacía la ciudad, en la falda y en la cúspide de una colina de regular altura, extendiéndose de Este a Oeste; la población me pareció bastante grande; supe después que contaba lo menos veinte mil habitantes. Varios inmensos edificios y murallas la dominaban, de tanta grandeza que difícilmente puede describirse con palabras; pero lo principal era un castillo antiguo, situado hacia la izquierda. Las casas eran blancas del todo, y hubieran brillado esplendorosas de haber estado más alto el sol, pero en hora tan temprana yacían en relativa sombra. El *tout ensemble* era oriental y morisco en extremo; de hecho, Sanlúcar fué antaño una famosa fortaleza de los moros, y después de Almería, la plaza comercial más frecuentada de España. En estas partes de Andalucía todo tiene un carácter enteramente oriental. Ved los cielos, tan despejados y de azul tan brillante como el de la India; el candente sol, que en un momento curte las más blancas mejillas, y llena el aire de llameantes ráfagas; y ved el paisaje y los productos vegetales. A cada lado del paseo por donde íbamos había una hilera de esa mata o árbol, no sé cómo llamarlo, que en español se conoce por *pita* y en marroquí por *gursean*. Alcanza aquí desarrollo casi tan majestuoso como en la costa de Africa. Del cogollo de verdes hojas, que en todas direcciones brotan desde la raíz, se alza un tallo tan alto, ¿necesitaré decirlo?, como una palmera; ¿y necesitaré decir que las hojas, de extraordinario espesor en la base, son en el cabo más agudas que la punta de una lanza, y que infligirían una herida

terrible a cualquier animal que por inadvertencia se arrojase contra ellas?

La *posada* donde paramos está a la entrada de Sanlúcar. Daba frente, con algunas casas más, al paseo por donde habíamos ido. Como aún era muy temprano, me fuí a descansar unas horas, y después visité al vicecónsul británico, Mr. Phillipi, quien ya me conocía de nombre, pues me había recomendado a él, por carta, un pariente suyo de Sevilla. Mr. Phillipi estaba en su escritorio, y me recibió con gran amabilidad y cortesía. Le expliqué el motivo de mi visita a Sanlúcar, y solicité su ayuda para rescatar los libros depositados en la Aduana y poder sacarlos del reino, pues bien conocía yo las dificultades que encuentran cuantos han de tratar algún asunto con las autoridades españolas. El vicecónsul me aseguró que tendría gran placer en serme útil, y, en consecuencia, envió conmigo a la Aduana a su primer oficial, persona muy conocida y respetada en Sanlúcar.

Lo mejor será contar aquí de una vez lo relativo a esos libros, para no entorpecer más adelante la narración. Consistían en un cajón de Testamentos en español y una caja pequeña de Evangelios de San Lucas, en el lenguaje de los *gitanos* españoles. Los retiré de la Aduana de Sanlúcar, con una guía para la de Cádiz. En Cádiz estuve ocupado dos días, y otros tantos una persona que tomé a mi servicio, en cumplir todos los requisitos y procurarme los papeles necesarios. El gasto fué grande, pues a cada paso me pedían dinero, si bien yo no hacía más que cumplir sencillamente la orden del Gobierno español de sacar de España los libros prohibidos. Esta farsa no concluyó hasta mi llegada a Gibraltar, donde pagué un duro al cónsul español por certificar al dorso de la guía, antes de devolverla a Cádiz, como era mi obligación, que los libros habían llegado a aquella plaza. No vió los libros, es cierto, ni preguntó por ellos; pero se guardó el dinero,

objeto único, por lo visto, de sus ansias.

En la Aduana de Sanlúcar me hicieron dos o tres preguntas respecto de los libros contenidos en las cajas; y eso me dió ocasión de hablar del Nuevo Testamento y de la Sociedad Bíblica. Mis palabras llamaron la atención, y al instante todos los oficiales y dependientes de la casa, grandes y chicos, desde el administrador hasta el portero, se congregaron en torno mío. Como hubo que abrir las cajas para inspeccionar su contenido, salimos todos al patio, y allí, tomando en la mano un Testamento, reanudé mi discurso. No sé a punto fijo lo que dije; pues al recapacitar de qué modo se perseguía la palabra de Dios en tan desventurado reino, me emocioné mucho y me dejé llevar de mis sentimientos. Mis palabras causaron impresión, evidentemente; con gran asombro mío, cada uno de los presentes me pidió un ejemplar. Vendí unos cuantos dentro de la misma Aduana. Lo que más llamaba la atención era el Evangelio en gitano, y lo examinaron con mucho detenimiento, entre sonrisas y exclamaciones de sorpresa, diciendo de vez en cuando: *Cosas de los ingleses*. Uno de los presentes me preguntó si sabía hablar el lenguaje *gitano*. Respondí que no sólo hablarlo, pero escribirlo, y en el acto hice un discurso de unos cinco minutos en la lengua de los gitanos, y apenas concluí, todos aplaudieron y exclamaron: *¡Cosas de Inglaterra! ¡Cosas de los ingleses!* Vendí algunos ejemplares del Evangelio en gitano, y terminado el asunto que me llevó a la Aduana, me despedí de mis nuevos amigos y me fuí con mis libros.

Volví a casa de Mr. Phillipi, quien, al conocer mi intención de proseguir el viaje a Cádiz en el vapor de la mañana siguiente, que tocaría en Bonanza a las cuatro, envió a este pueblo mis cajas y mi ligero equipaje, aconsejándome que fuese yo también a dormir allí para poder embarcar en

hora tan temprana. Me presentó después a su mujer, que era inglesa, y a su hija, muchacha de unos diez y ocho años, amable y linda, a quien ya había visto en Sevilla; había allí de visita otros tres o cuatro señores, que habían ido desde Sevilla a tomar baños de mar. La señora de la casa y yo cambiamos unas pocas palabras en inglés, y luego empezamos todos a charlar en español, único idioma que, al parecer, entendían o apreciaban los demás presentes; en verdad, sería poco razonable esperar que los españoles hablen un idioma distinto del suyo, pues tan armonioso y flexible como es (mucho más, a mi juicio, que ningún otro), se antoja, en ocasiones, del todo insuficiente para expresar los arranques impetuosos de su exuberante imaginación. Dos horas volaron rápidamente en coloquios, interrumpidos de vez en cuando por la música y el canto, hasta que me despedí de tan deleitosa compañía, y me fuí a curiosear por la ciudad.

Era ya más de medio día, y el calor en extremo fuerte; apenas vi alma viviente por las calles; las piedras del pavimento me quemaban los pies a través de las suelas de las botas. Crucé la plaza de la Constitución, que nada de particular ofrece a los ojos del viajero, y remonté la colina para ver el castillo desde más cerca. Es un edificio de piedra, fuerte y pesado, con cubos, y en regular estado de conservación, a pesar de hallarse abandonado.

Me cansé de mirar, y ya desandaba el camino, cuando me abordaron dos gitanos, que se habían enterado de mi llegada. Cambiamos unas palabras en *gitano*, pero conocían muy mal el dialecto y eran incapaces de sostener una conversación en él. Clamaban por un *gabicote*, o libro en lengua gitana. Se lo negué, diciendo que no sacarían de él provecho alguno; pero en vista de que sabían leer, les prometí sendos Testamentos en español. Con desdén rechazaron la oferta, diciendo que no se curaban de

nada escrito en la lengua de los *Busné* o gentiles. Insistieron en su demanda, a la que por fin me sometí, no pudiendo resistir sus importunaciones; así que me acompañaron a la posada y recibieron lo que con tanto ardor deseaban.

Por la tarde me visitó Mr. Phillipi; me dijo que por encargo suyo un cabriolé iría a buscarme a la posada al ser las once para llevarme a Bonanza, y allí, un individuo, dueño de una tabernucha, a quien de antemano se habían remitido mis cajas y otros bártulos, me alojaría por aquella noche, si bien tendría probablemente que dormir en el suelo. Fuímos después de paseo a la playa, donde había muchos bañistas, todos varones. Algunos eran muy buenos nadadores, en particular dos, que se habían metido muy adentro en el abra del Guadalquivir, una milla cuando menos. Al decirme que eran frailes, me pregunté asombrado en qué época de su vida habrían podido adquirir tanta destreza en la natación. Supuse que no sería en los tiempos en que, conforme a sus votos, sólo podían vivir para la oración, el ayuno y las mortificaciones. La natación es un ejercicio muy bueno, pero en manera alguna encaminado a la mortificación de la carne ni del espíritu. Al anochecer volvimos a la ciudad, y mi amigo se despidió de mí con mucho cariño. Me retiré después a mi aposento, y pasé unas horas en meditación.

Se hizo de noche; dieron las diez, las once; el cabriolé se detuvo a la puerta. Monté, y echamos paseo abajo y luego a lo largo de la playa, desierta. Las olas resonaban tristemente; todo parecía cambiado desde por la mañana. Hasta me pareció que las pisadas de los caballos sonaban de distinto modo al avanzar al trote corto por la arena compacta y húmeda. Pero el cochero no estaba triste, ni mucho menos, ni con ganas de

permanecer callado mucho tiempo: no tardó en empezar a hacerme una infinidad de preguntas respecto de mi procedencia y de mi destino. Le respondí lo que me pareció oportuno, y, en cambio, le pregunté si no le daba miedo pasar con el coche a tales horas por un sitio de tan mala fama como aquella playa. Oído esto, miró en torno, y al no ver a nadie, soltó una exclamación burlona, y dijo que un hombre con tales patillas como las suyas no se asustaba de todos los ladrones de la playa juntos, y que ni doce hombres de Sanlúcar se atreverían a dar el alto a un viajero sabiendo que iba bajo su protección. Era un buen ejemplar de andaluz fanfarrón. A poco percibimos el débil fulgor de una o dos luces delante de nosotros: eran las de unas lanchas y otros barquichuelos embarrancados en la arena, debajo y muy cerca de Bonanza; entre los barcos percibí la obscura silueta de dos o tres hombres. Estábamos al final del viaje y nos detuvimos ante la puerta de la casa donde había de albergarme por aquella noche. Se apeó el cochero y llamó fuerte un buen rato, hasta que un hombre, como de sesenta años, de extraordinaria corpulencia, abrió la puerta; llevaba en la mano una luz mortecina, e iba vestido con una camisa de rayas, sucia, y gorro de dormir encarnado. Sin proferir palabra nos dejó entrar en una pieza muy vasta, con piso de tierra. A un lado, cerca de la puerta, se alzaba una especie de mostrador; detrás, un par de barriles, y en anaqueles, contra la pared, frascos de diversos tamaños. Había un olor muy fuerte a vino y licores. Arreglé la cuenta con el cochero y le di una propina; luego me pidió para echar un trago a mi salud. Díjele que pidiera lo que quisiese, y pidió una copa de aguardiente, que el amo de la casa, plantado detrás del mostrador, le sirvió sin pronunciar palabra. El cochero se la echó al coleto de un trago, pero hizo una porción de muecas después de beberla, y, tosiendo, dijo que

sin duda alguna el aguardiente era bueno, porque le abrasaba el gaznate de un modo terrible. Luego me abrazó, salió de la casa y, montando en el cabriolé, fuése.

El viejo del gorro colorado se acercó entonces muy despacio a la puerta, echó el cerrojo y la atrancó; después, empujó dos bancos y los juntó, señalándomelos con el gesto, como para notificarme que allí tenía la cama; sopló la luz y se retiró al fondo de la habitación, donde le oí tumbarse con muchos suspiros y resoplidos. No quedó más luz que la de una cazuelilla de barro puesta en el suelo, llena de agua y aceite, donde flotaba un pedacito de cartón con un pábilo encendido en el centro: esta lámpara tan sencilla se llama *mariposa*. Puse mi saco de noche sobre el banco, a modo de almohada, y me eché; me hubiese dormido en el acto, a no ser porque el del gorro colorado empezó a roncar de modo pavoroso; esto me hizo recordar que aún no me había encomendado a mi Amigo y Redentor: hice, pues, mis oraciones, y luego me sumí en el descanso.

Más de una vez durante la noche me despertaron los gatos, y creo que también las ratas, al saltar sobre mi cuerpo. Al despertar la última vez, me levanté y, acercándome a la mariposa, consulté el reloj: eran las tres y media de la mañana. Abrí la puerta y salí a mirar; entraron unos pescadores pidiendo el aguardiente; el viejo se levantó en seguida a servirlos. Uno de aquellos hombres me dijo que si pensaba marcharme en el vapor, debía mandar cuanto antes mis equipajes al embarcadero, porque había sentido el ruido del barco que venía río abajo. Expedí los bultos y pregunté al del gorro colorado cuánto debía. *Un real*, respondió; tales fueron las dos únicas palabras que oí de su boca; en verdad, era hombre apegado al silencio, y acaso a la filosofía, poco cultivados en Andalucía. Me fuí

presuroso al embarcadero. Aún no había llegado el vapor, pero el fragor de su marcha por el río oíase cada vez más cerca. La niebla cubría la faz tenebrosa de las aguas, y sentí cierto pavor al oír aproximarse al invisible monstruo rugiendo en el silencio de la noche. Al fin estuvo a la vista, se adelantó revolviendo el agua, se detuvo, y a poco me encontré a bordo. Era el *Península*, el mejor barco del Guadalquivir.

¡Qué prodigiosa obra de la industria humana es el barco de vapor! Sin embargo, ¿cómo llamarla prodigiosa si se toma en consideración su historia? Han pasado más de quinientos años desde que surgió por vez primera la idea de construirlo, y sólo a fines del siglo pasado se logró por completo el intento, surcando las aguas de un río escocés el primer vapor digno de tal nombre. Durante ese largo período de tiempo, inteligencias perspicaces y hábiles manos se empleaban de vez en vez en el intento de corregir aquellas imperfecciones de la maquinaria que eran el único obstáculo que se oponía a que el barco fuese su propio propulsor contra las olas y el viento. Esos intentos, abandonados unos tras otros, perdida la esperanza, no fueron por completo estériles: cada inventor dejaba tras de sí alguna nueva mejora, fruto de sus trabajos, y sus continuadores la aprovechaban, hasta que sólo faltó encontrar dos o tres ideas felices, y un artilugio más perfecto. Llegaron los tiempos, y, por fin, ahora surcan el mismo Atlántico arrogantes vapores. Mucho se ha ponderado, en mi opinión con justicia, la utilidad del vapor para difundir por doquiera la civilización. Cuando los primeros barcos de vapor aparecieron en el Guadalquivir hará unos diez años, los sevillanos corrieron a las orillas del río, gritando ¡brujería! ¡brujería!, idea robustecida por el hecho de ser inglesa la Compañía, y de llevar los barcos, construídos en Inglaterra,

maquinistas ingleses, como todavía los llevan; porque no se encontró ningún español capaz de entender la maquinaria. Sin embargo, no tardaron en habituarse a los vapores, que van generalmente abarrotados de pasajeros. Fanáticos y vanidosos como son todavía, y apegados con pasión a sus costumbres antiguas, los sevillanos saben que, en un caso al menos, puede venir algo bueno de tierra extranjera, y de herejes por añadidura; sus prejuicios inveterados han sufrido un rudo golpe, y es de esperar que éste sea el alborear de su civilización.

Mientras surcábamos la bahía de Cádiz, iba yo reclinado en uno de los bancos de la cubierta, cuando acertó a pasar el capitán en compañía de otro hombre; se detuvieron cerca de mí, y oí al capitán preguntarle al otro cuántas lenguas sabía hablar. «Una tan sólo», replicó. «Esa única—dijo el capitán—es, claro está, el cristiano», nombre que los españoles dan a su propio idioma, para contraponerlo a todos los demás. «Ese individuo—continuó el capitán—que va echado en el banco, habla también el cristiano, cuando le conviene; pero habla además otros que no son el cristiano, ni mucho menos: sabe hablar inglés, y le he oído charlotear *gitano* con los de Triana; ahora va a tierra de moros, y si fuese usted allí, le oiría hablar con ellos en su jerigonza con tanta facilidad como en *cristiano*, y aún mejor, porque él tampoco es cristiano. Le he tenido ya muchas veces a bordo, pero el sujeto me gusta poco, porque lleva consigo una cosa nada buena.» Tan digna persona me había estrechado la mano a mi llegada a bordo, diciéndome lo mucho que le contentaba verme de nuevo.

* * *

Capítulo LI

Cádiz. — Las fortificaciones. — El cónsul general. — Anécdota característica. — Un vapor catalán. — Trafalgar. — Alonso Guzmán. — Gebel Muza. — La fragata *Orestes*. — El león hostil. — Las obras del Creador. — Un lagarto del Peñón. — El gentío. — La reina de los mares. — Oración por mi país.

Cádiz se alza, como es bien sabido, en una larga y angosta lengua de tierra que se adentra en el mar, de cuyo seno parece salir la ciudad; las ondas salinas bañan sus muros por todos lados, menos por el Este, donde un istmo de arena la une con la costa de España. La ciudad, en su estado actual, es de construcción moderna, y, a diferencia de todas las demás ciudades de la Península, está edificada con gran regularidad y simetría. Muchas son sus calles, y se cortan, por lo general, en ángulo recto. Son muy estrechas, en comparación de la altura de las casas, y, por tanto, impenetrables a los rayos del sol, excepto en la hora del mediodía. Pero la calle principal es una excepción, y tiene cierta anchura. En esta calle está la *Bolsa*, las casas de los comerciantes más fuertes y de la nobleza, y es, durante la primera parte del día, punto de reunión de los ociosos y de los hombres de negocios, por lo que recuerda a la Puerta del Sol de Madrid.

Desemboca en la plaza principal, no muy grande, pero con muchas pretensiones de magnificencia: circúyenla grandes edificios de aspecto imponente, y está plantada de hermosos árboles, a cuyo pie hay bancos de mármol, para comodidad del público. Pocos edificios públicos hay en Cádiz dignos de gran atención: cierto que la catedral pasaría en otros países por un monumento hermoso; pero en España, tierra de catedrales gigantescas, magníficas, sólo puede ser considerada como lugar de culto decoroso; todavía está sin acabar. Hay un paseo público, o *alameda*, en las murallas del Norte, atestado de gente, por lo general, las tardes de verano: el verdor de los árboles, mirados desde la bahía, presta agradable descanso a los ojos, deslumbrados por el resplandor del caserío, todo blanco, porque Cádiz es también una ciudad radiante. En otro tiempo fué la más rica de España, pero ha decaído malamente de su prosperidad en estos últimos años, y sus habitantes lamentan de continuo la ruina de su comercio; por tal razón, a diario emigran muchos a Sevilla, donde, al menos, es más barato vivir. Aún hay, sin embargo, mucha vida y mucho ruido en sus calles, adornadas con numerosas y espléndidas tiendas, bastantes de ellas en el estilo de las de París y Londres. Su población actual se calcula en 80.000 habitantes.

No sin razón tiene Cádiz nombre de plaza fuerte; las fortificaciones por el lado de tierra, en parte obra de los franceses durante el imperio napoleónico, son muy dignas de admiración, y parecen inexpugnables; por el lado del mar, la naturaleza la defiende tanto como el arte, porque el agua y las rocas sumergidas no son parapetos despreciables. Con todo, las defensas de la ciudad, salvo las del lado de tierra, ofrecen tristes pruebas de la apatía y abandono españoles, aun teniendo en cuenta las circunstancias,

harto desfavorables, en que ahora se halla el país. En las fortificaciones, que van arruinándose con rapidez, apenas se ve un cañón, excepto unos pocos desmontados; así esa fortaleza aislada se halla hoy casi a merced de cualquier nación extranjera que, con un pretexto, o sin pretexto alguno, pretendiese arrancarla del poder de sus legítimos dueños y convertirla en colonia.

A las pocas horas de llegar, visité a Mr. B.[1], cónsul general británico en Cádiz. Su casa, muy vasta y suntuosa, hace esquina a la entrada de la *alameda*, y tiene hermosas vistas sobre la bahía. Por de contado, de tiempo atrás conocía yo de oídas a Mr. B. Sabía que llevaba bastantes años desempeñando con provecho para su país natal y no poca honra suya el cargo, tan señalado como lleno de responsabilidades, que ocupaba en España. Conocíale también por cristiano bueno y pío, y, además, como amigo seguro e inteligente de la Sociedad Bíblica. Sabía yo eso, pero no se me había presentado nunca ocasión de conocerle personalmente. Le vi entonces por vez primera, y su aspecto exterior me causó gran impresión. Es un hombre alto, atlético, muy bien formado, entre cuarenta y cinco y cincuenta años; la grave dignidad de su semblante se dulcifica por una expresión de buen humor muy atractiva. Sus modales son abiertos y afables en extremo. No entraré a referir con detalles nuestra entrevista, para mí asaz interesante. Conocía Mr. B. los puntos capitales de mi historia desde mi llegada a España, y sobre ellos hizo diversos comentarios que demostraban un conocimiento íntimo de la situación del país, tocante a los asuntos eclesiásticos, y del estado de la opinión respecto a innovaciones religiosas.

Me agradó descubrir que sus ideas coincidían en muchos puntos con

las mías; ambos teníamos la opinión decidida de que a pesar de las persecuciones y el alboroto promovidos últimamente contra el Evangelio, la batalla no estaba, ni mucho menos, perdida, y que la santa causa aún podía triunfar en España si los llamados a defenderla desplegaban, junto con su celo, discreción, y humildad cristiana.

La mayor parte de aquel día y del siguiente estuve ocupado en la Aduana, tratando de obtener los documentos necesarios para exportar los Testamentos. El sábado por la tarde comí con Mr. B. y su familia, grupo interesante formado por su esposa, sus hijas, muy bellas, y su hijo, joven apuesto e inteligente. A la siguiente mañana, temprano, el vapor *Balear* zarpaba de Cádiz con rumbo a Marsella, y escalas en Algeciras, Gibraltar y otros puertos de España. Tomé pasaje a su bordo hasta Gibraltar, pues ya nada tenía que hacer en Cádiz; mis asuntos en la aduana estaban al cabo concluídos gracias a Mr. B., sin cuya bondadosa asistencia creo que nunca los hubiera dado fin. Ya tarde, me despedí con pesar de hombre tan excelente y de mis otros encantadores amigos; creo que sus votos más fervientes me acompañaron, y en cualquier lugar del mundo donde, pobre peregrino por la causa del Evangelio, pueda encontrarme, no dejaré de ofrecer a menudo sinceras oraciones por su ventura y bienestar.

Antes de despedirme de Cádiz, referiré una anécdota del cónsul británico, que le caracteriza, y pinta también su feliz manera de cumplir los más penosos deberes del cargo. Estaba yo de conversación con él en una sala de su casa, cuando nos interrumpió la llegada de dos visitantes inesperados: eran el capitán de un barco mercante de Liverpool y uno de la tripulación, rudo marinero del país de Gales, que apenas sabía expresarse en inglés. Ambos se miraban con indecible desconfianza y rencor. Resultó

que el marinero se había negado a trabajar, y se obstinaba en abandonar el barco; su jefe llevábale a presencia del cónsul, a fin de que, si persistía en su actitud, le notificasen las consecuencias, o sea la pérdida de sus sueldos y ropas. Así se hizo; pero el marinero mostrábase cada vez más arisco, negándose a volver a pisar la misma cubierta que el capitán, quien le había llamado «griego, griego poltrón y holgazán», y eso no podía tolerarlo. La palabra «griego» se le había enconado al marinero en el ánimo y le lastimaba el corazón. Mr. B., buen conocedor, por lo visto, del carácter de los galeses en general—cuya testarudez, cuando se les lleva la contraria, es proverbial—y que desde luego vió los motivos triviales y necios de donde la disputa había surgido, le dijo sonriendo al marinero que, para salirse con la suya frente a todos y conservar sus sueldos y ropas, había un medio: irse a bordo de un barco de guerra de su majestad, anclado a la sazón en la bahía. No lo ignoraba el marinero, según dijo, y así se proponía hacerlo. Con todo, su torvo semblante se dilató un poco, y miró con menos fiereza al capitán. Entonces, Mr. B., dirigiéndose al último, hizo algunas observaciones sobre la inconveniencia de llamar «griego» a un marinero británico, sin olvidarse de mencionar al propio tiempo la absoluta necesidad de disciplina y obediencia a bordo. Sus palabras produjeron tal efecto, que muy poco tiempo después el marinero tendía la mano al capitán, mostrándose dispuesto a volver con él a bordo y a cumplir sus obligaciones, añadiendo que el capitán, después de todo, era el hombre mejor del mundo. Así se separaron contentos unos de otros; habiéndoles arrancado el cónsul la promesa de asistir al día siguiente al oficio divino en su casa.

Llegó la mañana del domingo, y a las seis me encontraba a bordo. Al

trepar por la escala, me hirió los oídos el áspero acento del dialecto catalán. El barco era, en efecto, de construcción catalana, y el capitán y los tripulantes pertenecían a aquel pueblo; la mayor parte de los pasajeros ya a bordo, o llegados después, eran catalanes, y parecían rivalizar unos con otros en emitir sonidos desagradables. Pero quien con toda evidencia se llevaba la palma era un comerciante gordo, de rostro colorado, barba en punta, ojos penetrantes y nariz corva; hablaba con asombrosa vehemencia por los motivos al parecer más fútiles, o sin motivo alguno; el sonido de su voz hubiese sido exactamente igual al ruido de un molinillo de café, a no ser por cierta nasalidad gangosa; no cesó de eyacular su catalán en todo el trayecto hasta Gibraltar. Esas gentes no se marean nunca, aunque con frecuencia producen o aumentan el mareo de los demás.

No zarpamos hasta después de las ocho, en espera del gobernador de Algeciras, y en cuanto llegó a bordo nos pusimos en marcha; era hombre de unos setenta años, alto, delgado, rígido, de rostro grave, alargado y rugoso; en suma, la propia imagen de un antiguo grande de España. Nos echamos fuera de la bahía rodeando el ingente faro erguido sobre el arrecife, e hicimos después rumbo al Sur, en dirección de los estrechos. La mañana era esplendorosa; el cielo y el mar, de un azul radiante, o más bien, como en ocasión análoga hizo notar mi amigo Oehlenschlaeger[2], parecían dos cielos y dos soles, uno arriba y otro abajo.

Aunque el tiempo era bueno, el barco andaba poco, tal vez por sernos contraria la corriente. A las dos horas pasamos frente al castillo de Santa Petra, y al mediodía estábamos a la vista de Trafalgar. El viento refrescó y nos daba de proa; nos arrimamos mucho a la costa para evitar en lo posible el duro y fuerte mar que desembocaba del estrecho. Pasamos a muy corta

distancia del Cabo, escarpado promontorio de no muy considerable altura.

No hay inglés que pase por tales lugares—teatro de la batalla naval más famosa que se recuerda—sin emoción. Allí las flotas de Francia y España, unidas, fueron aniquiladas por una fuerza muy inferior; pero era una fuerza británica y la dirigía uno de los hombres más notables de su época, quizás el héroe más grande de todos los tiempos.

Enormes despojos de naufragios emergen aún con frecuencia del golfo, cuyas olas se estrellan contra las rocas de Trafalgar: son reliquias de las gigantescas naves incendiadas y hundidas en aquel día terrible, cuando el heroico campeón de Bretaña, concluída su obra, murió. A un solo individuo le he oído aventurar palabras en desdoro de la gloria de Nelson: era un americano insolente, quien reputaba por demás exagerada la fama del almirante británico.

—¿Cabe exagerar el aprecio de un hombre—replicó un desconocido—cuyos pensamientos todos se encaminaron al honor de su país, que apenas combatió una vez sin dejar un pedazo de su cuerpo en la refriega, y, para no hablar de otros triunfos menores, vencedor en dos batallas tales como Abukir y Trafalgar?

Poco después estábamos a la vista de la costa de Africa. El cabo Espartel se dibujaba borrosamente entre la niebla por nuestra derecha. El Levante comenzó a soplar, y el barco cabeceaba mucho; sin embargo, el gobernador y yo resistimos valientemente; sentados en un banco, entramos en conversación acerca de los moros y de su país. El propio Torquemada no habría hablado de ellos con más aborrecimiento. Me dijo que había estado bastantes veces en las principales ciudades moras de la costa, describiéndomelas como montones de ruinas; a los moros los llamaba

cafres y bestias feroces. Siempre, aun en Tánger, donde la gente está más civilizada, le habían insultado: tan grande es el odio de los moros a cuanto huele a cristiano. Sin embargo, a los ingleses los trataban con relativa cortesía, y circulaba entre ellos un dicho según el cual ingleses y mahometanos son unos y lo mismo; el semblante del gobernador tomó por un momento una expresión más grave; el hombre se santiguó y guardó silencio. Adiviné lo que pasaba por su ánimo:

«De bárbaros herejes,
turcos y moros,
Estrella del mar
Dulce María,
¡ampárame!»

A eso de las tres cruzamos frente a Tarifa, tantas veces mencionada en la historia de moros y cristianos. ¿Quién no ha oído hablar de Alonso de Guzmán el Bueno[3], que dejó sacrificar a su hijo único delante de los muros de la ciudad por no sufrir la ignominia de entregar las llaves al monarca marroquí, quien, con su ejército, muy cercano, según cuentan, a medio millón de hombres, había desembarcado en las costas de Andalucía y amenazaba poner de nuevo a España bajo el yugo musulmán? Pues, en verdad, si hay un país y un lugar donde apenas se nombre a tan buen patriota, ni se canten sus proezas, ese país y ese lugar son España y Tarifa modernas.

He oído cantar en danés el romance de Alonso Guzmán a un pastor en las soledades de Jutlandia; pero una vez hablé del «Fiel» a unos habitantes de Tarifa, y me dijeron que nunca habían oído mentar a Guzmán el Fiel de Tarifa, pero que conocían a Alonso Guzmán el *tuerto*, uno de los más

miserables *arrieros* del camino de Cádiz.

El viaje por aquellos angostos mares no puede por menos de interesar al más apático, dado el panorama que por uno y otro lado se presenta ante los ojos. Las costas son muy bravas y altas en extremo, sobre todo la de España, que parece dominar a la de Africa; pero frente a Tarifa, el continente africano, girando hacia el Suroeste, toma un aspecto de grandeza sublime. Una montaña blanquecina horada las nubes con su cumbre: es monte Abyla, llamado en lengua mora Gibil Muza, o montaña de Muza, porque en ella está el sepulcro de un profeta de ese nombre. Es una de las dos excrecencias naturales llamadas en la antigüedad columnas de Hércules; sus vertientes y estribaciones ocupan muchas leguas de la costa marroquí en varias direcciones; pero su parte más ancha y escarpada mira de frente al punto del continente europeo donde yace Gibraltar como un enorme monstruo tendido en las aguas. De las dos montañas, o columnas, la más notable, vistas desde lejos, es la africana, Gibil Muza. Es la más alta, la más corpulenta y se ve desde mayor distancia; pero miradas desde cerca, la columna de Europa absorbe nuestra admiración. Gibil Muza es una inmensa masa informe, un amontonamiento de rocas agrestes, con algunos pocos árboles y arbustos aquí y allá asomados a los bordes de los precipicios; sus únicos moradores son los lobos, jabalíes y monos, a los que debe su nombre español de *Montaña de las monas*. Gibraltar, por el contrario—y sin hacer cuenta de la extraña ciudad que en parte lo cubre, habitada por hombres de todas las naciones y lenguas, ni de sus baterías y excavaciones, todas prodigios de arte—, es la montaña de más insólita apariencia del mundo, indescriptible por el pincel ni por la pluma, que los ojos no se hartan de mirar.

Cerca ya del anochecer, cruzábamos la bahía de Gibraltar. Habíamos tocado en Algeciras, en la costa española, para desembarcar al viejo gobernador y tomar y dejar cartas.

Algeciras es una antigua ciudad mora, como denota su nombre, palabra árabe que significa «el lugar de las islas». Hállase al borde del mar, con una cadena de altas montañas a la espalda. Hasta donde puede juzgarse a la distancia de media milla, el lugar me pareció triste y abandonado. Sin embargo, en la bahía estaban una fragata española y un bergantín francés. Al pasar junto a aquélla, algunos españoles a bordo de nuestro vapor empezaron a echar roncas a costa de los ingleses. Parece que pocas semanas antes, un barco inglés, sospechoso de contrabandista, fué visto por la fragata española, abrigada en una bahía de la costa andaluza, junto con una fragata inglesa, el *Orestes*. La fragata española estuvo en acecho, y una mañana, al observar que el *Orestes* había desaparecido, arboló los colores ingleses e hizo señales al mercante para que se acercara; engañado por la bandera británica, el mercante se acercó y al instante fué cañoneado y abordado: resultó ser, en efecto, barco contrabandista, y fué llevado a un puerto, donde lo entregaron a las autoridades españolas. A los pocos días el capitán del *Orestes* se enteró del caso, e, irritado por el injustificable empleo del pabellón británico, destacó un bote con un mensaje para la fragata española, pidiendo la devolución inmediata del barco apresado, o, de lo contrario, lo rescataría por la fuerza; añadiendo que llevaba 40 cañones a bordo. El capitán de la fragata española respondió que el mercante estaba ya en poder de los empleados de la Aduana y no disponía de él; pero que el capitán del *Orestes* era muy dueño de proceder a su antojo, y que si tenía 40 cañones, él llevaba 44; el *Orestes* tuvo a bien responder marchándose. Tal

fué, al menos, el relato que apareció en los periódicos españoles. Al observar cuánto les regocijaba a los españoles la idea de que un compatriota suyo hubiese amedrentado a un inglés, exclamé: «Señores, si algunos de ustedes suponen que un capitán inglés ha desistido de atacar a un buque español, temiendo una superioridad de cuatro cañones, recuerden, si lo tienen a bien, la suerte del *Santísima Trinidad*, y no olviden tampoco, se lo ruego, que casi resuenan todavía los cañonazos de Trafalgar.»

Era cerca del obscurecer, repito, y cruzábamos la bahía de Gibraltar. De pie en la proa del barco, llevaba los ojos clavados en la montaña-fortaleza; no obstante haberla ya visto viadas veces, me interesaba mucho, llenándome de admiración. Desde donde yo la contemplaba, si se parece a algún ser de la naturaleza animada, es a un león acurrucado, terrible, cuya estupenda cabeza amenaza a España. En alas del ensueño, quizás habría llegado a la conclusión de que el Genio del Africa, bajo la forma de aquel monstruo, el más poderoso de cuantos cría, había cruzado de un salto el mar, desde el país de la arena y del sol, con ánimo de destruir el continente rival; imagen robustecida por el color de sus flancos de roca, del espinazo y de la cerviz, tan curtidos como la piel del rey del desierto. Y en realidad ese monte ha sido casi siempre para España un león enemigo, al menos desde que empezó a sonar en la historia, o sea cuando Tarik lo tomó y fortificó. La mayor parte del tiempo ha estado en poder de extranjeros: primero, en poder de los hombres del turbante, de los atezados moros; ahora, en el de una raza pelirrubia venida de una isla lejana. Aunque es parte de España, parece renegar toda conexión con ella; colocado al final de un largo y angosto istmo de arena, casi a nivel con el mar, yergue verticalmente su abrasada cima para denunciar los crímenes que afean la historia de una

tierra tan bella y majestuosa.

Era ya cerca del obscurecer, por tercera vez lo digo, y atravesábamos la bahía de Gibraltar. ¡La bahía! No semejaba tal, sino un mar interior, rodeado por todas partes de mágicas barreras: tan sorprendente, tan prodigioso era el aspecto de las costas. Delante de nosotros, la inexpugnable montaña; a la derecha, el continente africano, con su Gibil Muza, gris, y el derrumbadero de Ceuta, hacia el que llevaba rumbo una barca solitaria; detrás de nosotros, el pueblo que acabábamos de dejar y su barrera montañosa; a la izquierda, la costa de España. Ni una ola rizaba la superficie del mar, y como nos deslizábamos sobre ella velozmente, el singularísimo objeto a que íbamos acercándonos se hacía a cada momento más visible y distinto. Al pie de la montaña, y en una pequeña porción de la falda, yace la ciudad, con las murallas guarnecidas de cañones negruzcos, asestados de modo significativo contra las dársenas y muelles; encima, en cada risco, en cada hueco útiles para la defensa y el estrago, asoman las baterías, aparición siniestra y sepulcral, como presagio ominoso de la suerte que aguarda a cualquier enemigo intruso; mientras, al Este y al Oeste, hacia Africa y España, en los puntos elevados, se alzan castillos, torres o *atalayas*, que dominan el conjunto, y toda la región circunyacente, por tierra y por mar. Las fortificaciones son fuertes, amenazadoras y, vistas en cualquier otro sitio, ellas solas embargarían el ánimo y absorberían la admiración; pero la montaña, la pasmosa montaña, reaparecía por todas partes y sobrepujaba su efecto como espectáculo. ¿Quién, al contemplar un elefante enorme que, blandiendo la trompa, se arroja impetuosamente en la pelea, mira el castillete levantado en su lomo, o teme las jabalinas de sus ocupantes, por diestros y valerosos que sean? Nunca se nos representa

mejor el poder y la grandeza de Dios que al contrastar las obras de sus manos con los trabajos del hombre. Contemplad El Escorial: es una obra soberbia, pero no sé si podréis admirarla en viendo la montaña que se mofa de él a sus espaldas; contemplad aquel orgullo de los reyes moros, contemplad a Granada desde la vega; pero no sé si podréis admirarla, pues veréis detrás, mofándose, las Alpujarras. ¡Oh! ¿Qué son las obras del hombre comparadas con las del Señor? Lo que el hombre comparado con su Creador. El hombre construye pirámides; también Dios las construye: las pirámides del hombre son montones de cascote, mezquinos montículos en una planicie arenosa; las pirámides del Señor son los Andes y las montañas de la India. El hombre construye murallas; también su Dueño; pero las murallas de Dios son los negros precipicios de Gibraltar y de Horneel, eternos, indestructibles, inaccesibles; las del hombre se escalan o las destruyen las olas, o el rayo o la pólvora las pulverizan. Si el hombre quiere desplegar victoriosamente su poder o su grandeza, ha de ser lejos de las montañas; sobre sus cimas flotan las nubes, enseña del Creador; allí es más patente la majestad de Dios. Llámese, si se quiere, a Gibraltar montaña de Tarik o de Hércules; pero contempladla un instante, y la llamaréis montaña de Dios. Tarik y el semidiós antiguo pueden haber edificado sobre ella; pero ni todo aquel pueblo de bronceada tez de que Tarik era retoño, ni todos los gigantes en lo antiguo famosos, entre los que se contaba Hércules, hubieran podido construir sus riscos ni cincelar en su enorme masa la forma que ahora tiene.

Echamos el ancla no lejos del muelle. Como esperábamos oír de un momento a otro el cañonazo vespertino, después del cual no se permite a nadie entrar en la ciudad, estaba yo sobresaltado, temiendo verme obligado

a pernoctar en el sucio vapor catalán, que, pues ya no había de proseguir en él mi viaje, sentía mucha prisa por abandonar. Se nos acercó un bote, con dos individuos en la popa, y uno de ellos, puesto en pie, preguntó con tono autoritario el nombre del barco, su destino y carga. Dada respuesta, subieron a bordo. Hablaron un poco con el capitán, y se disponían a partir, cuando pregunté si podía acompañarlos a tierra. La persona a quien interrogué era un joven alto, con levita de fustán. Era carilargo, y larga su nariz, ancha la boca, los ojos grandes, vivarachos. Guiñaba el rostro con una mueca al parecer imborrable, y si no hubiese sido por su tez bronceada, le hubiera tomado por un vagabundo de las calles de Londres. Pero no era tal, sino lo que llaman «un lagarto del Peñón», o sea una persona nacida en Gibraltar de padres ingleses. Al oír mi pregunta, hecha en español, gesticuló aún más que de ordinario y, con extraño acento, me preguntó si era hijo de Gibraltar. Respondí que no tenía tal honor, pero que era súbdito británico; luego se mostró dispuesto a desembarcarme. Entramos en el bote, tomaron los remos cuatro marineros genoveses y nos impelieron velozmente hacia tierra. Mis dos compañeros charlaban en un español muy raro; el de la levita de fustán volvía hacia mí la cara de cuando en cuando, y cada vez su mueca era más desagradable. No tardamos en llegar al muelle; exhibí el pasaporte, anotaron mi nombre y me dejaron pasar.

Era ya noche cerrada, y sin perder tiempo crucé el puente levadizo y entré en el largo corredor abovedado que por debajo de las fortificaciones comunica con la ciudad. En el pasadizo, dos centinelas de casaca roja iban y venían, fusil al hombro, marcando el paso. No se detenían un momento, no ganduleaban, no reían ni bromeaban con los transeuntes; su porte era el

propio de soldados británicos, conscientes de los deberes de su situación. ¡Diferencia va de ellos a los abandonados haraganes que montan la guardia a la puerta de cualquier ciudad española con guarnición!

Remonté la calle principal, que corre en suave pendiente a lo largo de la base de la montaña. Acostumbrado desde hacía varios meses al melancólico silencio de Sevilla, el ruido y la animación reinantes en torno mío casi me ensordecieron. Era noche de sábado, y todos los negocios estaban, claro es, interrumpidos; pero arriba y abajo pasaba un copioso gentío. Allí avanzaba un pelotón de guardias, aquí se paseaba un grupo de oficiales, más allá un corro de soldados hablaba y reía. Casi todos los paisanos eran españoles, pero había una buena rociada de judíos, vestidos como los de Berbería, y algún que otro moro con turbante. También había bandas de marineros, genoveses, a juzgar por su «patois», si bien percibía alguna vez el sonido *tou logousas*, que me reveló la proximidad de griegos, y dos o tres veces vislumbré el gorro encarnado y las chaquetillas de seda azul de los marineros de las islas romaicas. Continué presuroso hasta llegar a cierta hostería muy nombrada, inmediata a una plazuela donde está la Bolsa de Gibraltar. Me precipité en la hostería, pedí habitación, y el geniecillo del lugar, que estaba en pie detrás del mostrador, me dió alegremente la bienvenida; quizás tendré ocasión de describirlo más adelante. Todas las habitaciones del piso bajo estaban llenas de gente del Peñón, hombres corpulentos por lo general, de tez morena y facciones inglesas, con sombreros blancos y trajes de cutí, también blancos. Fumaban pipas y cigarros, bebían cerveza, vino y otros líquidos, y hablaban en español del Peñón o en inglés del Peñón, según les tomaba la fantasía. Muy denso era el humo del tabaco, y grande el ruido de las voces; con mucho gusto subí

presuroso a un cuarto desocupado, donde me sirvieron un refrigerio que me estaba haciendo mucha falta.

Al poco rato, los sones de una música militar, muy próxima a mis ventanas, atrajeron mi atención. Bajé, y me asomé a la puerta. Una banda militar, en la plazoleta delante de la Bolsa, se preparaba para tocar retreta. Después del preludio, admirablemente ejecutado, el mayor, un buen mozo, hizo unos floreos con el bastón y echó calle arriba, seguido de toda la banda, tan airosa y apuesta, y de una multitud de oyentes admiradores. Batían los platillos, lanzaban las trompetas su alarido, los timbales emitían su nota grave y solemne; despertábanse los ecos del Peñón, y las escalonadas azoteas de la ciudad retumbaban con aquel estrépito conmovedor.
¡Plán! ¡Rataplán! Así hacen los tambores.
¡Tra! ¡Tralará! ¡Ya vienen los ingleses!

¡Oh Inglaterra! ¡Mucho tiempo ha de pasar aún antes de que el sol de tu gloria se abisme en las ondas tenebrosas! ¡Aunque sobre ti se amontonan nubes sombrias, pavorosas, todavía, todavía querrá el Omnipotente dispersarlas, y concederte un porvenir de más duración, y más brillante aún, que tu pasado! ¡Y si tu fin está próximo, que sea un fin noble, digno de la renombrada Reina de los mares! ¡Húndete, si has de hundirte, entre sangre y llamas, con pavoroso estruendo, arrastrando a más de una nación en tu caída! ¡Plegue al Señor preservarte, sobre todo, de una decadencia lenta y oprobiosa, en la que serías, antes de extinguirte, la mofa y escarnio de aquellos mismos enemigos que ahora te envidian y aborrecen, pero te temen; más aún, te admiran y respetan contra su voluntad! ¡Alzate, mientras es tiempo aún, y disponte para un combate a vida o muerte! ¡Arroja de ti la inmunda costra que llevas pegada a tus robustos miembros,

que amortigua tu fuerza, y la entorpece y debilita! ¡Arroja de ti a tus falsos filósofos, que con tanto gusto desacreditan lo que, después del amor a Dios, se ha tenido hasta aquí por más sagrado, el amor a la tierra materna! ¡Arroja de ti a los falsos patriotas, que, so pretexto de enderezar los entuertos que sufren los pobres y los débiles, tratan de suscitar discordias internas, de suerte que tu poder sólo sea terrible para ti misma! ¡Expulsa a los falsos profetas, que divinizan la mentira; que han puesto en tus muros argamasa que no fragua, y se caerán; que ven visiones de paz, donde la paz no existe; que han robustecido los brazos de los malvados y entristecido el corazón de los justos! ¡Oh, hazlo, y no temas el resultado, porque o tu fin será grandioso y envidiable, o Dios perpetuará tu reinado sobre los mares, oh tú, su ya antigua Reina!

Lo que antecede es parte de una plegaria por mi país natal, que, después de mi acción de gracias habitual, balbucí, ofreciéndosela al Todopoderoso antes de entregarme al descanso, aquel sábado por la noche en Gibraltar.

* * *

Notas

1. Mr. John Brackenbury.

2. Poeta danés. 1779-1850.

3. Borrow le llama *the Faithful*, el Fiel.

Capítulo LII

Un hostelero jovial. — Los aspirantes a la gloria. — Un retrato. — Los *Hamales*. — Una excursión. — Labriego y soldado. — Las excavaciones. — Un tirón de la ropa. — Judas y su padre. — Peregrinación de Judas. — La barba frondosa. — Los falsos moros. — Judas y el hijo del Rey. — Vejez prematura.

Quizás fuera imposible escoger lugar más apropiado para observar con toda holgura a Gibraltar y sus moradores que aquel en que me hallé a eso de las diez de la mañana siguiente. Sentado en un banquillo frente por frente del mostrador, pegado a la puerta, en el zaguán de la hostería donde me hallaba alojado temporalmente, abarcaba con la vista la plaza de la Bolsa y cuanto en ella entraba, y con sólo alzar los ojos, contemplaba a placer la estupenda montaña que se yergue sobre la ciudad hasta unos mil pies de altura. Observaba también a cuantas personas entraban en la casa o salían de ella, muy concurrida, por hallarse situada en el punto más frecuentado de la principal arteria de la ciudad. Harta ocupación tenían mis ojos, no menos que mis oídos. Junto a mí estaba en pie mi excelente amigo Griffiths, el jovial hostelero, de quien diré algunas palabras, aprovechando la oportunidad presente, si bien ha sido ya descrito con frecuencia y por

plumas mucho mejores. Figúrense los que no le conozcan, un hombre de unos cincuenta años, lo menos de seis pies de alto, de unas diez arrobas de peso, de semblante muy fresco, facciones regulares y ojos vivos y sagaces, pero al mismo tiempo expresivos de un buen natural. Lleva pantalones blancos, levita blanca, sombrero blanco; todo en él es blanco, excepto sus cuidadas patillas y su rubicunda faz. Debajo del brazo lleva un látigo, con que se aumenta prodigiosamente lo que para nosotros hay de familiar en su aspecto, más parecido al de un caballero que tiene una posada en el camino de New-market, «simplemente por amor de los viajeros y del dinero que llevan consigo», que al de un natural del Peñón. Sin embargo, él mismo se confesará lagarto del Peñón, y apenas les cabrá a ustedes duda de ello cuando además del inglés vernáculo e impuro que habla, le oigan expresarse en español o, si es necesario, incluso en genovés, y no es juego de niños hablar este idioma, que nunca he podido dominar. Es muy entendido en caballos, y cuando la ocasión llega, le vende un «bocado de casta» a cualquier aficionado joven, aunque no se niega tampoco a tratar con viejos; porque entre todos esos judíos de Fez, flacos, catarrosos, lívidos, de ojos de lince, no hay ninguno capaz de engañarlo en un trato ni de estafarle una sola de las cincuenta mil libras esterlinas que posee; pero téngase presente que es hombre franco y liberal con quienes se portan con él honradamente, y sépase también que si es usted un caballero cumplido le prestará dinero, si lo necesita; bien entendido que, si se lo niega, es que hay algo en su conducta de usted que no es del todo correcto, porque Griffiths conoce «su mundo» y no se deja tomar por tonto.

Durante la hora escasa que estuve en el banco de la hostería del Peñón se consumió en mi presencia una prodigiosa cantidad de cerveza. Delante

del mostrador se agolpaban los oficiales, en demanda de un refresco, asaz gustoso, cuando no necesario con un tiempo de tan sofocante calor; algunos llegaban galopando hasta la puerta en jacas berberiscas, que abundan mucho en Gibraltar. Todos parecían muy amigos del hostelero, con quien discutían a veces los méritos de tal o cual caballo, y cuyas burlas acogían invariablemente con ilimitada aprobación. El aspecto y los modales de aquellos jóvenes, porque, en efecto, en su mayor parte, eran muy jovencitos, me parecieron interesantes y agradables en sumo grado. En verdad, creo que los oficiales ingleses en general, por su buena presencia y por la urbanidad de sus modales, se llevan la palma entre todos los de igual clase en el mundo. Es verdad que los oficiales de la Guardia real de Rusia, especialmente los de los tres hermosos regimientos llamados *Priberjensky*, *Simeonsky* y *Finlansky polks*, pueden, en casi todos los puntos, entrar sin miedo en comparación con la flor del ejército británico; pero es de recordar que la oficialidad de esos regimientos la forman los más selectos individuos de la nobleza eslavona, jóvenes escogidos expresamente por sus prendas personales y por la superioridad de sus dotes intelectuales, mientras que, entre los jóvenes y rubios anglo-sajones a la sazón reunidos junto a mí, no había quizás uno solo de descendencia noble ni de nombre encumbrado y soberbio, y lejos, por cierto, de haberlos escogido para halagar el orgullo y aumentar la pompa de un déspota, habíanlos sacado indistintamente de una masa de ardientes aspirantes a la gloria militar, y enviádolos, en servicio de su país, a una colonia remota e insalubre. No obstante, eran tales, que su país podía enorgullecerse viéndolos tan sanos y bellos de rostro, pintados el valor en el semblante y la inteligencia en sus ojos azules.

¿Quién se detiene ahora frente a la puerta, sin entrar, y hace una pregunta al hostelero, que se acerca saludándole respetuoso? No es hombre vulgar, o mucho engaña su aspecto. Va vestido con bastante sencillez: sombrero español, de copa puntiaguda y anchas alas sombrosas—el verdadero *sombrero*—, pantalones de cutí y chaquetilla azul de húsar; pero ¡qué bien le sienta ese vestido a su dueño, uno de los hombres de más noble apostura que he visto! Le contemplé con insólito respeto y admiración, mientras bondadosamente sonreía y bromeaba en buen español con un descarado pilluelo del Peñón, empeñado en venderle un enorme *bogamante* o langosta ordinaria, ya en putrefacción, que llevaba en la mano.

Aquel hombre era de estatura casi gigantesca, y sobresalía cerca de tres pulgadas por encima del corpulento hostelero; pero bien conformado, como un atleta, y derecho como un pino de Dovrefeld. Podía tener once lustros, y eso añadía cierta expresión de madura dignidad a su rostro, que se dijera cincelado por un escultor griego; sus cabellos eran aún negros como la pluma del cuervo de Noruega, y negro también el bigote que se rizaba sobre su bien dibujado labio. Con atavío griego, y en el campamento frente a Troya, le hubiera tomado por Agamenón.

—Ese hombre ¿es un general?—dije a un individuo bajito, de extraña catadura, que, sentado junto a mí, se empapaba en la lectura de un periódico.

—Ese caballero—susurró con acento ceceoso—es el gobernador de Gibraltar.

A cada lado de la puerta, por la parte de afuera, tendidos en el suelo o apoyados indolentemente contra las paredes, había media docena de

hombres de aspecto bastante raro. La prenda principal de su vestido era una especie de túnica azul, algo parecida a la blusa que llevan los campesinos del Norte de Francia, pero menos larga; llevábanla ceñida a la cintura por una correa y les caía hasta la mitad de los muslos. Tenían las piernas desnudas, lo que me permitió observar la anchura descomunal de sus pantorrillas. Tocábanse con gorritos de lana negra. Al más atlético de todos, tipo de atezado rostro, de unos cuarenta años, le pregunté quiénes eran.—*Hamales*—me respondió.—Esta palabra es árabe y significa porteador; en efecto, un instante después vi atravesar la plaza a un individuo semejante tambaleándose bajo una inmensa carga, suficiente casi para romperle el espinazo a un camello. Me dirigí otra vez a mi amigo el negro, y preguntándole de dónde procedía, me respondió que era natural de Mogador, en Berbería, pero había pasado la mayor parte de su vida en Gibraltar. Añadió que era *capataz* de los *hamales* que estaban a la puerta. Entonces le hablé en árabe de Oriente, aunque con pocas esperanzas de hacerme entender, sobre todo por el mucho tiempo que el hombre había estado fuera de su país. Me respondió, empero, muy atinadamente, chispeantes los ojos de alegría y temblándole los labios de ansia, aunque con facilidad se percibía que el árabe, o más bien el marroquí, no era la lengua en que acostumbraba hablar o pensar. Sus camaradas se agruparon en torno nuestro y escucharon con avidez; a veces, cuando decíamos algo que merecía su aprobación, exclamaban: *Wakhud rajil shereef hada, min beled del scharki*. Por último, les enseñé el «shekel» que invariablemente llevo en el bolsillo, y pregunté al *capataz* si había visto nunca aquella moneda. Estuvo un buen rato examinando el incensario y el ramo de oliva, con señales evidentes de no saber lo que era; al fin, se le ocurrió examinar

los caracteres que por ambos lados rodean la moneda, y lanzando un grito exclamó dirigiéndose a los otros *hamales*: «Hermanos, hermanos, éstas son las letras de Salomón. Esta plata está bendita. Besemos la moneda.» Púsola sobre su cabeza, la apretó contra sus labios y, por último, la besó con entusiasmo; lo mismo hicieron sucesivamente sus hermanos. Luego, recuperando la moneda, me la devolvió, con una profunda reverencia. Después supe por Griffiths que durante el resto del día el individuo aquél se negó a trabajar, y no hizo más que sonreír, reír y hablar solo.

—Permítame usted ofrecerle un aperitivo, señor—dijo aquel tipo raro antes mencionado: era un hombre corpulento, muy pequeño, con las piernas extremadamente cortas. Vestía una grasienta casaca de color de tabaco, calzón blanco, bastante sucio, y medias más sucias todavía. Llevaba un sombrero de copa alta, cuyas alas tendían a levantarse por delante y por detrás de la cabeza. Había yo observado que durante mi conversación con los *hamales*, aquel hombre alzaba repetidas veces los ojos del periódico que leía, y al exhibir la moneda sonrió de un modo significativo y la examinó cuando estaba en manos del *capataz*.

—Permítame usted que le ofrezca un aperitivo—dijo—. Ya sospechaba que era usted de los nuestros, antes de oírle hablar con los *hamales*. Señor, me llena de alegría ver a un caballero tan bien portado como usted, que no tiene a menos hablar con sus hermanos pobres. Así lo hago yo también no pocas veces, y que Dios borre mi nombre, que es Salomón, si alguna vez los desprecio. No tengo pretensiones de saber mucho árabe, pero le entendí a usted bastante bien y me gustó en extremo lo que dijo. Debe usted de estar muy fuerte en *shillam eidri*; pero me dejó usted parado cuando le preguntó al *hamál* si había leído la *Torah*; por supuesto, querría usted

decir con los *meforshim*; siendo tan pobre, no le creo bastante *becoresh* para leer la *Torah* sin comentarios. Usted dirá si acierto: me parece que usted ha de ser un judío de Salamanca; he oído que aún quedan por allí algunas de nuestras familias antiguas. Y en Tudela, no lejos de Salamanca, a lo que creo, ¿verdad? Un pariente mío vivió allí en otros tiempos: era gran viajero, como usted, señor; recorrió todo el mundo en busca de judíos, y estuvo hasta en la cima del Sinaí. ¿Puedo hacer algo por usted en Gibraltar? ¿Algún encargo? Lo haré tan bien y más de prisa que nadie. Me llamo Salomón. Soy bastante conocido en Gibraltar, y en Crooked Friars, y en la Neuen Stein Steg de Hamburgo. Pero sáqueme de una duda: creo que le he visto a usted otra vez en la feria de Brema. ¿Habla usted alemán? Por supuesto, sí lo habla. Permítame que le ofrezca unos aperitivos. Quisiera que por ser para usted fuesen *mayin hayim*; no lo dude, señor, quisiera que fuesen aguas vivas. Y ahora dígame su opinión acerca de este asunto (añadió bajando la voz y golpeando el periódico). ¿No le parece a usted muy fuerte cosa que un *Yudken* haga traición a otro? Cuando pongo un secretito en *beyad peluni*[1]—¿me entiende usted?—; cuando entrego un pobre secreto mío a la custodia de un individuo, y ese individuo es judío, *Yudken*, no quiero, ni espero, verme engañado. En una palabra, ¿qué piensa usted de este robo de polvo de oro, y qué le harán a esa infortunada gente que, según veo, está convicta?

Aquel mismo día me puse a buscar los medios de trasladarme a Tánger, pues aunque Gibraltar ofrece sumo interés al viajero observador, no quería prolongar mi estancia en un lugar donde ningún asunto especial me retenía. Por la tarde fué a verme un judío, natural de Berbería, y me dijo que era secretario del patrón de una barca genovesa que hacía el viaje entre

Tánger y Gibraltar. Afirmó que el barco partiría sin falta a la tarde siguiente para Tánger, y ajusté con él mi pasaje. Dijo que como el viento soplaba de Levante, la travesía sería muy rápida. Deseoso de aprovechar del mejor modo posible el corto tiempo que esperaba permanecer aún en Gibraltar, resolví visitar las excavaciones, que nunca había visto, al día siguiente por la mañana, para lo cual pedí y obtuve con facilidad el permiso necesario.

A eso de las seis de la mañana del martes partí para esta expedición acompañado de un muchacho judío, de rostro inteligente, que con su hermano desempeñaba en la hostería el oficio de *valet de place*.

La mañana era obscura y brumosa, pero hacía algo de calor. Subimos una calle en pendiente, y siguiendo en dirección al Este no tardamos en llegar a las proximidades de lo que generalmente se conoce con el nombre de Castillo Moro, vasta torre, tan maltratada por las balas de cañón disparadas contra ella en el famoso asedio, que al presente es poco más que una ruina. Centenares de boquetes redondos se ven en sus muros, donde aún están incrustadas, a lo que se dice, las balas. Allí, en una especie de choza, se unió a nosotros un sargento de artillería, que iba a servirnos de guía. Después de saludarnos nos llevó a una enorme roca, donde abrió la puerta de entrada a un pasadizo abovedado y obscuro, que corría por debajo del peñasco, y al salir del corredor nos encontramos en un escarpado sendero, o más bien escalera, con muros a cada lado. Subimos muy despacio, porque en tal lugar de nada hubiese servido apresurarse, como no fuese para quedarnos sin aliento en un minuto. El soldado, perfecto conocedor del terreno, avanzaba con paso uniforme, puestos los ojos en el suelo.

Miraba yo tanto a ese hombre como el insólito lugar donde a la sazón

nos hallábamos, y que a cada momento era más sorprendente. El guía era un hermoso ejemplar del labrador transformado en soldado; el Cuerpo a que pertenecía está compuesto, casi enteramente, de esa clase. Hele ahí, con su mesurado andar, alto, fuerte, colorado, de pelo castaño, inglés hasta la coronilla; contempladle en su marcha, silencioso, grave y cortés: un soldado inglés auténtico. Aprecio la obstinación del escocés; me gustan la osadía y el ímpetu del irlandés; admiro todas las diversas razas que constituyen la población de las Islas Británicas; pero he de decir que, en general, los mejor dotados para desempeñar el duro oficio de soldado son los hijos del campo de la vieja Inglaterra, tan fuertes, tan fríos; pero, al propio tiempo, animados por tanto fuego oculto. Recórrase la historia de Inglaterra, y se pondrá de manifiesto lo que son capaces de hacer tales hombres; aun en los remotos y obscuros tiempos de la batalla de Hastings, contra todas las desventajas posibles, debilitados por un conflicto reciente y terrible, sin disciplina, comparativamente hablando, e inferiores en armamento, estuvieron a punto de vencer a la caballería normanda. Trazad sus hazañas en Francia, dos veces subyugada; y seguidlos hasta España, donde vibrando las ballestas y empuñando el hacha de armas, dejaron tras sí un nombre glorioso en Inglés Mendi, nombre que ha de durar hasta que el fuego consuma los montes cántabros. Y en los tiempos modernos, seguid las hazañas de esos bravos por todo el mundo, especialmente en Francia y España, y admiradlos, como yo admiré a aquel hombre, tan grave, tan silencioso, tan marcial, que iba enseñándome las maravillas de una montaña fortaleza enclavada en tierra extranjera, arrancada por sus compatriotas más de un siglo antes a una nación poderosa y altiva, y de la que era él a la sazón eficaz y fiel guardián.

Llegamos al borde del estupendo precipicio que se alza abrupto sobre el istmo llamado zona neutral y hace una vista pavorosa y fatídica por la parte de España, e inmediatamente entramos en las excavaciones. Consisten en galerías talladas en la roca viva, a unos doce pies de distancia del borde exterior, detrás del cual recorren toda la anchura de la montaña por aquel lado. En esas galerías, a cortas distancias, hay boquetes abiertos por la mano del hombre, donde está el cañón, sobre un limpio basamento de pedrezuelas de pedernal, ligeramente elevado, cada uno con su pirámide de balas a un lado, y al otro una caja donde se guardan los útiles que el artillero necesita para ejercer su oficio. Cada cosa estaba en su sitio, en hermosísimo orden inglés, todo dispuesto para desbaratar y dominar en pocos momentos a toda hueste, por numerosa y soberbia que sea, que por el lado de tierra aparezca marchando en son de guerra contra esa singular fortaleza.

El sitio es poco variado, ya que una gruta se parece a otra, y un cañón a otro. Los cañones no eran de gran calibre, por cierto; aquí no se necesitan, pues un guijarro disparado desde tan gran altura bastaría para dar la muerte. Sin embargo, al descender a una profunda cueva, observé en una cavidad de importancia excepcional dos enormes carronadas, asestadas con notable malicia y picardía contra una roca en pendiente, que acaso, pero no sin dificultad tremenda, podía ser escalada. El simple rebufo de aquellos gruesos cañones bastaba para barrer a un millar de hombres. ¡Qué impresión de miedo y horror se ha de despertar en el pecho del enemigo cuando esta montaña hueca, en días de asedio, emite llamas, humo y truenos por un millar de bocas; horror igual al que siente el campesino de las inmediaciones cuando Mongibello[2] expele por todos sus orificios

llamaradas sulfúreas!

Al salir de las excavaciones visitamos algunas baterías. Pregunté al sargento si, tanto él como sus compañeros, estaban diestros en el uso de los cañones. Replicó que los cañones eran para ellos lo que la escopeta para el cazador, que los manejaban con igual facilidad, y, a su parecer, los apuntaban con mayor precisión, pues rara vez, o nunca, marraban un blanco al alcance del tiro. El hombre aquél no hablaba si no se le preguntaba, y sus respuestas estaban llenas de buen sentido, y en general bien dichas. Terminada la excursión, que duró lo menos dos horas, le hice un pequeño regalo y me despedí con un cordial apretón de manos.

Por la tarde me preparaba para ir a bordo del barco destinado a Tánger, confiando en lo que el judío secretario me había dicho respecto de su salida. Pero habiéndole encontrado por casualidad en la calle, me dijo que hasta la mañana siguiente no saldría, aconsejándome al mismo tiempo que estuviese a bordo desde muy temprano. Entonces vagué por las calles hasta que fué haciéndose de noche, y al sentirme cansado me disponía a enderezar mis pasos hacia la posada, cuando sentí que me tiraban suavemente de la ropa. Estaba entre un golpe de gente reunida en torno de unos soldados irlandeses que disputaban, y no hice caso; pero me dieron otro tirón más fuerte que el anterior, y oí que me hablaban en un idioma que tenía medio olvidado, y que casi no esperaba volver a oír jamás. Miré en torno y vi junto a mí un individuo alto que me miraba a la cara, de hito en hito, con ojos escrutadores y ansiosos. Tocábase con el *kauk*, o gorro de pieles de Jerusalén; pendiente de los hombros, y casi arrastrando por tierra, llevaba un ancho manto azul; mientras una *kandrisa*, o calzones turcos, envolvían sus remos inferiores. Le escudriñé con tanta atención como él

me miraba a mí. Al pronto sus facciones me parecieron totalmente desconocidas, y ya iba a exclamar: «No le conozco a usted», cuando uno o dos rasgos me hirieron, y grité, no sin cierta vacilación: «De seguro es Judas Lib.»

Hallábame en un vapor en el Báltico, el año 1834, si no me equivoco. Lloviznaba, había mar gruesa, cuando observé que un joven, de unos veintidós años, estaba recostado en melancólica actitud contra la borda del barco. Por su rostro conocí que era de raza hebrea, no obstante lo cual había en su aspecto algo muy singular, algo que rara vez se encuentra en esa casta: un cierto aire de nobleza que me interesó grandemente. Me acerqué a él, y a los pocos minutos estábamos en animada conversación. Hablaba polaco y judeo-alemán, indistintamente. La historia que me contó era extraordinaria en sumo grado; pero rendí crédito a todas sus palabras, que salían de su boca con tal acento de sinceridad que prevenía toda duda, y, sobre todo, ningún motivo tenía para engañarme. Una idea, un objeto, le absorbía enteramente.

—Mi padre—dijo con un modo de hablar que denotaba fuertemente su raza—, natural de Galatia, era un judío de elevado rango, un sabio, pues conocía el Zohar, y era también experto en medicina. Siendo yo un niño de unos ocho años dejó Galatia, y tomando consigo a su mujer, que era mi madre, y a mí, se puso en camino hacia Oriente, hasta Jerusalén; allí se estableció de mercader, porque era versado en el comercio y en las artes de ganar dinero. Los rabinos de Jerusalén le respetaban mucho porque era polaco, y conocía mejor el Zohar y más secretos que el más sabio de todos ellos. Hacía frecuentes viajes, y estaba ausente unas semanas o unos meses; pero nunca más de seis lunas. Mi padre me quería, y en los momentos de

ocio me enseñó parte de lo que sabía. Yo le ayudaba en el comercio; pero no me llevó consigo en sus viajes. Teníamos una tienda en Jerusalén donde vendíamos las mercancías de los nazarenos, y mi madre y yo, y hasta una hermanita que había nacido poco después de nuestra llegada a Jerusalén, ayudábamos a mi padre en su tráfico. Sucedió que en cierta ocasión nos dijo que se iba de viaje, y nos abrazó y se despidió, continuando nosotros en Jerusalén, después de su partida, al cuidado de los negocios. Esperábamos su regreso; pero pasaron meses, hasta seis, y no vino, y nos maravillamos; y pasaron más meses, otros seis, y tampoco vino, ni nos llegaron noticias suyas, y nuestros corazones se llenaron de tristeza y abatimiento. Cuando ya habían pasado dos años le dije a mi madre: «Iré y buscaré a mi padre.» Y ella me dijo: «Vé.» Dióme la bendición; besé a mi hermanita, y poniéndome en camino llegué a Egipto, donde tuve nuevas de mi padre, pues alguien me dijo que había estado allí y en qué tiempo, y que había pasado después a tierra de turcos; de manera que proseguí también a tierra de turcos, hasta Constantinopla. Y cuando llegué allá otra vez supe de mi padre, pues era muy conocido entre los judíos, y me dijeron el tiempo de su estancia allí, añadiendo que había especulado y prosperado, y marchádose de Constantinopla; pero no sabían dónde. Consideré el caso y me dije que quizás se hubiese ido al país de sus padres, hasta la propia Galatia, a visitar a sus parientes; determiné ir yo también allá, y allí fuí, y hallé a nuestros parientes, y me di a conocer, y se alegraron mucho al verme; pero cuando les pregunté por mi padre, movieron la cabeza y no supieron darme noticia alguna; hubiera sido su gusto que me demorase con ellos, pero yo no quise, porque el recuerdo de mi padre me trabajaba con fuerza y no podía tener reposo. Partí, pues, para otras tierras;

llegué a Rusia y me interné mucho en este país, no menos que hasta Kazan, y a todos cuantos topé, judíos, rusos o tártaros, les pregunté por mi padre; pero ninguno le conocía ni había oído hablar de él. Volví sobre mis pasos y aquí me ves; ahora me propongo recorrer Alemania y Francia, más aún, el mundo entero, hasta que adquiera noticias de mi padre, pues no puedo descansar hasta saber lo que ha sido de él; su imagen arde en mi cerebro como fuego, igual que fuego del *jehinnim*[3].

Tal era el individuo a quien a la sazón veía de nuevo, tras un lapso de cinco años, en la calle de Gibraltar, entre las sombras del crepúsculo.

—Sí—replicó—; soy Judá, apodado el *Lib*[4]. Tú no me conocías; pero yo te conocí al punto. Te hubiese reconocido entre un millón, y no ha pasado día, desde que nos conocimos, que no haya pensado en ti.

Iba a responderle; pero me sacó de entre la multitud y me condujo a una tienda donde, sentados en el suelo, seis o siete judíos cortaban cuero; les dijo algo que no entendí, con lo que inclinaron la cabeza y prosiguieron su tarea sin ocuparse de nosotros. Un individuo singular nos había seguido hasta la puerta: era un hombre vestido con traje europeo sumamente raído, pero con señales de haberlo cortado un buen sastre. Podría tener cincuenta años; el rostro, muy ancho y bronceado; las facciones, toscas, pero varoniles en extremo, y aunque eran facciones de judío, no se reflejaba en ellas la astucia, sino, al contrario, mucho candor y un natural excelente. Su talla era superior a la estatura media, y tremendamente atlético; los brazos y el tronco eran, a la letra, los de un Hércules aprisionado en un sobretodo moderno; la parte inferior del rostro llevábala cubierta por una frondosa barba que le llegaba a la mitad del pecho. Este individuo permaneció en la puerta sin apartar los ojos de Judá ni de mí.

La primera pregunta que le hice fué: ¿Ha tenido usted noticias de su padre?—Sí tal—respondió—. Cuando nos separamos, proseguí mis viajes por diversas tierras, y dondequiera que iba preguntaba por mi padre; pero me respondían con un movimiento de cabeza, hasta que llegué a tierra de Túnez; allí fuí a ver al rabino principal, y me dijo que conocía muy bien a mi padre, y que había estado en el propio Túnez, y me dijo en qué tiempo, y que desde allí se había ido a tierras de Fez; me habló mucho de mi padre, de su saber, y mencionó el Zohar, aquel obscuro libro que mi padre amaba tanto; y todavía me habló más de las riquezas de mi padre y de sus especulaciones, en todas las cuales parece que había prosperado. Partí, pues, y, metiéndome en un barco, abordé la tierra de Berbería y llegué hasta Fez, y, una vez allí, recogí muchas noticias de mi padre; pero eran noticias peores quizás que la ignorancia. Porque los judíos me dijeron que mi padre había estado allí y había especulado y prosperado, y que desde allí se había ido a Tafilaltz, país natal del emperador, del propio Muley Abderrahmán; y también allí había prosperado, y sus riquezas en oro y plata eran muy grandes; y deseoso de ir a otra ciudad no muy distante, contrató a ciertos moros, dos en número, para que le acompañaran y le defendiesen a él y sus tesoros; y los moros eran hombres muy fuertes, *makhasniah*, es decir, soldados, e hicieron un pacto con mi padre y se estrecharon la mano derecha, comprometiéndose, bajo juramento, a derramar su sangre en defensa de la de mi padre. Alentado con esto, mi padre intrépidamente partió en compañía de los moros, de aquellos dos falsos moros. Y cuando llegaron a un lugar inhabitado, cayeron sobre mi padre y pudieron más que él, y derramaron su sangre en el camino y le despojaron de cuanto llevaba, de sus sedas y mercaderías, del oro y la plata ganados en sus especulaciones,

y se fueron a su aldea y allí se establecieron, compraron casas y tierras, muy regocijados y triunfantes, y se hacían un mérito de aquella muerte diciendo: «Hemos muerto a un infiel, a un maldito judío»; estas cosas eran notorias en Fez. Y al oír tales nuevas, mi corazón se entristeció, y lloré como un niño; pero el fuego del *jehinnim* dejó de arder en mi cerebro, porque ya sabía lo que había sido de mi padre. Al cabo me alivié, y, discurriendo sobre el caso, decía entre mí: «¿No sería cuerdo ir en busca del rey moro y pedirle venganza por la muerte de mi padre, y que sus expoliadores sean a su vez expoliados, y el tesoro, el propio tesoro de mi padre, sea arrancado de sus manos y se me entregue a mí, que soy su hijo?» En aquel tiempo el rey de los moros no estaba en Fez, estaba ausente en sus guerras; y, levantándome, le seguí hasta Arbat[5], que es puerto de mar, y cuando allí llegué no le encontré; pero su hijo sí estaba, y dijéronme que hablar al hijo era como hablar al rey, al propio Muley Abderrahmán; fuí, pues, a ver al hijo del rey, y me eché a sus plantas y elevé mi voz, y le dije lo que tenía que decirle, y me miró benignamente y dijo: «En verdad tu historia es lastimosa y me entristece; y eso que pides yo lo otorgo, y la muerte de tu padre será vengada y sus expoliadores expoliados; te escribiré una carta de mi puño para el pachá, el propio pachá de Tafilaltz, y le ordenaré que averigüe el caso, y esa carta tú mismo la llevarás para entregársela.» Y al oír esas palabras, mi corazón se moría de miedo dentro del pecho, y contesté: «No tal, señor; bien está que escribas una carta al pachá, al propio pachá de Tafilaltz; pero esa carta yo no la tomaré, ni iré a Tafilaltz, pues apenas llegase, y conocido mi mandado, los moros se levantarían contra mí y me darían muerte, o pública o secretamente, porque ¿no eran moros los asesinos de mi padre? ¿Y soy yo algo más que

un judío, aunque judío polaco?» Y con rostro benigno, dijo: «En verdad, hablas cuerdamente; escribiré esa carta, pero no la llevarás tú, la mandaré por otras manos; por tanto, tranquiliza tu corazón y no dudes que, si la historia es cierta, la muerte de tu padre será vengada, y el tesoro o su equivalente se recobrará y te será entregado; dime, pues, ahora: ¿dónde piensas vivir hasta entonces?» Y yo le dije: «Señor, iré al país de Suz, y allí esperaré.» Y replicó: «Sea, y no tardarás en saber de mí.» Me levanté, pues, y salí, y me fuí al país de Suz hasta Swirah, que los nazarenos llaman Mogador, y allí, con turbado corazón, esperé noticias del hijo del rey moro; pero las noticias no llegaron, y nunca más desde tal día he vuelto a saber de él, y ya hace tres años que estuve en su presencia. Y me establecí en Mogador, y me casé con una dueña, de nuestra raza, y escribí a mi madre al propio Jerusalén y me envió dinero, y con eso me dediqué al comercio, igual que mi padre había hecho, y trafiqué; pero no tuve suerte en mis especulaciones, y en poco tiempo lo perdí todo. Y ahora he venido a Gibraltar a negociar por cuenta de otro, un mercader de Mogador; pero no me gusta el empleo; me ha engañado; voy a volver, y en cuanto consiga otra vez verme en presencia del hijo del rey moro, pediré que el tesoro de mi padre sea arrancado a sus expoliadores y se me entregue a mí, su hijo.»

Escuché con mucha atención el singular relato de aquél hombre singular, y cuando concluyó permanecí un rato largo sin proferir palabra. Al cabo me preguntó qué me había llevado a Gibraltar. Le dije que estaba allí simplemente de paso, camino de Tánger, para donde esperaba salir embarcado a la mañana siguiente. A esto observó que dentro de una o dos semanas contaba encontrarse allí también y esperaba que nos veríamos, pues aún tenía mucho más que decirme. «Acaso—añadió—pueda usted

darme un consejo provechoso, porque es usted una persona de experiencia, versada en los usos de muchas naciones; y cuando le veo a usted el rostro, parece que el cielo se abre para mí, porque creo ver el rostro de un amigo, el de un hermano.» Entonces se despidió de mí, y se fué; aquel hombre raro, tan bien barbado, que durante nuestra conversación aguardó pacientemente en la puerta, le siguió. Noté que su expresión era mucho menos violenta que en nuestro anterior encuentro; pero, al propio tiempo, más melancólica, y tenía las facciones arrugadas como las de un viejo, aunque no había pasado aún de la primera juventud.

* * *

Notas

1. En manos de alguno. *Peluni* es fulano en árabe. (Nota de Burke.)
2. Nombre popular del Etna.
3. Infierno.
4. Corazón.
5. Rabat.

Capítulo LIII

Marineros genoveses. — La cueva de San Miguel. — Un abismo tenebroso. — Un joven americano. — El propietario de esclavos. — El brujo. — Un incrédulo.

Durante toda la noche el viento sopló con fuerza; pero como era Levante, no tuve temor de verme obligado a permanecer más tiempo en Gibraltar por ese motivo. Fuí a bordo muy temprano y encontré a la tripulación en la tarea de levar el ancla y en otros preparativos de marcha. Dijéronme que probablemente saldríamos dentro de una hora. Transcurrió ese tiempo, empero, y aún permanecíamos donde estábamos, y el capitán continuaba en tierra. Formábamos parte de una reducida flotilla de barcas genovesas, cuyas tripulaciones, en sus momentos de ocio, parecían no tener mejor modo de diversión que cambiar palabras injuriosas; un furioso tiroteo de ese género empezó a la sazón, en el cual se distinguió especialmente el piloto de nuestro barco; era un genovés sesentón, canoso. Aunque no hablo su «patois» entendí mucho de lo que decían. Era por demás desvergonzado, y como gritaban tanto, de la violencia de sus ademanes y lo descompuesto de sus facciones se hubiese deducido que se trataba de enconados enemigos. No eran tal, sin embargo,

sino excelentes amigos a toda hora, y seguramente, en el fondo, sujetos de buena índole. ¡Oh miserias de la naturaleza humana! ¿Cuándo aprenderá el hombre a ser verdaderamente cristiano?

En general tengo en mucha estima a los genoveses; cierto que son groseros y viciosos; pero también caballerescos y valientes, y lo han sido siempre, y sólo he recibido de ellos pruebas de hospitalidad y de bondad.

Transcurridas otras dos horas, el secretario judío llegó y dijo algo al anciano piloto, que refunfuñó mucho; después se me acercó, y, quitándose el sombrero, me hizo saber que ya no saldríamos aquel día, y al mismo tiempo dijo que era una vergüenza desperdiciar un viento tan hermoso, que podía llevarnos a Tánger en tres horas. «Paciencia»—dije, y me volví a tierra.

Fuí dando un paseo hacia la cueva de San Miguel en compañía del muchacho judío que ya he mencionado.

El camino no sigue la misma dirección que el de las excavaciones; éstas miran a España, mientras la cueva se abre de cara al Africa. Se encuentra cerca de la cúspide del monte, a muchos cientos de yardas sobre el mar. Pasamos por los paseos públicos, donde hay hermosos árboles, y también por junto a muchas casitas, agradablemente colocadas entre jardines y ocupadas por los oficiales de la guarnición. Es erróneo suponer que Gibraltar es meramente una roca desnuda y estéril; no carece de lugares amenos, como los ya mentados, frescos, vivificantes, cubiertos de brillante follaje verde.

El sendero no tardó en hacerse escarpado, y dejamos a nuestra espalda las moradas del hombre. El viento de la noche anterior había cesado por completo, y no se movía ni un soplo de aire; el sol del mediodía brillaba en

todo su esplendor, y las rocas por donde trepábamos se mojaban no pocas veces con las gotas del sudor que llovía de nuestras sienes; al cabo llegamos a la caverna.

La boca es una hendidura abierta en el flanco del monte, como de doce pies de alto y otros tantos de ancho; dentro hay una bajada muy rápida y pendiente, como de cincuenta yardas, yendo a terminar la caverna en un abismo que lleva a profundidades desconocidas. Lo más notable de la caverna es una columna natural, que se alza como tronco de enorme roble, cual si estuviese puesto allí para sostener el techo; se halla a corta distancia de la entrada, y da a la parte visible de la cueva cierto aspecto bravío y raro, que de otro modo no tendría. El piso es resbaladizo en extremo, pues las continuas filtraciones del techo lo han saturado, y son necesarias no pocas precauciones para andar por él. Es muy peligroso entrar allí sin un guía buen conocedor del lugar, porque, además del negro abismo que hay al final, se abren aquí y allí otras cavidades nunca sondeadas, y el osado que cae en ellas se hace pedazos. Digan los hombres lo que se les antoje a propósito de esta cueva, una cosa hay que la cueva misma parece decir a cuantos a ella se aproximan; a saber: que la mano del hombre no ha trabajado allí nunca. Hay muchas cavernas de formación natural, tan viejas como la tierra en que vivimos, que muestran, no obstante, señales de haber sido utilizadas por el hombre y de haber estado más o menos sujetas a su acción transformadora. No así la cueva de Gibraltar; pues, si se juzga por su aspecto, no hay la más leve razón para suponer que haya servido de otra cosa que de nido de aves nocturnas, reptiles y animales de rapiña. Algunos han dicho que la cueva fué usada en los tiempos del paganismo como templo del dios Hércules, quien, según la tradición antigua, levantó la

singular masa de rocas llamada ahora Gibraltar, y la montaña que hay enfrente, en las costas de Africa, como dos columnas que anunciasen a los tiempos venideros que había estado allí sin pasar más adelante. Baste observar que en la caverna no hay nada que permita adoptar tal opinión, ni siquiera una plataforma sobre la que pudiese haber estado el ara, mientras un angosto sendero pasa por delante, que conduce a la cúspide del monte. Como no he penetrado en sus senos, no tengo la pretensión de describirlos. Numerosas personas, movidas por la curiosidad, se han aventurado en sus inmensas profundidades con la esperanza de descubrir su término, y lo cierto es que apenas transcurre una semana sin que se hagan intentos análogos por los oficiales o por los soldados de la guarnición; pero todos hasta hoy han resultado estériles. No se ha alcanzado término alguno, ni se ha descubierto nada que compense el trabajo y los pavorosos peligros corridos; los precipicios suceden a los precipicios, y los abismos a los abismos en sucesión aparentemente inacabable, con unos salientes de vez en cuando que permiten a los intrépidos exploradores reposar y fijar las escalas de cuerda para descender más hondo. Pero lo que más confunde y desazona es observar que esos abismos no se abren sólo delante del observador, sino detrás y a cada lado; pegada a la entrada de la caverna, a la derecha, hay una sima casi tan tenebrosa y amenazadora como la del extremo inferior, y quizás contiene también otras tantas simas y hórridas cavernas, ramificándose en todas direcciones. De lo que he oído he sacado la opinión de que el interior de la montaña de Gibraltar es como un panal, y apenas me cabe duda de que si la tajaran aparecería llena de abismos tan infernales como las galerías de la cueva de San Miguel. Muchas vidas valiosas se pierden todos los años en

tan horribles lugares; pocas semanas antes de mi visita dos sargentos, hermanos, perecieron en la sima del lado derecho de la caverna por haber resbalado a un precipicio cuando estaban a gran profundidad.

El cuerpo de uno de aquellos hombres temerarios aún está pudriéndose en las entrañas del monte, devorado por los ciegos y asquerosos gusanos; al otro le sacaron. Inmediatamente después de tan horrible accidente, pusieron una puerta en la boca de la caverna para impedir que la gente, y sobre todo los imprudentes soldados, se abandonasen a tan extravagante curiosidad. Pero la cerradura no tardó en ser forzada, y en la época de mi visita la puerta se balanceaba perezosamente sobre sus goznes.

Al dejar aquellos lugares pensaba yo que acaso fué semejante a esa la cueva de Horeb, donde vivía Elías, cuando oyó una voz, al principio débil, y después un viento grande y poderoso que cuarteaba las montañas y pulverizaba las rocas delante del Señor, cueva a cuya puerta salió y se paró, con el rostro envuelto en el manto, cuando oyó la voz que decía junto a él «¿Qué haces aquí, Elías?»

—¿Y qué estoy haciendo yo aquí?—me preguntaba a mí mismo cuando, contrariado por la detención del viaje, bajaba hacia la ciudad.

Aquella tarde comí en compañía de un americano joven, natural de Carolina del Sur; ya le había visto frecuentemente, porque estaba alojado en la fonda desde algún tiempo antes de mi llegada a Gibraltar. Su porte era muy notable: bajo de estatura, en extremo débil de conformación, facciones pálidas, pero muy correctas; poseía una cabeza magnífica, de negro cabello crespo, y un par de patillas del mismo color, las más soberbias que hasta entonces había visto. Llevaba sombrero blanco, de anchas alas y

copa excepcionalmente baja, y vestía un ligero sobretodo de tela amarilla, y amplios calzones de indiana. En una palabra, su exterior era verdaderamente raro y particular. Al regresar de mi excursión a la cueva, me encontré con que también él acababa de bajar del monte, cuyas maravillas había estado explorando desde muy temprano.

Uno del Peñón le preguntó si le gustaban las excavaciones. «¿Si me gustan?—respondió—. Lo mismo podría usted preguntar a una persona que acabase de ver las cataratas del Niágara, si le gustaban mucho; gustar no es la palabra, señor.»

El calor era sofocante, como casi invariablemente ocurre en Gibraltar, donde rara vez sopla un poco de aire, abrigado como está de todos los vientos. Eso indujo a otro individuo a preguntarle si no encontraba excesivo el calor.

—¿Calor?—replicó—; de ningún modo. El tiempo más hermoso para recoger algodón que se puede desear. No lo tenemos mejor en Carolina del Sur, señor.

—¿Vive usted en Carolina del Sur? Supongo, señor, que no será usted propietario de esclavos—dijo aquel judío gordo y pequeño con levita de color de tabaco, que en otra ocasión me había invitado a tomar un aperitivo—; es cosa terrible esclavizar a unos pobres hombres, tan sólo por el hecho de ser negros; ¿no le parece a usted, señor?

—¿Que si me parece? No, señor; no opino así. Me glorío de ser propietario de esclavos: tengo cuatrocientos negros nigerianos en mi hacienda, cerca de Charleston, y por las mañanas, antes de desayunarme, azoto a media docena, por vía de ejercicio. Los nigerianos están para ser azotados; a veces intentan escaparse: suelto los sabuesos en su rastro, y los

cogen en un abrir y cerrar de ojos; antes tenían la costumbre de ahorcarse, porque los nigerianos pensaban que era el camino más seguro para volver a su país y librarse de mí; no tardé en poner término a eso: les dije que si se ahorcaba alguno más, yo me ahorcaría también, para no separarme de ellos, y azotarlos en su país natal diez veces más que en el mío. ¿Qué opina usted de esto, amigo?

Era fácil comprender que había más chanza que malicia en aquel excéntrico y exiguo sujeto, pues sus grandes ojos grises chispeaban de buen humor mientras profería tales atrocidades. Era dadivoso en extremo; y a una irlandesa sórdida, viuda de un soldado, que entró con una banasta llena de cajitas y baratijas hechas de pedazos de roca de Gibraltar, le compró la mayor parte de lo que llevaba, dándole por cada artículo el precio, nada desdeñable, que le pidió. Me había mirado diferentes veces, y al cabo le vi inclinarse y murmurar algo al oído del judío, quien replicó a media voz, aunque con mucha viveza: «¡Oh, no, señor! Está usted muy equivocado, señor; no es americano, señor; de Salamanca, señor; ese caballero es un español de Salamanca». El criado, al fin, nos dijo que había puesto la mesa, y que acaso nos agradaría comer juntos: al instante asentimos. En aquel nuevo conocido hallé, por diversos motivos, un agradabilísimo compañero; no tardó en contarme su historia. Era plantador y, por lo que daba a entender, propietario muy reciente. Era condueño de un gran barco que comerciaba entre Charleston y Gibraltar, y como la fiebre amarilla acababa de estallar en aquella ciudad, decidió hacer un viaje (el primero) a Europa en su barco; pues, según decía, todos los estados de la Unión los tenía ya visitados, y visto todo cuanto en ellos hay digno de verse. Me describió, de un modo tan original como ingenuo,

sus impresiones al pasar frente a Tarifa, la primera ciudad murada que veía. Le conté la historia de esa ciudad, que oyó con gran atención. Diversos intentos hizo para saber de mí quién era yo, pero los eludí, por más que parecía plenamente convencido de mi condición de americano; entre otras cosas, me preguntó si mi padre no había sido cónsul en Sevilla. Lo que, no obstante, le confundía mucho era mi conocimiento del marroquí y del gaelico, que me había oído hablar respectivamente con los *hamales* y la irlandesa, la cual le había dicho, según me declaró el americano, que yo era brujo. Por último, tocó el tema de la religión, y habló con gran desprecio de la revelación, declarándose deísta; tenía vehementes deseos de conocer mis opiniones; pero le esquivé de nuevo, contentándome con preguntarle si había leído la Biblia. Dijo que no, pero que conocía muy bien los escritos de Volney y Mirabeau. No respondí, y entonces añadió que no era su costumbre, ni mucho menos, plantear tales cuestiones, y que a muy pocas personas les hubiese hablado con tanta franqueza; pero que yo le había interesado mucho, aunque nuestro conocimiento fuese tan reciente. Repuse que difícilmente habría hablado en Boston de la misma manera que acababa de hablarme a mí, y que bien se conocía que no era de Nueva Inglaterra. «Le aseguro a usted—dijo—que tampoco se me hubiese ocurrido hablar así en Charleston, pues, con tal conversación, no hubiese tardado en tener que hablar para mí solo.»

Si hubiese conocido yo menos deístas de los que mi fortuna me ha hecho conocer, quizás hubiera intentado convencer a aquel joven de lo erróneo de las ideas que había adoptado; pero yo conocía todo lo que se habría apresurado a replicar, y como el creyente no tiene en tales materias argumentos carnales que dirigir a la razón carnal, pensé que era lo mejor

evitar discusiones que seguramente no podían dar fruto de provecho. La fe es libre don de Dios, y no creo que haya habido aún ningún incrédulo convertido mediante polémicas de sobremesa. Aquella fué la última tarde que pasé en Gibraltar.

* * *

Capítulo LIV

Otra vez a bordo. — Un rostro sorprendente. — El Haji. — Nos damos a la vela. — Los dos judíos. — Un barco americano. — Tánger. — Adun Oulem. — La riña. — Lo prohibido.

El jueves 8 de agosto me encontré de nuevo a bordo de la barca genovesa, a hora tan temprana como el día anterior. No obstante, después de aguardar dos o tres horas sin que se hiciese ningún preparativo de marcha, me disponía ya a volver otra vez a tierra; pero el viejo piloto genovés me aconsejó que me quedara, asegurándome que, sin duda alguna, íbamos a partir en seguida, pues toda la carga estaba a bordo y no teníamos ya por qué detenernos. Estaba descansando en la camareta, cuando oí chocar un bote contra el costado de nuestro barco, y alguna gente subir a bordo. Al instante apareció en la abertura un rostro singular, feroz. Estaba yo medio dormido, y al pronto creí que soñaba, pues aquella faz más parecía de gato montés o de ogro que de ser humano; su larga barba casi me rozaba la cara, hallándome tendido en una especie de hamaca. Pero al incorporarme sobresaltado, reconocí la insólita catadura del judío a quien había visto en compañía de Judah Lib. También él me reconoció, y, moviendo la cabeza, plegó sus desmedidas facciones en una sonrisa. Me

levanté y subí a cubierta, y allí le hallé junto con otro judío, joven, vestido a lo berberisco. Acababan de llegar en el bote. Pregunté a mi amigo el de la barba quién era, de dónde venía y adónde iba. Respondió, en portugués corrompido, que regresaba de Lisboa, adonde había ido a sus negocios, a Mogador, su ciudad natal. Me miró luego al rostro y sonrió, y sacando del bolsillo un libro en caracteres hebraicos, se puso a leerlo; viéndolo, un marinero español de a bordo dijo, que con tales barba y libro tenía que ser un *sabio*. Su compañero era de Mequinez, y sólo hablaba arábigo.

Una barcaza se aproximaba, cuya popa aparecía llena de moros; serían unos doce, y la mayor parte eran evidentemente personas de calidad, pues iban vestidos con toda la pompa y galanura del Oriente: turbantes de nívea blancura, *jabadores* de seda verde o tela escarlata, y *bedeyas* adornadas con galones de oro. Algunos eran tipos en extremo arrogantes, y dos de ellos, jóvenes, de sorprendente hermosura, y lejos de mostrar, como es general entre moros, semblante negruzco o moreno, su tez era delicada, sonrosada y blanca. El personaje principal, a quien los demás trataban con mucho respeto, era hombre de talla atlética, de unos cuarenta años. Llevaba túnica de algodón blanco acolchado, y *kandrisa* blanca, y liado con gracia al cuerpo, envolviéndole la parte alta de la cabeza, el *haik*, o capa de flanela blanca, tenida siempre en mucha estima por los moros, desde las épocas más remotas de su historia. Iba desnudo de piernas, y los pies protegidos tan sólo del suelo por babuchas amarillas. No ostentaba más gala que un largo zarcillo de oro, del que pendía una perla, evidentemente de gran valor. Una hermosa barba negra, como de un pie de larga, se esparcía por su musculoso tórax. Sus facciones eran correctas, excepto los ojos, un poco pequeños; su expresión, empero, era torcida; su mirar, duro; la malignidad

y la mala índole se pintaban en cada rasgo de su semblante, donde no parecía haber brillado jamás una sonrisa. El marinero español de quien ya he tenido ocasión de hablar me dijo por lo bajo que era un *santurrón*, y que regresaba del viaje a la Meca; añadió que era un mercader de inmensa riqueza. Pronto vimos que los otros moros le habían acompañado a bordo solamente por amistosa cortesía, pues uno tras otro fueron despidiéndose de él, con excepción de dos negros, sus acompañantes. Observé que los negros, cuando los moros les tendían la mano al marcharse, se esforzaban invariablemente por llevársela a los labios, esfuerzo que siempre se frustraba, pues los moros, en cada caso, por un movimiento rápido y gracioso, retiraban la mano presa en la del negro y la oprimían contra su corazón; que era tanto como decir: «aunque negro y esclavo eres musulmán, y, por serlo, eres nuestro hermano; Alá no hace distinciones». El botero se acercó entonces al *haji*, pidiendo su paga, y le dijo que había ido tres veces a bordo por su servicio, a llevarle el equipaje. La suma que pidió le pareció exorbitante al *haji*, quien, olvidándose de su condición de santo y de recién venido de la Meca, fumaba atrozmente, y en mal español le llamó ladrón al botero. El improperio que más irrita a un español (el botero lo era) es ése; y apenas aquel prójimo se oyó tratar así, cuando, chispeantes de furor sus ojos, asestó el puño a la nariz del *haji*, y pagó el vocablo injurioso lo menos con otros diez tan malos o peores. Quizás habría pasado a actos de violencia, si no le hubieran arrancado de allí a la fuerza los otros moros, que se le llevaron aparte, y supongo que le dirían o le darían algo para calmarle, pues no tardó en volver al bote y regresó con todos ellos a tierra. El capitán llegó entonces con su secretario judío, y se dieron las órdenes para hacerse a la vela. Poco después de las doce

zarpábamos de la bahía de Gibraltar. El viento soplaba favorable, pero durante cierto tiempo no avanzamos mucho, pues casi yacíamos en calma a sotavento del Peñón; poco a poco, no obstante, nuestra marcha fué haciéndose más rápida, y pasada como una hora corríamos velozmente hacia Tarifa.

El secretario judío permanecía en el timón, y en realidad resultó ser la persona que mandaba el barco, y quien daba las órdenes necesarias, ejecutadas bajo la superintendencia del viejo piloto genovés. Hice algunas preguntas al *haji*, pero me miró de soslayo con sus adustos ojos, hizo un mohín con los labios, y siguió en silencio; era como decir: «No me hables; soy más santo que tú». Sus negros fueron mucho más comunicativos. Uno era viejo y feísimo; el otro, de unos veinte años, era tan bien parecido como puede serlo un negro. De puro color de ébano, tenía las facciones en extremo bien formadas y delicadas, con excepción de los labios, demasiado gruesos. La forma de sus ojos era muy particular: oblongos más que redondos, como los de las figuras egipcias. Tenía aire pensativo, meditabundo. Era, en todo, distinto de su compañero, incluso en el color (aunque ambos eran negros) y descendía, sin duda, de alguna raza superior poco conocida. Sentado al pie del mástil, contemplando el mar, hallábase, a juicio mío, fuera de su sitio natural; mejor hubiera parecido en los arenales sin límites, al pie de una palmera, y habría podido pasar entonces por un *Jin*[1]. Le pregunté de dónde procedía; díjome que era natural de Fez, pero que no había conocido nunca a sus padres; se crió en la casa de su amo actual, a quien había seguido en la mayor parte de sus viajes, y acompañádole tres veces a la Meca. Le pregunté si le gustaba ser esclavo. A eso me respondió que ya no lo era, pues en razón de sus fieles servicios le

habían dado libertad tiempo atrás, así como a su compañero. Muchas más cosas me habría dicho, pero el *haji* le llamó, y le entretuvo en otras ocupaciones, probablemente para impedir que yo le contaminase.

Esquivado por los musulmanes, recurrí a los judíos, quienes en modo alguno se mostraron remisos en cultivar la familiaridad. El sabio barbudo me contó su historia, en muchos puntos semejante a la de Judah Lib, pues, según parece, dos o tres años antes había salido de Mogador en busca de su hijo, que se había fugado a Portugal. Pero al llegar el padre a Lisboa, averiguó que pocos días antes el fugitivo se había embarcado para el Brasil. Al contrario de Judah, en busca de su padre, se cansó de su demanda y la abandonó. El judío de Mequinez, más joven, se animó y alegró en extremo al darse cuenta de que yo entendía su lengua, y me hizo reír con su humorística descripción de la vida cristiana, tal como la había observado en Gibraltar, donde acababa de residir cerca de un mes. Me habló después de Mequinez, un *Jennut*, o paraíso, según decía, comparado con el cual, Gibraltar era una pocilga. Tan grande, tan universal es el amor a la tierra nativa. Pronto me dí cuenta de que ambos judíos me creían de su raza, y el joven, mucho más expansivo que el otro, me calificó de tal, y habló de la infamia de negar mi propia sangre. Poco antes de llegar frente a Tarifa, el hambre se apoderó de todos nosotros. El *haji* y sus negros manifestaron su repuesto y se regalaron con pollos asados; los judíos comieron uvas y pan, y yo, pan y queso, en tanto que la tripulación preparaba un plato de boquerones. Dos marineros acudieron solícitos con una buena ración y me la ofrecieron con afecto fraternal; no vacilé en aceptar su obsequio, y los boquerones me parecieron deliciosos. Como me hallaba sentado entre los judíos, les ofrecí algunos, pero volvieron el rostro con repugnancia,

exclamando: *Haloof*[2]. Pero, al propio tiempo, me estrecharon la mano y, sin que yo se lo brindase, tomaron un pedacito de mi pan. Tenía yo una botella de coñac, que había llevado como prevención contra el mareo, y también se la ofrecí; pero rehusaron otra vez, y exclamaron: *Haram*[3]. Yo no dije nada.

Estábamos entonces junto al faro de Tarifa, y, poniendo la proa al Oeste, hicimos rumbo en derechura hacia la costa de Africa. El viento había refrescado mucho, y como soplaba casi de popa, corríamos con tremenda velocidad, amenazándonos las grandes velas latinas con sepultarnos a cada momento bajo las olas que la corriente contraria levantaba frente a nosotros. En esta veloz carrera, pasamos pegados a la popa de un barco grande con bandera americana; iba a tomar el Estrecho y avanzaba lentamente contra el levante impetuoso. Al pasar junto a él vimos la popa llena de gente que nos observaba: la verdad es que debíamos de ofrecer un espectáculo singular a los pasajeros que, como mi joven amigo el americano de Gibraltar, vinieran al Viejo Mundo por vez primera. En el timón iba el judío; todo él envuelto en una gabardina, cuya capucha, echada sobre la cabeza, le daba casi el aspecto de un aparecido con su mortaja; en tanto que, sobre cubierta, mezclados con europeos, todos, menos yo, pintorescamente vestidos, iban los moros con sus turbantes, flotando suelto al viento el *haik* del *haji*. Fugaz tuvo que ser, empero, la visión que de nosotros alcanzaron, puesto que nos cruzamos con la velocidad de un caballo de carreras, y a eso de una hora más tarde, sólo distábamos una milla del promontorio en que se asienta el castillo de Alminar, extremo límite oriental de la bahía de Tánger. Allí el viento cayó, y avanzamos de nuevo con lentitud.

Hacía ya mucho tiempo que Tánger estaba a la vista. Poco después de empezar a alejarnos de Tarifa, le habíamos columbrado en la lejanía, semejante a una paloma blanca empollando en su nido. El sol se ocultaba detrás de la ciudad cuando echamos el ancla en la bahía, entre media docena de barcas y faluchos, del porte de la nuestra, únicos barcos que vimos. Tánger se hallaba ante nosotros, pintoresca ciudad que ocupa las vertientes y la cima de dos colinas, una de las cuales, brava y escarpada, se mete en el mar allí donde la costa forma de pronto una abrupta revuelta. Amenazadores parecen sus almenados muros, encaramados en la cúspide de empinadas rocas, cuya base lavan las ondas del mar, o surgiendo de la angosta playa que separa la colina del Océano.

Allí hay dos o tres órdenes de baterías, armadas con gruesos cañones, que dominan la bahía; encima se ven los terrados de la ciudad, que se alzan escalonados, como peldaños para gigantes. Todo es blanco, de perfecta blancura, de suerte que el conjunto parece tallado en un inmenso bloque de yeso; bien es verdad que aquí y allí emergen de la blancura altos árboles verdes: acaso pertenezcan a jardines moros, y tal vez ahora estarán reclinadas a su sombra muchas Leilas ojinegras, hermanas de las huríes. Frente por frente a nosotros se levanta una gran torre o alminar, no blanca, sino pintada curiosamente; pertenece a la mezquita principal de Tánger; sobre ella ondeaba una bandera negra, por ser la fiesta de Ashor. Una hermosa playa de blanca arena bordea la bahía desde la ciudad hasta el promontorio del Alminar. Al Este se alzan portentosas colinas y montañas: son el Gebel Muza y su cadena; y aquel su compañero que se levanta a lo lejos es el pico de Tetuán; las brumas grises de la tarde envuelven sus flancos. Tal era Tánger, tales sus cercanías, como se me aparecieron al

contemplarlas desde la barca genovesa.

Arriaron un bote del barco, y el capitán, que traía a su cargo el correo de Gibraltar, el secretario judío, y el *haji*, con sus acompañantes negros, se fueron a tierra. Yo hubiera querido ir con ellos, pero me dijeron que no podría desembarcar aquella noche, pues antes de que examinasen mi pasaporte y mi patente de sanidad se cerrarían las puertas de la ciudad; así es que permanecí a bordo con la tripulación y los dos judíos. Los marineros prepararon su cena, que consistía simplemente en una ensalada de *tomates*, habiéndose consumido las demás provisiones. El genovés viejo me trajo una ración, excusándose al propio tiempo por la frugalidad de la comida. Acepté agradecido, y le dije que un millón de hombres mejores que yo tenían peor cena. Nunca he comido con mejor apetito. Al entrar la noche, los judíos cantaron himnos hebreos, y cuando concluyeron me preguntaron por qué permanecía en silencio; alcé la voz y canté *Adun Oulem*[4].

Las tinieblas envolvían ya por completo tierra y mar; ningún ruido se oía, salvo, de vez en cuando, el lejano ladrido de un perro en la costa, o alguna quejumbrosa canción genovesa, que se alzaba de una barca próxima. La ciudad parecía sepultada en lobreguez y silencio; ni siquiera la luz de una bujía se columbraba. Pero volviendo la vista a España, percibimos un fuego magnífico, que al parecer envolvía la vertiente y la cima de una de las montañas más altas al Norte de Tarifa. El incendio arrancaba destellos rojizos a las aguas del Estrecho. O las leñas del monte ardían, o los *carboneros* se aplicaban a sus sombrías faenas. Los judíos se quejaron de cansancio, y el más joven, desatando una colchoneta, la tendió sobre cubierta y trató de descansar. El sabio bajó a la camareta; pero apenas

había tenido tiempo de echarse cuando el viejo piloto, lanzándose en pos de él, bajó también y le sacó fuera por los talones, porque la cámara estaba muy poco profunda, y no había más que bajar dos o tres peldaños. Hecho eso, le dirigió muchos improperios, y le amenazó con el pie, mientras permanecía tendido sobre cubierta. «¿Cree usted—le dijo—que un perro judío como usted, y que paga como un perro judío, va a dormir en la cámara? Desengáñese, bestia: en la cámara no duerme esta noche nadie más que este *caballero* cristiano.» El sabio, sin replicar, se alzó de sobre cubierta y se acarició la barba, en tanto el viejo genovés proseguía su filípica. Si el judío hubiese sido dado a ello, habría podido estrangular a su insultador en un momento, o espachurrarlo entre sus membrudos brazos, pues no recuerdo haber visto jamás un individuo tan fuerte y musculoso; pero, evidentemente, era tardo en encolerizarse, y muy paciente. No se le escapó ni una palabra de resentimiento, y sus facciones conservaron su habitual expresión de benigna placidez.

Entonces le aseguré al piloto que el judío podía compartir la cámara conmigo sin la más leve objeción por mi parte, y que, al contrario, más bien lo deseaba, pues había sitio de sobra para ambos.

—Dispense usted, señor caballero—replicó el genovés—; pero le juro que no permitiré tal cosa: usted es joven y no conoce a esta *canaille* como yo la conozco, que llevo veinte años yendo y viniendo entre estas costas. Si esa bestia tiene frío, que duerma en el sollado, como yo y los demás; pero en la cámara no entra.

Conociendo que era testarudo, me retiré, y a los pocos minutos caí en profundo sueño, que duró hasta el alba. Cierto que dos o tres veces me pareció que se peleaban cerca de mí; pero estaba tan abrumado de

cansancio, tan borracho de sueño, que no pude despertarme lo bastante para enterarme de lo que sucedía. El hecho fué que, en el transcurso de la noche, el sabio, hallándose incómodo al aire libre, junto a su compañero, intentó por tres veces meterse en la cámara, y otras tantas le arrojó de ella su incansable enemigo, que, sospechando sus intenciones, no le quitó ojo en toda la noche.

A eso de las cinco me levanté; el radiante sol brillaba esplendoroso sobre la ciudad, la bahía y la montaña; la tripulación ya estaba ocupada sobre cubierta en reparar una vela desgarrada por el viento el día anterior. Los judíos, sentados en la popa con aire desconsolado, se quejaban mucho del frío que habían sufrido en aquel lugar abierto. Sobre el ojo izquierdo del sabio vi una cortadura ensangrentada, que, según me dijo, le había hecho el viejo genovés después de sacarle de la cámara por última vez. Entonces manifesté mi botella de coñac, rogando que la tripulación participase en ella, como leve correspondencia a su hospitalidad. Me dieron las gracias, y la botella fué circulando; al cabo llegó a manos del viejo piloto, quien, tras de mirar un instante al sabio, se la llevó a los labios, donde la mantuvo mucho más tiempo que ninguno de sus compañeros; después me la devolvió, haciéndome una profunda reverencia. El sabio preguntó entonces qué contenía la botella. Le dije que coñac, o *aguardiente*, y al oírlo, rogó, no sin cierta ansia, que le permitiese beber un trago.

—¿Cómo es eso?—dije yo—. Ayer me dijo usted que era una cosa prohibida, una abominación.

—Ayer—respondió—no sabía que fuese aguardiente; creí que era vino, que es, ciertamente, una abominación, cosa prohibida.

—¿Está prohibido en la *Torah*?—pregunté—. ¿Está prohibido por la ley de Dios?

—No lo sé—replicó—; lo que sé es que los sabios lo han prohibido.

—Sabios como usted—exclamé con calor—; sabios como usted, de barba larga y entendimiento corto. Permitido está el uso de ambas bebidas; pero más peligro se esconde en esta botella que en una cuba de vino. Bien dijo mi Señor el Nazareno: «Vosotros apartáis un mosquito y os tragáis un camello»; pero, puesto que tiene usted frío y tirita, tome la botella y reanímese con un traguito de su contenido.

Se la acercó a los labios, y no encontró ni gota. El viejo genovés reía con sorna.

—*Bestia*—dijo—, le conocí en los ojos que deseaba beber un trago, y me dije: aunque me ahogue, no dejaré que un caballero cristiano malgaste ni gota del *aguardiente* en ese judío, ¡mal rayo caiga sobre su cabeza!

»Ahora, señor caballero—continuó—, puede usted bajar a tierra; esos dos marineros le llevarán al muelle y transportarán su equipaje adonde tenga por conveniente; la Virgen le bendiga por donde vaya.

* * *

Notas

1. Genio.

2. ¡Qué porquería!

3. Prohibido.

4. Señor del mundo.

Capítulo LV

El muelle. — Los dos moros. — Djmah de Tánger. — La casa de Dios. — El cónsul británico. — Espectáculo curioso. — La casa mora. — Juana Correa. — Ave María.

Bogamos, pues, hacia el muelle, y desembarcamos. El muelle no consiste actualmente más que en un inmenso rimero de grandes piedras sueltas, que corre como unas quinientas yardas bahía adentro: son parte de las ruinas de un magnífico espigón que los ingleses, último pueblo extranjero que ocupó a Tánger, destruyeron al evacuar la plaza. Los moros no han intentado nunca repararlo: en las mareas altas, el mar rompe contra él furioso. Fué tarea difícil abrirme camino entre las resbaladizas piedras, y dos o tres veces me hubiera caído a no ser por la buena voluntad de los marineros genoveses. Al fin alcanzamos la playa, y nos encaminábamos hacia la puerta de la ciudad, cuando dos moros vinieron a nosotros. Casi nos asustamos al ver al primero: era un bárbaro corpulento y viejo, con aborrascada barba blanca, turbante, *haik* y calzones sucios, desnudas las piernas e inmensos y aplastados pies, cuyos talones sobresalían lo menos un par de pulgadas por detrás de sus viejas y negras babuchas.

—Este es el capitán del puerto—dijo uno de los genoveses—. Trátele

con respeto.

Me quité, pues, el sombrero y exclamé:

—*Sba alkheir a sidi.*

—¿Sois ingleses?—vociferó el horroroso y gigantesco vejestorio.

—Ingleses, señor—— adelantándome le tendí la mano, que casi aplastó con su tremenda zarpa. Entonces el otro moro me habló en una jerga compuesta de inglés, español y árabe. También era un personaje raro; pero muy diferente de su compañero, que le llevaba, por lo poco, la cabeza, y menos completo de un ojo, pues el globo de visión izquierdo teníalo cerrado, y era, como los españoles dicen, *tuerto*; pero excedía con mucho al otro en la limpieza del turbante, *haik* y calzones. De lo que farfulló colegí que era el *mahasni* o soldado del cónsul inglés; que el cónsul, sabedor de mi llegada, le había enviado para acompañarme a su casa. Me propuso que le siguiese, y así lo hice, acompañándonos el viejo capitán del puerto hasta la entrada de la ciudad, donde dió media vuelta y se metió en un edificio que, a mi parecer, sería la aduana, por los fardos y cajas de toda índole apilados delante. Traspusimos la puerta de la ciudad y remontamos una pendiente tortuosa. A nuestra izquierda había una batería llena de cañones, apuntando al mar, y a nuestra derecha un recio muro, tallado en parte en la misma montaña: un poco más arriba llegamos a un sitio abierto, donde se alza la mezquita que ya he mencionado. Al contemplar la torre, me dije: «Seguramente tenemos aquí una hermana menor de la Giralda de Sevilla.»

Ignoro si alguien ha notado ya el parecido entre ambos edificios, y quizás habrá algunos que nieguen tal semejanza, sobre todo si, al formar opinión, se dejan influir mucho por el tamaño y el color: la Giralda es de

color rojo, o más bien bermellón, mientras que en el Djmah de Tánger predomina el verde por estar hecha de ladrillos de ese color; pero entre ellos, con ciertos intervalos, hay colocados otros de un leve tinte rojo, de suerte que la torre presenta una bella variedad de tonos. Respecto al tamaño, comparado con la gigantesca maga sevillana, el Djmah tangerino parecería lo que un arbolillo nuevo al lado de un cedro del Líbano, cuyo tronco ha resistido las tormentas de quinientos años. Pues con todo eso, afirmo que, en otros respectos, ambas torres son una y la misma, y que en ambas se manifiestan el mismo espíritu, igual designio; su forma es igual, y tienen en sus muros las mismas señales, incluso aquellos misteriosos arcos grabados en los ladrillos, emblema de no sé qué. Sin violencia puede decirse que los dos monumentos están entre sí en la misma relación que los antiguos moros con los modernos. La Giralda es una maravilla del mundo, y el antiguo moro fué casi conquistador del mundo. Al moderno moro apenas se le conoce, y ¿quién ha oído nunca hablar de la torre de Tánger? Pero examinadla atentamente, y hallaréis en ella mucho, muchísimo que admirar; y si se os presenta la oportunidad de observar con detención a los moros modernos, de seguro descubriréis en sus personas y en sus acciones, junto a muchos rasgos grotescos, incultos y bárbaros, no pocos que compensarán con amplitud una investigación laboriosa.

Al pasar por delante de la mezquita, me detuve a la puerta un momento y miré al interior; no vi más que un patio cuadrangular pavimentado con baldosas de colores, a cielo abierto. En los lados, sendas galerías con arcos o *piazzas*, y en el centro una fuente, donde varios moros cumplían sus abluciones. Miré en torno, en busca del objeto abominable, y no lo hallé. El pecado habitual de la iglesia pseudo-cristiana no estaba allí

en cada rincón para herirme en los ojos.

—Venid acá, papistas—dije—y tomad esta lección: aquí hay una casa de Dios, en lo exterior al menos, tal como una casa de Dios debe ser: cuatro muros, una fuente, y encima el eterno firmamento, donde se espeja su gloria. ¿Qué casas edificáis al Dios que ha dicho: «No grabarás tu imagen»? Insensato, tus muros están poblados de ídolos; a una piedra le llamas tu Padre, y a un pedazo de madera carcomida, Reina de los Cielos. Insensato, no conoces siquiera al Anciano de días, y del mismo moro tienes algo que aprender. Al menos, el moro conoce al Anciano de días, que ha dicho: «No tendrás más dioses que yo.»

Cuando decía estas palabras, oí un grito como rugido de león, y una temerosa voz exclamaba a lo lejos: *Kapul Udbagh*.

Volvimos luego hacia la izquierda por un pasadizo que atravesaba por debajo de la torre, y apenas habíamos dado unos pasos, oí un prodigioso tumulto de voces infantiles; escuché un instante y distinguí versículos del Corán; era una escuela.

Otra lección para ti, papista. Te llamas cristiano, pero persigues el libro de Cristo. Le acosas hasta la orilla del mar, obligándole a buscar refugio en las olas.

Insensato, aprende esa lección del moro, que enseña a su hijo, apenas empieza a hablar, los pasajes más importantes del libro de su ley, y se tiene por sabio o necio según está o no versado en tal libro; mientras que tú, esclavo ciego, no sabes lo que el libro de tu ley contiene, ni deseas saberlo; pero ¿acaso no te han de juzgar por tu ley propia? Traficante en ídolos, aprende del moro a ser consecuente: dice que será juzgado según su ley, y, por tanto, estima y sabe de memoria todo el libro de su ley.

Llegamos a casa del cónsul inglés, grande y espaciosa vivienda, construída según el gusto inglés. El soldado me llevó a través de un patio hasta un amplio vestíbulo, colgado con pieles de animales feroces de toda especie, desde el majestuoso león hasta el chacal ladrador. Allí me recibió un criado judío, y me condujo al punto a la biblioteca, donde estaba el cónsul. Me recibió con suma llaneza y sincero afecto, y me dijo que habiendo recibido una carta de su excelente amigo Mr. B., en la que me recomendaba vivamente, tenía ya tomado para mí alojamiento en casa de una mujer española, pero súbdito británico, donde me encontraría, a su parecer, todo lo bien instalado que era posible en un lugar como Tánger. Me preguntó después si tenía algún motivo especial para visitar esa ciudad, y sin vacilación le dije que llevaba el propósito de repartir cierto número de ejemplares del Nuevo Testamento en lengua española entre los cristianos residentes en la localidad. Sonrió, y me recomendó que procediese con extremada cautela, y así se lo prometí. Departimos luego acerca de otros temas, y no tardé en descubrir que me hallaba en compañía de un hombre de letras instruidísimo, sobre todo en los clásicos griegos y latinos; también conocía a fondo el imperio berberisco y el carácter moro.

Tras de media hora de conversación, en extremo agradable e instructiva para mí, manifesté el deseo de marcharme a mi alojamiento; tocó la campanilla, entró el mismo criado judío que me había recibido, y el cónsul le dijo en inglés:

—Acompañe a este caballero a casa de Juana Correa, la viuda mahonesa, y encárguele de mi parte que le cuide bien y atienda a su regalo; si lo hace así, me confirmará en la buena opinión que tengo de ella y aumentará mi inclinación a favorecerla.

Así, acompañado por el judío, enderecé mis pasos al alojamiento preparado para mí. Tras de remontar la calle en que estaba la casa del cónsul, entramos en una placita que se halla como a media ladera de la colina. Díjome mi acompañante que aquello era el soc, o plaza del mercado. Ofrecíase allí un espectáculo curioso. Todo alrededor de la plaza había unas barracas de madera pequeñas, muy parecidas a cajas grandes volcadas sobre un costado, con la tapa mantenida en alto por una cuerda. Delante de cada caja había una especie de mostrador, o más bien un largo mostrador corría frente a toda la línea, sobre el cual yacían uvas, dátiles, pequeños barriles de azúcar, jabón, manteca y otros artículos varios. Dentro de cada caja, frente al mostrador, y a unos tres pies del suelo, se ocultaba un ser humano con una manta sobre los hombros, un sucio turbante en la cabeza, y calzones andrajosos, que les llegaban hasta la rodilla, aunque me parece que algunos prescindían por completo de ellos. Empuñaban sendos palos con un manojo de hojas de palma en la punta, agitándolos sin cesar como abanico, a fin de espantar de sus géneros el millón de moscas que, engendradas por el sol berberisco, trataban de posarse en ellos. Detrás, y a cada lado de las casetas, había pilas de mercancías de la misma clase. Los vendedores clamaban sin cesar: *Shrit hinai, shrit hinai*[1]. Tales son los tenderos de Tánger, tales sus tiendas.

En medio del *soc*, sobre las piedras, había pirámides de melones y *sandías*, y también banastas llenas de otras clases de frutas, expuestas para la venta, en tanto las redondas hogazas yacían en el suelo acá y allá, y a su lado, sentados sobre las piernas cruzadas, los seres de más extraña apariencia que una imaginación descarriada puede concebir, cubierta la cabeza con un enorme sombrero de paja, lo menos de dos yardas de

circunferencia, cuyas alas caídas ocultaban por completo el rostro, mientras el tronco aparecía envuelto en una manta, de la que a veces salían unos dedos y brazos descarnados. Eran mujeres moras, todas, a lo que creo, viejas y feas, si he de juzgar por las ojeadas que pude echar sobre sus semblantes cuando levantaban las alas de los sombreros para mirarme al pasar, o maldecirme por pisarles el pan. Todo el *soc* estaba lleno de gente y abundaban los gritos, bullicios y vociferaciones, y como el sol, aunque era todavía muy temprano, brillaba con grandísimo esplendor, pensaba yo que escena tan animada rara vez la habría visto nunca.

Cruzando el *soc*, entramos en una angosta calle con el mismo género de cajas-tiendas a cada lado, algunas de las cuales, empero, o estaban desocupadas o no habían abierto aún, pues la tapa permanecía echada. Casi inmediatamente volvimos hacia la izquierda, remontando una calle algo parecida, y al instante mi guía se entró por la puerta de una casa baja, situada en la esquina de una callecita arbolada, que era, según me dijo, la morada de Juana Correa. Pronto estuvimos en el centro de la vivienda. Digo en el centro porque todas las casas moras están construídas con un pequeño patio en medio. El de aquella casa no tenía más de diez pies en cuadro. Abierto por arriba, en torno estaban las habitaciones, por tres lados; en el cuarto lado, una escalerilla que comunicaba con el piso superior, la mitad del cual consistía en un terrado con vistas al patio; por encima de sus bajos muros se descubría un panorama del mar y gran parte de la ciudad. Lo restante del piso ocupábalo una vasta pieza, reservada para mí, y que comunicaba con el terrado por dos puertas. En cada extremo del cuarto había una cama, atravesada a lo ancho de la habitación, con el pabellón pegado al techo. Una mesa y dos o tres sillas concluían el

mobiliario.

Estaba tan ocupado en examinar la casa de Juana Correa, que al pronto puse poca atención en la señora misma. Pero vino luego al terrado donde mi guía y yo permanecíamos. Era una mujer como de cuarenta y cinco años, de facciones regulares, que en otros tiempos habrían sido hermosas, pero en las que los años, y más aún quizás las penas, habían hecho muchos estragos. Le faltaban dos dientes, pero aún era negro su magnífico pelo. Mirando su rostro, dije para mí: si es verdad la ciencia fisonómica, tú, ¡oh Juana!, eres buena y apacible. En efecto: las finezas que de Juana recibí durante las seis semanas que pasé bajo su techo, me hubieran convertido a esa ciencia, si antes hubiese dudado de ella.

No creo que en ningún pecho humano haya latido nunca corazón más afectuoso y ardiente que el de Juana Correa, la viuda mahonesa, y así lo denotaban sus facciones, radiantes de benevolencia y buen natural, aunque algo nubladas por la melancolía.

Díjome que había estado casada con un genovés, patrón de un falucho que recorría la ruta entre Gibraltar y Tánger, quien, al morir, hacía unos cuatro años, la dejó con cuatro de familia, el mayor de los cuales era un mozo de trece; que había tropezado con graves dificultades para proveer a su sustento y al de los suyos desde la muerte de su marido; pero que la Providencia le había suscitado unos pocos amigos excelentes, sobre todo el cónsul británico; que, además de alquilar habitaciones a viajeros tales como yo, amasaba pan, muy estimado por los moros, y tenía sociedad con un genovés viejo para la venta de licores. Añadió que este último vivía en una de las habitaciones bajas; que era hombre muy dispuesto y de gran saber, pero que a veces le parecía algo tocado de aquí, dijo llevándose un dedo a la

frente, y esperaba que yo sabría disimular las rarezas de su lenguaje o de su conducta. Entonces me dejó, para disponer, según dijo, mi desayuno; y con esto, el criado judío que me había acompañado desde casa del cónsul, viéndome ya instalado, fuése.

Pronto me senté a desayunar en una habitación a la izquierda del minúsculo *wustuddur*; el trato era excelente: te, pescado frito, huevos y uvas, sin olvidar el famoso pan de Juana Correa. Me servía un mozo judío, alto, de unos veinte años; díjome que se llamaba Hayim Ben Attar, y que era natural de Fez, de donde sus padres le habían llevado siendo muy niño a Tánger, y aquí había pasado la mayor parte de su vida principalmente al servicio de Juana Correa, asistiendo a los que, como yo, se alojaban en la casa. Terminada la comida, hallábame sentado en el patinillo, cuando oí en la habitación opuesta a la en que me había desayunado varios suspiros, seguidos de muchos lamentos; luego vino un *Ave María, gratiâ plena, ora pro me*, y finalmente una voz como un graznido cantó:

Gentem auferte perfidam
Credentium de finibus,
Ut Christo laudes debitas
Persolvamus alacriter.

—Ese es el genovés viejo—susurró Hayim Ben Attar—que está rezando a su Dios; lo hace con mucha devoción siempre que la noche antes se ha ido a la cama un poco bebido. Tiene en el cuarto una imagen de *María Buckra*[2], delante de la que suele poner un cirio encendido, y por ella no me permite nunca entrar en la habitación. Una vez me sorprendió contemplándola, y creí que me mataba; desde entonces, cierra siempre el cuarto con llave, que se guarda en el bolsillo al marcharse. Odia a los judíos

y a los moros, y dice que sus pecados le han traído a vivir entre nosotros.

—No ponen cirios delante de las imágenes—dije yo, y salí a visitar las curiosidades del país.

* * *

Notas

1. Compre aquí, compre aquí.

2. La Virgen María.

Capítulo LVI

El Mahasni. — Sin Samani. — El Bazar. — Santos moros. — ¡Mira la ayana! — La higuera chumba. — Sepulturas judías. — La mansión de los esqueletos. — El mozo de cuadra. — Los caballos de los musulmanes. — Dar-dwag.

Hallábame en la plaza del mercado, contemplando una escena muy parecida a la que ya he descrito, cuando se me acercó un moro y trató de proferir unas pocas palabras en español. Era un viejo alto, de facciones enjutas, pero un poco extrañas, y habría podido llamársele bien parecido a no faltarle un ojo, deformidad muy común en el país. Llevaba envuelto el cuerpo en un inmenso *haik*. Al ver que yo entendía el marroquí, rompió a hablar con inmensa volubilidad, y no tardé en saber que era *mahasni*. Ponderó largamente las bellezas de Tánger, de donde era natural, según dijo, y al cabo exclamó: «Ven conmigo, sultán mío, y te enseñaré muchas cosas que alegren tus ojos y llenen tu corazón de claridad; fuera una vergüenza para mí, que tengo la ventaja de ser hijo de Tánger, permitir que un extranjero, llegado de una isla del gran mar, como dices tú que vienes, con propósito de ver esta bendita tierra, se estuviese aquí en el *soc* sin nadie que le guíe. ¡Por Alá, no será así! Hagan sitio a mi sultán, hagan sitio a mi

señor», prosiguió, abriéndose camino a empellones a través de una turba de hombres y chicos reunida en torno nuestro; «a su alteza le place venir conmigo; por aquí, mi señor, por aquí»; y emprendió el camino colina arriba, andando con tremendo compás, y hablando aún más de prisa.

—Esta calle—dijo—es el Siarrin, y no hay en Tánger otra que se le parezca; observa qué ancha es, casi como la mitad del mismo *soc*; aquí están las tiendas de los mercaderes más importantes, donde se vende toda clase de artículos preciosos. Observa a esos dos hombres: son argelinos, y buenos musulmanes; huyeron de Zair[1] cuando lo conquistaron los nazarenos, no por fuerza de armas, no por su valor, como ya puedes suponer, sino con oro; los nazarenos sólo conquistan con oro. El moro es bueno, el moro es fuerte, ¿quién tan bueno ni tan fuerte como él?; pero no pelea con oro, y por eso perdió a Zair. Repara en esos dos hombres sentados en los bancos junto a esos porches: son *makhasniah*, cofrades míos. Mira la blancura de sus *haiks*, la blancura de sus turbantes. ¡Oh, si pudieras ver sus espadas en día de guerra, qué brillo, qué brillo el suyo! Ahora no llevan espadas. ¿Para qué llevarlas? ¿No está la tierra en paz? ¿Ves a ese de la tienda de enfrente? Es el Pachá de Tánger, el Hamed Sin Samani, sotapachá de Tánger; el primer pachá, mi señor, está de viaje; que Alá le otorgue un feliz regreso. Sí; ese es Hamed; ahí está en su *hanutz*[2] como si no fuera nada más que un comerciante; sin embargo, la vida y la muerte están en su mano. Ahí distribuye justicia, al mismo tiempo que vende esencia de rosa y cochinilla, pólvora de cañón y azufre; pero estos últimos los vende por cuenta de Abderrahmán, el sultán, mi señor, pues nadie puede vender en esta tierra pólvora y azufre en polvo más que el sultán. Si deseas comprar *attar del mar*, si deseas comprar esencia de rosas, debes ir al *hanutz* de Sin Samani,

pues sólo allí la encontrarás pura; no te la venderá cualquier moro, sino sólo Hamed. ¡Que Alá le bendiga! Mis hermanos los *makhasniah* esperan sus órdenes, porque dondequiera que el Pachá se instala, hay sala de justicia. Mira, ahora estamos enfrente del bazar; más abajo de esa puerta que ves, está el patio del bazar; ¿qué no encontrarás en el bazar? Sedas de Fez, ahí las tienes; y si deseas *sibat*, si deseas babuchas para los pies, búscalas ahí, donde también se venden cosas muy curiosas que vienen de las ciudades de los nazarenos. En esas casas grandes a nuestra izquierda, viven los cónsules nazarenos; ya has visto muchas así en tu tierra; por tanto, ¿para qué pararse a mirarlas? ¿No te admira esta calle del Siarrin? Cuanto entra o sale de Tánger por el lado de tierra, pasa por esta calle. ¡Oh, las riquezas que por ella pasan! Mira qué larga hilera de camellos: veinte, treinta, una *cáfila* completa que baja la calle. *Wullah!*[3] Conozco estos camellos, conozco al conductor. Buenos días, ¡oh Sidi Hassim! ¿Cuántos días habéis tardado desde Fez? Ahora hemos llegado a la muralla, vamos a pasarla por esta puerta. Esta puerta se llama Bab del Faz; ahora estamos en el Soc de Barra.

El Soc de Barra es un espacio abierto, fuera de la muralla de Tánger, en su parte más elevada, sobre la falda de la colina. El terreno es irregular y escarpado; pero hay algunos sitios regularmente nivelados. En aquel sitio se celebra todos los jueves y lunes por la mañana una especie de feria, en razón de lo cual es llamado Soc de Barra o mercado de afuera. Aquí y allá, cerca del foso de la ciudad, hay unas cavidades subterráneas, con pequeños orificios, aproximadamente como el del cañón de una chimenea, cubiertos de ordinario con una losa, o rellenos con paja. Son los graneros, donde se guarda el trigo, la cebada y otros granos destinados a la venta. A una mano hay dos o tres toscas chozas, o más bien cobertizos, debajo de los cuales

vigilan los guardianes del trigo. Es muy peligroso pasar por aquella colina de noche, una vez cerradas las puertas de la ciudad, pues a esa hora se da suelta a muchos perros, fieros y grandes, que con toda seguridad derribarían y quizá destrozarían a cualquier desconocido que se acercase por allí. A la mitad de la subida de la colina, se ven cuatro muros blancos, que cierran un espacio como de diez pies cuadrados, donde descansan los huesos de Sidi Mokhfidh, famoso santo que murió hará unos quince años. Allí termina el *soc*; lo restante del monte se llama El Kawar, o lugar de las tumbas, porque es el sitio donde comúnmente se entierra; los sitios donde reposan los muertos están cuidadosamente señalados por unas pocas piedras que forman un circuito oblongo. Cerca de Mokhfidh duerme Sidi Gali; pero el santo principal de Tánger yace enterrado en lo alto del monte, en el centro de una breve explanada. Una linda capilla o mezquita, con su cúpula, se alza allí en su honor, adornada generalmente con banderas de varios colores. El nombre de este santo es Mohammed *el Haji*, y en Tánger y sus cercanías se tiene su memoria en la mayor veneración. Su muerte acaeció en los comienzos de este siglo.

Estos detalles los recogí en aquel momento o en subsiguientes ocasiones. En el lado norte del *soc*, cerrado por la ciudad, hay un muro con una puerta.

—Ven—dijo el viejo *mahasni* haciendo una indicación con la mano—, ven y te enseñaré el jardín de un cónsul nazareno.

Crucé la puerta en su seguimiento, y me hallé en un espacioso jardín, dispuesto al modo europeo, y plantado de limoneros, perales y diversos géneros de arbustos olorosos. Era visible, no obstante, que el principal orgullo del propietario eran las flores, de que había muchos macizos. La

casa de verano era muy buena; el arte había agotado sus recursos para que allí no faltara nada.

Una cosa, empero, se echaba de menos, y su ausencia era singularmente notable en un jardín en tal época del año: apenas se veía una hoja. La plaga más espantosa de las que devastaron a Egipto, se cebaba entonces en estas partes de Africa: la langosta hacía su obra, y en ningún lugar con tanta furia como en el sitio donde yo me hallaba. Todo estaba arrasado en torno. Los árboles, pelados y negruzcos como en invierno. No había nada verde, salvo las frutas, sobre todo las uvas, que en bravos racimos colgaban de las *parras*; porque la langosta no toca los frutos mientras queda una hoja por devorar. Conforme recorríamos los paseos, los horribles insectos, volando en todas direcciones, tropezaban con nosotros, y perecían a centenares bajo nuestros pies.

—Mira las *ayanas*—dijo el viejo *mahasni*—y óyelas comer. Poderosa es la *ayana*, más poderosa que el sultán y que el cónsul. Todos sus *makhasniah* que el sultán enviase contra la *ayana*, y a mí con ellos, la *ayana* diría ¡ja, ja! Poderosa es la *ayana*. No se asusta del cónsul. Hace pocas semanas el cónsul dijo: «Yo puedo más que la *ayana*, y voy a extirparla del país.» Así, fué proclamando por la ciudad: «Tangerinos, apresuraos a luchar contra la *ayana*, destruidla en el huevo; sabed que a todo el que me traiga una libra de huevos de *ayana* le daré hasta cinco *reales* de España; este año no habrá *ayanas*.» Así, todo Tánger se precipitó a luchar contra la *ayana*, y a recoger los huevos que la *ayana* había dejado a incubar debajo de la arena en las vertientes de los montes, y en los caminos, y en el llano. Mi propio hijo, que tiene siete años, fué a combatir la *ayana*, y él solo recogió cinco libras de huevos, huevos que la *ayana* había dejado

bajo la arena, y se los llevó al cónsul, y el cónsul pagó el precio. Centenares de personas llevaban huevos al cónsul, quién más, quién menos, y el cónsul pagaba el precio, y en menos de tres días la caja de caudales del cónsul se quedó exhausta. Entonces exclamó: «Cesad, tangerinos; quizás hemos destruído la *ayana*, quizás hemos acabado con ellas.» ¡Ja, ja! Mira alrededor, y encima de ti, y debajo, y dime si el cónsul ha destruído la *ayana*. ¡Oh! ¡Es muy fuerte la *ayana*! Más que el cónsul, más fuerte que el sultán y todos sus ejércitos.

No estará de más hacer notar que de allí a una semana todas las langostas desaparecieron, nadie sabía cómo, y sólo quedaron unas pocas rezagadas. A no ser por esa liberación providencial, los campos y huertos de los alrededores de Tánger habrían quedado por completo devastados. Los insectos eran de inmenso tamaño y de aspecto repulsivo.

Pasamos después al otro lado del *soc*, donde están las chozas de los guardianes. Allí se abre una especie de calleja que desciende hasta la orilla del mar; es muy pendiente y escarpada, y parece una rambla o barranco. Sus dos márgenes están cubiertas por el árbol que produce el higo espinoso, llamado en marroquí *kermous del Ynde*. En el aspecto de ese árbol o planta, pues no sé cómo llamarlo, hay algo de grotesco y agreste. Su tronco, aunque a menudo alcanza el grosor del cuerpo humano, no tiene copa, pues a muy corta distancia del suelo se divide en muchas ramas retorcidas que se esparcen en todas direcciones, y echan hojas verdes muy extrañas, con pulgada y media de espesor, que si se parecen a algo es a las aletas anteriores de una foca, y se componen de muchas fibras. El fruto, que se parece un poco a la pera, tiene un áspero tegumento cubierto de menudas espinas, que penetran instantáneamente en la mano que las toca

y con dificultad se extraen. No recuerdo haber visto nunca vegetación de más vigorosa lozanía que la de aquellas higueras, ni, en conjunto, un lugar más extraño.

—Sígueme—dijo el *mahasni*—y te enseñaré una cosa que te va a gustar.

Volvimos hacia la izquierda caminando por un angosto sendero, cuesta arriba, hasta llegar a la cúspide de un cerrillo, separado por un profundo foso de la muralla de Tánger. El terreno estaba densamente cubierto por los arboles ya descritos, que esparcían sus singulares ramas por la superficie, y cuyas gruesas hojas aplastábamos con los pies al andar. Entre ellas descubrí gran número de piedras mohosas tendidas horizontalmente, y con tosquedad grabados en ellas unos caracteres extraños que me bajé a contemplar.

—¿Eres bastante *talib* para leer esos signos?—exclamó el viejo moro—. Son letras de los malditos judíos; este es su *mearrah*, como ellos lo llaman, y aquí entierran a sus muertos. Los insensatos confían en Muza en lugar de creer en Mohammed; sus muertos arderán perdurablemente en *jehinnim*. Mira, sultán mío, qué fértil es el suelo del *mearrah* de los judíos; mira qué *kermous* se crían aquí. Siendo yo chico venía muchas veces al *mearrah* de los judíos a comer *kermous* cuando estaban maduros. A los chicos musulmanes de Tánger les gustan los *kermous* del *mearrah* de los judíos; pero los judíos no los cogen. Dicen que el agua de los manantiales que alimentan las raíces de estos árboles pasa entre los cuerpos de sus muertos, y que por ese motivo es una abominación comer esa fruta. Sea verdad o no, lo cierto es que, aliméntense de lo que se quiera, buenos son los *kermous* que se crían en el *mearrah* de los judíos.

Volvimos a la calleja por el mismo sendero que habíamos traído; según bajábamos dijo el moro:

—Has de saber, sultán mío, que este sitio donde estamos, y que tanto te gusta, se llama *Dar-sinah*[4]. Me preguntarás por qué lleva tal nombre, pues no ves aquí ni casa ni ser humano, musulmán, nazareno o judío, fuera de nosotros dos; yo te lo diré, sultán mío; ¿quién mejor? Sabe, si no lo llevas a mal, que no siempre ha sido Tánger lo que es ahora, ni ha ocupado el lugar que ahora ocupa. Estuvo allá lejos (señalando hacia el Este), en aquellos cerros sobre la costa, y aún se ve allí ruinas de casas, y el sitio se llama Tánger la Vieja. De suerte que en tiempos antiguos, según tengo oído contar, este *Dar-sinah* era una calle, no hace al caso si dentro o fuera de los muros, donde residía gente de todos los oficios: orífices, plateros, herreros, hojalateros y artesanos de todas clases. Si deseabas encargar una obra, no tenías más que ir al *Dar-sinah* y al instante encontrabas un maestro del oficio que buscabas. Dice mi sultán que le gusta la vista de *Dar-sinah* tal como hoy está; no sé por qué, la verdad, sobre todo no estando maduros todavía los *kermous*, que no se pueden comer. Si ahora le gusta *Dar-sinah*, ¿cómo le hubiera gustado a mi sultán en otros tiempos, cuando esto estaba lleno de oro y plata, de hierro y estaño, del estruendo de los martillos y de maestros y gentes entendidas en sus oficios? Ahora llegamos al *Chali del Bahar*[5]. Ten cuidado, mi sultán; andamos sobre huesos.

Habíamos salido del *Dar-sinah* y teníamos delante la costa; en un instante nos hallamos en medio de una multitud de huesos de toda clase de animales, y aparentemente de todas fechas; algunos blanqueados por el tiempo y la exposición al sol y al aire, mientras otros conservaban aún carne

fresca adherida; había allí esqueletos enteros, caballos, asnos, y hasta los restos, menos conocidos, de un camello. Perros flacos andaban allí atareados gruñendo, royendo, desgarrando; en medio de ellos, sin intimidarse, avanzaba con majestad el buitre, cebándose, ansioso, en los despojos, y hasta disputándoselos a las bestias; mientras los cuervos revoloteaban sobre ellos y graznaban ávidamente, o se posaban a veces sobre alguna costilla enhiesta.

—Mira—dijo el *mahasni*—el *kawar* de los animales. Mi sultán ha visto el *kawar* de los musulmanes y el *mearrah* de los judíos, y aquí ve el *kawar* de los animales. Todos los animales que mueren en Tánger por mano de Dios—caballo, perro o camello—se traen a este sitio, y aquí se pudren o los devoran las aves del cielo y los animales fieros que merodean en el *chali*. Ven, sultán mío; no es bueno detenerse en este lugar.

Nos disponíamos a marcharnos cuando oímos un galope por el *Dar-sinah*, y al momento un caballo y un jinete se precipitaron a toda velocidad de la boca de la calleja y aparecieron en la playa; el caballero, cuando nos vió, refrenó con trabajo el corcel y vino a nosotros. El caballo era pequeño, pero bonito: alazán, con crines y cola largas; si le hubiesen tenido con los ojos vendados, quizás se le hubiera confundido con una *jaca* cordobesa; era ancho de pechos, redondo de grupa, tan corpulento y lustroso como los caballos de esa raza; pero bastaba mirarle a los ojos para salir al instante del error; sus inquietas pupilas despedían impetuoso e indómito fuego, y lejos de mostrar la docilidad de aquel noble y leal animal, manoteaba a veces furiosamente, y apenas si el duro freno y un brazo recio bastaban para impedir que emprendiese de nuevo su precipitada carrera. El jinete era un joven de unos diez y ocho años, vestido

a la europea, con una gorra de *montero* en la cabeza; era de constitución atlética, pero con extremidades en exceso largas, pues tal como iba a caballo, sin estribos ni silla, los pies casi le llegaban al suelo; su tez era casi tan morena como la de un mulato, y hermosas sus facciones, sobre todo los ojos, pero llenos de una expresión audaz y perversa, y había en su boca una desagradable mueca sensual. Dirigió algunas palabras al *mahasni*, a quien parecía conocer mucho, preguntándole quién era yo. El viejo respondió:

—Oh, judío: mi sultán entiende nuestra lengua; lo mejor será que te dirijas a él.

Entonces el joven me habló en árabe; pero casi al momento abandonó esa lengua y pasó a hablar en regular francés.

—Supongo que será usted francés—dijo con mucha familiaridad—. ¿Estará usted mucho tiempo en Tánger?

Oída mi respuesta, continuó:

—Siendo usted inglés, tendrá, sin duda, afición a los caballos; por tanto, cuando desee dar un paseo yo le acompañaré a usted y le procuraré caballos. Me llamo Ephraim Fragey; soy mozo de cuadra del cónsul napolitano, que se jacta de poseer los mejores caballos de Tánger; montará usted el que más le guste. ¿Le gustaría a usted probar este pequeño *aoud*?[6]

Le di las gracias; pero rehusé su oferta por el momento, y le pregunté cómo había adquirido el idioma francés, y por qué, siendo judío, no vestía como sus hermanos.

—Estoy al servicio de un cónsul—dijo—, y mi amo obtuvo permiso para que pudiera vestirme de este modo; y en cuanto a hablar el francés, he estado en Marsella y en Nápoles en un viaje que hice a esta última ciudad para llevar unos caballos regalo del sultán. Además del francés hablo el

italiano.

Entonces se apeó, y teniendo el caballo firmemente por la brida con una mano, empezó a desnudarse, y, habiéndolo hecho, montó de nuevo y se metió a caballo en el agua. La piel de su cuerpo era de color muy semejante a la de una rana o de un sapo; pero su forma era la de un joven titán. El caballo entró en el agua de muy mala gana, y a corta distancia de la orilla empezó a luchar con el jinete, a quien tiró dos veces; pero el mozo, agarrado a la brida, retuvo al animal. Como todos sus esfuerzos resultaban inútiles para llevarlo más adentro, se puso a lavarlo vigorosamente con sus propias manos, y después, guiándolo a tierra, se vistió y fuése por el camino que había traído.

—Los caballos de los musulmanes son buenos—dijo mi amigo el viejo—. ¿Dónde los encontrarás iguales? Son capaces de bajar al galope por una montaña pedregosa sin caer ni tropezar; pero has de ser precavido con los caballos de los musulmanes y tratarlos con bondad, porque los caballos de los musulmanes son orgullosos, y no les gusta ser esclavos. De potros, al montarlos por primera vez, no los maltrates la boca con el freno, pues si tal haces, de seguro te matarán; tarde o temprano perecerás bajo sus cascos. Buenos son nuestros caballos y buenos nuestros jinetes; sí por cierto; excelentes son los musulmanes montando a caballo. ¿Quién hay que se les parezca? Una vez vi yo a un jinete franco competir con un musulmán en esta playa, y a lo primero el franco sacó mucha ventaja y pasó al musulmán; pero la carrera era larga, muy larga, y el caballo del franco, que era franco también, jadeaba; pero el caballo del musulmán no jadeaba, porque era también musulmán, y al cabo el jinete musulmán lanzó un grito y el caballo se lanzó adelante y alcanzó al caballo franco, y entonces el jinete

musulmán se puso cabeza abajo sobre la silla, que en verdad estos ojos lo vieron, y cabeza abajo sobre la silla iba al pasar al jinete franco, y gritaba ¡ja, ja! cuando pasaba al jinete franco, y el caballo musulmán gritaba ¡ja, ja! al pasar al corcel franco, y el franco perdió por mucha distancia. Buenos son los francos, buenos sus caballos; pero mejores son los musulmanes y mejores los caballos de los musulmanes.

Dirigimos después nuestros pasos hacia la ciudad; pero no por el sendero que habíamos traído; volviendo hacia la izquierda, por bajo de la colina del *mearrah*, y a lo largo de la playa, no tardamos en llegar a un camino toscamente empedrado, de áspera subida, que costeaba los muros de la ciudad hasta llegar a una puerta, delante de la cual, a un lado, había algunos hoyos pequeños, como tumbas, llenos de agua o cal.

—Este es el Dar-dwag[7]—dijo el *mohasni*—; esta es la casa de la corteza, y a esta casa se traen las pieles; todas las que se preparan para usarlas en Tánger se traen a esta casa, y aquí las curten con cal, corteza y hierbas. En este Dar-dwag hay ciento cuarenta fosas; yo mismo las he contado; y había más, que ya no existen, porque esto es muy antiguo. Estas fosas las alquila, no una ni dos personas, sino mucha gente, y todo el que se pone en lista puede arrendar una de las fosas y curtir las pieles que necesite; pero el propietario de todo es un hombre solo, llamado Cado Ableque. Y ahora, sultán mío, que has visto la casa de la corteza, no te enseñaré nada más por hoy, porque hoy es *Youm al jumal*,[8] y las puertas van a cerrarse dentro de un momento, mientras los musulmanes cumplen sus devociones. De modo que acompañaré a mi sultán a su alojamiento, y allí le dejaré por el momento.

Traspusimos, por consiguiente, una puerta, y, remontando una calle,

nos encontramos ante la mezquita junto a la que yo había estado por la mañana; y uno o dos minutos más tarde estábamos a la puerta de Juana Correa. Entonces le ofrecí a mi guía una moneda de plata en pago de sus servicios; pero, irguiéndose, exclamó:

—No tomaré la plata de mi sultán, porque considero que no he hecho nada que lo merezca. Aún no hemos visitado todas las maravillas de esta bendita ciudad. En un día futuro llevaré a mi sultán al palacio del gobernador, y a otros sitios que mi sultán se alegrará de ver; y cuando hayamos visto todo lo que se puede ver, y mi sultán esté contento de mí, si alguna vez me ve en el *soc* una mañana con la canasta en la mano, y no ve nada en la canasta, entonces mi sultán estará en libertad, como amigo, para poner en mi canasta unas uvas, o pan, o pescado, o carne en mi canasta. Eso no lo rehusaré de mi sultán cuando haya hecho por él más de lo que hasta ahora he hecho. Pero la plata de mi sultán no la tomaré ahora ni nunca.

Luego me hizo un gracioso saludo con la mano, y fuése.

* * *

Notas

1. Argel.
2. Tienda.
3. ¡Por Dios!
4. Casas de oficios.
5. La orilla del mar.
6. Según Borrow, un caballo padre.
7. La tenería.

8. Viernes.

Capítulo LVII

Un trío singular. — El mulato. — La oferta de paz. — Moros de Granada. — *Vive la Guadeloupe!* — Los moros. — Pascual Fava. — La argelina ciega. — La retreta.

Cuando entré había tres hombres sentados en el *wustuddur* de Juana Correa, todos de insólita catadura, aunque quizás nunca se habían juntado otros tres más diferentes entre sí en todos sentidos. El primero a quien le eché la vista era un hombre de unos sesenta años, vestido con una casaca de cachemira gris, de faldones cortos; chaleco amarillo, y calzones anchos de tela basta; se tocaba con un sombrero de paja ancho y muy sucio, y en la mano tenía un recio bastón con puño de marfil; eran sus ojos legañosos, bizcos; la faz rubicunda, y la nariz carbuncosa. Junto a él estaba un negro de buen parecer, que acaso resultaba más negro de lo que realmente era por la circunstancia de ir vestido con chaqueta, chaleco y pantalón de lienzo de inmaculada blancura. Tocábase con una gorra de *montero*, azul. Sus ojos chispeaban como brillantes, y en su rostro había una indescriptible expresión de buen humor y burla. El otro individuo era mulato, y, con mucho, el tipo más notable del grupo; podía estar entre los treinta y los cuarenta; largo de cuerpo, y aunque mal proporcionado, con todas las

apariencias de ser fuerte y vigoroso. Envolvíase en un *ferioul* de lana roja, especie de vestidura que llega hasta más abajo de las caderas. Sus brazos, largos, velludos, musculosos, mostrábanse desnudos desde el codo, donde las mangas del *ferioul* terminan; sus extremidades inferiores eran cortas, en comparación con el cuerpo y los brazos; cubríase en parte las piernas con una *kandrisa* azul que le llegaba a las rodillas; sus facciones eran muy feas, de extremada y repulsiva fealdad, y tuerto de un ojo, velado por una telilla blanca. A su lado yacía en el suelo una cuba grande, de las de llevar agua; y a veces, sosteniéndola con el índice y el pulgar, la hacía dar vueltas sobre su cabeza como si fuera un cuartillo. Tal era el trío que ocupaba el *wustuddur* de Juana Correa; y apenas había tenido tiempo de observar lo que dejo recordado, cuando la buena mujer entró, de vuelta del corral de la casa, con su doncella Johar, o la perla, muchacha judía, gorda y fea, con un inmenso lunar en la mejilla.

—*Que Dios remate tu nombre*—exclamó el mulato—, Juana, y también el de tu sirvienta Johar. Hace más de quince minutos que estoy sentado aquí, después de verter en la *tinaja* el agua que he traído de la fuente, y en vano he esperado una palabra amable de parte de usted o de Johar. *Usted no tiene modo*, ni Johar tampoco. Esta es la única casa de Tánger donde no se me recibe con el cariño y respeto debidos, a pesar de que he hecho por ustedes lo que por ninguna otra persona. ¿No os he llenado de agua la *tinaja*, cuando otros se han quedado sin una gota? ¿No tenéis agua bastante para fregar el *wustuddur*, mientras el cónsul y su intérprete no la tienen para apagar la sed? Y ¿qué pago se me da? Cuando llego aquí, a la hora de más calor, no tienen para mí una palabra amistosa, ni siquiera me ofrecen una copa de *makhiah*. ¿Necesito recordar todo lo

que hago por usted? Sí, por cierto; ya que usted no tiene modo. ¿No vengo todas las mañanas, a las tres en punto, y llamo a la puerta, y usted se levanta y me abre, y amaso luego el pan a su presencia, mientras usted sigue acostada, y no tiene fama el pan de usted de ser el mejor de Tánger porque lo amaso yo? ¿No soy el hombre más forzudo de Tánger y también el más noble?

Al decir esto, blandió la cuba sobre su cabeza y su rostro tomó una expresión casi demoníaca.

—Óyeme, Juana—continuó—; ya sabes que soy el hombre más forzudo de Tánger, y por milésima vez te repito que soy el más noble. ¿Quiénes son los cónsules? ¿Quién es el pachá? Ahora son cónsules y pachá; pero ¿quiénes fueron sus padres? Yo no lo sé, ni ellos tampoco. ¡Pero no ignoro quiénes fueron los míos! ¿No eran moros de Garnata, y no soy, merced a eso, el hombre más considerable de Tánger? Sí; desciendo de los antiguos moros de Granada; mi familia vivió allí hasta que los nazarenos ganaron la ciudad, y ahora soy el único de esa casta que queda en esta tierra, y más noble que el sultán, porque el sultán no tiene sangre de los moros de Garnata. ¿Se ríe usted, Juana? ¿También se ríe Johar? ¿No soy yo Hammin Widdir, *el hombre más valido de Tánger*? ¿No es verdad que llevo sangre de los moros de Garnata? ¡Niégalo, y os mato a las dos!

—Has comido *hsheesh*[1] y *majoon*,[2] Hammin—dijo Juana Correa—y tienes el *Shaitan*[3] en el cuerpo, como te ocurre demasiadas veces. He tenido mucho que hacer, y Johar también; por eso no hemos venido a hablarte antes; pero *ma ydoorshee*,[4] ya sé cómo tranquilizarte; ¿quieres un poco de ginebra compuesta o un vaso de *makhiah*[5] corriente?

—¡Así rebose tu vida, oh Juana—dijo el mulato—, y también la de

Johar! Digo que ojalá vivas muchos años, sin trabajos ni amarguras. Tomaré la ginebra, Juana, que es más fuerte que el *makhiah*, que siempre me parece agua; no me gusta el agua, aunque la porteo. Muchas gracias, Juana. A tu salud y a la de esta buena compañía.

Tomó un gran vaso, lleno hasta los bordes, que le alargó Juana; se lo acercó a las narices, aspiró el aroma, y aplicándoselo a la boca, no lo despegó de ella hasta apurar la última gota. Sus facciones poco a poco se dilataron, perdiendo la expresión colérica, y miró con especial ternura a Juana. Al cabo, dijo:

—Espero que dentro de poco tiempo, oh Juana, te convencerás de que soy el hombre de más fuerza de todo Tánger, y vástago de los moros de Garnata, y que ya ni tú ni Johar os negaréis a tomarme por marido y a haceros moras. ¡Qué gloria para ti, después de haber estado casada con un *genovi*[6] y dado a luz unos cuantos *genovillos*, recibir por marido a un moro como yo y darle hijos de la sangre de Garnata! ¡Y qué gloria, además, para Johar! ¡Cuánto mejor que casarse con un vil judío, aun como Hayim Ben Attar, o como Sabio, vuestro cocinero, a quienes puedo estrangular con dos dedos: para algo soy Hammin Widdir, *moro de Garnata, el hombre más valido de Tánger*!

Dicho esto, se echó la cuba al hombro y fuése.

—¿Es verdad lo que dice ese mulato?—pregunté a Juana—. ¿Desciende de los moros de Granada?

—Siempre que está tomado de *aguardiente* o de *majoon* habla de los moros de Granada—interrumpió, en francés bastante malo, el viejo antes descrito, y con la misma voz de rana que por la mañana oí cantar—. Sin embargo, puede que sea verdad; si no hubiera oído decir algo de eso a sus

padres, a él no se le hubiera ocurrido tal cosa, porque es muy bestia. Como digo, no es imposible: muchas familias granadinas se establecieron aquí cuando los cristianos se apoderaron de la ciudad, pero la mayoría se fué a Túnez. Cuando estuve allí, me alojé en casa de un moro que se llamaba Zegrí, y no hacía más que hablar de Granada y de las cosas que sus antepasados habían hecho allí. Además se pasaba horas enteras cantando romances, de los que, alabada sea la Madre de Dios, yo no entendía palabra, pero, a creerle, se referían todos a su familia; personas de ese nombre las había en Túnez a centenares; ¿por qué, pues, ese Hammin, ese aguador borracho, no podría ser un moro granadino? ¡Es lo bastante feo para ser emperador de toda la morería! ¡Oh, *canaille* maldita! Por mal de mis pecados, he vivido con ellos ocho años, en Orán y aquí. *Monsieur*, ¿no le parece a usted muy dura suerte para un viejo como yo, que soy cristiano, tener que vivir con una raza que no conoce a Dios, ni a Cristo, ni ninguna cosa santa?

—¿Qué significa eso de que los moros no conocen a Dios?—exclamé—. No hay pueblo en el mundo que tenga nociones más sublimes acerca del Dios eterno e increado que el pueblo moro; ni que haya mostrado mayor celo por Su honor y gloria; su mismo celo por la gloria de Dios ha sido y es el principal obstáculo para su conversión al cristianismo. Temen comprometer Su dignidad admitiendo que Dios haya accedido nunca a hacerse hombre. Y sus ideas con respecto al mismo Cristo son mucho más justas que la de los papistas: dicen los moros que es un profeta poderoso, mientras, según los papistas, o es un pedazo de pan o un niño desvalido. En muchos puntos de religión, los moros yerran, yerran pavorosamente; pero los papistas, ¿yerran menos? Una de sus prácticas los

coloca inmensurablemente por debajo de los moros, a ojos de cualquier persona sin prejuicios: adoran los ídolos, ídolos cristianos si usted quiere, pero ídolos al fin, objetos esculpidos en madera, o piedra, o metal; y a esos objetos, que no pueden oír, ni hablar, ni sentir, acuden esperanzados en demanda de favor.

—*Vive la France, vive la Guadeloupe!*—dijo el negro, con buen acento francés. En Francia y en Guadalupe no hay superstición, y se hace tanto caso de la Biblia como del Korán; ahora estoy aprendiendo a leer, para poder entender los escritos de Voltaire, quien, según dicen, ha probado que ambos libros fueron escritos con la sola intención de engañar a la humanidad. *O, vive la France!* ¿Dónde va usted a encontrar país más ilustrado que Francia? ¿Ni más abundante en todo? No hay más que otro en el mundo: la Guadalupe. ¿No es así, Monsieur Pascual? ¿Ha estado usted alguna vez en Marsella? *Oh, quel bon pays est celui-là pour les vivres, pour les petits poulets, pour les poulardes, pour les perdrix, pour les perdreaux, pour les alouettes, pour les bécasses, pour les bécassines, enfin, pour tout.*

—Dispense, señor, ¿es usted cocinero?—pregunté.

—*Monsieur, je le suis pour vous rendre service, mon nom c'est Gerard, et j'ai l'honneur d'être chef de cuisine chez monsieur le consul Hollandais. A present je prie permission de vous saluer; il faut que j'aille à la maison pour faire le dîner de mon maître.*

A las cuatro fuí a comer con el cónsul británico. Otros dos caballeros ingleses estaban presentes, llegados a Tánger desde Gibraltar unos diez días antes para una excursión breve, y que se veían detenidos más de lo que deseaban por el viento Levante. Conocían ya las principales ciudades de España, y se proponían pasar el invierno en Sevilla o Cádiz. Uno de ellos,

Mr. ——, me produjo la impresión de ser uno de los hombres más notables con quien había hablado en mi vida; no viajaba por divertirse, ni movido por la curiosidad, sino meramente con la esperanza de hacer el bien, sobre todo mediante la conversación. El cónsul me preguntó en seguida mi parecer sobre los moros y el país. Díjele que cuanto llevaba visto de unos y otro me agradaba en extremo. Repuso que si viviera diez años entre ellos, como él había vivido, ya cambiaría de opinión; que no había en el mundo pueblo más falso ni cruel, ni Gobierno más abyecto, con quien era casi imposible que ninguna Potencia extranjera mantuviese relaciones amistosas, por la constante mala fe de su proceder y su desprecio de los Tratados más solemnes; que las propiedades e intereses británicos sufrían a diario expoliaciones y destrozos, y los súbditos británicos vejaciones inauditas, sin la más ligera esperanza de satisfacción como no se recurriese a la guerra, único argumento asequible a los moros. Añadió que a fines del año anterior se perpetró en Tánger un asesinato horrible: una familia genovesa, compuesta de tres individuos, súbditos británicos, y con derecho a la protección de la bandera inglesa, fué exterminada. Fueron descubiertos los asesinos, y el principal de todos estaba preso; pero todos los esfuerzos hechos para que se le impusiera el castigo correspondiente habían sido hasta entonces inútiles, porque era moro, y las víctimas, cristianos. Por último, me advirtió que no saliera de la ciudad sin que me acompañase un soldado, y se ofreció a proporcionarme uno cuando lo deseara, porque de otro modo corría grave peligro de ser maltratado o asesinado por los moros del interior; me citó el ejemplo de un oficial británico asesinado en la playa, no mucho tiempo antes, por la sola razón de ser nazareno y de ir vestido a la europea. Al cabo, llevó la conversación a la propaganda del Evangelio, y

oí con satisfacción que, durante su permanencia en Tánger, había distribuido considerable cantidad de Biblias entre los naturales que hablaban árabe, y que muchos hombres doctos, o *talibs*, habían leído con gran interés el volumen sagrado, y que esa propaganda, hecha, es cierto, con mucha precaución, no había suscitado ningún sentimiento de disgusto ni enojo. Me preguntó, finalmente, si me proponía difundir la Biblia entre los moros.

Contesté que no tenía medio de hacerlo, porque no poseía ni un solo ejemplar de la Biblia en lengua o en caracteres árabes, y que los pocos Testamentos que llevaba conmigo estaban en español y los destinaba a los cristianos de Tánger, a quienes podían ser útiles, porque todos entendían ese idioma.

Por la noche estuve sentado en el *wustuddur* de Juana Correa en compañía de Pascual Fava, el genovés. El tema favorito de la conversación del viejo era la religión; profesaba amor sin límites al Salvador, y profunda gratitud por su milagrosa expiación de las culpas de la Humanidad. Le hubiera escuchado con gusto a no ser porque olía mucho a alcohol, y porque ciertas incoherencias de lenguaje y violencia en las maneras denotaban que era víctima de la bebida. De pronto aparecieron en la puerta dos individuos: uno era un muchacho moro, como de diez años de edad, desnudas las piernas y la cabeza, vestido con una *gelaba*. Guiaba por la mano a un viejo, en quien reconocí en el acto a uno de los argelinos, uno de los musulmanes buenos que el *mahasni*[7] había elogiado tanto aquella misma mañana mientras remontábamos la calle de Siarrin. Era muy bajito, y sucio en el vestir; hirsuta barba blanca cubríale la parte inferior del rostro; usaba gafas, muy anchas, que debían de serle poco útiles, pues no podía dar

un paso sin la ayuda del guía. Ambos avanzaron un poco en el *wustuddur*, y se detuvieron. En cuanto los vió Pascual Fava se levantó con presteza y aire jovial, y apoyándose en el bastón, porque tenía una pierna impedida, se acercó cojeando a un anaquel, tomó una botella y llenó un vaso de vino, mientras cantaba en el español corrompido que usan los moros de la costa:

Argelino,
moro fino.
No beber vino,
ni comer tocino.

Alargó después el vaso al moro viejo, quien se lo bebió, y luego, conducido por el muchacho, se fué hacia la puerta sin proferir palabra.

—*Hade mushe halal*[8]—dije con fuerte voz.

—*Cul shee halal*[9]—dijo el moro viejo volviendo sus ojos ciegos y con antiparras hacia donde había sonado la voz—. De todo lo que Dios da pueden participar sus hijos legítimamente.

—¿Quién es ese viejo?—pregunté a Pascual Fava cuando el ciego y su lazarillo se fueron.

—¡Quién es!—dijo Pascual—. ¡Quién es! Ahora es comerciante y tiene una tienda en el Siarrin, pero en otros tiempos fué el pirata más sanguinario de Argel. Ese viejo, ciego y desvalido, ha cortado más pescuezos que pelos tiene en la cabeza. Antes de que los franceses se apoderasen de la ciudad, era *rais* o capitán de una fragata, y muchos pobres barcos de Cerdeña cayeron en sus manos. Tomada Argel, huyó a Tánger, y se dice que trajo consigo una gran parte del botín que había reunido en tiempos anteriores. Otros muchos moros argelinos vinieron aquí también, o a Tetuán, pero éste es el más notable de todos. Anda a veces en

compañías verdaderamente extraordinarias para un moro, y mantiene intimidad algo excesiva con los judíos. Bueno, a mí eso no me importa; pero que se ande con tiento. Si se hace sospechoso a los moros, ¡pobre de él! ¡Moros y judíos, judíos y moros! ¡Oh! ¡Mal de mis pecados, que me trajeron a vivir entre ellos!

Ave maris stella,
Dei mater alma,
Atque semper virgo,
Felix cœli porta!

Proseguía en su charla, cuando el ruido de un disparo de fusil le estremeció.

—Es la retreta—dijo Pascual Fava—. Todas las noches, a las ocho y media, hacen un disparo en el *soc*; es la señal de cesar los trabajos y de recogerse. Voy a cerrar la puerta, y, si alguien llama, no abriré si no le conozco por la voz. Desde la muerte del pobre genovés el año pasado vivimos muy prevenidos.

Así transcurrió el primer viernes, día sagrado de los musulmanes, que pasé en Tánger. Observé que los moros proseguían sus ocupaciones como si el día no tuviese nada de particular. Entre doce y una, hora de rezo en la mezquita, se cerraban las puertas de la ciudad y a nadie se le permitía entrar ni salir. Es tradición entre ellos corriente que un viernes, a esa hora, sus eternos enemigos, los nazarenos, se apoderarán del país; por lo cual se mantienen apercibidos contra una sorpresa.

FIN DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO

* * *

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA,
DE MADRID, A DIEZ Y OCHO DÍAS
DEL MES DE ENERO
DE MIL NOVECIENTOS
VEINTIUNO

* * *

NOTAS

Cervantes smiled Spain's chivalry away;
A single laugh demolish'd the right arm
Of his own country;—seldom since that day
Has Spain had heroes.

* * *

Notas

1. O *hashish*, preparación de cáñamo.

2. Al parecer, otra droga.

3. Satán.

4. Eso no importa.

5. O *ma'iyya*: aguardiente de higos.

6. Genovés.

7. Soldado.

8. Eso no es lícito.

9. Todo es lícito.

Índice

Tomo I **4**

Nota preliminar 5

Índices 26

Prólogo 31

Capítulo primero 41

Capítulo II 55

Capítulo III 69

Capítulo IV 82

Capítulo V 93

Capítulo VI 104

Capítulo VII 114

Capítulo VIII 125

Capítulo IX 135

Capítulo X 153

Capítulo XI 175

Capítulo XII 190

Capítulo XIII 204

Capítulo XIV 218

Capítulo XV 231

Capítulo XVI 244

Capítulo XVII 256

Capítulo XVIII 268

Tomo II **273**

Índices 274

Capítulo XIX 278

Capítulo XX 291

Capítulo XXI 301

Capítulo XXII 321

Capítulo XXIII 335

Capítulo XXIV 341

Capítulo XXV 355

Capítulo XXVI 368

Capítulo XXVII 384

Capítulo XXVIII 397

Capítulo XXIX 413

Capítulo XXX 430

Capítulo XXXI 450

Capítulo XXXII 465

Capítulo XXXIII 477

Capítulo XXXIV 488

Capítulo XXXV 500

Tomo III **504**

Índice 505

Capítulo XXXVI 510

Capítulo XXXVII 520

Capítulo XXXVIII 530
Capítulo XXXIX 535
Capítulo XL 549
Capítulo XLI 565
Capítulo XLII 574
Capítulo XLIII 589
Capítulo XLIV 604
Capítulo XLV 615
Capítulo XLVI 620
Capítulo XLVII 631
Capítulo XLVIII 642
Capítulo XLIX 653
Capítulo L 664
Capítulo LI 677
Capítulo LII 694
Capítulo LIII 712
Capítulo LIV 721
Capítulo LV 732
Capítulo LVI 742
Capítulo LVII 756